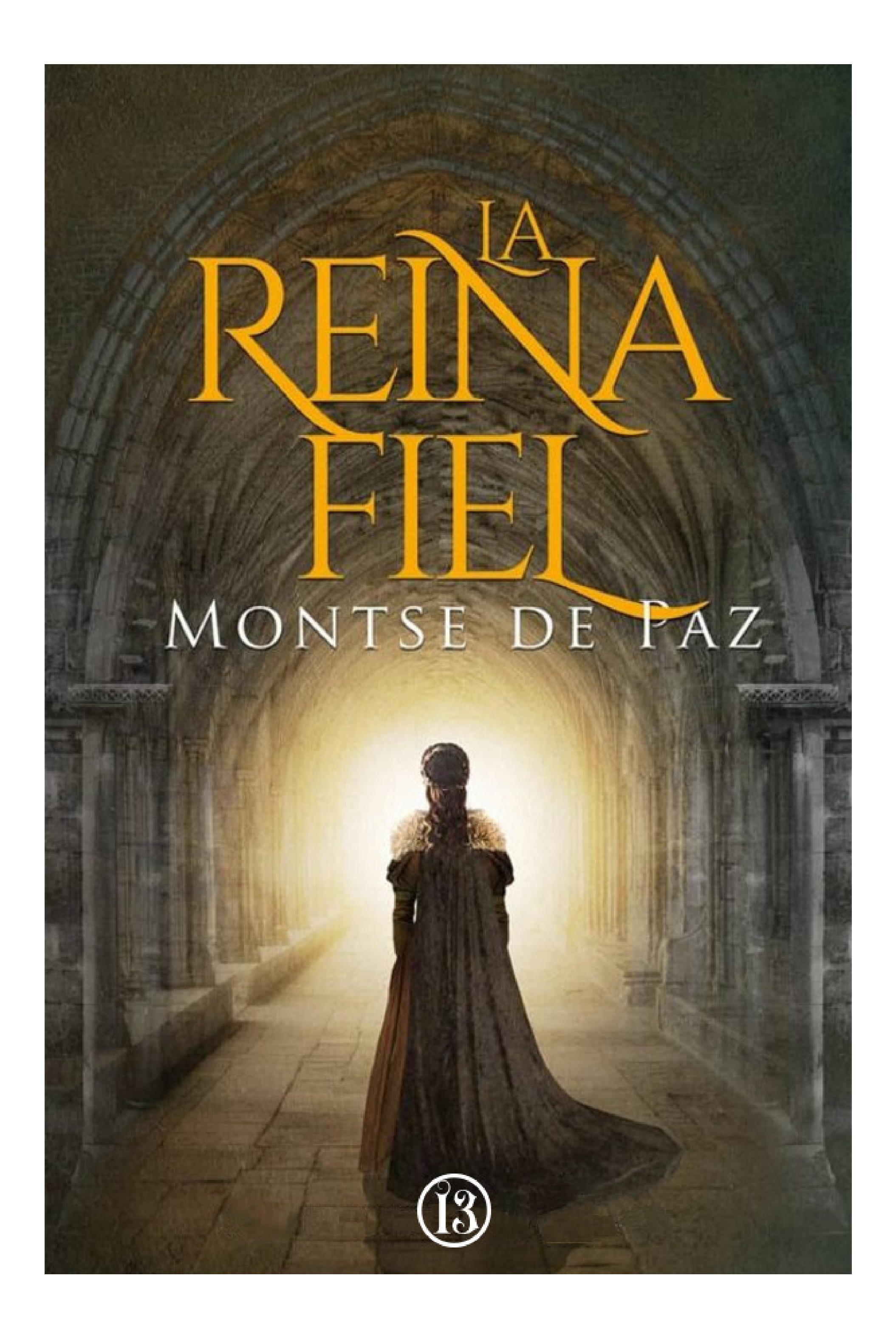

LA
REINA
FIEL
MONTSE DE PAZ
13

A inicios del siglo XV Europa se desgarraba entre la guerra de los Cien Años, el cisma eclesiástico y la amenaza del imperio turco mientras conflictos familiares y guerras sangraban los diferentes reinos de la península ibérica dónde, poco a poco, una poderosa dinastía se alzaba con el poder: los Trastámara. Así las cosas, Alfonso V, conocido como El Magnánimo, rey de Aragón, tenía un sueño: recuperar las conquistas mediterráneas de sus antecesores en la corona de Aragón: Nápoles, Sicilia y Cerdeña. Y, venciendo la resistencia de sus nobles, emprendió una serie de campañas navales, tomó Nápoles y cayó seducido por la Italia renacentista, donde se afinca rodeándose de una corte espléndida que ya no quiso abandonar. Y todo el poder de sus reinos, Aragón, Valencia y Mallorca, y de un poderoso principado, Cataluña, recaerán en ella: María de Trastámara, reina de Aragón y condesa de Barcelona. Inteligente, culta y amante de la paz, emerge como un personaje firme y conciliador, «el otro cuerpo del rey», en quien Alfonso depositó toda su confianza… pero no su amor. Gobernó con energía y diplomacia, capeando guerras, revueltas sociales y pugnas de familia, siempre fiel a la voluntad de su esposo y esperando su retorno.

Montse de Paz

La reina fiel



Título original: *La reina fiel*
Monste de Paz, 2019

-

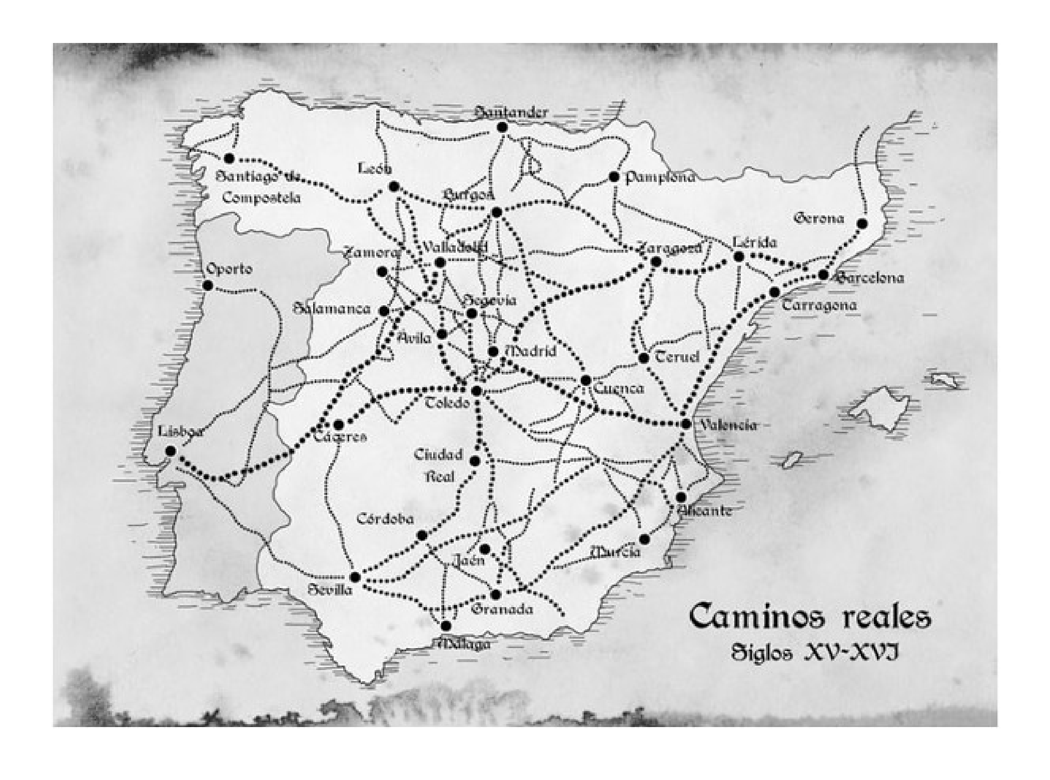
Revisión: 1.0
)¡(30.06.2022

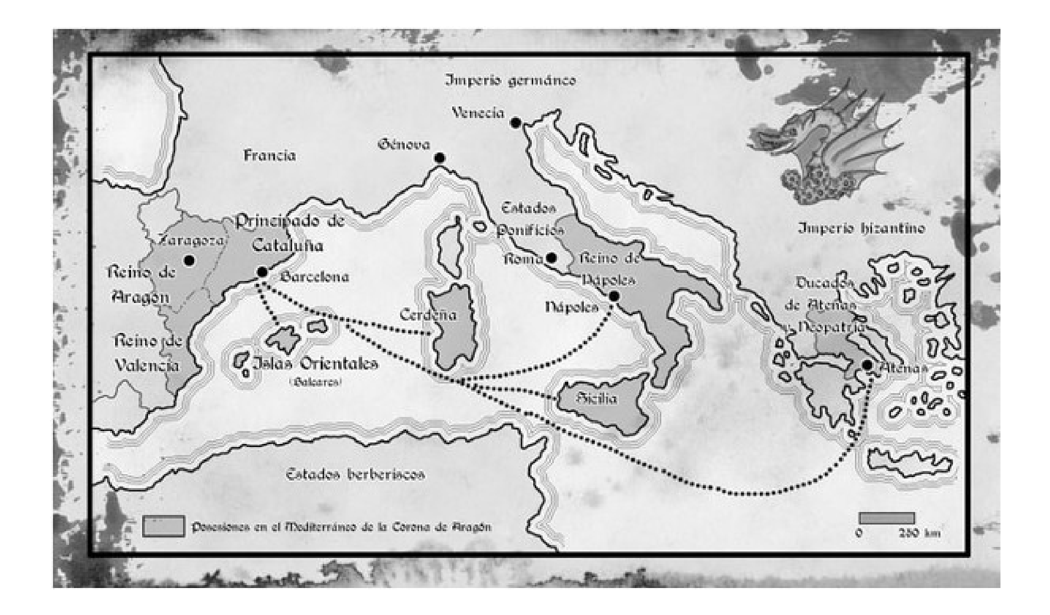
A mi madre, Montserrat. Gracias por inculcarnos tu amor a la historia y transmitimos unos valores similares a los que defendía la reina María.

Y a mi padre, Ángel, su apoyo fiel y constante. Gracias por transmitirnos tu amor a la belleza y los valores humanistas que han modelado nuestra historia.

«… car la muller sor és e germana de son marit, e no esclava ne sirventa…»
[pues la mujer es hermana y compañera de su marido, y no esclava ni sirvienta],
Francesc Eiximenis, *Llibre de les dones*


Santiago de Compostela
Astorga
León
Burgos
Palencia
Valladolid
Tordesillas
Medina del Campo
Olmedo
Ayllón
Cogolludo
Salamanca
Segovia
Madrid
(Escorial)
Guadalajara
Sigüenza
Medinaceli
Soria
Cuenca
Talavera
Toledo
Mérida
Sevilla
Granada
Reino de Portugal
Reino de Castilla
Reino de Granada
Irún
Reino de Navarra
Pamplona
Tudela
Tarazona
Borja
Calatayud
Zaragoza
Huesca
Monzón
Daroca
Caspe
Híjar
Alcañiz
Tortosa
Sant Mateu
Ulldecona
Peñíscola
Teruel
Segorbe
Castellón
Murvedre
Liria
Paterna
Valencia
Chiva
Requena
Gandia
Corona de Aragón
Foix
Perpiñán
Prada de Conflent
Elna
Tremp
Balaguer
Lérida
Cervera
Poblet
Reus
Tarragona
Barcelona
Blanes
Vic
Olot
Gerona
Reino de Mallorca
Los Reinos Hispanos
(Antes de la unificación de los Reyes Católicos)

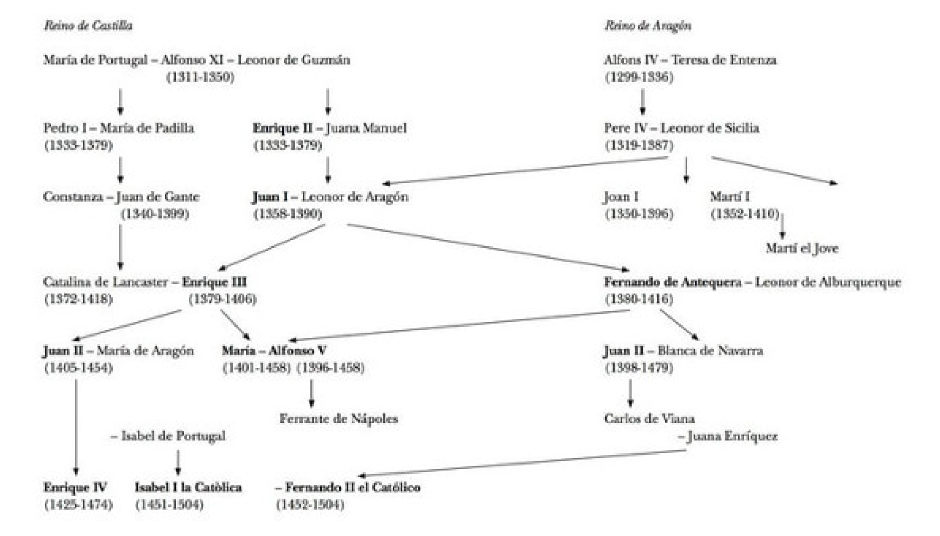

Santander
Santiago de Compostela
León
Pamplona
Burgos
Gerona
Zamora
Valladolid
Zaragoza
Lérida
Oporto
Barcelona
Tarragona
Salamanca
Segovia
Avila
Madrid
Teruel
Cuenca
Toledo
Valencia
Lisboa
Cáceres
Ciudad Real
Alicante
Córdoba
Murcia
Jaén
Sevilla
Granada
Málaga
Caminos reales
Siglos XV-XVI



Imperio germánico
Venecia
Génova
Francia
Estados Pontificios
Imperio bizantino
Principado de Cataluña
Zaragoza
Reino de Aragón
Barcelona
Roma
Reino de Nápoles
Nápoles
Ducados de Atenas y Neopatria
Cerdeña
Reino de Valencia
Islas Orientales
(Baleares)
Sicilia
Atenas
Estados berberiscos
Posesiones en el Mediterráneo de la Corona de Aragón
0 250 km

Los Trastámara

Los Trastámara



En negrita: los monarcas de la dinastía Trastámara.

1.
El Alcázar

Soy María, primogénita de Castilla, hija del rey Enrique III de Trastámara y la reina Catalina de Lancaster. Y, si no fuera porque después de ti nació tu hermano Juan, solía añadir Mom, el día de mañana serías la reina de Castilla.

Esto decía Mom cuando yo era pequeña, y lo repetían el ama y las doncellas, mirándome con aquella mezcla de respeto y lástima. Entonces Catalina, mi hermana, se acercaba, celosa. ¿Y yo, Mom? Tú, decía nuestra madre, acariciándole la mejilla sonrosada, tú eres la más bella.

Catalina sonreía. Yo era la mayor, pero ella era la más hermosa. Y la que recibía los halagos y las caricias mucho más a menudo que yo. Quizá mi cara alargada y mi gesto grave, impropio de mi edad, desanimaba a las ayas o no las invitaba a ser cariñosas conmigo. Mom se percataba; imagino que debía verme alicaída y entonces me tomaba del mentón y me hacía levantar el rostro mientras me miraba con seriedad. Tú siempre impones respeto, hija, decía. Y eso está bien. Para una reina más vale ser respetada que lisonjeada.

Vivíamos en el alcázar de Segovia, donde nacimos Catalina y yo y donde pasamos buena parte de nuestra infancia los tres hermanos. Es un palacio fortaleza, señorial y coronado por torres y almenas, encaramado a una roca que domina la ciudad. Por fuera la piedra es cálida y los patios están llenos de luz, pero por dentro es frío como una cueva de hielo y cuesta calentar las salas inmensas y las alcobas. El ala pública, el palacio azul, es donde se celebran los banquetes y las recepciones. El suelo está pavimentado de alabastro y las paredes estucadas de color celeste y plata. En una galería que

da al patio se encuentra lo que Catalina y yo llamábamos la fila de reyes. Son estatuas de todos los reyes de León y Castilla, recubiertas de oro. Cuando éramos muy pequeñas, nos impresionaban; años después, jugábamos entre las imágenes y simulábamos diálogos con ellas. Algunos rostros eran amables, otros severos y otros nos daban miedo. Allí estaba el rey Femando III el Santo, espada en mano, que conquistó Sevilla a los moros, y Alfonso X el Sabio, con su semblante sereno y la larga cabellera, sosteniendo un libro abierto sobre el regazo; ellos eran nuestros favoritos. Nos impresionaba el rostro firme de Alfonso VI, que había unido los dos reinos de Castilla y León. También estaba Pedro I el Cruel, último de un linaje maldito antes de que subiera al trono nuestra estirpe, la de los Trastámara. A este lo detestábamos y no le compadecíamos en absoluto la mala muerte que sufrió, durante una guerra y apuñalado a traición, según nos habían explicado las ayas. Con todo, era el abuelo de Mom, así que evitábamos hablar de él. Pedro el bisabuelo era uno de aquellos temas prohibidos en las conversaciones de palacio… Las últimas figuras eran la del otro bisabuelo, Enrique, y la del abuelo Juan, con los rasgos afilados característicos de nuestra familia. Los reyes difuntos observaban sin perder la dignidad a las dos infantas rabias que gesticulaban ante ellos.

En la zona privada todo era más hogareño y acogedor. Por todas partes había alfombras, cortinas y tapices que cubrían el frío de las paredes. En invierno, los muros rezumaban humedad y siempre olía a humo de leña, a caldos y estofados. El olor subía de la cocina mezclado con el hedor de los perros y la fragancia del pan cociéndose en los hornos. En verano se estaba mucho mejor, pero solíamos pasar unas semanas en Valladolid, Toledo, Tordesillas o Medina del Campo, acompañando a nuestro padre allá donde se reunieran las cortes. Mom siempre protestaba, porque era entonces cuando se vivía mejor en el alcázar. Por los patios y las galerías corría un aire que agitaba los tapices y las cortinas. A menudo subíamos a la torre grande, Catalina y yo, con las doncellas y las ayas. La brisa nos despeinaba cuando, pequeñas, todavía no nos recogían el cabello bajo las cofias y los velos. Lo recuerdo bien porque el sol lucía sobre nuestras cabezas y arrancaba chispas de oro de los bucles de Catalina…, y también de mis mechones de rubio pálido. Entonces me ilusionaba pensando que, si mi pelo era

tan brillante como el de mi hermana, quizás toda yo también podía ser igualmente bella. Me gustaba correr entre las almenas, detenerme, soñar despierta y cerrar los ojos bajo el sol veraniego que tostaba los campos de Castilla; sentir el viento seco en la mejilla, abrir los ojos de nuevo y ver las tierras extendiéndose hacia lo lejos, de un ocre dorado contra aquel cielo de un azul intenso, como los colores de un pendón nobiliario. Al sur se alzaba la sierra, una sombra violeta contra el cielo. A los pies del alcázar crecía un bosque y el río discurría oculto bajo una bóveda frondosa de olmos y chopos. Esta es vuestra tierra, suspiraba Mom las pocas veces que se animaba a subir a los terrados. ¡Tan firme como áspera! ¡Ah, si hubierais visto los campos de mi Bretaña, tan verde, tan rica! Al estar tan gruesa le costaba subir los escalones, siempre tenía que apoyarse en una camarera y llegaba resoplando. Después, como le llevaban una silla de brazos para reposar, llena de cojines, y allí arriba se estaba fresco, no quería bajar. Catalina y yo tampoco queríamos abandonar aquel reino de las alturas, donde todo parecía tan cerca y tan lejos a la vez. Nos escabullíamos de entre los brazos de las ayas, reíamos y saltábamos a su alrededor.

El alcázar era nuestro hogar, pero también era un campo de juegos y un lugar de misterio y descubrimientos. Catalina y yo lo explorábamos y nos gustaba ir, sobre todo, allí donde nunca nos llevaban. Las estancias de nuestro padre, los despachos, las alcobas donde a menudo se alojaban nobles, obispos o delegados de otros reinos. Una vez nos riñeron mucho porque nos encontraron en el archivo, revolviendo pergaminos y dibujando con las plumas. Catalina se asustó y vertió la tinta de un frasquito sobre la mesa, los papiros y su preciosa falda. ¡Qué desastre! Recuerdo que rompió a llorar: ya no podría llevar más aquella falda que tanto le gustaba. Le pregunté al ama si no se podía lavar y nos dijo que no, y que una princesa jamás puede ir manchada, así que la falda, que era nueva y de tejido muy lino, fue a parar a manos de la hija del montero mayor. Desde aquel día, Catalina le tuvo ojeriza a la niña.

Las amas nos perseguían y nos regañaban, y Mom suspiraba y su rostro se contraía en una mueca de disgusto cuando le explicaban nuestras aventuras. Pero el enfado le duraba poco, y Catalina y yo sonreíamos con disimulo. El pequeño Juan nos seguía a todas partes siempre que podía escapar de sus criados. Como era el heredero de

la corona, tenía su propia alcoba y un servicio aparte para él solo, pero todo lo abrumaba. Se aburría y quería venir con nosotras, con las «tatas» todo era más divertido. En los juegos yo siempre llevaba la voz cantante, Catalina liaba la troca y Juan nos seguía como un perrillo faldero. Quería mandar, pero nosotras no lo dejábamos y a veces se irritaba. Corría hacia Mom lloriqueando: ¡Soy el rey! ¡Y no me hacen caso! Mom le acariciaba la cabecita con aire resignado, murmuraba algo en inglés y luego nos miraba a Catalina y a mí, con aquella complicidad femenina que las tres entendíamos muy bien. Sí, hijo, el día de mañana tú serás el rey. Entonces podrás mandar.

Papá me quería. Murió cuando yo tenía sólo cinco años, pero conservo algunos recuerdos de él, pocos pero precisos. A veces me dejaba entrar en su despacho, me sentaba en una silla alta a su lado y se ponía a leer cartas o a escuchar a su secretario mientras se las leía. Después, dictaba documentos y decretos. El secretario escribía a una velocidad que se me antojaba prodigiosa. La pluma arañaba el papiro y a mí me crujían los oídos cuando escuchaba aquel rasguñar del cálamo con la punta de plata. De tanto en tanto el secretario se detenía para mojar la pluma en el tintero. Casi nunca le goteaba y el papel se iba llenando de renglones caligráficos. Papá dictaba muchas cartas, pero también hablaba con sus consejeros, con el secretario y con don Alonso, el tesorero. Cuando venía éste, papá siempre fruncía el ceño y se mostraba preocupado. El dinero, siempre el dinero, decía Mom, cuando yo se lo explicaba. Siempre nos hace falta más. Ah, en Bayona no teníamos este problema. Otros sí, pero no éste… ¡Y mira que son ricos estos malditos castellanos!

Yo veía al secretario anotar listas muy largas de bienes y cifras que me parecían elevadísimas. Entonces le preguntaba a papá: ¿Es mucho? No, hija, es muy poco, respondía. Yo contaba. Mil vellones de lana merina… ¿era poco? ¿Poco para qué? Después doña Juana, mi aya, me lo explicaba mejor. Señora, para una corte como la de Castilla mil vellones no llegan a dos mil doblas de oro. ¡Mantener la casa del rey ya cuesta más de diez mil en un solo mes!

El dinero, las rentas, los préstamos y las mercancías. Todo eran misterios que después han pasado a formar parte de mi vida y ahora los llevo clavados en mí, como aguijones que se resisten a soltarse.

Hija, tienes que aprender a administrar bien tu casa, me decía papá.

Y me acariciaba la mejilla. Él no me comparaba con nadie ni me veía más o menos bella. Creo que confiaba en mí. Una vez me explicó cierto asunto y, cuando terminó, me miró muy serio. A veces hemos de tomar decisiones que no nos gustan, me dijo. Pero son necesarias. No se lo digas a Mom, ¿de acuerdo? Le daríamos un disgusto y no vale la pena. Ya tiene bastante. Yo asentí, prometiendo guardar el secreto.

Y aquel día regresé a nuestras habitaciones, las de la reina y las infantas, sintiendo una íntima comunión con papá. No se lo expliqué a nadie, ni siquiera a Catalina, con quien cada noche compartía secretos cuando nos tapábamos bajo la manta de lana merina y las sábanas de lino perfumadas con espliego. Aquel día maduré. Y comprobé, observando a Mom, que sí, ella ya tenía bastante.

En realidad, Mom siempre parecía disgustada o triste por algún motivo. Aunque era alta y gruesa desprendía un halo de fragilidad, como si le pesaran aquellos miembros tan grandes de carne blanda. Pero a veces se reía, sobre todo a la hora de la cena, cuando había festejos o invitados, y cuando se sentaba a la mesa. Mom se levantaba muy tarde, decían las amas que tenía la salud delicada y nunca la veíamos antes de mediodía. Algunos días tenía mejor aspecto, sonreía y se mostraba animada. Otras veces tenía una palidez espantosa, le costaba moverse e íbamos a besarla a su butaca. Mom se vestía con mucho esmero, siempre iba bien peinada y enjoyada y se ponía un perfume inconfundible; podíamos adivinar que estaba cerca por aquella fragancia de jazmín y almizcle, fuerte y dulce a la vez. El aliento le olía a agrio, un olor extraño que a veces me escocía en los ojos. Un día se lo comenté a doña Juana y me riñó. Es porque está enferma, me dijo. Pero nunca nos decían qué enfermedad era exactamente aquélla.

La verdad es que Mom vivía triste. Nunca nos atrevíamos a preguntarle por qué. Un día doña Juana nos dijo que era porque sentía añoranza. ¿De qué?, quisimos saber. De su tierra, respondió ella. Nunca ha regresado allí desde que se casó con vuestro padre, nuestro señor el rey. Mom nos hablaba a menudo de Inglaterra y de Bayona, donde vivió casi toda su juventud. Para nosotros Inglaterra era un país lejano, que estaba en guerra con Francia desde hacía

muchos años y de donde procedía la familia del abuelo, Juan de Gante, padre de Mom. Alguna vez nos enseñaron los mapas que había en el despacho de papá. Una isla en forma de cono alargado, llena de cabos y bahías, salpicada de castillos y casitas con nombres extraños sobre una superficie pintada de colinas verdes y surcada de ríos.

Cuando papá murió no recuerdo si lloré o no. Sólo tenía cinco años, pero sí me acuerdo de que experimenté una sensación de vacío y abandono, aunque vivía en medio de una corte y nunca estaba sola. Catalina no entendía nada. ¿Nunca más volveremos a ver a papá?, preguntaba. No, hija, decía Mom, sonándose la nariz con el rostro enrojecido, entre suspiro y suspiro. Aquellos días se puso más enferma todavía y la boca le apestaba más que nunca. Ni ella ni yo ni mis hermanos pudimos ir al funeral de papá, que murió en Toledo. Pero nuestra madre encargó muchas misas y se celebró una muy importante en la catedral. De aquella misa sólo recuerdo el gentío inmenso, que había muchos sacerdotes celebrando en torno al altar y todos iban con mitra y capas de pieles. Recuerdo el incienso formando una niebla que subía hacia las bóvedas, y la procesión por las calles, con toques de trompeta y tambores. La música era quejumbrosa y extraña, y con las campanadas solemnes de la catedral me ponía la piel de gallina. Catalina y yo íbamos con vestidos de terciopelo negro, igual que Mom, pero ella se puso sus mejores joyas.

La muerte de papá provocó un revuelo en palacio. Catalina y yo éramos conscientes a medias. Además de la ausencia de papá, hubo otros cambios. Doña Mencía de Estúñiga sustituyó a su madre, doña Juana, que hasta entonces había sido mi aya. Fue entonces cuando asignaron un servicio propio a mi hermano, como nuevo rey, con sus instructores y camareros, y se trasladó a las estancias que habían sido de papá, aunque era aún muy niño. Mom parecía muy enfadada y la recuerdo nerviosa, discutiendo, y a veces gritando, con sus damas. Cuando se enojaba mucho terminaba hablando en inglés. Catalina y yo queríamos saber qué decía y las ayas nos replicaban que no era necesario entenderlo, que eran «palabras feas». La única persona que conseguía calmar a nuestra madre era

doña Leonor López de Córdoba. Ella y Mom eran muy amigas y doña Leonor la aconsejaba, aunque creo que nuestra madre no siempre la escuchaba. Soy la reina, protestaba. Hasta que mi hijo no tenga la mayoría de edad, aquí soy yo quien manda.

El problema, y lo supe más tarde, es que papá dispuso ciertas cosas en el testamento que no gustaron a nuestra madre. Ella era mayor, venía de una familia muy rica, los poderosos Lancaster que dominaban Inglaterra y media Francia, y consideraba que las decisiones de su marido no eran las más acertadas. Entre ellas, todo lo concerniente a mi hermano, el príncipe heredero y sucesor al trono de Castilla.

El tío Fernando fue designado por papá como corregente y cotutor del pequeño Juan. Y esto enfureció a Mom. ¿No basto yo, la madre, para educar a mi hijo y ocuparme de él? Catalina y yo escuchamos una sarta de palabras en inglés dedicadas al tío, y alguna más a la tía, doña Leonor de Alburquerque, su esposa. Tía Leonor era la mujer más rica de Castilla.

Cuando el tío Fernando vino a Segovia para tomar posesión de sus cargos, Mom ordenó cerrar las puertas de la ciudad. ¡No entrará si no es de rodillas!, gritó ante su consejo de nobles. Aquellos días salía de sus estancias más temprano, siempre ataviada con sus vestidos más elegantes, cubierta de joyas y bien erguida. Se movía con brusquedad y un día, en su apresuramiento, se pisó la falda y tropezó. Cayó de bruces y comenzó a sangrarle la nariz. Las camareras lograron levantarla con mucho esfuerzo, pero Mom se negó a retirarse y ocupó su lugar en el trono que había sido de papá, en el salón del consejo, con un montón de pañuelos que se iba aplicando a la herida.

Mom sabía ser enérgica cuando quería, y lo demostró bien entonces. El tío Fernando tuvo que alojarse en una posada en las afueras y sólo entró en el alcázar cuando ella quiso. Después de varios días de discusiones llegaron a un acuerdo. El tío se mantenía como regente y tutor del infante Juan, junto con la reina madre, pero los instructores nombrados por papá renunciaron a su cargo a cambio de una indemnización. Quince mil florines cada uno. Sí, dos mil florines eran bien poco, pensé, cuando oí que lo comentaban las amas. Pero quince mil… ¿De dónde salía tanto dinero? Catalina y yo espiábamos cuanto podíamos. Una vez, doña Mencía nos

sorprendió escondidas detrás de la puerta del salón, entre tapices. Pero en vez de regañarnos nos hizo una señal de silencio y, tomándonos de la mano con firmeza, se quedó allí, con nosotras, escuchando.

Mom encargó a los orfebres una imagen de papá para colocarla en la galería de los reyes. Una vez que la instalaron, tomé por costumbre ir a verlo. Iba sola, a la hora de la siesta, y me gustaba quedarme mucho rato mirándolo en silencio. Creo que fue entonces cuando lloré su muerte. Al principio se me hacía extraño ver los rasgos angulosos y metálicos de la estatua. Después le fui encontrando la semejanza. Las ayas decían que Catalina era más Lancaster, como nuestra madre, dulce de rostro y de facciones suaves. En cambio, yo era Trastámara, como papá, con la cara larga y la nariz afilada. Entonces me gustó parecerme a él. Empecé a hablar con papá, a la estatua. El fraile que nos enseñaba doctrina cristiana nos decía que estaba en el cielo, con Nuestro Señor Jesucristo y la santa Virgen María. Que el cuerpo se hace polvo en la tumba, pero que el alma siempre vive y sube a las alturas celestiales. Las ayas también nos hablaban del infierno, para asustarnos cuando nos portábamos mal. Cuando Catalina le preguntó al fraile, él nos aseguró que papá había sido un buen rey, un buen esposo y un buen padre. Por tanto, estaba en el cielo.

Yo nunca lo dudé. ¡Qué poco llegué a conocerlo! Años más tarde supe de los muchos conflictos que tuvo que afrontar en su breve reinado, y me cuestioné si algunas de sus decisiones habían sido las más acertadas. Pero cuando eres niña, y eres amada, jamás piensas que tu padre pueda equivocarse. Aún conservo las pocas palabras que recuerdo de él como perlas preciosas. Aquellos momentos en su despacho. El secreto que Mom no tenía que conocer para no disgustarse… Papá estaba en el cielo. Pero cuando iba a la galería de los reyes creo que su alma descendía, al menos durante un breve tiempo, para meterse dentro de la estatua y escuchar a su hija. Así lo creía, hasta el punto de que una vez me pareció que la faz dorada se movía y sus labios dibujaban una leve sonrisa.

Un día Catalina me vino a buscar. No sé por qué me enojó mucho que me descubriera hablando con papá. Le chillé. Después ella me siguió por todo el palacio, sollozando. No quiero, le dije, ¡no quiero que me persigas cuando quiero estar sola! Catalina no

entendía nada. Las ayas, cuando me vieron gritándole, la defendieron. Siempre la defendían. Yo era la mayor y tenía que ser sensata. Lila era la pequeña…, pero también la más bonita, la preferida, la niña de los ojos de todas. Ella era la hermosa, la alegre, la llena de salud. Siempre ha sido así. En cambio, yo, fea y enferma, la he visto morir antes. Sólo Dios sabe por qué. A veces pienso que continúo viviendo porque todavía estoy enamorada. ¡Qué loca soy! Pero esta locura me mantiene viva.

2.
La rama florida

¿A qué edad una mujer comienza a enamorarse? No lo sé, algunos juglares cantan el primer amor de los quince años; las amas dicen que cuando la doncella madura ya está preparada para el amor… Yo creo que hay un hechizo que comienza en la infancia, en los primeros años, cuando conoces a alguien que, de un día para otro, se convierte en el imán que atrae todos tus pensamientos y que esparce a su alrededor un aura luminosa y noble.

Siempre he pensado que nuestra familia, sobre todo después de la muerte de papá, estaba descoyuntada. Nuestra madre, Catalina, Juan y yo íbamos y veníamos de Segovia a Valladolid, de Valladolid a Toledo y de nuevo a casa, al alcázar azul, siempre rodeados de una corte numerosa e intrigante, como abejas en torno a un panal. Mom era la reina, pero en ella no encontrábamos la seguridad que, para mí, nos había dado papá. Los que de verdad mandaban en palacio eran don Alonso Pérez de Cuéllar, el alcaide, y doña Leonor López de Córdoba, la favorita de madre. Ellos eran quienes tenían las llaves. Y quien tiene las llaves, como nos recordaba doña Mencía, tiene el poder. A don Alonso todos lo respetaban y lo obedecían; él lo disponía todo: compras, viajes, banquetes, consejos y recepciones. Era el contable del rey y el custodio de la torre del homenaje, donde se guardaba el tesoro. Doña Leonor, decían las malas lenguas, era la reina a la sombra. Catalina y yo la veíamos como a una señora elegante, fogosa y a la que todo el mundo admiraba o temía. Leía y escribía mucho, incluso se atrevía a discutir con los curas, cosa que las damas de la corte criticaban mucho.

Al morir papá, Mom se convirtió en el centro de la casa. Pero, teniendo el genio vivo como tenía, no fue un pilar fuerte… Quizá sera debido a su enfermedad. Quizá porque añoraba su tierra… O quizá porque se dejaba influir demasiado por lo que le decían unos y otros. Doña Leonor siempre le recordaba: Tú eres la reina, ¡hazte valer! Esto la encendía y la ponía más en contra del tío Femando y de algunos otros señores poderosos que frecuentaban la corte. Pero, a la hora de la verdad, Mom tenía que ceder, aunque protestara en inglés, y aceptar lo que otros habían dispuesto. Y, además, fuera de palacio quien mandaba era el obispo de Palencia, don Sancho de Rojas. Él era quien hacía y deshacía entre los nobles castellanos.

La familia de tío Fernando era diferente. Los Trastámara éramos como un árbol con dos ramas: la nuestra era la débil y quebradiza; la suya, la fuerte y sana. Llegó a tener siete brotes y un tronco con dos puntales firmes. El tío era más joven que papá, pero más fuerte, más alto y más apuesto. Su esposa, Leonor de Alburquerque, era la *rica fembra*, la heredera más afortunada de toda Castilla, propietaria de tierras y ciudades muy ricas. Vivían en Medina del Campo, en un palacio enorme que recuerdo luminoso y bien guarnecido, con un patio lleno de sol y una galería con arcos de piedra labrada. El tío Fernando y la tía Leonor siempre iban juntos, y se notaba que se llevaban bien. Igual que Mom, ella era mayor que su esposo, pero lo respetaba mucho y siempre lo trataba de «mi señor» cuando estaban en público. Tuvieron siete hijos. Alfonso era el mayor.

Cuando al fin se resolvieron las disputas sobre la educación de mi hermano, toda la familia vino a Segovia para que se celebrara consejo real. ¡Qué revuelo en palacio! Mom protestó y, en la intimidad, criticaba al tío y a la tía, pero encargó a don Alonso que preparase su acomodo en palacio con todo lujo. Catalina y yo nos preguntábamos por qué nuestra madre hablaba tan mal de ellos en privado y luego, cuando los tenía delante, siempre se mostraba complaciente.

Era el comienzo de la primavera y de aquellos días tengo algunas imágenes grabadas en la memoria. La primera es la llegada del tío y su familia, con todo su séquito, al patio del alcázar. A los ojos de una niña de cinco años todo es más grande, más glorioso y admirable. El tío Fernando montaba a caballo y un escudero blandía el pendón real delante de él. El lienzo carmesí ondeaba como un

mar de sangre, primero mostrando y luego ocultando las torres bordadas en oro y el león rampante sobre el escudo. La tía iba en carroza, con los primos, que aún eran muy pequeños, algunos de nuestra edad. Pero Alfonso, el mayor, también iba a caballo, al lado de su padre. Tenía diez años y lucía el cabello cortado como un adulto, una melena corta con flequillo recto. Era alto y de semblante muy serio. Yo lo vi, montado sobre el corcel, erguido como un joven caballero con su capa y una túnica de terciopelo oscuro, y quedé embelesada.

La segunda imagen que conservo es la de un gran banquete en el salón azul y plata. Mom y el tío Fernando presidían la mesa principal. Había toda clase de viandas, servidas en bandejas y vajilla de oro y plata y guarnecidas con plumas de faisán, panecillos de mil formas y tortas rellenas, pasteles de miel, frutas confitadas, jarras del mejor vino… Mom no dejaba de sonreír y hablaba con voz estridente y risueña, como nunca lo hacía en privado. El copero le llenaba el vaso constantemente con su vino preferido. Tenía unas cuantas botellas reservadas expresamente para ella.

Los infantes nos sentábamos en una mesa aparte, más elevada que las del resto de los invitados, en un lateral de la sala, y nos servían nuestros propios camareros, mientras unos bufones hacían juegos de manos y bromas para distraernos. Catalina y yo, con la prima María y los primos Sancho, Juan y Enrique, comíamos de capricho y alborotábamos mucho. Alfonso, que era mayor, se sentaba a la cabecera, enfrente de mí. Al principio él parecía de mal humor en medio de tanto chiquillo. Después, se convirtió en el rey de la mesa. Nos explicó anécdotas de su casa en Medina, bromeaba con los bufones, nos proponía juegos y adivinanzas… ¡Qué animación a su lado! Cuando los músicos comenzaron a tocar, él les pidió un laúd para acompañarlos. ¡Sabía tañerlo! Y también cantaba, con voz fuerte y armoniosa. Los juglares lo aplaudieron y todo el mundo se deshizo en elogios hacia aquel infante tan gentil y lleno de encanto. Cuando terminó una pieza, Alfonso se volvió hacia la mesa de los regentes. Seguramente quería estar allí, con los adultos… Tía Leonor y tío Fernando le dirigieron una mirada aprobadora y él les sonrió. Catalina y yo lo mirábamos cautivadas.

Finalmente, recuerdo un paseo por el campo con los primos. Nos llevaron a caballo y en carruajes y, cuando estuvimos en medio de

la campiña, junto a un robledal, pasamos la tarde jugando. Las damas merendaban tortas y confites y bebían vino dulce, sentadas en mantas sobre la hierba. Los caballerizos y los pajes nos vigilaban y cuidaban de los animales. Los bufones y unos juglares cantaban y nos divertían. Pero cuando mejor lo pasamos fue cuando nos dejaron a nuestro aire, corriendo por el campo y escondiéndonos entre los robles. Los vestidos se enganchaban en los matorrales y tropezábamos con las piedras, pero ¡qué importaba! Allí, bajo aquel cielo tan azul, en medio del bosque, el mundo era nuevo y salvaje, y los niños podíamos ser, simplemente, niños.

En aquella tarde memorable de primeros de abril recuerdo también que Alfonso no jugó con nosotros. Se fue a cabalgar con los monteros y no regresó hasta el atardecer, cuando los sirvientes recogían los restos de la merienda y todos nos disponíamos a volver al alcázar. Alto, fuerte, con los cabellos castaños agitados y desprendiendo un halo épico, así lo recuerdo. Como un joven Cid o un Rolando adolescente. Yo sólo tenía cinco años. ¿Es demasiado pronto para enamorarse?

No recuerdo, en cambio, el hecho que decidió el futuro de nuestro reino. Y que, al final, dictaría nuestro porvenir. En aquellos días se reunió el consejo real y los dos regentes, nuestra madre y el tío Fernando, se repartieron las tierras de Castilla. Tal cual, como si de una hogaza de pan se tratara. Había tierras asignadas a mí, como heredera primogénita, tierras de la reina madre y tierras y poblaciones para el tío Fernando. Después de mucha disputa, se acordó que nuestra madre administraría su parte, y el tío la suya propia. Castilla partida en dos. La otra gran decisión fue la guerra.

Al sur de los reinos hispanos quedaba Granada, el último bastión de los moros. El tío Fernando quería ir a la guerra contra el moro y conquistar aquel reino. Pero una guerra es cara, y el consejo real tenía que aprobar una asignación. Y Mom tenía las llaves del tesoro y no quería darle el dinero. Al final se lo dio, porque don Sancho de Rojas convenció a los nobles y decidió apoyar al tío. Parece que la campaña en Andalucía fue un desastre. ¡Dinero echado a perder!, exclamó Mom, disgustada, cuando en Navidad recibió noticias. Granada no fue conquistada, los moros resistieron y el tío Femando

tuvo que retirarse con tan sólo unos pocos pueblos tomados en su haber. Doña Leonor asentía: la guerra siempre es un mal negocio. Pero los hombres mandan, y los hombres siempre están a punto para la brega.

Para los hombres la guerra es gloriosa. Escuchando los romances de los juglares y los cantares de gesta, Catalina y yo también la veíamos como algo inseparable de la vida de los reyes. Guerrear era una de sus tareas, igual que ir de caza, dictar leyes o reunir al consejo. ¡Qué poco sabíamos! Las mujeres como doña Leonor y algunos clérigos eran los únicos que no la veían con buenos ojos. Cuando Catalina y yo empezamos a aprender la escritura, queríamos leer poesía y epopeyas de caballeros y princesas, pero nuestro preceptor nos puso en la mesa un grueso libro, el *Salterio*, y unas vidas de santos.

Había una última disposición en el testamento, la más importante para mí. Papá y el tío Fernando querían que Alfonso y yo, los dos primogénitos, nos uniéramos en matrimonio. Así lo había dejado escrito. Parece que a Mom no le complacía esta decisión, como tantas otras. Para mí, cuando fui consciente de ello, fue una promesa sagrada hecha a papá.

Había cumplido los ocho años, ya sabía leer y Catalina y yo habíamos comulgado por primera vez en la catedral cuando Mom me llamó un día a sus estancias y me dio la noticia. Me acompañaba doña Mencía y, como tuve que ir yo sola, sin mi hermana, el momento revistió cierta solemnidad. Hija, anunció, ha llegado la dispensa del santo padre Benedicto. ¿Sabes qué significa eso?

Dije no con la cabeza. Sabía que el papa Benedicto era un personaje importante, que estaba por encima de nobles y reyes, que sólo Dios estaba por encima de él. Mom me explicó lo que era la dispensa y lo entendí perfectamente. Esto quiere decir que ya no hay impedimento, hija. Tú y el primo Alfonso os podréis casar cuando llegue el momento.

Cuando llegue el momento… Recuerdo un temblor cálido, un latido en el pecho, una fuerza que me hizo enderezar y vislumbrar mi futuro con ansia y gozo. Alfonso, ¡mi esposo! Las dos ramas del árbol, enlazadas. La fuerza de una haría rebrotar y florecer la otra.

Ah, sería como un romance de caballeros y princesas, como las historias que cantaban los trovadores y leían las damas. Creo que desde aquel día mi vida se convirtió en una larga, a veces ilusionada, a veces angustiosa, a veces paciente, y siempre anhelante espera.

Y aún hoy sigo esperando… La infanta que soñaba con romances todavía sueña y espera. Ya no con un matrimonio gozoso, ya no con el placer de la vida; sólo espera volver a ver un rostro, palpar una presencia, escuchar una voz, aunque sea áspera. Sigo esperando.

3.
De amor y de guerra

El amor y la guerra. Los romances de los juglares no tratan de otra cosa. Son los ideales del caballero, los dos polos que tensan su vida, como la cuerda y el arco donde se fija la flecha. También las vidas de los santos, considerándolo bien, son historias de amor y de guerra. Hay una guerra contra el maligno, contra el pecado, contra el mal que se va gestando dentro de uno mismo, y el amor a Dios, la luz, la bondad y la misericordia. La vida de cada cual es una historia de amor y de guerra. Desde que tuve memoria y razón así lo he experimentado.

Lo vivía diariamente, con mi hermana Catalina, con las ayas, las damas y los instructores. Catalina y yo nos queríamos tanto como nos peleábamos. Con el pequeño Juan sucedía lo mismo. Cuando empezó a caminar y a hablar quería jugar con nosotras, pero a menudo lo hacíamos rabiar. Las ayas nos reñían y los frailes nos hablaban de perdón y reconciliación. Tenéis que mantener el alma pura, nos decían. Es la única cosa que perdura, la que nunca muere. El ánima es más valiosa que el oro y la plata y un día tendrá que volver a su Creador. Nuestro Señor Jesucristo murió para lavarnos el alma a todos con su sangre… Y el alma, como nuestros vestidos, ¡siempre está expuesta a ensuciarse!

La lucha por ser buena cristiana y amar a Dios y al prójimo era constante. En esto Mom insistía. Ella era muy religiosa y respetaba a la Iglesia. A menudo hacía regalos y otorgaba privilegios a monasterios y abadías. Vendió mucha ropa de seda y oro de papá para encargar misas y hacer obras piadosas. Cada mañana nos hacía ir a misa a la capilla del alcázar; ella iba a mediodía y a veces por la

tarde. Cada noche, antes de acostarnos, Catalina y yo tomábamos unos rosarios, los besábamos y rezábamos con doña Mencía y las doncellas de cámara. Recitábamos a coro nuestras plegarias y después doña Mencía añadía algunas peticiones especiales. En el verano de 1410 empezamos rezar por la guerra. El amor y la guerra. Los reyes comparten estos ideales caballerescos. Del año 1409 guardo memoria de otro acontecimiento memorable: la entronización de mi primo Sancho como maestre de la orden de Alcántara. Fue en Valladolid, y la fiesta fue fastuosa. Hubo una gran procesión por las calles, donde desfiló toda la familia real seguida de los «grandes» del reino y decenas de obispos y sacerdotes. A continuación, ceremonia en la iglesia de San Pablo, entre estandartes, pendones y el fulgor de los atuendos de caballeros y prelados. Sancho tenía sólo diez años y era delgado y tímido, lo recuerdo como el más frágil de los primos, pero aquel día dejó atrás la niñez. Iba vestido como un caballero, con una túnica de un blanco inmaculado y la cruz verde de Alcántara bordada. El blanco y las cruces verdes llenaban la iglesia bajo el resplandor de los cirios y las espadas. Fuera, en la calle, el gentío se arremolinaba para ver y escuchar, para aclamar y festejar. En las plazas cantaban los trovadores y se exhibían los saltimbanquis y los acróbatas. Dentro del templo todo era ceremonioso, pausado, solemne. Pero fuera la fiesta estallaba en colores y vocerío. Disciplina y jolgorio, derroche y alegría. Fue entonces cuando fui consciente, por primera vez, de la importancia de la pompa. Todo impresiona, todo se convierte en un cántico que ensalza un ideal, una aspiración, una promesa. El ritual venía a ser un desposorio entre la cruz y la espada, el arma del espíritu y el arma que conquista la tierra. Después de la tensión del rito, en la iglesia, el corazón se expande en el alborozo de una fiesta bajo el sol. Durante una semana, en Valladolid, se sucedieron los entremeses, las danzas y los torneos. Los reyes y los nobles necesitamos esta pompa. El pueblo también la necesita. ¡Fiestas que ensalzan el amor y la guerra!

Meses después, el primo Enrique fue investido como maestre de la orden de Santiago en una celebración similar. Para Catalina y para mí todo era motivo de fiesta, alegría y encuentro con nuestros primos, a los que adorábamos. Fiestas, cenas, bailes y justas. ¡Cuánto alegre frenesí entre idas y venidas de un palacio a otro!

Mom rezongaba mientras las doncellas la vestían para la ceremonia. Fernando y la *rica fembra* saben bien lo que hacen. Medio reino para sus hijos mayores y otro medio para los chicos, decía. Yo no pude evitar preguntar a doña Mencía: ¿Qué significa esto? ¿No es Juan el heredero del reino? ¿No es madre la reina regente? Doña Mencía bajó la voz: Los primos Alfonso y Juan han heredado muchas tierras, murmuró. Pero las órdenes militares poseen castillos, y muchas riquezas, y hombres de armas. Vuestro tío, el duque Femando, las quiere para hacer la guerra.

Mom también protestaba por los muchos gastos que suponían tantos festejos. Pero el oro siempre llegaba, de un lugar o de otro. Don Alonso debía administrar muy bien las arcas… Mom enviaba espías para saber cómo se vestiría la tía Leonor para la ocasión. Quería competir con su cuñada en elegancia. También se enteraba de cómo vestían nuestras primas, María y Leonor, para asegurarse de que Catalina y yo nos ataviábamos con mejores prendas. Ni que decir tiene que, en aquel entonces, mi hermana y yo estábamos encantadas.

En la ceremonia de entronización mis primos eran los protagonistas. ¡Qué gallardos resultaban, aun siendo niños, los brotes de la rama florida! A su lado, nosotros tres parecíamos tres palomas junto a una bandada de jóvenes halcones. A diferencia de Sancho, Enrique era fuerte y atrevido, y se comportó con desenvoltura en medio de los clérigos y los caballeros. Aquél era su gran día. Pero yo sólo tenía ojos para Alfonso.

Al año siguiente, el tío Fernando preparó una vez más la guerra contra el moro. Y su hijo mayor, Alfonso, lo quiso acompañar. Cuando lo supe, por las conversaciones entre Mom con doña Leonor y las damas, se me llenó el corazón de congoja. Yo solía guardar mis sentimientos más íntimos en secreto, pero de algún modo debí expresar mis temores en voz alta, porque doña Mencía meneó la cabeza y me tranquilizó: No sufras, niña, que Alfonso es una criatura. No luchará en la batalla.

Me tranquilizó, pero no del todo. ¿Alfonso, una criatura? No, no lo era. Ya tenía catorce años. Para mí era un hombre.

La guerra, cantada por los juglares, era heroica y gloriosa. Los

caballeros lucían brillantes armaduras, capas de terciopelo y pendones con la insignia de su casa, con un pañuelo o cinta de su dama enamorada. Las armas resplandecían bajo el sol y el color de los estandartes ondeaba sobre el ejército, como las amapolas meciéndose en los sembrados. Los guerreros montaban en sus caballos, de hermosa crin, y emprendían el galope hacia el enemigo sin temor y con fiereza. El enemigo siempre era el malo, el oscuro, el infiel. El que no creía en Dios ni respetaba a los hombres. Matarlo, o derrotarlo, era un deber sagrado.

Pero para hacer la guerra se necesita dinero. Esto no lo explican los cantares de gesta. El dinero, siempre el dinero, ¡se necesita para todo!, suspiraba Mom. Menos mal que tenemos las joyas. Siempre nos quedará esto. Doña Leonor se permitió criticar la guerra contra el moro, provocando el escándalo de las damas y los señores de la corte. No sé por qué tenemos que embarcarnos en esta guerra, decía. Gracias a los moros tenemos más oro que cualquier otra corte cristiana.

Oro y regalos. Recuerdo bien que, con motivo del nombramiento de mi hermano Juan como rey, llegaron a la corte muchos regalos de otros monarcas. Los más impresionantes para todos los chiquillos de la corte fueron los que envió el rey de Túnez. Había joyas de oro y plata, alfombras, dos colmillos de elefante más altos que nosotras… Pero lo que más llamó la atención sin duda fueron los animales. Todo el mundo salió al patio para verlos. Llegaron unas jaulas con unas aves enormes que no volaban, las llamaban avestruces. Y otra con un león y una leona. Dos leones de verdad, no como los de los escudos. Inquietos, daban vueltas dentro de la jaula. Despedían un hedor raro y muy fuerte y llevaban gruesos collares con puntas de bronce, como los perros de caza. Cuando alguien se acercó a los barrotes, el león rugió y creo que a todos se nos erizó la piel. Mi hermano Juan rompió a llorar. Años más tarde, en el jardín de fieras del palacio de Barcelona, pude observar otros animales de África, pero aquéllos fueron los primeros que vi, y jamás olvidaré lo que sentí al escuchar el bramido del león cautivo. Me hizo estremecer y, a la vez, en aquel rugido también presentí una especie de tristeza insondable, un último clamor desesperado.

Sí, de África y de los moros nos llegaba mucha riqueza. Cada año el reino de Granada enviaba las parias a Castilla, tributos en

oro y especias que don Alonso contabilizaba escrupulosamente y almacenaba en la torre del homenaje. Mom se enojaba cuando escuchaba a doña Leonor mencionando esto y criticando la guerra. El consejo así lo ha decidido, gruñía, y soltaba alguna que otra palabra grosera en inglés. El consejo de nobles era poderoso, tanto como los mismos reyes. El rey comandaba el ejército, pero los nobles decidían antes. Porque una parte del dinero y, lo que es más importante, los hombres, según me explicó doña Mencía, lo aportaban ellos y las ciudades.

El amor y la guerra. El tío Fernando marchó a Andalucía y conquistó Antequera el 16 de septiembre. En Sevilla le dispensaron una recepción solemne y grandiosa, como no se recordaba, con repique de campanas, desfile de pendones y *Te Deum* en la catedral más grande de la cristiandad. ¡Cómo me hubiera gustado ir! Catalina y yo escuchábamos el relato de los oficiales a Mom embelesadas. Madre parecía complacida. Doña Leonor no hizo comentarios y nos acompañó, ataviadas con nuestras mejores galas, a la misa de acción de gracias que se celebró en la catedral.

Al año siguiente, el tío Fernando llegó a Valladolid con toda su familia. Mom le preparó una entrada triunfal, para no desmerecer a la de Sevilla. En la plaza de San Pablo, ante la iglesia, nuestro lio desmontó del caballo. Iba vestido como un rey, con un manto rojo forrado de gibelina, pero se arrodilló ante la reina madre y le besó la mano. Mom también vestía de púrpura y lucía una corona guarnecida de rubíes. Le puso las manos sobre los hombros y lo hizo levantarse para besarlo en la cara. Con este gesto todo el mundo prorrumpió en gritos de júbilo y aclamaciones. Catalina y los niños de la corte alborotaban. Juan, mi hermano, se movía inquieto al lado de Mom, sin saber muy bien cómo llevar su pequeña corona y como mantenerse bien erguido bajo la capa bordada que le debía pesar demasiado… Y yo, que ya tenía diez años y que hacía tiempo que no me sentía como una niña, tenía la mirada puesta en Alfonso. El joven caballero no había ido a la guerra, al final, porque su madre, Leonor, no se lo permitió. Ahora no se apartaba de su padre. En aquel rostro que tampoco era de niño, anguloso y de nariz afilada, Trastámara como el mío, podía leer la admiración y la avidez, casi envidia, por el deseo de emular a su progenitor.

Los festejos en Valladolid se alargaron toda una semana.

Banquetes, torneos, desfiles, misas y repique de campanas. Recuerdo la luz irisada del sol atravesando las vidrieras de la catedral, jugando con los colores de la ropa y los mantos. Recuerdo los bailes y la música en el salón y en el patio de los Pimentel. Catalina y yo danzamos con las damas, con los hijos de los nobles y con nuestros primos. ¡Lo deseábamos tanto, después de haber estado practicando con doña Mencía y nuestras camareras!

No olvidaré aquella noche. Dancé, por primera vez, con Alfonso. Los dos herederos, los dos prometidos, abrimos el baile ante toda la corte. Los juglares tocaron una pieza dedicada a los futuros novios. Alfonso me tomó de la mano con energía. ¡Qué mano tan fuerte! La mía sudaba, y toda yo trataba de contener el temblor. Me puse muy nerviosa, sólo pensaba en no equivocarme con los pasos del baile. Miraba furtivamente a mi primo. Él también estaba muy serio, como si cumpliera un ritual por obligación. Empezamos muy rígidos, hasta que yo le pisé un pie. Él dio un salto y, de pronto, se echó a reír. ¡Se rompió el hielo! Yo me reí también, nos miramos durante unos instantes y continuamos bailando. No sé si lo hicimos bien o no, pero las damas y los nobles nos aplaudieron y los juglares continuaron tocando alegres piezas.

Siempre recordaré su sonrisa. Y sus manos fuertes, el tacto cálido cuando las puso en torno a mi cintura de niña. Sí, mi cuerpo era todavía el de una niña, pálida y delgaducha, y el vestido de gala que me habían confeccionado me iba holgado. Pero llevaba el cabello largo y rizado, polvos de color en las mejillas y manteca en los labios, como una mujer. Aquella noche lo supe de cierto. No encontraba la palabra exacta, no era capaz de explicármelo a mí misma. Pero lo sabía. Estaba enamorada.

Cuando el baile terminó, Alfonso me dejó sola y no volvió a mirarme durante el resto de la noche. Sus hermanos Juan y Enrique se peleaban por bailar con Catalina, y ella se hacía de rogar. Hubo un momento, en un cambio de música, en que Alfonso la invitó a bailar. Los dos sonreían, mi hermana sonrojada, inclinando un poco el rostro, rubia y preciosa como era. Me puse muy celosa.

Tampoco pude acercarme a Alfonso los días siguientes, ¡siempre estaba con su padre y con los caballeros, de caza o en los torneos! ¡Ah, los torneos! A Mom no le gustaba mucho que fuéramos a las justas. La guerra, aunque sea en forma de juego, es cosa de hombres

y de damas de corazón ligero. Lo decía en tono reprobador, como si se tratara de un delito. ¿Qué significaba aquello de «corazón ligero»?

Porque yo sentía mi corazón ligero y me preguntaba si sería o no pecado. No, no podía serlo. El corazón ligero se eleva como una llama y te acerca al cielo. Al cielo, donde dicen los frailes que van a parar las almas bienaventuradas. Al cielo, lugar de paz y de fiesta, donde no hay muerte, ni enfermedad, ni guerra… Donde sólo reina el amor. Al cielo, a donde van a parar los hombres de paz y los hombres de guerra. Donde todos son iguales, reyes y vasallos, ricos y pobres, hombres y mujeres. Imaginaba el cielo y lo veía como un inmenso salón de baile, iluminado, guarnecido con flores y tapices, donde sonaba una música deliciosa y Alfonso y yo bailábamos en medio de una corte de ángeles, olvidados de todo.

Recuerdo el gozo exultante que parecía esparcirse por doquier, como las flores en los sembrados, en aquel mes de abril del año 1411. El año en que cambiaron muchas cosas.

4.
El año en que todo cambió

Después de mi compromiso nupcial empecé a ser muy consciente del cuidado de mi aspecto. Me acostumbré a mirarme al espejo, pero lo hacía a escondidas, cuando nadie me veía, porque no quería parecer vanidosa. Fray Antonio de Carmona, nuestro confesor, siempre nos advertía contra los «pecados de las mujeres». Querer ir demasiado acicalada era malo.

Sin poderlo evitar, me comparaba con Catalina. Y en la comparación siempre salía perdiendo. Catalina estaba cada día más bella, incluso parecía mayor que yo porque se le formaban algunas curvas femeninas. Las caderas, el pecho, la cintura fina y redonda, tan graciosa al lado de la mía, que era plana y recta. Mis pechos no salían por ningún lado y, vestida con trajes cada vez más pesados y con más bordados y encajes, a veces me daba la impresión de ser una especie de percha forrada de cortinajes.

Mi cara no era tan fea, me repetía a mí misma, mirándome al espejo y jugando con los bucles rubio pálido. Larga y de nariz puntiaguda, como todos los Trastámara, pero fina y delicada de piel. Algunos peinados me hacían más atractiva, más mujer. Si me ponía un poco de sombra en los ojos y un poco de color rosado en los pómulos, si ladeaba un poco la cabeza y aprendía a sonreír como lo hacía Catalina, incluso podía parecer bonita. El color azul me sentaba bien. Resaltaba mis ojos, de un color ceniza verdoso, de modo que parecían también azules.

Entonces llegaba Catalina y toda la ilusión se desvanecía. Empecé a estar celosa, no podía evitarlo. Los celos son un sentimiento oscuro que arde por dentro, como un fuego de brasa.

No crepita ni calienta, pero va consumiendo. Un día, avergonzada, me decidí a confesárselo a nuestro fraile preceptor.

Fray Antonio me escuchó con aquel gesto de lástima respetuosa que me dedicaban las amas y las doncellas cuando me veían triste. Movió la cabeza y me miró fijamente a los ojos. No os afanéis por la belleza del rostro, me dijo. Lo más importante es conservar el alma bella y pura. Esto es lo que cuenta ante Nuestro Señor y lo que más debe preocuparos. El cuerpo, finalmente, es caduco; envejece, muere y se convierte en polvo. El alma perdura en la eternidad.

Conservar la belleza del alma, no del cuerpo. Me pregunté si mi futuro esposo también daría más importancia a la belleza del alma. Pero no me atreví a preguntárselo. De momento, tenía una tarea: debía aplicarme a embellecer mi alma. Y lo primero para limpiarla y purificarla era perdonar, y no sentir celos.

Para los frailes sólo importaba lo de adentro. Pero, por otro lado, vivíamos rodeadas de amas, señoras de la corte y nuestra misma madre, que siempre se vestían con cuidado, se enjoyaban y pasaban horas en el tocador, probando nuevos peinados y perfumes. Doña Leonor López de Córdoba era un modelo para nosotras, siempre elegante, siempre digna. Había sufrido mucho en su juventud, porque su padre, que había sido maestre de la orden de Calatrava, había caído en desgracia ante el rey por apoyar al bisabuelo Pedro. Se casó, pero pronto quedó viuda y perdió a su hijo de corta edad. A pesar de todo, consiguió ser la gran dama de la corte, mujer de confianza de la reina madre y «la que tenía las llaves». Doña Leonor siempre decía que una señora debe cultivar su belleza, por dentro y por fuera.

Un día también confesé mis penas a Mom. Como siempre, doña Leonor estaba con ella. Niña, ¿qué te pasa que te veo triste? Era cierto. Desde que había cumplido los diez años me había vuelto muy nostálgica. Me gustaba menos jugar y, en cambio, me aficioné a leer, sola, siempre que podía. Cuando terminaba un libro, si no tenía otro a mano, lo volvía a empezar. Me gustaban los romances, y también las historias de la Biblia y las vidas de santos. De hecho, me gustaba todo cuanto leía porque aprendía y, mientras estaba leyendo, me olvidaba de todo y las penas huían. Leer también era bueno para embellecer el alma.

Confesé a Mom que estaba triste porque no era bonita y tenía

miedo de no gustar a mi primo. Mom se echó a reír. Sentí mucha rabia. Pero doña Leonor no se reía. Me tomó la cara entre las manos y me miró a los ojos. Mi señora, dijo, lo más importante es lo que tenéis dentro. Vuestro corazón, vuestra inteligencia, vuestro amor. No hay nada que embellezca tanto el alma como el amor, ni luz que brille más en una mujer que la sabiduría.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Doña Leonor, como los frailes, también hablaba de la belleza interior. Pero ella añadía la inteligencia. No sólo existía bondad. Ella era un buen ejemplo porque se cultivaba, leía y escribía mucho. Y nadie la ganaba en astucia y autoridad. Había llegado a Castilla desde su Córdoba natal sumida en la pobreza y ahora era rica y poderosa. La reina en la sombra.

Todavía me quedaba una inquietud, e insistí: Madre, ¿llegaré a ser hermosa para el primo, cuando me haga mayor? Nunca seré romo Catalina… Ah, ¡al fin mencioné a mi hermana! La espina clavada, el temor. Hija, respondió Mom, meneando la cabeza, nunca serás como Catalina. Más vale que te olvides de ello. Catalina es hermosa por naturaleza, como lo era yo de joven, y no le costará encontrar esposo. ¡Más bien tendremos que elegir! Pero tú ya estás prometida y tienes una gran herencia. Eres la primogénita de Castilla y por tus venas corre la sangre de tres casas reales. Nadie te podrá quitar esto.

Yo abrigaba anhelos, pero Mom tenía los suyos, y también el tío Fernando. Sus aspiraciones eran mucho más relevantes para mi futuro, el de mi prometido y el de todo el reino. El año que conquistó Antequera murió Martín, rey de Aragón. Su heredero, que también se llamaba Martín, había muerto joven unos años antes, de modo que no tenía sucesor. De repente, Aragón, el principado de Cataluña, Valencia y las islas se habían quedado sin rey. Y un reino sin cabeza es como una presa en medio de los buitres: de inmediato aparecen aspirantes para convertirse en dueños.

Nuestra familia estaba emparentada con la casa de Aragón.

La abuela Leonor, madre de papá y el tío Fernando, era hermana del rey Martín. Por tanto, tío Femando era sobrino del difunto y tenía un buen motivo para aspirar a la corona aragonesa. Pero no era el único candidato. Por un lado estaba el duque de Gandía, también emparentado con la casa real de Aragón. También había un

hijo bastardo del príncipe Martín el Joven, Federico de Luna. La cuñada del rey Martín, Violante de Bar, que había sido reina consorte del hermano del difunto, el rey Juan, quería subir al trono a su nieto, Louis de Anjou, duque de Calabria. Pero el candidato con más peso, del que a menudo oíamos hablar en la corte, era el conde de Urgel, Jaime, que estaba casado con una tía nuestra, Isabel.

La disputa, una vez más, se daba entre familias. Y la codiciada presa eran tres territorios y unas islas, no tan ricos como Castilla, pero sí la parte de la península que miraba al Mediterráneo. Y el mar Mediterráneo significaba comercio y conquista, lazos con Roma y las repúblicas italianas, con África y Oriente. El mar era una puerta abierta a la riqueza y al poder.

Tío Fernando convocó a su consejo de nobles y letrados para estudiar el caso y la decisión fue unánime: él era el candidato con más derechos a la corona de Aragón, por parentesco y por méritos, pues hizo valer la conquista de Antequera. Desde ese momento preparó su campaña. Pidió más dinero a las cortes y don Sancho de Rojas, con la mayor parte de nobles de Castilla, lo apoyó. También nuestra madre, tras consultar a su consejo, le dio su apoyo. Si el tío Fernando se convertía en rey de Aragón nuestra familia tendría en sus manos prácticamente toda la península, salvo Portugal y Granada. ¡La gloria de los Trastámara!

Yo no era ajena a las consecuencias de esta ambición. Si nuestro tío se convertía en rey, Alfonso sería el sucesor. Y yo, el día de mañana, sería reina. Mom nos explicaba cómo iban las negociaciones mientras tío Femando reunía un gran ejército para desplazarse hasta Zaragoza. Catalina escuchaba con tanta atención como yo misma. También era consciente de mi futuro y del lugar que podía llegar a ocupar. Entonces fue ella quien se puso celosa.

En la primavera de 1411 nos desplazamos a Ayllón. Tía Leonor fue con sus hijos desde Medina del Campo, acompañando a la tropa del tío Fernando. Mom, con todo el séquito real de Castilla. El pequeño Juan se quedó en Segovia, bajo la tutela de don Alonso y sus oficiales, pero Catalina y yo acompañamos a nuestra madre.

Aquel viaje, a través de los sembrados de Castilla en plena primavera, con la expectativa de ver a nuestro tío coronado rey, nos emocionaba y nos llenaba de expectación. Durante el trayecto, Catalina y yo olvidamos nuestras rencillas y envidias.

Ayllón es una ciudad antigua, más antigua que los romanos, nos explicaba fray Antonio, nuestro preceptor, y cargada de historia. Más pequeña que Segovia y situada en medio de los campos, junto a un cerro de roca, la población crece en torno a una plaza porticada, a la sombra de la iglesia maciza. Sobre la colina, la ermita torre de la Martina sé yergue contra el cielo, esbelta como un centinela en guardia:

Nos instalamos en el palacio del alcaide, en la plaza mayor. Entre el séquito del tío, la tía Leonor y el nuestro, la villa casi dobló su población. Calles y plazas se llenaron de carruajes, caballos, mulas, criados, mozos y damas. Parecía una fiesta mayor. Pronto llegaron grupos de saltimbanquis, vendedores ambulantes, juglares y hasta unas «mujeres de mala vida», como decían las damas, escandalizadas al verlas. Catalina y yo las observamos con curiosidad y atención. Escotadas y muy maquilladas, se paseaban sin decoro alguno entre los mozos y los caballerizos. Sonreían y hablaban con voz estridente y algunas cantaban romances de letra picante. Los sacerdotes se enfadaron mucho al verlas y Mom envió unos guardias para obligarlas a retirarse. Doña Mencía nos regañó: No las miréis más, y nos empujó para que entráramos en la casa.

Aquellos días, el repique de campanas desde la espadaña de la iglesia nos despertaba cada mañana. Las amas nos levantaban, nos vestían y cruzábamos la plaza para ir a misa. A primera hora se estaba fresco y la plaza estaba desierta. Oíamos el cucurrucú de las palomas y el goteo del agua en la fuente de piedra. Al salir de la iglesia va había mucha gente, y animales. Las mujeres llenaban sus cántalos y las voces y el jolgorio no dejaban escuchar las palomas y el gorgoteo del agua. La gente del pueblo se quedaba mirando la proceśión de damas e infantas saliendo de la iglesia y nos hacían reverencias.

En misa nos encontrábamos con tía Leonor y los primos. Después, a menudo pasábamos el día juntos. Enrique y Juan seguían peleándose por llamar la atención de Catalina. María, por su parte, era una niña dulce que quería imitar a mi hermana y la seguía como una sombra. Leonor era más pequeña y caprichosa. Por no copiar a su hermana, me seguía a mí. Pedro y Sancho luchaban a ser guerreros y peleaban con espadas de madera contra el conde de Urgel y sus catalanes. Yo me aburría y, cuando podía, me escapaba

para ir a leer un rato. Deseaba ver a Alfonso, pero él siempre estaba con su padre o con su madre, o con los caballerizos. Disfrutaba yendo a cabalgar o de caza. No me prestó más atención que aquella noche, en el palacio de Valladolid, cuando terminamos nuestra primera danza.

Recuerdo también, de aquellos días, a los primeros judíos que vi marcados. Madre y tío Fernando habían pedido que Vicente Ferrer, el gran predicador de Valencia, viniera a apoyar su candidatura. Era dominico, tenía fama de hombre santo y todo el mundo lo escuchaba. Accedió a acercarse hasta Ayllón con la condición de que los judíos y los moros fueran marcados y separados en todas las poblaciones. En Ayllón, como en muchos otros lugares, había un barrio de judíos. Por orden de Mom, todos llevaban una señal de color rojo cosida en el jubón. Caminaban con la cabeza gacha y siempre parecían tener prisa, o quizás miedo.

Las camareras y los frailes nos habían hablado de los judíos. Son los que mataron a Nuestro Señor Jesucristo, decían. Gente astuta y de mal fiar. Pero Nuestro Señor Jesucristo era judío, replicaba doña Leonor López en las conversaciones privadas entre damas. No le gustó la exigencia de Vicente Ferrer y se atrevió a decírselo a Mom. Qué necedad, tener que marcarlos como al ganado, comentó. Si no fuera por su dinero, a saber cómo podríamos pagar tantos ejércitos y tantas guerras. Mom se enfadó mucho y la reprendió en público. ¿Quién eres tú para discutir mis decisiones? ¿Te crees más santa que este puñado de usureros que nos chupan la sangre? Fue la primera discusión importante que tuvo con su favorita.

Yo reflexionaba. De modo que los moros y los judíos son gente de mal fiar. Pero gracias al oro de las parias se podía mantener nuestra corte, y gracias a los préstamos de los banqueros judíos se podían pagar nuestras guerras. ¿Es así como funcionaban las cosas?

Lo comenté con fray Antonio un día al salir de misa. Él me invitó a sentarme en un banco de la iglesia, que se iba quedando desierta. Aquel día Catalina no me esperó, salió a la plaza con los primos para ir a ver a los titiriteros mientras yo, la infanta primogénita, con diez años, empezaba a conversar con mi confesor de asuntos que ya pertenecían al mundo de los adultos.

El dinero, me dijo, es la fuente de todo mal. Por él, la gente toba y mata; por él, las familias se rompen y los reyes van a la guerra.

Nuestro Señor mismo fue vendido por treinta monedas de plata… Por dinero podemos vender incluso nuestras almas. Y el mundo está inclinado al pecado. Pero hasta que no se instaure el reino de Dios necesitamos dinero para sobrevivir. La única manera de limpiar el oro es no dejarse dominar por la avaricia. Por eso, mi señora, es necesario que reyes y nobles, y todos aquellos que posean dinero en abundancia, sean generosos y den una parte de su riqueza a la santa Iglesia y a los pobres. Es la única manera de purificar lo que es sucio y enturbia nuestra alma.

Nunca he olvidado aquella conversación. Mom era generosa con la Iglesia, ciertamente. Yo he aprendido de ella y he probado a imitarla. Invertir dinero en aquello que caduca es un mal negocio. ¡Y se derrocha tanto! Por eso, incluso en tiempos de necesidad, siempre he destinado una parte de mi patrimonio, hasta lo que me hacía falta, para ayudar a los monasterios y las iglesias. Y siempre he dado órdenes a mis cocineros y criados para que dejaran una olla de comida y todo el pan sobrante del día a los pobres. Viajera como he sido, nunca han faltado mendigos que siguieran mi comitiva. ¡Yo misma, a menudo, he sido una reina mendicante!

En Ayllón nos encontrábamos a gusto, aunque Mom se quejaba de la comida y las incomodidades de un palacio mucho más pequeño y sencillo que el alcázar. Confiábamos en ir a Zaragoza para el verano pero, de pronto, nos preparamos para volver a Segovia.

Las amas estaban asustadas y pronto supimos el motivo. El obispo de Zaragoza, uno de los partidarios más firmes del tío Fernando, había sido asesinado. Su candidatura estaba amenazada y se habían movilizado bandos contra él, tanto en Aragón como en Valencia. En Cataluña también había revuelo: el conde de Urgel había armado a su ejército y no estaba dispuesto a ceder un palmo.

Tío Fernando reaccionó de inmediato y se puso en marcha, al frente de su tropa, para entrar en Aragón. Tía Leonor y los primos regresaron a Medina del Campo. Mom y nosotras volvimos a Segovia. Pero Alfonso acompañó a su padre a la guerra.

Al año siguiente se celebró el compromiso de Caspe. Tres delegados de cada reino, Aragón, Cataluña y Valencia, se reunieron para decidir qué candidato sería proclamado rey. La votación no fue unánime, pero hubo un ganador con clara mayoría, seis votos

contra tres. En junio de 1412, Fernando, el héroe de Antequera, se convirtió en el nuevo rey de la corona de Aragón.

5.
GUERRAS DE DAMAS

Dicen los hombres de letras que las mujeres vivimos inclinadas al amor, mientras que la condición del hombre lo empuja a la guerra. Pero mi experiencia me demuestra que las mujeres también libramos nuestras guerras. De otra manera, es cierto, pero la lucha no deja de ser violenta y, a veces, encarnizada.

Doña Leonor me había prestado un libro que me fascinó. Era una traducción de *La ciudad de las mujeres*, escrito por una dama francesa llamada Cristina Pisan. Como doña Leonor, Pisan se había quedado viuda muy joven y vivía de lo que escribía: poemas, crónicas de la historia de Francia, elegías a los reyes y nobles, libros de moral y virtudes. Se convirtió en mi lectura preferida. Lo leía con sumo cuidado, porque no quería estropearlo y doña Leonor lo valoraba mucho. Tener el libro entre manos era como sostener un objeto sagrado. Cuando me sumergía en él me trasladaba a otro tiempo y a otro lugar. Leyendo las historias de aquellas heroínas antiguas soñaba con mi futuro como reina. Cristina Pisan hablaba del valor de las mujeres, de su fortaleza y su sensatez, de su amor, más firme y fiel que el de los hombres. También más sufrido, más silencioso. Yo leía y me forjaba un ideal de madre, de esposa y reina.

¡Guerras de mujeres! En la corte sabíamos mucho de este tipo de guerra, porque las intrigas eran constantes y Catalina y yo, a medida que crecíamos, éramos más conscientes de ellas. Doña Mencía y las ayas hablaban mucho, y Mom no nos ocultaba los enojos que le causaban. Doña Leonor tenía poder, más poder incluso que los nobles, decían algunas señoras. Más que don Alonso.

Más que don Sancho de Rojas, arzobispo de Palencia y consejero de nuestra madre. Ella tenía las llaves. Pero aquel año de 1412 en que todo cambió la fortuna también se volvió en contra de la favorita de la reina, del modo más inesperado.

Doña Leonor invitó a una amiga suya a la corte, doña Inés de Torres. Al principio, todo fueron fiestas y complicidad. Pero poco a poco Mom se fue decantando hacia la recién llegada. Doña Inés era más risueña, más amable, más complaciente. Las disputas entre la reina madre y su favorita eran cada vez más frecuentes. Doña Leonor tiene la lengua demasiado larga, comentaba doña Mencía, y eso le costará caro. Se olvida de quién es la reina.

Nunca supe el motivo exacto, pero aquel otoño, mientras tío Femando se preparaba para la guerra contra el conde de Urgel, se libró una batalla de damas en la corte de Castilla. Catalina y yo escuchamos gritos y unas cuantas palabras muy fuertes, en inglés y en castellano. Doña Leonor tuvo que hacer el equipaje y huyó apresuradamente a su Córdoba natal. La reina a la sombra, destronada.

La sucesora fue su amiga íntima, Inés de Torres. Nadie se sorprendió, se veía venir. Las amas, sin embargo, murmuraban. Doña Inés tenía un amante, el caballero Juan Álvarez de Osorio, y un aliado poderoso: nada menos que el tesorero de mi hermano Juan, Fernando Alonso de Robles. Los tres hacían y deshacían en la corte, como querían y sin pedir cuentas a nadie, ni siquiera al consejo de nobles. Ahora ellos tenían las llaves. Mom, que cada día se encontraba peor y tenía el genio variable, navegaba en estas aguas turbulentas.

Sí, las mujeres también vamos a la guerra. Una guerra discreta y solapada, una guerra por dentro, entre muros y cortinajes, velada por el secreto. Pero los resultados siempre salen a la luz, y siempre hay víctimas. Doña Leonor, tan orgullosa que osaba amonestar a su señora, tuvo que agachar la cabeza. Escribió al tío Fernando pidiendo su intercesión, y a Mom suplicándole que la dejara volver y pidiéndole perdón. Mom leyó su carta una tarde que nosotras estábamos con ella y las damas, bordando en la galería por donde entraba un sol otoñal y agradable.

Y Mom se enfureció. Doña Inés, a su lado, intentaba tranquilizarla. ¡No la dejaré volver!, exclamó la reina madre. Si se

atreve a venir, ¡la haré quemar viva!

Los hombres batallan fuera, en el campo y ante los muros de las ciudades. Una guerra que cuesta miles de doblas y que cuesta, también, la vida de muchos hombres. Tío Fernando armó un gran ejército y asedió Balaguer, donde se había fortificado el conde de Urgel. En noviembre de 1413 conquistó la ciudad y uno de los condados más antiguos de Cataluña se hundió bajo sus pies. O mejor dicho, bajo las pezuñas de su tropa. Con todo, el tío fue clemente: perdonó la vida del conde, pero lo condenó a prisión perpetua y lo envió al castillo de Urueña. A la condesa, nuestra tía Isabel de Aragón, y a sus hijas pequeñas, que eran primas nuestras, las recluyó en el convento de Sigena. De por vida, decían las amas al comentar la noticia. Yo sentí angustia al oír estas palabras. Eran hijas del enemigo, del traidor al nuevo rey. Era necesario. Pero aquella frase, «de por vida», y todo lo que significaba, un encierro definitivo, no poder salir nunca, no poder disponer de bienes propios, ni decidir nada de su futuro, ni siquiera respirar libremente, porque su vida dependía de una voluntad ajena… me pareció un destino terrible. Comprendí, entonces, lo que comporta el peso de la lealtad y los vínculos que genera. El conde de Urgel lo había arriesgado todo para conseguir el trono. Había apostado hasta la última carta en aquel juego. Y había perdido. Al menos conservaba la vida. Pero… ¿qué vida?

El destino de la condesa de Urgel y sus hijas fue motivo de muchas conversaciones entre las damas. Catalina y yo, en privado, las compadecíamos. Eran como las heroínas de una historia trágica, las princesas que nunca llegarían a serlo, la reina derrotada. Las damas también comentaban la firmeza de la madre del conde, Margarita de Monferrato. Una mujer fuerte, decían, implacable, pero que se había equivocado. Jaime, el conde, la escuchaba y se fiaba de ella ciegamente. Corrían por la corte las palabras que aquella madre enérgica había pronunciado y que se convirtieron en una sentencia para su hijo: Hijo mío, o rey o nada.

O rey o nada. Jaime de Urgel se resignó a nada. Tío Fernando, ahora rey de Aragón, Cataluña, Valencia y Mallorca, lo quería todo. Todo para él y para sus hijos. Los infantes de Aragón crecían, eran los brotes sanos y vigorosos de aquella rama fuerte de los Trastámara. Como una bandada de águilas volaban en torno a su

padre y abrigaban ambiciones. El padre se las alimentaba. Excepto Alfonso, el mayor, ninguno de ellos había cumplido quince años, pero, en la ceremonia de coronación, en Zaragoza, todos fueron armados caballeros.

Nosotras no fuimos a la coronación. Era invierno y Mom rezongaba diciendo que con aquel frío no se podía viajar. Catalina y yo anhelábamos ir, pero nos quedamos en el alcázar. Y tuvimos que imaginar, por los relatos de los mensajeros, la gran fiesta de investidura. En Segovia la nieve iba coronando de blanco las almenas del alcázar y cubría los campos de Castilla. En Zaragoza, en medio de la plaza mayor, una fuente de piedra manaba vino blanco y vino tinto para calentar el corazón de la multitud, que celebraba al nuevo rey.

Los testimonios no se ponían de acuerdo en un detalle, y Mom reía y hacía comentarios sarcásticos. Unos decían que el obispo de Huesca había coronado al rey Fernando; otros decían que había sido el arzobispo de Tarragona, y otros incluso aseguraban que el tío, con sus propias manos, alzó la corona y se la puso en la cabeza. Él mismo, dos días después, en otra ceremonia, coronó a tía Leonor con la tiara que Mom le había enviado. Catalina y yo conocíamos bien aquella corona. Era una de las joyas más preciosas del tesoro real de Castilla, la que había lucido el abuelo Juan, forjada en oro puro y guarnecida con muchas perlas, rubíes y esmeraldas. Mom se indignó cuando supo que el tío había encargado a los orfebres una corona para sí mismo y que la del abuelo lucía en la cabeza de la tía Leonor, a juego con su mejor vestido de terciopelo carmesí.

Yo soñaba con el primo Alfonso. Después de la coronación, su padre lo armó caballero y lo invistió con capa y sombrero como príncipe de Gerona y heredero de la corona. Heredero de la corona… Lo cual significaba que, desde aquel momento, yo también lo era. Princesa de Gerona y futura reina de Aragón. Futura reina. Callaba, pero las ayas no eran tan discretas y Catalina volvió a tener celos de mí. Aquel verano nos distanciamos. Yo tenía ya doce años y era cada vez más reservada. Catalina, expansiva, se aficionó a los juegos de damas, a la danza y a la música. Hermosa como era, todas las doncellas de la corte, incluso las niñas, la imitaban en su modo de vestir y moverse y se reunían a su alrededor. Los juglares le regalaban versos y los bufones aguzaban su ingenio ante ella. Todos

vuelan, como las abejas, alrededor de las flores más bellas. Es una parte de la guerra de las mujeres. Y yo, como un señor que arma sus defensas, me retiraba a mis libros y a mis sueños. Catalina era la rosa roja en medio del jardín, yo tenía que conformarme con ser un lirio pálido entre las espinas. Pero ella sólo era reina de la belleza, algo efímero que pasa, como decían los frailes. Yo, en cambio, sería reina de tres tierras, unas cuantas islas y muchas gentes. Y la tierra, como las almas, perdura.

Guerras de mujeres. No podía imaginar que yo misma encabezaría una pequeña guerra con Mom. Tenía trece años cuando el tío Fernando reclamó mi mano para su hijo, recordando el testamento de papá.

Mom tenía otros planes. Aún soñaba con Bayona, con la corle de su juventud y con Inglaterra. Quizás imaginaba que era el mejor destino para mí, su primogénita. O la mejor alianza para el reino de Castilla. El día que nos enfrentamos había varias damas en los aposentos de Mom. Entre ellas, mi aya, doña Mencía, y la nueva favorita, Inés de Torres. Todas bordábamos mientras Mom y las señoras conversaban. Yo guardaba silencio y escuchaba. Aprendía de las intrigas y reflexionaba para mis adentros. Había dejado atrás los juegos con Catalina y Juan, y los bufones me aburrían.

Pero aquella tarde levanté la voz. Cuando Mom habló del príncipe inglés y escuché sus palabras: Será un buen partido para María, tengo preparadas las cartas para enviar a…, me rebelé.

Madre, dije, irguiéndome. Madre, ¡yo ya estoy prometida al primo Alfonso! Mom sonrió. Todo se puede cambiar en esta vida, hija. ¡Es la voluntad de papá!, protesté. ¡Está escrito en su testamento! Ella me miró de hito en hito. Se hizo un silencio impresionante y yo enrojecí bajo la mirada de todas las damas. No quería decirlo, no quería que se me escapara el verdadero motivo. Pero el querer de mi padre también era sagrado para mí.

Un matrimonio comporta muchas negociaciones, dijo Mom. Los Tras támara ya tienen mucho poder, añadió. ¡Dos coronas! ¿Qué más quieren? Ahora nos interesa reforzar alianzas con otras casas reales. Además, si tu tío quiere casar a su hijo con una infanta de Castilla, aún nos queda Catalina…

Yo me puse en pie. No, madre. No puede ser. Y ella se aferró a su sillón, con toda su humanidad vibrante y las mejillas ruborizadas. Señora…, empezó doña Inés. Mom la hizo callar con un gesto. No, madre, insistí. Me casaré con Alfonso, o con nadie.

¡Cómo nos miraron las damas! ¿Acaso imaginaron por un momento a la infanta primogénita de la corona recluida en un monasterio, de por vida, renunciando a una vida de lujo y festejos en una de las cortes más ricas de la cristiandad? Allí estaba, plantada y rebelde ante la reina madre. En aquel tiempo yo todavía era una niña, no tenía el sangrado de las mujeres, pero había crecido, era alta y ya vestía como una dama adulta. Me hacía respetar. Mom, al final, suspiró y sonrió con amargura. Hija, tienes el carácter de tu padre. ¡Y de tu tío! Eres una Trastámara de la cabeza a los pies, siempre lo he dicho.

O Alfonso, o nadie. O rey, o nada. Yo también me jugué mi destino en aquella guerra de mujeres que se libró entre los tapices y el secreto del alcázar azul.

6.
El camino de la novia

La mayoría de novias, cuando llegan ante el altar, van acompañadas. Salen al encuentro de su esposo de la mano del padre, o de la madre, rodeadas de sus hermanos y parientes. Yo fui sola.

Sola, aunque encabezaba un séquito de más de ciento cincuenta almas. Sola, aunque me esperaba una familia que también era la mía, la rama fuerte y florida de los Trastámara. Sola, aunque en todo momento estuve rodeada de damas, obispos, caballeros y criados. Sola pese al gentío que salía a recibir a la infanta castellana por todas partes, pueblos, villas y ciudades por donde pasé. Sola, aunque iba con el corazón abierto, rebosante de deseo y a la vez temeroso. Tenía catorce años.

Catorce años ya es una buena edad para casarse. Papá se casó con Mom a los trece, aunque tardaron en tener hijos. Alfonso ya tenía diecinueve, era un hombre en la flor de la vida. Pero yo todavía no tenía la sangre de las mujeres. Catalina sí, y en el último año había experimentado un cambio maravilloso. Ella ya era una mujer y tenía cuerpo de mujer, grácil y femenino. Yo era más alta que ella, y no era fea. También había crecido, pero seguía siendo una joven delgaducha y pálida. Si no me ponía polvos en la cara parecía, que estuviera enferma.

Tío Fernando me reclamó en matrimonio para su hijo. Después de nuestra disputa, Mom no puso más impedimentos y preparó la boda con todo el esmero. En aquella época vivíamos en Valladolid, donde se había instalado la corte de mi hermano. Juan ya tenía diez años y sus instructores y consejeros lo estaban iniciando en los

asuntos de gobierno. Que, por cierto, le aburrían mucho. A Juan, como a Catalina, le gustaban la música y la danza y se encontraba más a gusto en una fiesta o escuchando a los juglares que en los despachos y en las reuniones del consejo. Pero se esforzaba por cumplir su papel de rey. Sí, le gustaba mandar, aunque las decisiones siempre las tomaban madre y los consejeros.

Durante unos meses la corte estuvo ocupada con mi boda. Por un lado, preparando la comitiva: carruajes, animales, víveres, ropa, obsequios, dinero. Por otro, había que redactar bien los documentos. Porque un matrimonio es mucho más que la unión de un hombre y una mujer. En mi caso, también era más que la unión de dos ramas de la familia. Un matrimonio real es un pacto, una transacción de tierras, una estrategia donde cada parte busca el máximo beneficio, donde conviene buscar el equilibrio de poder y donde, a veces, aparecen fricciones.

El consejo real decidió que no era conveniente separar de Castilla las propiedades que yo había heredado. Mi dote incluía el marquesado de Villena, un territorio muy extenso situado en la frontera entre Castilla y el reino de Valencia, con más de veinte poblaciones importantes. También había heredado las villas de Aranda y Portillo. Los consejeros decidieron cambiar mi herencia por dinero: doscientas mil doblas de oro castellanas. Tío Fernando estuvo de acuerdo. Necesitaba el oro para financiar su corte y sus guerras. Así, el consejo se reunió en un acto solemne, presidido por mi hermano Juan, y yo renuncié a todos estos territorios a cambio del dinero. Juan también se comprometió a pagarme treinta mil doblas de oro en concepto de arras y cuatrocientos mil maravedíes anuales para mi mantenimiento y el de mi casa.

Firmé las capitulaciones y ambos cruzamos las miradas. Él, con gesto serio y grave, todavía niño sin sombra de barba; yo, doncella que todavía no era mujer, con mi mano delgada y nerviosa tracé las letras de mi nombre, presionando la pluma sobre el pergamino. Sonreí levemente; Juan no me devolvió la sonrisa. Cuando estábamos en público, mi hermano se alejaba. ¿Dónde metía el corazón? En algún lugar escondido, muy escondido, que le hiciera olvidar que ante él no había una infanta capitulando y cediendo territorios, sino una hermana.

Mom me dijo que no me acompañaría a la boda. El mundo se

hundió bajo mis pies. Hija, estoy enferma y me duelen todos los huesos. ¡No puedo viajar tan lejos! Además, no me fío del consejo. No puedo dejar solo a tu hermano. Era cierto, pero también era cierto que los consejeros de Juan hacían y deshacían, y ella poca cosa podía hacer contra su parecer.

En lugar de Mom me acompañaría el hombre fuerte de Castilla, don Sancho de Rojas. Él representaría a mi hermano y velaría porque el matrimonio cumpliera todas las condiciones legales y patrimoniales que se habían estipulado. Durante los días de la preparación del viaje me fui fortaleciendo por dentro. Aún no me había marchado y la añoranza pesaba sobre mí. Añoranza de mi madre, de mis hermanos, de las ayas y doncellas que ya no formarían parte de mi casa, de mi corte. Añoranza de los viejos muros familiares, de los tapices, de los campanarios de las iglesias donde iba a misa. Añoranza del cielo puro de Castilla, del olor del trigo y los rebaños de ovejas en verano, de la leña quemada y la escarcha en invierno.

Me consolaba pensar en Alfonso. Era mi amor, el caballero de mis sueños, el príncipe que había decidido amar, aunque nuestra unión fuera un pacto. Hacía tres años que no lo veía. ¿Habría cambiado mucho? La emoción del encuentro se mezclaba con el miedo. Se me hizo un nudo en el estómago y perdí el apetito. Mom y las ayas me reñían. Tienes que comer. Tu esposo debe encontrarte bien sana y lozana. Yo me miraba al espejo e intentaba descubrirme la belleza. Doña Mencía dirigió a un batallón de cosedoras que confeccionaron sayas y briales, velos, tocas y lencería. Encargamos ungüentos y aromas a perfumistas judíos. ¡Doce cofres para cargar todo mi ajuar! Y aún es poco, decía Mom. Cuando yo vine para casarme, desde Bayona, traía cuarenta baúles. Con todo, se mostró ahorradora. Me regaló algunas joyas del tesoro real, no muchas. Son de tu hermano, comentó; la familia política y la *rica fembra* aportarán su parte. Tío Fernando y tía Leonor también se ocuparían de mi vestido de novia.

Recuerdo bien los últimos consejos de mi madre. Hija, eres una futura reina. Hazte respetar y conserva tu honor intacto. Actúa como una señora y como una madre: una reina vela por todos sus súbditos. Con tu esposo, mira de complacerlo y obedécelo. No le lleves la contraria. Procura apoyarlo siempre. Y no olvides que eres

una buena cristiana. Cumple tus deberes con la Iglesia, protégela y escucha el consejo de los hombres de religión. Recuerda que esta vida se acaba, todo pasa y la única cosa que cuenta en el momento de la muerte son las buenas obras. Recuérdalo, hija.

Y siempre lo he recordado. Una reina es madre de su pueblo, esposa del señor rey e hija de la Iglesia. Estos han sido los tres pilares que me han sostenido, sobre todo en los años de sinsabores e incertezas. Pero todavía hay un pilar, más fuerte que todos, el único que ha resistido firme cuando los demás se tambaleaban, cuando me pesaba ser madre de tantos, cuando el matrimonio se convertía en una ausencia amarga, cuando todos los consuelos de la fe no bastaban para aliviar mi alma quebrantada. Es el contrafuerte, la viga maestra, la piedra angular de mi vida. Y es que, aunque mi matrimonio era un pacto, condicionado y firmado junto con cesiones de tierras y dinero, yo, la infanta de catorce años que todavía no se había hecho mujer, me casaba enamorada.

Era el mes de mayo cuando la comitiva abandonó la corte de Valladolid. El día de la despedida amaneció claro y soleado. A primera hora, escuchamos misa en la iglesia de Santa María la Mayor, una misa solemne, concelebrada con cuatro obispos. Al terminar, llegó el momento del adiós. Y entonces fue cuando las lágrimas que había retenido durante toda la misa llenaron mis ojos.

Mom me abrazó. Gruesa, ataviada de terciopelo y sedas. Me refugié en aquel cuerpo inmenso y blando y aspiré el perfume de jazmín, la acritud de su aliento, el olor de las pieles de cibelina que orlaban su capa. Hija, sé fuerte. No olvides quién eres y quién serás el día de mañana. Una reina, ¿me oyes? Una reina. Me enjugó una lágrima con los dedos y me obligó a sobreponerme. No olvides lo que te he dicho. Y encomienda tu alma a Nuestro Señor y a la santa Virgen María. Contuve un sollozo mientras ella me hacía la señal de la cruz en la frente.

Juan, mi pequeño Juan, el niño que corría tras de mí y de Catalina entre las almenas del alcázar de Segovia, y que ahora aparentaba ser un hombre firme, me tendió las manos y yo se las besé. Fue una despedida protocolaria. ¡Cómo hubiera deseado abrazarlo! Cuando me acerqué a Catalina, que tenía los ojos

húmedos y se mordía los labios, me deshice en llanto. Fuera protocolos, fuera besamanos. Antes que infantas éramos hermanas. Compañeras de juegos, amigas y rivales, pero inseparables durante los trece años que habíamos compartido nuestras vidas. Nos amábamos, sí, y nunca como entonces fui tan consciente de ello. Estuvimos largo rato unidas, abrazadas, llorando, hasta que doña Mencía nos separó con dulzura. Hermana, dijo ella dándome la mano. Yo se la apreté, intentando sonreír entre lágrimas. Nos volveremos a ver. Sí. Quizás yo también estaré casada. Sí. Dos princesas. Quizá dos futuras reinas. Te quiero. Yo también.

Si Mom fue cicatera con las joyas, no lo fue tanto con la compañía. En mi séquito había tres obispos, además de don Sancho de Rojas: el obispo de Mondoñedo y el de León. También venía con nosotros el tesorero de mi hermano —el amante de doña Inés de Torres—, don Juan Álvarez de Osorio, y don Alonso Tenorio, adelantado de Cazorla. Viajaba con toda una corte a mi servicio. Tenía un secretario y un escribiente, el administrador don Juan de Valladolid, catorce sacerdotes y clérigos además de fray Antonio de Carmona, mi confesor; un mayordomo, un cocinero, un botellero, una panadera y un despensero; los caballerizos, guardas y más de sesenta caballeros y damas, con sus criados. Mi camarera mayor era doña María Rodríguez de Sarmiento, y a mi lado tenía siempre a tres doncellas: Leonor, Sancha y Constanza, todas ellas hijas de familias nobiliarias. Contentas de acompañar a la infanta, se afanaban por servirme. También vinieron conmigo dos amigas de mi edad procedentes de Toledo, Leonor de Riaza y Leonor de Mendoza.

El campo estaba cubierto de verdor, las espigas granaban y las amapolas salpicaban de rojo la vera del camino. Rojo como el color de los estandartes que esgrimían los porteros de maza al frente de la comitiva. Por cada pueblo por donde pasábamos anunciaban nuestra llegada y los campesinos y aldeanos salían a saludarnos. Procurábamos hacer noche en las poblaciones más grandes, donde se pudiera alojar a todo el personal del séquito, pero a veces llegábamos a aldeas pequeñas y muchos caballeros y damas tenían que dormir al raso o en tiendas.

Recorrimos los campos de Castilla hacia el sur, hacia Madrid, después a Cuenca y, por último, remontamos la sierra de Albarracín para descender a tierras valencianas. Un mensajero a caballo podía hacer la ruta en una semana. Pero, con toda la comitiva, un pueblo entero con carruajes, provisiones y el equipaje de tantos señores y damas, tardamos un mes en llegar a nuestro destino.

Durante el viaje pude conocer muchas tierras y castillos. Poco imaginaba que el resto de mi vida sería un ir y venir de una ciudad a otra. Me gustaba viajar, en aquel entonces, porque todo era nuevo para mí. Con el paso de los días fui conteniendo la nostalgia y me acostumbré a escuchar las conversaciones entre los obispos y los señores. Ellos me veían seria y atenta, me trataban con respeto, escuchaban mis preguntas y me respondían con interés. Yo me sentía crecer.

Por la noche, allá donde estuviéramos, las camareras se ocupaban de que no me faltara nada. Me descalzaban, me desvestían y no me dejaban ni peinarme sola. Con quien más confianza tenía era con la camarera mayor, doña María de Sarmiento, quizá porque era una mujer adulta. Se convirtió en una segunda madre para mí. Una noche que me sentía indispuesta le confié un temor secreto que a la vez era una esperanza. Aún no tengo la sangre de las mujeres. ¿Puede ser que me venga ahora, de camino? Ella sonrió y me tapó con la manta. Puede ser, me dijo. Pero tenéis que comer más, mi señora, si queréis estar bien hermosa para vuestro esposo el príncipe.

Lo cierto es que, con los nervios y la emoción, el nudo en mi estómago persistía y muchas noches era incapaz de tragar un solo bocado. El cocinero y la panadera se esmeraban por complacerme y me preparaban tortas y pasteles, faisán confitado y ponches de vino dulce con yema de huevo, miel y canela. Yo les daba las gracias…, y luego todo se lo comían mis doncellas y las dos Leonores. Adelgacé más aún y, cuando dejamos atrás Cuenca, a la altura de Fuenterrobles, caí enferma.

Don Sancho de Rojas escribió a Valencia explicando nuestro retraso a causa de mi indisposición. Tío Fernando se preocupó por mi enfermedad y envió al camarero de Alfonso, don Gonzalvo, para ver cómo me encontraba. ¡El camarero de mi prometido! Su visita me infundió ánimos y encendió en mí el deseo de llegar a Valencia

cuanto antes. Alfonso sufre por mí, pensé. Al día siguiente me encontraba mejor y emprendimos la marcha, cruzando la sierra, hasta llegar a Requena.

7.
EL FUEGO Y EL MAR

Un matrimonio es un contrato, decía Mom. El amor vendrá después. En Requena tuve sus palabras más presentes que nunca. Requena formaba parte del marquesado de Villena, la dote a la que yo había renunciado. Pueblo señorial, dominado por un castillo macizo y austero, allí me encontré, por fin, con mi prometido y con mi tío, ahora rey Fernando de Aragón.

La recepción de mi comitiva en la casa de la villa fue muy ceremoniosa. Tío Fernando se mostró afectuoso conmigo y Alfonso me trató con la delicadeza de un caballero, pero con reserva. Yo temblaba por dentro. Me pareció muy alto, todavía más que su padre, y lucía la melena corta sobre un rostro afeitado donde sobresalían los rasgos enérgicos de los Trastámara. Lo encontré apuesto y vigoroso, y el amor se reavivó en mí. Él me observaba con atención y me sentí examinada. ¿Acaso lo había decepcionado? ¿Me encontraba demasiado niña? Aquella mañana me había ceñido un brial de color azul que me favorecía y llevaba una diadema de seda, también azul, con perlas a juego. Doña María me había puesto polvos de color en las mejillas, aceite en los labios y carbón alrededor de los párpados y en las pestañas. Cuando me miré al espejo me costó reconocerme. Estáis preciosa, mi señora, dijo ella. ¿Parezco más mujer?, pregunté. Sí, señora, toda una princesa.

De nuevo tuve que firmar mi renuncia al marquesado de Villena y a las poblaciones de Aranda y Portillo. Mi matrimonio costaba doscientas mil doblas de oro al rey de Castilla. Tenía que pagarlas en dos años y, como prenda del pago, hipotecaba las villas de Arévalo, Madrigal, Roa, Sepúlveda y Dueñas. Si yo moría sin

descendencia, o si el matrimonio era declarado nulo por cualquier razón, el rey Fernando se comprometía a devolver esta dote al rey Juan.

Firmé bajo la atenta mirada de don Sancho de Rojas y los delegados de ambos reyes: Berenguer de Bardají, por el rey Femando, y don Enrique de Villena, por mi madre. El secretario leyó las capitulaciones. Después estampó los sellos reales sobre los pergaminos. Todo estaba a punto. Los pactos, el contrato, el intercambio de tierras y rentas. Ya sólo faltaba el amor.

Verás el mar, me decía Catalina cuando hablábamos de mi viaje a Valencia. Ni ella ni yo habíamos visto jamás el mar. Mom nos describía las aguas bravas del Cantábrico, en la Bayona de su juventud. Aguas grises y peligrosas en días de tormenta, negras y frías en los días de calma. El mar es la noche convertida en agua, cantaba un trovador en la corte castellana. Inmenso, oscuro, profundo. La tierra le pone límites, pero las olas son rebeldes y siempre murmuran. Cuando se enfurece, engulle a hombres y barcos.

Pero el Mediterráneo era distinto. Era azul, de un azul vivo y transparente como los cielos puros de Castilla. También podía enfurecerse, pero en días soleados era un estanque de aguas luminosas y claras. En una de las pocas conversaciones que mantuve con Alfonso antes de llegar a Valencia, hablamos del mar.

Nunca he visto el mar, le dije. ¿Cómo puede ser? Él me miró con suficiencia, como un adulto contempla a un niño ignorante. No se puede explicar con palabras, respondió. Ya lo verás. Apartó los ojos de mí y se quedó pensativo unos instantes. Después añadió: El mar es un camino sin fronteras. Es mi sueño.

En Chiva, muy cerca ya de nuestro destino, se presentaron los jurados de la ciudad para recibirnos con toda la pompa. La fiesta se respiraba en el aire ya de buena mañana. Desde que habíamos dejado atrás la sierra y nos habíamos adentrado en la llanura valenciana, todo era diferente. Hacía calor y el sol resplandecía sobre las viñas y los huertos. Yo aspiraba el olor de las frutas y de

algo más que no supe adivinar. Es el olor del mar, me dijo Andrés de Tordesillas, mi camarero mayor. Más adelante llegaría a conocer y amar esa fragancia de sal y arena, de espacio abierto y humedad marina. La fragancia del camino de agua, del sueño de mi amor.

El 11 de junio entramos en Valencia.

¡Valencia! Quedé cautivada al contemplar la ciudad desde lejos. Era hacia la atardecida y el sol poniente iluminaba las murallas. La curva del río la abrazaba como una pulsera de plata antes de perderse en el azul difuminado del mar. ¡El mar! Ah, era azul y era inmenso, y se perdía en el cielo luminoso. Más que la noche en forma de agua me pareció que era el infinito tocando la tierra. En la llanura castellana cielo y tierra se besan en el horizonte, pero la línea que los separa siempre permanece, clara y distinta. Allí no había línea ni separación: cielo y agua se fundían. El infinito de arriba y el de abajo eran uno. Y aquella luz suave, de color perla, cubría la tierra de una paz dulce y profunda.

Alfonso esbozó una sonrisa cuando me vio contemplar el mar por primera vez.

Pero tierra adentro… ¡todo era fiesta! Cruzamos el Turia por el puente del norte, que ya estaba atestado de gente. Entramos en la ciudad por la puerta de Serranos, flanqueada por dos torres monumentales. Había una multitud dentro y fuera de las murallas, y grupos de juglares tocando, y danzarines. El pueblo aclamaba al rey Fernando, al infante Alfonso y a la infanta María, que Dios guarde con salud. Jamás había oído mi nombre en boca de tantos, pronunciado tan fuerte, con el vozarrón de los hombres de pueblo, los gritos de las mujeres sencillas, el entusiasmo de los niños. Me turbó aquel homenaje sincero y tosco, aquellos elogios espontáneos, el redoble de tambores y el son de flautas y laúdes, los saludos y los saltos y piruetas de los danzarines.

Todo lo contemplaba desde lo alto, como en un sueño. Iba montada en un caballo blanco, bajo palio. Tío Femando y Alfonso también iban bajo palio, los tres lucíamos vestidos de terciopelo púrpura con brocados de oro y mantos forrados de armiño; tío Fernando se había puesto la corona y los diamantes resplandecían sobre su rubia cabeza. Nuestra comitiva, obispos, damas y caballeros, nos seguía, y todos iban ataviados con sus mejores galas. ¡Cuánto esplendor pesaba sobre nosotros! Yo sujetaba con fuerza las

riendas de mi caballo. El montero me había adiestrado, en los últimos días, para que desfilara con la elegancia de una amazona experta. El caballo también iba adornado y las campanillas de plata resonaban al trote, hasta que el griterío y la música ahogaron el tintineo.

Ante las puertas de la ciudad nos detuvimos. Los jurados de Valencia salieron en procesión a recibirnos, una vez más. Iban vestidos de terciopelo oscuro, con cotas de brocado y birrete. El clamor de la multitud se redobló. Rendían homenaje al rey, al príncipe y a mí. Me erguí bien sobre la montura e incliné la cabeza para recibir los saludos mientras sonreía, recordando los consejos de mi madre. La emoción me hizo olvidar el dolor de caderas y el calor asfixiante del ropaje que pesaba sobre mi cuerpo. Nadie parecía ver, bajo aquel palio bordado con los emblemas de Castilla y Aragón, a una frágil adolescente de catorce años, impresionada y con el corazón en un puño.

La fiesta nos envolvía. La ciudad nos ofreció unos entremeses, con decorados tan suntuosos y elaborados que tuvieron que derrocar un trozo de muralla para instalar los bastidores. Un gran gentío se peleaba por vernos. De todas las ventanas colgaban lienzos y guirnaldas, banderolas y estandartes, algunos con toscos bordados de los emblemas castellanos, la mayoría con las cuatro barras de Valencia y el murciélago negro, extendiendo sus alas sobre la corona. El rey Fernando, Alfonso y yo descabalgamos y subimos a un catafalco donde nos esperaban tía Leonor con el resto de sus hijos, el racional de Valencia y las autoridades. Tía Leonor me abrazó con afecto y, desde aquel momento, se me comenzó a deshacer el nudo en el corazón y me sentí como en casa.

Cuando ya había anochecido se encendieron almenaras en las torres de Serranos y a lo largo de la muralla. Las llamas se elevaron por encima de las almenas y toda la ciudad quedó coronada por una orla de fuego que hacía palidecer las estrellas.

Al día siguiente nos casamos en la catedral. Nos bendijo el papa Benedicto, que ahora vivía en el castillo de Peñíscola y hacía meses que estaba en la ciudad. La catedral de Valencia es maciza y austera, muy diferente de las catedrales castellanas. Pero aquel día

resplandecía con el oro de los brocados y las joyas. Todo era tan fastuoso que yo continuaba viviendo como en un sueño. El parloteo bullicioso de Leonor de Riaza y Leonor de Mendoza me aturdía aún más. Apenas había dormido aquella primera noche que pasamos en el palacio real, donde se alojaban la reina Leonor y los infantes. Tampoco había comido mucho, pese a la cena abundante en viandas, dulces y vinos que nos ofrecieron, como almendras cubiertas con miel, pasas, mazapanes y otras delicias. Un pedacito de faisán con ciruelas, un puñado de almendras y una copa de vino fue lo único que pude tomar.

De la boda tengo grabada la imagen del consentimiento y la bendición. Alfonso y yo, frente al Papa, que estaba por encima de reyes y señores, y ante el sagrario de Nuestro Señor invisible, que está por encima de cielos y tierra y de aquel mar que era la eternidad hecha agua. Yo sudaba y temblaba a la vez, bajo el manto de armiño, y mi corazón latía acelerado cuando tomé la mano de Alfonso. Él sostuvo la mía con energía y yo se la apreté con tanta fuerza que durante unos instantes me miró sorprendido. Siempre recordaré aquella mirada, que yo le devolví. ¡Cuántas cosas quería decirle, sin palabras!

Se hizo un gran silencio detrás de nosotros, un silencio lleno de respiraciones y crujidos de ropa, silencio impaciente de una muchedumbre en espera. Pronunciamos los votos. Alfonso con voz firme, seca, rápida. Yo con mi voz quebrada de doncella que no acaba de ser mujer. Y de inmediato la música y los cánticos volvieron a elevarse bajo las bóvedas de piedra.

La noche de bodas no fuimos al palacio real. El alcázar se hallaba a las afueras y nos alojamos en casa del noble Vilaragut, en la plaza de San Jorge. Era una de las mansiones más bellas y espaciosas de la ciudad, y allí fuimos recibidos con todos los honores. Madona Vilaraguda, sus hijas y un cortejo de damas me acompañaron con mi servicio de cámara a la alcoba que me tenían reservada; había otra para Alfonso, pero él tenía que venir a la mía. Recuerdo que todo estaba cubierto de lienzos de seda y guarnecido con guirnaldas de rosas, laurel y jazmín. Había un tocador con frascos de perfume, jarras de agua fragante, pañuelos finísimos, polvos y ungüentos.

Doña María y mis doncellas me ayudaron a desprenderme del vestido, el brial, la cofia, el velo y las enaguas… Me bañaron en una tina de bronce llena de agua caliente y me peinaron cuidadosamente, ondulando con aceite perfumado cada mechón de la melena. Después me pusieron un camisón de seda blanca, adornado con encajes y bordados finísimos. Aquella noche, pese al miedo, me sentí bella. Quizá por las emociones, el calor del baño o el vino dulce, tenía las mejillas sonrosadas y los ojos me brillaban. Doña María me untó los labios con aceite y me dio las últimas instrucciones. Eran muy similares a las que me había dado fray Antonio, el confesor. Complace a tu marido.

Complácelo. Qué poco sabía de los placeres de la alcoba, de las caricias entre hombre y mujer, del amor hecho carne. Los juglares cantaban estas delicias, pero en la vida diaria todo quedaba escondido entre muros, secretos y tapices. Complace a tu marido. Eso mismo me había dicho Mom mientras bromeaba con doña Inés de Torres y sus damas. Cuando tu padre y yo nos acostamos él tenía quince años, ¡y yo más de veinte! Yo tan grande y firme, él tan escuálido y poquita cosa. ¡Pero nos apañamos bien! Mom y las señoras prorrumpieron en risas y yo enrojecí, sintiéndome avergonzada y ofendida por papá.

Haga lo que haga, tú debes complacerlo. Si un hombre no encuentra gusto en su casa, lo buscará fuera. Esto me había dicho doña Mencía. Todo el mundo estaba de acuerdo. La mujer ha de complacer al esposo. Sólo los trovadores hablan de hombres enamorados que se afanan por complacer a su amada.

Cuando estuve a punto me tendí en el lecho, sobre una manta de terciopelo, y me abrí el escote de la camisa sobre aquel pecho plano de doncella virgen. Y allí, como una flor pálida, me dejaron sola, rezando, deseando, temiendo. Hasta que oí voces de hombre tras la puerta. Alfonso, sus hermanos y sus amigos, y los camareros. ¿Acaso iban a entrar todos? ¡No! Vino él, solo. Pero tras la puerta, en palacio, nadie dormía. Escuché más voces y risas. Una multitud aguardaba… Aguardaba.

Alfonso entró, vestido con una camisa parecida a la mía y medias de seda. Se acercó y me miró durante largo rato. Yo le sostuve la mirada, después bajé los párpados y moví las manos para abrirme más el escote. Entonces Alfonso subió al lecho y se inclinó

sobre mí.

Me observaba con la misma expresión de lástima que ponían las amas y las doncellas cuando era niña y me veían tristona. ¿Qué debía ver él? Ah, no veía una princesa bella de cuerpo florido y exuberante. ¿Qué veía? Una niña. Su prima, María. Una niña asustada.

Pero yo quería complacerlo. Alargué una mano y le acaricié la cabeza, pasando los dedos por su cabellera. ¡Cómo me gustó hacerlo! Él me tocó las mejillas, y el cuello, y me pasó una mano por encima del cuerpo… Debió de notar mi temblor. De pronto me pellizcó el pecho, me hizo daño y yo me quejé. Él se echó a reír y me revolvió los cabellos. Adiós, bucles dorados. Se inclinó de nuevo sobre mí y me besó, suave, en los labios. Después se tendió a mi lado y me rodeó la cintura con un brazo.

¿Estás cansada? Sí. Yo también… Vamos a dormir. Al cabo de unos instantes, él había cerrado los ojos y dormía. Yo permanecí mucho rato con la mirada clavada en el techo, sintiendo el peso de su brazo sobre mí, sin osar moverme. El techo era un artesonado de madera roja y dorada, con dibujos de cruces y flores. Reseguí aquellas formas, dejando volar mis pensamientos, hasta que me venció el sueño y caí dormida.

Dos días de fiestas, entremeses, procesiones, danzas y música. Dos días rodeada de damas, caballeros y sirvientes que me halagaban. El consejo de la ciudad nos regaló una magnífica vajilla de plata a los recién desposados, y a mí me obsequió con un collar de perlas y pedrería que me fascinó. Vale tres mil florines de oro, dijo alguien. ¡Tres mil florines! Yo sentía la suavidad de las perlas entre los dedos mientras pensaba cuántas cosas se podrían pagar con aquel rosario de gemas que colgaba de mi cuello.

Tía Leonor no se apartaba de mí, entre protectora y atenta. Creo que me estaba examinando. La prima María, que tenía diez años, tampoco me dejaba sola. Deslumbrada por mis vestidos, y quizás atraída porque me veía amable y paciente, me seguía a todas partes. Mis amigas tampoco me abandonaban, pero nunca me decidí a confiarles el secreto de mi primera noche de bodas.

Tío Femando ofreció al pueblo justas y un torneo, que se celebró

a las afueras de la ciudad, ante el palacio real. Alfonso y mis primos participaron en él, armados y luciendo sus emblemas. ¡Los paladines de la rama florida! A los infantes los hicieron combatir con jóvenes que se iniciaban en las armas, y así vencieron en todas las carreras. Enrique y Juan eran fogosos y rompieron varias lanzas, ante las aclamaciones del público. Pero Alfonso no quiso favores ni preferencias; fue él quien escogió enfrentarse a los caballeros más afamados. Ganó dos encuentros, lo derribaron por tierra en un tercero. Desde el palio, yo sufría y no respiré hasta que lo vi ponerse en pie, sacudiéndose el polvo del faldón y la armadura. Saludó con gracia a su oponente quitándose el casco y después se acercó al estrado de las damas, con una sonrisa desafiante en los labios. ¡Qué fuerte y apuesto era! Se inclinó ante su madre y ante mí. Tía Leonor fruncía el ceño, y no le devolvió la sonrisa. Durante el torneo la había notado inquieta, de vez en cuando murmuraba. Los príncipes no deberían exponerse a toda esta tropa. ¡No lo necesitan! A mí los torneos me gustaban y me hacían revivir las fiestas en Valladolid y en Medina, donde tío Fernando a menudo organizaba justas de caballeros. Pero supongo que una cosa era dar un espectáculo al pueblo y otra participar en él. Sin embargo, el gentío se entusiasmaba viendo a sus príncipes en medio de la brega, y Alfonso era consciente de ello, pues volvió a montar a caballo para emprender otra carrera. Tío Femando también lo sabía, e hizo un gesto de aprobación a su hijo. Callé y contuve mi entusiasmo para no ofender a mi tía. La verdad es que me encantaba ver a los caballeros armados, con sus corazas brillantes, los yelmos coronados de plumas y los escudos con sus insignias. Me impresionaba verlos cabalgando, empuñando las lanzas. Después, el choque, la polvareda y los golpes de espada me estremecían y me encogían el corazón.

Ti¡Cuánta fiesta! ¡Cuánto esplendor! El campo se vestía de flores y los sembrados granaban; la ciudad en fiesta también estallaba en danzas, en desfiles de estandartes, en exhibiciones de brocados y oro. Y, por la noche, en racimos de fuego que florecían sobre las torres de la muralla. Belleza y gozo por doquier. Dentro de mí también temblaba una llama ardiente, mezcla de temor y deseo. Durante el día la alimentaba, danzando con mi esposo ante los aplausos de la corte. Por las noches, la angustia y la espera

amenazaban con apagarla. Miedo y deseo. Un matrimonio era un pacto, una fiesta, un voto… Después tenía que llegar el amor.

8.
Dos ciudades soberanas

Tía Leonor me vigilaba. También sorprendí en ella algunas miradas de compasión respetuosa. Como la de su hijo aquella primera noche. Como la de mis ayas cuando era pequeña y me entristecía porque me sentía fea y poquita cosa.

Alfonso no durmió conmigo al día siguiente de las bodas. Nos trasladamos al alcázar, un palacio inmenso con patios y un jardín sembrado de árboles que habían construido los reyes moros, siglos antes, para veranear. Yo me instalé en las estancias más antiguas. Las llamaban la Torre de la Reina. Él, con mis tíos, se instaló en el ala nueva. Los primos y el resto de la corte se albergaban en una tercera ala. Cuando los festejos terminaron, comenzamos una rutina de palacio. Por la mañana, misa a primera hora en la capilla. Desayuno. Hora de lectura y bordado con las doncellas. Paseo a caballo por el campo o por la ciudad. Almuerzo. Por la tarde, seguíamos la costumbre de dormir la siesta. Como hacía mucho calor, buscábamos la sombra del patio o íbamos al jardín. Allí nos reuníamos las damas para bordar, leer o conversar. Los juglares nos cantaban romances y tocaban música de flauta y cuerda. Vino a la corte Jordi de Sant Jordi, un joven caballero que entusiasmaba a todos con sus versos amorosos y que pronto pasó a formar parte de la casa de Alfonso. Yo me hice muy amiga de su hermana Isabel, que tenía más o menos mi edad. Isabel me alegraba con su presencia dulce y alegre y se incorporó a mi pequeño grupo, con las dos Leonores. Pronto confié en ella más que en las otras y le pedía que me acompañara a todas partes. Con ella aprendí a hablar la lengua de aquel reino.

Al atardecer solíamos visitar a alguna familia noble, a algún consejero o a algún clérigo importante. A veces oíamos misa en la catedral, presidida por el papa Benedicto. Casi siempre cenábamos en la ciudad, allí donde nos invitaban, y regresábamos al palacio ya de noche, cruzando el puente sobre el río. El frescor de la huerta y la brisa del mar cercano nos acompañaban.

Con Alfonso sólo me encontraba a la hora de las comidas y cuando hacíamos visitas. La angustia crecía en mí. Pensaba que no lo había sabido complacer en la primera noche y me preguntaba qué tenía que hacer. Un día me atreví a ir hasta su torre, para enseñarle unas joyas y una reliquia que me habían regalado los Centelles, una familia de la ciudad. Era una excusa, únicamente quería verlo. Pedí a las camareras que me dejaran sola y me acerqué al zaguán de sus estancias. Entonces oí voces tras una puerta y me detuve.

Alfonso conversaba con su madre y me pareció que discutían. ¡Ella es una cría!, exclamó Alfonso, en tono irritado. No pude escuchar la respuesta de tía Leonor, que hablaba en voz más baja, pero firme. Alfonso le replicó y tampoco escuché sus palabras, pero su tono de voz había cambiado.

Di media vuelta y regresé a mi torre, con el corazón latiendo aceleradamente. Ella es una cría. No, no, no. ¡No lo sería, jamás! Llegué a mi habitación con las manos heladas y el pecho ardiendo. *Es una cría*. No. Me esforzaría. Recordé a Mom. Recordé a Leonor de Córdoba y a las heroínas de Cristina Pisan. ¡Dignidad! Ahora sabrían, mi esposo y mi suegra, qué clase de mujer era la infanta María.

Alfonso también estaba dispuesto a demostrarme qué clase de hombre era él. Pasados ocho días de la boda, una noche, mientras cenábamos, me atreví a invitarlo. Hoy, señor, me gustaría que vinieras a mi alcoba. Sonreí y le sostuve la mirada, ignorando el sofoco que me subía a la cara. Él no dijo palabra. Tomó una copa, bebió y me la ofreció. Yo también bebí.

Me hizo daño. Mucho daño. Y sentí toda la furia de un hombre dentro de mí. Una furia de mar embravecido y bestia acorralada. Una furia oscura, rasgada, en el último instante, por el relámpago luminoso de un gozo salvaje. Recordaré siempre su gemido, con la última sacudida de su cuerpo desnudo sobre mí. Y yo, que me

quería morir, rota, medio asfixiada bajo su peso, contenía las lágrimas y gemí con él, acompañándolo, deseando con toda mi alma que aquel sufrimiento, aquella rendición, aquel abrirme de brazos y de piernas fuera un sacrificio agradable. ¡Oh, Dios mío, cuántas cosas me pasaron por la cabeza en aquella primera noche!

Al día siguiente tenía el cuerpo dolorido y me sentía baldada, pero no lo confesé a nadie, ni siquiera a Isabel de Sant Jordi ni a mis amigas. Sonreía y caminaba bien erguida, sin quejarme en ningún momento. Ya era una mujer. Había vertido sangre sobre las sábanas. Y, aunque todavía sentía la rasgadura entre los muslos, mi cuerpo se había abierto. Los placeres de la alcoba no eran dulces, no como cantan los juglares. Qué mentira más grande, ¡cuántas flores que disfrazan la espina! Pero había catado la piel del hombre y había recibido dentro de mí algo más que fuerza devastadora. Toda yo despertaba. Ahora sólo esperaba que llegara otra noche.

Pero esa noche deseada y temida no llegó. Alfonso se pasaba el día con su padre, el rey, entre visitas, consejos, excursiones y cacerías. ¡Cómo le gustaba cazar! Se marchó a la montaña y nos dejaron a la reina y a mí en palacio, con la corte. Mi primer paseo junto al mar fue con tía Leonor y las primas, Isabel de Sant Jordi y las damas. Nos acompañaron algunos nobles de Valencia. Humberto, mi caballerizo, insistió en que yo cabalgara para que la gente del campo me pudiera ver. Por todas partes nos detenían y nos ofrecían frutas del huerto, almendras y pasas, botas de vino y flores.

Allí, ante el mar, respirando aquella brisa con regusto de sal, tía Leonor me habló. Hija, ¿has tenido tu sangrado? No, todavía no. Bien, no sufras. Le diré a mi médico que te prepare un elixir. Sí, mi señora. Es importante que podáis engendrar un heredero. Ya sabes qué sucede cuando un rey muere sin descendencia. Sí, lo sabía bien. Madre, dije mirándola a los ojos, quiero complacer a vuestro hijo. Haré todo cuanto me aconsejéis. Tía Leonor sonrió. Alfonso no es fácil. Tú también tienes carácter. Procura no enojarlo. No, señora, lo prometo. Ella perdió la mirada en el mar. Alfonso sueña con navegar, dijo. Sí, señora, también me lo ha dicho. Suspiró. El mar… Isabel de Sant Jordi se acercó a nosotras y le tendí la mano. La mar, dijo la joven, como si recordara un poema. Tan bella, pero tan peligrosa. La muerte vestida de agua.

Una boda, como la guerra, cuesta mucho dinero. Y tío Fernando nunca tenía bastante. Después de tanta fiesta los jurados de Valencia se quejaron. La ciudad había pagado muchos gastos, primero con motivo de la coronación del rey, luego con la boda de su hijo. El papa Benedicto, Vicente Ferrer y muchos nobles apoyaban al rey Fernando, pero no todos. En Caspe, los tres compromisarios de Aragón habían votado a su favor; de Valencia habían sido dos —los hermanos Ferrer—, pero en Cataluña sólo uno de los tres. Valencia, aun siendo una ciudad rica, era la capital del reino más pequeño. Tío Femando decidió que, pasado el verano, la corte se trasladaría a Barcelona.

Pero había otro motivo para ello. Desde hacía años la cristiandad estaba dividida por un cisma sangrante. Para nosotros el santo padre era Benedicto, nuestro aliado de la familia Luna. Pero, de hecho, había tres papas: Juan XXII en Roma, Gregorio XII en Aviñón y Benedicto XIII en Valencia. El emperador alemán, Segismundo, había convocado un concilio en Constanza, apoyado por los soberanos de Francia, Inglaterra, Escocia, Polonia, Nápoles y otros reinos cristianos. Al concilio habían acudido reyes, nobles, letrados y clérigos de todas partes; llevaban más de un año reunidos y la discusión giraba en torno a una única cuestión: la Iglesia era una y no podía tener más de una cabeza. Había que elegir un nuevo Papa que fuera aceptado por todos. Los otros pontífices estuvieron de acuerdo, pero Benedicto XIII no. Tío Fernando tenía un dilema. O apoyaba a su aliado de siempre, poniéndose en contra de la Iglesia, o aceptaba los acuerdos del concilio, rompiendo su lealtad al papa Luna.

Lo hablamos con tía Leonor. Hasta entonces, tío Femando había sido un firme defensor del papa Benedicto. Pero Vicente Ferrer y los hombres más destacados de la Iglesia decían que era importante mantener la unidad por encima de todo. Ella también lo creía. El rey Femando había sido convocado a Perpiñán y allí debía decidir.

Fue entonces, mientras nos preparábamos para viajar, cuando la sombra de la muerte se deslizó por palacio. Aún no se habían desvanecido los ecos de las fiestas cuando la enfermedad nos recordó a todos que somos polvo, ceniza que se lleva el viento, que hemos salido de la tierra y que a la tierra, como le gustaba clamar a Vicente Ferrer en sus sermones, todos hemos de volver.

Alfonso y tío Fernando marcharon a la sierra a cazar, y yo caí enferma. Había una epidemia de sarampión en la ciudad y quizá con tantas idas y venidas alguien me contagió. Tuve que guardar cama, con fiebre, y el cuerpo se me cubrió de pequeños granos. ¡Qué angustia si mi esposo volvía y me encontraba en estado tan lamentable! Pasé una semana entera acostada, mientras las camareras me iban refrescando el cuerpo con compresas de agua fresca y me traían tisanas y caldo de gallina. Adelgacé todavía más y no quería ni mirarme al espejo, tan demacrada me veía.

Al cabo de unos días llegó el séquito del rey. Tío Fernando tampoco se encontraba bien. Venía con un dolor de muelas que lo torturaba y no le dejaba dormir. Los médicos le dieron agua de beleño, en pequeñas dosis, para aliviarlo. Una noche, desesperado, se tomó una copa entera de aquella pócima. Al día siguiente su camarero lo encontró frío e inconsciente en el lecho. Por todo el palacio, incluso por la ciudad, corrió la voz. ¡El rey ha muerto!

No, no había muerto. Se recuperó, pero perdió mucho peso, las fuerzas lo abandonaron y su piel se volvió pálida y verdosa. Caminaba como un anciano, con poco brío y la espalda ligeramente encorvada. Con todo, decidió continuar sus planes y viajar a Francia.

Alfonso no se apartaba de su padre. Era su compañero, su bastón, su consejero y su voz. Tía Leonor sufría y los primos estaban inquietos. Pero Alfonso creció a la vista de todos. La sombra de la muerte iba devorando las fuerzas del padre para dejar paso al hijo, rebosante de energía y con deseos de gobernar.

Me recobré del sarampión justo antes de emprender el viaje. El rey había partido antes; más tarde salimos la reina madre y yo. Los primos regresaron a Castilla. Yo todavía soñaba con una noche con mi esposo. Si no una noche, al menos me hubiera gustado recibir una caricia, una palabra comprensiva, interés por mi estado delicado. Pero Alfonso no me prestó mucha atención. Fue gentil al saludarme ante las damas y el servicio de palacio. Después se olvidó de mí. Me había vestido con esmero y llevaba el collar de perlas con un vestido azul que me favorecía, y la melena rizada. Aquella noche, al regresar a mi tocador, me quité las joyas y me deshice los bucles, estirándolos con rabia ante el espejo.

Marchamos hacia Barcelona. Cruzamos la llanura valenciana y

luego atravesamos algunos montes, dejamos a un lado las marismas del delta del Ebro y la ciudad de Tarragona, cruzamos el macizo del Garraf y llegamos a Barcelona. Contemplé por primera vez la llanura sembrada de viñas y huertos, con el cerro rocoso de Montjuïc elevándose como un centinela junto al mar, protegida por la sierra de Collserola a poniente. Tras aquellas montañas se perfilaban otras más altas. La sombra del Montseny al norte; la muela de San Lorenzo y aquel monte santo de formas caprichosas y afiladas, semejante a una catedral de roca, Montserrat.

Como Valencia, Barcelona estaba circundada por una muralla, pero no alrededor de un río, sino sobre una pequeña loma. Era una ciudad más compacta y pequeña. Las torres de la seo y los campanarios de las iglesias sobresalían por encima de las casas. La parte de levante, donde se erigía la iglesia de los pescadores y el Borne, casi tocaba el agua. Fuera de las murallas, al sur, las atarazanas, allí donde se construían los barcos que desafiaban al mar.

Barcelona era una ciudad señorial y antiquísima, puerto de mar que competía con Valencia y capital del principado de Cataluña. Sus consejeros y el clero nos recibieron con procesiones y fiestas. De noche se encendieron almenaras en las torres de la muralla y en los campanarios de la catedral, y los consejeros nos ofrecieron un gran banquete en la Casa de la Ciudad. Después nos repartimos entre varios palacios; tía Leonor, las primas y yo fuimos al llamado palacio de la reina; el rey y los infantes se alojaron en el palacio real.

Pero en Barcelona sentí frío. Incluso yo, que comenzaba a percatarme de lo que no decían los labios, pero sí los rostros, percibí la reserva del veguero, los diputados y los consejeros. Nadie olvidaba que, de los tres compromisarios catalanes reunidos en Caspe, sólo uno había votado por el rey Fernando. Antes de ser coronado rey, tuvo que jurar tres veces respetar las leyes, usos y privilegios de los catalanes: en Lérida, en la catedral de Barcelona y ante las corso tes. Tampoco había obtenido el apoyo que pedía cuando solicitó dinero para la guerra contra el conde de Urgel. Sus primeros encuentros con las cortes habían sido conflictivos y tenía pendiente un litigio con la ciudad por el pago de varios impuestos para el mantenimiento de la casa real.

Los palacios quedaban cerrados entre muros y callejuelas, los patios eran fríos y las habitaciones, húmedas. ¡Cómo eché de menos, aquellos días, el alcázar de Segovia, los patios llenos de sol de Valladolid, los jardines y las galerías del palacio moro de Valencia! Tan pronto como pude encargué a mi comprador, Guillermo de Libán, que buscara tejedores para confeccionar tapices y alfombras. Al menos, quería calor en mi alcoba. Todavía esperaba una segunda noche con mi esposo.

Tía Leonor y yo nos quedamos en Barcelona. Tío Fernando y Alfonso continuaron su camino hacia Perpiñán, donde el emperador Segismundo y los embajadores de los reinos cristianos discutían cómo resolver el cisma del papado. De las cartas que nos llegaban, y que la tía y yo leíamos juntas cuando nos reuníamos en la galería del palacio, supimos que el papa Benedicto no quería ceder, que tío Femando continuaba enfermo y que Alfonso, en su nombre, representaba a la corona aragonesa. El primo Enrique, también allí, había ido en nombre de la corte castellana.

Alfonso, como su madre, como Vicente Ferrer y muchos otros, optó por apoyar la unidad de la Iglesia y no enemistarse con el emperador Segismundo, y lo hizo con energía. El papa Benedicto se quedó solo. Y solo regresó a su castillo de Peñíscola, donde murió años más tarde, viejo y solitario como el nido de águila donde se había refugiado, desafiando al viento y al oleaje de la muerte vestida de agua.

9.
La danza de la muerte

En los primeros meses de matrimonio aprendí que Alfonso amaba la belleza y detestaba la enfermedad. Desde entonces, la batalla contra la fealdad y las dolencias ha sido constante en mi vida. El cuerpo me ha traicionado muchas veces. Tanto que al final sólo me ha quedado el alma para hacerla bella y fuerte. Pero al corazón de un hombre no se llega sólo con la belleza del alma, por más que los curas y los frailes insistan en que es lo único que vale la pena, lo único que nunca muere. Los hombres aman la belleza efímera y mortal. Los hombres… ¡y también las mujeres!

Luchar por ser bella y sana no era mi única guerra. Tenía que aprender, también, a ser reina. Ejemplos no me faltaban. Tía Leonor era un buen modelo, más que la pobre Mom, siempre abrumada entre nobles y damas intrigantes, de genio vivo pero mudable como el tiempo. Tía Leonor era serena y firme, y todos la respetaban. También tenía consejeros, sobre todos clérigos, pero meditaba y calculaba con cuidado todo cuanto hacía y decía. Quizá por eso Alfonso la veneraba y la escuchaba siempre con tanta deferencia como a su propio padre.

Yo también tenía consejeros. Me habían asignado un secretario, Pere Joan. Tenía al tesorero, Bartomeu Gras, al camarlengo Bernat de Hostalric y un mayordomo de mi casa, Mateu Ram. En mi séquito estaba fray Antonio de Carmona, mi confesor, y más de veinte clérigos. Tanto Mom como la tía me aconsejaron que escuchara en especial a los hombres de Iglesia. Eran los más cultos y, ciertamente, para mí eran los que mostraban más sensatez. Sus palabras se me antojaban como salidas de un libro, ponderadas,

profundas. No dejaban de ser hombres ambiciosos, sin embargo. El obispo de Palencia, don Sancho de Rojas, trabajó de firme para conseguir la sede episcopal de Toledo, a la que muchos aspiraban. Pero en los clérigos había un criterio común en todos los discursos: la unidad. Había que velar por la unidad. Unidad en la Iglesia, unidad en los reinos, unidad en las familias, unidad en el matrimonio. Los cristianos somos como los sarmientos injertados en la vid, que es Cristo. También los vasallos han de estar sujetos al rey; los hijos, al padre; la esposa, al esposo. Unidad en todo. Lo que está unido está vivo y crece. La unidad trae consigo la vida. La dispersión, en cambio, lleva a la ruptura y a la muerte.

También sucede al revés. La muerte lleva a la dispersión. Siempre he pensado que la muerte de papá fue la causa de que mi familia estuviera tan resquebrajada. Igualmente, la muerte de tío Fernando provocaría grietas irreparables en la rama florida de los Trastámara. El brote tierno que era mi matrimonio con Alfonso quedó tocado por la primera ráfaga.

La primera Navidad después de casados la pasamos en Barcelona. Alfonso regresó de Perpiñán con su comitiva y celebramos las fiestas acompañados de la corte, los consejeros y los nobles de la ciudad. Misas solemnes en la catedral y en Santa María del Mar, la iglesia de los pescadores, que sobresalía de entre las casas y cuyas torres casi se reflejaban en las aguas del cercano mar. Banquetes en los palacios y largas horas de bordado y lectura a la caída de la tarde. Conocí a muchas damas de Barcelona y a sus hijas y sobrinas, que querían entrar a mi servicio. Yo me ocupaba de adecentar las habitaciones frías y húmedas del palacio, esperando una noche de amor, pero Alfonso continuaba sin aparecer. ¿Quizá sabía que todavía no tenía mi sangre? ¿Esperaba el momento en que su esposa empezara a ser fértil?

Sin embargo, era gentil con todo el mundo. A su regreso de Francia era más hombre. Ya tenía veinte años. Se había iniciado en graves asuntos del gobierno, con su padre y los consejeros. Yo lo miraba y lo remiraba, y aquel perfil recto y afilado me parecía cada vez más bello, más noble, más deseable. Quería algo más que discretos besos en la mano, más que miradas corteses. En público, Alfonso también era gentil conmigo, me sonreía y me tocaba con delicadeza. Pero en la intimidad un muro invisible se levantaba

entre nosotros. Se terminaban las sonrisas y afloraba la inquietud y aquella especie de pasión violenta, la pasión de un hombre sediento de acción, de armas, de gloria.

Antes de Navidad llegó la reina Violante de Bar para pasar el invierno en Barcelona. Todo el mundo la llamaba «la reina», aunque había habido tres reyes después de la muerte de su marido, Juan I de Aragón. Violante había luchado por colocar en el trono a su nieto Louis de Anjou, sin éxito. Ahora vivía entre Blanes y Barcelona. Un día, tía Leonor y yo fuimos a visitarla.

La reina Violante vivía en Bellesguard, un pequeño castillo en las faldas de la sierra de Collserola. El castillo miraba al mar desde un bosque de pinos y encinas. Había sido la residencia estival del rey Martín el Humano y gozaba de todas las comodidades. Apenas entramos, tía Leonor comentó que se olía el estilo de una corte francesa. Ni ella ni yo habíamos estado nunca en una corte francesa, pero sabíamos, porque estaba en boca de todos, que allí las cortes eran muy refinadas. En Bellesguard todo era lujoso y delicado: cortinas y tapices de vivos colores, muebles de ébano tallado formando trenzas de hojas y lirios, jarrones de plata con ramas de acebo y pomos de espigas y flores… Yo abrí bien los ojos, mientras pensaba que quería copiar todo aquello en el palacio real.

Violante de Bar, a sus más de cincuenta años, era alta y elegante. Si tía Leonor era para mí un modelo, a su lado me pareció casi ordinaria. Eclipsaba a todos con su presencia. Se movía con gestos graciosos y mesurados, como una reina. Hablaba cinco idiomas y por cortesía se dirigió a nosotras en castellano, con un acento curioso y pronunciando las erres guturales, como lo hacen los franceses. Su vestido y su brial eran sencillos, de terciopelo verde oscuro, pero de tanta calidad y buena hechura que el tejido formaba preciosos pliegues y reflejos tornasolados con el menor movimiento. Sobre el pecho lucía el collar de perlas más gruesas que jamás he visto, combinadas con pequeñas esmeraldas. Llevaba un tocado de cuernos bordados con hilo de oro que resaltaba su rostro de un modo favorecedor. Por encima le caía un velo de seda transparente, que lucía con reflejos nacarados.

Nos recibió con exquisitez, pero con cierta reserva. Tía Leonor también iba con pies de plomo y yo apenas me atrevía a respirar. Las tres sabíamos que éramos esposa, madre e hija de reyes y

príncipes rivales, enemigos en el campo de batalla, aunque había sangre familiar que corría por nuestras venas. La *rica fembra* de Castilla se encontraba con la que había sido la mujer más rica e influyente de Aragón y Cataluña, y madre de otra mujer, Violante de Aragón, que al casarse con el heredero de Anjou se había convertido en la mujer más poderosa de Francia.

Sentadas en una salita, ante las ventanas con vistas al mar, nos ofreció vino dulce, servido en copas de cristal de colores, y unos bollos muy tiernos, en forma de media luna y cubiertos de azúcar en polvo y canela. Primero hablamos de Francia y de la guerra con Inglaterra. Del concilio de Constanza, del cisma de la Iglesia… Así fuimos esquivando los temas espinosos que nos podían incomodar. Violante tenía ideas muy claras sobre todos los asuntos y coincidió en gran medida con lo que opinaba tía Leonor. Finalmente hablamos de Barcelona, del tiempo del año, de la ropa y de los quebraderos de cabeza que conllevaba atender una casa grande… Como mi tía elogió los muebles y el buen gusto de la estancia, Violante nos invitó a visitar el palacio. ¡No deseábamos otra cosa! Tía Leonor y yo contuvimos la curiosidad y los comentarios. Pero la reina percibió nuestra admiración al ver su cama con edredón y dosel bordados, a juego con los tapices. Un mundo animado de flores, guirnaldas y bestias imaginarias cubría las paredes del dormitorio sobre un fondo azul marino. La cabecera y el pie de la cama también florecían en mil filigranas serpenteantes y los postes del dosel terminaban en pináculos, como las torres de una catedral. Bellesguard no olía a humedad, como los palacios de Barcelona. Por todo el palacio flotaba un aroma de perfumes exóticos, mezclado con la leña de pino y la harina amasada con mantequilla y especias que subía de la cocina.

Cuando Violante nos hizo entrar en su escritorio, los ojos se me fueron hacia el mueble donde guardaba los libros. ¡Cuántos libros! Ella, siguiendo mi vista, me sonrió. ¿Te gusta leer? ¡Mucho!, exclamé, acercándome a los libros sin poderlo evitar. Ella me mostró algunos volúmenes y me habló de su afición por la lectura. También escribía. Sobre la mesa vi un tintero, plumas y secante, y una bandeja llena de láminas de papel blanquísimo. La reina no escatimaba en nada, tampoco en cultura y en saber. Las malas lenguas hablaban de su prodigalidad con el dinero, y tanto ella

como su marido habían sido acusados ante las cortes por malversar el oro de la corona, pero esto no parecía importarle. Quizá porque adivinaba lo que estábamos pensando, dijo: Nunca he lamentado gastar en papel y en libros. Las joyas —tocó las perlas de su collar con la punta de los dedos— son piedras finas. Esplendor muerto, sólo brilla por fuera. Los libros tienen alma y su saber perdura… Lo que hay dentro de un libro no se puede pagar con todo el oro del mundo. Tanto si estaba de acuerdo como si no, tía Leonor le dio la razón.

Los libros son mi consuelo, añadió Violante. Ellos me acompañan ahora que mis seres queridos están lejos o han muerto… Ellos me salvan, esto y escribir cartas. ¿Quieres que te preste alguno?, preguntó, observándome con atención. Yo dije que sí, ¡nada me gustaría más! Violante de Bar me dio un libro precioso que después he hecho copiar y he releído varias veces: *El libro de las mujeres*, de Francesc Eiximenis. Te ayudará a ser una buena reina, me dijo. No lo he olvidado.

En febrero tía Leonor y los primos habían regresado a Medina. Tío Fernando seguía en Francia, donde se terminaba de resolver el cisma papal. El mismo Vicente Ferrer terminó oponiéndose a Benedicto y abogó por un sacrificio en aras a la unidad de la Iglesia. Alfonso y yo, con nuestros séquitos y consejeros, marchamos hacia Gerona para tomar posesión de nuestro cargo como príncipes. Allí Alfonso instaló su corte en el palacio episcopal. Gerona no está junto al mar, sino entre dos ríos, en un valle verde y brumoso durante los meses de invierno. Es otra ciudad señorial, con la catedral sobre un cerro escalonado. Cada domingo subíamos los noventa peldaños para oír misa. Los días de feria íbamos a la iglesia de San Félix, más cercana al palacio y tan austera como las otras que he conocido en tierras catalanas. Gerona, arrebujada contra el frío, se recoge en torno a las iglesias. Muy cerca del palacio vive una comunidad judía muy importante. Las damas, mis doncellas y yo misma nos aficionamos a frecuentar sus boticas buscando perfumes, esencias y joyas.

Cuando llegan los reyes, el pueblo se mueve. Las gentes de la tierra saben que estamos por encima de los nobles y recurren a la

autoridad más alta. Demandan justicia, favores, incluso dinero. De pronto, mi pequeña vida, compuesta de rituales domésticos, oraciones y lecturas, quedó invadida por las desdichas y los afanes de muchos. Las horas del día se me hacían cortas escuchando, deliberando, decidiendo, dictando cartas. Alfonso quiso que lo acompañara en todas las reuniones con el consejo. Quería enseñarme a gobernar. Nunca tuvimos una noche de amor en aquellas semanas que pasamos en Gerona, pero sí compartimos muchas horas de trabajo y discusiones. Me consolé pensando que era otra manera de amarme. Alfonso confía en mí, me repetía. Y la confianza caldeaba mi corazón.

Ese mismo mes de febrero tío Fernando bajó de Perpiñán, pero fue directo a Barcelona para convocar las cortes. Necesitaba más dinero y se encontró con una ciudad en pie de guerra. Los consejeros no le querían dar más; en cambio, le reclamaban el pago de unas contribuciones. Tampoco estaban de acuerdo con su posición en el concilio de Constanza. ¡Los catalanes querían al papa Benedicto! El ambiente en Barcelona se había enrarecido, tanto que incluso los tenderos habían cerrado sus comercios. Bandas de hombres armados circulaban por las calles. Se escuchaban gritos de protesta contra el rey, repitiendo la frase que el consejero Joan Fiveller había pronunciado ante las cortes, desafiando al soberano: ¡Antes morir que perder la libertad!

Libertad o muerte. Pero ¿quién puede obtener algo cuando la muerte llega? Mi tío decidió abandonar la ciudad hostil y marchar hacia Aragón. Creo que añoraba los campos, el aire seco y la luz del cielo castellano. Quería regresar junto a su esposa, a la Medina de su juventud. Tal vez presentía que sería la última vez que pisara su tierra natal.

Fue tía Leonor quien abandonó Medina para ir a su encuentro. Corrió como una esposa fiel, ocultándole una noticia que ya había llegado a Gerona, pero que nos rogó que no comunicáramos al rey, viéndolo tan enfermo y alicaído. Nuestro primo Sancho, el joven maestre de la orden de Alcántara, había muerto de fiebres. Recuerdo la mañana gélida y soleada, a primeros de marzo, en que Alfonso y yo subimos los escalones de la catedral de Gerona para presidir una misa funeral en memoria de su hermano muerto.

El rey tampoco estaba bien, y en Igualada cayó tan enfermo que

tía Leonor escribió a Alfonso para que se reuniera con ellos.

Déjame venir contigo. ¡Cuántas veces se lo pedí! Hasta que él dio un puñetazo en la mesa y me miró, con aquella dureza que conozco tan bien, apretando los labios y con ojos de piedra… Por favor, soy tu esposa, hemos de estar juntos en estos momentos. ¡Padre no está muerto!, replicó. No hables como si ya estuviera enterrado. Iré yo a Igualada, con los caballeros y la guardia. Tú te quedarás aquí con el consejo. Somos príncipes de esta tierra y hemos de cumplir nuestro deber. La ciudad nos necesita.

Pero el padre necesitaba al hijo, y yo necesitaba a aquella familia, la rama florida donde me había insertado y donde quería dar fruto. Añoraba a mi tía, añoraba a las primas María y Leonor. Y, me confesé a mí misma, añoraba a Mom, a Juan, a Catalina; las navidades en Segovia o en Valladolid, las fiestas y los juglares en los salones amplísimos de los palacios de mi infancia. Apenas tenía quince años, aún era muy tierna.

Alfonso marchó, y yo aprendí a gobernar. Cada día despachaba con los consejeros de mi esposo: el vicecanciller de Aragón, Juan de Funes; dos obispos, Alfonso de Argüello y Pere de Sagarriga, y tres nobles, Juan Fernández de Heredia, Berenguer d’Oms y Berenguer de Bardají. Este último había sido compromisario en Caspe y era el hombre fuerte del tío Fernando en Aragón, el que había capitaneado sus tropas al conquistar Balaguer. Fíate sobre todo de él, me había dicho Alfonso. Pero escucha a los obispos. Pere de Sagarriga era arzobispo de Tarragona y canciller de la corona. Con él aprendí los entresijos de la política catalana y buena parte de la historia y las costumbres del principado.

Cinco hombres, hechos y maduros, curtidos en las intrigas y en el gobierno, y una infanta de quince años. Los consejeros conversaban, decidían, hacían y deshacían, pero, aunque fuera por puro protocolo, no dejaban de solicitar mi parecer. Yo les contestaba y comentaba algunas de sus decisiones. Los primeros días recibí miradas condescendientes. Es una niña, debían de pensar, una cría, toda ella buena voluntad y candidez. Esto me indignó. Recordé a Mom, recordé a Leonor de Córdoba y a la reina Violante. Hazte respetar. Y empecé a defender mi opinión. Un día, ante un caso que querían resolver a favor del litigante que había ofrecido una compensación en oro a las arcas reales, me opuse.

Representamos a la justicia del rey y debemos rendir cuentas ante Dios y ante los hombres, dije. La justicia vale más que el oro. El obispo Sagarriga me miró de hito en hito y asintió con la cabeza. Los demás consejeros respondieron que la casa del príncipe necesitaba dinero. Si no fuera por los préstamos de los judíos, decían, nadie habría cobrado el sueldo desde hace meses. Yo me planté. Señora, tenéis que firmar la sentencia. No firmaré, contesté.

No firmé nada hasta que hube leído de principio a fin el documento donde se hacía justicia de verdad. Entonces tracé en tinta mi nombre y marqué con firmeza la rúbrica. *María, princesa de Gerona*. Aquel día se terminaron las miradas condescendientes. Mom hubiera estado orgullosa. Hija, hazte respetar.

El 19 de marzo, día de San José, recibí una carta de Alfonso. La leí con mi camarera mayor, doña María de Sarmiento, al volver de oír misa en San Félix. Tío Fernando estaba mejor, decía. Tras unos días sin poder orinar y vomitando todo cuanto comía, había podido hacer aguas y ya comenzaba a digerir algún alimento. Aquella noche encomendé otra misa para dar gracias por el restablecimiento del rey y para pedir a Nuestro Señor que le retornase del todo la salud.

Dos días más tarde llegó otra carta de Alfonso.

> Nuestro padre y señor amado quiere las reliquias de la Verónica y la pintura de Nuestra Señora que están en el cofre de mi dormitorio. Entregadlas de inmediato a nuestro amado fray Joan Esteve, que os enviamos por esta razón.

El rey había empeorado. Cuando los médicos ya no pueden hacer nada, aún quedan las reliquias…, la medicina del cielo, la última esperanza. El rey se estaba muriendo.

No le enviaría las reliquias: se las llevaría yo misma, en persona. Reuní al consejo y comuniqué mi decisión. Nos vamos a Igualada. Nadie puso objeciones y al día siguiente nos pusimos en camino.

Era la primera vez que la corte obedecía mis órdenes. El camarlengo y el comprador removieron Gerona y todos los contornos para alquilar mulas, comprar forraje y provisiones, y pidieron otro préstamo a los judíos para pagar los gastos del viaje.

Todo el personal de dos casas, la de Alfonso y la mía, estaba en movimiento. ¡Qué revuelo! Yo, firme, iba disponiendo como una señora. Nunca me había sentido tan fuerte. En mi cabeza había un solo pensamiento: Alfonso. He de estar a tu lado, ahora más que nunca.

La comitiva se alargaba por el camino real. En la solana de algunos valles, junto a los pueblos, los almendros florecían. Eran el primer signo de una primavera que acababa de llegar. La Cataluña del interior era fría en invierno. Fría como Castilla, montuosa y más fragosa. Había lugares donde sólo veíamos monte y bosques, sin casa ni castillo alguno. Lugares donde, a no ser por el camino, hubiera pensado que habían permanecido así, intactos, desde los primeros días de la creación. El aire era puro y helado, y olía a roble y hojarasca.

Aún no habíamos llegado a Hostalric, donde teníamos que pasar la noche, cuando llegó un emisario a galope desde Igualada. Llevaba una carta urgente para la princesa. El séquito se detuvo y, mientras todos descabalgaban o salían de los carruajes para descansar, la leí. Doña María de Sarmiento, el obispo Sagarriga y Berenguer de Bardají me rodeaban, con los ojos fijos en mí. Creo que todos ellos leyeron la carta, toda o parte. No hicieron comentarios.

Volved de inmediato a la ciudad. Ocupaos de nuestros asuntos, decía.

> Por nada del mundo ni vos ni el consejo partáis de la ciudad hasta que no recibáis un mandato contrario. Vuestra partida me disgusta.

En medio del camino, ante los consejeros y las damas, una ráfaga de viento frío me levantó el velo de la cara. El fuego que me ardía en el pecho subió hasta las mejillas.

Por nada del mundo partáis… Volved. No me habéis consultado. Me disgusta. Miré a mi alrededor. Obispos, caballeros, damas y palafreneros, rostros impacientes, dubitativos, enojados. Tanta prisa, tanto dinero avanzado, tanto trajín para ir al encuentro del

rey… El viento sopló con más fuerza, como si quisiera empujarnos hacia atrás. De retorno. Volved a la ciudad.

Tomé aliento y miré al obispo Sagarriga y a Berenguer de Bardají. Bien erguida, alzando la voz, hablé claro y seco. Volvemos a Gerona, dije. Así lo manda nuestro señor, el príncipe.

Le pedí a Humberto, el montero, que me preparase un caballo. No quería subir a la carroza, no quería encontrarme con las caras contrariadas de doña María y las otras damas que me acompañaban. No quería hablar ni dar explicaciones a nadie. Durante un par de horas, antes de que anocheciera, cabalgué en silencio, escoltada por los guardas que llevaban el estandarte de mi esposo.

Alfonso no me quería a su lado. Me había humillado ante la corte. ¡No me quería! Pero ordenaba que me ocupara de sus asuntos. Pobre de mí, no sabía si era mayor la indignación o la pena que sentía. Quería llorar, quería gritar, pero éstas son actitudes impropias de una reina. Hija, en público debes guardar tu corazón, me decía Mom. En privado, ya podrás desahogarte.

Pero tampoco quise mostrar mis sentimientos aquella noche ante las dos Leonores y las camareras. A buen seguro, todas ellas habían estado comentando la carta, y esto me indignaba más. En privado…, ¿con quién podía llorar? ¿A quién podía explicar lo que pasaba por mi corazón? No tenía a nadie. Era la princesa. Pronto sería la reina. Hija, hazte respetar. Me tragué el orgullo y callé. Doña María de Sarmiento era casi como una madre y las doncellas eran mis amigas, pero yo no era su hija ni su compañera.

Al día siguiente, muy temprano, mientras los clérigos preparaban la misa del alba, pedí confesarme con fray Antonio. Le abrí mi corazón y ante él volqué la tempestad de rabia contenida y de dolor. ¡Me ha avergonzado! ¡No me ama! Quiero creer que no es así, pero los malos pensamientos me acosan. Obedezco, pero mi corazón se rebela. ¡Necesito paz!

Él me escuchó. Vio mis lágrimas. Hizo una pausa, guardó silencio. Mi señora, pensad en Nuestro Señor Jesucristo, quien, siendo Dios y rey de todo el mundo, sufrió tantas humillaciones y una muerte vergonzosa. Obediente hasta la muerte, y una muerte en la cruz. El siervo no es más que el amo. Inclinaos a obedecer a vuestro esposo, ésta es la voluntad de Dios.

Pero yo quisiera…, ¡quisiera estar a su lado! Compartir su

sufrimiento. Acompañar al tío, a la tía, a los primos. Yo quisiera… Vuestro querer, señora, no cuenta en estos momentos. Sed dócil y paciente, como Nuestro Señor lo fue. Como Nuestra Madre, Santa María, soportó con dolor la muerte de su hijo, sin poder hacer nada. Pedidle a ella fortaleza, vos que lleváis su nombre tan excelso.

Dócil y paciente. Sin perder la dignidad. Así, entera por fuera y rota por dentro, llegué a Gerona. Y desde allí, por carta, me enteré de la muerte del rey Fernando, el día 2 de abril. Por carta expresé el pésame a mi esposo, a mi suegra y a mis cuñados. Y por carta convoqué a los nobles y abades más principales de Cataluña para que acudiesen a una misa funeral solemne en la catedral.

Todo por carta, dictando las palabras a mi secretario, Pere Joan. *Muy alto y excelente príncipe, poderoso señor, marido y señor mío muy caro.* Tapando con palabras floridas los sentimientos rasguñados. *Con dolor soberano he sabido por vuestra letra cómo a Nuestro Señor Dios le ha placido llamar a su bendita gloria al señor rey, padre y señor nuestro…* Grabando en letras de tinta negra las cosas que no se pueden expresar con palabras. *He cumplido las otras cosas que me habéis encomendado, y que Dios os dé consuelo en vuestra tribulación… y larga y buena vida.* ¡Qué vacías, qué huecas me parecían las palabras! Yo quería voces, quería manos, quería un abrazo. Quería llorar y beber las lágrimas de mi esposo, para recogerlas con las mías. ¡Hubiera sido tan dulce llorar juntos! Sólo me quedaba el protocolo. *La reina, humilde esposa vuestra, que se encomienda a vuestra gracia.*

La reina, firmé, y añadí una nueva rúbrica. Sí, en medio del dolor y la soledad no olvidé la dignidad. Humilde y paciente, pero digna. La joven de quince años que aún no tenía la sangre de las mujeres y que había osado desobedecer a su esposo ya era reina.

10.
UN REY DEMASIADO JOVEN

Llévame a cazar contigo, Alfonso. Él se echó a reír. ¿Tú, a cazar? La caza no es para mujeres. Puedo acompañarte, insistí. Vendrán conmigo algunas doncellas y mis pajes. Os podemos esperar en el campo mientras vosotros hacéis la batida por el bosque. Alfonso seguía riéndose. Ni hablar, señora. Aún te pondrías enferma. Aquello fue un dardo envenenado. Enferma. Siempre parecía echarme en cara que, de vez en cuando, me encontrara mal.

Adiós, sonrisas; adiós, esperanzas. Pero algunas señoras iban de cacería, acompañando a sus esposos o prometidos. ¿Por qué yo, la reina, no podía ir?

Te necesito en palacio, decía Alfonso. Eres una buena ama y sólo me fío de ti. Cada cual en su lugar. Sí, pensaba yo, tragándome la rabia. Él, divirtiéndose por la montaña. Yo, haciendo frente a los problemas de la casa real. Y de la ciudad, y de los pueblos, y de aquel montón de gente que cada sábado hacía cola ante la sala de recepciones del palacio real, esperando que su majestad escuchara sus clamores y decretara justicia.

¡Sólo tenía quince años! Todavía era una niña y quería salir, ver los paisajes del principado, respirar aire puro y cabalgar. Y, sobre todo, quería estar cerca de él. Anhelaba verlo, cada día más adulto, más hombre, más bello. Alfonso ya tenía veinte años. ¡Joven rey glorioso! Aunque los consejeros de Barcelona no opinaban lo mismo.

Joven e inexperto, decían. Demasiado doncel. A Alfonso esto lo indignaba y quizá por eso daba golpes de autoridad, haciéndose valer y esperar. Yo pensaba: «Bien hecho, es el rey». Pero, por otro

lado, mi voz interna de madre responsable replicaba: ¡Prontos de rey adolescente!

De nuestro primer año como reyes conservo recuerdos agridulces. Cuando Alfonso me llamó a Barcelona dispuse el viaje con todo el entusiasmo de una joven prometida. Ahora sí, me dije. Ahora volveremos a empezar. Él, rey; yo, reina. Trabajaremos juntos. Haré las cosas bien.

El primer contratiempo no fue culpa mía. Volviendo de Gerona, unas fiebres fortísimas me abatieron y tuve que pasar unos días recuperándome en el monasterio de Sant Cugat, al otro lado de la sierra que nos separaba de Barcelona y del mar. Un día me desmayé y pasé tres jornadas enteras en la cama, sin fuerzas para moverme. Fue el primero de muchos otros desvanecimientos que me acosarían durante el resto de mi vida, a los que ya me he acostumbrado. Ay. Pero la primera vez todo el personal se alarmó. Tanto que Alfonso y tía Leonor enviaron mensajeros para ver cómo me encontraba.

Yo hubiera querido que mi esposo, en persona, viniera a buscarme. Pero Alfonso tenía otros quebraderos de cabeza. Regresó de Igualada, del funeral de su padre el rey, acompañado de los consejeros que tanta oposición le habían mostrado, Joan Fiveller, Ramon Desplá, Joan Marimón… En esto, se comportaron como hombres de honor. La muerte, a veces, allana los caminos. Alfonso venía pletórico, confiado de que ahora las cosas serían más fáciles.

En junio, en Barcelona, Alfonso juró como rey ante las cortes. Después se instaló en el palacio real con su séquito y el de su madre. Con ellos iban los primos Pedro y María. Entonces tuve el segundo disgusto.

María, tú te alojarás en el palacio menor, me dijo Alfonso. Allí tendrás más espacio para ti y para tu casa, como reina. Además, hay un bonito jardín con plantas, animales y fieras. Tendréis distracción, tú y tus doncellas. Más espacio… ¡y un jardín de fieras! Me rebelé por dentro. Yo no quería distracciones, ni flores ni bestias. ¡Lo quería a él! Pero ya había aprendido a obedecer sin protestar. Mis amigas me consolaron. A ellas sí les gustó el pequeño palacio con su jardín, les resultaba más acogedor y ameno que el vetusto palacio real, con sus vericuetos y sus pasadizos laberínticos. La prima María me prometió venir muchos días a visitarme. ¡Pobre consuelo! Pero así fue. Vino con mucha más frecuencia ella que mi

esposo.

Fray Antonio, mi confesor, me dio buenos consejos. Haced del palacio un hogar, me dijo. Y el señor rey querrá venir a veros. Recordando a la reina Violante y su palacete de Bellesguard, me volqué de lleno en mis tareas domésticas. Me ayudó Joana d'Oms, esposa de Berenguer d'Oms, mayordomo de Alfonso. Ella fue la primera ama de llaves de mi casa, la que organizó el personal y supervisó compras y encargos. Era una mujer locuaz y de talante alegre, pero muy autoritaria, y todos se cuadraban ante ella.

El palacio menor era húmedo y estaba muy destartalado, de modo que me propuse renovarlo completamente. Encargué una vajilla de plata a los orfebres de Gerona, encomendé la confección de más tapices, alfombras y ropa de casa. Contraté ebanistas para que me hicieran muebles de despacho y de tocador. Doña María de Sarmiento y las doncellas no tenían un respiro, pero compartían mi ilusión y, en aquellos meses, se estrechó nuestra amistad.

Aparte de ellas, tenía a una veintena de damas, de las mejores familias de la ciudad, que me acompañaban a todas partes: a misa, a hacer visitas, de paseo o por las tardes, en las largas veladas mientras bordábamos, conversábamos, escuchábamos música o rezábamos. Berenguer d'Oms me regaló una joven esclava de piel negra, Catalina, para que me sirviera en lo que fuera menester.

Volví a visitar a la reina en Bellesguard, esta vez con algunas damas de Barcelona, mis amigas castellanas, mis pajes y el camarero mayor. Una visita de reina a reina. Violante de Bar me recibió con mucha más afabilidad que cuando fui con tía Leonor. Me sentí como si fuera su hija. Después de invitarnos a merendar y de comentar los cotilleos de la ciudad, me llamó aparte y me llevó a su biblioteca con la excusa de prestarme algún otro libro.

A solas, ante aquel mueble lleno de palabras que no mueren, en el silencio que pesaba sobre los papeles blanquísimos del escritorio, sentí la necesidad de pedirle consejo. ¿Qué libro querrás llevarte?, me preguntó. Yo leí los títulos de los lomos y dudé. Madona, ¿cuál me recomendáis? Ella escogió dos. Yo los acaricié con reverencia. En esta ocasión no eran libros de virtudes, sino de poesía y de historia. Violante posó sus manos en mis hombros y me miró

fijamente.

Ma fille, dijo, blando la voz, la fortuna da muchas vueltas. Hoy sois reina; mañana, ¿quién sabe? Los que suben muy alto pueden caer de muy alto. Pero hay algo que jamás debéis perder. ¿Sabéis por qué hoy, con todo lo que ha pasado, sigo siendo «la reina»? Dije no con la cabeza, aunque lo intuía. Mirad, *ma petite*, hay cosas que pasan, pero otras no pasan nunca. Ahora sois reina. Habláis como reina, vestís como reina, vivís como reina. Llenad vuestra casa de belleza mientras podáis. Llenad vuestros oídos de música y de sabiduría. Eso sana el corazón y ensancha el alma. No importa si tenéis mucho o poco dinero, o si tenéis que pedirlo prestado. Sois una reina. ¡No lo olvidéis nunca, *ma fille*! Sois reina todas las horas del día y de la noche, en público y en privado. ¡Incluso en el lecho sois una reina! Enferma o sana, sois la reina. Rica o pobre, sois la reina. Lleváis una corona en la cabeza. El oro también pasa, pero no la dignidad.

Teniendo bien presentes las palabras de la reina Violante, y quizá con poca prudencia, me apliqué a seguir sus consejos. Decidí cubrir mi palacio de terciopelo y decorar los muebles con plata y porcelana. Pero, ¡ay!, los tesoros son una fuente de problemas. Una mañana, mi mayordomo, Mateu Ram, me comunicó que habían robado unos cuantos vasos y jarras de plata de la despensa. Ordené que investigaran el robo y en pocos días habían descubierto que dos frailes los habían vendido a unos judíos del Cali. ¡Dos frailes, qué vergüenza! Ordené al consejero Bernat de Cruïlles que los detuvieran y los trajeran a la prisión del palacio, y que se hicieran las gestiones oportunas para recuperar los bienes robados.

Tardé meses en recuperar aquella plata y nunca me permitieron castigar a los culpables. Cruïlles todavía debía de verme como a una reina doncella, demasiado tierna y joven como para dar órdenes a los nobles que la rodeaban. Aún no me conocía. No dejé de insistir hasta que el último vaso de plata volvió a ocupar su lugar en la alacena de mi despensa.

En junio Alfonso marchó a los Pirineos a cazar. Yo le rogué que me dejara ir con él. Pero de nuevo no me lo permitió. Me tuve que resignar a pasar los meses de verano en medio de la calima y el bochorno húmedo de Barcelona.

Algunos días salía con la prima María, tía Leonor y las damas a

pasear junto al mar. Entrábamos a rezar a Santa María del Mar y después caminábamos hasta la orilla, donde veíamos salir las barcas de los pescadores. Al atardecer el cielo se volvía rosado como una perla gigantesca y el agua calma se confundía con el azul claro del horizonte. Las barcas parecían flotar en medio de un vacío infinito. Una sensación de soledad invadía mi espíritu. Añoraba a Alfonso y hablaba con él en mis pensamientos.

¿Lo ves? Isabel de Sant Jordi decía que era la muerte vestida de agua… Ahora mismo parece un sudario de seda, bañado en plata. Los pescadores buscan ganarse la vida en él. Tú también persigues en él tu destino. Quizás un día navegaremos juntos. Contigo, nada me daría miedo.

En septiembre Alfonso había convocado al parlamento en Barcelona. La ciudad se despertó de la calma estival con la presencia de muchos nobles y caballeros. Llegó el día diecinueve, en que estaba previsto inaugurar la primera sesión… ¡y el rey no se presentó!

Se excusaba. Una tormenta, los malos caminos…, excusas de rey. Seguía en los Pirineos, cazando, disfrutando del ejercicio, la aventura y el encanto de los bosques. Jugaba a ser héroe matando osos y jabalíes. Quizá se entrenaba para la guerra subiendo a las cumbres y combatiendo a las bestias salvajes. ¡Pero en Barcelona le esperaba otra clase de guerra! ¡Qué poco tacto! Si yo hubiera sido su madre lo hubiera regañado. No sólo se presentó una semana más tarde. A Alfonso no se le ocurrió otra cosa que inaugurar la sesión parlamentaria con un discurso… ¡en castellano! Esto irritó los ánimos. Aún no había terminado de hablar que por todo el Salón de Ciento se alzó un coro de murmullos y protestas. Él no se detuvo y levantó más la voz. Por si fuera poco, no mencionó los muchos problemas sin resolver en Barcelona, sino que se centró en los ataques de las naves genovesas, el peligro que suponían para los mercaderes catalanes y la necesidad de armar una flota para enfrentarnos a nuestros enemigos. Para lo cual, por supuesto, hacía falta dinero. Yo escuché el relato de la sesión por boca de Joana d’Oms, a quien su esposo se lo contó con detalle. Entre alarmada y llena de admiración. Alfonso parecía ciego y sordo ante la multitud

de consejeros indignados que lo miraban maldiciendo entre dientes. En cambio, hablaba con entusiasmo y elocuencia de una guerra que había de traer gloria y bienestar a nuestra tierra y a nuestra gente. Lo podía imaginar, con los ojos relampagueantes y el color en las mejillas. ¡Qué gran orador! Y qué poco diplomático.

De poco le sirvió la oratoria. El brazo eclesiástico y el brazo real fueron más mesurados: había que negociar, había que legislar primero, convenía evitar guerras… Y el brazo militar, formado por todos los nobles y señores que debían apoyar al rey en caso de guerra, se le echó encima. No había respetado las costumbres ni las leyes catalanas, no había respetado la lengua, no había tenido en cuenta sus privilegios y libertades. ¡Un rey inexperto y demasiado joven! Alfonso no cedió un palmo. Los nobles tampoco. Os decimos no en dicha ayuda, fue su respuesta. Los obispos y los síndicos de Barcelona intentaron negociar, pero no se tomaba una decisión si no era por unanimidad.

Aquel parlamento fue un fracaso. En ninguna de las sesiones posteriores se alcanzó un acuerdo. Alfonso, disgustado y harto de todo, marchó de Barcelona y empezó a recorrer pueblos y ciudades para conseguir rentas, adeptos y partidarios: Martorell, Vilafranca, Tarragona… Siempre viajando, como si una espuela le aguijoneara el corazón. Tía Leonor lo acompañaba, y también el primo Pedro y su séquito de caballeros y amigos fieles. Supongo que la fortuna de tía Leonor llegaba de sobra para cubrir los gastos de aquel trasiego arriba y abajo, con cacerías y festejos incluidos.

En cuanto a mi casa, el tesorero, Bartomeu Gras, pronto me presentó cuentas. Aún no había cobrado mis rentas de Castilla y el dinero de la dote ya había desaparecido. La casa de la reina estaba endeudada y no podíamos ni pagar al personal. Había que tomar medidas urgentes. Aquel día pasé un buen rato en el jardín, rezando y pensando a la sombra de los cipreses mientras oía los graznidos de las aves exóticas. Dignidad, me había dicho la reina Violante. Ah, dignidad… Recordé a la leona enjaulada del alcázar de Segovia y me sentí como ella, poderosa y cautiva, enredada entre pagos, préstamos, solicitudes de favores y esperas. Me ahogaba. Era reina, sí. Una reina jovencita y con carácter. Reina de tres coronas y un puñado de islas, esposa del rey, hermana e hija de reyes. Pero una reina asfixiada por las deudas.

11.
UNA REINA POBRE

Yo, que había pasado unía infancia cómoda en medio del lujo del alcázar azul, paseando entre estatuas de oro y durmiendo entre seda y terciopelo, pronto conocí las estrecheces y la angustia de la pobreza.

Yo, que quería ser una reina magnánima, generosa, madre y responsable de una casa… ¡de más de cien personas!, sufrí la humillación de no poder pagar y de ver como mis sirvientes empeñaban hasta sus ropas para comer.

Despedí a mis amigas, Leonor de Riaza y Leonor de Mendoza. No podía mantener a tanto personal en mi séquito y prefirieron volver con sus familias. Lloraban el día que se fueron, pero las camareras me contaron más tarde que habían estado murmurando a mis espaldas. Ya no era la infanta mimada por la fortuna y envuelta en lujos y fiestas, y por tanto no querían seguir conmigo. Regresaron a Castilla de buena gana y yo las despedí sin fingir dolor ni derramar lágrimas.

Me reuní con el mayordomo y el tesorero para ver cómo resolver la situación. Mi señora, los números están claros. Mantener vuestra casa cuesta dos mil florines cada mes, esto es, veinticuatro mil al año. Con vuestra dote y las rentas que os corresponden, podríais pagarlo todo sobradamente y cubrir las deudas.

Decidida a cobrar lo que me correspondía, empecé a escribir cartas. A mi hermano Juan, rey de Castilla, y a tía Leonor, que había regresado a Medina. A don Sancho de Rojas, el hombre fuerte de la corte castellana, que hacía y deshacía y podía convencer a mi madre. ¡Ah, Mom! Ella debía de leer también mis cartas. ¿Por qué

no se apiadaba del sufrimiento de su hija? ¿Acaso pensaba que, por ser reina, ya lo tenía todo resuelto? ¿Por qué no se apresuraba a socorrerme?

¿Pesaba más la tensión con Alfonso, tía Leonor y los primos que el vínculo maternal que nos unía? ¿Era reina regente antes que madre?

Envié a mi secretario, Pere Joan, a Castilla, para que removiera cielo y tierra a fin de poder cobrar la dote. Pedí dinero a la ciudad de Valencia, que había prometido una subvención a su rey. Bartomeu Gras me propuso sugerirle una quita a Alfonso, de los censales que le debía la villa de Cervera. Alfonso a veces me daba algo de dinero. Poco, muy poco. Esposa, yo también he de mantener a mi gente, decía. Y la casa de Alfonso sumaba tres veces la mía.

Esta es, quizá, la cruz de los poderosos. Al final, ¡todos somos humanos! Tenemos que comer, tenemos que vestimos. Una casa no se mantiene a base de títulos y coronas.

Aquel invierno Alfonso y yo fuimos a Tarragona. El arzobispo Sagarriga era el canciller real y el gobierno del reino se estableció durante unos meses en su sede. Como Barcelona, la ciudad está junto al mar, pero es más soleada y abrigada. Aquí el mar parece más azul y menos amenazador. Nos alojamos en el palacio del arzobispo, al lado de la catedral, y esta vez estuvimos juntos. Y mis ilusiones volvieron a encenderse.

¡Qué revuelo, juntar la casa del rey y la de la reina en un mismo palacio! Y eso que dejé a buena parte de mi personal en Barcelona. No podía costear más que a un pequeño séquito. Mi confesor, el médico, el cocinero y las doncellas; los caballerizos, los pajes y la guardia. En medio del trajín, mi corazón descansó. Me dejé cuidar por doña María, por Catalina *la Negra*, mi esclava, y por Sancha y Constanza. Me distraía con las damas de la ciudad que venían a visitarme y anhelaba los momentos que podíamos pasar juntos, él y yo. Las comidas, las veladas de música y danza, algunos paseos… Las noches.

Alfonso yació conmigo una sola noche. La recuerdo muy bien.

Deseosa e inquieta, me había preparado peinando largo rato mis cabellos y perfumando mi cuerpo. Había ordenado a los camareros

que calentaran la alcoba con braseros y llevaba mi mejor camisa. Cuando las doncellas me dejaron sola, Alfonso entró. Venía un poco tenso, como quien ha de cumplir con un deber impuesto. Pero me sonrió, me acarició las mejillas y pasó las manos por encima de mis caderas. ¿Te ha venido la sangre de las mujeres?, preguntó. Temblorosa, no fui capaz de mentir. Aún no, pero vendrá muy pronto… Muy pronto. Él me volvió a mirar con lástima. Me abrazó y se durmió a mi lado. Yo me arrebujé contra su pecho, buscando calor. Y lloré mientras sentía su aliento, profundo y regular, sobre mi frente.

Al día siguiente estalló entre nosotros una fuerte discusión.

Los camareros nos habían vestido y él se preparaba para marcharse. No quería desayunar conmigo. Pasada la Navidad irás a Tortosa, me dijo. Yo debo dirigirme a Aragón. Nos encontraremos en Valencia por Pascua. Protesté. Quiero ir contigo. ¿Por qué no viajamos los dos juntos? No tenemos suficiente dinero, respondió. Es demasiado caro desplazar dos comitivas. ¡Hagamos una sola!, propuse. Él frunció el ceño. No puedo renunciar a mi gente, y no puedo mantener a la tuya. ¿Qué pasa con tu dote? Salté, indignada. ¡Hago todo lo que puedo! He enviado a Castilla a mi secretario, he escrito cartas a mi madre, a don Sancho de Rojas, a… Pues bien, cuando tengas la dote ya hablaremos. ¡Quiero estar contigo, Alfonso! Obedéceme, esposa.

Intenté convencerlo. Hemos de estar juntos… Alfonso me clavó una mirada fría. No te conviene viajar. Estás demasiado delgada. Cuando tengas la sangre, ya hablaremos de ello. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Le estaba fallando. Como esposa y como reina, mi primer cometido era dar hijos al rey, herederos para la corona, vástagos que perpetuaran el linaje. También hubiera querido darle amor, y placer, y gozo. Pero no era lo bastante bella. Y Alfonso detestaba a la gente enfermiza.

Come más. Siempre estás enferma, me espetó. Esto me hirió. ¡No es mi culpa! Si tú estuvieras conmigo, yo me encontraría mejor. Son las preocupaciones las que me enferman. Alfonso dio un puñetazo en la mesa del tocador. ¿Crees que yo no tengo preocupaciones? Los nobles por un lado, los síndicos por otro, nadie mira por el bien de la corona, ¡todos quieren barrer para su casa! Los genoveses nos atacan. Sicilia quiere independizarse. Cerdeña está sin gobierno.

Propongo una campaña para conservar nuestros territorios, salvaguardar el honor del principado y llenar nuestras arcas de oro ¡y me salen con las costumbres y usos de la tierra! Hasta quieren imponerme a los consejeros y los oficiales de mi propia casa. Que sean catalanes, sobre todo. ¿Qué se han creído? Sólo me faltaba que mi propia esposa discutiera mis órdenes.

Alfonso, suavicé la voz, te puedo ayudar… Si quieres ayudarme, ocúpate de tus asuntos. Calla y obedece.

Se fue dando un portazo. Inmediatamente las doncellas Sancha y Constanza salieron de la habitación anexa, donde tenía el ropero, con pose tímida. Doña María me consoló. No sufráis, señora. Yo la corté de golpe. ¡Pobres de vosotras si andáis explicando por ahí lo que habéis oído!

Pero las voces corrieron. Quizá también los pajes escucharon tras las puertas, como hacíamos Catalina y yo cuando éramos pequeñas. Mom me escribió enseguida. No decía una sola palabra de la dote y, en cambio, me reñía porque discutía con mi marido. Hija, haz el favor de no ofender a tu esposo. Yo respondí tragándome la indignación. Madre, el rey y yo somos una sola carne. Es cierto que él tiene carácter y que a veces utiliza palabras ariscas. Pero yo lo perdono de todo corazón. No escuches los rumores que corren, tan malintencionados. Lo amo.

Me confesé con fray Antonio. Él me recordó mis deberes como esposa y me aconsejó ser dócil. Señora, tenéis que ser el reposo de nuestro señor el rey, vuestro marido. Ser rey comporta un peso muy grande. La reina ayuda, no agrava la carga. Esposas, someteos a vuestros maridos, como dice el apóstol.

Ante el confesor no pude contener el llanto. No sé qué hacer para agradarle. Todavía no puedo tener hijos… Paciencia y oración, mi señora. Rezad, como la buena Raquel; como Ana, la madre del profeta; como Sara, la madre de la fe. El buen Dios las escuchó, también os escuchará a vos.

Me fui con las damas a rezar a la catedral. Doña María de Sarmiento pasaba las cuentas del paternóster. Mientras recitábamos la plegaria, mi pensamiento voló lejos. Santa María, madre de Dios, haced que me venga la sangre de las mujeres. Santa María, madre de Dios, haced que mi esposo me quiera a su lado, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Pese a todo, Alfonso confiaba en mí. Antes de marchar a Aragón me dijo que me ocupara de los asuntos religiosos. Tú te entiendes bien con los clérigos, me dijo. Así que escribí a los embajadores que él había enviado a Constanza y les pedí que me informaran de cuantas novedades hubiera respecto al concilio, y mandé a mosén Ramon Xammar como delegado. Acepté con gusto aquella nueva responsabilidad.

Poco después, y ya en ausencia de mi esposo, me preparé para ir a Tortosa. Allí pasaría un invierno largo y duro. Con mi casa reducida, atosigada por las deudas y llena de añoranza, emprendí el camino. Allí nos alojó el obispo en su palacio. Pero apenas llegamos caí enferma.

El médico, Francisco de Burgos, me sometió a un régimen muy severo. Primero me sangró. Luego me obligaba a tomar caldo de carne, bien concentrado y caliente, cinco veces al día. Y unos jarabes amarguísimos que me producían náuseas. Las camareras mantenían los braseros encendidos noche y día en mi habitación. Pero tenía el frío metido dentro. El frío, el vacío y la angustia. Algunos días ni siquiera me levantaba del lecho. Catalina *la Negra* se tendía a mis pies, sobre la cama, para darme calor. Quería escribir y me faltaban las fuerzas.

Al cabo de unos días, en cuanto me encontré un poco mejor, llamé al escribiente y volví a enviar cartas. Necesitaba dinero desesperadamente. De Castilla no me llegaban más que excusas de Pere Joan y del arcediano de Niebla, mis delegados. Entonces envié a Antoni Mira, mi segundo escribano de ración, para ver si podía sacar algo en claro. Finalmente, mandé al médico, que había sido un hombre de confianza de Mom. Ah, madre, ¿qué hacías? Entre las mujeres de mi servicio oía comentarios malévolos. La reina madre bebe demasiado, decían. No está en condiciones. Quien manda en Castilla es don Sancho. Y, en la corte, don Álvaro.

Álvaro de Luna había sido un paje de mi hermano, el rey Juan. Un joven intrigante y ambicioso, decían los hombres. Seductor y más largo que un día sin pan, decían las damas. Yo lo recordaba vagamente. Era un poco mayor que Juan, sobrino-nieto del papa Benedicto XIII y recomendado por su familia. Agradable de cara y espabilado, nunca se había destacado mucho entre los sirvientes de Mom. Con el tiempo, sin embargo, había escalado posiciones. Como

era lo bastante sagaz y lisonjero, bien podía haberse ganado la voluntad del joven rey. Juan sólo necesitaba a alguien que lo hiciera sentirse poderoso.

Escribí a Alfonso, que seguía viajando por tierras de Aragón con su séquito, bien pagado con los dineros de su madre. ¡Cómo envidié, entonces, el poder de la *rica fembra*! Comprendí la antipatía de Mom hacia la tía y hacia mis primos, que querían manejar los hilos del poder en Castilla atrayendo a los nobles para su causa. Una aversión que en ella era envidia de rival y, en mí, celos de esposa abandonada. Supliqué a mi esposo. Tengo a cuatro hombres pleiteando por mi dote en la corte castellana. Me he quedado sin fondos, sin crédito… No tengo salud, ni fuerzas. ¡Hasta me falta el médico! He intentado cobrar unos censales de Cervera para ir tirando, pero los concejales de la ciudad dicen que no pueden pagar.

Sólo me quedaba una salida: ir con él, allá donde fuera. Pero tampoco podía desplazarme: no tenía dinero para pagar el viaje ni las mulas. Estaba viviendo de la caridad del obispo y de la confianza de los acreedores. Los pocos sirvientes que me quedaban manifestaban su inquietud. En la cocina, entre pajes y criados, las quejas circulaban. Algunos se fueron.

¡Señor, quiero morir! Doña María me consolaba. Mi señora, no digáis esto, desear la muerte antes de hora es una ofensa a Dios. Llamó al confesor. Fray Antonio, ¿creéis que esto es vida? Él me acercó un crucifijo de plata, que siempre tengo junto a la cama. Nuestro Señor padeció pobreza y abandono. Confiad en él.

En febrero, cuando los días comenzaban a crecer y el sol entraba por la ventana de mi alcoba hasta besar los pies del lecho, recibí, por fin, carta de Alfonso. Me ordenaba ir a Valencia, donde se celebrarían cortes pasada Semana Santa. Allí nos encontraríamos.

Con la carta entre las manos, lloré. Besé aquel trozo de papiro, rayado con la firma de mi esposo. Alfonso, rey de Aragón. Y rey de mi vida. Me levanté de la cama de una revolada. Sancha, Constanza, ¡traedme la ropa, que me quiero vestir!

12.
CORTES, UN TORNEO Y LA SANGRE

¡Valencia! Allí nos habíamos casado, allí renacería nuestro amor… Esto me decía para mis adentros mientras preparaba el viaje, supervisaba baúles, enviaba cartas y continuaba rezando, entre avemaria y avemaria, que el buen Dios me otorgara la gracia de tener la sangre de las mujeres.

Pedí al arzobispo Sagarriga que viniera conmigo. Alfonso también lo había convocado en Valencia como canciller real. Mateu Ram, mi mayordomo, me aconsejó que viajara con él. Así, señora, uniréis las dos comitivas, ahorraremos en gastos e iréis bien acompañada. El arzobispo aceptó y me sentí muy aliviada. Ya no viajaría como una reina pobre y no tendría que sufrir por el alojamiento y los víveres. Entonces escribí a Bartomeu Gras, a Barcelona, pidiéndole que me enviara la ropa y las joyas que necesitaba. Todo a fianza, pero le aseguré que mi procurador Antoni Mira, que estaba trabajando de firme en la corte castellana, conseguiría cobrar parte de mi dote y se lo pagaría todo muy pronto.

La primavera reverdecía el campo, los almendros ya habían florecido y ahora se cubrían de hoja; las flores salpicaban el borde de los caminos cuando nos pusimos en marcha. Adiós, río Ebro; adiós, tierras catalanas. Hacia el sur, hacia la ciudad amiga, que nos acoge y nos promete ayuda. La ilusión me hizo recobrar la salud y el apetito, al menos durante los días de viaje. Me sentía revivir, como el campo. Necesitaba la ropa que había encargado en Barcelona: los vestidos me quedaban cortos de falda y de manga. Incluso mis pechos empezaban a abultarse. Estáis hermosa, señora,

me dijo un día Sancha mientras me peinaba. Se me formaban bucles nuevos y me gustaba cuidarlos, les daba forma con aceite y perfumes. Ya no soy una niña, me decía. Gustaré a Alfonso, y él querrá estar conmigo.

¡Viene la reina! ¡Viene la reina! En los pueblos por donde pasábamos nos salían a recibir los concejales, los clérigos y los campesinos. A menudo venían a pedirme favores. Una recomendación para la corte, una ayuda para una viuda, un ruego para que aceptara un paje a mi servicio, una súplica para que se hiciera justicia en un pleito… Yo recibía todas las peticiones y después consultaba con el arzobispo. Monseñor Sagarriga me aconsejaba bien. ¡He aprendido tanto de los hombres de Iglesia! Ellos me han enseñado a no ser ingenua y a considerar cada asunto desde las dos partes interesadas, mirando más allá de lo inmediato. Señora, una reina ha de ser equitativa y medir las consecuencias. No siempre lo que parece mejor es lo más apropiado. Pero en mí siempre había un criterio que aprendí desde pequeña y al que nunca he querido renunciar: los más débiles y los indefensos, primero. Los pobres, primero. Los pequeños, primero. ¡Ah, los pobres! Siempre estarán entre vosotros, dijo Nuestro Señor Jesucristo. Y a fe que, por experiencia propia, he comprendido plenamente su miseria y su dolor.

¡Valencia! Escenario de nuestra primera y fallida noche de amor. Escenario, ahora, donde el rey quería reproducir el júbilo y el esplendor de la Medina del Campo de su infancia, la Medina del príncipe Fernando, héroe de Antequera, y la señora de Alburquerque; la Medina próspera que atraía a mercaderes, damas y caballeros, y donde se celebraban los torneos más afamados de Castilla.

Alfonso convocó cortes y, con ellas, un torneo. Las cortes eran obligadas, tenía que pedir dinero. El torneo le encendía el corazón. Dedicaba a él mucho más tiempo, esfuerzos y entusiasmo. Muy pronto lo pude comprobar en las contadas ocasiones en que almorzamos juntos. En Valencia me recluyó en el alcázar, en las estancias de la reina, mientras que él no pasaba dos días seguidos bajo el mismo techo. Los bosques y la sierra lo llamaban.

¿No me has echado de menos?, le pregunté un día, sin mucha esperanza. Él sonreía, como si ya estuviera montado en su corcel en

medio de una cacería. Un tropel de caballeros amigos lo rodeaba, todos jóvenes y risueños, rezumando vida, como él. No me contestó.

Las cortes se inauguraron el 27 de abril. Y, como de costumbre, se alargaron durante meses. ¡Cuánto cuesta decidir cuando se trata de dar dinero! De puertas afuera, todo el mundo halagaba al rey, pero a la hora de tocar las arcas nadie parecía compartir las visiones de aquel soberano joven con ambiciones en ultramar. Sicilia y Nápoles quedaban muy lejos. Pero Alfonso no desfallecía. Finalmente, los consejeros le prometieron una subvención de quince mil florines y un préstamo de treinta y cinco mil. Con esto él se dio por satisfecho y se fue a cazar a Segorbe.

Yo me consolaba con mis tareas de reina. Cada mañana, después de oír misa, iba a la sala donde había instalado mi despacho. Allí me esperaban el escribiente y el secretario. Me gustaba leer las cartas personalmente y después dictaba las respuestas.

Mercaderes valencianos, catalanes y aragoneses me pedían ayuda para poder vender en Sevilla sin tener que pagar tantos aranceles. Sevilla era el gran puerto de Castilla y los reyes castellanos favorecían a quien satisfacía mejor las tasas. Nuestros mercaderes a duras penas podían competir con los ricos genoveses y venecianos. Así comprendí mejor el porqué de las ambiciones de Alfonso en Italia.

A menudo se me presentaban asuntos de mujeres. Muchas doncellas querían recomendaciones para entrar en buenos conventos, como Isabel de Sant Jordi. ¡Cómo la eché de menos! La joven había decidido entregarse a Nuestro Señor e ingresó en el convento de la Zaidía. Yo misma la recomendé a la abadesa, con tristeza pero contenta por ella y por el monasterio, que ganaría una ráfaga de aliento fresco con su presencia luminosa. ¡Qué poco sabía, entonces, sobre lo que esconden los muros de algunos conventos!

Aquella primavera también atendí a un pobre padre desesperado porque a su hijo lo habían capturado unos moros y ahora estaba prisionero en Granada. No tenía dinero para pagar su rescate y pedía ayuda a la reina. Me impactó el dolor de aquel hombre y el sufrimiento del pobre chico esclavizado. Los hijos de Dios hemos nacido para ser libres. ¿Cómo hay que escribir al rey de Granada?,

pregunté al secretario. En castellano, señora, allí en su corte todos lo hablan. Muy bien, pues escribe. Y dicté mi carta, con muy buenas maneras y cortesía, pero pidiendo bien claro que aquel joven cristiano fuera liberado y retornado a su tierra. De reina a rey. ¿El rescate y los gastos? No sabía cómo pagarlos, pero ya me ocuparía.

Madona Flor veía el futuro y todos la consultaban. Los curas nos prevenían contra las brujas y las adivinas, pero ella no era bruja. Al contrario, era muy devota, siempre rezaba e iba cargada de paternósters. ¡Y resultaba tan simpática! Pequeña, rechonchita, con unos ojos negros y vivos que distinguían lo que nadie más podía ver, tenía la voz profunda y hablaba en un tono grave y solemne. Allí donde iba de inmediato se veía rodeada de un corro de damas y doncellas. Las Vilaragut y las mujeres de mi servicio no podían pasar un día sin verla y la llamaban a palacio. Muchas señoras de Valencia la favorecían. Nunca había estado casada, decía ella, pero tenía cientos de «hijos espirituales». Vivía de limosnas que le daban y que ella redistribuía entre los pobres, quedándose, supongo, una parte.

Cuando me la presentaron, hizo una genuflexión ante mí y me tomó las manos para besarlas. Entonces las oprimió entre las suyas con fuerza, cerró los ojos y dio un gran suspiro. Yo no sabía qué hacer. Las damas guardaban silencio. Callad, señora, tiene una visión, susurró la Vilaragut. Contuve el aliento y madona Flor siguió apretando mis manos. Después abrió los ojos y me clavó una mirada seria. Hija mía, dijo, olvidando el protocolo, veo a una gran reina. Una mujer poderosa, la más poderosa de esta tierra. Tendrás el cetro del reino en tus manos.

¿Y los hijos?, murmuré, con un hilo de voz, ¿tendré hijos? Madona Flor cerró los ojos, suspiró y los abrió de nuevo. Sí, dijo. Veo… Un príncipe. Y dos infantas. Esta vez fui yo la que suspiré aliviada. ¡Un hijo y dos hijas! Como mi madre, pensé. Sí, mi señora, dijo ella como si me hubiera leído el pensamiento. Tres hijos, como vuestra madre, la reina de Castilla. Aquello me impresionó. Desde aquel día yo también favorecí a madona Flor, la escuchaba con agrado cuando venía a palacio y dejaba que ella dirigiera los rezos de cada tarde. No quise hacer caso de los avisos de los sacerdotes y

nunca expliqué a fray Antonio, en confesión, su visión sobre los tres hijos. La profecía me acompañó unos cuantos años. Alimentó mi esperanza durante mucho tiempo, pero no podía imaginar de qué manera terminaría cumpliéndose.

El caso es que madona Flor me hizo otra advertencia. Un día le pregunté si mi esposo me amaría. Con aquella voz tan profunda que hacía temblar y semblante grave, me dijo: Mi señor el rey es un hombre valiente y corre muchos peligros. ¿Qué queréis decir?, pregunté. Vigilad, respondió ella. Vigilad… Y no quiso decirme nada más.

Desde aquel día, yo tuve el corazón en vilo y, cuando Alfonso puso fecha al torneo, sentí miedo. A él le gustaba luchar, pero en el torneo competían los mejores guerreros, ávidos de ganar méritos y de exhibir su fuerza. ¿Y si sufría una caída? ¿Y si lo herían de muerte?

Sola, en mi habitación, lloré. ¡Había soñado tanto con un torneo esplendoroso, con las reuniones de damas vestidas de colores luciendo sus joyas, con el desfile de caballeros, con sus armaduras resplandecientes y los estandartes ondeantes! Las imágenes de los torneos que había presenciado en la infancia y aquel día después de mi boda llenaban mi cabeza. Y en medio veía a Alfonso, armado y montando a caballo, mi héroe, mi amor, más fuerte y más gallardo que nadie, venciendo a sus contrincantes, acercándose al palio y ofreciéndome su lanza. Y yo, atando mi pañuelo en la punta… Ah, sueños. Sueños.

Sancha y Constanza me encontraron así, vestida y en la cama, con el pañuelo hecho un guiñapo entre las manos, soñando despierta y con lágrimas en los ojos. ¡Mi señora! ¿Estáis enferma? No, no. Estoy bien. Vamos a rezar un rato.

Tía Leonor también escuchaba a madona Flor, aunque muy discretamente. A ella tampoco le gustaban los torneos. Pero ni ella ni yo pudimos convencer a Alfonso. Las mujeres entendéis poco el código de honor entre caballeros, me dijo. Y tú, esposa, deberías estar allí, la primera, junto a tu señor.

Quizá no deberías convocar el torneo…, le dije a solas. Demasiados gastos. Una amenaza para tu salud. Un rey no debería

arriesgarse en estos juegos de armas, tan peligrosos.

Alfonso me miró como si estuviera loca. ¿Qué dices? Los mensajeros ya han llevado la noticia a todas partes y hemos comprometido a muchos caballeros. ¡Un torneo es importante! Trae gente a la ciudad, y la gente trae riqueza. Los caballeros deben entrenarse en las armas, y el pueblo quiere ver a sus reyes y señores exhibiéndose en las fiestas. El pueblo quiere fiesta, quiere gloria, quiere vino y el dinero que traen los feriantes, ¿no lo ves?

Claro que lo veía, pero el miedo me hizo insistir. No me atreví a explicarle las profecías de madona Flor. Discutimos y la voz corrió por todo el palacio. Los rumores saltaron los muros del alcázar y se esparcieron como semillas al viento. Y la pelusa forma maraña. Cuando leí la carta que me envió Mom, semanas después, enrojecí de indignación.

¿Qué os pasa, señora? ¿Ha sufrido algún percance vuestra madre, la señora reina?, me preguntaron las jóvenes Vilaragut, que me acompañaban. Yo doblé la carta y negué con un gesto. Corrí a mi despacho y empecé a escribir, de puño y letra, una carta a mi madre. Me temblaban los dedos de puro enojo y el escribano se ofreció para continuar. Mi señora, decid. Es confidencial, le advertí.

> Con gran tristeza y corazón turbado he recibido la noticia que algunas malas personas os han hecho llegar... Todas estas nuevas que os causan tanto dolor son fábulas, inventadas con mala voluntad... A vos, madre, no os puedo ocultar nada. Dios, Nuestro Señor, ha dotado al señor rey de muy buenas virtudes, él me ama y me honra con todo su corazón, y yo, madre, cumplo con mis deberes. Él está complacido y yo me alegro con él.

El torneo se celebró en agosto. Acudieron caballeros y nobles de todo el reino, y también de Castilla. El primo Juan competiría codo a codo con su hermano. ¡La gloria de los Tras támara de la rama florida! Y el primo Pedro también me había escrito para comunicarme que vendría. Pedro era un muchacho intrépido. Siempre he pensado que, de todos los hermanos, era el más transparente, el más abierto de corazón. Quizá por eso Alfonso lo amaba de una manera especial. Yo también le guardaba más

simpatía que a los otros e hice que le prepararan una buena habitación servida por varios criados.

Con todo el ajetreo, tuve que tragarme el disgusto de tía Leonor, que había vuelto a Medina, y los sombríos augurios de madona Flor. Escribí a mi tía explicándole que había intentado convencer a Alfonso para que no convocara el torneo… ¡Fue en vano! La fecha se acercaba y era como una tempestad imposible de frenar. Una tempestad de lanzas, estandartes, guirnaldas de laurel y sedas de colores. Un alud de danzas, músicos, ir y venir de caballerizos y caballos, picar de armas y destellos de armaduras y mantos de gala.

El alud de la fiesta me arrastró. Pedí a mis camareras que me preparasen vestidos y joyas. Margarita, la costurera, me arregló un brial de terciopelo azul que armonizaba con mis ojos y mi cabello rubio. Las joyas de Barcelona que tenía que enviarme el orfebre Joan Fabre las robaron de camino. Mi disgusto fue mayúsculo cuando un emisario me comunicó la noticia. Al día siguiente, me dije, ¡no importa! Y pedí al mayordomo que fuera a buscar joyas al barrio judío de Valencia, a fianza. Zafiros y aguamarinas que, con las perlas, harían juego con mi brial de color mar.

Alfonso se alegró al ver cómo me preparaba para el torneo. No me lo dijo personalmente, sino a través de sus camareros. Es lo que debe hacer, como reina, comentaron. La dama junto al caballero.

La noche antes de iniciarse el torneo me desmayé. Caí en tierra como muerta, el mundo se oscureció a mi alrededor y tuve que guardar cama durante tres días. Adiós, torneo; adiós, fiestas y colores; adiós vestidos y adiós a la dama que espera a su héroe para atarle el pañuelo en la punta de la lanza. ¡Adiós, amado caballero!

Alfonso no me vino a ver ninguno de los días que guardé reposo. Yo me consolaba pensando que tía Leonor, si se enteraba de que no había asistido al torneo, al menos no estaría enojada conmigo. Y rezaba mientras pensaba en la profecía de madona Flor sobre mi esposo. Cada día me hacía informar de cómo iban las competiciones, y me mordía los dedos cuando los pajes me explicaban las proezas y las gentilezas de mi esposo. Después los despedía a todos y lloraba a solas.

Aquel mes de agosto de 1417, me bajó la sangre de las mujeres.

13.
PACTOS DE SANGRE Y GUERRA

¡La sangre! Nunca me he alegrado tanto al ver una mancha de sangre empapando la ropa. Ah, ¡la sangre! Sangre vertida, sangre bendita. Lo recuerdo bien, era el día dieciocho de agosto y hacía apenas dos días que había finalizado el torneo. De inmediato escribí a Mom y a tía Leonor comunicándoles la buena noticia. Con la alegría, las molestias y el dolor en la espalda me parecieron bien poca cosa. Incluso recuperé el apetito y pedí que me trajeran alimentos bien consistentes, almendras y confites, pan con miel y vino.

También se lo comuniqué a Alfonso cuando me encontré lo bastante bien como para levantarme, vestirme y abandonar mis aposentos. Él ya lo sabía, por boca de otros. Corría por todo el palacio la voz: ¡La reina, por fin, ya era mujer!

Mi amado, ¿pasaremos una noche juntos? La sangre me hacía osada y se lo pregunté, a media voz, ofreciéndole una mano y con sonrisa poco inocente.

Alfonso me devolvió la sonrisa y me miró de pies a cabeza. Doña María, Leonor y Margarita, la costurera, se habían esmerado con mi vestido, aquel que había preparado para el torneo. Llevaba una trenza de seda recogiéndome el cabello, con una parte de la melena esparcida sobre los hombros. Me había perfumado y espolvoreado los pómulos.

¿Es por la sangre por lo que no estuviste en el torneo, esposa?

Al día siguiente se fue a cazar. Volvió a sus montañas y a los toques de cuernos entre ladridos de perros y relinchar de caballos. Viendo marchar a toda la compañía, deseé ser montero, ser perro,

ser yegua, para poderlo acompañar. Deseé, Dios me perdone, ser bestia salvaje, osa o cierva herida que busca su final, perseguida y abatida por el cazador. Deseé ser bosque y montaña para atraer el deseo de mi amor.

Al año siguiente Alfonso se dedicó a preparar la campaña italiana. Quería reunir una flota de treinta galeras para recuperar los antiguos feudos de la corona aragonesa, afianzar Cerdeña y Córcega y, después, conquistar Nápoles. El sueño de su padre, Fernando, el hijo lo haría realidad.

Y yo, por mi parte, emprendí mi batalla por conseguir una noche de amor. Me propuse que el rey no zarparía hacia Italia sin haber engendrado un heredero. Tenía que dejar una semilla plantada en el seno de su esposa.

Valencia concedió a Alfonso la ayuda que había solicitado. Los jurados fueron generosos: ciento ochenta mil florines con una pequeña quita de cuarenta y cinco mil. Con todo, no era suficiente para armar la flota.

Cataluña no fue tan generosa. En Barcelona no sólo no querían apoyar la empresa: catorce barones catalanes y unos cuantos caballeros se reunieron en Molins de Rei en clara rebeldía contra el monarca. Entre ellos estaba el conde de Pallars, uno de los capitostes más importantes y uno de los que podía aportar más hombres armados en caso de guerra. La nobleza catalana estaba dividida. Otros nobles, como Ramon Folch, conde de Cardona, se mantuvieron leales al rey. Finalmente, los conspiradores enviaron una comisión que se presentó en Valencia en marzo de 1418.

Alfonso no quiso recibirlos.

Le pregunté por qué y me explicó su actitud. Esposa, es un ataque. A veces, la mejor defensa es no responder. Que esperen.

Al final recibió en privado a dos consejeros de Barcelona, Joan Fiveller y Ramón Desplá. Los dos que lo habían acompañado en el funeral de su padre. Los dos con quienes Alfonso podía hablar claro y de buen grado. Podían no estar de acuerdo, pero el encuentro fue una conversación entre caballeros. Yo estuve presente y admiré el talante de mi esposo, tan digno y afable, y su humor. ¡Incluso arrancó la risa a sus adversarios! Ellos, no obstante, también eran sagaces y le siguieron la corriente. Alfonso jugó un rato a esquivar el conflicto. Escuchó sus exigencias: que echara a todos los

castellanos de su casa, que pusiera orden en la legislación de los gremios, que no gobernase sin contar con la voluntad de sus vasallos. Alfonso prometió que convocaría cortes en Barcelona para revisar todos estos asuntos, pero se negó a despedir a sus servidores castellanos. No, insistió con firmeza, sin perder la cortesía. Y los consejeros se retiraron.

No te ayudarán, le dije, cuando nos quedamos solos. Las cortes volverán a enredarse y no sacaremos nada. ¿Palabras inútiles? No, esposa, dijo Alfonso. Hemos ganado tiempo.

En primavera los dos marchamos a pedir dinero a las cortes convocadas en Zaragoza. Alfonso no tenía por qué preocuparse. Donde no llegaban sus rentas llegaba el oro de la *rica fembra*. Yo tuve que pedir crédito y casi limosna para conseguir mulas y carruajes, y dejé a buena parte de mi séquito en Valencia. Mi camarlengo, Berenguer de Hostalric, y mi comprador, Guillem de Linyá, hacían malabares con el dinero, y yo aprendía de ellos. A fin de cuentas se trataba de jugar con préstamos, plazos y empeños. Yo iba calculando y pensaba: cuando llegue mi dote, ¡todo irá a pagar deudas!

O quizás una parte de la armada de mi esposo.

Alfonso quería treinta galeras. Valencia aportaría tres, además de la galera real, que mantenían en su puerto. Mallorca, tres más. Perpiñán, otra. El maestre de Montesa prometió una novena. El resto las tenía que dotar Barcelona o tendríamos que comprarlas. Aparte, había que adquirir armas, pólvora, animales, víveres…, y tenían que reclutarse hombres para remar. El oficio más duro, que rechazaban hasta los pobres de solemnidad.

De camino hacia Aragón caí enferma. Era mayo, el mes de las amapolas en los sembrados, el mes de la escarcha tardía y el sol veraniego, cuando los días son cálidos y las noches aún frías. La primavera es una época que siempre me ha trastornado. La luz y el calor del sol me animan, pero mi cuerpo se remueve por dentro. Teruel es una tierra como Castilla: fría, muy fría. La ciudad es señorial y se refugia en su muralla, sobre una loma rocosa. Alojada en el palacio del obispo, mientras escuchaba las campanadas de la catedral dando las horas, incubé una fiebre que me atacó durante

semanas. Alfonso me esperaba en Zaragoza y le escribí. Estaba tan débil que tenía que dictar todas mis cartas. Adelgacé tanto que perdí la sangre de las mujeres. Pero el mundo continuaba rodando y los acontecimientos se precipitaban.

Una noche soñé con mi madre. Ella también guardaba cama y dictaba una carta… ¿O no era una carta? Me desperté de golpe, sudando y con el corazón latiendo aceleradamente. Catalina *la Negra*, que velaba a mi lado, se asustó.

¿Qué sucede, señora? Mom…, murmuré. Y no quise levantarme ni tomar desayuno sin antes llamar a mi secretario. Prepárame papel y tinta. Debo escribir a la reina de Castilla.

Aún no lo sabía. Era el primer día de junio. Y Castilla, en aquel momento, ya no tenía reina.

Mi madre murió de manera súbita de aquel mal de corazón que hacía años la iba consumiendo. Por la mañana, las camareras la encontraron muerta en la cama, como dormida. Pero dicen que el que va a morir ya lo sabe. La muerte siempre avisa, y Mom escuchó su voz. Había hecho testamento pocos días antes y todo estaba bien decidido. Dejaba como herederos, rey y reina, a Juan, mi hermano, y a la prima María, que debía casarse con él. En caso de que Juan muriera, yo sería la reina de Castilla. Y, si yo moría, la sucesora sería Catalina. La decisión de casar a mi hermano con María era otra victoria de tía Leonor. Mom quería que su hijo se casara con Leonor, princesa de Portugal. Pero don Sancho de Rojas, arzobispo de Toledo, fue favorable a los de Antequera y acabó convenciendo a mi madre. Más que una unión entre Castilla y Portugal perseguía una Castilla firme y unida, donde las familias no se enfrentaran entre sí ni dividieran el reino. Unir las dos ramas Trastámara convertía a tía Leonor en otra reina madre.

Lloré con pocas lágrimas y mucho sentimiento. Me sentía tan débil que no tuve fuerzas para otra cosa que encargar muchas misas por el alma de mi madre. Toda la ciudad se vistió de luto y durante dos días las campanas de las iglesias tocaron a difunto. Yo escuchaba el tañido lastimero y grave, y recordé los momentos más tiernos pasados con ella: los juegos en las terrazas del alcázar, allí en la Segovia de mi infancia, las conversaciones al atardecer, los

sabios consejos, la discusión por mi matrimonio.

Lloré por la madre que no me acompañó el día de mi boda. Ahora yo tampoco la acompañaría en su último viaje. Descansa en paz, Mom. Quizás en la otra orilla te espera papá. Los dos seréis jóvenes allí. Jóvenes y sanos. Eternamente jóvenes y bellos, sin las tribulaciones que nos asedian aquí abajo, en la tierra. Papá, Mom, rogad por nosotros.

Reza por mí, madre. Reza por mi amor. Tú que tuviste tres hijos con papá… Madona Flor me ha dicho que yo también tendré tres. Que así sea. Madre, encomiéndame ante Nuestro Señor.

¡Mi amor! Yo me esforzaba por ganar una libra de peso, por recuperar el color en las mejillas y ataviarme como una reina pese a que mis deudas aumentaban día a día, como Guillem de Linyá no dejaba de recordarme. Mi batalla era conseguir una noche, un cuerpo, un beso que no fuera arrancado por fuerza, una semilla real plantada en mi vientre. Quería dar al rey un heredero, un motivo para amarme. Pero la batalla del rey era otra. Y los tres reinos que teníamos que gobernar tenían asuntos más importantes que el tocador de una reina joven y añorada.

Tía Leonor y sus aliados movían piezas. La prima María se casó con mi hermano Juan. Pobrecillos, pensé. María tenía quince años; Juan, sólo trece. La misma edad que mi padre cuando se casó con Mom. Dos criaturas. Al menos, los dos eran jóvenes y dulces de carácter, o eso me parecía. Se llevarían bien.

Los planes de la *rica fembra* no terminaban aquí. Se acordó el matrimonio del primo Enrique con Catalina y el del primo Juan con Blanca, la heredera del rey Carlos de Navarra y regente de Sicilia durante muchos años. Blanca ya había estado casada con Martín el Joven, el difunto hijo del rey Martín. Con estas bodas, los infantes de Aragón reunían buena parte de las ciudades, tierras y castillos de dos reinos. Los Trastámara alcanzaban el cenit: con la mano sobre tres coronas, tres órdenes de caballeros y un territorio inmenso que les permitía atravesar toda Hispania de lado a lado sin salir de sus fincas. Todo bendecido por don Sancho, el arzobispo, la mano fuerte de la Iglesia y del reino. Claro que esta ostentación de poder y riqueza no gustó a todo el mundo. Los nobles castellanos pronto

se reunieron para conspirar. También ellos comenzaron a mover sus piezas en el tablero de juego. Y una pieza importante era don Álvaro de Luna.

Álvaro de Luna, aquel paje de rostro agraciado y palabras elocuentes había pasado de vivir entre caballerizos y camareros a convertirse en el consejero del rey. Lo respetaba en público y le mostraba una reverencia ostentosa. Quizá por este motivo terminó siendo su amigo inseparable, pues Juan era tan tímido y desconfiado. Le daba seguridad y lo ayudaba a ser sociable y a desenvolverse entre los nobles. Era uno de esos hombres que, aparentemente, rompen el hielo.

Álvaro de Luna tenía las llaves. Las llaves de la alcoba, las llaves del tesoro… y las llaves del corazón de mi hermano. De modo que, si yo quería que mis asuntos avanzaran en la corte castellana, era a él a quien debía dirigirme. Una vez muerta mi madre, le escribí para reclamar la dote que me correspondía. Y no sólo eso: envié a Pere de Almazán, mi nuevo maestro de ración —¡era el tercero!— para que estuviera detrás de las gestiones. Ordené a mi recaudador que pagara a Álvaro de Luna cuatro mil florines que debía recoger.

¡Qué respiro! En septiembre recibí un primer pago, cincuenta mil florines. Podría remunerar a buena parte de mi personal, y enseguida encargué ropa y perfumes para renovar mi vestuario. Escribí a madona Lena, una experta en aromas y lencería fina que vivía en Barcelona, para que me preparase el mejor benjuí y algunos velos y lienzos. Quería estar bella para enamorar a mi esposo, quería pagar todas mis deudas y quería vivir en paz con mis sirvientes. Pero Alfonso me hizo cambiar de planes.

En Zaragoza, sentados en el jardín de aquel palacio tan hermoso que antaño fuera sede de los reyes moros, Alfonso me abrió una parcela de su corazón. Ante las cortes, ante los nobles, tenía muchas y buenas razones para hacer la guerra en ultramar. Había que pacificar Cerdeña y Córcega, que sufrían ataques de Génova. Había que poner orden en el reino de Sicilia, con sus afanes de independencia, y en Nápoles, ciudad dividida por las luchas entre los diferentes nobles que pretendían hacerse sus amos. Sus conquistas traerían paz, comercio y prosperidad a nuestras tierras.

«Si quieres la paz, prepara la guerra», era el lema de su héroe admirado. Haz la guerra para conseguir la paz. Pero Alfonso tenía otra razón que no revelaba abiertamente en las cortes. Sólo sus más íntimos lo sabíamos.

Julio César. Alfonso leía y releía las gestas, relatadas en primera persona, de aquel hombre de espada y letras, brillante con la palabra, audaz en el campo de batalla. También leía la vida de Alejandro Magno, el valiente rey griego que conquistó un imperio inabarcable en menos de tres años. Julio César y Alejandro eran los héroes que mi esposo quería emular. O quizás, incluso, superar. Alfonso era también un hombre de palabra, de música y de danza. Era un buen orador, seductor y amable. Pero su sangre hervía con el ejercicio y las armas. Con la caza y las justas no tenía bastante. Todo aquello eran juegos, y Alfonso quería guerra de verdad. Porque la guerra no sólo trae consigo la paz, sino la gloria.

Yo leía libros de mujeres y virtudes aspirando a la gloria eterna. Alfonso aspiraba a la gloria terrena. No le valían los predicadores, como Vicente Ferrer, que embestían contra las fiestas y las vanidades mundanas; no le valía el discurso de la carcoma y la ceniza, que todo lo devoran; no le valía el miedo a la muerte ni el silencio de las tumbas. Él estaba vivo, ¡bien vivo! Y aspiraba a la gloria de los que no mueren. La gloria del oro, la flor y la espada. La gloria de la carne y la belleza. La gloria del hombre divinizado bajo el cielo. Escuchándolo, con las mejillas encendidas y la voz elevada, mi corazón se inflamó. ¡Cómo lo amé, a mi Alejandro, a mi César, a mi caballero que quería jugar a ser divino! No tuvo que insistir. Sus sueños eran mis sueños. Yo misma le ofrecí el dinero de la dote.

14.
DOS CORTES

Aquel invierno de 1419 regresamos a Cataluña. Celebramos la Navidad en Lérida. Recuerdo la ciudad cubierta por la niebla, con el castillo y la torre de la catedral asomando por encima, como un bajel en medio de un mar de satén inmaculado, la tierra blanca y helada. Un retazo de cielo azul purísimo se abrió sobre nosotros mientras subíamos la cuesta escalonada hacia la sede para oír misa con los nobles y concejales. Alfonso me daba el brazo y yo me apoyaba en él. Durante irnos instantes nos miramos, y él me susurró: confío en ti, esposa. Todo el frío que sentía bajo las capas de terciopelo y cibelina se fundió en un instante. Le sonreí y recé para mis adentros. Dame una noche de amor. Pero Alfonso sólo estaba dispuesto a darme confianza.

Pasamos el fin de año en Balaguer, la capital de Jaime, el conde desgraciado. La ciudad nos recibió con muchos honores, pero más para ganarse el favor real que por sinceridad. Se respiraba frialdad en el aire y también dentro de las mansiones y las iglesias. Nos alojamos en una casa nobiliaria, sobre los porches de la plaza del Mercadal, decían que la más grande de todo el principado. Sobre los tejados se alzaba, en otro cerro amurallado, la antigua fortaleza de los moros y la iglesia de Santa María de Almatá. A los pies se arrebujaba la ciudad, junto al río Segre, que descendía de las montañas. Más allá se extendían las tierras de Urgel, llanas y veladas por las brumas. Cruzando el puente de camino hacia Barcelona, y antes de detenernos a rezar en el monasterio de Santo Domingo, admiré la cima del Mont Roig espejeando sobre las aguas. Más allá de los montes rojos, me recordó Alfonso, se encontraban

las tierras del conde de Pallars, el noble rebelde.

A finales de enero llegamos a Barcelona, Alfonso primero con su séquito, yo tres días después. Qué largo se me hizo aquel viaje con frío, nieve y viento. Apenas cruzamos la sierra de Collserola, el tiempo cambió. La llanura de Barcelona se extendía plácida bajo el sol invernal y el aire; comparado con el de tierra adentro, era tibio y sereno. Adiós a las nieblas y a la escarcha. Pero dentro de la ciudad, entre las callejuelas sombrías y los vetustos palacios, las paredes rezumaban aquella humedad helada que me penetraba los huesos.

Alfonso convocó cortes y no tuvo mejor idea que celebrarlas en Sant Cugat. Era su estrategia. Los consejeros protestaron. ¿Por qué tenía que celebrar cortes en un pueblo pequeño, donde no había suficientes casas para alojar a todos los síndicos con sus criados? Él no cambió de opinión. Creo que lo hizo para fastidiarlos…, pero también para poder ir de caza. ¡Los bosques lo llamaban! Mientras tanto, yo, en el monasterio, procuraba organizar a mi personal, cada vez más reducido, y resolver los asuntos que se me presentaban.

Nos instalamos en Sant Cugat por Cuaresma. Siempre me ha gustado la vida serena y ordenada de los monasterios. Con las doncellas y los sirvientes procuraba seguir el ritmo de los monjes, a toque de campana y de sol a sol. Aquella cadencia pausada y al mismo tiempo laboriosa me daba paz y me permitía atender mis asuntos sin agobios. Recuerdo un día que Alfonso me comentó, medio en broma: serías una buena abadesa, prima. Lo dijo así, llamándome prima, como en aquellos años de la infancia en que éramos amigos y conversábamos con mayor calidez y desenfado que ahora, que éramos marido y mujer.

¡Buena abadesa! He conocido y tratado a muchas abadesas desde entonces, y no sé si me gustaría ocupar su lugar. Porque un monasterio, aun siendo un reducto de paz, no está fuera del mundo. El mundo entra y sale por él, y entre sus muros se cuecen conspiraciones e intrigas, tal como sucede en las cortes palaciegas. Mi alma sólo descansaba paseando por el claustro, o a la hora de las celebraciones litúrgicas, cuando dejaba que mi mente volara entre cánticos y humo de incienso. Ah, el claustro. Recuerdo bien los paseos bajo las bóvedas, siguiendo con la mirada las hileras de arcos y distrayéndome con los capiteles, todos ellos diferentes. Cada

día me entretenía descubriendo uno nuevo, observando los bucles de plantas entrelazadas y de bestias que jamás he visto, adivinando una historia bíblica o una fábula antigua tras los personajes que parecían saltar de la piedra mirándome con sus ojos ciegos.

Fue allí, dentro de aquellos muros antiguos y venerables, donde Alfonso me otorgó la tan esperada noche. Una tarde me invitó a su alcoba, donde ardía un buen fuego; echó a todo el personal de servicio, salvo a un paje y a mi camarera, Leonor. Nos vistieron con dos camisas de dormir, de lino bordado, y Leonor me peinó con cuidado aquellos mechones de cabello rubio que no lucían tanto como los rizos de Catalina… Pero ahora, ante el fuego, centelleaban como el bronce.

Alfonso fue gentil. Me acarició los bucles, y las mejillas, y me llevó en brazos hasta el lecho. Siempre recordaré la fuerza y el calor de su cuerpo mientras me estrechaba. Él era fornido, y yo estaba tan delgada que debía parecerle una pluma. Cuando se tendió sobre mí, los huesos me crujieron. Yo sonreía y cerraba los ojos, pero quizás él leyó un gesto de dolor en mi rostro. Se dio la vuelta y, yaciendo de espaldas, me abrazó y me tomó sobre su pecho. Entonces me arremangó la camisa y, con movimientos firmes y precisos, me sujetó con firmeza. Yo montaba sobre él, pero era él quien me llevaba, meciéndome como a una niña; y yo, dócil, me dejaba. Sorprendida y un poco asustada porque algo en mí me decía que aquellos movimientos, aquellos gestos, no eran espontáneos, sino propios de un hombre experto que ha aprendido bien las artes amatorias… ¿Dónde? ¿Y con quién?

Me hizo daño. Pero, como dicen las camareras, cuanto más gime la dama, más disfruta el amante. Gozo y dolor mezclados en un solo cuerpo, como el agua y el vino en un cáliz, como el veneno amargo endulzado con miel. ¡Gozo y dolor! Un jadeo vigoroso y otro gemido, ¡el suyo! ¡Oh, mi victoria! Y después, la paz.

Yaciendo ambos, juntos, él se giró hacia mí. Con la mano en mi mejilla me dijo: Esposa, cuando marche, tú ocuparás mi lugar. Confío en ti.

Confío en ti. No me dijo que me amaba. Nunca. Yo sí, muchas veces. En voz baja, y gritando con el pensamiento. Él se reservaba las palabras «amada esposa» para las cartas.

Confío en ti. Aquella noche de amor la viví como un testamento.

Moriría por cumplir su voluntad. Señor mío Jesucristo, vos vivíais y os alimentabais de la voluntad del Padre Eterno. Yo he vivido, y vivo, de la voluntad de mi esposo. Confío en ti: éste es mi pan y mi vino. Lo único que me sostiene cuando me faltan el ánimo y las fuerzas. Confío en ti. Dicho a media voz, en la penumbra rojiza de la alcoba donde el fuego se consumía en brasas. Bajo la sábana de lino, frío y pesado, con olor a espliego y a leña fragante.

En mayo florido se inauguraron las cortes. Unas cortes turbulentas que abrió el señor rey y que había de clausurar la reina.

¡Las cortes! Como hecho excepcional, ya que eran una asamblea de hombres, Alfonso me permitió asistir, discretamente sentada a un lado junto a la dama Joana d'Oms y doña María de Sarmiento. Así aprenderás, me dijo. Cuando yo no esté, tú las presidirás.

Había todo un protocolo que seguir, un orden estricto. Se celebraron en la sala capitular del monasterio, una sala grande y austera con bancos de madera que se guarneció con algunos tapices y donde se levantó un podio para el monarca.

El rey ocupaba el sillón del abad, decorado con su estandarte. En el lado derecho se sentaban los clérigos, que eran doce. A la izquierda, los nobles, el grupo más numeroso. Conté unos cuarenta. Frente a Alfonso ocuparon su lugar los síndicos de las ciudades, el brazo real. Eran otros doce y venían de Barcelona, Lérida, Puigcerdá, Berga, Gerona, Tortosa y Perpiñán. Los representantes de Barcelona eran Joan Fiveller, que aquel año era el cabeza del consejo de la ciudad, Ramon Desplá y dos ciudadanos más.

Los observé con curiosidad. El brazo eclesiástico impresionaba: vestían con largas túnicas y capas de terciopelo, seda y armiño, salvo el abad Bernard, de Sant Cugat, que llevaba un hábito muy austero. Ocupaban sus sillas como reyes. Me fijé especialmente en un hombre alto y delgado, de pose muy digna y mirada penetrante. Joana d'Oms me dijo que era el abad Marc, de Montserrat. También estaban allí Pere, el obispo de Tortosa, y algunos procuradores que venían de parte de los obispos de Lérida, Barcelona, Tarragona y Gerona.

Los nobles eran el brazo más variopinto. Los había viejos y los había jóvenes, casi adolescentes. Algunos parecían soldados:

llevaban espadas envainadas pendiendo del cinturón y su gesto era orgulloso y arisco. Otros competían con los obispos luciendo mantos y capelinas forradas con pieles finas. Los más poderosos destacaban su presencia: levantaban la voz, saludaban a sus compañeros con gestos enfáticos, movían los bancos y armaban alboroto. Allí estaban Roger Bemat, el conde de Pallars y Joan Ramon Folch, el conde de Cardona, Bernat de Cabrera, conde de Módica, y muchos otros.

Los síndicos de las ciudades eran los más discretos. Los miré durante largo rato. Algunos vestían como burgueses o como pequeños nobles, pero los de Barcelona llevaban ropa fina y bien confeccionada, con los pliegues planchados y siguiendo el último estilo, copiado de Francia y de Italia. Bajo sus sombreros y turbantes de colores vi rostros austeros, ojos despiertos y orejas aguzadas. Los de Barcelona, de vez en cuando, cuchicheaban entre sí. Joan Fiveller no perdía detalle de cuanto sucedía a su alrededor, y me estremecí. Aquel brazo, el más pequeño, el más cauteloso, aquél era el más temible. Era el brazo aliado del rey, pero era, también, el de las ciudades y los pueblos, el que daba voz a los comerciantes y a los propietarios, a los artesanos y a los hombres de leyes. Era el brazo de los hombres de cifras y letras. Era pequeño comparado con los poderes antiguos: el viejo brazo eclesiástico, la voz de la Iglesia y el brazo fornido de la nobleza, siempre enzarzada en luchas. La cruz y la espada frente al papel y la letra. Pero aquel brazo aparentemente frágil sería el que, al final, acabaría sujetando las riendas del poder.

En medio de aquellos setenta hombres dispuestos a defender sus derechos y leyes, Alfonso subió al trono con paso ágil, vestido con sobria elegancia. Un ciervo entre leones, pensé, sintiendo que mi corazón ardía en el pecho.

Alfonso inauguró las cortes hablando en catalán. Al fin un gesto diplomático:

> Para complacer a muchos de vosotros, que así nos lo habéis suplicado, hemos convocado la presente corte.

Pero no se entretuvo mucho en cortesías, porque pronto expuso su principal motivo:

> Por causa de la armada que ya antes hemos emprendido y entendemos cumplir en breve, con la ayuda de Dios, para visitar el reino de Sicilia y poner paz allí, así como los reinos de Cerdeña y Córcega, que están en revuelta, y en tal situación de necesidad, tanto de provisiones como otras...

Alfonso terminó solicitando a la corte ayuda y consejo con todo el donaire que supo. En realidad, lo que pedía era dinero.

La respuesta no se hizo esperar. Primero habló el abad Marc de Montserrat. Como hombre de Iglesia, nos mantuvo clavados en los asientos con un sermón tan largo y florido que la mitad de los síndicos, y buena parte de los nobles, acabaron bostezando, murmurando por lo bajo y repicando con los pies en el suelo, sin vergüenza alguna. El abad los ignoró en todo momento, ilustrando su discurso con citas y proverbios de las Sagradas Escrituras. Todo para concluir que, después de deliberar, darían respuesta al rey.

Después hablaron Guillem Ramon de Monteada y Berenguer d'Oms en nombre de los nobles. A mi lado, Joana d'Oms se irguió, tensa como una cuerda. Ambos nobles fueron claros y rotundos. No les gustaba el lugar donde se habían convocado las cortes, el rey tenía que respetar los usos de la tierra y debía resolver los agravios que le habían expuesto. Sólo después hablarían de la flota y la empresa italiana.

Joan Fiveller, en nombre de las ciudades, devolvió la cortesía a Alfonso:

> Que plazca al rey de reyes, que os ha dado tan buen discurso, que os haga obrar bien y ejecutar las cosas que vuestra excelencia ha propuesto. Este brazo, señor, apoya y persiste en aquello que han manifestado los otros brazos, así como en el cambio de lugar de las cortes.

Una de cal y otra de arena. Elogio y reclamación. Ésta era la táctica de aquel caballero audaz que no retrocedía ante nadie, sin perder la calma. Quizá por esto le gustaba a Alfonso. En el fondo, los dos eran parecidos. Corteses y sutiles, capaces de dialogar, pero

tozudos y defensores de sus intereses hasta la muerte.

Los tres brazos, por una vez, estaban de acuerdo en algo: cuestionaban el proyecto de mi marido. Y los tres se plantaron ante su rey. Pero el rey tampoco cedió. Al terminar aquella primera sesión pensé que Alfonso, más que un ciervo, era un pequeño y ágil cazador frente a los leones.

Durante los meses de verano, las cortes se pusieron a trabajar. Los agravios se apilaban uno sobre otro. Alfonso iba de aquí a allá, cazando jabalíes en las montañas, pidiendo dinero por todas partes y reuniendo naves en el puerto de Barcelona.

Yo iba a misa, leía, paseaba por el claustro y, sobre todo, dictaba y firmaba cartas. Entre repiques de campana, meditaba. No me he quedado encinta. Necesito otra noche de amor.

En agosto Alfonso había conseguido un donativo de cincuenta mil florines y diez galeras de Barcelona. ¡Su primer éxito! Perpiñán y la orden de Montesa le darían dos más, como habían prometido. Valencia y Mallorca aportarían tres por cada reino. Pero aún sería necesario comprar más barcos.

Esposa, me voy a Valencia. Tú presidirás las cortes, como mi lugarteniente. Confío en ti. Llamó al nuevo canciller, que era el obispo de Zaragoza, y a su secretario, y convocó a Berenguer de Hostalric, mi camarlengo, y al vicecanciller Joan de Funes. Ante todos ellos, y en mi presencia, redactó la escritura para otorgarme poderes. Las cortes de Barcelona se volverían a abrir en septiembre.

Alfonso marchó a Valencia con una flota de diez bajeles. Allí todo fue más deprisa. Convocó cortes y los valencianos le dieron la prometida ayuda de cuarenta mil florines a cambio de disponer de archivo propio y disfrutar de otras ventajas legales. Así era el rey: sabía cuándo ceder y cuándo no, y hasta qué punto. Pero nada lo detenía.

No sé si fue por el calor del verano, alguna vianda en mal estado, un golpe de aire o simplemente por nostalgia, pero en septiembre

volví a caer enferma y tuve que guardar cama. Llegó la fecha señalada para inaugurar las cortes, y la reina yacía postrada en el lecho, sin ánimo ni fuerzas para levantarse.

La cabeza me daba vueltas y perdía el equilibrio, como aquella primavera en Teruel. Tenía un nudo en el vientre y no podía tragar alimento sólido. El 11 de septiembre el camarlengo me hizo llegar un mensaje. Señora, tenéis que presidir las cortes. Como nadie más, salvo el rey o su lugarteniente, puede hacerlo, los síndicos os ruegan que os levantéis y hagáis acto de presencia.

No podía, y así lo comuniqué a través de Andrés de Tordesillas, mi camarero mayor. Horas más tarde, pasado el mediodía, recibí una visita. Tres representantes de las cortes, el obispo de Vic, el conde de Cardona y el síndico Ramon Desplá, más el obispo de Zaragoza y el vicecanciller Juan de Funes, el notario del rey, mi camarlengo, el escribano y el notario del consejo de la ciudad de Barcelona tenían que certificar que yo estaba enferma de verdad y que no podía presidir las cortes. Nueve hombres de espada, cruz y letra se presentaron en mis aposentos para comprobar que aquella pobre reina, tan joven e inexperta, no podía abandonar el lecho.

Pedí a mis camareras que me peinaran, pero no quise levantarme ni vestirme. Dignidad, María. Dignidad, incluso en la enfermedad, me dije. Los recibí reclinada sobre cojines. Apenas me salía un hilo de voz de la garganta y pedí un vaso de agua a Sancha. Estaba tan débil que vertí la mitad del agua y luego me atraganté.

Señores míos, ruego me excuséis. No tengo fuerzas ni para levantarme… Os suplico que disculpéis mi ausencia. El vicecanciller, Juan de Funes, ocupará mi lugar, si tenéis la bondad de aceptarlo.

Aquellos hombres hechos a la guerra y a la retórica me miraron de hito en hito. Ojos de obispo, ojos de noble guerrero, ojos de notario y escribano… Ojos de adultos que contemplaban a una jovencita que podría ser su hija, enferma. Vi un atisbo de piedad en algunos.

El obispo de Vic se acercó y me tomó la mano. Con la otra, me hizo en la frente la señal de la cruz. Hija, que Dios Nuestro Señor os dé fuerzas y os retorne la salud. No sufráis. Cuando estéis restablecida, presidiréis las cortes.

Los nueve hicieron jurar a mis médicos, por encima de los santos

Evangelios, que la reina no podía levantarse ni presidir las cortes, a riesgo de su propia vida.

¡Qué inicio tan poco glorioso! Enferma y en la cama, así comencé a ejercer como reina en ausencia de mi esposo. Enferma y en la cama. Así había de reinar buena parte de los años siguientes. Entonces aún no lo sabía. Soñaba y contaba los días que faltaban para que Alfonso regresara a mi lado. Antes de que zarpara hacia Italia teníamos que engendrar un hijo.

15.
PROA AL VIENTO

Presidí las cortes por primera vez el 22 de septiembre de 1419. Débil y convaleciente, pero digna y ataviada con mi mejor traje. Una reina doncella ante todos aquellos nobles que querían pedir a mi esposo, entre otras cosas, que ninguna mujer pudiera iniciar actos legales. Tuvieron que tragarse el orgullo. Y yo, el miedo.

Una semana después, Alfonso llegó a Barcelona para presidir las cortes en persona. Los consejeros le presentaron un memorial de cuarenta y seis capítulos con un montón de agravios y reclamaciones; entre otras, prevenir los abusos de los oficiales reales, respetar los tributos sobre la mercancía en todos los puertos del principado, aislar a los judíos que vivían en las ciudades cristianas, prohibir que las mujeres pudieran firmar escrituras legales y, sobre todo, que los consejeros y el personal al servicio del rey fueran nativos de Cataluña.

Los síndicos de los pueblos querían que las cenas y convites se redujeran. Cada vez que el rey pasaba por una población tenían que contribuir con un impuesto, y los síndicos pidieron que sólo fuera una vez al año. En el campo, los lugareños reclamaban la abolición de los malos usos por parte de los señores, y estaban dispuestos a pagar al rey para conseguirlo. Los nobles, sin embargo, no querían renunciar a los derechos adquiridos por sus antepasados y que ellos mismos ejercían a costa del sudor y la sangre de los campesinos.

Alfonso lo escuchó todo y pidió que se formara una comisión de nueve hombres, seis representantes de los tres brazos y tres de su consejo, para revisar los agravios y hacer propuestas de ley. Y prorrogó las cortes para que continuaran en enero, en Tortosa.

Desde allí pensaba navegar hacia Valencia para zarpar en primavera.

Hacia finales de año nos fuimos a Tortosa, la ciudad junto al Ebro. Siempre viajes, en invierno y en verano. Decidí que no me separaría de Alfonso hasta su partida. Todavía no había zarpado y ya lo echaba de menos. Nos alojamos en el palacio del obispo, como la otra vez. Durante los meses de invierno me recuperé del todo de mi enfermedad y me fortalecí. Gané peso y los médicos me dijeron que procurase mantenerlo si quería quedarme embarazada. ¡Lo intenté! Pero Alfonso tenía la cabeza, el corazón y el cuerpo entero en la flota y en su aventura. No le preocupaban los peligros de la guerra ni se le pasaba por la mente que podía morir. ¿Muerte? No, ¡gloria! Yo me guardé mucho de discutir con él.

En enero, las cortes le echaron en cara que entre él y su padre, el rey Fernando, habían gastado más de dos millones de florines para nada. La culpa, decían, era su tierna edad, tan joven y rodeado de personas ambiciosas —los castellanos— que no velaban por su beneficio ni por el buen gobierno del principado. Alfonso se enfadó y la discusión se inflamó. El palacio temblaba con los gritos y las idas y venidas de síndicos y mensajeros. Los clérigos trataban de imponer paz y cordura, los nobles gritaban y daban puñetazos en los bancos, los ciudadanos alzaban la voz para hacerse oír… Después de un largo tira y afloja Alfonso los amenazó: si no le daban dinero, él mismo incautaría las rentas del General, de grado o a la fuerza.

Los brazos le taparon la boca con sesenta mil florines. Y le rogaron que no marchara a Nápoles sin resolver los asuntos del principado. También le pidieron que formara un consejo de personas notables y sensatas que pudiera ayudar a la reina en caso de que fuera nombrada lugarteniente en su ausencia. Si el rey era joven e inexperto, ¿qué debían pensar de aquella reina tan frágil y enfermiza? Pero yo creo que con esto lo que querían era introducir en el gobierno a los catalanes que Alfonso no había aceptado en su propio consejo.

Como siempre, Alfonso respondió con diplomacia. Una de cal, otra de arena. Accedió a algunas peticiones y otras las denegó.

No quería perjudicar a los judíos, que siempre le hacían préstamos, y quería apoyar a los campesinos, porque eran los primeros en ofrecerle dinero y pagar sin dilación. Pero accedió a que unos inquisidores nombrados por la corte vigilaran a los oficiales reales en prevención de posibles abusos. Eso sí, conservó en su cargo a todos los castellanos que quiso. No renunció a sus hombres de confianza.

Y yo, que durante aquellos meses me encontré sana y fuerte, me apliqué a aprender cómo ser buena reina. Quería borrar la imagen patética que los síndicos se habían formado de mí. Soy María, la primogénita de Castilla, hija de reyes, hermana y esposa de rey… y madre de un futuro rey. Eso pensaba. Les demostraré qué clase de sangre corre por mis venas.

Recordé a Mom. Hazte respetar. Y a papá, que Dios tenga en su gloria. Recordé mis conversaciones secretas ante su efigie dorada, allí en la galería del palacio azul. Padre, madre, no os puedo fallar. No os fallaré. Pero, sobre todo, no quería fallar a mi amor. Confío en ti. Alfonso tendría motivos para enorgullecerse de su esposa.

Pedí a Bartomeu Gras que, desde Barcelona, me enviara documentos certificados de todas las actas pasadas por las reinas que, antes que yo, habían actuado como lugartenientes del monarca. María de Luna, esposa del rey Martín, ya lo había hecho, y había dejado buen recuerdo. Blanca de Navarra, mi futura cuñada, había sido una regente firme en Sicilia años atrás. Cuando me llegaron los documentos, un haz de papiros que llenaban un cofre cerrado con llave y candado, dediqué muchas horas, cada mañana después de la misa, a estudiarlos con minuciosidad.

Y así emprendí mis tareas como reina, que no eran pocas. Además de recomendar a frailes y doncellas para que pudieran entrar en monasterios, tenía que resolver conflictos entre el personal de mi casa y hacer las compras necesarias para preparar una buena despedida al rey. Pensaba organizar una procesión solemne para que todo el pueblo pudiera admirar la gloria del soberano que zarpaba para defender sus reinos. Ropa, lienzos, joyas, tapices. Encargué a Jaume Sala, el albañil jefe de los palacios de Barcelona, que habilitara el palacete de Santa Eulalia y algunas casas más para que los artesanos pudieran trabajar.

Isabel, la condesa de Urgel, me escribió. Vivía confinada en el

monasterio de Sigena, pero sus hijas mayores, Isabel y Leonor, estaban en Castilla con la reina Leonor. Me pedía que volvieran a su lado. Lo consulté con Alfonso y me soltó un no rotundo. ¡Es una madre que quiere abrazar a sus hijas!, protesté. ¡Son dos niñas! No, es una prisionera que quiere conspirar y concertar matrimonios ventajosos, contestó. ¡A saber qué le ronda por la cabeza! Con lástima, pero pensando que finalmente mi marido quizá tenía razón, contesté a Isabel de Urgel que tuviera paciencia y que al regreso del rey de su expedición a Nápoles ya resolveríamos el caso. Para suavizar la carta, añadí que el rey y yo misma velaríamos para que estuviera contenta, y le recordé que sus hijas, en Medina del Campo, con la reina madre, estaban muy bien atendidas.

Aquella primavera también me preocupé por el futuro de dos niñas de Barcelona, que más tarde pasarían a formar parte de mi servicio. Una era Jordieta. Sus padres no se entendían, vivían prácticamente en la pobreza y la cría, que era muy bonita, corría el peligro de caer en manos de una alcahueta que la quería para su negocio. Le pedí a Juana, una dama de confianza muy devota, que vigilara a la niña y la tomara bajo su protección. Cuando volviera a Barcelona, la admitiría en mi casa. La otra niña se llamaba Violeta, y era hija de unos criados de madona Isabel Escrivá, viuda de un notario. Le pedí a Isabel que educara a la muchacha y le enseñara a escribir y a bordar, confiando, también, poder acogerla en mi casa.

Alfonso recaudó más dinero. De mi dote tenía ya sesenta mil florines. Y de la dote de Blanca de Navarra, su futura cuñada, obtuvo un crédito de noventa y cuatro mil, por obra y gracia de su hermano Juan. Yo pensaba que me hubiera gustado asistir a la boda de Juan y Blanca, como también a la de mi hermano con la prima María… Pero los asuntos de la corona estaban por encima de la familia. Nada de bodas, nada de fiestas. Por encima del amor, la guerra. Ay.

Quizá debido a tantos quebraderos de cabeza, y al mucho estudiar y leer papelotes antiguos y documentos notariales, en febrero caí de nuevo enferma. Los médicos me dijeron que podía ser por eso. Yo creo que me debilité por añoranza anticipada.

Durante el tiempo que guardé cama, los libros me consolaron.

Los monjes de Montserrat me habían enviado un volumen sobre vicios y virtudes, escrito en catalán, que me impresionó. Me gustaba leerlo y releerlo en las horas de sol, sentada en una poltrona y acurrucada entre mantas y cojines. Después lo comentaba con mis doncellas y servidores. El camarero mayor, Andrés de Tordesillas, siempre decía lo mismo. Cosas buenas, señora, de buen decir y de mal cumplir, Yo lo reñía, medio en serio medio en broma. La corte de una reina debe ser un modelo de virtud, le decía. Si los grandes no dan ejemplo, ¿qué harán las gentes sencillas del pueblo? El quizá se sorprendía al verme tan joven y a la vez tan solemne como una viuda.

Esto era los días que me encontraba mejor. Pero otros días no podía ni levantarme, me dolía todo el cuerpo y la cabeza me daba vueltas. Perdí de nuevo la sangre de las mujeres, y entonces me recomendaron que llamase a una física muy afamada que vivía en la ciudad, Antonia de Santa Sofía.

Venía de una familia acomodada de judíos conversos. Tal vez para reforzar su reputación de buena cristiana, iba siempre vestida de negro, con un velo blanco cubriéndole la cabeza y como únicas joyas un paternóster de cuentas de cristal de roca y una gruesa cruz de plata sobre el pecho.

Antonia de Santa Sofía me examinó de la cabeza a los pies. Me hizo desnudarme y me palpó todo el cuerpo con manos expertas de comadrona. Las mujeres no somos como los hombres, señora, me dijo. Tenemos nuestras propias enfermedades, nuestros humores y nuestros ciclos… Una mujer entiende mejor a otra, incluso más que los médicos. Con ella sentí confianza. No me avergonzaba que me viera tal como era, ni se me hizo extraño que me tocara y manipulara mis pobres miembros doloridos. Bajo la piel pálida se me marcaban las costillas, las venas azuladas y los huesos de la cadera. Qué bracitos, comentaba ella, parecen de niña. Ah, señora, tenéis que recobrar peso. ¡Aquí falta carne!

Me recetó un protocolo de hierbas medicinales, elixires con vino dulce y huevo batido y una buena dieta con carne de faisán, almendras, pasas y caldos bien especiados. Me costó seguirla, porque mi estómago se había cerrado, pero al cabo de pocos días, gracias a los esfuerzos y a la voluntad de mi cocinero, Luna de Tudela, me encontré mejor. En una semana volví a caminar y a

pasear por el claustro de la catedral. El domingo siguiente fui a misa en compañía de Alfonso. La primavera estaba a las puertas y el sol entraba a raudales entre los pilares de la catedral, llenando de luz las bóvedas airosas. La catedral de Tortosa es bella. Lástima que las dos torres, que debían ser muy altas, no se hayan podido terminar… En aquellos tiempos yo las miraba y pensaba que eran como un matrimonio en piedra, llamado a ser grandioso, pero que no ha llegado a su plenitud.

En abril nos trasladamos a Vinaroz, y más tarde a Castellón. Alfonso ocupaba el tiempo preparando la flota. Estaba molesto, porque había convocado a más de quinientos nobles y hombres de armas y sólo habían respondido unos ciento y poco. Finalmente, la flamante armada de mi esposo se tuvo que completar con toda clase de criminales y malhechores indultados. La vida a cambio de un remo.

Yo soñaba con una despedida solemne y procesiones de damas y caballeros. Me veía ataviada con mi preciosa cota bordada en azul y plata, como las olas del mar. Me imaginaba abrazándolo, dándole un último beso. Vislumbraba el alborozo y la esperanza en un regreso victorioso. ¡Sueños!

Pedí un préstamo a Bernat Joan, jurado de Valencia, para pagar los gastos del ropero de mi esposo con todo lo que debía llevarse a Italia. Durante semanas estuve atareada organizando a los criados y preparando su equipaje: baúles llenos de paños, camisas, jubones, túnicas, calzones y zapatos, capas, mantos… Alfonso iba y venía entre Valencia, Tortosa, Castellón y Vinaroz, ultimando los preparativos. Escribió a su madre para que viniera a acompañarlo y tuve que tragarme los celos. Tía Leonor abandonó Medina del Campo y se desplazó con su séquito. Alfonso no me necesitaba a mí…, ¡pero reclamaba la presencia de su madre! O, quizá, necesitaba su dinero.

Reunidos en la sala capitular de la catedral, Alfonso me nombró lugarteniente e hizo leer al notario un largo documento, en latín, donde se establecían los poderes que me traspasaba. Eran todos. Todo aquello que podía hacer un rey, lo podía hacer la reina.

Bien cierto, y con todo el conocimiento, a vos, ilustre reina María, nuestra muy amada esposa, os ponemos ante

> el gobierno de los dichos reinos, principado y las islas adyacentes al mencionado reino de Mallorca y de todos nuestros súbditos... dándoos plena potestad para que dirijáis y gobernéis y podáis regir y gobernar dichos reinos durante todo el tiempo que convenga que nos estemos ausentes, y que gocéis y podáis gozar de mero y mixto imperio con la total autoridad de la espada y toda la jurisdicción civil y criminal y que las podáis ejercer libremente y hacer que sean ejercidas, tanto en tierra como en mar e incluso en agua dulce.

Plena potestad. Ejercicio libre del imperio, con la autoridad de la ley y la espada. En tierra, mar y agua dulce… Todo el poder de aquellos reinos bajo el cielo, en mis manos. Muy amada esposa, decía. Amada porque podía confiar en mí. Amada porque podía descargar aquel peso, el gobierno de aquellas tierras rebeldes, en los frágiles hombros de una reina que aún no tenía veinte años. Amada, sí, porque sabía que todo lo que era suyo era mío, y todo lo que yo tenía, mucho o poco, era suyo y bien suyo. La dote, el alma, el cuerpo. Y también, él lo sabía mejor que nadie, mi amor.

No pude despedirlo como quería. No pude contemplar con mis ojos cómo la flota se hacía a la mar. Veintiocho galeras, cuatro galeotes y muchas otras velas pequeñas, atestadas de hombres ávidos de sangre y gloria. O quizá con otra sed mucho más humana, más primaria: el afán de cargar el zurrón con el botín y volver a casa con las manos llenas.

Veintiocho galeras. Había admirado las de Barcelona, que reposaban sobre las aguas del puerto con las velas plegadas. ¡Qué hermosas tenían que ser, con las velas hinchadas por el viento! Imaginé la escuadra sobre las olas azules, como gaviotas extendiendo las alas. Los gritos alborozados. Los adioses y lágrimas de esposas e hijos. Las trompetas y los tambores de guerra. Los estandartes de colores ondeando. Y Alfonso, ataviado con su coraza, la cabeza alta y la mirada clara. Mi Julio César haciéndose a la mar. Su sueño y mi nostalgia.

Zarpó el 13 de mayo desde el puerto de los Alfaques. Su madre,

Leonor, lo despidió. La reina madre, la proveedora. La esposa, amante olvidada, se quedó en Tortosa preparando otro viaje. ¿Por qué nunca me dejaba estar a su lado en los momentos más importantes de su vida?

No hace falta que vengas, esposa.
Ve a Zaragoza y pon orden en todos los escándalos y sediciones que perturban ese reino. Pon toda tu diligencia y todos tus esfuerzos.

Confío en ti.

16.
REINA DE DUELO, REINA IMPLACABLE

Una reina sin rey es como una viuda. Mi único consuelo eran las lecturas piadosas y las conversaciones con fray Antonio de Carmona, mi confesor, y con las doncellas. De estos consuelos saqué una tuerza inesperada, o quizás era una fuerza que ya latía dentro de mí. La rama quebrada de los Trastámara también tenía su genio. Me acordé de papá y de Mom en sus momentos de autoridad. Hija, hazte respetar.

Recuperé toda la ropa negra que me habían confeccionado al morir mi madre y puse a trabajar a Margarita y las costureras para rehacer mi vestidor. Terciopelo negro, cotas negras, faldas teñidas y pocas joyas. El negro me hacía más mujer, más austera. También me permitía ahorrar. En ausencia del esposo no tenía la cabeza para vanidades. Fray Antonio lo encontró muy oportuno.

Sin Alfonso, sin mi madre, sin tía Leonor, rodeada de un consejo de hombres preocupados por cargos, títulos y poderes, me apoyé en dos pilares. Uno era mi fe. Nuestro Señor Jesucristo no me abandonaría. El otro, mi amor. La distancia, para quien no ama, mata el amor, así cantan los trovadores; pero la distancia, para el que ama de verdad, no hace más que encenderlo. Esta llama me hizo fuerte durante aquel primer año en que Alfonso estuvo lejos, escribiendo los primeros capítulos de su epopeya gloriosa.

La ausencia del rey a veces es como la ausencia de un padre o un maestro. Los muchachos rebeldes se alborotan y todos quieren imponer su voluntad. Sí, había dejado una reina con todo el poder para atar y desatar en su nombre. Pero las voces corrían: era una reina muy joven, a menudo enferma, rodeada de consejeros

ambiciosos. Una reina nombrada ante una asamblea de nobles y caballeros que no creían en los derechos de las mujeres, y que habían votado una ley para que ninguna mujer pudiera firmar un solo papel legal.

Me propuse que les haría agachar la cabeza ante una reina dispuesta a hacerse respetar. El rey estaba fuera, pero la mano de la reina se dejaría notar.

Confío en ti. Si tuviera que bordar un emblema en un estandarte, ése sería el mío: confío en ti. Palabras, voz y poema, el estribillo que me hacía fuerte y audaz. Cada mañana, en misa, rezaba a Dios. Soy la mano de Alfonso. Hacedme fiel, Señor. Fiel hasta la muerte.

Nuestro Señor me escuchó.

Desde el compromiso de Caspe, en el reino de Aragón se libraba una guerra soterrada entre los nobles nativos y los forasteros, entre aliados y contrarios a la casa Trastámara. Alfonso, como siempre, otorgó los cargos importantes a gente de su confianza. Su hombre fuerte, en Aragón, era Berenguer de Bardají. El justicia de Aragón, Juan Jiménez de Cerdán, también había apoyado a tío Fernando en Caspe, y al subir Alfonso al trono puso su cargo a disposición del monarca, pero todo quedó en buenas palabras. Antes de hacerse a la mar, hubo diferencias entre el justicia y el rey. Alfonso lo destituyó y envió cartas a todas las ciudades del reino haciendo pública la llamada a no rendirle obediencia. La causa del cese era vergonzosa: Jiménez de Cerdán era acusado por el delito de sodomía y por haber corrompido a varios donceles y a otras muchas personas. Creo que había algo de verdad en ello, y por Zaragoza corrían rumores sobre sus aventuras perversas, pero la verdadera razón, más que moral, era práctica. Alfonso quería a Bardají al frente de la corona aragonesa.

Las cartas reales fueron papel mojado. Cerdán era justicia desde hacía treinta años y contaba con el apoyo de muchas familias. El justicia era un cargo sagrado en Aragón, tan respetado o más que el mismo rey. Cerdán respondió que Alfonso no podía tomar esta decisión sin consultar a las cortes. Mi esposo no se echó atrás, pero tenía la campaña italiana entre manos. Siempre amó la guerra de la espada por encima de la guerra de leyes, y me dejó a mí encargada de terminar esta lid.

Cuando llegué a Zaragoza, la ciudad me recibió con honores y fiestas. ¿Acaso querían seducirme? Yo iba vestida de negro, duelo por la madre muerta y por el marido ausente, y respondí con cortesía, pero rehusé banquetes y distracciones. Una reina viuda no está para músicas ni danzas. Enseguida me instalé en el palacio de la Aljafería y organicé mi casa. Como tenía dinero de la dote, pude acoger a algunos nobles en mi séquito. Cambié de mayordomo, y contraté a Bernat de Cruïlles. Su hermana Francina pasó a formar parte de mi círculo de damas de compañía, junto con Isabel Damprés y Violante de Aragón. Violante había venido desde Blanes, donde vivía con sus tutores. Era hija natural de Martín el Joven y nieta del rey Martín. Ella y su hermano Federico de Luna tenían sangre real y deseaban emparentarse con nuestra familia, de una manera u otra. Federico había sido uno de los candidatos al trono en Caspe, y ahora se había embarcado con Alfonso hacia Nápoles. Violante, que tenía más o menos mi edad, quería concertar un buen matrimonio que le permitiera vivir como una princesa a la sombra. Aunque era vanidosa tenía un corazón transparente y ansioso por comunicarse. Era muy bonita y pronto se llevó bien con las mujeres de mi casa… ¡y con los pajes! Quizás porque éramos tan diferentes, nos hicimos amigas.

El justicia Jiménez de Cerdán me visitó en palacio sin intención alguna de abandonar su cargo. Detrás de su cortesía halagüeña percibí más que ambición. Estudié sus gestos, noté el tacto de su mano gruesa y húmeda, y sorprendí miradas y señales entre él y el joven escribiente que lo acompañaba. A Joamiro, uno de mis camareros, tampoco le quitaba los ojos de encima.

Es cierto, me dije, convencida. Es un corrupto y ama a los hombres. A saber con qué clase de favores ha comprado el apoyo de tantos nobles. Nunca he podido comprender qué siente un hombre amando a otro hombre, yo que soy tan sensible a la belleza del otro sexo. Cuando era jovencita, amaba las danzas en pareja, las canciones de los trovadores y los romances de amor. ¡Ah, los romances de caballeros gentiles y damas atrevidas! Por eso no comprendo a los sodomitas. Pero los hay, y cada vez descubro a más. Las casas reales y los séquitos de los nobles están llenos. Se esconden entre terciopelos, capas y cortinas. A veces también bajo las armaduras. Entre ellos se comunican con gestos silenciosos,

ojeadas, signos de manos. Hay hombres maduros con avidez de cuerpos tiernos de mancebo, y hay muchachos que buscan un mentor amante. Con los años he aprendido a conocerlos. A menudo es un amor prohibido el que dicta las lealtades o las traiciones entre caballeros.

Pero Jiménez de Cerdán era un buen letrado y había estudiado y recopilado todas las leyes de Aragón desde los fueros de Sobrarbe. Todos le reconocían autoridad, de modo que decidí actuar con inteligencia y apoyarme en mi consejo. Aquellos hombres ambiciosos que me rodeaban tenían que ser mis aliados. Convoqué a Berenguer de Bardají y al canciller real, Alfonso de Argüello, que era el arzobispo de Zaragoza, y con ellos invité a todos los nobles que pude reunir en el salón de trono del palacio. De pie, vestida de negro y con toca, les expuse los motivos que tenía el rey para destituir al justicia, defendiendo la validez del documento real que mi secretario leyó en voz alta. Antes de terminar extraje de mi bolsillo un pliego de papiro doblado. Aquí hay nombres, anuncié. Nombres de familias involucradas en los crímenes abominables del justicia, pero no serán publicados si no es menester, añadí. Esto puso fin a las discusiones. Todos callaron. Algunos rostros palidecieron. Podía leerles el pensamiento. ¿Hasta qué punto aquella reina frágil y casi niña estaba informada de todo cuanto sucedía en Zaragoza? ¿Qué nombres había escritos en aquel pliego? ¿Qué sabía o no sabía…? El arzobispo concluyó que la destitución era un hecho inapelable y nadie se atrevió a contradecirlo.

En julio redacté un documento haciendo pública la destitución del justicia Jiménez de Cerdán, dando así vigencia al decreto de mi real esposo. Hice constar que, antes de tomar la decisión, lo había consultado con muchos nobles y consejeros y que en ningún momento había infringido las leyes y usos del reino. Para evitar venganzas de sangre, me mostré clemente. El justicia tenía que volver a su casa, pero no recibiría ningún castigo físico ni pagaría multa alguna.

Por todo Aragón corrió la voz. Ahora la reina enfermiza era la «reina implacable». Los rumores llegaron hasta Barcelona. Cuando recibí la carta del conde de Pallars sentí una íntima satisfacción.

Todos temían mis golpes de autoridad. Aquella persecución despiadada de Cerdán, tal como él la definía, ¿no era acaso una muestra del carácter despótico de la reina? ¿No era, acaso, una amenaza a las libertades del principado, a sus fueros, leyes y costumbres?

Sonriendo, dicté una carta de respuesta a mi secretario Pere Ioan.

> Estimado conde, por estas tierras se hacen grandes nuevas de cómo nos hemos emprendido una gran persecución contra el Justicia de Aragón… A nos ha convenido proceder de la siguiente forma, habiendo dado regidores y presidentes a dicho oficio, así como lo dispone el fuero… No me preocupan las noticias ni los rumores; la verdad y la justicia hablan por nos.

La verdad y la justicia: éstas eran mis armas. Sostenidas por mi amor. Cada paso que daba escribía a Alfonso. Él casi nunca me respondía. Era su consejero, Pere de Santcliment, quien me respondía y me daba noticias. En verano, Alfonso se instaló en Alguer. Había pacificado la isla de Cerdeña sin tener que combatir, con la sola fuerza disuasoria de su escuadra y sus tropas. Ahora se preparaba para continuar la campaña contra los genoveses.

El nuevo justicia de Aragón fue Berenguer de Bardají. Pero mi guerra no había terminado. Cuando el rey está ausente, el reino se descoyunta. Conflictos internos y ataques desde las fronteras. Aragón sufría por todas partes. ¡Y Cataluña, también!

Mientras tanto, Castilla era una guarida de fieras que empezaban a enconarse. Los hermanos de mi esposo sacaban pecho y los nobles castellanos se engallaban. Entre todo este revuelo, di mil gracias a Dios al recibir otra parte de mi dote, en buena medida por la intercesión de mi hermana Catalina y el buen hacer del arcediano de Niebla, que estaba pendiente de mis asuntos. Don Sancho de Rojas y tía Leonor también me ayudaron. Álvaro de Luna y el rey tenían otros quebraderos de cabeza.

Catalina, Juan. ¡Mis hermanos! Ahora éramos tres huérfanos: un rey, una reina y una infanta prometida a un primo al que no amaba. Los tres rodeados de nobles conspiradores y de reinos inmersos en

guerras de banderías. Teníamos que permanecer unidos y velar por aquella familia herida por las ambiciones. Escribí a ambos, una y otra vez, para que pudiéramos encontrarnos en algún castillo de frontera. Pero el encuentro que yo soñaba entre hermanos nunca fue posible… ¡Qué poco imaginaba, en aquel entonces, las circunstancias en las que volvería a verlos!

En nuestra infancia, cuando nos reuníamos en alguna fiesta o torneo, los primos Juan y Enrique siempre se peleaban por acaparar la atención de Catalina. Ella jugaba y los volvía locos. ¿A quién prefieres, a Juan o a Enrique?, le pregunté un día. Catalina se me quedó mirando y por fin dijo: ¡A ninguno de los dos! Yo quiero a Alfonso.

Todavía recuerdo mi reacción. Me subió el fuego a las mejillas y repliqué. Pero ¡soy yo quien me casaré con Alfonso! Catalina se echó a reír. ¡Es broma!, dijo. Es broma… Me gusta más Juan. A Enrique no lo quiero, ¡no! De todos los hermanos, Enrique era, y siempre ha sido, el más vivo de genio y también el más fuerte físicamente. Hay Trastámaras de sangre fría y otros de sangre caliente. Enrique era de los ardientes. Siempre estaba compitiendo para no ser menos que sus hermanos mayores. Creo que estaba celoso. Pero entre hermanos tan arrojados como nuestros primos era normal que estallaran los celos. No sé si Catalina detestaba a Enrique o no. Tengo la impresión de que, en el fondo, le gustaba mucho. Las damas, a veces, fingen odiar o desdeñar a aquellos a quien más aman. Esto dicen los trovadores. Esto dicen, también, las camareras.

El caso es que Enrique sí quería a Catalina. A Catalina… y a su dote. Aquel verano de gracia de 1420 dio un golpe de mano bien sonado para que todo el mundo supiera quién era el tercer vástago de la rama florida.

Más tarde, todos hablarían de «los hechos de Tordesillas».

El primo Juan marchó a Navarra para casarse con Blanca, hija del rey Carlos y viuda de Martín el Joven. Carlos de Navarra se había casado con una prima de papá, Leonor. Por tanto, Blanca era prima segunda nuestra. Ya tenía treinta y cinco años y, cuando Carlos muriese, ella sería la sucesora y su esposo el rey consorte. Así, en la familia ya tendríamos a un quinto miembro que también sería rey. No sé si a Juan le apetecía mucho casarse con una mujer

ya madura como Blanca, pero su futuro como monarca pronto le hizo olvidar los juegos amorosos con Catalina.

Tan pronto como Juan marchó a Navarra, Enrique reunió a un grupo de hombres armados, entre caballeros de su orden de Santiago y aliados de la familia, y ocupó el palacio real de Tordesillas. ¿La excusa? Proteger al rey ante las luchas de bandos nobiliarios.

Imagino el espanto de Juan y los cortesanos cuando vieron entrar a Enrique con sus guerreros, alzando las espadas y adueñándose del palacio. Álvaro de Luna no se acobardó y plantó cara a los invasores. ¡Más que protección, esto parece un secuestro!, dicen que exclamó. Catalina aprovechó el caos y la oscuridad de la noche para huir del palacio con una camarera y dos pajes. Escaparon por la puerta de las cocinas, cubiertos con capas, disfrazados de monjes mendicantes. Se refugiaron en el convento de las clarisas mientras alguien avisaba a tía Leonor de lo sucedido. Ella siempre tenía espías cerca de sus hijos.

Tía Leonor intentó dialogar con unos y otros para poner paz.

Los prohombres castellanos discutieron sobre cómo resolver la situación. El palacio estaba rodeado por soldados del primo Enrique y los nobles se encontraron en la iglesia mayor. Castilla estaba rota y los bandos eran claros: por un lado, el partido favorable a los Trastámara, que era el bando de la reina madre, encabezado por don Sancho de Rojas, el arzobispo; y, por otro, el partido que luchaba por preservar los privilegios de los nobles frente a la monarquía, que veía con muy malos ojos la concentración de poder y riqueza en manos de una sola familia. Estos nobles estaban liderados por el condestable de Castilla, Ruy López de Ávalos, y por el propio mayordomo de mi hermano, Juan Hurtado de Mendoza. Este bando disfrazaba sus intereses alegando que defendían la autonomía del rey y de la corona.

Pero Enrique también clamaba que su deseo era defender al rey. Y tía Leonor defendía a su hijo, y a su hija María, y la unión de la familia —y de las tierras—. Todos querían defender al pobre rey, pero todos lo acosaban y querían utilizarlo. Un solo hombre le era leal a muerte. Ya fuera por amor o por interés, Álvaro de Luna no tenía otro bando que la persona del rey. Pero él era, justamente, la diana de todas las acusaciones. A mí me llegaban todo tipo de

comentarios. Es un intrigante ambicioso. Un don nadie, un bastardo con sueños de grandeza. Un hombre de mala fe. Las peores acusaciones eran tan vergonzosas que no quise escucharlas.

Enrique no quiso parlamentar con nadie. Reclamaba la mano de Catalina y su dote. Reclamaba, también, el marquesado de Villena, mi antigua dote, la que yo había trocado por doscientas mil doblas de oro que todavía no había cobrado. Al saberlo, me indigné. Enrique era maestre de la orden de Santiago desde que era niño, disponía de todas las tierras y riquezas que quería. Pero los infantes de Aragón nunca tenían bastante.

Y Catalina, en el convento, encerrada tras las rejas, se negaba a salir y prometía al cielo que jamás se casaría con el primo Enrique. ¿Jugaba o no? Ay, la edad de los juegos había pasado hacía mucho tiempo. Si mi hermana aspiraba a casarse con un príncipe gentil o un rey digno de su belleza y su sangre, los cascos de la caballería de Enrique debían pisotear sus sueños. Ella, que sólo había aprendido a recibir cumplidos y halagos, se debió de llevar un susto de muerte al ver al infante irrumpiendo en el palacio como un bandolero. ¡Pobre Catalina!

Alfonso veraneaba en Alguer soñando con Nápoles mientras su hermano Juan se casaba en Navarra, Enrique emprendía su guerra particular en Castilla y los reinos de tierra dentro sangraban en querellas y ataques.

Aquel verano, ¡bendito sea Dios que me dio salud y fuerzas!, tuve que afrontar los males endémicos de nuestras tierras: banderías en las ciudades, piratas en el mar, enfrentamientos entre pastores en los Pirineos y escándalos de monjas en los conventos.

A golpe de carta, y con mano firme, di órdenes para resolver tantas injusticias, tanta codicia, tanto derramamiento de sangre. El obispo de Gerona y el de Barcelona estaban peleados: el de Gerona quería volver a la ciudad condal y recuperar su antiguo cargo, que consideraba le había sido usurpado por decreto del papa Martín. Mientras tanto, Gerona, sin obispo, y por tanto sin autoridad, caía en el desorden. Si los hombres de Dios se pelean, ¿qué no harán los hombres de armas? En Lérida, los Gratia y los Navarra armaban a sus mancebos y cada noche se batían en las calles de la ciudad. En el Mediterráneo, los piratas atacaban las naves de los valencianos, robaban las mercancías y vendían a capitanes y tripulantes en el

mercado de esclavos de Tánger. Los piratas moros tenían espías en todos los puertos de la costa y el rey de Granada los apoyaba, ¡todo el mundo lo sabía! Y las monjas del monasterio de la Zaidía, que tenían que rezar y hacer honor a su patrona, Nuestra Señora de la Gracia, mancillaban la cara de la Madre Iglesia con aventuras nocturnas y toda clase de escándalos. Como reina, tenía la potestad para intervenir, y quise poner orden en aquel convento. Conocía bien a la abadesa y a algunas monjas, de mis estancias en Valencia. Recordé a Isabel de Sant Jordi, tan tierna e inocente cuando profesó allí gracias a mi intercesión, y me indigné todavía más.

Los frailes podéis rezar y perdonar, le decía a mi confesor. Pero una reina ha de tomar decisiones. ¡Qué difícil es a veces!

Fray Antonio me recordaba: justicia y verdad son vuestras armas, señora. Vuestro cetro y vuestra espada. No tengáis miedo. A veces me venía a la mente un sermón de Vicente Ferrer sobre el gran diluvio, la paciencia agotada de Nuestro Señor y la gran inundación que tenía que lavar y borrar tantos crímenes y tanta violencia del mundo. ¿Volvería a enviar Dios otro diluvio sobre la tierra? ¿Haría subir las aguas del mar, la muerte vestida de agua, para poner fin a tanta disputa, tanto señor y caballero orgulloso, tanta lucha de familia, tanta monja corrupta y tanto obispo amante del oro?

Algunas noches, sin poder dormir, daba vueltas en el lecho y temía por los nuestros. Algún día, Dios Nuestro Señor castigará a este linaje soberbio de los Trastámara. Alguien lo había dicho, tiempo atrás, no recuerdo quién. Era un comentario que había oído entre cortinas y medio a escondidas. Un comentario fuera de lugar que yo no debía escuchar, pero que llegó a mis oídos y se me quedó grabado en la memoria. No sabría decir si quien lo pronunció era hombre o mujer, señor o sirviente. Tampoco recuerdo el lugar. Sólo las palabras… Algún día, Nuestro Señor los castigará.

Ante los hechos de Tordesillas no me quedé de brazos cruzados. Envié una embajada a Castilla para ofrecer todo mi apoyo y mi mediación, si fuera menester, y para dar ánimos a mi pobre hermano. Envié a Juan, obispo de Tarazona y miembro de mi consejo, al canónigo de Valencia Joan Gascón y al letrado Gabriel

Palomar. Eran expertos en leyes y llevaban cartas mías a Juan, a Catalina y a tía Leonor.

Cuando la embajada regresó, a primeros de otoño, no traía buenas nuevas. Mis consejeros habían estado en Ávila, donde Juan había instalado su corte bajo el guante de hierro del primo Enrique. Allí todo parecía una balsa de aceite. El rey estaba bien apuntalado por sus consejeros, la paz había retornado y todo el mundo se mostraba contento. Calma por encima, dijeron los consejeros, pero mar de fondo. Por todas partes se veían lanzas, espadas y estandartes con la cruz roja de Santiago. Quien manda es el infante Enrique.

Después habían estado en Medina hablando con tía Leonor. Celebramos que todo vaya bien en la corte, señora, le habían dicho. Ella se enfureció. ¿Todo va bien? Ah, ¡no lo creáis, señores! Castilla estaba a punto de estallar en una guerra, el infante Juan había regresado de Navarra y con su hermano Pedro estaba reuniendo a gente armada en Olmedo, para enfrentarse a su propio hermano. Los hijos no escuchaban ni a su propia madre.

¿Y la infanta Catalina? ¿La habéis visto? No, no la habían visto, pero le habían hecho llegar mi carta. Mi hermana seguía encerrada en el convento.

¡Verano hirviente! El rey se va y el reino se desmadra. Alfonso siempre había sido un segundo padre, un dique de contención para sus hermanos. Él reunía, unía, planificaba y dirigía las fuerzas. Al marchar él, cada infante quería ser el primero y olvidaban toda diplomacia. ¡Hermanos contra hermanos!

Despedí a los embajadores agradeciendo su gestión, y me ocupé de que les dieran buen alojamiento y viandas para rehacerse del viaje.

Aquella noche recé mientras miraba por la ventana cómo la luna iluminaba los tejados de Zaragoza y aquellos jardines que habían sido de los reyes moros, siglos atrás. De noche, el calor se disipaba y subía del jardín una brisa fresca, con olor de rosa y espliego.

¿De quién es la tierra, Señor? Hoy nuestra, ayer de los moros, antes de los godos y antes de los romanos… ¿Y antes? ¿Por qué los hombres luchan tanto por un pedazo de lo que sólo es vuestro?

Señor, velad por nuestra familia. Vos que amáis la unidad, la paz, la justicia… Velad por estos jóvenes príncipes que juegan a ser dioses y que sólo aman el honor y la gloria. Son vuestros, el honor y la gloria, Señor. Son vuestros y no de los pobres humanos, que al final nos convertiremos en polvo y ceniza. Pero los guerreros no escuchan a los predicadores, y las plegarias y los pensamientos piadosos son cosa de mujeres, como dice Andrés de Tordesillas, mi camarero mayor.

Señora, ¡así es el mundo!, me dice fray Antonio. Y así debe aceptarlo una reina, que es reina de todos, amigos y enemigos. Como Dios Nuestro Señor, ha de hacer llover su justicia sobre buenos y malos, su misericordia sobre justos y pecadores. ¡Qué difícil, Señor!

17.
MI FILLOLO, REY D´ARAGONA

Cuando Alfonso estaba fuera del reino yo tenía dos vidas. La mía, la cotidiana, formada de rituales y rutinas, de papeles, despachos y reuniones de consejo; una vida de viajes y trajín de baúles y carros…, y su vida, la vida del rey que yo vivía de carta en carta, poniendo en ella más pasión que en mis propios asuntos.

En agosto de aquel año de 1420, Alfonso me escribió, por fin, una misiva larga y detallada. La leí y la releí. Al anochecer la dejaba en el cajón de una mesita, junto a la cama. La besaba antes de guardarla. Besaba su nombre, escrito en tinta, firmado de su mano. Al menos te poseo en el nombre, amor.

Alfonso había huido de los enredos familiares para adentrarse en un cenagal mucho mayor: la pugna entre la familia de Anjou, el Papa de Roma y la aristocracia italiana.

Tío Fernando ya había negociado con Roma para conseguir Nápoles y Sicilia, antiguas conquistas de los reyes Jaime I y Pedro III. Blanca de Navarra, mi cuñada, había sido reina de Sicilia durante años, mientras estuvo desposada con Martín el Joven. Cuando tío Fernando fue nombrado rey, la isla pasó a nuestra familia. En el inicio de su reinado, Alfonso había enviado allí a su hermano Juan, con la intención de casarlo con la reina Juana de Nápoles, pero el plan se vino abajo con los intentos de independencia de Sicilia, y Juan regresó a Castilla para, luego, casarse con Blanca. Ahora Alfonso quería recuperar todas las propiedades que habían pertenecido la corona aragonesa durante su máxima expansión, pero se encontró en medio de tres poderes que se disputaban el reino más rico del sur de Italia.

Por un lado, estaban los Anjou. Louis de Anjou, nieto de la reina Violante, había sido candidato de la corona de Aragón en Caspe. Heredero del condado de Provenza, también reclamaba Nápoles. Por otra parte, en Nápoles gobernaba la reina Juana, de la familia Durazzo, emparentada con los Anjou. Juana era viuda y no tenía hijos. Para terminarlo de sazonar, el papa Martín V consideraba que Nápoles tenía que ser un feudo pontificio.

La reina Juana había invitado a Alfonso a Nápoles, ofreciéndose a adoptarlo como hijo y heredero. ¡Qué promesa tan tentadora! Desde Cerdeña, Alfonso le envió un embajador, pero no obtuvo una respuesta clara: Juana quería ver a Alfonso en persona y tratar con él la sucesión del reino.

Al mismo tiempo, Alfonso escribió a Louis de Anjou, que ya estaba armando galeras en Civitavecchia para navegar hacia Nápoles. Le ofreció un trato: yo te ayudo a conquistar Nápoles, tú renuncias a tus pretensiones sobre Sicilia y te olvidas para siempre de Aragón.

¡Mi esposo caminaba entre dos fuegos! Me pidió total discreción y secreto. Sólo lo sabremos tú y yo, esposa, el arzobispo Argüello y Berenguer de Bardají. El rey, su canciller y su hombre de confianza. Pero ¿cómo guardar un secreto sobre alianzas entre príncipes cuando había tantos actores comprometidos?

De la dote que me envió aquel año el arcediano de Niebla transferí todo a Alfonso por medio de mi camarero mayor, Andrés de Tordesillas, que se lo llevó en persona. Necesitaba más dinero, más barcos, más hombres. Agradeció mi aportación y con aquel dinero compró al vizconde de Narbona unos derechos sobre la ciudad de Sássari y otras tierras, por valor de cien mil florines. Así se aseguraba ingresos para sus campañas.

Después de la carta de Alfonso me afané en pedir más ayuda. Me dolía molestar a mi hermano Juan, pero Castilla era un reino fuerte y tenía tratos con Génova y Milán. Ahora, en guerra, Alfonso pedía que Castilla no renovara la tregua que tenía con la república genovesa y con el duque de Milán.

En otoño me trasladé a Daroca, ciudad fortificada de frontera, para estar más cerca de Castilla y poder seguir de cerca los asuntos de mis hermanos y primos. Allí, además, podría conseguir dinero de la comunidad judía, una de las más poderosas del reino. Conocí a

los Abolafia y a los Benveniste, y designé a Abraham Benveniste mi procurador en Castilla, confiando en que su habilidad con los negocios y sus buenas relaciones con Álvaro de Luna me ayudarían a cobrar puntualmente el resto de mi dote y mis rentas.

Me instalé en el castillo con mi séquito y mi pequeña cancillería. Me acompañaban la dama Francina de Cruïlles, Violante de Aragón y doña María de Sarmiento, con Catalina *la Negra* y mis camareras.

En Castilla, Juan continuaba reinando, pero sin poder, secuestrado por el primo Enrique, presionado por los nobles y apoyado por Álvaro de Luna, que no se apartaba de su lado y hacía equilibrios a dos bandas. La corte estaba situada en Talavera por decisión de Enrique, que obligó al rey a convocar cortes con el motivo de terminar con los malos consejeros y enderezar el gobierno del reino. ¡Cuánta comedia! Enrique no conocía límites y dio un golpe de mano final. Sacó a Catalina del convento y se casó con ella, sin fiesta ni ceremonial alguno. ¡Ni siquiera invitó a su propia madre! Pero consiguió la dote que reclamaba: el marquesado de Villena y el señorío de Castañeda.

Cuando lo supe, me dolió. ¡Pobre Catalina! Ella, que soñaba con una boda fastuosa, con misa mayor, torneo, bailes y lluvia de llores… Se casó en noviembre, el mes de los días cortos y fríos, sin pompa ni alborozo. Con el primo que —eso decía— más detestaba. Forzada como una prisionera de guerra.

Podía imaginar, también, el disgusto de tía Leonor. Su hijo no temía a Dios ni a los hombres. Parecía querer ganarse a pulso aquella maldición murmurada a media voz, aquella profecía aciaga que muchos debían repetir, con la boca pequeña y un resentimiento grande. Algún día, Nuestro Señor los castigará.

Mi hermano Juan era un rey títere. Herido en su orgullo, lo imaginaba triste y amargado, rumiando noche y día pero sin tomar ninguna decisión. Fue Álvaro de Luna quien trazó el plan. Típico de él emplear la astucia mezclada con la temeridad. Una mañana, el rey y su séquito salieron de caza. Nunca regresaron a Talavera. Huyeron y se refugiaron en el castillo de Montalbán para hacerse fuertes y desde allí recuperar el poder.

Enrique no tardó en responder. Con el condestable de Castilla y el marqués de Santillana armó una tropa y asedió Montalbán.

El sitio se alargó durante todo el invierno. Dicen que fue tan duro que los hombres del rey tuvieron que matar incluso a los caballos para poder comer y sobrevivir.

Mientras tanto, Alfonso mantenía otro asedio en ultramar. Cerdeña le sabía a poco y ese mismo otoño asaltó Córcega. Conquistó Calvi, la capital, pero Bonifacio se le resistió. Enrique pasó la Navidad ante los muros de Montalbán; Alfonso se pertrechaba ante la muralla corsa. Y a ambos los devoraba la impaciencia.

¡Qué triste Navidad! En Daroca oí misa el día del nacimiento de Nuestro Señor y celebré la fiesta con sobriedad y sin lujos, acompañada de mi confesor, el médico, doña María, Andrés de Tordesillas, el secretario, las camareras y las damas Violante y Francina.

Eramos doce alrededor de la mesa, como los doce apóstoles, presididos por una reina abrumada y triste. Gracias a Dios y a Nuestra Señora aquel invierno conservé una salud de hierro. Me venía la sangre, sangre perdida y estéril que añoraba una noche de amor. ¡Aún tendría que esperar dos años!

Las campanas de las iglesias marcaban el tiempo y eran las que me devolvían la paz. Los días se suceden como las estaciones. Escarcha, nieve, hielo y la tibieza de los días que crecen. La hierba vuelve a brotar en los campos. Salen las primeras flores. Cuaresma, Pascua, Pentecostés. Las campanadas pautan el ritmo del tiempo que se va y vuelve, el ritmo de la fugacidad y la eternidad.

Bajo las bóvedas de una iglesia siempre he encontrado paz. La paz, tan preciosa y tan poco amada. La paz que ansiamos las mujeres, la paz que rompen los hombres. Porque la gloria no es muy amiga de la paz… Y, como repetía Alfonso, si quieres la paz, prepara la guerra.

Nunca lo he acabado de entender.

Pero el año siguiente lo pasé preparando una guerra, armando galeras y recaudando dinero por todas partes. El rey seguía necesitando barcos, hombres, oro y armas. Y la reina tenía que proveer. No le bastaba con gobernar tres reinos: tenía que sostener una campaña bélica.

La naturaleza humana es bien curiosa. Quizás esto es cosa de mujeres. Cuando el amor manda, hasta los principios morales y las virtudes se supeditan a él. Yo jamás declararía la guerra a otro reino. Pero, por mi esposo, enviaría tropas hasta el último rincón del mundo y vendería hasta mis vestidos para poder avituallar una galera.

A principios de año escribí al arcediano de Niebla, una vez más, para que consiguiera lo que me faltaba cobrar de mi dote. Le pedí que me lo trajera en persona. ¡Ya no me fiaba de intermediarios! El arcediano también me mantenía informada de lo que sucedía en la corte castellana. Aprendí de tía Leonor y establecí una red de hombres de confianza que me comunicasen cualquier noticia sobre mis seres amados, pero también de los enemigos. Y sí, también envié enlaces para saber de Alfonso. Si él no me escribía, yo me ocuparía de informarme de todo.

Como Aragón era tierra pobre y escasa de gente, si quería ayudar a mi esposo tenía que recurrir a Cataluña. Desde Daroca, los despachos de correo iban y venían. Los consejeros de Barcelona me habían dicho que el capitán Guillem de Muntanyans aportaría tres naves. Pero, como el noble quería aprovechar para vender mercancía, su salida se estaba demorando. Yo le pedí que no tardara tanto y que zarpara enseguida rumbo a Córcega, donde Alfonso seguía acuartelado ante los muros de Bonifacio. Entonces la excusa fue el mal tiempo. Era invierno, mala época para navegar. El mar estaba «cerrado».

Convoqué cortes catalanas en Tortosa y me desplacé allí a finales de enero. Corría el año 1421. Las cortes se iniciarían en abril, nadie podría quejarse por no haber avisado con tiempo. Mi objetivo era claro: conseguir una buena subvención para la conquista de Nápoles. Después ya me ocuparía de todos los agravios y reclamaciones que, a buen seguro, me presentarían. Escribí al abad de Montserrat para que me ayudara a preparar la propuesta. Lo recordaba bien de las sesiones en Sant Cugat y en Tortosa. No sólo era un hombre sabio de Iglesia: el abad Marc era una pieza clave si quería que las demandas de la corona fueran bien recibidas por el resto de los brazos. Su palabra tenía peso, tenía que ser mi primer aliado en las cortes. Pero el abad Marc no me respondió.

En primavera, Alfonso abandonó el sitio de Bonifacio. Tuvo un encuentro con las naves genovesas, una batalla fracasada de la que, gracias a Dios, no salió malparado. Estaba harto, consumiendo tiempo, dinero y víveres, y regresó a Sicilia, donde podría aprovisionarse. Desde allí navegaría hacia Nápoles. De nuevo me pedía naves, dinero, hombres.

> Partiremos de aquí por Sicilia y allí nos proveeremos de gente de armas y otras cosas necesarias, y de allí iremos al reino de Nápoles... Os ruego y encargo bien encarecidamente que cualquier moneda transferida o a transferir por el arcediano de Niebla de Castilla la entreguéis de inmediato con esta galera. Y cualquier otra pecunia de demandas, rentas u otros derechos nuestros, de Aragón, Valencia y Cataluña, también nos la transfiráis, si fuera necesario por vía de préstamo, vista la necesidad en que estamos. Os pido, también, que requiséis y detengáis cuantas naves puedan haber por la costa y que sin tener que esperarse una a la otra, tan pronto como cada una esté a punto, nos las enviéis a Sicilia.

La guerra es una bestia hambrienta: devora hombres, oro, sangre y pan. Y yo, que siempre he defendido la paz y he luchado contra la pobreza, me afané por recaudar dinero y enviar barcos. Muchos hombres de armas ya habían partido con Alfonso, de modo que tuve que recurrir de nuevo a los bayles y vegueros para que vaciaran los calabozos y reclutaran a toda clase de criminales y granujas de mala vida que remaran en galeras.

También escribí al maestro de la moneda de Barcelona y le pedí cuentas de las cecas de la ciudad condal y Mallorca para recaudar la que correspondiera a la corona. Y volví a solicitar ayuda a Castilla. Mi hermano ya había salido de Montalbán. Sus hombres habían roto el cerco y volvía a ocupar aquel trono que nunca le resultó cómodo. También pedí apoyo al primo Juan, que esperaba un hijo de su esposa Blanca, y a tía Leonor. Envié a un miembro de mi consejo, Bernat Gallach, y a Gutierre de Nava, oficial de Alfonso, ambos astutos y diplomáticos. Tenían que negociar en una corte dividida

entre las facciones del infante Enrique, el no menos ambicioso infante Juan, que no tenía bastante con Navarra, y Álvaro de Luna, que jugaba en todos los bandos y en ninguno, intentando defender su cabeza y la del mismo rey.

Yo pidiendo, y otros pidiéndome ayuda a mí. Timbor de Cabrera, hija de los candes de Prades, me quería enviar a una hija suya, Margarita, para que formara parte de mi casa. El esposo de Timbor era uno de los caballeros de confianza de Alfonso, Juan Fernández de Híjar. Le respondí que hablaríamos de ello en persona. Quería conocer a la muchacha y ahora no podía permitirme ampliar el personal a mi servicio. Una familia de Valencia me rogaba que intercediese ante el rey de Granada para liberar a un caballero, Felipe Buil, que había sido capturado y encarcelado. Escribí al rey Mohamed para que recibiese a un mensajero valenciano que le pagaría rescate y dejase regresar al mensajero con el caballero preso. Antes de escribir esta carta hablé con los dos esclavos que el mismo rey Mohamed me había regalado un año antes, Abdallah y Faraj. Ellos me explicaron los enredos de la corte granadina y me aconsejaron cómo presentar la petición ante el monarca nazarí.

Apenas tenía tiempo para descansar, mi cabeza giraba con mil pensamientos y me costaba dormir por las noches. Cuando me detenía, para ir a misa o para rezar, no era capaz de terminar ni un padrenuestro ni un avemaria. La única cosa que me distraía y me consolaba era leer… De Montserrat me llegaron varios libros. El abad no respondía a mi llamada, pero debía ver con buenos ojos que la reina hiera tan devota y lectora. Fui yo quien le escribió de nuevo, y esta vez me atreví a reprocharle su demora. Fui muy clara: los aragoneses me habían prometido ayuda; los valencianos también. Al cabo de pocos días se celebrarían cortes de Valencia en Traiguera y me darían la subvención. En cambio, los catalanes, que tenían barcos, dinero y recursos, ¿por qué tardaban tanto en responder? ¿Acaso no veían la urgencia y la necesidad en que se encontraba su rey?

El rey Alfonso, una bella mañana de primavera, ancló en la costa napolitana con su flota. Me hubiera gustado verlo, pero tuve que contentarme con el relato de los emisarios. La reina Juana lo había recibido con los brazos abiertos. Hizo tender un puente de barcas en

el puerto, todas guarnecidas con banderolas y flores, y el joven rey desembarcó entre vítores y aclamaciones, montado sobre un caballo de raza ricamente aparejado, con la coraza reluciente y capa de seda púrpura. En tierra lo esperaban los nobles, barones y aristócratas italianos. En procesión, seguidos de la multitud, desfilaron hacia el Castel Nuovo, donde *madama* la reina lo esperaba. Dicen que lo acogió como una madre, con amplia sonrisa y palabras amorosas. *Mi fillolo, rei d´Aragona!*, exclamó.

Alfonso debió de quedar deslumbrado. Fue recibido como un césar triunfante por aquella ciudad de palacios y mármoles, en medio de la llanura fértil al pie del Vesubio. Nápoles lo acogía, hermosa y rica como aquella reina envuelta en sedas y halagos. Una Eva matrona que le tendía la mano con la promesa más jugosa y tentadora. *Mi fillolo*. Rey de Nápoles. Rey de una tierra fecunda, bella, amable, ¡tan diferente de la Valencia campesina y pescadora, el austero Aragón y la arisca Cataluña!

18.
Las virtudes de una reina

Fe, esperanza y caridad. Éstas son las virtudes de un buen cristiano y las armas de una buena reina. Siempre recordaré el discurso del abad Marc, quien, después de dejarme plantada dos veces, se lució en las cortes con una retórica florida y afilada que se había reservado para la ocasión. Fe, esperanza y caridad. Y prudencia, justicia, fortaleza, templanza… Y mucha, mucha paciencia.

Si algún día paso a la historia con un sobrenombre, quizás sea éste: María, *la reina paciente*. Y Dios nuestro Señor, que penetra los corazones, lo sabe bien, ¡no soy paciente! No, no lo soy, y fray Antonio, mi confesor, también lo sabe. Me conozco. Cuántas veces me he sentido como aquella leona enjaulada, y me he visto obligada a contener la impaciencia y la indignación. Cuántas veces me he tenido que morder la lengua y aprisionar mi genio. Las virtudes han sido mis cerrojos.

Ciento cincuenta nobles, clérigos y síndicos de dieciséis ciudades estaban convocados en Tortosa. Como mujer práctica, quise que las cortes se celebraran en un lugar cerca de todas partes: entre Cataluña, Valencia y Aragón, junto al camino real que, en caso de necesidad, me podía llevar a Castilla. Pero yo pensaba como mujer, como ama de su casa. El lugar cerca de todas partes no satisfizo a nadie.

Sólo se presentaron la mitad de los convocados, y además muy quejosos. Yo me había preparado bien y presidí la sesión inaugural vestida de negro, con velo blanco, y una cruz de plata sobre la cota. Estábamos en la sala capitular de la catedral de Tortosa y el sol de abril entraba sesgado, iluminando los pilares y la bóveda. Saludé a

todos con cortesía y mi parlamento fue muy breve.

Ya sabéis la necesidad del señor rey, que es tan notoria para todos vosotros; por tanto, os ruego afectuosamente que queráis dar al señor rey consejo, favor y ayuda, así como vuestros predecesores, en todo momento, lo hicieron con innata fidelidad hacia sus reyes y señores. Tanto el rey como nos tenemos puesta en vosotros una firme confianza.

Afecto, confianza, fidelidad. Contemplé las caras serias bajo los birretes y los turbantes, los gestos ceñudos donde se mezclaban la cautela y la condescendencia. ¿Qué tenía que decirles aquella dama delgada y pálida, con aspecto de viuda y voz de doncella? Había mucho más deseo que realidad en mis palabras. Pero ¿no dice Nuestro Señor Jesucristo: pedid y se os dará; llamad y se os abrirán las puertas?

Mi discurso duró lo que duran las doce campanadas de un Ángelus. Luego el abad Marc tomó la palabra… y habló hasta el mediodía.

Señora muy excelente, que tenéis en vuestras manos el cetro de la región de la Celtiberia, representante de la persona del muy señor rey, padre y cabeza de la cosa pública... Para que podáis bien gobernar, y defender virilmente de los peligros que pueden sobrevenir, tomad las armas de Dios con las que podáis resistir. Y primeramente debéis armaros de las tres piedras para expulsar a los enemigos... Tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que han de ser el fundamento de todos vuestros actos y virtudes.

Recuerdo el calor que me subió a las mejillas. En un primer momento el sermón del abad me impresionó. ¡Cómo supo enlazar el poder del mundo con el poder celestial! Sin embargo, con el paso de

los años, cuando lo recuerdo, se enciende en mí la cólera de la leona. Sabía muy bien quién era yo, la poseedora del «cetro de la Celtiberia», ¡ay!, y tenía muy claro qué esperaba de aquellas cortes… ¡Y el abad me hizo tragar una lección teológica sobre las virtudes y el arte de gobernar!

La lección era un aviso muy claro. Si quería algo de las cortes, tenía que someterme a la ley, respetar los fueros y costumbres de la tierra y no tomar ninguna decisión sin el consenso de los representantes de los brazos. Detrás de las virtudes del abad Marc, había más política que religión.

Señora, me decía Andrés de Tordesillas, cuando lo expliqué a la gente de mi casa, vos sois como los soldados: atacáis de frente; pero las cortes están hechas para negociar. Pide y promete, estira y afloja. Nada se consigue por la vía recta. Vos tenéis alma de guerrero, pero quienes van a las cortes son almas de mercader.

Las cortes me han enseñado la virtud de la paciencia. Y mis consejeros me han enseñado diplomacia. Entonces era muy joven y tuve que aprender a regatear. Pero los nervios me comían por dentro.

Lo primero que me echaron en cara los nobles es que yo era la reina consorte, y que solamente el rey podía convocar cortes. Les tuve que recordar que Alfonso me había otorgado todos los poderes como lugarteniente. Entonces quisieron ver el documento.

La segunda protesta fue el lugar. No querían celebrar cortes en Tortosa, tenía que ser en Barcelona porque era el lugar más idóneo para alojar a los que venían de otros lugares. Accedí y convoqué la siguiente sesión en Barcelona, para las vísperas de San Juan.

Por supuesto, el tercer obstáculo eran los agravios. Reuní a mi consejo para designar a los miembros de la comisión que trabajarían en ello.

Mientras tanto, continué la búsqueda de dinero. Encargué tejidos finos al procurador del Rosellón para que se los enviara a mi esposo. ¡Alfonso no podía esperar! Yo teñía de negro mis jubones y mis faldas y la costurera me rehacía la ropa que me quedaba justa. No me importaba. Pero Alfonso no podía pasearse por la opulenta Nápoles como un rey pobre y mal vestido.

Llegué a Barcelona el 20 de junio, al anochecer, sin pompa alguna, sin desfiles ni recepciones. Me dirigí al palacio real y allí

conocí a doña Juana, la nueva ama de llaves que me había recomendado la abadesa de Valldonzella. La ayudaba una niña preciosa, de pómulos rosados, ojos verdes y bucles de color bronce. Era Jordieta, aquella niña que se había salvado de las manos de una alcahueta espabilada y de unos padres perdidos. Al día siguiente, madona Escrivá, la viuda del notario, me trajo a su protegida a palacio. Se llamaba Violeta, pero como era menuda y grácil todos la acabamos llamando Violina o Violinquina.

Tal como me había prometido la abadesa, doña Juana era una mujer madura y devota, de carácter recio y muy organizada y ahorradora. El palacio estaba impoluto, pero frío. No había fuego en las habitaciones y pedí que encendieran los braseros, aunque ya estábamos en verano. La austeridad del palacio me recordó con tristeza Bellesguard, el refugio de Violante de Bar, y sus refinamientos. Con doña Juana, aquello tenía el aire de un convento. A Violante y a las camareras no les gustó la nueva mayordoma; cuando nos quedamos a solas, no dejaron de comentarlo. En cambio, las niñas Jordieta y Violina de inmediato se ganaron el corazón de todas. Cuando mis doncellas se casaran ellas serían unas buenas sucesoras. Lo primero que hice fue ordenar a fray Antonio y a los clérigos de mi casa que les enseñaran a leer y a escribir.

Al cabo de tres días presidí las cortes en la catedral. Estaba muy nerviosa, porque me habían dicho que los consejeros habían invitado a la reina Violante de Bar. Era excepcional que una mujer acudiera a la asamblea y no dejé de rumiar que, conmigo, todo habían sido pegas y reclamaciones. Había tenido que demostrar mi derecho a presidir las cortes, mientras que la veterana y serenísima reina era invitada sin más. Yo temía que su presencia eclipsara la mía. Imaginaba la deferencia de los síndicos hacia ella, su elegancia, la fuerza de sus gestos, tan mesurados y solemnes. Confié mi ansiedad a doña María y a Violante. Ellas me animaron. Haceos valer, señora, me dijo doña María. Violante añadió que yo hablaba el catalán tan bien como un nativo, y mejor que la reina de Bar, con su acento francés. Y que debía ir a las cortes con mi mejor vestido y corona. Violante no había querido a la vieja reina. Era cuñada de su abuelo, el rey Martín el Humano, y abuela de Louis de Anjou, rival de su hermano Federico en las aspiraciones a la corona aragonesa.

Nunca había querido acoger a los dos hermanos en su palacio de Blanes. De no ser por los Torrella, almirantes y hombres de confianza del rey Martín, ella y Federico hubieran terminado viviendo como pobres huérfanos.

Me preparé. A última hora supe que Violante de Bar no aparecería. Seguía en Blanes y no le convenía desplazarse. O quizá no vino porque no me quería hacer sombra… ¡Quién sabe! Agradecida para mis adentros, repasé mi discurso en catalán mientras las doncellas me peinaban y fijaban la corona sobre un velo de seda blanca. Aquel día no me vestí de duelo. Más confiada, salí de mis estancias para recorrer el largo pasadizo que había construido el difunto rey Martín, que unía el palacio con la catedral. Iba rezando.

¡Qué vergüenza! Tanto reclamar que las cortes fueran en Barcelona y todavía había menos asistentes que en Tortosa. ¡Cuántos asientos vacíos en el coro de la catedral! Oscuros como bocas abiertas en señal de protesta.

Coloqué las manos en los brazos del sillón y noté la frialdad de la madera pulida. Desde el solio podía ver los rostros que se alzaban para mirarme. Aquél era el trono de Alfonso. Pensé en él. Todo lo hago por ti. Por ti, *rei d'Aragona…*, rey de Valencia, de Cataluña, de Mallorca y de las islas. Futuro rey de Nápoles. Rey de ésta tu esposa que no tiene alma de mercader, pero que vendería hasta su alma para enviarte una sola galera.

No tuve que vender mi alma, pero sí tuve que doblegarme y someterme a todo cuanto quisieron y reclamaron. Allí estaban, en pie de guerra, Joan Fiveller y los prohombres de Barcelona. Y el orgulloso Ramon Folch, conde de Cardona, que tenía que comandar la flota real. Ocho clérigos listos para pronunciar homilías. Y una decena de síndicos de las ciudades, con su astucia burguesa a punto para comprar y vender favores. Cerca de mí, discretos y muy atentos, los dos Bernardos, el de Cruïlles, mi mayordomo, y del Bosc, el doctor en leyes que me aconsejaba. También estaba el camarlengo, Berenguer d'Hostalric, y el maestro racional de la corona, Bernat de Gualbes, hombre de confianza de Alfonso y encargado de llevar las cuentas. Con ellos al lado me sentía segura.

Si había algo que nunca aprendería sería la retórica. Como decía Tordesillas, iba demasiado al grano. Mi discurso fue breve y

amable.

> Os rogamos afectuosamente que deis respuesta a nuestra proposición, en vista de la necesidad del señor rey. Toda prisa es gran demora.

Toda prisa era poca. Pero el obispo de Barcelona, que llevaba el título de patriarca de Jerusalén, y así le gustaba hacerse llamar, me pidió más tiempo.

> Faltan muchas personas principales, excelente señora. Os rogamos las esperéis.

Accedí, no sin remarcar que me había desplazado *ex profeso* a Barcelona a petición de ellos. Paciencia. Bien, si ellos me pedían tiempo, yo tampoco me cansaría de pedir naves y dinero. Paciencia y perseverancia.

En la sesión de julio pasamos a ser, de cincuenta, ochenta y tres síndicos. Ya era un número suficiente para empezar a trabajar. Asesorada por Bernat del Bosc, hice leer en voz alta el documento por el cual Alfonso me nombraba lugarteniente. ¡Como si no lo supieran! Pero Del Bosc lo leyó entero, en latín con acento catalán.

> *Vos, illustrem Regínam Mariam consortem nostram carissimam, regimini dictorum regnorum Principatus ac insularum adjacencium rengo Maioricarum predicto et omnium subditorum nostrorum in eis presencium preficimus et in eisdem nostram generalem locumtenentem creamus, constituimos et eciam ordinamus, concedentes Vobis espresse et potestatem plenariam tribuentes…*

No sé si todos entendían el latín. Más de uno disimuló un bostezo… La respuesta no se hizo esperar. Joan Fiveller tomó la palabra y todos lo secundaron. ¡La señora reina tiene que jurar las leyes de la tierra!

Y juré. De pie ante un enorme atril, con la mano sobre los santos evangelios y el corazón postrado ante las constituciones del

principado. Con la humildad suficiente, pero sin perder la dignidad. Y esta vez, supuestamente, todos quedaron satisfechos.

Después de aquella sesión, las cortes se trasladaron al palacio real, ya con menos gente. Dieciocho hombres, seis por cada brazo, se reunieron en el salón del trono para negociar los cuarenta y un capítulos sobre los oficiales reales, la justicia y los agravios. Aparte, trataron la propuesta de ayuda al rey. Como decía Bernat de Cruïlles: poca gente, mucha faena. Y así fue. Durante los meses siguientes, los delegados de las cortes trataron muchos asuntos, como hacía tiempo que no se recordaba. Había que gobernar una tierra… ¡y conquistar otra! En medio, como un frágil puente entre el conquistador glorioso y los administradores tacaños, la reina paciente, la reina fiel, la reina que debía contentar a unos y a otros sin tener a nadie contento.

La fe me sostenía. Los buenos libros, las damas amigas, el buen confesor… y los sueños. Un día, saliendo de misa de Santa María del Mar, caminé por el Born hasta la playa con los pajes, doña Francina, Violante y las doncellas. El mar estaba claro y risueño, centelleante con miles de pequeñas chispas de sol. Aquel día, la muerte vestida de agua se estremecía de vida. Los pescadores llegaban con las redes cargadas de peces, y las mujeres, con sus capazos, los esperaban en la orilla.

Violante y yo soñábamos con ir a Nápoles. Yo tenía allí a mi esposo, y ella, a su hermano, Federico, que también quería acumular proezas en su haber. Al otro lado del mar, en aquella ribera donde se asomaban los palacios, las viñas y los jardines, bajo una montaña de fuego que hacía siglos que dormía, Alfonso conspiraba con una reina que podía ser su madre. Podía y quería, porque lo llamaba hijo… Entonces, mirando al mar, me reafirmé en una promesa. Alfonso, donde tú estés, estoy yo, aunque no con mi cuerpo. Con mi pensamiento, con el corazón, con el alma misteriosa que no desaparece con la muerte. Allí estaré. Tu sueño es mi sueño. Somos marido y mujer. Una sola carne. Una sola voluntad. Un solo anhelo.

Haciendo míos los sueños de Alfonso me revestí de una fuerza extraordinaria. Si él no tenía miedo, yo tampoco. Ya nada me asustaría. Ni consejeros, ni síndicos, ni reyes. Ni guerras, ni deudas, ni enfermedad. La audacia de los Trastámara corrió por mis venas.

Aquella tarde dicté cartas. Cartas exigentes, claras, directas. A Castilla, para reclamar una vez más el resto de la dote. A Ramón Miralles, escribano de Alfonso, para pedirle cuenta de sus gestiones de ventas del patrimonio real. Y me permití amenazarlo, ya que hacía mucho tiempo que no tenía noticias suyas.

Sentiréis el daño que vuestra tardanza y desobediencia merece.

Todo el mundo sabría quién era la reina.

La reina se sometió. Había prometido respetar todas las leyes de la tierra. Después, capítulo a capítulo, empezó el tira y afloja. Aprobé muchas propuestas de las cortes, pero me opuse con rotundidad en dos cuestiones. Una fue la de las mujeres. Anulé la ley que castigaba a los notarios y abogados que hicieran escrituras en nombre de alguna señora. Procuré que todo quedara por escrito, y bien claro: quien quisiera invalidar un documento legal firmado por una mujer perdería su oficio y condición.

La otra cuestión fue la de los judíos. No acepté que fueran obligados a vivir en barrios cerrados y separados. Necesitábamos una buena convivencia con los judíos, los moros y los extranjeros. Tampoco acepté algunos castigos de muerte y venganza. La ley del talión es del Antiguo Testamento, ley antigua de épocas crueles. Apelé a la misericordia cristiana para imponer mi voluntad. La venganza no podía disfrazarse de ley.

La paciencia da sus frutos. En los dos años que duraron las cortes obtuve una suma de trescientos cincuenta mil florines con la que armar una flota de dieciocho galeras, que se tenían que construir en las atarazanas de Barcelona. Ciento ochenta mil florines más para proveerlas y setenta mil para enviar de inmediato como subvención al rey. ¿De dónde salió tanto dinero? De bolsillos privados, de nobles, clérigos y caballeros que tenían mucho más oro que la corona y podían comprar deuda pública. Autoricé a la Diputación del General que vendiera censales con cartas de gracia

hasta llegar a los trescientos cincuenta mil florines. Una suma con la que yo, con mi pequeña casa, podría vivir una vida entera. El pueblo trabaja y ahorra, los reyes lo gastan todo, me decía Andrés de Tordesillas, con su ironía desenfadada. ¡Tan cierto!

El precio de la flota fueron dos años de negociaciones y más de treinta leyes para regular todo tipo de asuntos: desde el oficio de acuñar moneda hasta la protección de los tejedores del país para evitar la competencia de los fabricantes extranjeros; desde la prevención de abusos por parte de los oficiales reales hasta el cuidado de los desvalidos, las viudas y los huérfanos. Se estableció que las cortes no podrían ser convocadas en pueblos con menos de doscientos hogares. ¡Adiós a las cortes en pueblos de montaña y caza, como le gustaba a Alfonso! También se condenó la compra de oficios, bajo multa penosa que habría de pagarse al rey y a la Diputación del General.

En aquellos dos años aprendí mucho más que paciencia. Aprendí qué significa gobernar y qué significa ser ama de esta casa grande que no es un palacio, sino un principado, una tierra, una historia tejida por gentes diversas con intereses a menudo enfrentados. Gobernar es negociar, es pactar, es nivelar la balanza: dar y ceder, retener y otorgar. Difícil arte, donde el corazón y la cabeza no siempre se hermanan y donde la ley debe poner paz sobre la espada. Las virtudes, sí, eran necesarias, y el abad Marc era más que un gran orador. En aquel tiempo descubrí que los síndicos de la comisión eran hombres virtuosos. Todos ellos, humanos pecadores, con intereses y defectos, con temperamento y ambiciones. Pero, a fin de cuentas, en todos ellos había prudencia, afán de justicia, incansable fortaleza y un esfuerzo por cultivar la templanza.

Y yo, con mis veintiún años de joven reina con sentimientos de viudedad, me apliqué a cultivarlas. Encomendé a un librero las obras *De las virtudes de los príncipes antiguos* y las epístolas de Séneca.

Sabiduría de hombre viejo para una mujer joven, decía doña María de Sarmiento. Poco dinero que tenéis, señora, y lo gastáis en libros en vez de encargar un traje o una cota nueva. Yo recordaba las palabras de Violante de Bar y así contesté a las doncellas: la ropa se gasta y las joyas son piedras muertas; los libros tienen alma y sus palabras no mueren. Estaba dispuesta a tener mi propia

biblioteca, como ella. Fray Antonio desconfiaba de los clásicos paganos, pero, al saber que se trataba de Séneca, el buen consejero hispano de un mal emperador, le gustó. Más de un día lo sorprendí hojeando el códice. Cuando lo acabé de leer, se lo presté.

Aquel verano en Barcelona también acogí en mi casa a la hija de Timbor de Cabrera y Juan Fernández de Híjar. Venía de Prades con dos pajes y un baúl, y me saludó con una inclinación graciosa y humilde y una sonrisa que encandiló a todo el personal. Margarita debía de tener unos quince años, dos ojos inmensos de largas pestañas y un rostro oval perfecto. Lucía la cabellera castaña en dos trenzas recogidas sobre la nuca y se movía como si bailara. Era preciosa.

19.
La flota catalana y una guerra de familia

Los otoños en Barcelona son tibios y soleados. Quizás es el mejor tiempo para vivir en esta ciudad, cuando la calima estival se ha suavizado y los días aún son largos. El 5 de octubre del año 1421 ofrecí un almuerzo a los diputados del General y a los notables de la ciudad en el salón grande de palacio. El banquete fue espléndido; cuidé todos los detalles. Los más ancianos recordaron el esplendor del palacio en los días del rey Martín, y con sus comentarios quedé satisfecha. Después todos nos desplazamos a las atarazanas. Aquel día dejé a un lado mi duelo y me vestí de púrpura, con una saya de seda y un brial que me habían arreglado a partir del vestido de novia. Constanza me peinó y me trenzó el cabello con un tocado donde lijó la diadema de rubíes. Hoy, señora, debéis lucir como la reina que sois. Violante, Margarita, Juana y las damas que me acompañaron también iban bien acicaladas, con faldas bordadas y cotas de colores con mantelinas.

Galzeran de Sentmenat, presidente de la Diputación General, y un grupo de caballeros nos recibieron en las atarazanas. Allí, bajo las bóvedas, ya había dos naves en construcción. Los operarios dejaron sus tareas y se presentaron para rendirme homenaje, y yo admiré aquellos esqueletos de nave, apuntalados en andamios, donde las maderas se iban entrelazando como las espinas de un pez gigantesco. El aire olía a madera y resina, un olor que me recordó los bosques de pino y roble de mi Segovia natal y que me transportó, por un instante, a los tiempos de mi niñez.

Me interesé por la construcción de los barcos y escuché las explicaciones del maestro de las atarazanas. ¿Cuántos árboles se

necesitaban para construir una nave? ¿Cuántos brazos para cortar troncos, pulir maderas, levantar mástiles, tender puentes y cubiertas? ¿Y los remos? Me enseñaron algunos, largos como pinos, e imaginé aquella pala batiendo las olas. Imaginé cien, doscientos hombres, y caballos, y armas, apretujados en aquellas cuencas de madera, día tras día meciéndose sobre las aguas. Y comprendí por qué nadie quería el oficio de remero, y por qué los guerreros, cuando se hacían a la mar, habían de tener un sueño poderoso para arriesgar la vida desafiando a la muerte vestida de agua. Un sueño claro y noble, como la gloria de Alfonso o la promesa de llenar el bolsillo después de un saqueo.

Presidí la ceremonia del plantado de estepas para diez galeras. Después, en la playa, para diez naves más. Con la mano sobre el armazón de madera pensé en Alfonso. Allí donde naveguen estos barcos, allí estaré. No vendré en cuerpo, pero mi espíritu aleteará sobre las velas.

En aquellas naves consumí las fuerzas y la salud durante el año del Señor de 1422. Pero la guerra de Nápoles no sería la única que debería afrontar.

En las atarazanas se trabajaba deprisa. Y en las cortes también avanzábamos. Yo escribía a mi esposo para darle parte de todo cuanto tratábamos. Y Alfonso me enviaba instrucciones por carta. Aceptó reparar muchos agravios y, a su manera, continuaba gobernando. Entre Cataluña y Nápoles iban y venían mensajeros. Todos sabían que el rey necesitaba financiación y había bolsillos dispuestos a comprar cargos y favores. En Valencia, de pronto, hubo dos abogados de los pobres. Uno recomendado por los jurados, al que yo había ratificado, ¡y otro nombrado por el rey! ¿A quién debían obedecer? No fue la primera ni la última vez que encaré situaciones como aquélla. Ay, un reino es como un cuerpo. No puede ir bien si tiene dos cabezas…, y menos aún si cada cabeza mira hacia un lado.

Pero había días en que yo me sentía como si tuviera no una ni dos, sino tres cabezas. Una en Barcelona; la otra en Italia, allí donde estuviera mi rey, y la otra en Castilla. La guerra entre hermanos se incubaba.

Juan, el primo, jugaba a tres bandas. Actuaba como rey de Navarra, orgulloso porque ya había tenido un hijo, Carlos, con la prima Blanca. ¡Otro brote de los Trastámara venido a este mundo! Juan respaldaba a mi hermano y se presentaba como adalid y defensor del rey de Castilla, y procuraba, con otros nobles, arrinconar a Álvaro de Luna. ¿Y Enrique? Enrique seguía conspirando y buscaba seducir a los nobles castellanos. Quizás olvidó seducir a su esposa, Catalina. La había conseguido a la fuerza, pero aún no esperaban ningún hijo. Siempre me he preguntado qué perseguía, en el fondo, Enrique. ¿Una corona, aunque fuera a la sombra? ¿O tal vez dividir el reino para quedarse con una parte?

La corona oscilaba en la cabeza de mi hermano. Pero Juan tenía un contrafuerte en su hombre fiel. Estoy segura de que la venganza de Juan por el asedio de Montalbán y todas las humillaciones sufridas fue obra y gracia de Álvaro de Luna.

Enrique marchó a Madrid, convocado por el rey, con un pequeño séquito de caballeros. Allí fue recibido con fiestas y honores. Una vez instalado en el alcázar, en medio de la noche, Álvaro de Luna lo encerró en sus estancias, ordenando a un pelotón de soldados que las custodiara. Al día siguiente, declaró a Enrique culpable de alta traición por conspirar y pactar en secreto con el rey de Granada. Ante la corte, mostró unas cartas —que nadie pudo leer— donde se veía claramente la firma de Enrique y otras, en caracteres árabes y latinos, del rey moro.

Un vendaval recorrió Castilla. Los partidarios de Enrique se esfumaron. De repente, el maestre de Santiago se encontró solo, aislado y prisionero de un rey que había blandido su cetro sobre el tablero de juego. Álvaro de Luna anunció que rodarían cabezas… Y algunas cabezas decidieron huir.

Recibí la noticia mientras aún disfrutaba las mieles de las fiestas de mayo aquel día soleado en que bendijimos los estandartes de la flota, a punto para zarpar. Aún soñaba con los lienzos de colores, con el San Jorge bordado matando un dragón púrpura con hilos de oro y plata, la música y los desfiles entre la catedral y el mar, las velas desplegadas ante los mástiles de las naves recién acabadas, y

las monedas lloviendo como gotas de oro sobre el gentío que se apresuraba a recogerlas. ¡Fiesta, fiesta, fiesta! Fiesta de flores y abundancia para celebrar una flota que iba a conquistar la gloria.

Pocos días después, sobrevino el temor y la incerteza. Hermanos contra hermanos, primos contra primos. ¡Catalina huía de Castilla! De golpe me encontré atrapada en una guerra familiar, y no sabía cómo salir de ella.

Mezclar familia y asuntos de Estado es duro. Aquí es donde la cabeza y el corazón no siempre concuerdan y, a veces, para evitar un mal mayor, hay que ignorar el sentimiento. Escribí a Alfonso: ¿qué debía hacer?

Catalina se marchó acompañada de Ruy López de Ávalos, condestable de Castilla, el adelantado Pedro Manrique y un grupo de nobles acusados de conspirar con el primo Enrique contra el rey. Si yo los acogía en Barcelona, entraríamos en abierto conflicto con Castilla. No podía apoyarla abiertamente. Pero tampoco podía negarle mi socorro.

Catalina me envió una carta pidiéndome asilo. Aconsejada por Bemat del Bosc, el letrado, no respondí. Entonces ella y los nobles castellanos se dirigieron a Valencia. Los jurados de la ciudad la recibieron con los brazos abiertos y le ofrecieron protección. Ni Alfonso ni yo se lo impedimos.

¿Fue Alfonso quien ordenó que la recibieran? Aún no lo sé, aunque estoy casi segura de ello. Catalina fue recibida con todos los honores. Los Centelles y los Vilaragut le brindaron su casa, a ella y a los nobles fugitivos, y la obsequiaron con fiestas y regalos, como si fuera la misma reina.

Cuando lo supe, no pude evitar los celos. Valencia era la ciudad de mis primeros días de amor, *mi* ciudad, el jardín de mi descanso y el lugar donde más me gustaba vivir. Valencia era allí donde conocí el mar, donde probé las almendras con miel y aspiré el aroma del azahar y el jazmín. Donde me empapé de sol y de brisa con olor a salitre. Donde saboreé los pocos, poquísimos besos de amor, y unas horas de danza y fiesta junto a mi esposo.

Valencia era *mía*. Y ahora se había convertido en la ciudad que agasajaba a la infanta difamada y perseguida. Catalina. La más joven, la mal casada, la que nunca sería reina… Pero siempre la más bella.

Llegaron más cartas de Alfonso. Había recibido al veguero Martí de Tudela en representación de los diputados del General, anunciándole que la flota estaba a punto para zarpar. La respuesta del rey nos dejó a todos de piedra.

> Os ruego que procedáis lentamente en la armada, hasta que no os comuniquemos por mensajero nuestra intención, ya que ahora mismo la armada sería inútil y muy infructuosa para nuestro servicio. Si hacéis lo contrario, nos causaríais gran perjuicio. Nuestros asuntos en este reino van de bien en mejor, ya que la mayor parte del reino se ha sometido a nuestra obediencia, y últimamente hemos puesto bajo sitio una ciudad llamada Sorrento, que con otras cinco se ha reducido a nuestra obediencia...

¡Tanta prisa, tantos afanes, toda prisa era demora…!, y ahora resultaba que el rey todavía no quería la escuadra. Nápoles se rendía a sus pies y ya no necesitaba los barcos. Todavía no. Proceded lentamente, decía, cuando en las atarazanas mil hombres habían trabajado día y noche para tener las naves a punto, cuando los diputados y yo misma nos habíamos esforzado buscando oro bajo las piedras para pagar madera, obreros, víveres y tripulantes… ¿Quién pagaría, ahora, los gastos de mantenimiento de dieciocho naves, hasta que nuestro señor las requiriese?

Cuando la carta de Alfonso fue leída en las cortes, se levantó un mar de protestas indignadas. Galzeran de Sentmenat hizo redactar una carta de respuesta al rey, quejándose del gran dispendio que hoy sostiene el General por razón de las naves y galeras que están a punto para la armada. Yo quería que me tragara la tierra, pero tuve que aguantar. Era la reina, era la mano del rey… Aun así, estaba tan enojada como los diputados. El conde de Cardona, que debía comandar la flota, dio un puñetazo en el brazo de su sillón, él, que ya se veía navegando y conquistando ciudades. Pero Alfonso estaba lejos para escuchar los bramidos, y sus órdenes eran claras. El conde se tuvo que tragar su furia, y yo, mi vergüenza.

Me puse enferma esa misma noche. No podía comer, me costaba respirar, la cabeza me daba vueltas. Las camareras avisaron al médico a toda prisa. Francisco de Burgos me recomendó un tiempo

de descanso. Señora, lleváis un peso muy grande encima. Os conviene reposar.

Aquel verano me trasladé. El calor en Barcelona es húmedo y abrumador, tanto como la rabia y la impotencia que hervían dentro de mí. Me desplacé con una pequeña parte de mi servicio al monasterio de Pedralbes, a poca distancia de la ciudad, en un lugar alto y aireado en la falda de la montaña de Collserola. Esta vez ni Violante ni las damas me acompañaron. Conmigo vinieron solamente el médico, las camareras y los pajes de más confianza.

La abadesa y sus monjas acogieron con afecto a aquella reina joven y austera con fama de trabajadora y devota. Como en San Cugat, quise seguir su ritmo, pensando que me ayudaría a serenarme. Entre los muros del monasterio, paseando por aquel jardín lleno de rosas entre piedras santas, encontré calma y reposo. Pasaba muchas horas sentada a la sombra del claustro con un libro entre manos. Pero muchas veces ni siquiera leía. Rumiaba y meditaba. A mi alrededor había silencio, pero en mi interior rugía la tempestad.

Señora, me dijo la abadesa un día que conversábamos, la paz que tenéis en el corazón es la paz que encontraréis aquí. Si dentro del corazón hay guerra, aquí encontraréis guerra.

¿Cómo conseguir silencio interior? Las misas, las oraciones y los cánticos me vaciaban la mente y me permitían descansar un poco. Doña María de Sarmiento y las camareras me consolaban como podían. Pero cuando me quedaba sola, el rugido atacaba de nuevo. Alfonso y sus cartas. Si hacéis lo contrario, nos causaríais gran perjuicio. La armada, los síndicos discutiendo en las cortes, los gritos del conde de Cardona, el martillear de los operarios afanándose como hormigas sobre el esqueleto de aquellas galeras que crecían bajo las bóvedas de las atarazanas, las gaviotas chillando sobre las velas y los estandartes; la mar calma, la mar picada… Catalina y los nobles refugiados en Valencia, el rey Juan de Castilla, el casi rey Juan de Navarra. Peleas de hermanos, intrigantes de por medio.

¿Cómo alcanzar el silencio interior? Por consejo de la abadesa escribí a la cartuja de Scala Dei. Vivía allí un monje, fray Bernardo, con fama de santidad y sabiduría. Si tenía consejeros para los asuntos del mundo, necesitaba un consejero para los asuntos del

alma. Y fray Antonio ya me conocía demasiado. O quizá no osaba decirme todo lo que mi corazón necesitaba oír. Pedí al abad de Scala Dei que enviara a fray Bernardo de Ribes para que entrara a mi servicio durante un tiempo.

Fray Bernardo me escuchó. Tened paciencia, señora. Escuchó mis lamentos, mis anhelos y mi indignación. Mi querer llegar a todo y nunca poder acabar nada. Había luchado por conseguir una flota armada, ¡y ahora mi marido no la necesitaba! Tened paciencia. A cada día su afán, como dijo Nuestro Señor. No penséis en el mañana. Pensad en servirlo bien hoy, sólo hoy. Ofrecedle todo cuanto hacéis.

Le expliqué mi promesa de atender todas las peticiones, de responder todas las cartas, de ayudar a toda persona que llamara a mi puerta, y le pareció una decisión muy noble y virtuosa. Pero recordad, señora, no queráis hacer más de lo razonable y posible. Cada día su afán. Nuestro Señor no os pedirá más. «Mi yugo es suave y mi carga ligera… Miradme a mí, que soy manso y humilde de corazón». Quizá lo que me faltaba era esta mansedumbre, esta humildad. Los Trastámara siempre hemos sido orgullosos. ¡Y no menos los Lancaster!

Pero vos, señora, sois la reina María, y sois una mujer de paz y de bien. Aprended de nuestra madre la Virgen, de quien lleváis el nombre. Ella, desde el silencio, des de la docilidad, llevó a todo un Dios al mundo. Todo un Dios metido en su seno, en su vientre, en su corazón. Vos, señora, llevadlo en el alma y serviréis bien a Dios, a vuestro señor el rey y a vuestro pueblo.

Fray Bernardo hablaba con elocuencia y ciertamente era sabio. Pero no sólo de palabra. Era también un hombre práctico. Me aconsejó reemprender, con calma, mis obligaciones como reina. Contestad las cartas, despachad con el canciller. Hacedlo por la mañana. Dejad para la tarde las oraciones y las visitas. Un alma inquieta necesita actividad.

Lo obedecí y volví a trabajar. Nunca me ha asustado el trabajo, al contrario. Ni siquiera estando enferma he dejado de atender mis deberes, siempre que el cuerpo me lo ha permitido. A veces, son las obligaciones las que me han hecho sacar fuerzas de flaqueza.

Cuando me encontré mejor, las monjas me cedieron una sala del monasterio para reunirme cada mañana con mi secretario y los consejeros. Desde allí continué gobernando. La paz del monasterio me hizo más lúcida y valiente.

Pedí a fray Bernardo consejo en los asuntos de familia. Fue él quien me recomendó escribir a Catalina. Que las guerras del mundo no rompan los vínculos sagrados de la sangre, me dijo. Invité a Catalina a venir a Barcelona. Le ofrecí un lugar en mi casa. Volveríamos a estar juntas, lejos de los maridos enzarzados en sus guerras. Por mi parte, yo escribiría a Castilla: a Juan, a don Álvaro de Luna, a quien fuera, para interceder por ella y pedir que liberasen a Enrique. Lucharía por la reconciliación entre primos y ella y yo volveríamos a ser hermanas, amigas, apoyo la una de la otra.

¡Ah, buenas intenciones! Quizás era demasiado tarde. Catalina no quiso saber nada de mí. Le escribí tres cartas y no respondió.

Nuestro hermano Juan, en cambio, sí me escribió. Me reclamaba a los refugiados de Valencia, y yo tuve que echar mano de todo tipo de excusas. Las cortes, mis muchas ocupaciones, la falta de salud, la distancia… Escribí a mi prima María, que estaba encinta, y a Álvaro de Luna. Evitando los temas peliagudos, les pedí ayuda para Alfonso. El primo Pedro quería venir y zarpar con una galera, armada por Castilla, para apoyar a su hermano. Me alegré mucho y pedí que le dieran salvoconducto y que nadie le pusiera impedimentos. Alfonso estaría contento de recibir a su hermano más joven, el de corazón intrépido pero no celoso, el más alegre y al que quizá más amaba.

Mis cartas, al menos, dieron un fruto. En otoño recibí más dinero de la dote gracias a la gestión del contable de Juan, Femando Alonso de Robles, el que había sido amante de Inés de Torres, la favorita de Mom. Se lo agradecí. Mis delegados en Castilla me comentaron que de Robles era el otro hombre fuerte de mi hermano. Él y Álvaro de Luna habían cerrado un «pacto secreto» con el rey para defenderlo a muerte y preservar los derechos de la corona. Y, por supuesto, sus propios intereses. Un solo corazón, una sola voluntad. Eran ellos quienes tenían las llaves de Castilla en ese

momento. El pacto era un secreto a voces.

Aquel otoño murió don Sancho de Rojas, el arzobispo de Toledo y el gran adalid de tía Leonor. Su muerte supuso un peldaño más en la carrera ascendente de Álvaro de Luna, que aspiraba a nombrar sucesor del obispo a un hermano suyo, y ganar así más poder en Castilla. Hablando de muertos, por aquellos días también me llegaron nuevas sobre la muerte del papa Benedicto XIII. ¿Sería cierto? Por otra parte, me habían comunicado que el mismo Papa había nombrado nuevos cardenales… Enseguida envié un mensajero a Peñíscola para averiguar la verdad. Si el Papa había muerto, ordené, como autoridad suprema del reino, que no se tomara ninguna decisión sin esperar instrucciones de Alfonso. Y que se conservaran a buen recaudo todas las joyas, tesoros y libros que había en su palacio.

En septiembre abandoné Pedralbes para regresar a Barcelona. Como el tiempo era húmedo y había brotes de peste en la ciudad, me alojé en otro monasterio, cerca de la muralla, pero fuera: el convento de Valldonzella.

El cambio no me sentó bien. Una muralla puede detener un ejército, pero los efluvios de la peste no conocen puertas ni muros. Caí presa de las fiebres cuartanas y pasé buena parte del otoño enferma, rezando, leyendo y dictando cartas desde la cama.

¡Sólo me faltaba la llegada del primo Pedro! El infante llegaba con cien hombres de armas, dispuestos a embarcarse en la nave del noble Vallossera. Pasó un mes en Barcelona, cortejando a la bella Margarita de Híjar y armando jarana con sus soldados. Las juergas nocturnas y los altercados que provocaron me dieron más de un quebradero de cabeza. Yo le tenía simpatía a Pedro, lo recordaba bien del último torneo en Valencia. Tenía mi edad y había crecido. Era más hombre, alto y gallardo, como Alfonso, y le hervía la sangre en las venas. Lo recibí en el convento de Valldonzella y le ofrecí alojamiento en el palacio real. Su presencia alborotó a todo el personal de mi casa; cada día me llegaban quejas de mis sirvientes, de los taberneros y comerciantes de la ciudad. Gracias a Dios, al cabo de un mes, Pedro y su tropa se embarcaron rumbo a Nápoles. Me hubiera gustado despedirlo, pero tenía un ataque de fiebres y

aquel día no pude ni levantarme. Encargué una misa para que tuvieran buena travesía. Octubre no era buen tiempo para navegar; pronto empezaría la temporada de mala mar y tormentas.

Y hubo muchas tormentas. Aquel otoño y aquel invierno fueron duros. Incluso nevó. Los caminos por tierra se cerraban, como el mar, y los emisarios se retrasaban. Una tarde oscura de noviembre recibí la noticia de que la prima María había tenido una hijita. ¡Otra primogénita de Castilla! Por Navidad, el rey la presentó en Toledo ante toda la corte y los grandes del reino, en una ceremonia revestida de solemnidad. El primo Juan, que quería congraciarse con mi hermano, la levantó en brazos para que todos pudieran besarle la mano y rendirle homenaje. Imaginé la escena. El joven rey atrás, en su trono, orgulloso de ser padre, soñando con un poder y una grandeza que no poseía. La prima María a su lado, bella pero quizás aún débil y dolorida por el parto. Al otro lado, como una sombra celosa, Álvaro de Luna. Y delante, el primo Juan, sosteniendo a la niña con una presencia poderosa que eclipsaba al mismo monarca. Los nobles, hombres duros y curtidos en guerras e intrigas, se inclinarían para besar la tierna y rosada manita de aquella infanta recién nacida. Mientras tanto, el primo Enrique continuaba preso en el calabozo.

Recé por los padres y por la niña. Por el primo adulador y por el primo rebelde. ¿Qué sería de aquella pequeña flor nacida en medio de una guerra familiar, hija de los dos brotes más débiles del árbol de los Trastámara? Quién sabe. Quizá sería más fuerte, más bella, más afortunada que sus padres. Quizás era bonita… Le pusieron por nombre Catalina.

20.
La guerra de los hombre

Los hombres luchan por la tierra; las mujeres luchamos por los corazones. En la lucha de los hombres hay hambre y sed de oro, de carne, de gloria. En la nuestra, la de las mujeres, aspiramos a ganar almas. Es una lucha oculta, sutil, pero no menos encarnizada.

Lo he visto en los conventos, lo he visto en las familias. Aquel verano en Pedralbes, doña María y mis doncellas lo comentaban, entre escandalizadas y curiosas. ¡Cuántas guerras de almas dentro de las paredes santas, cuántas batallas libradas por el poder entre mujeres! Si los hombres ansían cuerpos, las mujeres tenemos hambre de almas.

¿Para quién queremos ganar almas? Los santos y las abadesas, dicen, las quieren para Dios Nuestro Señor. La suya es una lucha santa, una misión sagrada. Pero cuando una mujer quiere ganar almas para sí misma ha pronunciado su declaración de guerra. Silenciosa, oculta y disfrazada, tal vez. Pero no menos sangrienta… Esto lo he ido comprendiendo con el paso de los años.

Las monjas y las abadesas se peleaban por las almas. Tía Leonor quería ganar las de toda la familia para reconciliar hermanos con hermanos y primos con hermanos. ¡También yo lo deseaba! Catalina, ¡pobre Catalina!, usaba sus artes de seducción para ganar corazones a su favor. Tal vez no lo hacía con mala intención, era la princesa hermosa y necesitaba rodearse de una corte de admiradores, como la flor que atrae a las abejas. ¿Qué sería de ella sin ser halagada, mirada y admirada? En aquellos años éramos jóvenes y yo la envidiaba y detestaba su vanidad, su belleza, su sonrisa… Ahora que ya soy casi vieja y ella no está, pienso que eso

era todo lo que tenía. ¡Pobre Catalina! Pobre en su belleza, porque quizá no poseía otro tesoro.

Yo también luchaba. No quería oro, ni tierras, pero si tenía que ganar almas que fueran para el buen Dios. Yo luchaba para ganar un solo corazón. He peleado toda mi vida, sin desfallecer, por esta conquista.

Pero el corazón que yo amaba no latía por mí.

Alfonso se había enamorado de otra tierra. Primero la sedujo, después la forzó. Juana, la reina de Nápoles, se había equivocado si creía que su *fillolo* era dócil y podría manejarlo a su antojo. Alfonso era un Trastámara de pura cepa: antes morir que doblegarse. Cuando Juana comprendió que no podría utilizar a Alfonso para sus planes, y que él también quería mandar y tomar decisiones, lo repudió y decidió apadrinar a Louis de Anjou, el rival celoso. La Nápoles acogedora se convirtió en ciudad hostil. Alfonso, que había querido ganarse el corazón del pueblo napolitano organizando torneos y festejos —¡ah, los recuerdos de su Medina del Campo!—, de repente se convirtió en el enemigo.

Aquel año, por Cuaresma, sufrí mi viacrucis particular. Alfonso emprendía su guerra… y yo la mía, contra mi propio cuerpo. Quizás el palacio, tan frío y húmedo, me enfermaba. Por más que intentara vestirlo y tapizar suelos y paredes, había un mal oculto entre aquellos muros. Aquella primavera de 1423 caí enferma de viruela.

Alfonso mandó un mensajero urgente que mis consejeros atendieron de inmediato. Había llegado el momento de enviar la flota. La Generalitat aprobó una partida de ciento treinta mil florines para armar la escuadra. Durante todo el mes de abril se reclutaron hombres, desde guerreros curtidos hasta facinerosos y pillastres de baja estofa. Desde el lecho firmé las cartas y los documentos necesarios. Ramon Folch, el conde de Cardona, se presentó en Barcelona con sus hijos para comandar la flota. ¡Ahora sí! El día 10 de mayo zarparon del puerto de Barcelona. Diez galeras y ocho naves. No pude despedirlas. La viruela, que devoraba mi piel, me chupaba las fuerzas. Entre golpe y golpe de fiebre, pensar en Alfonso era la única medicina que me daba ánimos para vivir.

Hacía tres años de su partida. ¿Volverá pronto, sano y salvo, y victorioso?, pensaba. Alfonso me había explicado que las madres de los espartanos, aquellos griegos imbatibles, despedían a sus hijos que marchaban a la guerra con estas palabras: «Hijo, vuelve con el escudo o sobre el escudo». O vencedor, o muerto. No había lugar para la derrota. O todo, o nada.

Y Alfonso, como buen Trastámara, lo quería todo.

Aquella primavera me rebelé contra el cielo. Fray Bernardo me amonestaba, fray Antonio ya no se atrevía a decirme nada más que rezad, señora, rezad y ofreced vuestro sufrimiento a Nuestro Señor.

¡Ah, si mi sufrimiento se pudiera pesar en oro! ¡Cuántas cartas, cuántas súplicas, cuántos sinsabores me hubiera ahorrado, reclamando los derechos que eran míos y que nadie me quería otorgar!

No tenía dinero. No tenía salud. No tenía amor. Y la poca belleza que podía conservar la había perdido toda. Cuando me levanté, al día siguiente de la partida de la flota, pedí un espejo a Sancha. No, señora, no… Esperad que os peine. No, repliqué. Acércame el espejo, ahora.

El alma se me cayó a los pies. Me cayó como los cabellos, que perdía a puñados, y que ya no eran rubios, sino de un color sin color, mortecino, como de paja seca. Pero lo peor no eran los cabellos.

La piel, aquella piel que había sido blanca y fina, ya no era la mía. El azogue me devolvió el rostro de una anciana gastada, con la tez grumosa y la mirada perdida. Me pasé los dedos por las mejillas. La piel todavía era fina al tacto, sí. Pero mis dedos se estremecieron al palpar los hoyuelos. Como agujeros en una pared carcomida por el mal de piedra.

Quería romper el espejo. Quería morir. Quería arañarme la cara y arrancarme aquella piel fea, aquella piel enferma que no era la mía, no era la mía… Quería gritar y no me salía la voz, como en esas pesadillas en que una fiera salvaje te persigue y quieres pedir auxilio y el grito se te ahoga en la garganta. Devolví el espejo. Llévatelo. Quiero vestirme. Señora, ¿os encontráis bien? Sí, mentí. Hoy iremos a misa.

Sólo me quedaba hacer… Hacer y hacer, trabajar sin descanso, olvidándome de mí, de mi piel, de mi dolor, de mi rabia y de mis miedos. Alfonso, enamorado de la belleza, enamorado de las caras lozanas, risueñas, seductoras como la de Catalina… ¿Qué diría, a su regreso, cuando me viera así?

¡Olvidar! Para olvidar sólo conozco dos remedios: ahogarse en vino o ahogarse en trabajo. Y una reina siempre tiene mucho trabajo. Todo el que quiera, y más.

Fray Bernardo de Ribes me lo aconsejó. Llenaos la mente de vuestra sagrada misión y el corazón no vagará ni os hará sufrir en vano. Lástima que haya noches, y que los hombres tengan que dormir. Si por mí fuera, jamás descansaría.

Mientras me recuperaba de la viruela reprendí con energía mis tareas. El secretario, Pere Joan, el camarlengo Berenguer de Hostalric, el escribano de ración, Pedro de Almazán, no tenían reposo. Yo tampoco. Antes era la reina de luto. Ahora me negaba a ser la reina fea, la reina enferma. Sería la reina infatigable. En la cama o en el trono, gobernaría. No me quedaba otra cosa. Buscad la belleza interior, me decía fray Antonio cuando era más jovencita. La belleza de corazón, la justicia. Sería la reina virtuosa. Adiós, vanidades; adiós, cotilleos; adiós, miedos y pesares.

¿No tenía dinero? Sí, tenía mucho. Pero estaba retenido. Mi dote todavía no era mía, aunque en Castilla poseía rentas sobre villas y tierras. ¿Dónde estaban mis derechos? El primo Juan me estaba dificultando las cosas. Y el primo Enrique había incautado varias poblaciones castellanas que me correspondían y, ahora que estaba en la cárcel, Juan se había apoderado de ellas. Le escribí una carta bien clara:

> Tenemos un gran enojo por las elaciones y demora en los hechos de la posesión de Andújar y Medellin; nuestra justicia es tan clara y abierta que vuestra excelencia no necesita otro consejo para vería... La justicia que administráis al más pequeño de vuestros vasallos, os rogamos que la hagáis con nos.

Juan había embargado dos villas, Andújar y Medellin, y yo las reclamé. Le avisé: seguiría aquel asunto y no descansaría hasta

obtener lo que era mío. Y añadí:

> Tal cosa no os la haríamos a vos ni la consentiríamos mientras pudiéramos, al contrario, buscaríamos ante todo conservar el vínculo y el amor que es debido entre nosotros.

El vínculo y el amor, ¡ay! ¿Qué se hizo de la amistad y el compañerismo de los años de la infancia? ¿Dónde estaban los primos complacientes de las fiestas en la corte castellana, los primos que jugaban a conquistarnos y que nos ofrecían bailes, música y galanterías? En pocos años, al hacerse adultos, habían perdido los sentimientos que nos unían. Mientras las madres, hermanas y primas nos empeñábamos en poner paz, los varones de la familia se enzarzaban como gallos de pelea. ¿Acaso el corazón es patrimonio únicamente de las mujeres? ¿Es por esto por lo que algunos poetas dicen que el corazón de una mujer es siempre el corazón de una niña? ¿Creen que somos criaturas simples sólo porque escuchamos la voz del corazón?

No lo pienso así. Al contrario, pienso que son los hombres quienes han dejado de crecer cuando se abalanzan unos contra otros en batallas cruentas. ¿Quién se pelea, sin cabeza ni corazón, sino las criaturas insensatas?

Pasado San Juan llegó la gran noticia: la flota catalana había llegado a Italia, donde se había encontrado con el rey. Pocos días después, Alfonso atacó Nápoles y conquistó la ciudad, pasándola a fuego y espada. La ciudad traidora tuvo que agachar la cabeza y el rey aragonés la ciñó en su yugo. El premio de la victoria: el saqueo.

Y la fiesta, ¡oh, Dios mío que sois padre de todos y que contempláis desde el cielo las guerras de vuestros hijos…!, la fiesta comenzó con una misa solemne en la catedral, presidida por el obispo de Gerona, con un *Te Deum* cantado. Después iniciamos una procesión, bajando por la calle Monteada hasta Santa María del Mar, donde también dimos gracias a Nuestra Señora por la victoria del rey. De regreso subimos por Argentería hasta la sede. Aquel día abandoné el luto y desfilé vestida en púrpura, con la cabeza

cubierta con velo y corona, y a pie, seguida por los diputados, los clérigos, los nobles y los caballeros de la ciudad. Mucha gente llenaba las calles y las casas lucían guirnaldas floridas y paños colgados en ventanas y balcones. ¡Fiesta y albricias! ¡Viva el rey! Desde una ventana, unas niñas me arrojaron flores. Viendo los pétalos suaves que caían como copos de nieve, me conmoví. ¡Viva la reina!, gritaban aquellas vocecitas. ¡Viva el rey victorioso en la conquista de Nápoles!

Mientras pasábamos bajo un arco decorado con flores, aspirando el aroma del jazmín, recordé Valencia y nuestros primeros días de matrimonio, cuando todavía soñaba con el amor. Mi primera visión del mar, el sudario azul que se convierte en puente y en camino para tantos… Pensé en Catalina, que seguía allí, y después en Mom y en papá, quienes quizá desde el cielo miraban con orgullo a su hija mayor. De pronto pensé que, en aquel momento, las calles de Nápoles también debían de estar resonando con gritos, pero no de júbilo, sino de duelo. Quizá todavía había ruinas humeantes, niños famélicos rebuscando tesoros perdidos entre las cenizas y campanas que no repicaban con son de fiesta, sino con el tañido grave de los difuntos.

Fuera pensamientos. Fuera temores y remordimientos. Alfonso estaba vivo. Volvía de la guerra con el escudo. Eso era lo único importante.

En agosto llegaron más mensajes de Italia. Alfonso tenía que pagar los gastos de la batalla y mantener tropa y barcos. Atacó la isla de Ischia y se apoderó de ella. Un castillo repleto de tesoros cayó en sus manos. Entretanto, el primo Pedro navegó hasta el norte de África con una escuadra de siete naves. En Túnez atacó la ciudad de Kerkenna y capturó a tres mil hombres que luego vendió como esclavos en Siracusa.

Dicen que hay leyes en la guerra. Pero la guerra, en verdad, no tiene ley. Una guerra convierte a los reyes en piratas y a los caballeros en bandidos. Nuestra fe nos enseña que, ante Dios, no hay esclavos ni libres, ni pobres ni ricos: todos somos iguales, todos somos hijos. Pero ante los hombres hay espadas y hay cadenas. Hay fortuna y hay desgracia. Hay dinero y nadie hace nada por nada. Yo

misma, aquel año, reclamé una parte del botín que un caballero de Barcelona había capturado en un barco moro. Ropa, joyas y seis esclavos, dos niños y cuatro niñas, que acogí en mi casa y confié a doña María y a Andrés de Tordesillas para que los educaran y los enseñaran a vivir como buenos cristianos. Necesitaba dinero y servidores fieles que no reclamaran un salario después de esparcir toda clase de rumores a mis espaldas. ¡Guerras de mujeres! En estas tampoco hay ley divina ni humana.

En verano abandoné Barcelona. Prorrogué las cortes hasta que Alfonso regresara y emprendí el camino hacia Maella, en Aragón, un pueblo en medio de campos y colinas, dominado por un castillo macizo sobre una muela rocosa, que había pasado a formar parte del patrimonio de mi esposo. Un lugar fresco y tranquilo, según los médicos, donde acabaría de reponerme y podría restablecer mi salud. Pero una reina se lleva la corona allá donde va. Con la corona, el consejo y su despacho: papel, tinta y mensajeros siempre a punto. ¡Siempre he dado quehacer a los arrieros! Tenía que resolver muchos asuntos y no quería perder la comunicación con Alfonso. En Maella me acogió doña Francisquita de Santapau, esposa de un caballero que estaba también en Nápoles. Cada tarde, a la hora del Ángelus, rezaba con ella, sus hijas y mis doncellas. Que nuestro señor el rey tenga un buen retorno, él y sus hombres. Que Dios bendiga su empresa. Que vuelva con el escudo…, y que no me encuentre demasiado fea, añadía yo para mis adentros.

Alfonso se vengó de Louis de Anjou. Si la reina Juana había aprendido quién era su ahijado catalán, ahora lo sabía el príncipe que le había querido usurpar el puesto. El día 20 de noviembre, la flota llegó a Marsella, feudo de los Anjou. Veinte naves enfilaron hacia el puerto, donde se toparon con las burlas y el desprecio de los marselleses. Tras un intercambio de injurias verbales, el conde de Cardona dio las órdenes a sus hombres. Las galeras se alinearon y remaron en formación de combate. La batalla, explicaron los mensajeros, duró más de tres horas. Tres horas de combates sobre las aguas frías del puerto, que aquella tarde hirvió con sangre y fuego. Yo imaginaba, estremecida, el embiste de las galeras cual si fueran monstruos marinos, los hombres saltando al abordaje, las

antorchas prendidas volando sobre las cubiertas, los gritos y el crujido de las maderas, el crepitar del fuego.

Ya de noche, la nave de Joan Ramon Folch cargó contra la cadena del puerto, hasta romperla. Marsella cayó. Y el rey dio licencia a sus guerreros. La ciudad es vuestra. Tres horas habían visto arder las aguas del puerto… Durante tres días la ciudad fue devastada y saqueada por los soldados de Alfonso. Había que pagar a nobles y a villanos, y aquellos hombres que se habían endurecido en las batallas ya no temían la muerte ni el castigo. El botín era el premio. Marsella era el premio.

Alfonso puso una sola condición a sus soldados. No toquéis a las mujeres, fue su orden. Señoras y sirvientas, damas y viudas, todas se refugiaron en las iglesias. Dicen que muchas ofrecieron al conquistador joyas y dinero para salvaguardar sus vidas. Alfonso no lo aceptó y les devolvió todo. Por eso comenzó a ganarse el sobrenombre de *Magnánimo*.

Cuando lo escuché, me retiré, sola, a la capilla, para llorar. Mi rey, mi guerrero implacable, todavía era un caballero. Respetad a las mujeres. En medio de la furia y el desmadre no se dejó embriagar por la sangre ni por el oro. Mi rey, que devoraba la dote de su esposa, rechazaba el botín de las mujeres del enemigo vencido. Mi señor, que dejaba manos libres a sus hombres para que se enriquecieran, zarpó de Marsella con las manos vacías. Sólo quiso llevarse dos tesoros: la cadena del puerto y el cuerpo incorrupto de San Luis. Y declaró:

> Una reliquia de tanta veneración no debe estar en ciudad capturada y quemada.

De regreso, el mar se embraveció. La armada se encontró en medio de una tempestad tan fuerte y espantosa que los marineros culpaban al rey de haber robado el cuerpo del santo. ¡El cielo castigaba la ofensa sacrílega! Alfonso, lo imagino con aquella media sonrisa de hombre que no conoce el temor, los hizo callar. Al santo lo llevaremos a una ciudad y a una catedral donde será más dignamente venerado. Dicen que, apenas pronunció esta promesa, la tormenta cesó y el mar quedó en calma.

¿Milagro? ¿Una fe que mueve montañas? Alfonso era un hombre

de fe, ciertamente. No sé si creía más en Dios, en sí mismo o en sus sueños. Pero su fe, si no podía mover montañas, aquella noche de invierno logró serenar la mar.

21.
La guerra de las mujeres

Mientras Alfonso emprendía la guerra para conquistar un reino, yo intentaba poner paz en sus otros reinos, en la familia, en mi casa… y dentro de mí.

Pero una reina nombrada lugarteniente nunca olvida su cargo. En ausencia del monarca, ella es el rey.

Con Catalina, cuando éramos niñas, jugábamos a ser reinas y soñábamos con una vida placentera, llena de fiestas, música, danzas y torneos. Jugábamos a ser reinas en medio de una corte de damas y doncellas amigas. Una vida llena de placeres y diversiones, viajando de castillo en castillo, estrenando vestidos y joyas cada domingo, catín ido viandas finas y recibiendo cumplidos de nobles y caballeros galantes. ¡Sueños de niña! Nuestros reinos, en la imaginación, eran prósperos, pacíficos y felices. Los burgueses y los campesinos nos rendían homenaje, vivían en paz y no sufrían hambre ni pobreza. ¿La guerra? Era una sombra, un fantasma muy lejano. ¡Sueños de princesa! Queríamos la parte amable y gratificante, la parte luminosa de la corona. No sabíamos nada. Ni siquiera Mom, con sus tribulaciones y sus intrigas, nos podía sacar de la cabeza aquellos deseos. Las ayas y las doncellas no hacían más que alimentar nuestra fantasía.

Pronto despertaríamos de aquellos sueños. Yo me casé con catorce años, enamorada y llena de esperanzas. El sueño no duró unís de tres meses. Catalina disfrutó unos años más de su condición de infanta hermosa y mimada por la corte. Pero su despertar fue bien duro, casada por la fuerza con el primo que odiaba tanto como deseaba… Porque aún hoy dudo, y nunca lo he sabido a ciencia

cierta, si en aquel rechazo de mi hermana no había un juego de seducción solapada, una mezcla de avidez y violencia, de miedo y anhelo a la vez. ¡Qué misterioso es el corazón de una mujer! Pero, a la hora de resolver asuntos de estado, el corazón tiene muy poca importancia.

Durante los años de la guerra en Nápoles, mientras Alfonso hacía y deshacía alianzas, yo adopté una táctica diferente. Una guerra se puede ganar en el campo, pero también en el lecho. Los matrimonios son parte de la estrategia. Mom, de la casa Lancaster, selló la paz entre Inglaterra y Castilla al casarse con papá. Mi matrimonio, por mucho amor que yo volcara en él, no dejaba de ser otro pacto para acumular territorios. Dos reinos en manos de la misma estirpe. La prima María, desposada con Juan, era una segunda vuelta de llave para asegurar el poder de la familia.

Un matrimonio es un pacto. Y para reforzar el poder de un rey a menudo se necesitan muchos pactos. Alfonso quería casar a su hermana Leonor, la pequeña de la rama florida, con el infante de Portugal para asegurarnos la alianza con aquel reino. Yo mantenía una buena amistad, por carta, con la reina Isabel e hice cuanto pude para propiciar este matrimonio que tía Leonor, en cambio, no veía con buenos ojos. Por una vez, Alfonso se distanció del parecer de su madre.

Otro desposorio que nos preocupaba era el de Violante de Luna, mi dama. Nos habíamos hecho muy amigas, pero yo no olvidaba el compromiso que habíamos adquirido con ella. Alfonso la quería casar con el duque de Gandía, pero ella no aceptó. Busqué a otro candidato, el conde de Niebla, de la estirpe de los Guzmán, pero éste pedía treinta mil florines por el ajuar. ¡Un marido demasiado caro! Intenté negociar el precio con él, sin éxito. De modo que esperé instrucciones de Alfonso para ver cómo resolvíamos aquella boda y de dónde podíamos sacar el dinero. A Violante no le explicaba todas las negociaciones; me resultaba doloroso hablar de ello porque, de alguna manera, sentía que la estábamos tratando como si fuera una mercancía. Yo intentaba convencerla. Violante, el conde de Niebla es un grande de Castilla. Con él serás una gran señora. Y Sevilla es una ciudad rica y abierta. Estarás bien, no te faltará de nada. Irá contigo Leonor, mi camarera. Ella presentía algo y lloraba, apelando a mis sentimientos. No quiero irme tan lejos…

No quiero marchar de esta tierra. No quiero estar lejos de ti.

Las doncellas de mi casa querían casarse, y bien casadas. Sus padres me las enviaban no sólo para que me sirvieran, sino para asegurar un buen futuro para sus hijas. Si por la mañana me ocupaba de los asuntos de Estado, las tardes eran el tiempo de las mujeres. Mientras bordábamos, escuchábamos música, leíamos y conversábamos, iba tejiendo a mi alrededor un delicado tapiz de relaciones, amistades y alianzas entre familias. Durante aquellos primeros años de matrimonio estuve acompañada por la esposa y las hijas del mayordomo de Alfonso, Joana d'Oms y las muchachas, Isabel y Constanza, que tenían más o menos mi edad. Como eran amistades de conveniencia, el trato con ellas fue amable, pero nunca llegamos a ser íntimas. En cambio, simpaticé más con otras damas, como las tres Violantes, de Vilafranca, de Accaso y Domes. Eran las tres muy diferentes, pero juntas formábamos un grupo animado y solíamos hablar de cosas divinas y humanas. En mi círculo también estaban Margarita de Híjar, la más hermosa de todas, y las dos Catalinas, la Rodríguez y la Negra, la esclava que me había regalado Berenguer d'Oms. Después de tantos años en la corte hablaba nuestra lengua perfectamente, pero a golpes de voz, pronunciando los sonidos con una contundencia y una musicalidad curiosa. Algunas damas la miraban con condescendencia y evitaban tocarla o acercarse mucho a ella, como si la negrura fuera hollín y tuvieran miedo de ensuciarse con su contacto. Yo, en cambio, la quería mucho y a menudo la hacía sentarse a mis pies. Era dócil y afectuosa, y muy devota. Me gustaba su sonrisa, tan blanca en aquella tez lisa y pulida como el ébano. Y me gustaba la expresión de sus ojos, oscuros como su piel. Unos ojos que tenían la dulzura de los cachorros y las yeguas. Ojos puros, llenos de vida y de una fuerza interior que no veía en otras mujeres.

Las Vilaragudas eran la sal y la pimienta de las reuniones de damas. Hijas del noble Vilaragut, el señor valenciano que nos había alojado a Alfonso y a mí en nuestra noche de bodas, las dos eran buenas conversadoras y estaban al día de todos los comadreos. Se hicieron muy amigas de la bella Margarita. Para mi gusto eran un poco frívolas, y fray Antonio a menudo me prevenía contra ellas. Pero, al igual que las d'Oms, tenía que buscarles un buen marido. Lo hice, y para ello eché mano de toda mi astucia femenina. Sabía

que el día que se casaran abandonarían mi casa y tendría un poco más de paz.

Por último estaban las niñas, como Jordieta, Joaneta y Violina, que aprendían a leer con fray Antonio repasando el abecedario y leyendo salmos y relatos de la Biblia. Doña Juana y madona Escrivá les enseñaban a bordar y a rezar. Y, con el resto de damas y pajes, aprendían la sabiduría de la vida y las picardías propias de una corte, aunque en esto no necesitaban maestro.

Con las damas y doncellas manteníamos muchas conversaciones. A veces las dejaba solas porque tenía trabajo con el canciller o el maestro racional, y cuando volvía las encontraba alborotadas, riendo, comiendo dulces y cambiando de tema tan pronto como yo entraba por la puerta.

Entre mujeres hablamos. Hablamos de otras mujeres, de los últimos sucesos y de noticias que llegan de fuera; de vestidos, joyas y cosméticos… Hablamos de monjas, de madres e hijos. Y, casi siempre, acabamos hablando de hombres. No sé por qué, pero es así. Me pregunto si los hombres, cuando están solos, también hablan de las mujeres.

Pero nosotras sí hablamos de los matrimonios y siempre acaban aflorando las dudas, los miedos y las bromas. ¿Cómo amar a un hombre al que no conoces? Ah, ¡y el miedo expectante de la primera noche! ¿Cómo contentar a un viejo reumático y vicioso? ¿Cómo satisfacer a un joven deseoso como un toro en celo? ¿Cómo seducir al caballero que te agrada? ¿Qué se siente al tener el primer hijo?

¡Qué poco sabía de todo esto! Cuando surgían ciertos temas, yo callaba discretamente y escuchaba. A fin de cuentas, era más joven que la mayoría de las damas que me rodeaban. Ellas reían cuando explicaban las noches de bodas de algunos personajes conocidos, e incluso las suyas propias.

Había días que, después, iba a confesarme. Fray Antonio se escandalizaba y terminé por no explicárselo todo. Las mujeres, en el fondo, sufrimos. ¡Qué poco se parece la vida real a los romances! ¡Qué poco se parecen nuestros hombres a los caballeros de los poemas! ¡Qué insípida y ordinaria es la vida real! ¿Es pecado, entonces, consolarse riéndonos un poco de todo?

Si bien en las conversaciones de damas aprendí a escuchar y a ser tolerante con las flaquezas humanas, me parecía indigno y vergonzoso que entre las monjas hubiera costumbres semejantes. Las estancias en los monasterios me enseñaron que entre las rosas de santidad brotan las espinas del pecado. Trigo y cizaña crecen juntos, y Nuestro Señor pidió a los labradores que esperasen al tiempo de la siega. Pero, a veces, cuando el árbol crece torcido hay que hacer una poda.

Desde que soy reina he tenido que resolver muchos asuntos de conventos. Mi autoridad me lo permite. Los trapos sucios de la Iglesia, me decía el camarlengo, se lavan dentro de la Iglesia. Pero hay situaciones en las que un rey, o una reina, debe intervenir. Cuando volvía de Tortosa a Barcelona, tuve que salvar a un convento de monjas predicadoras, acogidas en un edificio de los monjes del saco. Su prior era el de Santa Ana y, al morir, los del saco reclamaron a las monjas cien florines para remunerar al nuevo prior. Las pobres no podían pagar y recurrieron a mí. Pedí al obispo de Barcelona que decretara que el prior de los frailes también lo fuera de las monjas, y así no haría falta pagar a dos priores. Más adelante, estas monjas se trasladaron al monasterio de Santa Eulalia del Campo, que había quedado desierto. Así pude salvar a una comunidad.

Pero no todas las religiosas son ejemplares y pobres. En Mallorca se dio un caso muy sonado: el de la monja del convento de Santa Margarita apaleada por unos hombres que entraron en el monasterio de noche. Toda la ciudad lo comentó. No era el primer ni el único escándalo. ¿Qué hacían aquellos hombres dentro del monasterio? ¿Cómo habían podido entrar, si un convento es un castillo, cerrado y amurallado ante el mundo? De modo que escribí a Berenguer d'Oms, que era también gobernador de Mallorca, para que castigase a los agresores, pero que al mismo tiempo pidiera a la autoridad eclesiástica que pusiera orden en aquella casa de Dios.

Si las casas de Dios no son respetadas, ¿cómo podemos esperar que lo sean las casas y los bienes de los hombres? En Montblanc, unos facinerosos atacaron Poblet, robaron y expoliaron las propiedades de los monjes. ¡Poblet era sagrado! No solamente era uno de los monasterios más antiguos y prestigiosos de Cataluña. Poblet era la tumba de los reyes, allí donde reposaban los restos de

tío Fernando y de sus antecesores; allí donde, algún día, reposarían los de Alfonso y los míos, esto pensaba. Para defender a los monjes escribí al primo Juan, pues era duque de Montblanc y tenía jurisdicción sobre la villa. También amonesté a los prohombres de Montblanc, enviándoles cartas expeditivas:

> No toleraremos con paciencia cualquier daño y perjuicio al monasterio y a sus propiedades.

La Iglesia tiene poder, autoridad y riqueza. Cuando las subvenciones de las cortes y las rentas de las ciudades no bastan, son los monasterios o las catedrales quienes prestan dinero a los reyes para sus empresas. Hubo un tiempo en que la Iglesia recibía cesiones y tierras; ahora es la Iglesia la que puede hacer donativos a los mismos reyes. Mom, que en paz descanse, siempre me aconsejó al respecto. Hija, estate a buenas con la Santa Madre Iglesia. Escucha la voz de los clérigos y defiende siempre a los hombres y mujeres de religión. Porque los reinos del mundo pasan, pero el reino de Dios no pasará nunca.

Los reinos del mundo pasan…, pero, mientras estamos vivos, parece que nos aferramos a las cosas como si nos fuera la vida en ello. El oro, la tierra, las piedras… hasta la sal.

La sal hizo estallar un conflicto entre Pallars y Foix. La condesa de Pallars quería subir los aranceles de la sal que se vendía en Francia. El conde de Foix, que la compraba, se quejó. ¿Qué hacer? Foix era un aliado y nos interesaba, a Alfonso y a mí, tenerlo de nuestra parte en la lucha por Nápoles. Si no estaba con nosotros, podía aliarse con la casa de Anjou. De modo que, aun entendiendo los intereses de la condesa, escribí una carta a la condesa recomendándole que lo tratara bien.

Había otro motivo por el que debíamos estar en paz con el condado de Foix. El valle de Ansó y los montes de aquella comarca sufrían desde hacía mucho tiempo los asaltos de los gascones. Entraban, atacaban a nuestros pastores y robaban el ganado, y los pastores aragoneses respondían con la misma moneda cuando podían. Era una guerrilla de emboscadas y golpes de mano, lejos de la autoridad de condes y reyes. Tuve que escribir una y otra vez al conde de Foix para que pusiera orden y castigara a sus vasallos. Yo

los dejaría entrar a nuestro reino para comprar o vender ganado, no para robar. El conde respondía con buenas palabras, pero los altercados entre pastores en la frontera se alargaron durante años.

Por si fuera poco, los pastores navarros también comenzaron a atacar a los aragoneses. Me quejé a Carlos, rey de Navarra. Incluso me dieron los nombres de los capitostes que armaban cuadrillas de hombres. Eran los dos Martines, dos pendencieros de la pequeña nobleza rural: Martín de la Carra y Martín Torrella. Todo el mundo lo sabía, pero nadie daba la cara. El rey Carlos de Navarra era anciano y quien tenía las llaves del reino era el primo Juan. Y sospecho que éste consentía el pillaje a manos de su gente y no tenía intención alguna de pararlo.

Guerra en ultramar, escaramuzas en las fronteras, tensiones dentro y una guerra incubándose en Castilla, entre nobles, primos y hermanos. Toda nuestra tierra sufría y sangraba. Los reyes, los obispos y los consejeros movíamos las piezas sobre el tablero de juego.

Los nobles y los caballeros blandían la espada. Y el pueblo, el pueblo sufrido, aguantaba el hambre, padecía los robos, labraba la tierra y trabajaba con las manos; padecía, y ahorraba para pagar impuestos y financiar las guerras de los grandes.

Y yo, la reina, la que tenía que ser como una madre, sufría los dolores de mis hijos mientras soñaba con el esposo ausente y deseaba conocer otra clase de dolor, más entrañable, menos estéril. El dolor fecundo de la madre que da a luz un hijo.

¡Guerras de mujeres! Mi última guerra, en aquel otoño de 1423, esperando el retorno de Alfonso, fue contra la dolencia y la fealdad. Me había recuperado de la viruela, de las fiebres, de las migrañas que a menudo me atacaban y me dejaban exhausta… Preparar el regreso y la recepción solemne del rey en Barcelona me animó y me entretuvo. Pero me angustiaba. Había recuperado la salud, pero no la piel blanca y fina de antes. Mi piel. La que me negaba a perder para siempre, la piel de seda de los Lancaster. Mi seda ahora estaba carcomida y arrugada.

La dama Teresa de Híjar, tía de Margarita, me había procurado elixires y bálsamos. Se tenían que preparar en unos días concretos y en una luna precisa, y debían elaborarse de nuevo cada mes. Desde Maella, cada tres semanas enviaba una carta a Barcelona para que

me enviaran los ungüentos. Y cada mañana y cada noche, después de lavarme la cara, Leonor me aplicaba la pomada. Tenía que pasar una hora, al menos, reposando con la cataplasma cubierta con un trapo húmedo y caliente. Después me retiraban el emplaste y me untaban con aceite. Y después tenía que beber un elixir de hierbas. Los primeros días se me puso la cara roja y el picor me hacía saltar las lágrimas. La piel se levantó y se peló como si se hubiera quemado. ¿Era de verdad un remedio, o un fraude? ¿Brujería, maleficio? Las doncellas se asustaron y durante unos días me negué a salir de mis habitaciones, avergonzada y presa del pánico. Pero pronto, bajo el destrozo, creció piel nueva. Catalina *la Negra* y las camareras me animaron entonces. Será buena piel, señora, decían. Yo también esperaba el milagro.

La nueva piel era de un color pálido y mucho más fina. Pero los hoyuelos persistían. La viruela me dejó marcada para siempre, como los caballos y las bestias grabados a fuego.

Cuando en otoño llegué a Barcelona, me sentía más fuerte. El cabello me volvía a crecer, rubio y espeso. Había ganado casi una arroba y los trajes me caían mejor. Dejé el negro del luto y pedí a la costurera que me arreglara los vestidos de colores y encargara nuevas cotas bordadas, alfardas y redecillas a juego con los vestidos. Vista de lejos, aún podía parecer atractiva. Conservaba la cintura esbelta y era alta de estatura, como mi madre. Con un buen tocado y el cabello peinado en ondas podía resultar medio bonita. Si me ponía polvos de talco y color en las mejillas, podía disfrazar un poco aquel cutis devastado por la viruela. Ropajes, polvos, perfumes…, ¡armas de mujer! Y la voz, y las caricias, y la mirada.

Sola ante el espejo hablaba conmigo misma y hablaba con Alfonso, ensayaba las primeras frases que le dirigiría cuando volviera junto a mí. Amado, amado… Excelentísimo rey, damos gracias a Dios que os ha devuelto sano y salvo, con buena salud y prosperidad, y victorioso en vuestras guerras. ¡Ah, no! Adiós protocolos de bienvenida y saludos ceremoniosos. Amado…, ¡te he echado tanto de menos! Mi corazón desfallece por ti, oh, el más hermoso entre los hombres. Desfallezco de amor y nadie puede consolarme. Nadie. Sólo tú, amado mío, sólo tú.

22.
FUEGO EN LAS TORRES Y UN SANTO EN VALENCIA

El 3 de diciembre llegó a Barcelona Juan de Gualbes, mensajero de Alfonso. ¡Llega el rey! ¡El rey está a las puertas! Navegaba bordeando la costa, desde Narbona, por el litoral catalán. Aquella noche la catedral de Barcelona se llenó: consejeros, ciudadanos, nobles y caballeros. Yo también acudí con la gente de mi casa. Era una noche fría y clara, en el cielo brillaban unas estrellas gruesas como diamantes y en el campanario de la sede se encendieron almenaras. ¡Una corona de fuego para anunciar la llegada de nuestro señor terrenal!

A la salida del oficio vi más coronas de llamas. Santa Ágata, Santa María del Pino, San Justo, Santa María del Mar… Las torres ardían y las campanas volteaban repicando con júbilo. Mi corazón también estaba de fiesta.

Señora, me dijo Constanza aquella noche cuando me desnudaba y me peinaba, ¡hoy estáis hermosa! Yo tomé el espejo de manos de Sancha. Sí, aquella noche mi rostro había cambiado. Quizás era la luz del candelabro, quizá la emoción, quizás el deseo que ardía dentro de mí como las almenaras, dándome calor y poniendo luz en mis ojos. El amor embellece, dicen los poetas. Y cuando el amor se acerca, el mundo parece nuevo. Nuevo y reluciente, como aquel cielo sembrado de luceros. Nuevo y limpio como aquel aire de la noche de invierno, cristalino como un pedazo de hielo. Nuevo y lleno de promesas.

Dos días más tarde, la flota de Alfonso desembarcó en Badalona. Los consejeros de Barcelona fueron a recibirlo mientras yo, en palacio, me afanaba en preparar su llegada. Berenguer de Hostalric,

el camarlengo, que también se desplazó a Badalona, vino luego y me lo explicó. El señor rey venía a caballo, y los consejeros le habían hecho muchas reverencias. El rey estaba contento y los recibió muy sonriente.

Aquella noche ordené que volvieran a encender almenaras, no sólo en la sede y en los campanarios, sino en toda la muralla. Quería que todas las torres ardieran, que toda la ciudad se inflamara. ¡Fuego y albricias, fiesta en el cielo! La gente salía de las casas para contemplar tal maravilla. ¡Qué hermoso es el fuego por la noche! El fuego que destruye también puede ser vida. El fuego que arrasa ciudades conquistadas centellea en las ciudades que celebran victorias.

Alfonso aún tardó cinco días en llegar. Tiempo suficiente para levantar un puente de barcas en el puerto, ornamentado con banderas rojas y ramas de laurel. Tiempo para adornar el palacio y toda la ciudad. Barcelona, como una novia, esperaba a su rey engalanada. Se oían canciones en las calles y salieron las tropas de artistas, ataviados con trajes dorados, para representar entremeses en la playa a la llegada del rey: paraíso e infierno, el fénix, el águila. La multitud se agolpaba a su alrededor.

Yo preparaba el palacio con la eficiente ayuda de doña Juana y mi servicio. Las salas, las habitaciones, las camas. Recordando Bellesguard, puse todo mi esmero en preparar la alcoba de mi esposo y no escatimé en ningún detalle: tapices, sábanas, toallas finas, jarrones y jofainas de plata. Nuevamente el maestro racional tuvo que recurrir a los préstamos de los judíos. ¡Qué importaba! Cuando los sirvientes dejaron la habitación a punto, antes de cerrar la puerta, acaricié el edredón de terciopelo bordado, las cortinas que caían alrededor del lecho, el cojín de seda y pluma. Ahora sí, pensé, te daré un hijo.

Fue al atardecer. Las cinco de la tarde, y el sol ya se ponía. El mar era de plata y el cielo se fundía en las aguas, de un color perla que se volvía lila. Todo el mundo esperaba en la playa, gritando y saludando a las diecisiete galeras que llegaban con las velas extendidas. Era la flota que había visto crecer, como gigantescos peces de madera, bajo las bóvedas de las atarazanas. Las naves

habían salido del nido y regresaban airosas como águilas, curtidas por el combate, atestadas de hombres y de botín. Alfonso desembarcó montado en su caballo, coronado y con una capa púrpura con flecos de cibelina. Todos se inclinaron ante él. Yo lo miré, erguida en medio de las damas que me acompañaban. Llevaba mi brial de fiesta, el manto orlado con armiño, toca blanca con turbante y la corona de rubíes. Nuestros ojos se encontraron. Sólo un instante, porque no pude resistir su mirada. Incliné el rostro con una reverencia.

El rey, el conde de Cardona, Federico de Luna, los capitanes de las naves y sus compañeros desfilaron en procesión hasta la catedral, seguidos de consejeros, clérigos, nobles, damas y el gentío. Los consejeros, con sus gramallas de tela de oro con recamados carmesí, marchaban precedidos por los trompeteros y los pendones de la ciudad, dorados y plateados. Hombres, mujeres y niños aclamaban al rey. Yo no le quitaba los ojos de encima. Alfonso volvía más grande, más hombre, un Julio César triunfante. Sonreía, y la sonrisa lo embellecía. El pueblo gritaba, tratando de acaparar su atención, y él saludaba con la mano alzada. El cabello oscuro y bien cortado le caía sobre el cuello. Y yo anhelaba acariciarlo.

Pero no fue hasta que descabalgó, a las puertas de la catedral, cuando pude tocarlo. Ah, delante del pueblo, en medio de la solemnidad, no hay lugar para la ternura, para las palabras íntimas, para un abrazo cálido. El pueblo quiere ver a un rey grandioso; el pueblo ama la pompa, el batir de tambores, los toques de trompeta, el lujo. Caía la noche y las antorchas encendidas en la muralla iluminaban las guirnaldas de laurel y las banderas de seda, los enramados, las lanzas de los guerreros y el hilo de oro de los estandartes.

Cuando Alfonso descendió del caballo, me acerqué a él y le tendí la mano. Mi mano estaba helada; la suya, caliente. Caliente y fuerte, y estrechó la mía. Amada esposa, dijo en voz alta, pero no sé si lo dijo porque le salía del alma o para que todos escucharan sus palabras. Yo quería responder, pero me falló la voz. Sólo podía mirarlo y sonreír, y desear que, a la media luz de las antorchas, no se percatara del destrozo de mi cara. Enlazados por las manos, caminando con pausa y bien erguidos, entramos en el templo.

La pompa y la fiesta son importantes, aunque los hombres de religión siempre nos adviertan contra la vanidad. No obstante, la Iglesia es experta en pompas y ceremonia. Los clérigos saben que la solemnidad, el incienso, el brillo del oro y las velas, el rojo sangre de las banderas y la música, todo unido, cambia los corazones de los hombres. La pompa alegra un corazón triste, eleva un espíritu decaído, inflama un deseo apagado. La pompa infunde respeto, admiración, y a veces temor. La pompa engrandece, exalta, ensancha el alma. Alfonso y yo nos arrodillamos ante el obispo y él nos bendijo y entonó un himno de acción de gracias. Cien voces del coro lo siguieron. ¡Ah, las voces! Más poderosas que los instrumentos, hacen temblar el corazón y las entrañas. Sin darme cuenta, estaba llorando. Tomé de la mano a Alfonso, no lo quería dejar. Ahora podría descansar. El peso de un reino es demasiada carga para una mujer joven… Joven y sola, aunque viva rodeada de damas y consejeros. Joven y sola, anhelando otra noche de amor. Joven y enferma de añoranza.

Aquella noche de diciembre, noche de pompa y fiesta, noche de fuego en las torres y fuego en mi corazón, me sentí nueva, resucitada, fuerte. Me sentí curada. Él estaba a mi lado. No necesitaba nada más.

La noche de amor se hizo esperar. Cuando nos sentamos a la mesa para cenar, Alfonso me clavó una larga mirada. No dijo nada y me lo dijo todo. Los cirios del templo podían suavizar los surcos de mi piel, pero los candelabros de una sala resplandeciente como el día perfilaban las formas y desnudaban todos los rostros. Entonces perdí el apetito y me entraron ganas de llorar.

Pero conseguí una conversación larga, solos él y yo, después de muchos días de fiestas, visitas, recepciones y cacerías. Mi esposo añoraba los bosques de Collserola. La esposa podía esperar, pero no los jabalíes y los ciervos que se ocultaban entre los robles, huyendo de aquel cazador que, cuando no conquistaba ciudades, tenía que perseguir bestias.

La presencia de Alfonso lo animaba todo. La ciudad parecía más viva, el palacio bullía de gentes e incluso mis doncellas estaban más alegres, más animadas y parlanchínas, más diligentes. Ansiaban

encontrarse con los caballeros y los pajes que acompañaban a mi esposo y más de una cayó enamorada. Un rey es como el sol, allí donde va hay luz. Habíamos pasado dos años en las tinieblas. Era necesario recuperar el tiempo perdido.

Hablando a solas, aunque nunca se sabe, porque en los palacios hasta las paredes oyen, le expliqué a Alfonso mis apuros y fatigas.

Los consejeros de Barcelona son duros. Nunca te darán nada sin pedir algo a cambio. Las negociaciones en las cortes han sido implacables. Los agravios siempre son lo primero. Y siguen insistiendo: no quieren a los castellanos en el consejo. No puedes imaginar lo que he llegado a escuchar…

Alfonso sonreía. Esposa, lo has llevado todo muy bien. ¿Sabes qué dicen? Que eres una gran negociadora, y que también eres firme cuando te empeñas en algún asunto. Y has hecho bien, la mano derecha del rey no ha de ser blanda.

Blanda… Sólo para obedecerte, pensé. Pero me guardé mucho de pronunciarlo en voz alta. Con Alfonso, en confianza, me salían las verdades y la ironía amarga.

Alfonso, necesito más comunicación. No me has escrito con regularidad ni con tiempo suficiente. Hay asuntos que no puedo resolver sola. Y cuando he resuelto algunos, tú habías decidido otra cosa. Él se reía. ¿Lo dices por el abogado de Valencia? Por ése y por otros, respondí. Conviene que vayamos a una. No puede ser que el rey diga una cosa y la reina otra. Pues espera mis órdenes. ¿Y si no llegan? Llegarán en su momento, ten paciencia. De aquí a Italia hay un mar y mucha distancia. El mal tiempo retrasa a los emisarios.

Pero cuando es necesario no hay distancia que valga, repliqué. Según qué noticias llegan bien pronto.

Esposa, no puedo atender todas las nimiedades que se les pasan por la cabeza a los síndicos. Estás metida hasta el cuello en los asuntos del principado, y lo entiendo. Pero los asuntos de ultramar son más grandes, y yo no puedo estar por los detalles. Tengo entre manos un nuevo reino que acabo de conquistar, ¡y debo conservarlo! ¿Lo entiendes?

Claro que lo entiendo. Las nimiedades. Entiendo la importancia de Nápoles y de las alianzas con otros reinos, y entiendo que las cosas de casa te resulten pequeñas. Pero aquí no lo son. No son pequeñas. Esos detalles… Aquí lo son todo. Piratas, guerras de

bandos, oficiales corruptos y campesinos en pie de guerra… ¡Aquí tienes tres reinos que gobernar!

Y tengo una reina, respondió él, tocándome la mano. No llegó a ser una caricia. Una reina que tiene voluntad, tiene seso y tiene mano izquierda. María, si crees que en Cataluña, o en Aragón, o en Valencia se acaba el mundo, no puedes imaginar cómo son los reinos de Italia. ¡Cuánta riqueza, qué ciudades, qué castillos…! Una fortaleza en un islote como Ischia tiene más oro que todo lo que la Generalitat pueda recaudar en años.

Yo lo miraba. Entonces, ¿por qué me pides tanto dinero? ¿Adónde ha ido a parar mi dote? Sonreí. Explícame cosas de Nápoles, Alfonso. Explícame lo que no explicas ante los consejeros, ante la corte. Explícame cómo son los palacios, cómo es el campo, cómo es la gente… Y las mujeres. ¿Cómo son las mujeres? ¿Cómo es esta reina Juana que tanto te quería y que después te traicionó? ¿Quién te apaga la sed? Pero esto último sólo lo pensé, claro…

Alfonso sólo necesitaba un par de oídos atentos para comenzar a hablar. María, escucha bien y entiéndeme. Italia es rica. Italia no tiene nada que ver con estas tierras pobres y salvajes, plagadas de ladrones y bandoleros. Allí hay cultura, arte, sabiduría. Cada ciudad es un reino. Cada pueblo tiene palacios e iglesias más ricas que nuestras catedrales. Aquí picamos piedra, allá todo está recubierto de mármol. Aquí, cuando el rey pide un barco, todo son problemas y condiciones. Allí cualquier conde, cualquier mercader, dispone de una flota mayor que la mía. Hay *condottieri* que tienen escuadras enteras a punto para la guerra, dispuestos a luchar por quien les pague mejor. Nos conviene mantener Nápoles, María. Nuestros mercaderes y los tejedores catalanes serán los primeros que lo van a agradecer.

A nuestros tejedores les preocupa la competencia, repliqué. Quieren protección contra los extranjeros y contra los piratas. Alfonso movió la cabeza. ¡Protección! La mejor protección es el ataque. Avánzate al enemigo. ¡Sé el primero! Nuestros mercaderes son tenderos de corazón pequeño y mente conservadora, María. Y lo que se necesita para vencer es mente abierta y una mirada amplia. Un rey ha de tener el corazón grande y ha de mirar más allá.

Un corazón grande… como el tuyo, pensé, mirándolo y admirándolo. Magnánimo y pródigo, siempre buscando la grandeza.

Él ahorro era un pecado para él. Alfonso captó mi expresión. María, no me gusta este palacio, dijo de pronto, echando un vistazo al techo y a las paredes. Es oscuro, es pobre. ¡Si vieras los palacios italianos! El Castel Nuovo tiene unas torres que duplican las de nuestras murallas. Por fuera es una roca, por dentro es una joya. Revestido de mármoles, decorado con frescos y estatuas, con tapices… Aquí todo se ve ennegrecido, apagado, viejo. Allí todo es color.

Y en esto, aunque sus palabras me entristecieron, porque me había esforzado mucho por arreglar el palacio, estuve de acuerdo.

Lo cambiaré, prometí. Haré de este palacio otro. A mí también me parece oscuro y frío… Lo convertiré en un paraíso.

Alfonso sonrió. Durante unos instantes nos miramos a los ojos, y creo que aquélla fue una de las pocas veces en que sentí que éramos uno. Una sola mente, un solo corazón… Nos faltaba ser una sola carne.

Él me acarició, muy delicadamente, la mejilla. De inmediato retiró el dedo, como si le quemara. Yo volví el rostro, avergonzada y furiosa contra mí misma. ¡Maldita viruela!

Lo creo, dijo Alfonso, con voz suave. Has sido una buena ama.

«Y he procurado ser una buena reina, una buena madre del pueblo…, y querría ser una buena esposa», pensé, «¡y una buena amante!». Pero no osé decírselo. Cambié de tema.

Alfonso, ¿qué sucede con nuestra familia? Han estallado tantas disputas… ¿Qué ocurre con nuestros hermanos?

Alfonso se tensó. ¿Nuestros hermanos? El tuyo está bien apuntalado, con aquel perro fiel de Luna. Pedro está en Nápoles, lo he dejado como lugarteniente. Juan está satisfecho, pronto será rey de Navarra. María es reina, casada y con hija, ha cumplido su deber —me sentí herida al oír estas palabras—, y Leonor pronto se casará con un príncipe. Si todo va bien, será reina de Portugal.

¿Y Enrique?, pregunté. ¿Y Catalina?

Alfonso frunció el ceño, apretando los labios. Cuando adoptaba aquel gesto era más Trastámara que nunca. Me recordó la expresión que alguna vez había visto en papá, cuando era pequeña. Era la expresión de tío Femando, de mi hermano cuando se enfadaba, del primo Juan y del primo Enrique. La cara del hombre que barrunta cómo salir de un mal paso, decidido a triunfar como sea.

Catalina está bajo nuestra protección, dijo. Enrique es un botarate. Ya veré cómo lo resuelvo. Hablaré con madre.

Quizá deberíamos ir a Castilla, sugerí. Deseaba ver a Juan, y a la prima María, y conocer a nuestra pequeña sobrina. Quería volver a los campos de mi niñez, y alojarme en el alcázar de Segovia y en el palacio de Toledo, y asistir a un torneo en Medina. Con él, con los primos y con los hermanos. Una familia reconciliada, unida. Las dos ramas enlazadas en una sola, firme y fecunda.

Pero Alfonso tenía otros planes. Quería volver a Italia. La conquista tan sólo acaba de empezar. Tenemos al Papa en contra y a los de Anjou preparando su revancha. Necesitamos aliados y más naves. Al oírlo me recorrió un escalofrío. Tengo que volver.

¿Vendré contigo? ¿Volverás a dejarme sola? No estás sola. Tienes una corte de damas que te quieren. Tienes al canciller y al consejo. Tienes a todos estos clérigos que te veneran porque eres muy devota… Incluso los consejeros me hablan elogios de ti. No estás sola, María. Y yo te necesito aquí.

No, no estoy sola… ¡Pero es a ti a quien quiero, Alfonso! Y quería decirle más. Quería decirle que lo esperaba cada noche, en la penumbra aterciopelada de mi alcoba. Lo esperaba con el cabello peinado, la camisa de blonda y el lecho perfumado de espliego y gotas de almizcle y azahar. Esperaba un gesto, una palabra, una mano tendida. Ven conmigo, esposa. Era él la compañía que deseaba. Sólo él. La gente me cansaba.

Pero a Alfonso le gustaba otra clase de compañía. Quería algo más que una mujer sola y ansiosa. Quería más oídos, más caras, más calor. Le gustaba una corte de oyentes, de hombres de mundo, con música de fondo y un poco de danza para estirar el cuerpo y aligerar la mente. Llamaron a la puerta. Era su camarero, que le anunciaba visitas de ciudadanos importantes de Barcelona. Galzeran d'Eixart y otros tejedores le traían regalos. Alfonso se puso de pie. Ven conmigo, esposa. Continuaremos hablando más tarde.

Aquella noche, Alfonso tomó el laúd de uno de los músicos y tocó una pieza italiana. Era una canción alegre, y él mismo y varios caballeros de su séquito la cantaron. Todos aplaudieron. Después, el poeta Ausiàs March recitó unos versos que recibieron más aplausos

entusiastas. Y finalmente los juglares tocaron unas danzas. Las damas de la corte salieron a bailar y los caballeros se sumaron. Margarita de Híjar estaba en medio de todos ellos. La más graciosa, la más bonita. Se movía como una golondrina con las alas de terciopelo color esmeralda y sus ojos titilaban bajo las largas pestañas.

Alfonso la miraba y al fin preguntó: ¿Quién es? Le respondió el mayordomo, Bernat de Cruïlles: Es la hija de Timbor de Cabrera y Juan de Híjar. Lleva sangre de los condes de Prades, sangre de reyes. Se mueve como una princesa, comentó Alfonso. También miraba a las otras mujeres. Sobre todo a las que eran más bellas, más ágiles, más risueñas que su reina. Algunas incluso iban mejor vestidas. Las esposas de los nobles y los mercaderes lucían seda de colores y tocados muy lujosos, con crespinas y velos finos, siguiendo la moda francesa. Yo me moría de ganas de danzar, pero no me atreví a pedírselo. Entonces él se puso de pie, él y sus compañeros de mesa. ¿A quién otorgaría el honor del baile el señor rey?

Alfonso fue directo hacia Margarita, el caballero que bailaba con ella se retiró y la joven se ruborizó, al tiempo que hacía una reverencia con aquella sonrisa de falsa timidez. Los músicos iniciaron otra danza, tocando con brío. Las parejas bailaban siguiendo el ritmo, se cruzaban y entrelazaban como guirnaldas vivas, ¡era hermoso de ver! Y yo, entre embelesada y celosa, sentada en el podio, no perdía nada de vista… Alfonso sonreía y su mano fuerte se volvía delicada mientras oprimía la mano pequeña y blanca de Margarita, mientras la tomaba por la cintura y ella giraba entre sus brazos. Reían. Él, Julio César victorioso, ahora rey de trovadores. Ella, la joven ninfa, bella y virgen como una rosa que se abre.

El entusiasmo del rey por Nápoles contagió a toda Barcelona. Al cabo de dos semanas, el consejo de la ciudad ya había aprobado la construcción de doce galeras más para la escuadra real. Antes de Navidad, el día 21 de diciembre, se plantaron las estepas de las naves. Esta vez la ceremonia fue mucho más lucida y multitudinaria que dos años antes, cuando yo había plantado las estepas de los primeros barcos en las atarazanas. Alfonso tenía que plantar seis; los consejeros, otras seis. Pero como sólo se habían empezado a fabricar dos galeras, de hecho plantaron dos. La *Santa María* y la

Santa Cruz. Les hemos puesto estos nombres en honor de Nuestra Señora y en honor tuyo, esposa, me dijo Alfonso, señalando la *Santa María*. Yo asentí, sonriendo con tristeza. La *Santa Cruz*, pensé, quizá sería más apropiada para mí.

Pero aquel pensamiento oscuro se desvaneció cuando, aquella noche, en la cena festiva que ofrecimos en el palacio real, con los consejeros, prohombres y notables, él se volvió hacia mí y me ofreció su copa. Mientras yo bebía el vino endulzado con miel y canela, murmuró unas palabras.

Bajo el dosel de terciopelo, entre sábanas perfumadas de espliego; bajo su cuerpo, firme y blanco como el mármol; bajo su sombra, sombra de carne y de sangre ardiente, me mecí como un bajel, abrazando aquel oleaje de vida en forma de hombre. A mediodía Alfonso había plantado la estepa de la *Santa María*. Aquella noche plantó su virilidad en el cuerpo de su esposa. Una María que ya no era niña, una reina que ya tenía su sangrado y que conocía el hambre y el deseo, y que lo esperaba. Fue su último regalo. Me dolió. Me dolió, más que su envite, que mientras yo lo miraba y gemía él cerraba los ojos.

A pesar de las fiestas y cacerías, Alfonso pronto se cansó de Barcelona. Nunca podía estar mucho tiempo en un solo lugar. Quería volver a Valencia y después a Zaragoza. En Valencia tenía una promesa que cumplir.

Yo quería acompañarlo, pero me ordenó que esperase a finales de enero. Como el mar estaba cerrado, por ser invierno, quiso marchar por tierra. Su séquito era numeroso y el mío también, y no podíamos permitirnos tantos gastos de transporte ni cargar con tantas cenas y tributos a los pueblos y ciudades por donde teníamos que pasar.

Alfonso se llevó a Valencia los restos de San Luis y las cadenas del puerto de Marsella. El obispo de Barcelona, cuando lo supo, se enojó. ¿Por qué en Valencia y no en Barcelona? Era de Barcelona de donde había salido la mayoría de las naves, era del principado de donde provenía el grueso del dinero para pagar su guerra. ¿Por qué en Valencia?

Pero Alfonso, como yo misma, tenía una parte de su corazón en

la ciudad abrazada por el Turia. Y Valencia sabía cómo halagar a su rey y señor. En Valencia lo esperaban los jurados, que habían prometido pagarle otra subvención para su campaña napolitana y que estaban deliberando otorgarle mil florines mensuales si instalaba allí su corte. Valencia estaba cerca de todas partes: de las rutas hacia Castilla y a un paso de Aragón. Alfonso necesitaba un lugar estratégico y propicio, más amistoso y complaciente que la arisca Barcelona.

En Valencia, además, lo esperaban los desterrados de Castilla, Pedro Manrique y el adelantado López de Ávalos. En Valencia, también, lo esperaba Catalina.

23.
CATALINA

Recuerdo el año de 1424 como un año de intensa lucha interior. Mi batalla por ganar el alma de Alfonso había empezado, pero Alfonso no era un castillo fácil de conquistar. Tan sólo abría sus puertas a quien quería, cuando quería y como quería. Y sabía rechazar con bravura al enemigo.

Y yo, que tenía que ser su aliada, ¡ay!, a veces me convertía en la enemiga. Sin querer y queriéndolo. Cuando dos corazones no van al unísono, como dos arpas mal afinadas, la música no es armoniosa y duele al oído.

Cuando llegué a Valencia, descubrí que Catalina era la reina de la ciudad. Vivía con los Vilaragut y había formado una pequeña corte a su alrededor. Cada semana organizaba una cena con bailes en palacio y toda la nobleza acudía. Las damas de las familias Vilaragut, Montagut y Montpalau pronto se habían hecho amigas suyas y comprobé que amaban más su compañía que la mía. Las jóvenes se acercaban a Catalina; a mi lado se quedaban las viejas y las damas de carácter más austero. Los celos volvieron a comerme por dentro.

El día de mi llegada me esperaban los jurados, los prohombres de Valencia y también Catalina, entre las damas. Saludé a los nobles antes que a ella, por cortesía. Después nos encaramos. Ella sonreía, más hermosa que nunca, vestida a la moda francesa, con una hopa de terciopelo carmesí y una cofia de tres puntas con velo guarnecido de perlas. ¿De dónde conseguía todo aquel lujo una infanta exiliada?

Hermana, dijo ella, abriéndome los brazos. Nada de protocolo ni

besamanos. Para ella no era la reina, sino María, la compañera, la hermana mayor. Yo le tomé las manos y la besé en las mejillas, sin abrazarla. Noté su piel, fina y rosada. La piel perfecta de los Lancaster jóvenes y lozanos. La que yo había perdido. Que Dios te bendiga, le dije.

Por fin nos encontramos, exclamó ella. «Yo te he escrito para que vinieras a mi lado, y nunca has querido», pensé, pero de mi boca salió: Por fin, ¿estás bien? Ella me devolvió un gesto triste, pero sus ojos sonreían. Sí, hermana. Valencia me ha acogido muy bien, gracias a ello he podido salvarme. «Valencia…, no yo, la reina». Pero me preocupa Enrique. Y nuestro futuro en Castilla. Ya hablaremos de eso, le dije. Alfonso y yo estamos trabajando para liberarlo. He escrito a Juan algunas cartas. ¡Ah, Juan! Ella movió la cabeza y bajó la voz. Nuestro hermano no tiene ni voz ni voto. Es un títere. ¿Qué dices?, la reñí. Pero lo sabía mejor que ella, no necesitaba fingir. Bien, ya hablaremos.

Aquella noche me ofrecieron una cena de honor en el palacio de los Vilaragut. Entonces llegó Alfonso, que estaba alojado en el palacio real, con su séquito de caballeros, Federico de Luna, el poeta Jordi de Sant Jordi, Ausiàs March y una corte de músicos. Alfonso saludó a Catalina besándola como lo habíamos hecho toda la vida, cuando éramos sencillamente primos y amigos, y no reyes, infantes, enemigos y desterrados políticos. Conversaron con familiaridad y bromearon un poco. Durante el baile, la tomó de la mano y no la dejó sola ni un momento. Hasta que vio mi cara seria. Entonces dejó a Catalina, le lanzó un beso al aire y me invitó a bailar. Yo me moría de ganas, pero el orgullo me venció.

Estoy indispuesta para bailar, dije, apretando los labios. «No quiero ser un segundo plato», me reconcomía por dentro. El rey quedó desairado… ¡ante toda la corte! Él también apretó los labios. Dos Trastámara enojados. Muy bien, mi señora, dijo, besándome la mano con frialdad. ¿Qué otra dama encontraré, tan noble como vos, para acompañarme en la danza? Se dirigió a sus compañeros y éstos rieron al oírle. Excelencia, sólo hay otra dama, aquí, que tenga sangre de reyes. Catalina rio también cuando Alfonso volvió a su lado y la tomó de la mano. Los dos reprendieron la danza, ligeros como gaviotas en medio de las parejas que giraban a su alrededor.

Caí enferma.

Al día siguiente me confesé. Fray Antonio me escuchaba con paciencia. Señora, tenéis que cumplir vuestro deber conyugal. Y esto significa no rechazar jamás a vuestro esposo. Una mujer decorosa jamás humilla al marido en público. ¿Tampoco para rechazar un baile? No, señora. Sois la reina. Eso no estuvo bien.

Lloré todo el día y no quise comer. Las doncellas me vieron y se preocuparon. Señora, ¿qué os pasa? ¿Os encontráis bien? ¿Queréis que avisemos al médico? Dije no con la cabeza. No es un médico lo que necesito. Violina vino a mi lado y se arrodilló junto a mí. Yo le tomé la mano. ¿Estáis triste?, preguntó, con aquellos ojos negros que hablaban solos. ¿Queréis que cantemos?

Sí, dije. Cantemos. Llama al arpista. No es el cuerpo lo que me duele.

La música nos animó. Me enjugué las lágrimas. Escuchando al trovador cantar las cuitas de una mujer desamorada y recordando las palabras de fray Antonio, me hice un propósito. Te conquistaré. Doblegaré mi orgullo. No más reproches, no más celos. Belleza y amor.

La conversación privada que había prometido a Catalina nunca llegó. Yo tenía muchas ocupaciones, y al parecer ella también. Alfonso, como siempre, iba y venía. Entre cacerías y banquetes afianzaba amistades y cerraba pactos. En febrero marchó a Teruel, donde las cortes aragonesas le otorgaron una subvención de cincuenta mil florines para continuar la campaña italiana. Después regresó a Valencia y se metió de lleno en los asuntos de la familia.

Ya desde Nápoles había enviado una embajada a Castilla para justificar la protección que había brindado a Catalina y sus acompañantes. En abril de aquel año, Juan reclamó la presencia de los exiliados en Valencia. Alfonso respondió enviando otra embajada y pidiendo que el primo Enrique fuera liberado de la prisión.

¡Hermano por hermana!

Los mensajeros de Alfonso persiguieron a mi hermano Juan de corte en corte. Pero él no los quiso recibir. Entonces Alfonso habló conmigo. María, envía tú una delegación. Escribe a tu hermano, a ti

te hace caso. ¿A mí? Lo dudaba, pero lo hice. Juan, no sabes cómo deseo verte, y ver a María, y a la pequeña infanta… Celebremos un encuentro y solucionemos este conflicto como hermanos.

Y allá fue un hombre de confianza de mi consejo, Ramón de Caldes. Y le pedí que, de paso, se ocupara de hacer gestiones para que pagaran el resto de la dote que aún me debían. También le pedí que averiguara qué sucedía con Violante de Aragón y el conde de Niebla. El matrimonio se había celebrado por fin, tal como quería Alfonso. Yo me había esforzado en las negociaciones de la dote y había buscado dinero para pagar lo que exigía el conde… Pero meses después Violante me hizo llegar una carta en secreto. El conde la maltrataba.

Leer aquella carta me hizo reaccionar, tanto o más que los consejos de fray Antonio sobre la conducta de una buena casada. Había mujeres que sufrían mucho más que yo. No tenía derecho a quejarme por los desaires de Alfonso. Un hombre cazador, amigo de la belleza y la gloria, aunque su corazón estuviera lejos de mí, nunca sería una cruz tan pesada como un hombre violento y grosero que menospreciaba a su esposa en público y la golpeaba sin piedad en privado.

Una noche, cenando en casa de los Vilaragut, reprendí a Catalina. Las Vilaragudas habían llamado a un grupo de juglares para ofrecer danzas a sus huéspedes. Catalina, como siempre, era la reina del baile.

No parece que eches mucho en falta a tu esposo, le comenté cuando ocupó un sido a mi lado. Había estado bailando y venía sonrojada. Ella dejó de sonreír y me miró a los ojos. María, ¿qué debo hacer? ¿Encerrarme en un convento? Ya estuve enclaustrada, casi un año, antes de casarme, y no quiero repetir la experiencia. ¿Sabes lo que significa vivir recluida entre rejas y monjas? «Ay, si ella supiera…». Catalina continuó: María, me han casado por la fuerza, mi esposo cae en desgracia, lo encarcelan y mi vida corre peligro. No te puedes imaginar en qué se ha convertido Castilla. Es un nido de conspiradores, una guarida de lobos. Nuestro hermano, ya te lo he dicho, ni paga ni manda. Entre Álvaro de Luna y Pérez de Robles lo manejan todo. Y los nobles hacen bandos, apoyándose

unos con otros. ¿El primo Juan? Putea allí donde le conviene, así de claro te lo digo. Donde huele ganancia, allá está él. Donde olfatea problemas, arma barullo. Siempre ha sido así: tira la piedra y esconde la mano… «Ay, ¡bien lo sabía!» María, ¿qué debo hacer? ¿Llorar y morir de pena? Aquí me han acogido, aquí me tratan bien, pero no dejo de ser una refugiada. Una infanta sin tierra, sin hombre, sin futuro. ¿Qué crees qué me espera si regreso a Castilla? ¿Debo vivir encerrada de por vida, como la condesa de Urgel? Ya lo sé, ya sé que no podré quedarme siempre aquí… María, ¿qué daño hago divirtiéndome un poco mientras puedo? ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Le temblaban las lágrimas en los ojos, tan azules, tan preciosos, a punto de resbalar por aquellas mejillas como dos manzanas. Me compadecí. ¡Pobre Catalina! Adiós, celos; adiós, rencor. Era mi hermana, la niña querida que había compartido conmigo los años dulces de la infancia. En un pronto generoso, le dije: Catalina, ven conmigo a palacio. Y después nos iremos las dos a Barcelona. Quédate a mi lado y no tendrás por qué sufrir hasta que liberen a tu esposo.

Catalina se irguió y le cambió la cara. Muy seria, me contestó: No, María. Gracias, de todo corazón… Pero prefiero quedarme aquí. Creo que es mejor.

¿Mejor para qué? Quizá Catalina tenía razón. Tenía unos cuantos motivos para quedarse en casa de los Vilaragut. Después lo he pensado muchas veces y creo que, si hubiera venido conmigo, hubiéramos terminado peleándonos. Pero entonces me contrarió. ¿Por qué rechazaba mi oferta?

Mientras estaba en Valencia me ocupé de la reforma del palacio de Barcelona. Alfonso quería volver en mayo para bendecir los pendones y despedir a la escuadra que zarparía hacia Nápoles. Yo quería que encontrara un palacio más digno, más bello y luminoso. Un palacio que nos invitara a amarnos y que pudiera ser escenario, tal vez, del engendramiento y el nacimiento de nuestro primer hijo. Encargué que pintaran con estuco las paredes de nuestras alcobas. En Barcelona no hay mármol, pero sí buenos artesanos, así que ordené que cubrieran de baldosas los pavimentos y las terrazas. Los

moros, sin mármol, también saben llenar de color y brillo sus palacios. Pagué a una buena tejedora de Castilla, Juana de Tovar, para que confeccionara tapices nuevos, y pedí al bayle que la alojara en el hospital de la Santa Cruz mientras viviera en Barcelona. También envié cartas a mi administrador, Pere Maeller, y a doña Juana, el ama de llaves. Sabía que, cuando los amos están ausentes, los criados remolonean. Con tantos encargos y tareas no tendrían tiempo para holgazanear. Sobre todo, encargué que pusieran paños y llaves a nuestros aposentos.

Embellecer el palacio… ¡y embellecer mi cuerpo! Durante aquel año también puse todo el esmero en mi vestuario, en los bálsamos y en los perfumes, en la higiene. En el palacio de Valencia había baños que los reyes moros y sus reinas habían utilizado. Los cristianos no somos tan aficionados a los baños y los médicos dicen que tanta agua es mala, pues reblandece la piel y los nervios. Pero también hay buenos físicos moros y judíos que recomiendan curas de agua. De modo que hice restaurar uno de los baños cerca de mis estancias. Preparar un baño supone mucha faena y los camareros y las doncellas se quejaban. Todos menos Catalina *la Negra*.

Descubrí que el baño de agua caliente me relajaba y salía calmada y a la vez fortalecida. Mientras estaba sumergida en la bañera, qué curioso, todos los males se desvanecían. No sentía dolores, ni tensión. En algunos momentos ni siquiera me sentía el cuerpo. Ligera, sin notar mi propio peso, flotaba, sintiendo únicamente mi corazón y mis pensamientos. ¿Será algo semejante a vivir en el cielo cuando muramos? El agua tibia era una caricia, y mi piel, después de secarme, se volvía fina y rosada. ¿Tal vez era el baño un secreto de belleza de las reinas moras? ¿Podrían los baños devolverme la belleza perdida?

¡Ay, simple de mí! Quizás un baño puede devolver la belleza perdida. Pero no la podrá dar si nunca la has tenido.

El agua me lavaba el cuerpo, pero no el alma. Los celos continuaban creciendo dentro de mí, extendiendo sus ramas como una hiedra maligna trepando por una pared. Y Catalina no hacía más que abonarla. Yo, que había dejado a Margarita de Híjar en Barcelona, enfurruñada porque quería venir a Valencia, ahora me veía desafiada cada día por la belleza ostentosa de mi hermana.

Menos mal que no me faltó trabajo. Cada mañana tenía más

cartas y más asuntos que resolver y a veces me ocupaban parte de la tarde. Bendito trabajo. ¡Cuántas veces me ha salvado del peligro!

En mayo regresamos a Barcelona. El palacio real, que yo esperaba encontrar limpio y resplandeciente, estaba empantanado por las obras. Alfonso se enfadó, yo me defendí. ¡Quizá no hacía falta gastar tanto! ¿No querías un palacio más bello, más lujoso, con más luz?, protesté. Él miró los andamios, los alicatados a medio terminar, los sacos de cal y arena… Este palacio nunca será un Castel Nuovo, esposa. Más vale que te hagas a la idea.

Me dolió. Me dolió y me enojó. ¿Ahora se quejaba de los gastos? Arreglar un palacio no cuesta tanto como armar una flota, protesté. Él se echó a reír. Y unas cuantas baldosas tampoco sirven para conquistar un reino, replicó. «Ni para conquistar tu corazón, bien lo veo». Di media vuelta para ocultar mis lágrimas. Yo me quedaré aquí. Pronto acabarán las obras y tendremos las alcobas a punto. ¡Con paño y llave!

Pues yo me voy, dijo Alfonso. Cuando esté todo a punto, ya me avisarás.

Y se fue a cazar, con sus monteros y buena parte de su casa. Se alojó en San Cugat y sólo volvió a Barcelona para la ceremonia de bendición de los pendones.

El 4 de junio se celebró una misa solemne en la catedral, presidida por el patriarca de Jerusalén. Después, en la capilla de Santa Eulalia, se bendijeron los estandartes: el de la santa mártir, patrona de la ciudad, el oriflama del principado, el de San Jorge y el del capitán de la armada, Federico de Luna. A continuación salimos en procesión por las calles en medio de toques de trompeta y música de juglares. ¡La pompa que tanto gustaba a los hombres de iglesia, y a Alfonso, y también al pueblo! Rodeada por mis damas, yo iba justo detrás del rey, que iba junto al obispo. Todos los nobles, caballeros y principales de la ciudad nos acompañaban. El cielo era claro y las banderas, clavadas en postes, se mecían suavemente. Santa Eulalia, joven mártir, y San Jorge, el caballero. Mientras avanzábamos entre el gentío, me recogí y recé. Proteged a mi rey, bendecid su empresa. Ayudad a esta reina… Ayudadme a ser fiel. Fiel en el gobierno, fiel en casa. Fiel en aquello que todavía

no le he podido dar. ¡Ayudadme a engendrar un hijo!

Joana d'Oms, que caminaba a mi lado, me hablaba. Yo no la escuchaba y de pronto salí de mi ensueño. Estábamos en la calle Monteada, bajando hacia el mar. Señora, ¿os encontráis bien? Sí, sí. ¡Estáis tan pálida! Sonreí. Estaba rezando, dije. ¿En medio de este jaleo? Sí, Joana. En medio del alboroto el corazón también puede estar en calma… O en guerra.

La flota zarpó quince días más tarde. Veinticuatro galeras a las órdenes de Federico de Luna. Esta vez salí a despedirla, pese a que Alfonso no había embarcado. Estaba a mi lado, los dos montados en sendos corceles. Yo lo miraba y veía que se le iban los ojos tras las naves. Se quedaba, pero una parte de él, o todo él, ansiaba partir. Se quedaba para afrontar las pequeñeces de aquellos reinos pobres y agrestes, desangrados por las guerras y rotos por las luchas de una familia.

24.
Un torneo en el Borne y dos muertes

Las obras de palacio se alargaron. Alfonso se instaló en casa del obispo y yo en el palacio menor, de modo que durante muchos días nos distanciamos. Sólo nos encontrábamos los domingos, en misa mayor, y entonces Alfonso estaba tan solicitado, entre nobles, caballeros y sus compañeros de séquito, que a duras penas intercambiábamos más que unas palabras protocolarias. Yo quería explicarle que el palacio grande ya estaba a punto, pero él no mostraba muchas ganas de venir a mi lado.

Tan pronto como la flota zarpó, Alfonso se ocupó en una empresa que le entusiasmaba mucho más que los enredos de las cortes y las peleas de familia: un nuevo torneo.

Fijó la fecha en agosto, para dar tiempo a que acudieran cuantos más caballeros mejor. Alfonso no tenía corazón de mercader, pero empezaba a comprender a la gente de Barcelona y pensó que un torneo en la ciudad sería una gran ocasión para animar la vida y el comercio, reafirmar lazos y alianzas con las familias y propiciar que los forasteros pudieran hacer tratos con los catalanes. El torneo, para Alfonso, era más que una diversión. Era estrategia.

Él mismo iba a participar, y comenzó a entrenarse con sus compañeros. Una tarde me acerqué con las damas a verlos. Estaban en la explanada de la Ribera, ante Santa María del Mar, junto a la playa. Había calima y la polvareda que levantaban los caballos flotaba como una neblina dorada. Olía a pescado, a caballo y a la humedad salada que subía del mar. Alfonso montaba un corcel negro de raza árabe, regalo del rey de Granada. Llevaba un atuendo basto, de cuero y lino, sin casco ni armadura. Con el cabello

revuelto y la cara encendida desprendía una belleza agreste queme impactó. Era la misma belleza salvaje que me había seducido cuando éramos niños y él se iba con los adultos a cabalgar; aquella fuerza que desprendía cuando volvía de caza; la virilidad desnuda de joyas, finezas y protocolos. Era el hombre, tal cual. Con olor de sudor, de caballo, de arena y de humanidad. Barro amasado a imagen de un dios…, de Dios.

De pie, en medio de las damas y doncellas, que no dejaban de cuchichear y elogiar a los caballeros, lo miré como si lo viera por primera vez. Él se acercó con el caballo a un trote suave. Y me devolvió la mirada.

Esposa, ¿te han avisado? Sí, afirmé con la cabeza. «Ha sido un mensajero, ¿no podías venir tú a decírmelo, en persona?». Esta vez espero a mi dama, me dijo. Y yo volví a asentir. No faltaré, mi señor. Él sonrió. «No te faltaré». Recordé con tristeza y rabia aquel otro torneo en Valencia, años atrás, cuando madona Flor me metió el miedo en el cuerpo y temblaba pensando que mi esposo podía sufrir algún daño. ¡Ay, madona Flor y sus profecías…! ¿Dónde estaban los hijos que iba a tener?

Los consejeros de Barcelona sabían organizar bien las cosas. El día del torneo, 6 de agosto, la explanada del Borne estaba cubierta de un gran envelado de lino blanco. Habían levantado podios de madera para la reina, las damas y los convidados principales. También se habían instalado vallas para las carreras, establos y pesebres para la caballería. Una multitud de tiendas y paradas se extendían alrededor. Había venido gente de todo el principado, y también de Aragón y Castilla. Barcelona era un hervidero.

Las camareras me vistieron. Doña María había encargado para mí ropas moras, la última moda del momento. Eran sayas y túnicas de seda, frescas y de vivos colores, con una caída elegante que estilizaba y al mismo tiempo embellecía la forma del cuerpo. El turbante alrededor de la frente me suavizaba las facciones y me gustaba más que las cofias de puntas. Sancha y Constanza me trenzaron la melena en tres partes que sobresalían de la seda del turbante cayendo sobre la espalda y los hombros. Ungüentos, aceite fragante, henna en el cabello, en los labios y en las mejillas. Y el brial de color granada, con las puntas blancas, hacía juego con los rubíes del collar y las ajorcas de oro. Cuando me miré al espejo,

apenas me reconocía. Quizá demasiado… llamativa, murmuré. Violina, Jordieta y las doncellas protestaron. ¡No, señora! Ahora sí estáis bella de verdad. Sonreí con amargura. ¡Bella! Jamás lo sería. Pero sí, aquella mañana desprendía luminosidad, salud y energía. No parecía una eterna enferma.

Nos desplazamos en carruaje. Me acompañaban Juana d'Oms y sus hijas, Isabel y Constanza. En otras carrozas iban las doncellas y otras damas. También estaba Margarita de Híjar, con sus padres Juan y Timbor, que habían venido expresamente para asistir al torneo.

En el estrado, mientras los caballeros se preparaban, las señoras elogiaron mi vestido y mi buen aspecto. Yo no dejé de explicarles mis secretos de tocador. Ah, los moros, y las reinas y las princesas de los harenes…, cuánto saben de belleza, afeites y perfumes. ¡Y de otras artes! La conversación se animó y el podio de las damas parecía un palomar atestado de pájaros alborotados. A los hombres les gusta la exhibición de fuerza, a las mujeres nos gusta conversar. Tienen razón los frailes cuando nos riñen por parlanchínas. Pero, a nuestro lado, el estrado de los consejeros no estaba silencioso en absoluto. Los hombres también gustan de comadreo e intrigas. Tanto como nosotras, y esto lo he podido comprobar en muchas ocasiones. Sólo que las mujeres quizá somos más expresivas.

Pasado el mediodía, los trompeteros anunciaron el inicio del torneo. Desfile de caballeros al son de clarines y tambores, saludos a las damas… ¡y al combate! Bien erguida, en medio de la tribuna, recibí el homenaje de todos aquellos hombres cubiertos de bronce y hierro, enarbolando lanzas y estandartes, con los escudos que los representaban. Hay una pompa de la religión y una pompa de la guerra. Y ésta, la de la guerra, cuando se convierte en juego, es quizá la más vistosa, la más resplandeciente. Hacía calor y de pronto sentí que la cabeza se me iba. Pero estaba dispuesta a disfrutar del torneo como fuera. Cuando Alfonso se detuvo ante mí, montado en su corcel negro, e inclinó su lanza, me acerqué con un pañuelo de seda entre las manos y lo até en la punta de hierro. Me faltaba el aliento, pero resistí. Bajo el casco, con la visera que arrojaba la sombra sobre su rostro, él me observaba.

Compitió con Bernat Centelles y Ramon de Mur, dos caballeros catalanes muy diestros y afamados. Pero Alfonso era un buen

guerrero y estaba entrenado. Todos lo aclamaban, y no sólo porque fuera el rey. Rompió las lanzas de sus oponentes y no tuvo bastante. Cuando los otros caballeros iniciaron sus carreras, Alfonso se quiso batir con el vencedor de cada justa. El gentío se entusiasmó y gritaba con fervor. ¡Qué rey tan intrépido! ¡Qué gran caballero! Yo sufría y el corazón se me enloquecía con cada carrera. El polvo dorado subía y nos envolvía como niebla y el calor descendía del cielo, atravesando los toldos de lino. Sentí que la seda de mi vestido se empapaba sobre mi piel. Un escalofrío me recorrió la espalda; el pecho me quemaba. Me asfixiaba y el aire hervía. De pronto, el mundo se oscureció, como si un velo negro cayera sobre mí, tapándome la visión. La última cosa que vi fue el caballo de Alfonso, encabritándose mientras giraba. Alfonso empuñaba la lanza y su capa roja volaba en torno a su cuerpo como una llamarada.

Me desperté en la cama. El aire fresco de la tarde entraba por el balcón y el palacio menor estaba silencioso. Yacía, desnuda, bajo la sábana de lino. Tenía la boca seca y una compresa en la frente, mojada y caliente. Me la quité con mano débil.

Cerca de mí alguien se movió. Una cara morena, otra más clara, con ojos de niña. Catalina *la Negra* y Violina.

¿Qué ha pasado? Señora, os habéis desmayado. ¿Queréis un poco de agua? Dije sí con un gesto. Catalina me dio agua con un poco de miel. Estaba tibia, pero me sentó bien. La cabeza me daba vueltas.

¿Y el torneo? Más tarde, doña María me lo explicó, con pocas palabras y de mala gana. Alfonso había sido el gran triunfador. Todo el mundo había quedado muy contento. Ahora estaban todos en el palacio grande, estrenando las salas reformadas, pintadas de estuco y cubiertas de tapices, pavimentadas con azulejos de colores. Cenaban, y después habría baile.

Aún más tarde, cuando el cielo ya estaba oscuro y los grillos cantaban en el jardín, interrogué a las doncellas que me cambiaban la ropa y traían más compresas frías por orden del médico. ¿Quién ha sido la reina del torneo? ¿A quién ha coronado el rey? Ellas no me lo querían decir, pero las obligué a confesar. A Margarita de

Híjar.

Corrió un rumor. La reina está embarazada. Todos pensaban que el desmayo del día del torneo era una señal inequívoca. ¡El rey espera un heredero! Ni Alfonso ni yo nos apresuramos a desmentir ni a confirmar ningún rumor. Pero los dos sabíamos la verdad.

¡La reina, encinta! Cómo hubiera deseado que fuera cierto. Encinta ¿desde cuándo? Hacía muchos meses que no nos acostábamos. Sin perder la esperanza, yo había preparado el palacio con amor, embelleciendo nuestras alcobas, poniendo llaves en las puertas… Después de haber despreciado mis empeños, ahora resulta que a Alfonso le gustaba. Se instaló allí después del torneo con todo su séquito. Yo también quería ir, pero él me lo negó. Estás bien en el palacio menor, me dijo, cuando vino a visitarme al cabo de unos días. No hay sitio suficiente para dos casas.

Era cierto. Su séquito era grande, y el mío, ahora, tampoco era pequeño. Trescientos servidores, sin contar oficiales y caballeros, no cabían en aquel palacio. Vendré yo sola… ¿Tú sola? Con las camareras, solamente. No, María. Eres una reina y necesitas a tu servicio, y yo el mío. Mientras estemos los dos en Barcelona, más vale hacerlo así.

Y me quedé en el palacio menor, el palacete del jardín de fieras, con la fuente cantarína en el patio, oyendo los chillidos de los monos y los papagayos y el rugido sordo de aquel leopardo encadenado que no dejaba de dar vueltas en su jaula, cada día más flaco, cada día más rabioso. Como la leona de Túnez. Como yo misma. A veces bajaba al jardín, paseaba entre las jaulas de aves exóticas, miraba a los monos espulgándose y a aquel pobre gato moteado que debía añorar sus bosques nativos, en el país donde nunca hace frío. Los criados le tiraban los huesos y los despojos de la cocina, y el hedor de animal muerto se esparcía por todo el jardín. Hice plantar naranjos y jazmín, y matorrales de albahaca, romero y espliego para ahogar la pestilencia.

Aquel verano y el otoño que le siguió fueron tiempos de rumores. Rumores de vida y de muerte. Mi supuesto embarazo corría en boca de muchos. No me venía la sangre de las mujeres y ¡qué locura!, yo misma dudé si no sería cierto. ¿Y si lo fuera?

Francisco de Burgos aclaró mis dudas. Señora, no estáis encinta. Los desmayos y el dolor de cabeza son debidos al calor y a la flaqueza de la sangre. Para fortificarla, me sangraba. Yo pensaba que si tenía la sangre floja quizás hubiera sido mejor el tratamiento de Antonia, la física de Tortosa, que me había recetado faisán adobado, reposo, alegría y buenos vasos de vino endulzado con miel.

El otro rumor del que yo fui culpable, ¡pobre de mí!, fue de muerte. Andrés de Tordesillas me anunció a un mensajero. Era un hombre que venía de Castilla en secreto, me dijo, porque los consejeros del rey Juan le habrían impedido desplazarse a Aragón. Había cruzado las fronteras haciéndose pasar por un peregrino.

¿Qué nuevas traes?, pregunté angustiada. Temía alguna mala noticia de mi hermano, o quizá de Enrique, el esposo de Catalina.

La señora reina ha muerto. La reina madre, doña Leonor de Alburquerque. El corazón me dio un vuelco. ¿Cómo ha sido? De golpe, señora. Ha muerto en la cama, y en paz.

Me quedé tan desconcertada que no me detuve a pensar en lo extraño de aquella situación. ¿Muere la reina madre de Castilla y ha de venir un mensajero en secreto, a escondidas, para comunicármelo? ¿Por qué mi hermano no quiso que lo supiera? ¿Por qué nadie envió noticia a mi esposo, que es el rey, su hijo?

En aquel momento sólo pensé una cosa: Alfonso amaba a su madre. Tenía que saberlo, cuanto antes mejor. Envié a Andrés de Tordesillas y al emisario al palacio real. Id a informar al rey, ¡de inmediato!

Aquella tarde, Alfonso ordenó a los consejeros que preparasen una capilla ardiente y una misa funeral en la catedral. Las campanas de todas las iglesias comenzaron a tocar a difunto. Era finales de octubre y los días se acortaban. Ya de noche oscura, vestida de luto, salí del palacio con mi gente, preparada para ir a la catedral. Preparada para dar el pésame a Alfonso, para acoger su tristeza, para rezar por el alma de aquella gran mujer, la madre de la rama florida. La madre que había engendrado siete vástagos con vocación de reyes y reinas. Siete vástagos que, ahora, se retorcían como vides, mientras algunos de ellos se enzarzaban en disputas… Porque aquella madre tan fecunda era, también, la *rica fembra*, la mujer que poseía más tierras que nadie en Castilla, la que podía cruzar todo el reino sin dejar de pisar su propia casa. Tanta riqueza, al final, había

sido la maldición de su progenie.

A las puertas de la catedral me encontré con los consejeros, vestidos de negro, arropados por una multitud de gentes notables de la ciudad. También vi a varios canónigos de la sede. Mi señora, el rey no quiere que iniciemos el oficio, dijo uno de los prelados. Quiere confirmar que su señora madre ha fallecido de verdad.

Se me heló la sangre.

Entramos en el templo. Fuera hacía frío y soplaba el viento. Al cabo de una hora muy larga, rezando, esperando, oyendo las campanadas que hacían temblar las piedras con el tañido grave de difuntos, se hizo el silencio. Los murmullos cesaron mientras la última campanada repicaba, débil, como agonizante. Después, nada.

¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Todas las cabezas se giraron hacia la puerta de la catedral, por donde entraba el rey, acompañado del camarlengo y otros hombres de su casa. Los consejeros se precipitaron hacia la entrada.

La excelentísima reina doña Leonor no ha muerto. Ha sido una falsa alarma, obra de mis enemigos. Cuando me acerqué a Alfonso, con los ojos llenos de lágrimas —no sabía si de miedo, de tristeza mezclada con alegría o de vergüenza—, él me hizo callar sin pronunciar una sola palabra.

Todo ha sido un malentendido. ¡Malentendido! El mensajero… Alfonso se volvió, enfurecido. Estábamos solos en su despacho, donde aceptó recibirme. Pero detrás de las puertas a buen seguro todo el mundo nos escuchaba.

¡Un malentendido! ¿Por qué no te molestaste en averiguar si era cierto? El mensajero decía que venía en secreto, me defendí. ¿Cómo quieres que una noticia tan grave venga de boca de un desgraciado?, estalló él. ¡Ni siquiera era castellano! Lo hemos interrogado, es un vagabundo medio moro de Castellón. ¿No se lo notaste en el habla?

Yo no sabía qué añadir. Alfonso, me quedé tan abrumada que sólo pensé en decírtelo… Tu madre… Mi madre, replicó Alfonso, no se habría dejado engañar como tú. Y antes de morir, si estaba enferma, me hubiera enviado mensajeros para que fuera a verla. ¡Tengo agentes en Castilla! ¿Crees que no lo hubiera sabido antes

que tú?

Callé, triste y avergonzada. Quería llorar, pero quise hacerme la fuerte. Me pregunto si no habrá sido una de tus manías, dijo él. Una broma de muy mal gusto. ¡No! ¡No, Alfonso, te lo prometo! ¿Cómo puedes ni tan siquiera imaginarlo? Jamás querría hacerte sufrir, y menos faltando al respeto a tu madre…, ¡que es, para mí, otra madre!

Alfonso no quiso seguir. Me miraba con desprecio. Desde el desmayo del torneo, él y sus compañeros bromeaban sobre la reina histérica, atacada por toda clase de males propios de mujer. Alguien había hecho correr la voz sobre mis vértigos y los comparaba a las visiones y desmayos que sufrían algunas monjas que ayunaban demasiado.

Avergonzada, triste y furiosa, volví al palacio menor. Me encerré con el secretario para resolver asuntos y a escribir cartas. ¡A trabajar! Si dejaba que la mente volara pronto me acosarían las penas, los malos pensamientos y las tentaciones. Pronto acabaría enredada en una maraña de celos y rencor.

¡Los agravios de una reina! Cada vez me parecía más a los consejeros de Barcelona. Iba añadiendo a mi cuenta injusticia tras injusticia. Alfonso las ignoraba todas y no reparaba ninguna. Cuando nos encontrábamos en público, sonreía y era gentil conmigo. En privado, no disimulaba su fastidio, su aburrimiento y su impaciencia. Aquella falsa noticia nos separó todavía más.

Me confesé con fray Antonio. Paciencia, señora. ¿Más paciencia? Sois la esposa del señor rey. Le debéis respeto, tanto si se equivoca, que no lo hace por mala fe, como si no. ¡Yo tampoco actúo de mala fe!, protesté, y él me castiga. Tomad ejemplo de Nuestro Señor, el más justo de todos los hombres, que murió condenado injustamente… ¿Qué agravio puede haber mayor que éste? Tenía razón. Me consoló. Si Nuestro Señor, siendo bueno y justo, sufrió agravios y humillaciones, ¿quién soy yo para no soportar una pequeña ofensa? Pequeña…, pequeña, comparada con la grandiosa pasión de nuestro buen Dios. Pequeña, sí, comparada con la cruz de Nuestro Señor.

María, aprende, me dije al salir de la confesión. Me arrodillé en la capilla de Santa Eulalia y recé. Aprende. Lección primera: no creas todo lo que dicen los mensajeros. Averigua si son de fiar.

Lección segunda: no discutas a tu esposo, tenga razón o no. Es tu marido y es el rey. Lección tercera: ten espías de confianza en Castilla.

Aquella tarde escribí a Violante de Luna. Consolándola a ella me consolaba a mí misma.

> Querida, ten paciencia con tu esposo. Aunque él no se porte bien contigo, sé buena y fiel. Reza por él. Sé ejemplar, y quizá lo convertirás con tu buena conducta.

Su maldad no justifica tus quejas. Sé una buena esposa. Aprende de Nuestro Señor…, como yo misma. Como tu reina, que sufre los agravios de un rey que todos creen magnánimo. Ay, sí. Tiene el corazón grande…, pero duro como una piedra.

La que sí murió aquel otoño de 1424 fue Isabel, la esposa del conde de Urgel. Alfonso y yo nos volvimos a encontrar en la catedral para asistir a una misa por su alma. Los dos con cara de funeral, sin dirigirnos la palabra. Ante el féretro, las hijas pequeñas del conde, Juana y Catalina, dos niñas de rostros bellos y tristísimos, vestidas de negro, recibían el pésame de nobles y consejeros. Isabel fue honrada como una reina a la sombra. En aquella misa multitudinaria me di cuenta de cómo la amaban los catalanes. Era la esposa del último conde de Urgel, aspirante a rey, campeón y emblema de las libertades de la tierra. Un héroe trágico que se lo había jugado todo en una guerra. O rey, o nada. Ahora no tenía nada, ni siquiera unos días de libertad para poder despedir a su esposa muerta. Que el Señor acoja su alma.

25.
En Zaragoza, conflictos de familia y una tregua

Hay lugares, no sé por qué, que nublan el espíritu y propician los conflictos. Otros lugares, en cambio, favorecen la paz y la concordia. Hay casas y palacios que albergan algo oscuro, que inquieta el corazón. Otros, en cambio, son más amables y hacen posible el amor.

¿Por qué es así? A veces pienso que es por la luz, o por la belleza del espacio, o quizá por la historia que hay bajo las piedras… No se lo he contado nunca a mis confesores, pero a veces lo comento con mis camareras, y ellas también lo perciben. Sobre todo las más jóvenes, o las más sensibles. Catalina *la Negra* y Violina a veces me lo dicen. Señora, aquí se respira bien.

El palacio de la Aljafería es uno de estos lugares. Como el de Valencia, había sido un palacio moro. Tiene galerías luminosas, jardines, estancias alicatadas con azulejos de colores, techos que son jardines esculpidos en madera y yeso dorado. Los palacios árabes por fuera son fortalezas, pero por dentro son ligeros, delicados, abiertos al cielo, a la luz, a las flores que crecen en los patios. Son casas pensadas para el disfrute. Quizá por eso en Zaragoza Alfonso y yo hicimos una tregua.

Por Navidad ya estábamos allí y, después de la misa solemne, Alfonso me tomó de la mano y me sonrió después de muchos días de mutismo. Firmamos la paz. Celebramos el nacimiento de Nuestro Señor en un banquete, con invitados de las familias nobles de Zaragoza que nos apoyaban y el personal de nuestras casas. Ese día me sentí liberada de un gran peso.

Alfonso tenía mucho que hacer. Quería recaudar fondos para la campaña italiana, y las cortes aragonesas le habían prometido cincuenta mil florines. Pero también quería resolver de una vez por todas las peleas entre hermanos y el conflicto con Castilla. Desde Aragón podía enviar mensajeros, recibir espías y pensar en la mejor estrategia.

Además, en Zaragoza, Alfonso tenía buenos amigos, entre ellos Berenguer de Bardají, su hombre fuerte y el nuevo justicia. Aquel invierno Juan de Bardají, su hijo mayor, pasó a formar parte del servicio de mi esposo.

En Aragón me respetaban, allí había comenzado mi fama de mujer fuerte. A menudo recibía visitas de notables que me traían regalos. En palacio instalé mi despacho junto al patio de Santa Isabel, mi lugar preferido. Era un patio pequeño y acogedor, con arquerías que parecían bordados en piedra. Los días de sol recibía allí las visitas, y allí pasaba horas con mis doncellas. En aquellas estancias había nacido Isabel de Aragón, hija de Pedro el Grande, que después fue reina de Portugal, una mujer ejemplar a la que yo admiraba. La imaginaba cosiendo y recogiendo pan para repartir entre los pobres. La imaginaba dulce y paciente con su esposo, que fue tan infiel… Podía entender bien su ansia de perfección y su sufrimiento interior. Yo vivía una situación similar, sólo que Alfonso no era violento, sino encantador y noble, y yo no poseía la santidad heroica de Isabel. Era una reina pobre, pero me gustaban el lujo y la belleza. Tampoco quería acabar mis días en un convento. Aunque Alfonso a veces bromeaba conmigo sobre esto, creo que no he nacido para la vida religiosa.

Cada mañana continuaba con mis tareas como reina. Aquel año empecé a recibir trigo de Sicilia, una de las rentas que me debía sostener durante mucho tiempo. Fue un favor que me concedió Alfonso y que más de una vez me ha salvado de la bancarrota.

El trigo llegaba por mar y entonces había que venderlo. De ello se encargaban unos agentes, y escribí a los consejeros de Barcelona pidiéndoles que dejaran desembarcar las naves sicilianas en Sant Feliu de Guíxols, donde no había tantos aranceles, para que mis oficiales pudieran distribuirlo. Los consejeros de Barcelona accedieron a mi petición. Entonces comprendí que mi voluntad de escucharlos en las cortes y mi empeño por reconciliar posiciones y

resolver los agravios estaba dando sus frutos.

Los gastos de mi casa, sin embargo, se multiplicaban. Las doncellas tenían que casarse y había que dotarlas. Una reina no puede viajar sola, aunque tenga deudas. Alfonso, que nunca dejaba de invitar a caballeros y nobles, me enseñó que, aparte de los sirvientes, hay que rodearse de buena compañía. Ahora, además, tenía en mi corte a las hijas pequeñas del conde de Urgel, Juana y Catalina. Años atrás había prometido a su madre que cuidaría de ellas, y Alfonso me había encargado que las tratara como a princesas. ¡Qué fácil de decir! Eran bonitas y animaban mi casa, pero tenían un carácter fuerte y mantenerlas como infantas era otra cosa. ¿Cómo llegar a todo? Fray Bernardo de Ribes me había aconsejado que, para tener paz económica, había que hacer dos cosas: Señora, rezad y poned en manos de Dios vuestras cuitas. Confiad en la Providencia. Y después, calculad con inteligencia. La oración y las cifras no son enemigas. Nuestro Señor lo dice: antes de una guerra, un buen general calcula si podrá afrontar el gasto de la tropa y si tendrá posibilidad de victoria… Si no, negociará con el enemigo.

Reunida con mi mayordomo, Bemat de Cruïlles, y con el maestro de ración, Rafael d'Olzinelles, les hice anotar los gastos y las previsiones de mi casa, por un lado, y los ingresos que esperaba, por otra. Mi hermano me debía cuatro años de mantenimiento, más de un millón y medio de florines. Si me pagaba, mis problemas se resolverían. Aparte tenía el trigo de Sicilia, las rentas de algunas ciudades y las cenas y contribuciones que nos daban las poblaciones por donde pasaba durante mis desplazamientos. El problema siempre era el tiempo. Los gastos son un goteo, diario, constante. Los ingresos vienen de golpe, como los aguaceros de primavera o de otoño, y pueden ser más o menos abundantes, pero siempre llegan tarde. ¿Cómo sobrevive una reina en tiempos de sequía? Con préstamos. Con hipotecas. Incluso vendiendo ropa y joyas. Desde Zaragoza encargué a Pere Maeller, mi administrador en Barcelona, que vendiera una parte de mis vestidos y atuendos árabes. Mucha seda y ropa fina que unos judíos de Mallorca dijeron que me comprarían.

Después se echaron atrás y Maeller tuvo que buscar otros compradores. ¡Más contratiempos!

No quería ahorrar. Al lado de Alfonso no podía parecer pobre o mezquina. Él dejaba en mis manos la administración del palacio y la organización de banquetes, meriendas y recepciones a sus convidados. Hice muchos encargos de viandas que en Aragón escaseaban y que mi cocinero reclamaba. Pedí a Valencia manzanas, membrillos, jengibre, almendras y confites. Para mí y para mis doncellas encargué perfumes de almizcle y estoraque. Y, para animar las veladas, hice venir de Barcelona a un famoso arpista, Eduardo, a quien pagué con trigo de Sicilia.

Perfumes, música, manjares finos… Había aprendido de Violante de Bar. No tenía dinero, pero vivía entre tapices y joyas, rodeada por el lujo de filigrana y color de aquel palacio moro con jardines donde siempre crecían las flores. Incluso en invierno florecían los crisantemos entre las matas de espliego y romero, siempre verdes.

Mientras yo me ocupaba de casar doncellas y de proveer para nuestra casa, Alfonso se ocupaba de la paz en la familia… O más bien de la guerra. Las embajadas entre él y mi hermano habían sido un fracaso total. Un ir y venir infructuoso. Cuando las palabras fallan, hay que echar mano a la espada, dijo Alfonso. Y empezó a reclutar hombres, ayudado por Bardají y sus aliados.

¿Qué pretendía? ¿Invadir Castilla, la rica y poderosa Castilla, con un puñado de aragoneses? Todos los recursos que conseguíamos de las cortes iban a parar a la guerra de Nápoles, que sangraba las arcas del reino. Y ahora quería armar otro ejército para entrar en Castilla. ¡Qué locura! El día que me lo dijo, yo temblaba. Aquella noche sufrí un desmayo y caí enferma de nuevo.

Alfonso no era un loco. Sabía que tenía poco dinero y pocos hombres. Pero no quería mostrar debilidad ni rebajarse a pedir nada. Sabía que detrás del rey Juan estaba el poderoso Álvaro de Luna y los grandes de Castilla. Y Alfonso era rey. Rey de tres coronas y conquistador de Nápoles. Con un pie en Italia y amo del litoral mediterráneo de tres reinos hispanos, no podía agachar la cabeza ante un paje oportunista y un puñado de señores ambiciosos. A veces, María, me dijo, el león tiene que rugir para que los otros animales recuerden quién es el rey.

Yo recordaba a la pobre leona enjaulada… Pero Alfonso era un león en libertad, como los leones rampantes que lucen los escudos de nuestra tierra.

Pasé toda la Cuaresma enferma. Se me hinchó el vientre y volví a perder el sangrado. Me venían mareos y vértigos. ¿Encinta? El rumor volvió a correr por palacio. ¡De nuevo me hubiera gustado que fuera cierto!

Desde el lecho continuaba dictando cartas y ocupándome de las doncellas. De Barcelona llegó Joaneta, que había sido camarera de Violante y a quien decidí casar con uno de mis pajes. Y con ella, dos esclavas moras capturadas en una galera, Aixa y Fátima. Y también la marquesa de Malta, una dama muy virtuosa y de buena reputación. La marquesa se había quedado viuda, y Alfonso me recomendó que la acogiera en mi casa, ya que era buena compañía para una reina. Tenía unos cuarenta años y era de hablar suave, pero muy firme e inflexible contra las malas costumbres. Doña María de Sarmiento se mostró celosa de ella, pero la marquesa era tan amable y prudente que, con el tiempo, ambas se hicieron amigas.

Las muchachas y la dama viuda llegaron acompañadas por Miquel de Roda, uno de mis agentes, con un montón de baúles llenos de jarrones, vasos de cristal, joyas y tejidos franceses. Su venida me animó mucho y desde aquel día empecé a recuperarme.

Una madrugada me desperté con la cama empapada de sangre. Asustada, me llevé las manos al vientre. Estaba liso y deshinchado, me dolía. Llamé a las camareras.

No podía ser un aborto. No podía ser… Alfonso y yo hacía mucho que no nos acostábamos. No podía ser. Pero mi médico, Francisco de Burgos, y los físicos de mi esposo, que también me examinaron, no encontraban explicación. Yo me sentía muy débil y quería morir. La marquesa sugirió que llamásemos a una partera. Y me habló de María Oto, de Toledo, que tenía fama en todo el reino.

Toledo. Castilla. Averigüé cómo encontrarla y envié un mensajero a mi hermano Juan, pidiéndole un salvoconducto para que la partera pudiera estar a mi servicio durante un tiempo. Juan no respondió a la primera y tuve volver a escribirle. ¿Qué ocurría en la corte castellana? ¿Por qué un rey joven y sensible, como lo era Juan, amante de la música y blando de corazón, no respondía a su hermana enferma, que le pedía un médico? ¿Acaso quería vengarse en mí de las amenazas y desaires de Alfonso?

Las damas me recomendaron otro remedio. Corales. Piedras de

coral molidas y bebidas con leche y miel. Y cuentas de coral sobre la piel, en pulseras y collares. ¿Dónde encontrar coral? Escribí a Jaime Sala, de Barcelona, para que me hiciera llegar doscientas piezas de coral, finas y pulidas. Francisco de Burgos desconfiaba de aquel remedio, pero entre mujeres sabíamos otras cosas. Los corales alejan el mal de ojo. Muchas madres se los ponen a los bebés recién nacidos.

¡Mal de ojo! Recordé al justicia depuesto, Jiménez de Cerdán. ¿Tal vez alguien de su familia o entre sus partidarios quería vengarse de mí? Cuando expuse mi inquietud a fray Antonio, quiso quitármelo de la cabeza.

Me consolé pensando que otras mujeres sufrían más. Unas damas devotas me trajeron una reliquia de una santa, enmarcada en un pañuelo de seda con bordados de hilo de oro. Señora, dicen que tiene mucho poder en las dolencias femeninas. Si una embarazada la lleva cosida en la faja, o junto al pecho, nunca sufrirá un aborto.

Les agradecí el obsequio pensando, con vergüenza y pesar, que las voces ya corrían por toda Zaragoza. ¡La reina ha sufrido un aborto! ¡Ha perdido un hijo! Ha perdido al heredero…

Alfonso, una vez más, no se molestó en mentir ni en desmentir nada. Sólo él y yo sabíamos que en aquel charco de sangre vertido en mi lecho no había nada vivo. No sé por qué se me inflaba el vientre de aquella manera. Quizás era mi dolor, encamado en un puño de carne. Si había estado alguna vez preñada, había sido de anhelo y de impaciencia.

Yo ansiaba tener compañía y cada vez me consolaban más las visitas de las damas. En cambio, otras mujeres buscaban la soledad. Me llegaron noticias de las hermanas del conde de Urgel, Isabel y Leonor desde el convento de Sigena. Leonor quería llevar una vida retirada, pero no en el convento, sino con dos beguinas. Tres mujeres solas viviendo como doncellas vírgenes en medio del mundo. No, no podía ser. ¡Cuántas tentaciones, cuántos peligros podían correr! Yo sabía bien lo que se esconde tras los muros de un monasterio. Si dentro hay pecado, ¿qué no habrá fuera? Sin hombres, sin reglas, sin un superior o superiora… Por mucho que dedicasen su vida a la oración y a la caridad, la carne es débil. ¿Qué

puede hacer una mujer si no está sometida a obediencia?

Pero la audacia de Leonor me intrigaba. ¿Qué harías tú en su lugar, María? Una noche de insomnio, dando vueltas en la cama, lo pensaba. Me oyó Joaneta, que dormía a mi lado. ¿Necesitáis algo, señora? No, Joaneta. No puedo dormir. Yo tampoco, señora. ¿Quieres sentarte aquí? Ven, enciende una vela, que rezaremos juntas.

Ella prendió una candela, cerró el dosel de la cama y se sentó a mi lado. Rezamos un avemaria y después permanecí en silencio. Ella me respetaba, con la vista baja, y yo la miré, tan jovencita, tan inocente. O quizá no tanto. Joaneta había sufrido, pero la suciedad de los hombres que la habían maltratado no había mancillado la pureza de su piel, aquella mirada entre sorprendida y curiosa, mirada de niña todavía, en aquella cara redonda y dulce. Ah, Joaneta, pronto te casarás y perderás esta mirada tierna. Tu prometido es un buen muchacho. Al menos, lo parece. Era uno de mis caballerizos, y entre ellos siempre corren historias de mujeres. A Joaneta nunca le faltaría un plato en la mesa ni un techo. Tal vez le faltarían otras cosas.

Joaneta, ¿crees que una mujer puede vivir sola? Ella negó con la cabeza, pero sus ojos la traicionaban. Joaneta, ¿te gustaría vivir en un convento? No, señora, no. Esto lo dijo con espanto. ¿Y en una casa, con unas amigas, sin casarte, como una ermitaña sin serlo? Ella sonrió. Eso quizá sí me gustaría. ¿Igual que las beguinas? Sí, como ellas. La marquesa dice que son unas alocadas. ¿Tú qué piensas? Mi señora, no sé… Yo incomodaba a las doncellas más jóvenes con mis preguntas. Las obligaba a pensar y no quería una respuesta obediente, sino sincera. Quería la respuesta que también hubiera salido de mí, la María que aún estaba enamorada y quería paladear las rosas de la vida, sin miedo a ofender a un hombre que, antes que ser esposo, era rey.

Ser libre, vivir sólo para Nuestro Señor, sin estar encerrada en un convento, es como un sueño, dijo Joaneta. Lo dijo con la mirada elevada y media sonrisa en los labios. Pero… bajó la vista de nuevo. Pero no es posible, señora. «No es posible para mí. No es posible para ti», pensé.

Las mujeres necesitamos a alguien que nos mande, dije. Un marido, un padre o una madre abadesa. Reglas de vida. Ella asintió.

Sí, sí, señora. Pero las dos nos miramos a los ojos durante unos instantes. Las dos sabíamos que no.

Leonor de Urgel no me obedeció. Salió del monasterio, pero tampoco se fue a vivir con las beguinas. Se retiró a una cueva cerca de Montblanc, donde vivió como una eremita, entre penitencias y rezos. Vivía de las limosnas y llevaba un cilicio que le hacía sangrar la cintura. Pronto todo el mundo la llamó «santa». Murió años más tarde, enferma de peste, y la enterraron en Poblet, junto a los reyes. Leonor fue otra reina a la sombra. Reina porque fue libre, aun siendo la hermana de un conde vencido. Ni la voluntad de los reyes pudo doblegar la suya. Leonor de Urgel no necesitaba padre ni madre ni abadesa, ni nadie que la mandara. Su voluntad era suya, y la entregó a Dios. Y aquello que se entrega a Dios es sagrado. Ni reyes ni hombres lo pueden reclamar.

Alfonso no era un loco. Tampoco era un guerrero. Era un general. Y obró como un caballero. Mientras Berenguer de Bardají reclutaba hombres, él escribió cartas a nobles, obispos y procuradores de las principales ciudades castellanas. Quien avisa no es traidor. En las cartas declaraba su intención de entrar en Castilla con una tropa, pero no en pie de guerra, sino para negociar con el rey la liberación de su hermano, el infante Enrique. Alfonso dejó bien claro, por escrito, que no quería causar daño alguno:

> … las quales gentes entendemos llevar así ordenades que non fagan mal ni daño en las tierras e señorío del dicho rey nuestro primo.

La respuesta no se hizo esperar. ¿Un ejército pacífico, comandado por el hombre que había arrasado Nápoles y saqueado Marsella? Muy pronto llegaron otras cartas, e incluso algunos señores y procuradores se presentaron en Zaragoza para solicitar una audiencia con el rey. Suplicaron a Alfonso que no entrase en Castilla.

Alfonso, como buen caballero, los atendió, los escuchó, les ofreció una buena cena y un buen lecho y los despidió sin cambiar de idea.

La primavera avanzaba. En Zaragoza, de la noche al día se fue el frío y llegó el calor. Una semana atrás todavía helaba, pero, al cabo de dos, los patios de la Aljafería se llenaron de flores y las abejas zumbaban entre los rosales. Hasta las galerías y las habitaciones subía la fragancia dulce de los patios. De vez en cuando también subía una ráfaga de olor muy distinto. Los establos estaban hasta los topes y alrededor del palacio todo olía a ganado. Alfonso quería entrar en Castilla con mil ochocientos guerreros a caballo, sin contar los carros, la infantería y los auxiliares.

Yo me encontraba mejor y quise hablar con él. Me invitó al consejo. Allí estaban el nuevo canciller real, Dalmau de Mur, arzobispo de Tarragona, Berenguer de Bardají, Berenguer d'Oms y Juan Fernández de Heredia. Tenían extendido sobre la mesa un mapa de Castilla y el reino de Aragón, y estudiaban posibles rutas. Alfonso tenía espías en Castilla, y tanto él como el consejo estaban convencidos de que el gran conspirador, el culpable de los conflictos en gran medida, era Álvaro de Luna.

Alfonso, te lo ruego, no permitas que estalle una guerra entre hermanos. Él respondió muy serio: No es una guerra entre hermanos, María. Es una guerra entre unos cuantos nobles, atizados por un ambicioso, y el rey. Entre el poder de los grandes y el poder real. Entre la ley arbitraria de cada señor y la ley de las cortes, la ley del pueblo, defendida por el rey. «Entre una familia y otra», pensé yo.

No entres en Castilla con tus tropas. Pide una entrevista con el rey. Alfonso bufó. ¡Con el rey! Querrás decir con Álvaro de Luna. Con ese intrigante no pienso hablar, ni negociar un solo palmo de terreno. Pues habla con Juan, tu hermano, insistí yo. El rey confía en él, y tú también. Juan es el puente: no traicionará a su primo, pero tampoco querrá que vuestro hermano Enrique acabe sus días en prisión. Pronto será rey de Navarra, ¿no es un interlocutor digno?

Alfonso captó la ironía en mi voz, y sus consejeros también. Dalmau, el arzobispo, me apoyó. La señora reina dice bien. Es mejor evitar un enfrentamiento entre hermanos y reinos. Procuremos hablar y negociar antes. De acuerdo, aceptó Alfonso, pero no daré un paso sin los soldados. La mejor batalla es la que no llega a estallar, contesté yo. Oms y Heredia me dieron la razón. ¿Por

galantería? No, creo que me escuchaban; también estaban preocupados. La empresa de Alfonso en Castilla, con tan escasos hombres, parecía un intento abocado al fracaso.

Ponlo todo por escrito, le dije a Alfonso, recordando los agravios y las negociaciones de los catalanes. Ofrece la paz y pide que Enrique sea liberado y restablecido en su cargo. Pide, también, que sean perdonados el adelantado Manrique y los nobles exiliados con Catalina. Pide todas la garantías de seguridad para tu cuñada. Hazlo redactar con detalle, y que se contemplen todas las condiciones. Pide que haya testigos. Lleva a tus abogados. Yo puedo llamar a los míos, si es necesario. Lo que está escrito y firmado es un compromiso.

Alfonso sonrió. Has aprendido, esposa. Bien. Si se trata de pedir, ¡pidamos! Con dos mil hombres a tus espaldas nadie creerá que estás mendigando nada, esposo. Dos mil caballeros armados son una razón bastante elocuente.

Los reyes de Aragón y de Castilla decidieron verse en agosto. Mientras viajaban murió el viejo rey Carlos de Navarra. Entonces mi hermano decidió delegar en el primo Juan todos los poderes para negociar con Alfonso y envió al encuentro a dos de sus consejeros, Fernando Díaz de Toledo, el arcediano de Niebla, y un doctor en leyes, Fortún Velázquez. Por parte de Navarra iría Pierres de Peralta, mayordomo del difunto rey Carlos y consejero de la reina Blanca. Se reunieron en Torres de Araciel y mantuvieron largas conversaciones. Alfonso llevaba su documento. Reclamaba la libertad para Enrique, la restitución de sus propiedades y el cargo como maestre de Santiago, así como la rehabilitación de todos los nobles que habían huido con Catalina a Valencia. El documento se discutió, pero estaba muy bien redactado y Alfonso llevaba la razón: la presencia de los hombres armados y la amenaza de una guerra resultaron convincentes. El primo Juan, cómo no, allanó el camino. Los delegados de mi hermano firmaron todos los acuerdos y prestaron juramento. Finalmente, diez nobles del reino de Aragón fueron designados para velar por el cumplimiento de los acuerdos. Los castellanos lo aceptaron todo.

¡Paz y tregua! Aquel otoño Enrique fue liberado después de

pasar casi tres años en prisión. Mientras tanto, yo me preparé para volver a Valencia, donde Alfonso quería estar por Navidad. Mi casa había crecido y el mayordomo calculó que necesitaba ciento cincuenta mulas para trasladarnos: personal, baúles de ropa, provisiones, muebles y regalos. La paz con Castilla había alejado el peligro de la guerra, pero no había contribuido a resolver mis gestiones para cobrar la dote. Tenía a un hombre astuto y experto en leyes y finanzas, el judío Abraham Benveniste, de Daroca, como procurador en Castilla, con el encargo de cobrar el mantenimiento anual que me debía mi hermano, contando los cuatro años atrasados. Pero, como las grandes gestiones nunca van deprisa, tuve que recurrir a otro judío, Jaume Colom, de Barcelona, para que me diera un crédito de dos mil florines. Mi tesorero, Joan de Masguillem, me aseguró que este dinero llegaría pronto, pero no fue así. Acabé empeñando media vajilla de plata para acelerar los pagos y poder iniciar el viaje.

26.
El hijo

Y de nuevo emprendí el camino por estas tierras montuosas, cruzando el Ebro, que bajaba crecido como un mar, y remontando luego la sierra del Maestrazgo en pleno invierno, con lluvia, nieve y ventisca entre riscos y pinares. Pasamos por Caspe, Alcañiz, Morella… En las carrozas, damas y doncellas nos arrebujábamos bajo las mantas y las pieles. Si la vida placentera y lujosa en los palacios es la cara, viajar de un lado a otro es parte de la cruz de los reyes.

Cada pueblo, cada ciudad era un albergue. Cada palacio o cada casa donde nos alojábamos era un refugio donde nos hubiera gustado quedarnos. Cómo se agradecía, al caer la noche, después de un día de viaje, acercarse a un hogar ardiendo, sentarse en una mesa rústica y comer una sopa caliente. Los mejores ágapes a veces fueron en los pueblos más pequeños, como aquel de Conchabona. Los vecinos, impresionados por tener entre ellos a la señora reina, me vinieron a ver para pedirme un favor. Yo atendí con cortesía a aquel grupo de campesinos y pastores curtidos por el sol y el cierzo, con la piel terrosa y las manos gruesas y retorcidas como raíces. ¡Hijos de la tierra! Me rogaban que pidiera al señor rey que hiciera pasar el Camino Real por allí. Pues ahora, decían, va por otras aldeas, por caminos de montaña muy peligrosos, donde hay despoblados y bandoleros. En cambio, aquí, el camino va por llano, hay agua y espacio para las bestias, y el pueblo es un buen lugar para acoger viajeros. Por el Camino Real, Alfonso había pasado, pocos días antes, con su séquito. El mío iba por otra ruta, para no cargar en exceso a los pueblos y villas que nos tenían que acoger.

Gonzalvo de Ferrera, mi nuevo caballerizo, había elegido un buen recorrido, más largo pero más fácil, pensando en la comodidad de las mujeres. Prometí al edil de Conchabona que atendería su petición. Agradecidos, nos regalaron panes, unas botas de vino y una ristra de liebres recién cazadas. Al día siguiente, Luna de Tudela, el cocinero, las asó en medio de un campo donde nos detuvimos a mediodía. Joaneta y las hijas del conde de Urgel corrían como criaturas a esconderse entre los brezos, y me recordaron las excursiones y las cacerías de mi niñez. Aún ahora saboreo el gusto de la carne tierna recién asada, melosa y rezumando jugo sobre una rebanada de pan negro. En medio de aquella pradera batida por los vientos, abrigada bajo las pieles y bromeando con mis doncellas, fue una de las viandas más deliciosas que recuerdo.

Un temporal nos retrasó y las Navidades nos sobrevinieron en Segorbe. Desde allí me llegaron noticias de Alfonso. Había llegado a Valencia, donde se había reunido con su hermano Enrique, recién liberado, y con Catalina. El rey y el infante habían asistido a una misa solemne en la catedral con todos los nobles y jurados de la ciudad. El señor rey llevaba un manto de color carmesí con pieles de gibelina, tan suntuoso y largo que le arrastraba por el suelo, me explicó el emisario. Y el infante Enrique, vestido de terciopelo y pieles finas, regaló a todos los jurados jubones de brocado para que fueran ataviados con el mayor lujo. Los campanarios de la ciudad repicaban y hubo una procesión y fiesta en las calles. Yo escuchaba, celosa por no haber estado allí, rumiando si el dinero de la dote que había cobrado aquel otoño y que había entregado a Alfonso sin reservas habría servido para pagar los brocados a mi primo, o a los músicos y los comediantes, o quizás el pan y el vino de tanto festejo.

Como dos reyes. Alfonso había sido inteligente: Enrique podría resarcirse de la humillación y las heridas con aquella recepción fastuosa en Valencia. Y Catalina… ¿se habría alegrado con ellos? Sin duda, ella fue la reina de la fiesta. No quisieron esperarme para que pudiéramos celebrarlo todos juntos.

Al llegar a Valencia recibí un regalo inesperado.

Cuando entré en la ciudad, mi esposo estaba de cacería y no lo esperaban hasta finales de enero. Me instalé en el palacio, cansada, enferma y triste, y no tuve ganas ni siquiera para ir a visitar a Catalina, que continuaba en casa de los Vilaragut.

Una mañana, el mayordomo de mi esposo vino con dos pajes y una nodriza que llevaba a un niño recién nacido en brazos, envuelto en un lienzo de seda y con una mantita de lana.

Señora reina, este niño es el infante Fernando, hijo del señor rey.

Me quedé sin respiración, como si me hubieran golpeado el pedio con una maza. Todos: el mayordomo, los pajes, doña María de Sarmiento y la marquesa de Malta, que estaban a mi lado, tenían la mirada lija en mí. Y yo tenía los ojos clavados en aquella criaturita, menuda y lujada, que la niñera me mostraba como si fuera un obsequio.

El infante Fernando… Hijo del señor rey. ¿Y la madre? ¿Quién era la madre?

Alfonso nunca me quiso revelar quién era la madre. No se lo dijo a nadie ni yo lo pude averiguar. Pero sí me dejó claro quién quería que fuera la madre adoptiva, responsable de su crianza y educación. Cuando regresó de sus cacerías, lo quise ver de inmediato. Me recibió en sus aposentos e hizo salir a todo el mundo. Entonces me tomó de las manos, me besó suavemente en la boca y me dijo, mirándome a los ojos: ¿Te han traído al niño?

Me aparté de él como si me hubiera abofeteado. Alfonso, Alfonso… ¿De quién es ese niño? ¿Por qué? ¿Por qué no me has dicho nada? ¡Yo quiero darte un hijo! ¿Por qué no has podido esperar?

Él conservó la calma y no me soltó las manos. María, tú no puedes tener hijos. Y lo sabes.

¡Sí puedo! Los médicos me han dicho que me recuperaré… ¡Puedo, y podré! Soy yo quien debe darte un heredero. ¡Un hijo nuestro, legítimo! ¡Nuestro, nuestro!

Alfonso movió la cabeza. María, Fernando es nuestro hijo. Quiero que lo entiendas así. Se educará en la corte y tú serás su madre. Las lágrimas me llenaron los ojos. Lágrimas de rabia y de tristeza, llenas de reproches.

¿Quién es la madre, Alfonso? No necesitas saberlo, respondió.

Ah, necia María, ¿cuántos hijos ilegítimos habrá engendrado tu esposo? ¿Qué creías? ¿Cuántas amantes, bellas napolitanas, aragonesas ardientes y valencianas hermosas le han calentado el lecho mientras estaba lejos de ti?

No necesitas saberlo. Pero indagué. Andrés de Tordesillas intentó averiguarlo hablando con los pajes y los caballerizos de la casa de Alfonso. Doña María y la marquesa, con las damas. Violina y Jordieta, con las sirvientas. Corrían muchos rumores, pero nada se sabía de cierto. Señora, parece que la nodriza recibió al niño de manos de otra. Era una extranjera. Italiana. Hay quien dice que la madre era una esclava mora. Y otros, que una judía.

Me ocupé del pequeño Fernando. Ya estaba bautizado y llevaba el nombre de su abuelo, el rey del pacto, el héroe de Antequera al que Alfonso recordaba con veneración. Acogí a la nodriza entre el personal de mi casa y cuidé de que no le faltara nada. Pero no la quería entre mi corte de doncellas y damas, y la confiné en una habitación para ella y el niño, con dos pajes y una sirvienta.

Alguna tarde iba a verla. Contemplaba cómo amamantaba al pequeño. Era feúcho y arrugaba la nariz y la frente como si estuviera enojado. Lloraba poco, sólo cuando tenía hambre. Mamaba mucho, de un pecho y después del otro, y yo envidiaba en secreto a aquella mujer extraña. La nodriza era muy silenciosa y apenas hablaba. Daba su leche al niño y lo cambiaba con esmero, pero sin aquel afecto amoroso que, pienso, deben tener todas las madres. Después, cuando lo enfajaba y lo devolvía a la cuna, lo mecía con un ritmo constante, ni demasiado suave ni demasiado brusco. Podía pasar horas así, con la mirada perdida, sin mirarlo. El niño se dormía y yo lo contemplaba. ¿A quién se parece? Tenía la cabeza cubierta de una pelusa ligeramente rubia, y esto me alarmó. Pero no tenía los rasgos afilados de los Trastámara, ni la piel blanca y rosada de los Lancaster. No lograba sacarle el parecido con nadie a quien conociera… ¡Aunque era tan pequeño! Quizá cuando creciera, quizás entonces…

Nombres y caras, conocidas y desconocidas, me torturaban. Catalina. Margarita de Híjar. Una dama italiana. Una mora, una judía… ¿Quién, quién, quién? ¿Tendría que vivir el resto de mi vida con aquel misterio, con aquella pesadumbre? ¿Por qué Alfonso daba por cierto que yo no podía tener hijos? Aún era joven, tenía

veinticinco años. ¡Claro que podía tener hijos! Y los tendría.

Recordé con espanto la predicción de madona Flor. ¿Era aquel el primero de los tres hijos que había de tener? Quiero que lo entiendas así… Tú serás su madre.

Me confesé. Fray Antonio de Carmona me escuchó en silencio y después casi me repitió las palabras de Alfonso. Es el infante, y vuestro esposo así lo reconoce. Vos, mi señora, sois su madre ahora. Cuidadlo y amadlo como madre y como reina. Pero ¿y Alfonso? Ha cometido… No osaba pronunciar la palabra adulterio, me parecía demasiado tremenda, demasiado sucia para estamparla como una mancha de tinta sobre el nombre de mi esposo. No, no quería mancillarlo. Pero necesitaba echar la culpa a alguien. Si supiera quién es la madre… Señora, dijo fray Antonio, ¿qué sacaríais de saberlo? ¿Odiarla? ¿Castigarla? Quién sabe si no es una gran dama, con una reputación que conservar. O quizás una mujer sencilla que se vio obligada. O quizás ha muerto. Hay cosas que más vale no saber.

Hay cosas que más vale no saber. Es cierto, pero toda la vida he vivido con esta duda. Otra herida que se abrió entre Alfonso y yo y que nunca se cerró del todo. Con el paso del tiempo, más de un vez he oído algún comentario de Alfonso. La madre de Femando, dijo en una ocasión, es una dama honorable, de sangre tan real como la de su padre.

Enrique y Catalina volvieron a Castilla a finales de febrero. Los vi juntos y parecían reconciliados. Pero entre ellos no había ternura, sólo cortesía. Como entre Alfonso y yo. Catalina me vino a ver una tarde a palacio, con la Vilaraguda y algunas damas. Yo quería estar a solas con ella, me corroía una duda por dentro y, como la noté cariñosa conmigo, la tomé de la mano. Ven conmigo, Cati, quiero que hablemos.

Ella me siguió, dócil, por el pasillo hasta las estancias de las doncellas. Iba sonriente, como cuando éramos niñas y yo la arrastraba a explorar las salas del alcázar azul. Abrí una puerta y entramos en la habitación donde la nodriza estaba dando de mamar al pequeño Femando, sentada junto a la ventana.

Catalina dejó de sonreír y observó al niño. ¿Es el infante?,

preguntó con un hilo de voz. Sí, respondí. Ella me miró a los ojos, como diciéndome: Ya lo sé, María. Lo sé… Lo siento porque no es tuyo. Yo apretaba los labios y me acerqué a la nodriza. Ella se puso de pie y nos hizo una reverencia sin soltar al bebé.

Dame al niño, le ordené. Ella me lo acercó y lo sostuve en brazos. El pequeño, arrancado del pecho, empezó a llorar. Alfonso dice que será el heredero, dije. Tengo que quererlo como si fuera mío. Catalina asintió en silencio. ¿Quieres cogerlo? Ella lo tomó con un poco de reserva y lo estrechó con delicadeza contra su seno. El niño dejó de llorar. Catalina lo besó y se lo devolvió enseguida a la niñera.

Vamos, le dije. La conduje a mi despacho. Estaba desierto y en la mesa ordenada había algunos papeles y los enseres de mi secretario. Hacía frío y olía a tinta. Nos sentamos en dos sillones, al lado de la mesa, una delante de la otra. Oscurecía y una luz de color violeta entraba por la ventana, suavizando las formas. A media luz, Catalina era bella como una estatua de mármol.

He de aceptarlo, dije. Tengo que criarlo como a un hijo mío. Pero no sé si alguna vez podré amarlo… Miré a mi hermana y le abrí un poco el corazón. Sólo un poco. ¿Quién es la madre, Cati, quién es? Como si ella pudiera responder. Catalina movió la cabeza con tristeza. Quizá sea mejor no saberlo, María.

Alfonso dice que no puedo tener hijos, ¡es falso! Sí puedo, sí puedo… Sólo me falta tiempo. Tiempo y noches. ¿Lo entiendes, Cati?

No quería mostrarme débil ante ella, pero necesitaba desahogarme. Una lágrima resbalaba por su mejilla. Sí, lo entiendo, María. ¿No te ama el primo Enrique?, pregunté. Ella se llevó las manos al vientre, llorando. Soy yo quien no lo ama, María. Soy yo… Y cada noche, cuando viene a mi lado, es como morir en vida.

¡Ay, el infante Enrique, tan apuesto, tan bravo, tan solicitado por las damas de la corte! Era amado por todas menos por aquella que tenía que amarlo. Deseado por todas, desdeñado por su esposa. ¡Qué contradictoria es la naturaleza humana! Conociendo la tragedia íntima de Catalina me sentí aliviada. El sufrimiento de los demás a veces es un consuelo para las desgracias propias. Abracé a mi hermana.

Es nuestra cruz, dije. Hemos de llevarla como reinas.

Catalina y Enrique se fueron, pero pronto llegaron otros huéspedes ilustres. El primero fue el conde de Urgel. Alfonso no había empleado el dinero de mi dote para pagar músicos y festejos, sino para comprar a un cautivo. Lo quería cerca, temiendo que en Castilla pudiera conspirar contra él, y para ello pagó a doña Leonor Cabeza de Vaca para que lo dejara salir de su castillo de Castro Torafe, donde había estado recluido los últimos años. La dama aceptó y Alfonso organizó su salida en secreto, sin avisar ni pedir permiso a mi hermano Juan. Pero los secretos siempre acaban saliendo a la luz… Tal vez Leonor traicionó a Alfonso, o tal vez Álvaro de Luna tenía espías en su casa… El caso es que el conde y su pequeño séquito fueron detenidos. Alfonso tuvo que negociar con mi hermano para que dejase venir al conde a Valencia. Hasta el mes de mayo no lo consiguió. Jaume de Urgel acabó en el castillo de Játiva, donde Alfonso lo tuvo encerrado y vigilado hasta su muerte.

Cautivos y cautivas. Las hijas del conde que estaban conmigo, Juana y Catalina, crecían. Yo sabía que en secreto hablaban con pajes y emisarios, querían saber nuevas de su padre. Abrigaban la esperanza de que, en Valencia, podrían volverlo a ver, pero Alfonso no lo permitió. ¡Pobres muchachas! Yo evitaba tocar el tema y procuraba que se distrajeran con la música, la lectura y las ocupaciones propias de las damas. Pero en ellas había un halo de tristeza que nunca se desvanecía por completo, como la bruma que diluye el horizonte. Y también una rebeldía soterrada, un orgullo que no podían ocultar y que las distanciaba del resto de las doncellas. Era la sangre altiva de su abuela, Margarita de Monferrato. Eran muy conscientes de que eran damas de una reina, pero podrían haber sido princesas.

No todas las reinas y princesas, sin embargo, disfrutan de libertad. En abril, Alfonso consiguió que su madre y su hermana pequeña, Leonor, salieran de Castilla. Viajaron desde Medina del Campo hasta Teruel, donde se reunieron con él. Yo quería acompañar a Alfonso, pero estaba enferma. Hacía años que cada primavera vivía un calvario en mi cuerpo. Tía Leonor estuvo poco tiempo en Teruel, no quería enojar a su sobrino, el rey de Castilla, ni provocar más conflictos de familia. Alfonso habló con ellas de su proyecto de casar a Leonor con el infante de Portugal, pero su madre le dijo que en la corte castellana se oponían. Álvaro de Luna

y sus aliados tenían otros planes. Alfonso regresó molesto y renegando de aquel paje conspirador y perverso que no hacía más que envenenar la corte y enfrentar a hermanos contra hermanos.

Mientras tanto, yo escribía a Catalina, que estaba en Toledo, y a Enrique, y a la abadesa de las clarisas de esta ciudad, para que rogaran a mi hermano que dejara venir a Valencia a la famosa partera, María Oto. Me encontraba mal, el sangrado me venía ahora sí, ahora no, las fuerzas me abandonaban y sufría desmayos con frecuencia. Aquel año no pude saborear la primavera valenciana, con sus perfumes de jazmín y azahar, el sol sobre las huertas en la ribera del Turia y el mar sereno. Pocos días me sentía lo bastante bien como para salir. Por las mañanas me esforzaba en levantarme, ir a misa y despachar con el canciller y el secretario. A mediodía, agotada, tomaba un caldo caliente y un poco de mazapán de almendras. Pasaba las tardes en la cama, con un buen fuego de brasero ardiendo en la alcoba. Las damas y doncellas se acostumbraron a coser y a conversar en mi habitación, que acondicioné con muebles, cojines y mesitas para convertirla en un pequeño salón cortesano.

La partera de Toledo llegó por fin. Era otra conversa, una mujer bajita, robusta y con una fuerza insólita en las manos. Al igual que Antonia de Santa Sofía, la curandera de Tortosa, me quiso examinar desnuda, me masajeó todo el Cuerpo con energía y oprimió mi vientre hasta que chillé de dolor.

Mi señora, vos no tenéis nada. Todo es vacío. Vacío y dolor. Sólo necesitáis buenos alimentos y… Bajó la voz y se acercó para hablarme al oído. El aliento le olía a menta y anís. Y unas cuantas noches con vuestro esposo, el señor rey.

Parece que las físicas tienen una opinión bastante diferente a la de los médicos, amigos de practicar sangrías, recetar brebajes de hierbas potentes y curas de cama. La toledana me recetó un jarabe de vino, salvia, miel y canela; caminar cada día, tomar el sol en el jardín y comer lo que me apeteciera. Me tomó el pulso, sosteniendo mi pobre muñeca escuálida como una ramita desnuda entre sus manos regordetas, que desprendían calor.

¡Fuerza, señora, os falta fuerza! Yo le pedí, bajando la voz:

¿Podré tener hijos? Ella me miró con ojillos negros y penetrantes de mujer que sabe mucho sin hacer demasiadas preguntas. Se encogió de hombros y no respondió.

27.
TERREMOTOS ,PACTOS Y UNA MUERTE MISTERIOSA

Como María Oto me había recomendado buen vino y buenos alimentos, pedí al primo Enrique que me enviara unas cuantas botas de vino de Ocaña. Él me complació y me hizo traer una carga de barriles. ¡El día que llegaron fue una fiesta! Toda mi casa y buena parte de la de Alfonso quería probarlo. Yo lo quería reservar para mis brebajes y mis colaciones…, pero lo que es de la reina es de todos. Lo servimos en algunos almuerzos, con toda la casa de Alfonso, y pronto el vino se agotó y tuve que pedir más. Recuerdo que le escribí una carta con humor: *Ya puedes ver que soy buena bebedora*. Yo, la prima austera y siempre enferma. Me acordé de Mom y de sus botellas de vino de reserva, ay, que Dios la tenga en la gloria. Enrique tuvo la gentileza de enviarme más.

Aquel verano fue Alfonso quien cayó enfermo de fiebres cuartanas. Yo me volqué en cuidarlo, pero él confiaba en sus médicos… ¡y en los músicos! Organizó la corte alrededor de su alcoba y cuando yo iba a verlo me hacía sentir que le molestaba mi presencia. Venía conmigo la marquesa de Malta, alguna de las damas y algunas doncellas, procurando que nunca fuera Margarita. Le proponía rezar un rato y él aceptaba los días que se encontraba peor. Otros días le leía algún capítulo de los libros que tenía entre manos. Recuerdo una tarde que me pidió que le leyera unos episodios de la vida de Alejandro Magno. Al terminar el relato de una batalla se enderezó en la cama, con color en las mejillas y los ojos brillantes. ¡Sólo escuchar estas gestas ya me retoman las fuerzas!, exclamó.

Cuando estaba más animado pedía a Eduard el arpista y a los músicos que tocaran. Aun en camisón de dormir era hermoso y parecía invencible. ¿No deberías acostarte?, le pregunté un día. La fiebre le relucía en los ojos y a cada momento pedía agua con un poco de vino y miel para remojar la garganta seca. Él se negó. Esposa, me muero de impaciencia. Si no fuera por la fiebre, y por los médicos, ya estaría en el monte. Nobles, monteros y caballeros de su séquito le procuraban conversación. Ausiàs March, su halconero poeta, le recitaba los últimos versos que había compuesto, tan ardientes y apasionados que todos prorrumpían en elogios. Y después, en murmullos. Violina, mi querida doncella, siempre quería venir conmigo a ver al rey y lo escuchaba embelesada. ¿Quién inspiraba al poeta aquellas palabras de fuego y muerte? ¿Quiénes eran aquellas damas misteriosas, quién «llena de sabiduría, lirio entre cardos» encendía su pluma? Los médicos fruncían el ceño y aconsejaban descanso a su señor pero, ¡ay!, el reposo era extraño a su naturaleza. Yo me había acostumbrado a la enfermedad y había aprendido a ser dócil. Alfonso la detestaba y le hería su orgullo verse tan débil.

Por él hice comprar perfumes, dulces y frutas. Ordenaba que cada día le cambiaran la ropa de la cama y quemaran incienso y mirra en sus aposentos. También pedí que le trajeran agua de manantial de montaña. Le procuraba mil detalles. Esperaba, ilusa de mí, que él se percataría. Nunca me dio las gracias.

Aquel año Barcelona sufrió varios terremotos. El día de San José, más de dos mil personas salieron a la calle, hombres, mujeres e incluso criaturas, y todos se flagelaban y golpeaban como penitencia. Desfilaron hasta la catedral, donde el obispo ofició una misa solemne. Misas y penitencia para aplacar el cielo que hacía temblar la tierra. Recordé un sermón de fray Vicente Ferrer en que hablaba de la ira divina que escupía la maldad de la tierra. Cuando los hombres llenan a rebosar la copa del mal, la misma tierra se sacude de tanta ponzoña. Con la marquesa y las doncellas rezamos muchos días para que Nuestro Señor se apiadase de Barcelona. Pero los pecados de esta ciudad debían de ser muchos, porque la tierra continuó agitándose, cada pocos meses, todo aquel año y el

siguiente.

Alfonso se curó con el frío del invierno. Los inviernos en Valencia son amables y luminosos, sin el hielo de tierra adentro ni la humedad de Barcelona. Tan pronto como pudo levantarse y se encontró con fuerzas, se marchó a cazar a Lliria.

Pasó la Navidad fuera de Valencia. Yo lo echaba de menos mientras celebraba el año 1427 del nacimiento de Nuestro Señor con mi pequeña corte. Tras la partida de Alfonso, el palacio se me antojaba vacío. Consejeros, músicos, monteros, caballeros e incluso algunas damas se desplazaron con él. Me gustan el orden y la tranquilidad, pero eché en falta la jarana festiva que siempre rodeaba a Alfonso. Mientras escuchaba a las damas, sentía que me faltaba su voz, la música, las conversaciones de los hombres, las discusiones sobre reyes, príncipes, papas y conspiradores. Las damas me encontraron morriñosa y lo comentaron. Añoro a mi rey, dije. Violina comentó algo que siempre recordaré. Allí donde va, el rey se lleva la alegría. No sé si lo dijo por acompañarme en el sentimiento o porque ella también echaba de menos a alguien más…, a su poeta amado. Margarita, que bordaba a su lado, asintió. ¡Es tan cierto!, suspiró. Yo la miré fijamente. Claro que tenía motivos para añorarlo, ella, que era la reina de los bailes y la pareja preferida del rey a la hora de danzar. Hubiera querido dejarla en Barcelona, pero su padre y su hermano formaban parte del séquito de Alfonso, lo habían acompañado a Nápoles y eran amigos de confianza. No podía apartarla sin ofender a toda la familia.

Desde la partida del rey, Margarita tampoco se encontraba bien. Perdió el apetito y la veíamos pálida y alicaída. No sonreía ni se mostraba parlanchina como de costumbre. Una noche, doña María de Sarmiento me llamó aparte. Esa muchacha está enferma. Yo no le quise dar importancia. Quizás añora al rey, dije con amargura. ¿Y si le enviamos al médico, señora? Yo solía preocuparme por la salud de mis doncellas, pero aquella noche me mostré dura. Si se encuentra mal, que lo diga y ya veremos, respondí.

Margarita no dijo nada. Reconoció que estaba cansada cuando alguna de las doncellas le preguntó. Pero no pidió ayuda. Al cabo de dos días, mientras dormía, Violina, que estaba a su lado, notó que se agitaba entre convulsiones. Cuando se acercó, Margarita estaba cubierta de un sudor frío. Llamó al médico, alarmada.

Después me avisaron a mí. Antes de rayar el alba Margarita expiró.

Belleza muerta. Belleza sin color en aquel rostro y en aquel cuerpo donde ya no quedaba vida. Quedaba la belleza. Margarita murió con los labios y los dedos azulados, sin rastro alguno de aquel rosa que había encendido sus mejillas. La enterraron en una tumba sencilla, en la sagrera de la catedral, y yo le ofrecí una misa. Muchas damas de Valencia y las mujeres de mi casa lloraban. Yo derramé una única lágrima ante el féretro. Y aún no sé si era de lástima o de estremecimiento, al contemplar cómo algunas mujeres pueden llevarse la juventud y la hermosura hasta la tumba.

Con la muerte de Margarita murió algo más. O quizá fue otro golpe a la grieta que se iba abriendo entre mi esposo y yo. Cuando Alfonso volvió de sus cacerías, organizó una cena festiva con la gente de su casa. Envié a mi paje de confianza, García, a Juan Fernández de Híjar para comunicarle de forma discreta el fallecimiento de su hija. Pero la discreción y el secreto no existen en una corte numerosa y animada. El señor de Híjar rompió a llorar con desconsuelo y sus compañeros lo rodearon para darle el pésame y reconfortarlo. Alfonso no tardó en saberlo.

Aquella noche, cuando nos encontramos en el salón comedor para presidir la mesa, Alfonso me tomó la mano y me clavó su mirada dura e inquisidora. ¿Cómo ha muerto Margarita?, me preguntó a media voz. Yo sostuve la cara bien alta y no aparté los ojos, pero por dentro me estaba hundiendo. Dice el médico que por un golpe de fiebre, respondí, también en voz baja.

Alfonso hizo tocar a los músicos. Buena parte de la cena permaneció con el rostro sombrío y callado, y sólo después se animó hablando con los caballeros. No me dirigió la palabra en toda la noche. Ni vino a mis aposentos. Ni me volvió a mirar a los ojos. Ni aquel día, ni los siguientes.

Por la corte corrieran todo tipo de rumores. La doncella envenenada. O quizás embarazada, tal vez fue un aborto lo que la llevó a la muerte. Alguien declaró que había sido estrangulada por uno de mis pajes, cubierto con una máscara. Incluso mi pobre médico, Francisco de Burgos, fue señalado por tener venenos escondidos entre sus medicinas y remedios. Otros dijeron que la

ponzoña me la había procurado aquella curandera toledana, María Oto. Madona Flor decía que alguien le había echado el mal de ojo. ¡Ah! Yo hice caso omiso de todas aquellas habladurías y, aconsejada por fray Antonio, no me esforcé por desmentir nada ni por dar explicaciones. Señora, la ignorancia es el arma de la inocencia. Las mentiras son humo, y el humo se desvanece con una ráfaga de viento.

Pero el resentimiento no es humo y las pasiones que se ocultan en el corazón no se desvanecen con una ráfaga de viento. Ni las buenas ni las malas. A Alfonso no le faltaban las buenas, bien lo sé. Pero la muerte de Margarita le dolió y, como el señor de Híjar era un buen compañero de grescas y batallas, no escondió su tristeza y enojo. Tanto si creyó los rumores que me acusaban como si no, y me inclino a pensar que no, lo cierto es que me castigó. Desde aquel día, Alfonso jamás volvió a entrar en mi alcoba.

¡Ay! Lo cuento bien, como los tesoreros que cuentan las monedas de oro cuando los cofres se van vaciando… Cinco noches. Cinco noches de amor. ¡Cinco únicas noches en toda una larga vida! ¿Se puede vivir de cinco noches cuando la vejez se acerca y la enfermedad golpea? Cinco pequeñas llamas en la oscura, fría y larga penumbra de toda una vida. Bastan cinco, sí. Bastaría una sola para ahuyentar las tinieblas. Pero el tiempo huye, como decía fray Vicente Ferrer, y la llama de un día pasa. ¿Bastan cinco noches para engendrar un hijo?

Aquel año de 1427 fue el año de los pactos. Año de pactos y matrimonios, y de enfermedades y estrecheces. En medio del lujo de la corte de Alfonso, mis arcas se vaciaban. Encargaba joyas y sedas, mas luego tenía que empeñarlo todo. El dinero de Castilla no llegaba. Finalmente, mis procuradores me dijeron que Abraham Benveniste jugaba con la dote. Cobraba una parte, la invertía en negocios o préstamos y luego sacaba intereses. Cuando lo supe, lo despedí con una severa carta. Él protestó e intentó convencerme de su buena gestión. ¡Demasiado tarde! Los hombres que juegan con el dinero no son de fiar, señora, me dijo la marquesa de Malta. Ella,

como las otras damas de mi casa, sufría escaseces. Y todas, como yo, habían terminado empeñando vestidos y alhajas. El día que podíamos comer carne y beber vino era una fiesta. Afortunadamente recibíamos regalos. Los alcaldes de los pueblos, ciudadanos nobles, señores y campesinos nos traían cardos, quesos, vino, miel y almendras. La señora reina escuchaba a todos y concedía favores a los pobres. La gratitud llegaba siempre. Es la Divina Providencia, decía la marquesa, nunca nos faltará el pan de cada día. Yo pensaba: «No, no nos faltará el pan, ¡pero sí el oro!». Después me arrepentía y me confesaba. Fray Antonio también me hablaba del pan, pero a la hora de cobrar tampoco se olvidaba del dinero.

Año de pactos. Aquel año se celebraron tres pactos solemnes en Castilla. En febrero, los de Toro entre los primos Enrique, Juan y Pedro, que había regresado de Italia, Alfonso y los maestres de Alcántara y Calatrava, con otros nobles y señores. Dos reyes, un infante guerrero, tres grandes órdenes militares y un grupo de nobles hermanándose para evitar la guerra… o para formar un bando. El rey al que pretendían defender, como siempre, era mi hermano Juan. El gran enemigo común: Álvaro de Luna.

Alfonso, sin embargo, no fue a este encuentro. Envió a Juan de Olsina como representante. Yo estuve en su consejo antes de enviar al embajador, y allí escuché cómo Olsina leía una carta del primo Juan. Pedro Manrique, el adelantado, explicaba que Álvaro de Luna conspiraba con doña Mencía Téllez, dama de la prima María. Según Manrique, De Luna quería convertirse en el amante de la reina para, después, matar al rey Juan y hacerse con el trono. Él y la reina María serían los regentes mientras el joven infante Enrique llegara a la mayoría de edad. Alfonso se indignó; yo escuchaba entre horrorizada e incrédula.

En primavera se celebró otro pacto en Valladolid. El primo Juan, rey de Navarra, y Federico de Luna, que ahora ostentaba el título de conde de Arjona, declararon que defenderían al rey de Castilla y también a su hijo Enrique. ¿Querían apoyar a Juan o querían dominarlo?

En septiembre se firmó un tercer pacto, el compromiso de Puente de Duero. Los primos y Alfonso urdieron una estrategia inteligente para dar el golpe de gracia. Cuando no puedes con el

enemigo, ponlo de tu parte. O engáñalo. Álvaro de Luna fue convocado e invitado a jurar este pacto, donde se acordaba nombrar a cuatro jueces imparciales que velaran por la libertad del rey Juan. ¿Qué libertad? Ay, los reyes son sometidos a tantas cadenas… El propio soberano tenía que respetar las sentencias de los cuatro jueces, y lo obligaron a jurar.

Álvaro de Luna cayó de cabeza en la trampa. Apenas el rey hubo jurado, los jueces decretaron el destierro del favorito y lo *expulsaron* de Castilla. Juan en persona firmó la orden de exilio del hombre que, desde la infancia, había sido su mano derecha.

Mientras mis informantes me lo explicaban, no pude evitar recordar a Mom y a doña Leonor de Castro. ¿Quién tiene las llaves en Castilla? ¿Quién manda de verdad? Un rey se puede equivocar, pero un rey debe llevar el timón de la nave, como Alfonso me decía a veces. Y el timón no puede virar en dos direcciones a la vez. Para manejar el timón se necesita un solo hombre. Un solo rumbo. Una sola voluntad. ¿Cuántos brazos movían ahora el timón de Castilla?

¡Alfonso jamás hubiera firmado un pacto así! Él escuchaba, pero después hacía lo que le parecía mejor. En San Cugat llegó a amenazar a las cortes. Pero el pobre Juan siempre había sido débil y temeroso. Ni el matrimonio con la prima María ni el nacimiento de su tercer hijo, el infante Enrique, heredero al trono, lo habían hecho más firme. Quizá porque tenía al lado un hombre que sostenía las riendas por él y le ahorraba disgustos. Ahora, de golpe, se veía privado de este contrafuerte, apuntalado por cuatro jueces y una corte intrigante que, más que reforzarlo, le chupaba la autoridad y la energía.

El rey Juan está triste, deprimido, me dijeron mis enviados a Castilla. Sentí compasión por él. Me hubiera gustado ir a verlo, pero tenía demasiados asuntos entre manos y tampoco me encontraba bien. De modo que le envié a dos músicos para animarlo. Tocaban el laúd y ambos eran de la casa de Alfonso. Sabía que para Juan la música era más que una distracción. Quizá, como me ocurría a mí, en algunos momentos la música era su única medicina.

Alfonso no fue a Castilla porque tenía otros pactos pendientes fuera de nuestras fronteras. Pedro había regresado de Nápoles asqueado:

Italia era un nido de intrigas y Nápoles continuaba en manos de la reina Juana, a punto para buscar nuevos pretendientes. Alfonso quería pactar con el papa Martín y viajó a Perpiñán para encontrarse con el cardenal Pedro de Foix, delegado de la Santa Sede. Francia todavía estaba en guerra, una guerra que duraba demasiado tiempo, casi cien años, con Inglaterra. El delfín Carlos, como mi hermano Juan, era un títere en manos de nobles y obispos que no acababan de poner fin al conflicto, esperando sacar provecho de un bando o de otro. Finalmente, Violante, la hija de Violante de Bar y duquesa de Anjou por matrimonio, se llevó al delfín a su corte de Provenza para protegerlo. Muy pronto fue ella quien tomó las riendas de aquel reino. Francia, como Castilla, estaba dividida, y los ingleses se abalanzaban sobre el botín. Alfonso quería ayudar al delfín y captar un nuevo aliado para sus conquistas. ¡Empresa complicada cuando la duquesa que defendía al joven príncipe era la madre de su eterno rival en Nápoles, Louis de Anjou! Pero mi esposo no se desanimaba. Trabajaba de firme, preparando la guerra y atando matrimonios. Una parte de la guerra, como he dicho, no se gana en el campo de batalla, sino en la cama. Yo misma soy fruto de un matrimonio pactado para poner paz, hija de una tregua entre Inglaterra y Castilla. Mis padres fueron las prendas de la reconciliación entre Juan de Gante y el abuelo Juan I de Castilla. Y la paz ha durado hasta el día de hoy.

Alfonso también quería sellar una alianza con Portugal. Él y yo habíamos conseguido, al final, acordar el matrimonio de la prima Leonor con el infante Eduardo, heredero del trono portugués. Leonor era una jovencita inquieta y graciosa, sin mucha belleza pero con toda la vivacidad de los Trastámara. El novio, en cambio, era un joven enfermizo. Si moría, la alianza corría peligro. Para asegurar doblemente el pacto con Portugal, Alfonso prometió a Isabel, la hija mayor del conde de Urgel, con el otro infante de Portugal, don Pedro.

Así las cosas, Alfonso marchó a Barcelona por mar a finales de mayo. En junio desembarcó en una ciudad devastada por los terremotos que luchaba por reconstruirse. Con el hambre, llegaron las protestas. Una mañana, toda Barcelona amaneció sembrada de pasquines que clamaban contra la tiranía de los poderosos que oprimían al pueblo. Libertad y opresión, justicia y tiranía batallaban

en letras de tinta, clavadas en las puertas de los comercios y talleres. A pesar de todo, Barcelona recibió al rey con honores y su presencia calmó los ánimos. El rey, lo sabían bien los síndicos de las cortes, siempre estaba dispuesto a apoyar a su pueblo… a cambio de dinero, pues ¡también las libertades se pueden comprar!

En Barcelona, Alfonso tuvo tiempo de fundar un monasterio de franciscanos reformados con unos frailes venidos de Nápoles. Después continuó su camino hacia Perpiñán. Desde allí me escribió diciéndome que al regreso quería zarpar rumbo a Sicilia y llevarme con él, para que pudiera conocer la tierra de la que cobraba mis rentas. Cuando leí la carta, se me encendió el corazón.

¡Viajar por mar, a Sicilia, con mi amor!

Tenía veintiséis años, era una madre sin hijos y una esposa sin calor, pero aún alimentaba ilusiones de novia enamorada. Quise creer en aquel viaje pese a que, dentro de mí, una vocecita insidiosa me decía: No es cierto, María. No lo creas… Sólo te lo dice para darte esperanzas.

Esperanzas, ¡ay!, ¿de qué? Quizá lo decía para que no perdiera mi brío y continuara ayudándolo. Por el despacho de la reina, por su pequeño consejo, un secretario, un letrado y un clérigo, pasaban tantos asuntos como por los salones atestados de nobles donde se reunía Alfonso.

El sueño de Sicilia nunca llegó a hacerse realidad. Pero aquel otoño, mientras aún viajaba de regreso de Perpiñán, Alfonso me envió otro regalo.

Me lo trajeron unos pajes y otra doncella, fajado en pañales de seda. Cuando me acerqué a mirar, acaricié, con los ojos velados en lágrimas, a aquel recién nacido que también era del rey, pero no de la reina.

¿Está bautizado?, pregunté, conteniendo el llanto. Sí, señora. Es una niña y se llama María.

28.

UNA DAMA PEREGRINA ,LA REINA ESCLAVA Y LA CONDESA TRISTE

A veces pienso que las mujeres, ya seamos reinas o esclavas, doncellas o casadas, hemos venido a este mundo a sufrir. Los trovadores cantan a damas agasajadas por caballeros que las sirven, pero en la vida real cada día me encuentro con muchas mujeres que viven para los hombres y, cuando ya no sirven para nada, o ya no les complacen, son rechazadas como una jarra rota o una herramienta inútil.

¿Hemos venido a sufrir? Parece que los hombres lo tienen mucho más fácil: riqueza, fama, honor y amor son sus aspiraciones, y muchos las alcanzan. Las mujeres nos esforzamos por alcanzar la perfección: ser perfectas esposas, perfectas madres, perfectas reinas o amas de casa… Pero debemos de ser muy débiles o muy malas, porque nunca acabamos de conseguirlo.

No, no es verdad. Somos fuertes, como las heroínas que describía Cristina Pisan en aquel libro amado de mi primera juventud. Somos fuertes, pero nos cansamos. Cargamos una cruz muy pesada que no veo que carguen los hombres. A veces me rebelo. Entonces me confieso. Recuerdo bien aquel día que me quejé tanto y fray Antonio me explicó la historia del monje y el rey guerrero. Para venir a decirme que, al final, los hombres también llevan su cruz.

Un fraile con fama de santidad murió y llegó al cielo. Allí preguntó a los ángeles quién sería su compañero durante la eternidad. Le respondieron que sería el rey de tal país. Un hombre tristemente célebre por su crueldad, sus vicios y pecados. ¿Cómo es

posible?, protestó el hombre santo. Yo he pasado toda mi vida rezando, ayunando, absteniéndome de todo vicio y retirado del mundo, y este hombre que no se ha privado de nada, que ha guerreado contra Dios y contra los hombres, que tiene las manos manchadas de sangre, ¿ahora va a ser mi compañero? Un ángel explicó al fraile que aquel rey, en medio de un combate, se había lanzado al galope para cruzar un puente, del que dependía el resultado de la batalla y la salvación de muchas vidas. En aquel acto heroico, murió. Sólo por haber salvado tantas almas con su salto de caballo, el rey redimió toda una vida de pecados y fechorías. Y el buen Dios, que hace brillar el sol sobre justos y pecadores y quiere salvar a la oveja perdida, le abrió las puertas del cielo.

La historia me hizo pensar mucho y la recuerdo de vez en cuando. Pienso en Alfonso. Me pregunto si Nápoles y sus conquistas valdrán tanto, o tal vez más, que aquel salto de caballo del rey impío. Quizá sea su magnanimidad, y no sus victorias, lo que contará a la hora de pesar sus proezas en la balanza divina…

Aquel año de terremotos en Barcelona, pactos en Castilla y el nacimiento de María, la infanta de Aragón que era hija del rey pero no de la reina, traté con muchas mujeres, y muchas que sufrían. Pero la que más me impresionó fue la peregrina María de Spina, una señora francesa que volvía de Santiago de Compostela con sus hijos y un pequeño séquito. La recibí en palacio y ordené que le dieran alojamiento, a ella y a toda su compañía.

María de Spina era viuda, rica y muy virtuosa. Era una mujer alta y rubia que me recordó a Mom y a la reina Violante de Bar. Iba vestida como una monja, porque se había propuesto librarse de toda vanidad del mundo mientras durase el peregrinaje. Pero era tan elegante —de joven debió de ser bellísima— que no había perdido un ápice de donaire. Sus hijas, dos doncellas más jóvenes que yo, también llevaban hábitos de lienzo basto. Los hijos parecían escuderos. Altos y larguiruchos, rubios y muy gentiles, uno de ellos tocaba el arpa, y el otro, la flauta. Los dos nos deleitaron durante horas cantando romances castellanos y franceses.

María de Spina parecía una reina. Cuando entraba en una

estancia, nadie podía evitar mirarla. Su voz grave y calmada imponía paz y autoridad. Hablaba un poco de castellano mezclado con francés, y yo, que había escuchado este idioma algunas veces en la corte de Mom, me entendí bien con ella. Escuchar el relato de su viaje me admiró, y deseé imitarla. Había hecho todo el camino a pie, aunque la seguía un carruaje con los criados llevando el equipaje y provisiones. No se ahorró fríos, lluvias, vientos ni largas jornadas de sol. Su piel estaba curtida, y sus ojos azules chispeaban en su tez morena mientras me explicaba la serenidad que la invadía cada tarde, cuando se recogía en una ermita, una iglesia o un capilla de las muchas que jalonan el camino. Es allí, me decía, más que en las grandes catedrales, incluso más que en Santiago de Compostela, donde he sentido la presencia de Nuestro Señor. El buen Dios se esconde en la pobreza, en la humildad, en la sencillez. El buen Dios siempre está de camino… Ah, *madame*, ¡nos sobran tantas cosas en esta vida! Mis hijos y yo lo hemos visto: llevamos dos años peregrinando desde Limoges, con un carro y un par de hábitos de peregrino. ¡No hemos necesitado mucho más para vivir!

Yo la escuchaba y la envidiaba, y soñaba con emprender algún viaje como ella. Vestida de peregrina, con un bastón y una concha, caminando al lado de mi amor. Dos reyes de incógnito bajo el hábito de saco. Viviendo la pobreza y la libertad de los caminos de Dios. Sin otra preocupación que llegar al albergue cada noche, cenar un poco de pan moreno y caldo, rezar en una iglesita perdida y dormir bajo las alas de la Providencia. Miraba a los hijos de la dama francesa y me venían ganas de llorar. ¡Ah, sueños!

Acogí a María de Spina casi un mes en palacio mientras escribía a mi hermano Juan para que le diera un salvoconducto para pasar la frontera de Francia sana y salva, ella y los suyos. María de Spina me lo agradeció mucho. Además de buena compañía, plegarias y grandes conversaciones, me prometió que, al llegar a Limoges, me enviaría algunas piezas de porcelana fina de las que allí se fabrican, para mi vajilla.

Su visita me marcó. Aumentó en mí el deseo de virtud y de sencillez. Mis doncellas y las damas de la corte mostraron un poco de reticencias. Señora, dijo la marquesa con ironía, no necesitáis mucho más para ser pobre y humilde. ¿No basta el ahorro de cada día? La marquesa de Malta, tan austera, se había puesto celosa de la

invitada francesa. Al cabo de unos días dijo que volvía a Barcelona porque la necesitaban en su casa, y se despidió.

¡Buen descanso!, exclamó la Vilaraguda cuando lo supo. Yo no dije nada, pero en verdad era un descanso, porque últimamente la marquesa se había mostrado muy puntillosa e irascible. También supuso un alivio para mí enviar a mi doncella de tantos años, Constanza, a Castilla para casarla. Aunque tuve que empeñar algunos vestidos para pagarle la dote, una camarera menos era un gasto menos. Con el tiempo, mi casa iba disminuyendo por falta de dinero. Menos mal que tenía a los esclavos, a quienes no pagaba un salario y que, al ser jovencitos, crecían cada vez más espabilados. Aixa, Fátima, Faraig y Abdallah. Catalina *la Negra* enseñaba a leer y a coser a las niñas; Andrés de Tordesillas y Joamiro educaban a los muchachos. Y las damas iban y venían como les parecía. Rechacé unas cuantas peticiones de padres y madres que me querían confiar a sus hijas. Si querían venir, les contestaba, tendrían que dotarlas. Yo no podía pagar más.

En verano recibí y envié cartas a La Horra, reina de Granada. La Horra era una dama poderosa y, al mismo tiempo, una esclava. ¡Qué contradicciones podemos vivir las mujeres! Había sido la favorita del rey y le había dado un hijo, el príncipe heredero Abu Abdallah. Pero en Granada no había menos intrigas que en la corte castellana y el príncipe había sido destronado. Más tarde se desquitó, armó una tropa, recuperó el trono y castigó sin piedad a todos sus enemigos, mandando cortar cabezas como le plugo. A los reyes árabes no les tiembla la mano a la hora de mostrar autoridad.

La Horra era la reina a la sombra. Tras las cortinas del harén hacía y deshacía. Si los reyes vecinos queríamos algo de Granada, teníamos que pasar por ella. Unos caballeros valencianos me pidieron ayuda para rescatar a dos niños que habían sido capturados. Aún recuerdo sus nombres: Bartolomé y Bernardo. Viajaban en una galera mercante y una nave pirata los capturó y los vendió como esclavos en Granada. Para rescatarlos no sólo necesitaban dinero, sino la intervención de la reina. Mi carta obtuvo respuesta. De mujer a mujer, de reina a reina, los tratos fueron limpios y ágiles. La Horra envió a un judío discreto y diligente,

Jacob Israel, para negociar la compra de los muchachos y asegurarme que tendrían un salvoconducto para regresar a Valencia.

Es curioso. Las mujeres tenemos fama de charlatanas y liantas, pero a la hora de deshacer nudos y resolver conflictos somos mucho más directas que los hombres. Los hombres pueden pasar días, meses, incluso y años, regateando. Lo he visto en las cortes y en los palacios tantas veces. Además, de todo tienen que hacer un ritual. Como aquellos pactos tan solemnes en Castilla que al final no sirvieron para nada… Quizá sólo para retrasar una guerra que cada vez resultaba más inevitable.

Pero las mujeres vamos al grano. Y al grano tuve que ir con la pobre Violante, la desgraciada condesa de Niebla, que me daba tantos sinsabores. Los matrimonios, cuando son forzados, pocas veces acaban bien. Violante y su esposo no se entendían, pero yo confiaba en que ella, armándose de fuerza y virtud, podría ganar la voluntad de su esposo. ¡Eso creía yo, que no había sido capaz de conquistar al mío! Ay, ingenua reina María.

Violante no se resignó. No se refugió en la fe, ni en la plegaria ni en la vida virtuosa de una mujer obligada a vivir como una monja en su hogar. Violante no era como yo. Instaló en su casa a un caballero, Miró de Carrasco, como mayordomo. Las noticias que me llegaban de Sevilla eran escandalosas. Violante organizaba fiestas y bailes en ausencia de su marido, y Miró de Carrasco no sólo se ocupaba de administrar la casa y la hacienda, sino de consolar a su ama. El conde de Niebla siempre estaba de viaje y posiblemente tenía aventuras con otras mujeres, pero esto no excusaba a su esposa. Escribí a Leonor, mi antigua doncella, que había acompañado a Violante a Sevilla, y le pedí que aconsejara bien a la condesa. Vivir malcasada es una cruz, pero querer huir entre festejos y amantes no es la mejor salida. Quien mal anda, mal acaba. Violante y yo habíamos sido amigas y le envié una carta muy sincera, sabiendo que la podía enojar. Las verdades duelen, como la sal en las heridas, pero curan.

Las verdades curan, pero duelen. Y a veces tampoco curan.

Hay verdades que son heridas y nos aspiran la vida y la sangre.

Aquel otoño de 1427, Barcelona sufrió un aguacero que inundó buena parte de la ciudad, especialmente por el Raval. Después de

los terremotos, agua. Álvaro de Luna marchó al exilio y Juan recibió a Catalina en Segovia. Dos hermanos reconciliados por fin. Recordé nuestra infancia, cuando yo era quien llevaba la voz cantante, Catalina me escuchaba y el pequeño Juan nos seguía a todas partes. Ahora pasaba exactamente lo contrario: Juan era el rey, Catalina no escuchaba a nadie y yo tenía que pedir favores a todos. ¡Cómo nos zarandea la vida! El carácter persiste, pero el estado en que nos encontramos a menudo nos doblega y nos fuerza a cambiar.

Juan se mostró generoso con Catalina: le asignó seis mil vasallos y un mantenimiento de doscientos cincuenta mil florines de oro al año. Cuando lo supe, me alegré, pero con un ramalazo amargo me pregunté si mi hermana tardaría tanto como yo en cobrar su renta. ¡Doscientos cincuenta mil florines! Yo tenía asignados cuatrocientos mil, pero en tres años que pasé en Valencia mi casa tuvo que sobrevivir con menos de veinte mil sueldos al año. Alfonso, según me explicó el maestro racional, gastó más de un millón y medio.

Mi cobrador entonces era Bueno Abolafia, otro judío de Daroca. Como tampoco me daba noticias de Castilla, tuve que pedir ayuda a las villas de Daroca y Calatayud. De nuevo pidiendo, *confiando nos daréis socorro y ayuda…, os pido nos deis alguna subvención, tal como expresamente confiamos y esperamos.* Pedid y se os dará, dice Nuestro Señor. Él, que no tenía dónde reclinar la cabeza. ¿Quién soy yo, reina pobre de la tierra, para esperar más que el rey del cielo?

No me gusta viajar en invierno. Me enferma el frío y la humedad me destroza los huesos. Pero Alfonso jamás ha tenido pereza a la hora de moverse. Una mañana vino a verme al despacho. María, nos vamos a Teruel. Vendrás conmigo. Hemos de estar más cerca de Castilla y te necesito.

¡Te necesito! No necesitaba decir más. Me afané en preparar baúles y encargar monturas para el viaje. Adiós, queridas damas de Valencia; adiós, Vilaragudas; adiós, vistas al mar y horas soleadas en los porches del jardín moro. Hacia Teruel, la ciudad más fría del reino. Por caminos de montaña con cierzo y heladas. ¡Qué importaba! Por estar cerca de Alfonso, bien valía la pena. Dejé en

Valencia a los pequeños infantes y a las hijas del conde de Urgel, con el mayordomo, las ayas y parte de mi servicio. Me llevé cuatro pajes, cuatro camareras, los esclavos, el médico, el confesor, el secretario y dos damas de compañía. Mi casa era tan reducida que esta vez pude hacer todo el camino con el séquito de Alfonso.

El buen Dios me dio salud. Salud y humor para compartir veladas con Alfonso y sus consejeros y amigos, cada noche, cuando parábamos en alguna villa o castillo. Comíamos carne a la brasa, bebíamos buen vino y conversaba con Alfonso sobre los asuntos del reino y las guerras más allá de las fronteras. Era más fácil ser amiga suya tratando de cosas de gobierno que en la intimidad… Intimidad que no conocí. Pasaba mis noches entre la inocencia de las niñas esclavas y la fría soledad de una cama vacía.

29.
MENDICANTES, USUREROS Y LA MANO GENEROSA DEL REY

Esposa, te veo atribulada. ¡Qué extraordinario que Alfonso viniera a mi despacho! Despedí al capellán García de Riaza y al maestro racional, con quien estaba pasando cuentas, y aproveché para estar a solas con mi marido.

Alfonso, el año acaba y tengo que pagar muchas deudas… ¡No sé cómo! ¿Qué dicen en Castilla?, me preguntó. ¡Lo de siempre! Benveniste insiste y dice que continúa con sus gestiones, y ahora tengo allá también a Bueno Abolafia, a ver si puede cobrar… He pedido ayuda a Calatayud y a Daroca. ¡Soy una buena aprendiz de los frailes mendicantes!

Alfonso se echó a reír. Él defendía la pobreza en la Iglesia, pero no en la corte. Según él, yo había gastado más de lo prudente y ahora me encontraba entre la espada y la pared. «Veinte mil sueldos al año, contra un millón y medio…». Me tomó de las manos y me habló como lo podría haber hecho mi confesor. Confía en la Providencia, María. Tienes una dote, tienes rentas, tienes Sicilia… Tienes todo lo que necesitas, y lo cobrarás. Estas angustias no son propias de una reina.

¡Pero tengo que pagar! He de pagar a mi gente, al secretario, al mayordomo, al sacerdote, a los pajes y a las camareras. He de pagar la dote de Constanza, las joyas del orfebre de Valencia, las alfombras de Barcelona, ¡los préstamos! He dado mi palabra. He de pagar como una reina.

Ven, esposa. Me hizo salir y fuimos a la galería del palacio episcopal, donde nos alojábamos. El frío era intenso. Y me quedé

muda.

Muda y extasiada. Estaba nevando. Los copos de nieve caían suavemente, como los pétalos de flor que las doncellas arrojan en las fiestas. Los tejados de la ciudad, las torres de la catedral, los campanarios, todo estaba cubierto de un manto blanco. La ciudad parecía bordada.

Entonces comprendí, mejor que nunca, la fascinación de Alfonso por la belleza. Ante aquella blancura tan resplandeciente, tan pura, todo se desvanecía: las inquietudes, las deudas, las fealdades de la vida cotidiana. Comprendí por qué Alfonso quería rodearse de cosas bellas, de personas bellas, de música armoniosa. La belleza tiene algo que no es de este mundo. La belleza nos acerca al cielo. La belleza embriaga el corazón y da paz al espíritu. Ante la belleza, todo —miedos, celos, tribulaciones y dolores— se vuelve pequeño. La belleza es como la nieve: todo lo cubre, todo lo purifica, todo lo cambia.

Sí, entonces lo comprendí… Y me prometí que, ante Alfonso, no me quejaría más. Ni de mis deudas ni de mis dolores. Procuraría mostrarme bella, serena, sonriente. Aunque por dentro se me partiera el alma.

No sé por qué Alfonso tuvo aquel pronto, ni por qué me tomó de la mano para llevarme a ver la nieve aquella mañana de invierno en Teruel. Quizá pensó que me recordaría mi Segovia natal, o quizás él mismo recordó su niñez en Medina, y los juegos de niños que no sienten el frío y saben descubrir la belleza por todas partes, sin ensuciarla con las inquietudes y afanes de los adultos. No sé por qué lo hizo, pero siempre le estaré agradecida.

En marzo volvimos a Valencia. Y allí Alfonso me encomendó la fundación de otro monasterio de franciscanos reformados, como había hecho él en Barcelona. Llamó a fray Mateo, el monje siciliano, y a fray Bernardo Storiola para que presidieran la nueva comunidad. Berenguer Minguet, administrador de las cuentas reales en la ciudad, cedió un huerto de su propiedad para la construcción del nuevo convento. Mientras no estuviera terminado, los monjes vivirían en la alquería de al lado.

Me volqué con entusiasmo en esta tarea. Había leído la vida de

San Francisco y la de Santa Clara, a los que admiraba. Hijos de familias nobles, habían renunciado a la pompa y las riquezas de este mundo por aquella riqueza que no muere, ni se pudre, ni la devoran la carcoma y la polilla. Ay, sí, Alfonso tenía razón. Si no hubiera sido su esposa, quizá finalmente hubiera abrazado la vida religiosa… Y hubiera elegido una orden así, pobre, fraterna, sin otra ocupación que procurarse el pan de cada día y vivir entre rezos alabando las grandezas del Señor.

Durante la Cuaresma entró en mi corte María de Luna. Era pariente lejana de Violante y Federico, el conde de Arjona y capitán de la flota de Alfonso en su primera expedición italiana. María fue una de las mejores amigas que tuve durante años. Íbamos juntas a misa, rezábamos, pajeábamos y compartíamos confidencias. Ella era una viuda joven, sin hijos, venida a menos pero con una pequeña renta que le permitía vivir y mantener una casita en Barcelona. Por tanto, ni ella sufría por compromisos familiares ni yo tenía que preocuparme por pagarle un salario o una dote. Con tal libertad era más fácil ser amigas.

María de Luna compartía mi devoción y amor hacia la pobreza espiritual, y vivimos la Cuaresma de aquel año con mucho fervor. Encargué ropa de terciopelo negro en Barcelona, y nos vestimos estas cotas y jubones durante la Semana Santa. A María le gustaban los niños y fue ella quien me reconcilió con mis hijos ilegítimos; el pequeño Fernando, que ya tenía dos años y empezaba a hablar, y la infanta María. Femando era un niño caprichoso e inquieto, y continuaba siendo feúcho. Su padre lo solía llamar *Ferrante,* en una curiosa mezcla de catalán e italiano, y, de pronto, todo el mundo en la corte comenzó a llamarlo así. María, por su parte, era tranquila y bonita de rostro. No se parecía en nada a su hermano.

Si al menos pudiera saber quién es la madre… o las madres. ¿Has interrogado a las nodrizas?, me preguntó ella. Escuchan mucho. También callan mucho, respondí. La nodriza de Ferrante lo recibió de otra italiana, y nunca he sabido quién era ésta. Las mujeres que me trajeron a María tampoco sabían nada. Todo se ha hecho con mucho secreto. María de Luna tomó a la pequeña en brazos, la miraba y la besaba, extasiada. La madre de esta niña debió de ser muy hermosa… ¡Cómo me gustaría tener una hija así! Suspiré, pues también yo lo deseaba. María de Luna cambió el gesto

al notar mi tristeza. No son de la misma madre, dijo. Eso está claro. Sí, asentí. Está claro… Y aún me entristecí más. María de Luna me pidió perdón. No quería causaros pena. No sufras, estoy acostumbrada.

Sí, estaba acostumbrada. Alfonso amaba a muchas mujeres. ¿Qué sucede con el corazón del hombre para que se desmenuce de esta manera? En mi corazón sólo ha habido sitio para uno…

Por Pascua, Alfonso volvió a marchar a la montaña a cazar. Yo diría que estableció su corte en una tienda de campaña, de un valle a otro, porque en todo aquel año no estuvo más de una semana seguida en Valencia. Salvo en verano, cuando vino el infante Pedro de Portugal… Pero eso es otra historia.

Aquella primavera volví a sufrir desmayos. Enferma un día sí y un día no. Las fiebres volvieron a atacarme. Menos mal que María de Luna, con su compañía, me hacía más soportables las largas jornadas de cama y que la fundación del convento me hizo sacar fuerzas de flaqueza.

En abril ya vivía allí una pequeña comunidad de diez frailes. Decidí convocar al obispo, los canónigos y todas las órdenes de la ciudad para celebrar con toda solemnidad la fundación del nuevo convento de Santa María de Jesús, con misa cantada y procesión. Toda Valencia se volcó en el acontecimiento. Una fiesta siempre gusta al pueblo. Alfonso también estuvo presente.

Y, de repente, estalló una guerra entre los monjes.

¡Una disputa teológica! Fray Mateo era un hombre de Dios. Entre los hombres santos los hay serenos y profundos como fray Bernardo de Ribes, el monje de Scala Dei que me devolvió la paz interior aquel verano en Barcelona. Y los hay que son ardientes y arrojados, como fray Mateo. El día de la bendición del monasterio predicó de pie sobre un mojón del huerto. Allí estábamos el rey y yo, Berenguer Minguet, el donante de la finca, los clérigos y los jurados, toda la nobleza de Valencia, vestida con brocado y seda, y el gentío, que se esparcía por los alrededores y escuchaba al fraile extranjero de habla curiosa, mezcla de italiano y valenciano. Detrás de fray Mateo, los diez monjes, con los hábitos de saco marrón. La mayoría muy jóvenes, alguno viejecito. Todos con la cabeza

tonsurada y la barba bien larga.

Fray Mateo hablaba con pasión. «Sin miedo ni prudencia», pensé yo al oír sus palabras. Primero exaltó la regla franciscana, la santidad del padre Francisco y la grandeza de una vida pobre, tal como Jesús había encomendado a sus discípulos: id de dos en dos, sin bolsa ni bastón, sin un manto de recambio. Pedid y se os dará, que el obrero de Dios ha de recibir su salario. El pan de cada día, y basta. Pero después arremetió contra los monjes degenerados que traicionan el espíritu de los fundadores y olvidan la pobreza de Nuestro Señor. Me recordó a fray Vicente Ferrer, que Dios tenga en su gloria. Creo que muchos valencianos, aquel día, vieron a fray Vicente revivido en el huerto de Minguet.

Los hombres de Dios obedecen a Dios y no temen a los hombres. Fray Mateo lo entendía así, y no se mordía la lengua. Los franciscanos de Valencia, que recibían dinero e incluso lo prestaban, porque eran la comunidad más rica de la ciudad, lo escuchaban con creciente indignación. Alfonso me miró y disimuló una sonrisa. Esposa, se acerca una tormenta.

Y sí, la tormenta estalló. Al día siguiente, cinco frailes del convento de San Francisco pidieron audiencia con el rey. Alfonso quiso que yo estuviera presente, junto con Berenguer de Bardají y Pere Bertrán, sus consejeros de confianza, y con los clérigos de nuestras casas.

Los frailes estaban furiosos. ¿Quién era aquel andrajoso extranjero que osaba atacar su convento, uno de los más sólidos y prestigiosos de Valencia, bastión de la Iglesia y lugar de devoción de tantos ciudadanos? Alfonso los escuchó con paciencia y luego pidió a los maestros de teología su parecer. Estaban entre ellos su canciller y obispo de Tarazona; el consejero Sancho Pelegrin, que también era canónigo, mi capellán García de Riaza, fray Antonio de Carmona y otros. Qué dice exactamente la Regla de San Francisco, preguntó, y ¿es cierto que los monjes tienen que ser mendicantes y guardar el voto de la pobreza, absteniéndose de poseer dinero y rentas y procurando compartirlo todo en común?

Pelegrin traía consigo una copia de la Regla de San Francisco. Uno por uno fue leyendo los párrafos donde el santo establecía las normas de los conventos. El obispo preguntó a los frailes si todo aquello era correcto, y los monjes no pudieron replicar. Yo veía que

Alfonso sonreía entre dientes, y me alegré por fray Mateo y sus monjes pobres. Los franciscanos se rebullían, inquietos, se miraban unos a otros y sus rostros enrojecían. Salvo uno, todos eran gordos, por cierto. Alfonso concluyó que la nueva comunidad era fiel al espíritu del *poverello* de Asís y que gozaba de todo el apoyo del rey, y que ellos harían bien en imitarlos si querían ser un digno ejemplo para la ciudad. Vestirse de saco, salir del convento de dos en dos e ir a pedir limosna… No dinero, sino comida.

Al día siguiente Gonzalvo, mi acemilero, me contó que los había visto por la ciudad, de dos en dos y mendigando. Recé por fray Mateo y su obra, y también por la conversión de los monjes corruptos. Si una reina es pobre y ha de pedir, ¿cómo no lo harán los hombres que abrazan la pobreza como hermana y señora?

Pobreza en la Iglesia, sí. Pero no en la corte. Aquel verano, Alfonso se ganó merecidamente el sobrenombre de magnánimo. Valencia se volvió a vestir de fiesta. Venía el infante Pedro de Portugal para desposarse con Isabel de Urgel, la hija del conde caído en desgracia. El infante Eduardo de Portugal, que se había casado con la prima Leonor en Valladolid, había disfrutado de tres torneos, a cual más espectacular, organizados por mi hermano, por el primo Juan y por Álvaro de Luna. Fue noticia en todos los reinos hispanos. Ahora Alfonso quería demostrar al infante Pedro que Valencia no era menos que Castilla.

El príncipe portugués llegó a finales de julio. Alfonso ordenó que todos los artesanos y menestrales dejaran de trabajar para poder disfrutar de las fiestas. Los hornos cocieron pan y tortas que vendían por las calles. La plaza del mercado se cubrió de toldos rojos y azules. Bajo aquella sombra de color, que el viento inflaba como las velas de una nave, se celebraría el torneo.

El infante llegó por mar. ¡Y con qué naves! Alfonso las miraba con codicia y yo ya me lo imaginaba emprendiendo una nueva campaña en el Mediterráneo. Portugal era un buen aliado si queríamos conquistar el mar.

Pompa y caballería, procesión y entrada en la ciudad por la puerta de Serranos. Desfile, música y danzas entre aclamaciones del pueblo. Las calles estaban adornadas con guirnaldas y en cada

esquina había paradas de pan y dulces, vino y fruta. Los comerciantes exhibían sus mercancías: tejidos, porcelanas, cuero, bronce y joyas. Como en los mercados árabes, que, según me han explicado, siempre son en la calle, y todo el mundo puede ver, tocar y comparar. Algunos habían montado parrillas con fuego y ofrecían carne asada en brochetas, regada con un vaso de vino o con una rebanada de pan tostado. El aroma de la carne se mezclaba con el perfume de las llores y el olor de caballo y cuero.

Alfonso siempre ha sido un anfitrión espléndido, tanto que invitó al infante Pedro a que pidiera y tomara cuanto quisiera: ropa, joyas, carne y vino. Todo gratis, ¡pagaba el rey! Pedro y su séquito se mostraron impresionados. ¡No hemos visto una ciudad así en ningún lugar del mundo!, comentó el príncipe. Esos días se hizo buen amigo del primo Pedro, que estaba con nosotros. Bromeaban, fanfarroneaban sobre sus proezas y se comían con los ojos a las doncellas que danzaban con aquellos vestidos ceñidos con delantales finísimos de blonda, bordados de flores, y peines relucientes como pequeñas coronas para sujetar sus trenzas.

El primer día de agosto se celebró el torneo. Las campanadas de la sede y los toques de clarín y trompeta se unieron para anunciar el comienzo de las justas. Alfonso, Pedro y el infante de Portugal participaron, junto con los caballeros más valientes de ambos séquitos. ¡Qué frenesí en palacio aquellos días! Idas y venidas de caballos, monteros y armeros. Músicos que afinaban sus instrumentos, trovadores que cantaban el amor. Doncellas y pajes arriba y abajo, llevando ropas, mensajes y recados. Cocineros y criados atareados entre las despensas, la bodega y la cocina. Mis aposentos estaban abiertos todo el día y había vestidos, velos y redecillas extendidos por todas partes. Y espejos, peines, frascos de perfume y un permanente aroma de jazmín, henna y almizcle flotaba sobre los muebles y las ropas. La reina y sus doncellas tenían que lucir radiantes y hermosas. Durante unos días me olvidé de los desmayos, las migrañas y las fiebres. Catalina *la Negra* y las criadas moras me hacían masajes en la piel y cubrían mi cutis de pomada y polvos. ¡Ah!, pero ¿cómo aparentar más belleza si no tenía dinero ni siquiera para vestidos nuevos? Mi sastre, Jaume Sala, lo arregló. Me bordó con hilo de oro y granate una de las cotas negras de Cuaresma, que pronto pareció un vestido de gala.

También me aconsejó ponerme un turbante de seda blanca en la cabeza. Blanco y negro, oriflama, el contraste hará lucir vuestra piel y cabellos. Violina me peinó la melena, que me caía por debajo del turbante y sobre los hombros en una cascada de bucles. El rubio mortecino se tornó bronce gracias a la henna y el aceite. Es la moda italiana, señora, me dijo la Vilaraguda. Al señor rey le gustará.

No sé si le gustó. ¡Había tantas damas, tantas doncellas hermosas ataviadas de mil colores y sedas diferentes! ¿Cuántas señoras padecen las estrecheces que sufre su reina? Alfonso, en cualquier caso, tenía el alma y los ojos puestos en el torneo. Con su armadura resplandeciente, con el escudo de las cuatro barras bajo las alas del dragón, montado sobre su caballo árabe negro como la noche, destacaba sobre el resto de los caballeros. Antes de comenzar las justas desfiló ante ellos. Me saludó. Yo, que estaba en el podio de las damas, incliné la cabeza y sonreí bajo la sombra roja y azul del envelado. Color sangre, color cielo. El rojo de los escudos castellanos, el azul de las casas de Borgoña y Lancaster con las flores de lis. Pensé en papá y en Mom. Y también, viendo a los caballeros embistiéndose y chocando las lanzas, que la guerra, cuando no es guerra, incluso puede ser bella.

Los hombres necesitan de las batallas, me dijo María de Luna. Y, si no las tienen, hacen de ella un juego, respondí. Ella sonrió. Y a las mujeres nos gusta.

¿De veras nos gusta? Yo devoraba a Alfonso con la mirada. Era lo único que me interesaba del torneo, sólo él y sus encuentros. Cuando se quitó el casco y saludó, con el rostro encendido y la sonrisa del héroe que se vence a sí mismo, que disfruta con la brega, una punzada de deseo me recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies. Ah, si yo fuera hombre… Si fuera hombre, Alfonso, me batiría contigo. Rompería mi lanza y sería capaz de arrojarte del caballo. Lucharía contigo sin escudo, espada en mano. Sin yelmo, sin coraza. Siu piedad. Te heriría o me dejaría herir por ti. Todo con tal de hacerte mío. Mío por una hora. Todo con tal de que estuvieras por mí.

¡Todo! Ah, si fuera hombre…

El infante Pedro se marchó al cabo de tres días, y Alfonso volvió a

sus montañas a cazar. Durante la Virgen de agosto, Valencia era una balsa de aceite y el palacio real volvía a respirar una calma monástica. Alfonso se llevó consigo a los trovadores, ni la música nos dejó. Las doncellas y las esclavas cantaban algunas tardes y yo las escuchaba distraída mientras leía. Lecturas santas, canciones profanas. Lecturas sobre el amor de los amores, baladas sobre doncellas heridas de amor…

Escribí a Isabel de Urgel, la novia ausente en aquellos festejos. Se había casado con el infante Pedro en Barcelona, una ceremonia breve y escueta, pero todavía tenía que zarpar hacia Portugal. Alfonso me había pedido que me ocupara de ella. No me dijo con qué dinero pagar su acogida ni se ofreció a pagarlo él. Las pequeñas condesas, que estaban en mi corte, no ocultaban sus deseos de volver a ver a su hermana mayor.

Como una mujer exhausta después de tanta fiesta, Valencia cayó enferma. En septiembre, las campanas tocaron a muerto. La gente caía como moscas. ¡Peste, peste! La enfermedad no perdonó a mi casa y vi morir a algunos sirvientes y pajes. Entre ellos, Andrés de Tordesillas, a quien despedimos con dolor en una misa funeral ni el nuevo convento de frailes mendicantes. Yo me recluí en palacio y hablé con mi consejo. Mi nuevo camarero mayor, Gabriel Sagre, me aconsejó abandonar la ciudad.

¿Adónde ir? Escribí a Alfonso y me respondió a través de Gilbert de Monsoriu, a quien había otorgado el maestrazgo de Montesa. Monsoriu me ofreció la casa que tenía la orden en Benifaraig, un pueblecito en el llano de Valencia. Allí me trasladé durante el mes de septiembre y parte de octubre. Era un palacio acogedor, pero austero y pequeño, sin duda no el lugar más indicado para atender a una futura princesa, pues ni había espacio para dos séquitos, de manera que el viaje de Isabel de Urgel se tuvo que posponer.

Alfonso convocó cortes en Valencia. Quería emprender su nueva campaña italiana, pero antes había que resolver el problema de Castilla. Los pactos del año anterior no habían servido de nada: Álvaro de Luna había abandonado su exilio. Pobre Juan, no podía vivir sin el hombre fuerte que, según las malas lenguas, vestía por él la corona. Ni pactos, ni compromisos ni jueces lo pudieron mantener alejado de la corte. Juan lo llamó a su lado y Álvaro de Luna volvió a la corte castellana por la puerta grande.

Como siempre, las cortes fueron un tira y afloja por conseguir dinero y favores. Los Trastámara, en esto, tenemos buena mano. Ya el bisabuelo Enrique, que Dios tenga en la gloria, llevó el sobrenombre *de las Mercedes*… Pero, como la peste perduraba, se decidió trasladar las cortes a Morvedre. Alfonso me pidió que fuera con él y preparase allí la recepción a Isabel de Urgel.

Isabel, la hija del desgraciado conde. La hija del rey o nada. A veces pienso que, si tío Fernando no hubiera ganado la guerra, quizás yo habría sufrido un destino similar. Recluida en un convento. Prisionera sin cadenas. Casada como prenda de un pacto. Con un príncipe desconocido al que debería aprender a amar. Recordé a Mom, que me quería prometer al príncipe inglés, y mi férrea oposición. O Alfonso, o nadie. ¡Quién sabe! Tal vez un matrimonio por la fuerza me hubiera enseñado a querer mejor a mi esposo. Y tal vez él hubiera aprendido a quererme… O quizá no, como le sucedía a la pobre Violante, condesa de Niebla. Yo me casé enamorada. Hija de reyes, futura reina. Tenía al hombre, tenía el poder, pero me faltaba su amor. No basta con que uno de los dos ame. Si el otro no responde, es todavía peor que casarse por obligación.

Esto pensaba mientras preparaba la habitación de Isabel, su ropa de baño, los frascos de perfume y los afeites de noche. También aleccioné a las doncellas que la iban a servir. Más préstamos y más ahorros. Y mis cobradores perdiendo el tiempo en Castilla. Había despedido a un judío, Benveniste, y ahora confiaba en otro, Abolafia.

Pero los dos, me temo, jugaban con el dinero y el rey juan ignoraba las necesidades de su hermana. Así que envié a Gonzalvo de Ferrera, mi acemilero, a Castilla para que desencallase el tema y me informase de cuanto sucedía. Al regresar me trajo muchas noticias…

Morvedre es como Segovia, en cierto modo. Una población que se extiende a los pies de una loma rocosa coronada por las murallas y el castillo. Pero más allá de la ciudad y los huertos no hay una llanura, sino el mar. En Morvedre, quizá por aquel aire limpio que soplaba noche y día, recuperé la salud. Volví a tener apetito y cada

tarde, antes de la puesta de sol, paseaba por las murallas con María de Luna, las hijas del conde y las doncellas. Cada torre, un padrenuestro y un avemaria. Hasta contar diez. Después conversábamos, mirábamos cómo el verdor de la huerta se teñía de púrpura y el mar se hacía más azul, más oscuro. Antes de ponerse el sol detrás de las montañas de poniente, oíamos las campanas de la capilla y después, como una cantilena, las de San Salvador y las demás iglesias. Unas más graves, más profundas; otras ligeras y cristalinas como la voz de unas niñas.

¡Las niñas! Las hijas del conde de Urgel se convertían en mujeres y la pequeña infanta, María, crecía de brazo en brazo y empezaba a dar sus primeros pasos. Aquel otoño, que disfruté de más salud y más paz, llegué a quererla. Un día, Alfonso volvió de cacería, vino a saludar a las damas y me sorprendió con la niña, besándola y haciéndole carantoñas.

Nos miramos a los ojos, yo sonrojada, aún no sé si por despecho o vergüenza. Él sonrió. Me gusta que quieras a nuestra hija. Y leí en su mirada algo que me hizo estremecer.

30.
VIENTOS DE GUERRA

Los hombres necesitan la guerra, había dicho María de Luna. Y si no la tienen, la provocan. Siempre encuentran motivos.

En Castilla hacía tiempo que el conflicto se estaba cociendo, a fuego lento pero constante. La leña que lo atizaba era la tierra, ¡siempre la tierra!, y los frutos de la tierra y el sudor de los hombres: oro, rentas, cosechas, privilegios. Hay un hambre insaciable en los hombres: nunca tienen suficiente. La herencia de tía Leonor no era bastante para sus hijos, los infantes de Aragón. Un reino, dos reinos, tampoco eran suficiente. Una orden, la de Santiago, con todos sus pueblos, villas y castillos, tampoco bastaba.

Los primos fueron granjeándose enemigos. Y entre estos había uno que, de cara, pactaba alianzas con ellos y, de espaldas, conspiraba para destruirlos. Era el hombre fuerte, el dueño de las llaves. Álvaro de Luna. Después de su breve exilio buscaba la revancha.

De Luna convocó a Alfonso y a los infantes de Aragón para firmar una concordia con el rey de Castilla. Un nuevo pacto. Pero Alfonso no quiso ir, y ni siquiera envió un delegado. No firmaré, dijo. Y el embajador castellano que nos visitó llevó la noticia a mi hermano. El rey de Castilla busca la paz, pero el rey de Aragón está juntando tropas.

La excusa siempre era defender la corona; la realidad era que los nobles y grandes de Castilla no querían perder su poder y Álvaro de Luna jugaba con las ambiciones de unos y otros. Todos tenían hambre de tierra.

Lo más triste, lo más doloroso, es que la guerra era entre primos

y hermanos. Cada uno arrastraba a nobles y señores bajo su bandera. Y detrás de cada bandera estaba el pueblo. El pueblo, que sólo tenía hambre de paz y que se veía forzado a combatir en los conflictos de sus amos.

Yo tenía el corazón dividido. Entre defender el honor de Alfonso y mi familia y lo que mi voz interior me decía que era justo. Sólo tenía una cosa clara: la guerra es mala, la guerra es cara. La guerra es muerte. Debíamos evitarla a toda costa.

«Si quieres la paz, prepara la guerra», recordé. Me preparé. ¡La guerra de las mujeres! Menos cruenta, pero no menos dura. Estaba dispuesta a todo.

Seguí a Alfonso en aquel año de gracia de 1429. Seguí a las tropas por todas partes con el fin de conseguir la paz. Renuncié a las comodidades, a las tardes apacibles de lecturas, a las conversaciones de damas y a parte de mi servicio, y lo hice de buen grado. Estar cerca de Alfonso compensaba sobradamente todas las molestias.

Pasamos la Navidad en Zaragoza. Una mañana, Berenguer de Bardají se reunió con nosotros en secreto. La ciudad está revolucionada. El reino no quiere guerra. ¿El reino?, exclamó Alfonso. ¿Quién es *el reino*? Son los de siempre, contestó Berenguer. Los que no os apoyan: los Urrea, los Cerdán, el abogado de la Jasa… Pero esta vez hay una cabeza importante. ¿Quién? El arzobispo. ¿Argüello? ¿El canciller de la corona? Él mismo. Alfonso se quedó rumiando, con el ceño fruncido y aquella mirada que no presagiaba nada bueno.

¿Qué harás, esposo? Alfonso tardó en responder. Haré lo que convenga, dijo. El reino querrá lo que quiera su rey.

No quise saber más. Me encerré en mi despacho para escribir a Valencia. Previendo que pasaría un tiempo largo en Zaragoza, necesitaba cosas para mi casa. Pedí unos muebles, candelabros, un arpa para los músicos, vestidos y joyas. Con dinero o sin él, la corte de una reina debe ser espléndida. Y más ahora, que tenía conmigo a Isabel de Urgel, futura princesa de Portugal, y a algunas señoras de Barcelona. Mis damas y doncellas debían lucir dignidad y belleza, tal como le gustaba a Alfonso. Y cómo me gustaba, ¡ay!, también a

mí. Pedí a Jaume Sala, el bordador, mucha ropa y lienzos finos, joyas y piezas de tejido para regalar a Catalina y Enrique. Para pagar tuve que enviar al capellán Femando de Riaza a Castilla a ver si podía cobrar más dinero de la dote. Durante unos días me distraje con mil asuntos hasta que la noticia me llegó de boca de mi camarero mayor, Gabriel Sagre.

Han matado al arzobispo. Me quedé helada. ¿Muerto? ¿Cómo? Nadie lo sabe, señora. Ha desaparecido, nadie lo ha visto salir… Dicen que lo han asesinado y han arrojado el cuerpo al río.

¡Qué muerte tan espantosa! En la oscuridad, sin testigos, sin una plegaria, sin entierro. Arrojado a las aguas del Ebro, tan crecido en invierno… Hice la señal de la cruz y las doncellas me imitaron. ¿Se sabe quién puede haber sido? No, señora, dijo el camarero. Pero no había que pensar mucho para sospechar quién podía estar detrás.

Zaragoza estaba revolucionada. Alfonso me prohibió salir de palacio, y pasábamos horas rezando y comentando los rumores que llegaban de afuera. Gonzalvo de Ferrera, mi caballerizo mayor, y Gabriel Sagre nos traían las novedades. Alfonso había hecho encadenar a los rebeldes. Una tarde, Gonzalvo anunció: Mañana decapitarán a Antonio Marcén. Los pajes, los camareros y no pocas mujeres de mi casa querían ir a la ejecución. Les di permiso, pero no los acompañé. Aquel día me quedé sola en palacio con Catalina *la Negra*, Violinquina e Isabel de Urgel. La esclava, la doncella con mal de amores y la hija de un condenado por vida. Las tres rezamos y guardamos silencio. Oramos por las empresas del rey y por el alma del condenado.

Alfonso, ¿era necesario?, le pregunté cuando nos encontramos antes de la cena. Él me reprendió. Tú, que tienes fama de implacable, ¿me lo preguntas? Ha sido un castigo ejemplar. Una sola cabeza evitará que rueden otras, esposa. Durante la cena, la conversación se animó. Berenguer de Bardají confirmó las palabras de mi esposo. Zaragoza ahora es una balsa de aceite. Nadie más osará protestar.

Por Cuaresma, cuando ya las tardes soleadas se alargaban, salía al jardín de Santa Isabel. El romero empezaba a florecer y las golondrinas cruzaban el cielo como saetas caprichosas. El piar de

estas aves siempre ha sido para mí un presagio de buen tiempo, de buenas noticias, de esperanza. Aquel año las golondrinas que cruzaban el cielo de Zaragoza parecían gritar: ¡Paz, paz, paz! Queremos paz, y no guerra. Pero los hombres no escuchan a los pájaros. Sólo los músicos les prestan atención e intentan imitarlos. Eduardo, el arpista, nos hablaba del amor, de los campos de trigo que encañan y de una alondra que cantaba en la repisa de una ventana. Pero las damas hablábamos de la guerra.

Pronto marcharemos a Barcelona. Las cortes catalanas han otorgado una ayuda al rey, por fin, anuncié. Los diputados del General son quienes más protestan contra la guerra, pero también van a ser los primeros en pagar.

¿Y después, señora?, preguntó María de Luna. Después os quedaréis allí. Yo debo acompañar a mi esposo. ¿También a la guerra?, inquirió Violina. También, respondí.

María de Luna intervino. ¿Qué pensáis de la doncella de Orleans? ¡Ah, por todas partes se hablaba de ella! Una sencilla aldeana que, de la noche al día, se había puesto al frente de las tropas francesas después de una guerra larga e incierta contra los ingleses. Había tomado Orleans y marchaba, victoria tras victoria, recuperando para su rey, el delfín Carlos, los territorios ocupados por los ingleses. Los soldados la adoraban y el pueblo decía que era una santa. Juana de Arco no sabía mucho ni de política ni de estrategia bélica. Decía que obedecía las órdenes del cielo, y con esto le bastaba.

Es admirable, repuse. Y más que admirable. En el fondo de mi corazón casi la envidiaba. La doncella de Orleans para mí era la prueba de que sólo se necesita la fuerza divina, el coraje y la fe para enfrentarse al mundo y conseguir la victoria contra toda esperanza.

Alfonso convocó cortes en los tres reinos con el fin de pedir ayuda para la campaña. Valencia respondió de inmediato, pero fue la que menos ofreció. Las cortes de Aragón, dominadas por Berenguer de Bardají, decidieron recaudar un impuesto por cada hogar durante tres años, y pagar mil hombres a caballo durante cuatro meses. Alfonso, por su parte, vendió algunas tierras y poblaciones del patrimonio real.

En Cataluña, como era de esperar, las cosas fueron más difíciles. Los diputados del General protestaron, pues aquello era una pelea entre hermanos y ellos mismos tenían que resolver el conflicto. El principado no tenía interés alguno en intervenir y bastante tenían con sus propias dificultades. Como siempre, presentaron un memorial de agravios. No obstante, por las calles de Barcelona se hizo un bando para convocar a los hombres a combatir con el rey. La guerra, como las galeras, siempre era una oportunidad para los perdidos sin oficio ni beneficio. El bando se extendió por otros pueblos y ciudades.

En mayo, Alfonso y yo estábamos de nuevo en Barcelona mientras en Navarra eran coronados Juan y Blanca. Siguieron la antigua costumbre de aquel reino: ante toda la nobleza y la corte fueron levantados sobre dos escudos por unos caballeros ante las aclamaciones de corte y pueblo. Lo imaginé, una escena épica y bien significativa: los reinos de los hombres se levantan sobre las armas. Defensa o ataque. Los fundamentos de la corona son las armas…

¡El rey va a la guerra! ¡El rey va a la guerra! Y la reina, con él. Toda Barcelona se reunió para despedirnos aquella mañana luminosa del mes de mayo en que salimos de la ciudad cabalgando uno al lado del otro. Delante avanzaban los porteros de maza con los estandartes y los trompeteros. Al un lado de Alfonso cabalgaba el primo Pedro, seguido por sus caballeros y consejeros, trompeteros y escuderos. Detrás, formando una cola que se alargaba, la tropa. El pueblo nos aclamaba; los diputados y los nobles se mantenían circunspectos. ¡Qué poco creían en aquella guerra!

Hombres, caballos, armeros, escuderos, arrieros y mozos.

Carros atestados de provisiones, sacos de harina, manzanas secas y pasas. Barriles con tocino y salazones, botas de vino y agua, castañas y nabos. Carros cargados con tiendas, pilas de tejido rústico, cuerdas, clavos, paños de lana y de lino. El carruaje de los médicos y los barberos. El de los cocineros, con sus perolas, parrillas y enseres de bronce y latón. Y el blindado y barrado del tesoro, donde viajaban el secretario, el tesorero del rey y sus ayudantes, rodeado por un pelotón de soldados armados. ¡Ah, la guerra! Una batalla dura una hora, quizá dos o tres. Una madrugada o un mediodía. Pero prepararla lleva semanas y meses. Cuesta tanto

como trasladar una población entera de una ciudad a otra, durante días y días.

Alfonso trasladaba a media corte. Casi la mitad del séquito estaba conformado por su gente y todo el menaje de su tienda: muebles, ropa, joyas, alfombras. Yo también tenía mi tienda, pero decidí viajar con una compañía mínima. Como doncellas me llevé a Catalina *la Negra*, Violina y María de Padilla. También vinieron conmigo el cocinero, Luna de Tudela, el médico Francisco de Burgos, el montero Gonzalvo y García de Tordesillas, hijo de mi primer camarero mayor. A García lo acompañaban Juan y Joamiro, mis fieles pajes desde los primeros años de casada.

Quería viajar como una monja o una dama peregrina, sin más atuendo que los vestidos austeros de Cuaresma y luto, pero la presencia de Alfonso me hizo cambiar de parecer. Esto y recordar a Mom. Hija, una reina es una reina. En palacio o en el campo, en la paz o en la guerra. A última hora añadí otro baúl de ropa, joyas y perfumes a mi equipaje. El día que cobrase el mantenimiento de Castilla acabaría de pagar mis deudas… Ante la urgencia de la guerra, poca cosa me parecieron los problemas monetarios.

¡La guerra! La guerra hace olvidar las pequeñeces de la vida cotidiana. Convierte cada día en el primero y el último. En la guerra, como en los viajes, no hay dos días iguales. Cada gesto de ayuda, cada acogida, cada donación es bienvenida. Viajábamos por el Camino Real y las poblaciones estaban obligadas a ofrecer viandas, agua y forraje al ejército del rey. De grado o a la fuerza, pero lo hacían. Alfonso se mostraba exigente con el pueblo y generoso con la tropa. Los alcaldes y los notables, cuando se enteraban de que también estaba la reina, querían verme y saludarme. Y casi siempre me pedían favores. Yo les prometía atenderlos tanto como me fuera posible. Al anochecer, a la hora de la cena, lo comentaba con Alfonso. Él dictaba órdenes al secretario. Bien, esto está hecho, decía. Otras veces me pedía que me ocupara yo del asunto. Redacta una carta y fírmala tú misma. La palabra de la reina es la voluntad del rey.

Alfonso vibraba con el movimiento de tropas y se sentía a sus anchas entre los hombres de armas, pero en más de una ocasión me pareció que él tampoco creía en aquella guerra. Durante aquellos días de viaje estuvimos más unidos que nunca. No físicamente, que

bien hubiera deseado compartir su tienda, su refugio, su lecho… Pero al menos conversábamos, planeábamos, discutíamos y yo formaba parte de su consejo. Si no hubiera sido porque aquello era una campaña militar, podría decir que aquéllos fueron los meses más felices de mi vida. No compartíamos la intimidad, pero sí la corona.

Él confiaba en mí. Más que nunca.

En junio nos encontramos en Tudela con el primo Juan, que traía sus huestes de Navarra. Ambos ejércitos sumaban unos tres mil quinientos hombres. No es mucho, comentó el cardenal Pedro de Foix. ¿Sabéis cuántos hombres comanda Álvaro de Luna?, preguntó Juan. Alfonso sonrió con suficiencia. No más de dos mil. Esto no es una guerra, declaró Juan de Bardají, hijo de Berenguer. Era joven y quería estrenarse en el campo de batalla. La guerra, replicó Alfonso, apenas acaba de empezar.

La víspera de San Juan alcanzamos el valle del río Henares, cerca de Cogolludo. Los espías nos informaron de dónde permanecía el ejército castellano. Acampamos entre sembrados y campos de ganado. Las espigas ya granaban y las amapolas salpicaban de rojo aquel mar dorado de trigo y centeno. Un mar que, quizás al día siguiente, quedaría manchado de sangre.

En la tienda de Alfonso, el cardenal de Foix celebró una misa por San Juan, y después nos reunimos para disfrutar de un buen ágape. El primo parecía exaltado. Hoy misa, decía, alzando la copa de vino. Mañana lo celebraremos con una batalla.

La sangre de Cristo, pensé. Derramada por los hombres. Y mañana, la sangre de los hombres. Derramada ¿por quién? ¿O por qué? Por un puñado de castillos y unas cuantas tierras. Monseñor, pregunté al cardenal, ¿vale más la tierra que las almas? ¿Valen más las piedras que los hombres? No, *madame*, respondió él. Una sola alma perdida vale más que todas las tierras del mundo. Por una sola alma volvería a morir Nuestro Señor.

El cardenal y yo nos miramos. De fondo se oían las bravatas de los caballeros. Alfonso llamó a los músicos y el trovador cantó un nuevo poema de Ausiàs March. Era un era de amor, y el amor, para Ausiàs March, el halconero del rey en Valencia, no es dulce, no. Es una muerte. Una guerra. ¡Ay! Quizás aquel hombre, amador de amantes sin nombre, lo entendía mejor que muchos otros.

31.
UNA TIENDA PLANTADA

Al día siguiente nuestras tropas avanzaron. Los castellanos también se movieron. Las saetas volaron de un lado a otro del campo y hubo una primera topada. Después, toque de trompetas por orden de Alfonso. Bandera blanca. El ataque se detuvo. Cuatro muertos, algunos heridos… El primo Juan se enojó, pero Alfonso se mantuvo firme. Había sostenido una larga conversación con el cardenal de Foix.

Vamos a negociar, dijo. Y envió una delegación al ejército enemigo: el cardenal con una docena de caballeros armados.

Regresaron a media tarde. El cardenal había rogado al adelantado Pedro Manrique que detuvieran el combate. Por el momento, había conseguido una tregua.

¿Quién comanda la tropa? Álvaro de Luna. Con él están todos: el adelantado, el almirante Fadrique, los señores principales… ¿Y el rey? El rey no está. Se encuentra en Piquera, respondió de Foix. Alfonso y Juan se miraron con una sonrisa burlona, y yo sentí vergüenza e indignación. El primo nunca da la cara. No lo dijeron ante mí, pero podía adivinar lo que pensaban. Siempre detrás de las sayas de don Álvaro.

La tregua duraría una semana. Una semana para decidir qué hacer, para negociar… o para esperar refuerzos. Nuestros espías iban y venían, pero los de Álvaro de Luna también debían de estar haciendo su trabajo.

Ahora estamos en superioridad, decía Juan. ¡Es el momento de atacar! Una derrota de los castellanos sería ejemplar. ¡Les haremos morder el polvo! Alfonso no parecía tan convencido. El rey no está

solo. Hay tres mil hombres más con él que se presentarán de un momento a otro. Podemos ganar una batalla, pero no tenemos la victoria asegurada. El cardenal de Foix insistía: Hemos de tener otra conversación. Podemos arreglar esta disputa sin verter sangre.

¿Cómo?, protestaba Juan. Hay cosas innegociables. Yo no pienso renunciar a mis tierras. Ni Alfonso. Ni Enrique. Ni nuestra hermana. Y los nobles castellanos las quieren. Se han reunido alrededor de Álvaro de Luna como buitres para ver qué sacan. Él, está claro, es quien tiene más que ganar.

No pueden quitarnos lo que es nuestro por derecho, intervine. Si respetamos la ley y negociamos la paz, la guerra no ha lugar.

¿Y el honor?, exclamó Juan. Alfonso escuchaba y rumiaba. El honor, dijo al fin, ya lo hemos defendido plantando cara e iniciando el combate. Ahora nos toca ser magnánimos, sin rebajarnos. No lucharemos si no es necesario. Si lo es, lucharemos, y entonces venceremos.

Si contamos este ejército y la tropa del rey, ellos tienen más hombres, recordé yo. Alfonso me miró. Ahora tienen más hombres. Pero las cortes de Cataluña y Valencia todavía no me han pagado. En unos meses podemos reclutar más y superarlos. Hemos de ganar tiempo.

Acabada la semana, el ejército se preparó para luchar de nuevo. Cuando vi a Alfonso probándose la armadura y escogiendo una espada, tomé una decisión.

Déjame ir a parlamentar con ellos. Alfonso me miró con el ceño fruncido. ¿Otra tregua? No, una negociación. Te lo mego. Él se movió, impaciente. No iré sola, añadí. Me acompañará De Foix. También yo había tenido largas conversaciones con el cardenal…

Alfonso accedió. No dejó de observarnos mientras yo preparaba mi pequeño séquito: un portaestandarte con la bandera de Aragón y otro con la de Navarra, dos caballeros, los pajes Juan y Joamiro y un carruaje donde iban Violina y Catalina *la Negra*. El cardenal vendría con su montero y su paje.

Esposa, recuerda, me dijo al despedirme: Esto no son las cortes.

Es un campo de batalla. Lo sé, contesté. Recuerda también a quién estás representando, añadió. No cedas un palmo. Yo asentí, mirándolo a los ojos. ¡Bien sabía a quién representaba! Iba en nombre del rey… Pero yo era la reina. Me vestí con el mejor traje que llevaba, con sayal de lino blanco y brial de seda azul. Hice que me trenzaran la melena con una diadema de oro y perlas, y encima me puse el manto de terciopelo púrpura con gibelina que había lucido el día de mi boda.

Alfonso me besó las manos en un gesto ceremonioso. Media tropa nos observaba. El primo Juan, de mal humor, no me dirigió la palabra. Antes de partir, mi esposo abrazó al cardenal y le dijo algo a media voz que no llegué a escuchar.

Gonzalvo me ayudó a montar sobre la yegua, que había guarnecido con las cintas de cuero y cascabeles que llevaba en las procesiones, y partimos al trote. Por una vez, el rey se quedaba en el campamento y era la reina quien marchaba al campo de batalla.

Era primeros de julio, el sol resplandecía sobre los campos, piaban los estorninos y yo sentía el calor bajo el pesado manto. Tensé las bridas y mantuve un trote ligero. Pronto dejamos atrás la carroza.

Ante nosotros se extendía el campamento castellano, con sus tiendas y estandartes. Muchos guerreros nos vieron llegar. Un caballero armado se quitó el yelmo y salió a recibirnos. Por las armas que llevaba en la coraza reconocí a la casa de Lara.

Mi señora. Hizo una reverencia y yo me erguí sobre la silla, sujetando las riendas entre las manos. Soy María, reina de Aragón, y conmigo viene el cardenal Pedro de Foix, delegado del papa Martín, dije con voz fuerte y clara. Pido hablar con el condestable Álvaro de Luna.

Os ruego que esperéis, dijo el caballero. No, dije yo. Somos nosotros quienes lo esperamos en nuestra tienda. Y así seguí el consejo del cardenal: No entréis en su terreno, no en medio del campamento enemigo.

Volvimos grupas hasta que alcanzamos el medio del campo. Allí, entre sembrados y pastos, mientras el viento soplaba sobre las espigas, ordené que el carruaje se detuviera y se plantara mi tienda.

Álvaro de Luna llegó al atardecer, con una docena de nobles y caballeros. La tienda era pequeña y, como no cabían todos, sólo entraron él, el adelantado Manrique y el almirante Fadrique. Dentro preparé tres sillas: una para él, otra para el cardenal de Foix y otra para mí. La del cardenal y la mía eran de brazos, la suya sólo tenía un respaldo de cuero. El adelantado y el almirante se quedaron de pie, a ambos lados de Álvaro de Luna.

El condestable ocultó su incomodidad y me saludó caballeroso y sonriente. ¿Pensaba acaso seducirme? Yo me mostré digna y amable, pero seca. Le ofrecí vino y aceptó. Él y sus acompañantes bebieron con cautela. Yo también pedí una copa, que me sirvió Joamiro, y bebí con calma, saboreando el vino. Si pensaban que los quería envenenar, con aquel gesto desvanecí cualquier duda.

Al volver a hablar, suavicé el tono de voz. Condestable, vos y yo sabemos que esta guerra se puede resolver sin armas. Vos sois un hombre inteligente, y yo, como mujer, soy poco amante de la guerra. El rey Juan, mi amado hermano, confía en vos, como mi esposo confía en mí. Seamos dignos de su confianza. Señora reina, contestó él, tenéis buenas palabras y es cierto cuanto decís. Pero yo, ante todo, defiendo los intereses de mi rey. También yo, repliqué. Y pienso que podemos defenderlos sin perder el honor y a la vez sin llegar a la batalla. El pueblo no desea la guerra, y sabemos que los reyes defienden a su pueblo.

Él me escuchaba con atención. Pero es vuestro esposo quien ha dado el primer paso, dijo, y ha incitado al rey de Navarra, que hasta ahora había sido aliado nuestro. Castilla, para defenderse, no tiene otra opción que alzar las armas.

Mi esposo ha dado el primer paso para defender a nuestra familia, contesté. ¿Qué hombre de honor no lo haría?

Señora, intervino el almirante Fadrique, los intereses de una familia a veces son contrarios a los de la corona.

No si esa corona está en manos de la misma familia, respondí yo. ¡Ah, la familia! En las mejores familias hay disputas, contestó Álvaro de Luna.

A veces las peleas son provocadas desde afuera, continué. Hay quienes dividen para vencer, y para arrebatar los bienes de la familia desunida.

Álvaro de Luna sonrió enseñando los dientes. Tenía uno negro, y

el ojo de ese lado se le empequeñecía al sonreír. Aunque era apuesto, aquel ademán resultaba siniestro. Señora, veo que sois clara como el agua. ¿Qué nos ofrece vuestro esposo, el rey de Aragón, a cambio de una tregua?

No es tregua lo que pido, sino paz. Y mi señor no reclama nada que no le pertenezca, sino que se respeten las leyes y la sagrada propiedad de cada casa y cada familia.

¿Y qué pide, vuestro esposo el rey?, inquirió Pedro Manrique. Él, que había sido un refugiado en Valencia con Catalina, ahora besaba los pies del hombre que había amenazado con cortarle la cabeza.

«¡Qué contradictorios son los hombres!», pensé yo entonces. Pero expuse nuestras reclamaciones. Sólo pedimos tres cosas. Una, que no toméis ninguna tierra ni castillo de cuantos pertenecen al rey Juan de Navarra; dos, que respetéis en todo momento la persona y las propiedades del infante Enrique, maestre de la orden de Santiago y esposo de la infanta Catalina, nuestra amada hermana. Y, por último, que dejéis de pregonar y llamar a los pueblos a la guerra contra los reyes de Aragón y Navarra. Con esto, mi señor el rey y el rey de Navarra retirarán sus ejércitos y volverán a sus reinos.

Tres cosas. Clara y breve. Álvaro de Luna asintió y cruzó miradas con sus dos acompañantes. Al estar de pie no podían disimular sus gestos y era evidente que dudaban y no estaban de acuerdo. Finalmente, Álvaro de Luna se levantó y se inclinó ante mí y el cardenal.

Señora, monseñor, trasladaremos al rey de Castilla vuestras peticiones. Como bien sabéis, no podemos decidir nada sin su beneplácito.

El cardenal cabalgó hasta el campamento de Alfonso para llevarle las nuevas. Yo me quedaré aquí, dije. Él murmuró una bendición y me hizo la señal de la cruz en la frente. *Pax vobiscum, filia*. Yo respondí inclinando la cabeza. *Et cum spiritum tuum*.

Aquella noche, entre los fuegos de dos tropas enemigas que se aprestaban para el combate, el viento sopló sobre una tienda plantada en medio del campo. Una tienda solitaria ante una pequeña hoguera donde se arrebujaban un caballerizo, dos pajes,

unas doncellas y una dama. El estandarte de la corona de Aragón ondeaba sobre la lona.

¿Habrá guerra, mi señora?, preguntó Violina. Yo bebía vino mientras veía danzar las llamas sobre las brasas. No habrá guerra, contesté al fin, con más deseo que certeza. No nos moveremos de aquí hasta que las tropas se retiren.

Sois valiente, mi señora, dijo Gonzalvo. Más que muchos que llevan armadura. Yo sonreí con tristeza. A veces, el miedo nos hace atrevidos, Gonzalvo. Pero lo que nos hace valientes es otra cosa. ¿Qué nos hace valientes, señora?, preguntó Violina. Yo le tomé la mano. El amor, Violinquina, el amor. El amor hace de un cobarde el hombre más intrépido.

Aquella noche recé bajo las estrellas. ¡Qué grande es el cielo fuera de la ciudad, lejos de los pueblos, en medio de la paz de los campos! Recé mientras escuchaba el viento sobre los sembrados. Unos sembrados salpicados de amapolas que jamás deberían mancharse de sangre.

A la mañana siguiente, Álvaro de Luna se acercó a la tienda con una docena de caballeros. No quisieron descabalgar. Yo salí y los recibí, esta vez sin púrpura ni corona, pero bien erguida y segura. García me ofreció el manto, pero lo rechacé. El sol caía de frente sobre los recién llegados, de modo que, aun estando más elevados que yo, tenían que cubrirse los ojos para mirarme.

Mi señora, dijo el condestable, si os marcháis con vuestras tropas, las de Aragón y las de Navarra, daremos orden de retirada a las nuestras. Yo me mostré firme. Partiremos cuando veamos que vuestro ejército levanta el campamento. Esto no sería conveniente, repuso Manrique, y los caballeros lo apoyaron. De ningún modo, dijeron. Son ellos quienes han atacado primero. Son ellos quienes han invadido nuestro reino. No podemos retirarnos. Bien, dije yo, pues no nos moveremos hasta que no tengamos respuesta del rey Juan.

Álvaro de Luna no escondió su contrariedad. Esbozó aquella sonrisa que era más bien una mueca, con el ojo pequeño, y, tras despedirse con la mano, giró grupa. Los caballeros lo siguieron. El último fue Pedro Manrique. Señora, me dijo, haréis bien en levantar

vuestra tienda. Yo moví la cabeza, pero no respondí.

Fue Alfonso quien me ordenó levantar la tienda. En el campamento habían discutido, él y su hermano. El cardenal de Foix estaba a favor de la retirada. Juan, como siempre, quería combatir. Atacar, rápido y por sorpresa. Más tarde, el paje García me comentó que el primo había despotricado contra mí por haber plantado la tienda entre los dos campos. Me hizo sonreír. Alfonso también se había reído. No conoces a María. Es más tozuda que la yegua que monta.

Tozuda, pero también dócil. Cuando Alfonso envió al cardenal para que retirara la tienda, obedecí y volví al campamento.

Alfonso dio órdenes a la tropa. Retirada. ¿Firmaremos la paz?, pregunté. Él me miró, y después miró a Juan, que nos escuchaba mientras yo le explicaba mi última conversación con Álvaro de Luna. Lo intentaremos, esposa. De momento, ganaremos tiempo.

Vayamos donde está mi hermano, dije yo entonces. Hasta ahora no hemos hecho otra cosa que discutir con nobles y favoritos. Es con él con quien tenemos que tratar. ¡De rey a rey! Alfonso sonrió con escepticismo.

De rey a reina, replicó.

Nos separamos. Yo, con mi pequeño séquito, fui al encuentro del rey de Castilla. Alfonso marchó con su ejército. Volvía a Aragón, pero no para rendirse, sino para buscar refuerzos.

32.
ENCUENTRO ENTRE HERMANOS

Juan tenía su campamento cerca del Burgo de Osma, en una aldea pequeña, Piquera. Un puñado de casas alrededor de una iglesia maciza y cuadrada por donde pasaba el Camino Real. Alrededor del pueblo, entre los campos de trigo, se extendían las tiendas. Llegué tras dos días de camino. Conmigo venía el cardenal de Foix.

Los segadores trabajaban en los campos y el olor de las mieses y los animales de carga impregnaba el aire. A medida que nos acercábamos al pueblo, una emoción muy antigua me iba encogiendo el corazón. *Madame*, parecéis preocupada, observó el cardenal. Yo lo miré, ya no como consejero, sino como a un padre, como a un hombre de Dios. Monseñor, hace más de catorce años que no veo a mi hermano… Cuando marché de Castilla, él era un niño. Y yo, casi una niña. «Una niña», me dije, «que todavía no tenía el sangrado e iba a casarse con un futuro rey. Una niña enamorada que no sabía que, pasado el tiempo, su esposo y su hermano acabarían declarándose la guerra».

Debéis de tener gran deseo de verlo, dijo el cardenal de Foix. Y sí, era cierto. Deseo y temor. Ahora éramos adultos, y apenas nos conocíamos. Y en medio de los dos, entre los lazos familiares, se había interpuesto aquel hombre ambicioso que todo lo contaminaba a su alrededor. Aquel hombre sin el cual Juan no era capaz de decidir nada…

Al vernos llegar, los centinelas del campamento fueron a avisar al rey. Resonaron varios toques de trompeta cuando unos caballeros salieron a nuestro encuentro, acompañados de un escudero que blandía el pendón de Castilla y el de la casa Tras támara. Me

acerqué. Soy la reina María de Aragón. Vengo a ver a mi hermano, el rey Juan de Castilla.

Sin mediar palabra, nos escoltaron hasta la tienda real. Una tienda mucho más grande que la de Alfonso y el primo Juan, tan lujosa como la de Álvaro de Luna. Una tienda de tres pináculos, con un toldo abierto en la parte delantera, ornamentada con banderas y bordados que representaban los dragones flamantes de nuestra familia y las insignias de Castilla y León. La tienda era tan grande como dos o tres de las mejores casas que había en el pueblo.

Juan de Castilla salió a recibirnos. Gonzalvo me ayudó a desmontar de la yegua. Nos miramos. Catorce años después.

Juan siempre había sido un niño nervioso y delicado. Rubio, como Catalina y yo misma. Había crecido. Era alto y gallardo. Su cara era amplia y agraciada, de piel blanca como nuestra madre. Llevaba la cabellera larga, de un color castaño sedoso, y me pareció mucho más Lancaster que Trastámara. La rama blanda de la familia, amante de la música, la danza y el buen yantar. A sus veinticuatro años, había sido padre de tres hijos, de los que sólo vivía uno, el infante Enrique, y era la cabeza de uno de los reinos más poderosos de la cristiandad. Y yo, María, la hermana mayor que siempre mandaba en los juegos de infancia, casi tenía treinta años. Madre de dos hijos que no eran hijos míos. Reina de tres coronas, pero estéril. Esposa de un rey que no me amaba.

Catorce años que, en un instante, se desvanecieron. Los ojos de Juan, aquellos ojos verdiazules, ojos de niño ansioso que quiere más de lo que puede, sensibles y asustadizos, eran los mismos. Y yo seguía siendo la hermana mayor con corazón de madre.

Mi señora reina. Me tendió la mano. Mi señor rey. Me incliné y se la tomé. La besé. Y después lo abracé. Hermano amado. Juan se dejó abrazar y me estrechó con fuerza entre sus brazos. Antes de que me percatara, estaba llorando. Cuando me aparté, vi que él también tenía los ojos húmedos.

Nos acogió con gentileza, ¡siempre tan afectuoso y cortés! Trató con deferencia al cardenal, se ocupó de que nuestro séquito y las monturas fueran atendidos e hizo plantar dos tiendas, una para de Foix y otra para mí, al lado de la suya. Dos tiendas lujosas con camas, muebles y alfombras. Al atardecer nos invitó a cenar con él en su pabellón. Había una mesa dispuesta para tres, con todo tipo

de viandas y pan tierno recién horneado. Unos músicos cantaban y tocaban el arpa y la mandolina. Hermana, sé que te gusta el faisán, dijo con una sonrisa. Y pidió que trajeran una bandeja para mí, con la melosa carne estofada entre cebollas, manzanas, pasas y almendras. Con sólo el aroma se me hizo la boca agua. Cardenal, sé que os gusta el buen vino, dijo luego Juan, y De Foix quedó muy complacido con el caldo que le ofreció un paje. Durante toda la cena, sólo hablamos de música, arte y asuntos de la Iglesia. Juan se mostró muy interesado por los conflictos en Roma y por cómo se iba a resolver finalmente el cisma papal. También escuchó las noticias que el cardenal traía de Francia sobre el rey Carlos y la doncella de Orleans, caída ahora en desgracia… y sobre aquella guerra que tocaba a su fin después de casi cien años.

Después de los postres, el cardenal se despidió y Juan y yo nos quedamos a solas. Recuerdo bien aquella conversación. Salimos fuera, bajo el toldo, donde se estaba más fresco. Los criados trajeron unas sillas de brazos y una mesita donde colocaron un candelabro de tres brazos. Juan llamó a uno de los músicos que yo le había enviado, el arpista, y le pidió que tocara piezas tranquilas mientras hablábamos. Así, dijo él, nosotros disfrutamos de la música y nadie podrá escuchar lo que decimos. Sonreí y lo miré con afecto.

Ay, Juan, te has vuelto desconfiado. Pero quizá te fías de quien menos merece tu confianza… Juan, Juan, ¿por qué nos tenemos que ver en esta situación? No en una boda, ni celebrando un nacimiento —¡cómo me gustaría conocer a mi sobrino!—, sino en medio de una guerra. ¿Por qué, Juan? ¿Por qué?

Los primos han empezado todo esto, María. Tu esposo, Enrique, Juan. Tú bien sabes cómo son. Lo quieren todo. ¡Ellos han iniciado la guerra! Alfonso no ha empezado nada, respondí, suave pero con firmeza. Hermano, miremos las cosas como son. El primo Juan, Enrique y tía Leonor poseen tierras. Muchas, lo sabemos. Es natural que quieran defender lo suyo. Alfonso no ha hecho más que apoyarlos. ¡Poniéndose en mi contra!, exclamó Juan. Atacando mi reino, expoliando a mi pueblo.

Alfonso ha respetado a tu pueblo y ha pagado todo lo que ha gastado su tropa, respondí. Y regresará a Aragón si nos concedes lastres peticiones que le expuse al condestable. ¡Sólo te pido eso! Respeta a los de tu propia sangre y no convoques una guerra.

¿Tanto te cuesta?

Juan se quedó pensativo, mirando la luz de las velas que se agitaban sobre el candelabro. Entonces añadí: Recuerda que el primo Juan siempre ha querido estar a tu lado. ¡Somos una familia! Si nos atacas, te atacas a ti mismo. Y nos destrozamos unos a otros. Somos hermanos, Juan, hermanos, y no lobos que se devoran entre sí.

Le tomé de la mano. No pude, ni quise, retener las lágrimas. Somos una familia. Si no estamos unidos, cualquiera podrá destruirnos. Juan, vives rodeado de personas que no te quieren, ni a ti ni a nosotros. Quieren dividir nuestra familia, quieren que nos enfrentemos entre nosotros. ¿Acaso no lo ves?

¿A quién te refieres?, preguntó él. Se tensó y me soltó la mano. Ya lo sabes, Juan. Lo sabes. No eres tonto. Debes creerte que el cetro está en tu mano. Lo tienes tú, y no otro.

Juan sonrió con ironía. Eso lo dice todo el mundo, es curioso. Yo endurecí el tono de voz. No sería necesario que te lo dijeran si tú se lo recordaras cada día. ¿Quieres que vaya repartiendo bastonazos?, rio él. Yo no reía. No, Juan. Basta con que lo sostengas firme en tu mano.

La sonrisa de Juan pasó de la ironía a la tristeza. Ay, María. Tú no lo sabes… No sabes cómo es la corte castellana. No sabes qué es vivir… No terminó la frase, y yo le volví a coger de la mano. ¿No lo sé? ¿No sé lo que es vivir rodeada de una corte? ¿No sé lo que es capear las intrigas, afrontar conflictos, negociar con bandos peleados y ejercer justicia cuando todo el mundo quiere comprarla? Ay, Juan…

El arpa se calló. En el silencio de la noche se oyó el ulular de un búho sobre el canto incesante de los grillos. Y el viento, siempre el viento. Aquel oreo suave que planeaba sobre los sembrados moteados de amapolas.

Juan, tu esposa, María, nuestra prima: ella te ama y te respeta. Ella también lo ve claro. Juan me interrumpió. María es una buena mujer, sí. Me ha dado hijos… Y calló con un gesto nostálgico. «Sí», pensé. «Tres, de los que sólo vive uno, el pequeño Enrique. Las niñas que lo precedieron no llegaron a vivir dos años. ¡Pobre prima! ¿Qué clase de maldición pesaba sobre las mujeres de nuestra familia?». Juan movió la mano como si quisiera alejar un mal

pensamiento. No, Juan, no. Ella no es débil. El sufrimiento no nubla la mente. A veces nos ayuda a ver más claro.

Las mujeres siempre buscáis la paz, y eso es loable, María. Pero a veces no es posible. Tú lo has dicho: hay que sostener el cetro con firmeza. A veces, también la espada.

Me erguí en la silla. Está bien. Si en alguna cosa Alfonso, mi esposo, o el primo Juan te han ofendido y perjudicado, di qué quieres y cómo podemos arreglarlo, y lo haremos tal como digas. Pero, por el amor de Dios y de nuestros padres, que el Señor tenga en su gloria, ¡detén esta guerra!

Juan me miró largamente en la penumbra del entoldado, bajo la luz vacilante de las velas. El arpista volvió a tocar, esta vez una tonada melancólica. Tu esposo no me ha causado mal alguno, dijo. Pero Juan, Enrique y Pedro siempre me han menospreciado. Ya cuando éramos niños… ¿No te acuerdas? Ahora soy el rey y no lo aceptan. Juan también es rey, pero ¿qué es Navarra, al lado de Castilla? Estoy por encima de todos ellos. Los puedo hacer matar o encarcelar. Podría haber dispuesto de sus vidas, pero he sido clemente.

Te lo ruego, Juan. Le tendí la mano, buscando la suya, pero él no me la tomó.

Debo hablar con mis consejeros.

Al día siguiente me sentía deshecha. Violina me distrajo con su charla. Admiraba las alfombras, los cortinajes, los muebles que habían traído a nuestra tienda. ¡Son más lujosos que los que tenemos en palacio, en Barcelona!, exclamaba. Sí, sonreía yo con pesar. Y pensé en mi dote. No había querido mencionarla en la conversación con mi hermano por miedo de ofenderlo, pero ahora me arrepentía.

Mientras desayunábamos, expliqué la conversación al cardenal de Foix. ¿Qué queréis hacer, *madame*? ¿Qué me aconsejáis, monseñor? Vuestro hermano no decidirá nada sin Álvaro de Luna y los grandes. Pues bien, dije, vamos a esperar. Si tienen que verse, seguiremos al campamento real allí donde vaya, y volveré a exponer mi petición ante todos. *Madame*, me aconsejó de Foix, deberíais ofrecer una contrapartida. ¿Algo más que la retirada de

tropas? Algo más que eso, *madame*. Castilla tiene más hombres, y lo sabemos. Hasta que vuestro esposo no reúna un ejército lo bastante numeroso pueden pasar meses. Si queréis evitar la guerra, hay que negociar con algo más que amenazas. Rumié aquellas palabras con amargura. Los infantes de Aragón no renunciarán a ninguna ciudad ni a ningún castillo. Entonces será difícil impedir la guerra, señora.

Yo estaba indignada. El culpable de todo es Álvaro de Luna. Él es quien tiene las llaves… Él maneja al consejo y a los grandes. Él es quien ha puesto a los nobles contra nosotros. ¡Y mi hermano no puede decidir ni qué calzón ponerse sin pedirle consejo!

Madame, si es Álvaro de Luna quien tiene las llaves, es con él con quien tenéis que negociar. ¡Ya lo he intentado!, exclamé. Él dice que tiene que consultarlo con el rey. Y el rey dice que tiene que consultar a sus consejeros. ¿Quién manda, al final? ¿Quién? Él, él y solamente él. Y él lo quiere *todo*, respondí. Juan tiene que tomar partido por su familia o por ese paje intrigante… «Otro hombre del todo o nada. Pero éste es mucho más astuto que el infeliz conde de Urgel». De Foix respondió con voz suave: Quizá, *madame*, sería bueno hablar con vuestro hermano sobre las alianzas que vuestro esposo tiene fuera de Castilla… Sí, quizá sí.

Inglaterra, Portugal, Roma, Milán, Foix. ¡La misma Granada, incluso! Alfonso sabía moverse y sus delegados iban y venían. Tenía buenos amigos, y poderosos. Sólo que estaban lejos. Lejos de los campos de Castilla.

Juan se desplazó a Calatahojar. Y nosotros fuimos detrás. Gonzalvo, los pajes, Violeta y Catalina *la Negra* parecían disfrutar de las novedades del viaje. Se hicieron amigos de los pajes del cardenal. Yo enviaba a los más jóvenes para que espiaran el campamento del rey. Un día, Joamiro me dijo que las tropas castellanas tenían órdenes de entrar en Aragón. El condestable quiere venganza. Ha sabido que el rey Alfonso ha tomado varios pueblos castellanos y busca represalias. Pueblo por pueblo.

De Foix y yo dialogábamos durante largas horas. Era una buena compañía y aprendí mucho de él. Era tan buen hombre de leyes como de Iglesia, o quizá más. Cada noche le pedía su bendición. Sentía que era un privilegio viajar con el representante del Papa, un

vicario de Nuestro Señor en la tierra. Incluso me atreví a confiarle algunas dudas que no me había atrevido a explicar a mi confesor.

Madame, me dijo, en las cosas del corazón, como en las del reino, hay que saber esperar. Escuchar mucho y hablar poco. No podemos persuadir a nadie si no es de la manera que le gusta. Es como la música de cuerda, señora. Si una cuerda no va con el tono de las otras, se pierde la armonía y todo es desagradable. Escuchar cómo tocan los demás nos permite concordar con ellos. Una vez hay acuerdo, entonces podemos conducir el asunto hacia nuestro terreno.

¿Y si son los demás quienes me arrastran hacia su terreno y me empujan a obrar como no quiero?, pregunté. El cardenal negó con la cabeza. No lo harán si tenéis muy claro lo que queréis. A veces la concordia es imposible, me quejé. Entonces, señora, es cuando hay que tener más paciencia y saber esperar. Sin dejar de insistir, pero con suavidad. Como el agua que perfora la piedra. Todo es cuestión de tiempo.

Esperar… Paciencia. Pero en Calatahojar se me acabó la paciencia. Olvidé los consejos del cardenal y toqué mi propia música, fuera o no fuera armónica con el coro que entonaban los grandes de Castilla alrededor de mi hermano.

Estábamos a 25 de julio. Santiago, patrón de los reinos hispanos. Todo el campamento estaba de fiesta, los hombres se pasaban botas de vino y se asaba carne entre las tiendas. Había feriantes, titiriteros, músicos y hasta mujeres de mala vida bromeando y cortejando a los soldados.

Ante la tienda real se preparaba un banquete. Un ternero se asaba sobre un espetón, chorreando grasa, mientras los criados disponían las mesas con bandejas de fruta, pan tierno, tortas rellenas de carne y confites. En el pueblo sonaban las campanas de la iglesia.

Juan me recibió en su tienda con todos los nobles de su consejo: Álvaro de Luna, el adelantado Manrique, el almirante Fadrique, Pedro Velasco, Yáñez de Ulloa, señor de la Mota, Rodrigo de Perea, adelantado de Cazorla, Diego de Córdoba y otros. Esta vez se mostró cortés conmigo, pero distante. Ya no era el hermano, sino el

rey. Y un rey que no estaba solo. Sentado en un trono, me ofreció asiento frente a él, en una silla de brazos algo más baja, y otro al cardenal de Foix. Los nobles, de pie, nos rodeaban, y me sentí cercada.

Querida hermana, he deliberado con mi consejo. Sobre tus peticiones, la respuesta es ésta: El rey de Aragón, el rey de Navarra y el infante Enrique han causado muchas ofensas, daños y perjuicios a nuestros reinos. Han entrado con hombres armados en nuestras tierras, han destruido unos cuantos pueblos y han saqueado cuanto han querido. Es justo que, ahora, como respuesta, nosotros entremos en sus tierras, tal como ellos han hecho en las nuestras.

Pueblo por pueblo. Venganza. Yo respondí de inmediato, sin dejarme impresionar: Juan, hermano, deberíamos hablar de ello. El rey de Navarra y el infante Enrique jamás habrían tomado las armas si no se hubieran visto amenazados. Y el rey de Aragón sólo ha defendido a sus hermanos de sangre. Son nuestras tierras las que corren peligro de perderse.

¿Perderse?, inquirió el adelantado. ¿Para quién? Si pasan a la corona, no se perderán, señora. El almirante Fadrique también intervino: ¿Quién se apoderó de tierras y castillos por la fuerza de las armas, sino el infante Enrique? ¿Quién quiso pasar por delante del mismo rey, sino el infante Juan, hoy rey de Navarra?

Los nobles asintieron y dejaron ir comentarios a media voz. El golpe de Tordesillas, el secuestro del rey en Montalbán, los pactos y alianzas secretos… Fue Pedro Velasco quien concluyó el tema: Señora reina, los nobles castellanos defendemos a nuestro rey y la seguridad de nuestras tierras. El rey de Aragón haría bien en mirar por sus reinos y no interferir en los asuntos internos de Castilla. Sus hermanos han ofendido y pisoteado la autoridad real. Por encima de la sangre, está la justicia. Y la corona, que es garante de la justicia.

Yo los miré sin perder la calma, firme aun sintiendo cómo la indignación ardía en mí y el calor me subía por la espalda bajo el peso del manto púrpura. Al cabo de unos instantes, me dirigí a Juan. Busqué en sus ojos verdiazules una chispa de ternura, de amor fraternal, de docilidad. Pero Juan sólo era dócil para los que, en aquel momento, tenían el poder. Los nobles que le pagaban el ejército y sostenían su corona. Para el hombre que sabía cómo

hablar y seducirlo, amoldándose a las cuerdas de su corazón y extrayendo la música que le convenía. Hermana, dijo, por amor a ti y a tus ruegos me guardaré mucho de causar daño a vuestros reinos, siempre y cuando el rey de Aragón retire sus tropas. Cuando cruce la frontera, le enviaré una embajada para negociar la paz. Te doy mi palabra.

Se levantó del trono, dando por terminada la entrevista. Entonces yo también me puse en pie y alcé la voz.

No me haces feliz, hermano. No me basta una promesa. ¡Quiero compromisos claros! Quiero una respuesta a mis tres peticiones.

Creemos, señora, que hemos hablado bastante claro, se interpuso Pedro Manrique.

¿Lo bastante claro?, salté yo. No, no me habéis respondido. No habéis garantizado que respetaréis las posesiones del rey de Navarra. No habéis prometido respetar la persona y las tierras del infante Enrique y de su esposa, Catalina. ¡Y no queréis detener esta guerra! Pueblo contra pueblo, ¿no es ésta la consigna? La ley del tabón, ¡ojo por ojo, diente por diente! ¡No será así como los reinos cristianos conseguiremos la paz!

El pabellón quedó en silencio. Quizá vieron ante ellos a una reina desconocida; la energía de los Trastámara, que tanto le faltaba al rey, salía de mi boca en llamaradas. Los miré uno a uno. ¡Condestable!, jugáis a ser rey a la sombra, cuando todos saben que sois vos quien más gana dividiendo a hermanos contra hermanos y a primos contra primos. ¡Estáis hiriendo de muerte a una familia! Álvaro de Luna aguantó el envite, el rostro duro como el pedernal, y no respondió. Entonces me dirigí a Pedro Manrique. ¡Don Pedro! Vos y la infanta Catalina, y otros, estuvisteis asilados en Valencia bajo nuestra protección. ¿Es así como devolvéis la hospitalidad recibida? ¿Qué sucede, que los viejos enemigos hoy son amigos para ir contra el rey que os tendió la mano? Manrique se ruborizó y bajó la mirada. Me encaré entonces con Pedro Velasco: Vos sois hombre de leyes. ¿Cómo aconsejáis al rey tomar la espada antes que imponer justicia? Y finalmente me volví hacia Fadrique: Y vos, almirante, ¿cuántos pueblos, cuántas tierras esperáis ganar en esta guerra, arrebatándoselas a sus legítimos dueños?

Los nobles se removían inquietos. Juan, incómodo, se vio obligado a hablar. Hermana, te ruego que no ofendas a mis

consejeros. ¡Ofensa! ¿Ofensa?, repliqué, y era la voz de la hermana mayor que regaña al pequeño. ¡Son ellos los que me ofenden a mí y te ofenden a ti, rey de Castilla! Estás mal aconsejado por una corte de hombres ambiciosos que no respetan la ley de Dios ni la de los hombres, la que defiende el vínculo sagrado entre hermanos y parientes de sangre. Te quieren enemistar con tu propia familia, te provocan contra mi esposo, el rey de Aragón, y contra el rey de Navarra, que es tu primo. Señores, que Dios nuestro señor, que ve todas las intenciones, os juzgue algún día por todo lo que estáis haciendo.

No esperé respuesta. Di media vuelta y salí de la tienda con paso firme. El cardenal de Foix podría haberse quedado, pero no lo hizo. Se inclinó ante el rey en una reverencia y salió conmigo.

Gonzalvo, levantamos la tienda. Nos vamos ahora mismo, ordené. Los pajes y las doncellas empezaron a recogerlo todo. ¿Qué ha sucedido, señora?, preguntó Violeta. Nada. No hemos conseguido nada. Pero esto no acaba aquí.

Al verme preparar la partida, Juan llamó a sus pajes y arrieros. Salí del campamento unas horas más tarde, seguida por el rey de Castilla, el condestable, el almirante y los nobles, más doscientos caballeros. Nunca había cabalgado al frente de una comitiva tan grande. Llevaba el manto púrpura y me flanqueaban los hombres más poderosos del reino. Los labradores que segaban los campos se detenían al vernos pasar y nos saludaban, con gritos de viva el rey y viva la reina. Parecía una cabalgata triunfal…, pero dentro de mí no resonaban cánticos de victoria, sino el cansancio de una lucha infructuosa y la oscuridad de una derrota.

33.
La guerra

Dos dragones enfrentados. Los dos exhalando llamaradas que se unen, una sola lengua de fuego que atraviesa el escudo. Ése era el escudo de armas del abuelo Pedro y durante mucho tiempo lo fue de la casa Trastámara. El emblema de Alfonso también exhibía un dragón con las alas desplegadas sobre el campo dorado y las cuatro barras de rojo sangre. Dos dragones, dos ramas de la familia enfrentadas y lanzándose fuego. Y la llamarada, mientras tanto, va devastando la tierra…

Esto pensaba mientras Gonzalvo me explicaba las nuevas que llegaban del campo de batalla. La guerra entre primos y hermanos que no pude evitar. Ni yo, ni tía Leonor, que también fue a ver a mi hermano para suplicarle que no se enfrentara a su propia familia. Juan la recibió con todos los honores, como lo había hecho conmigo, y del mismo modo la despidió. Tía Leonor regresó a Medina con las manos vacías, como yo volví a Aragón con las manos y el corazón vacíos. Más que vacíos, llenos de sombras.

Cuando Alfonso y el primo Juan retiraron a sus tropas comenzaron las deserciones. No tenían dinero para alimentar a hombres y animales, y Alfonso ordenó lo que sabía hacer bien gracias a su experiencia en Italia: saqueo y expolio. Era tiempo de siega y en los graneros de Castilla se apilaban los sacos de trigo. Las buenas maneras se acabaron. Deza, Serón y otros pueblos cayeron. Alfonso tomó cuanto pudo: víveres, grano, bestias de carga y también hombres, moros y cristianos. A los cristianos los dejó ir con la condición de que no regresaran a su pueblo. A los moros se los llevó como esclavos.

La respuesta no se hizo esperar. Álvaro de Luna movió las tropas castellanas y entró en Aragón. Avanzaban implacables: diez mil caballeros y cincuenta mil hombres a pie eran muchos más de los que Alfonso y el primo Juan nunca podrían reunir. Invadieron el valle de Cetina y fueron, pueblo tras pueblo, destruyendo, saqueando, quemando campos y talando bosques enteros. Ojo por ojo, diente por diente. Pueblo por pueblo. La guerra había comenzado.

Pero el rey de Castilla al menos cumplió su palabra. En agosto envió una embajada a Alfonso, que se encontraba en Calatayud, esperando refuerzos y rehaciendo su ejército. Los embajadores castellanos confiaban en que, ante su superioridad numérica, Alfonso retrocedería. Pero mi esposo no era hombre que se acobardara fácilmente. Y en situaciones apuradas era más osado que nunca. Me indigné cuando Gonzalvo me contó que Alfonso no había justificado mi intervención al plantar la tienda. Decía que el cardenal y yo habíamos intentado conseguir una tregua por deferencia a su madre, pero él no había dado orden alguna ni había propuesto condiciones para negociar. Él defendía a sus hermanos por derecho divino y humano, y razón y ley de la patria.

Aun así, Alfonso necesitaba refuerzos. Más hombres, más dinero, más armas. Apenas le quedaban setecientos jinetes, mientras que ¡Álvaro de Luna comandaba una tropa con más de doce mil!

En octubre, Alfonso convocó cortes en los tres reinos. Para no tener que recorrer grandes distancias, las convocó en tres poblaciones cercanas: Tortosa para las cortes catalanas, Valderrobles para las de Aragón y San Mateo para las de Valencia.

En otoño, yo estaba en Zaragoza. Envié a mi capellán Fernando de Riaza de nuevo a Castilla para que intentara cobrar los cuatrocientos mil maravedíes anuales que Juan me debía. ¡Qué mal momento para pedirlo! Pasaban los días, De Riaza no daba señales de vida y yo no tenía dinero para pagar a mi gente. Hasta mi confesor, fray Antonio, que se había quedado en Valencia, me reclamaba su paga. Envié unas joyas y unas piezas de ámbar a Valencia para que Jaume Sala, el bordador, las vendiera y pagara deudas. También le mandé un espejo de oro y perlas como prenda. Después, desesperada, contacté con un caballero catalán, Joan de Mur, para venderle a los esclavos moros. Apenas me quedaban

joyas…, pero aún me quedaban los hombres. Vendí a Faraig, Abdallah y los jovencitos que ayudaban a Gonzalo y a García, y me supo mal, porque eran dóciles y trabajadores. Pero si quería mantener a las doncellas y a los pajes no podía hacer otra cosa.

Alfonso me envió aviso por medio de mosén Borra, uno de nuestros mensajeros catalanes. María, ve a Tortosa. Tú te entiendes bien con los catalanes. ¡Y hacia Tortosa me dirigí! Allí, en noviembre, presidí las cortes, en la sala capitular que ya me era tan familiar. Allí, ocho años atrás, los síndicos habían protestado por la convocatoria, porque era yo y no el rey quien presidía. Allí habían cuestionado mi autoridad y allí el abad Marc de Montserrat había pronunciado aquel discurso sobre las virtudes de una reina que tanto me había impresionado.

Ahora ya no era una reina doncella, inocente y sin experiencia. Sabía negociar con reyes y nobles, amigos y enemigos. Nadie rechistó porque fuera yo quien presidiera. Pero los síndicos catalanes, como siempre, tenían muchos agravios que presentar y se mostraron inflexibles. Cuando les expuse la necesidad que el rey tenía de ayuda y la cantidad que pedía, todo fueron protestas.

El señor rey pide dinero para una guerra que no nos atañe ni nos conviene, dijeron. Es un asunto entre hermanos y primos, y nuestros reinos no tienen nada que ver. El principado sufre muchas necesidades. Peste, hambre, terremotos y banderías. Señora, no podemos responder a la petición del rey.

El brazo eclesiástico propuso que Alfonso negociara la paz con Casulla. Esta guerra no aportará ningún beneficio, repusieron. Yo intenté defender la posición de mi esposo, pero cierto es que tampoco creía en aquella guerra. Por amor sostuve la cara bien alta y mantuve la petición de ayuda. Mas lo decía a contracorazón, y creo que los síndicos catalanes lo percibieron.

Valencia, en cambio, respondió. Los jurados avanzaron a Alfonso veintiocho mil florines. Pagaron pronto, pero la ayuda aún era escasa.

También en Zaragoza, gracias al apoyo del nuevo obispo y de Berenguer de Bardají, Alfonso obtuvo fondos y pudo pagar a mil caballeros durante cuatro meses más. Para recaudar el dinero, tal como se había propuesto en la anterior corte, se aprobó una sisa especial en todos los hogares del reino, ahora durante tres años.

Con todo, Aragón no contaba con muchos hogares: poco más de cuarenta mil. Todas las familias de un reino no llegaban a pagar una guerra. Alfonso encargó a Bardají que empezara a vender tierras del patrimonio real.

Finalmente, las cortes catalanas otorgaron a Alfonso treinta mil florines. No sólo por mi persistente paciencia, sino por la habilidad de mi esposo y su éxito en otra guerra que llevaba entre manos: la eclesiástica. Benedicto XIII había muerto, pero su sucesor, Clemente VIII, se había instalado en Peñíscola y reclamaba la sede papal frente al Papa de Roma, Martín V. Con el apoyo de Alfonso, el cardenal Pedro de Foix convocó un concilio en Tarragona y consiguió que el papa cismático renunciara a cambio de obtener el obispado de Mallorca. En el concilio se destacó un sacerdote valenciano experto en leyes al servicio de mi esposo: Alfonso de Boga. Él convenció a Clemente y, como recompensa, fue nombrado obispo de Valencia.

Por lo menos, un cisma resuelto. Los clérigos catalanes quedaron satisfechos con su rey. Quizá por eso resolvieron adelantar un donativo más generoso que la subvención de las cortes: los sesenta mil florines que solicitaba para la guerra.

Alfonso aún hubo de afrontar otro conflicto, uno que a mí me tocaba de cerca por la amistad que tenía con Violante de Luna. Su hermano Federico, el capitán de la flota catalana que había acompañado al primo Pedro hasta Nápoles, se rebeló contra su rey. ¿Por qué? Quizás aún guardaba en su interior rencor por haber perdido la corona. Hijo de Martín el Joven, heredero del rey Martín y legitimado por su padre y por su abuelo, sólo la muerte del rey Martín y la indecisión del papa Benedicto habían detenido su causa. En Caspe, ninguno de los compromisarios lo apoyó. Federico poseía castillos y pueblos que le obedecían a él antes que a nadie. De modo que Alfonso no pudo reclutar gente en sus tierras. ¿O tal vez el motivo fue el amor? Mosén Borra, entre ida y venida despachando mensajes, me contó que Federico se había casado en secreto con Luisa de Mur, sobrina del obispo de Tarragona, el actual canciller real. Lo hizo sin consultar al rey. Y lo peor, señora, me explicaba Borra, es que el conde Federico no ama a Luisa, sino a su hermana, Valentina. Una mujer bellísima a la que miran todos, me aseguró el bufón.

Yo la recordaba de alguna misa en Tarragona. Una jovencita de piel blanca y ojos verdes, con pestañas muy largas. Sí, llamaba la atención por la finura de su rostro, su talle delicado y aquella mirada centelleante y enigmática. Alguien me había comentado que quería hacerse monja. ¡Ahora, aquí la tenemos, amante de un conde rebelde!, reía mosén Borra. ¡Buena monja hubiera sido!

Yo lo reñí, no era un asunto para bromear. Parece que Federico amaba a Valentina, pero en cambio pegaba a su esposa. Ella lo denunció a los suyos y la familia Mur destapó el escándalo quejándose al rey. Alfonso tomó medidas y llamó a Federico a su lado. El señor rey es inteligente, dijo Borra; si no puedes acabar con tu enemigo, ¡tenlo bien cerca de ti!

El enemigo en casa. Para contenerlo o para convertirlo en tu aliado. ¡Ay! Aquella Navidad la pasé en Tortosa. Triste por la guerra. Triste porque Alfonso estaba lejos. Cansada y abrumada por las deudas. María de Luna, Violeta y los pajes me animaban. Vinieron a la corte los pequeños príncipes, Ferrante y María, que ya tenían dos y cuatro años. Los dos hablaban, jugaban con las hijas del conde de Urgel y con los lujos de los caballerizos y los criados, y alegraban las veladas que pasábamos las mujeres alrededor del fuego, cosiendo, rezando, conversando o escuchando a los trovadores. Alfonso no vino a verme aquella Navidad, pero me envió otro regalo inesperado.

Abrigado en pañales de seda, dos pajes venidos de Zaragoza y una niñera me presentaron al tercer vástago de la semilla de mi esposo.

Era una niña. La tomé en brazos. Rubia y preciosa, no se parecía a sus hermanos. También había sido bautizada. ¿Cómo se llama? Leonor. Suspiré. Leonor y María. Alfonso había elegido los nombres de su esposa y su madre para sus hijas. Quizá las dos mujeres que, finalmente, éramos las más importantes en su vida.

Llevé a la niña a la habitación donde jugaban sus hermanos. Ferrante vino corriendo y la miró sin dejar de hacer muecas. María abrió mucho los ojos y se mostró asombrada. Es vuestra hermana, les dije. ¿Verdad que es bonita? Es pequeña, dijo Ferrante. María no pronunció palabra y la señaló con el dedo, mirándome. Sí, preciosa,

le dije. Se llama Leonor. ¿La querrás?

María se volvió y buscó las faldas de su aya. Ferrante agitó el caballito de madera que sujetaba con la mano. No puedo jugar con ella, protestó, y también se fue. Yo estreché a la pequeña contra el pecho. Ay, si fueras mía…, Leonor.

Es extraño. El corazón humano se acostumbra a todo, incluso a la traición. Era la tercera hija natural de mi esposo y ya no sentí envidia, ni rabia, ni deseo acuciante de saber quién era la madre. Sólo sentí ternura y pesar. Todas las mujeres somos madres. Podemos tener el vientre yermo, pero no el corazón.

Corazón de madre. En aquel año de gracia y desgracia de 1430, las reinas sufrimos en las entrañas. No traspasadas por siete espadas, como Nuestra Señora la Virgen, pero sí atravesadas por la guerra. Tía Leonor, la prima María, Blanca de Navarra y yo nos enfrentábamos en silencio a nuestros esposos, hijos o hermanos. Los hombres buscaban la guerra, nosotras defendíamos la paz.

Los primos Pedro y Enrique se habían fortificado en el castillo de Alburquerque mientras las tropas castellanas les iban arrebatando pueblos y fortalezas. Tía Leonor, prisionera en el convento de Santa Clara de Tordesillas, tuvo que entregar ciudades y castillos a Álvaro de Luna para conservar la vida. Catalina, siempre huyendo, se refugió en el castillo de Segura, en Jaén. El rey de Granada, Muhammad Al-Aysar, la ayudó enviándole soldados y provisiones. Alfonso seguía atacando pueblos, y Álvaro de Luna respondía. Pero las fuerzas seguían siendo muy desiguales.

La guerra mueve a los hombres. Pero, al final, también los agota. Entonces, sólo cuando han matado, cuando han visto morir a sus amigos, cuando han quemado pueblos y saqueado casas, cuando han apurado la amargura de la sangre y la enfermedad, entonces también buscan la paz.

Juan, mi hermano, nunca ha amado la guerra. Fue el primero que envió embajadores a Cariñena para negociar con Alfonso y el primo Juan. No los escucharon. Pero, pasados unos meses, Alfonso vio claro que tenía que firmar una tregua.

34.
La tregua

Estoy en la cama, enferma. Un rayo de sol entra por la ventana y escucho a las golondrinas, que chillan mientras entran y salen de sus nidos, bajo los aleros de la casa del priorato. Hoy me acompañan Florensa de Fontcuberta y Leonor de Oluja, sobrina del ujier de armas de Alfonso. Las dos han entrado a mi servicio hace poco. El médico, Francisco de Burgos, dice que mucho hablar me agota y que es mejor que las doncellas vengan de dos en dos. Florensa y Leonor conversan a media voz. Los cotilleos de la ciudad me calman como una canción de cuna. Escucho y no escucho. Mi cabeza vuela lejos de aquí, fuera de los muros del palacio, lejos de Tortosa, más allá de las tierras del Ebro. Mi corazón también vuela lejos. Quizá por eso las fuerzas me abandonan y caigo enferma. ¿Qué hace un pobre cuerpo si el corazón y la cabeza se le van?

Hace pocos días volví de San Mateo, donde fui a recoger el dinero de las cortes valencianas para enviárselo a mi esposo. El ahora está en Tarazona, en su campamento de guerra.

Y vuelvo a estar enferma. El año pasado, viajando entre ejércitos, viviendo en una tienda y a caballo entre dos reinos en guerra, Nuestro Señor me dio una salud de hierro. Este año, sin embargo, be recaído. Han vuelto los desmayos, el nudo en el estómago, los dolores. El cirujano García me sangra porque dice que tengo mala sangre. El médico me da pócimas amargas porque dice que tengo mala bilis. Y otro físico que me visita, Andreu Climent, afila sus bisturís porque me quiere extraer un bulto raro que me ha salido bajo el vientre. ¡Válgame Dios! Hace dos días me caí por una escalera y tengo una llaga en la pierna izquierda que no me deja

caminar, ni tampoco descansar. Tomo brebajes para dormir, pero cuando parece que el sueño quiere llegar me atacan unos aguijonazos que me atormentan.

¡Ay, cuerpo mío! ¡Cuánta flaqueza! ¿Qué me quieres decir, que ya no sirvo para nada? Pero la cabeza, la cabeza y el corazón no se detienen y quieren ir más lejos. Cierro los ojos mientras Florensa y Leonor conversan. Y pienso. Pienso en él. Alfonso libra su guerra, yendo y viniendo entre el campamento y las cortes valencianas y aragonesas. Yo libro la mía presidiendo las cortes catalanas. Las cortes son otra guerra.

Dalmau, el arzobispo de Tarragona y canciller real, me explica las novedades de la corte. Juan de Funes, el secretario de Alfonso, que me ha acompañado a las sesiones, me lee las últimas actas. Los tres brazos no llegan a un acuerdo. Los eclesiásticos y los nobles parece que quieren conciliar posiciones. Siempre con buenas palabras, como dice el obispo Dalmau, buscando *la verdad simple y llana, para servir al señor rey y mantener la justicia*. Pero el brazo de las ciudades es combativo. He vuelto a encararme con Joan Fiveller, con Ramon Desplá, con Joan Ros… Mis viejos amigos, paladines de las libertades del pueblo, justo ellos han decidido, por su cuenta y riesgo, enviar una embajada a mi hermano Juan pidiendo la paz con Castilla, y han avisado de sus intenciones a las cortes valencianas y aragonesas. ¡Puedo imaginar cómo se habrá enfurecido Alfonso al saberlo! Son ellos quienes han preparado el memorial de agravios y las propuestas de leyes y reformas que hay que firmar. Son ellos quienes, ante mi insistencia, me han dejado bien claro que hasta que no se resuelvan los problemas del principado no habrá subvención ni dinero para la guerra del rey.

Los entiendo. El principado tiene sus guerras internas. Ciudadanos contra oficiales, nobles contra nobles, bandos de familias contra familias… Sólo faltaba que el conde de Pallars, siempre tan bravucón, jugara a ser bandolero. Ha secuestrado a la dama Aldonza de Bellera, la tiene cerrada en una torre y le ha arrebatado sus posesiones. ¿Tendremos que armar una tropa para liberarla? ¿Cómo hacer justicia, si el conde es uno de los hombres fuertes de mi esposo?

Desde que estoy en Tortosa no hago otra cosa que dirimir

conflictos. Como el de la nave de Francesc de Bellvís, un caballero que juega a ser pirata. No, no juega: lo es. Arrebata, compra y vende, por dinero vendería a su propia madre. Envió una flotilla con hombres y armas al rey de Túnez mientras éste se preparaba para atacar Sicilia. Y allí le fue confiscada la nave por orden de Alfonso. Pero Bellvís no se achicó, y cambió de tornas. De mercenario pasó a ser proveedor: trigo y caballos para el señor rey. En cuanto su nave volvió a Barcelona, fue incautada, y él ha sido citado ante la justicia para que rinda cuentas de su tráfico ilegal. Pues bien, ahora Alfonso reclama el grano y las bestias. Soy la lugarteniente del rey, pero no puedo decidir sola. Alfonso decide por su cuenta. Las cortes defienden sus derechos. Yo tengo que consultarlo todo y estoy harta de escribir y responder cartas, intentando conciliar a todos.

La ley, señora, es garante de la libertad, me comentaba un día Joan Fiveller. Me vio agotada y triste al acabar la sesión de las cortes, y se acercó a saludarme. Fue amable. Lo entiendo, consejero, le contesté. Yo soy la primera en respetarla. La ley, añadió, está por encima de todos. Si no fuera así, ¿cómo podríamos tener justicia?

Esto he aprendido de los síndicos catalanes. Hay una ley por encima de todos los hombres, incluso por encima del rey. Todo el mundo debe respetarla, desde el monarca hasta el último vasallo. Como la ley de Dios, que es eterna e igual para todos. Lo que ocurre es que las leyes de los hombres no son como la ley de Dios. Cambian, se retocan, se interpretan y se malinterpretan… Y por eso tenemos a los doctores en leyes, que, a veces, lo enredan todo aún más. Las leyes de los hombres no son iguales para todos. Esto también lo he aprendido en las sesiones de las cortes. Las leyes de los hombres dividen a la gente entre libres y esclavos, entre señores y siervos, entre hombres y mujeres… Y este derecho común debe ser respetado para no dar escándalo. Pero los campesinos no piensan así. Los hay que tienen dinero, los hay que saben leer y escribir. Algunos han viajado, incluso algunos han estudiado en Roma y en París. Saben que las leyes pueden cambiar. Saben que pueden ser libres. Y la libertad también se puede comprar.

Abro los ojos y miro a las doncellas. Necesitan ropa nueva, pobres muchachas. No se atreven a decírmelo, pero sé que lo piensan. He encargado a Valencia sedas y velos, alfardas y zapatos.

No llega nada. Supongo que es por todas las deudas que he acumulado. El bordador Jaume Sala va vendiendo oro y muebles de mi casa para ir pagando. Un judío nos está ayudando, Tobías del Campo, otro traficante que sabe cómo jugar con el dinero… Pero todo se demora, como los dineros de mi dote y de la cámara de Sicilia. Como las ayudas de las cortes. Querían conseguirlo vendiendo censales y ahora dicen que cuesta mucho venderlas. Todas las ayudas se retrasan, sí. Como el agua del cielo, que este año es de un azul transparente y puro y nos ha regalado una primavera seca. Quizá por eso la peste se difunde por todas partes. En Lérida, y ahora en Tortosa. Por todas partes hay dolor y muertes. Si el principado fuera un cuerpo, se parecería al mío, lleno de bultos y enfermedades.

La peste. Yo sufro las fiebres cuartanas, pero no cada cuatro, sino cada dos días. El dolor nunca se retrasa. Ni los desmayos. Ni la pena. El sufrimiento siempre es puntual.

Los síndicos reclaman mi presencia en la corte. Dicen que debemos trasladarla por la peste. Quieren que se celebre en Cervera, pero tengo que presidirla para ratificar el cambio. No puedo ir, no tengo fuerzas. Si conviene, que vengan a mi habitación a certificarlo. Que envíen a sus delegados, que interroguen a los médicos y a mis camareras. ¡No me importa! Que me vean. Que contemplen la miseria de una reina en cama, llagada, lesionada y sin otra fuerza que la de un corazón que late por un amor ausente. Si no fuera por él, moriría.

Alfonso está en Aragón. Por fin, él, mi hermano y el primo Juan están negociando la paz. Mejor dicho, la negocian sus cancilleres. Entre reyes no quieren ni verse. No se pueden mirar a la cara, primos y hermanos de una misma sangre, porque las armas y las ambiciones los han separado. Y el orgullo. Los Trastámara somos orgullosos, ¡bien lo sé! Yo también lo soy, pero las mujeres tenemos que tragarnos el orgullo. Los síndicos de las cortes me aprecian y me respetan; los obispos me elogian porque soy dócil y respetuosa. Ah, si supieran… Soy una leona enjaulada, un águila con alas de tórtola. Me he de volver mansa y humilde de corazón para poder conseguir lo que quiero. Y debo suplicar como una mendicante.

Pero por él, por mi amor, no me importa. Me arrastraría por él, aunque fuera para pagar una guerra en la que nunca he creído ni deseo.

Alfonso está pactando la paz. Los cancilleres y los obispos trabajan. En Castilla también quieren detener las refriegas. Negociarán, tía Leonor podrá ser liberada, los primos Pedro y Enrique abandonarán las armas y Catalina saldrá del sitio de Segura. Los nobles castellanos volverán a sus casas. Tanto incendiar, saquear y matar sólo para que un grupo de señores hayan arrebatado unos cuantos castillos y ciudades a nuestra familia. ¡Maldita guerra!

Suenan las campanas. Tocan el ángelus vespertino. María de Luna y Violina vienen a rezar con nosotras. María me ha sido fiel; su parentesco con Federico de Luna, el conde rebelde, no la ha distanciado de nosotros. En febrero, Federico huyó a Castilla y Alfonso ordenó confiscar todos sus castillos, pueblos y fortalezas. ¡Más rentas para el patrimonio real! María de Luna ha llegado desde Barcelona para estar a mi lado. Es una buena amiga. Ella y Violinquina me arrancan una sonrisa con los últimos comadreos que corren entre los pajes y las damas. Isabel *Calva* está enamorada de García de Tordesillas y lo persigue; él la esquiva y están todo el día como el halcón y la liebre. Son el hazmerreír de mi casa, porque la Calva es gruesa y fogosa, mientras que García es un mancebo flaco y vivaz, de aspecto delicado, y no puede verla ni de lejos.

¡Ay, si éstos fueran mis problemas más graves…! Violina se me acerca porque me ve triste. Señora, pronto terminará la guerra y podréis estar junto a vuestro esposo, el rey, murmura. ¡Ella sabe bien qué me hace feliz! Ella sabe bien quién es mi medicina, mi remedio, el consuelo que me curaría. Sí, suspiro. Las conversaciones de paz siguen adelante. Los delegados de los tres reinos avanzan en sus negociaciones. María de Luna, que se ha hecho muy amiga del secretario de Alfonso, Joan d'Olzina, me trae las novedades. A veces Alfonso también me envía a alguno de sus hombres de confianza.

En febrero me envió a Galzeran de Requesens, su ujier de armas y tío de la joven Leonor de Oluja. Galzeran nos explicó, a las cortes y a mí, las reuniones de las embajadas castellana, catalana y

aragonesa. Los primeros encuentros no habían sido muy afortunados, más bien fueron un intercambio de acusaciones y defensas. Pero ahora se están poniendo de acuerdo. Tres obispos, el de Lérida, el de Astorga y el de Tiro, uno por cada reino, y varios hombres de leyes trabajan codo a codo. Se reparten las tierras, los castillos y los pueblos. Mientras tanto, en el principado, los campesinos reclaman su libertad, los señores quieren mantener los castigos con mutilación y en las cortes se pasan las horas discutiendo dónde tiene que sentarse cada cual, porque todos quieren ocupar un sitio cerca del trono. Si las cortes fueran cosa de mujeres, en un par de días resolveríamos todos los asuntos de manera bien justa y llana. Pienso en Isabel Escrivá, en doña Juana, en Joana d'Oms y en la Vilaraguda… Incluso doncellas como Violina tienen más sensatez, a veces, que todos estos obispos, condes y almirantes que se llenan la boca de honor y con la mano esgrimen la espada.

¡Ah, si las mujeres pudiéramos gobernar! No como yo, que soy la mano y la voz del rey y estoy atada, sino según nuestro criterio y sabiduría. Como mujeres, como madres, como esposas que desean la paz y no la muerte, que preferimos las palabras a las lanzas. No me atrevo a decir estas cosas a mi confesor, pero a veces pienso que Nuestro Señor nos ha enviado una cruz muy pesada. Quizá porque sabe que somos más pacientes… Quizá porque no esquivamos la muerte ni tememos mirarla cara a cara. Porque sabemos estar al pie de un hombre crucificado. Al lado de un niño enfermo, de un hijo muerto, de un esposo ausente.

35.
LUGARTENIENTE DE TRES REINOS

Los dos años que pasaron después de la tregua de Almajano fueron los dos últimos felices de mi vida.

Fueron dos años de continuos viajes, bien con Alfonso, o bien yendo allá donde me pedía. Dos años de intrigas, pactos y tensiones, pero siempre cerca de él. Yo no era una esposa dedicada a los hijos ni recluida en los aposentos de las mujeres, como la prima María, reina de Castilla; ni una madre apática que vivía al margen de los enredos de la corte, como Blanca, la reina de Navarra. La reina de Aragón era una dueña ocupada y, según el parecer de muchos, poderosa. Los consejeros me escuchaban y discutía con ellos de asuntos que ya me eran familiares. Alfonso también me escuchaba y me confiaba las gestiones que se traía entre manos, haciéndome partícipe de ellas.

A menudo hablábamos de los asuntos de Castilla, de las alianzas con otros reinos, de Italia. Desde que firmara la tregua, él no dejaba de soñar con volver a Nápoles. Yo también empecé a soñar con aquella ciudad rica y poderosa tendida en la falda del Vesubio. Deseaba, secretamente, que me pidiera ir con él.

Pero Alfonso tenía otro propósito para mí.

Durante la guerra con Castilla habíamos buscado aliados fuera de las fronteras. Por nuestro parentesco Trastámara y Lancaster conseguimos el apoyo de Inglaterra y del duque Felipe de Borgoña. En caso de que las cosas nos fueran mal, estaban dispuestos a enviarnos tropas. Alfonso también buscó una alianza con el duque

de Milán, enemigo atávico de los genoveses. Castilla era aliada de Génova y, por su parte, había pedido a las naves genovesas que atacaran nuestros barcos y las costas catalanas.

En Francia teníamos el apoyo del conde de Foix. Su hermano, el cardenal Pedro, me había acompañado en mis entrevistas con Juan y Álvaro de Luna. Y en Granada, el rey Muhammad, *el Izquierdo*, hijo de la Horra, apoyaba a Catalina, que resistía el asedio en el castillo de Segura de la Sierra. Pero Granada era un aliado de poco fiar. El reino árabe estaba fracturado por una guerra civil entre los partidarios del Izquierdo y los zegríes, que querían cambiar de rey. Alfonso incluso buscó apoyos al otro lado del Mediterráneo, por medio del maestre de la orden hospitalera de San Juan. El rey de Jaraf, sultán de Babilonia, ofreció enviar naves y soldados a mi esposo.

Todas estas ayudas se quedaron en promesas y buenas intenciones, pero Alfonso mantuvo el vínculo con todos los reyes y señores. Ya no pensaba en Castilla, sino en Italia.

En Italia, mientras, todo se había complicado. Recuerdo bien el día en que Alfonso me convocó al consejo y nos explicó sus planes. Estábamos en Barcelona, y nos reunimos en su despacho. Allí estaban los tres Juanes: D'Olzina, De Híjar y De Funes; el canciller Dalmau Mur; el camarlengo, Berenguer de Vilaragut, y Galzeran de Requesens. Alfonso había invitado también a Violante de Bar, la reina emérita. Al ser abuela de su rival, Louis de Anjou, pensaba que podría intervenir para reconciliar a ambas familias. Pero Violante estaba enferma y no pudo asistir.

La reina Juana de Nápoles, después de haber traicionado a su *fillolo* aragonés, se sentía defraudada con Louis de Anjou. ¡Ahora me pide que vuelva!, explicó Alfonso. El senescal Giovanni Caracciolo también me ha escrito para que vaya, justamente cuando estamos negociando la paz con los de Anjou. ¿Y el Papa?, preguntó el obispo Dalmau. Hacía pocos meses que había muerto el papa Martín y el nuevo papa, Eugenio IV, ocupaba la sede pontificia. El nuevo Papa es veneciano, comentó Alfonso, y no nos favorece. No le gusta que ganemos poder. Me han llegado cartas de Nápoles, y dicen que ha contratado a Giacomo Caldora para declararme la guerra.

Caldora era el *condottiero* más famoso de Italia, un mercenario que había estado al servicio de Nápoles y, durante un tiempo, combatió con Alfonso en sus guerras italianas. Después cambió de bando y apoyó a la casa de Anjou. Caldora, como todos los aventureros, obedecía al mejor pagador.

¿Qué haréis, señor? Alfonso lo tenía claro. Volveré. En Nápoles conservamos el Castel Nuovo y la isla de Ischia, un fuerte estratégico para atacar el golfo. Recuperaré lo que es mío. Nápoles volverá a formar parte de la corona aragonesa.

El obispo, Olzina y yo cruzamos las miradas. Aquello significaba más guerra. Otra campaña por mar, otra armada. Buques, hombres, armas. Convocar nuevas cortes para pedir dinero. Aún no se habían apagado los humos de la guerra con Castilla que ya comenzaban a arder las chispas de otra batalla.

El 18 de agosto de 1431 se inauguraron las cortes catalanas. La primera sesión se celebró en la sala capitular de la catedral de Barcelona, dispuesta con todo lujo. Como de costumbre, se había convocado a más de trescientos hombres, pero se presentaron menos de cien. La mitad de los eclesiásticos, un puñado de nobles y doce síndicos de las ciudades. Estos, sin embargo, eran casi todos los que formaban el brazo real, pues el total de convocados era de diecisiete. Los síndicos de las ciudades son menos, pero levantan la voz y son fuertes.

Tanta ceremonia para nada. Alfonso expuso su petición simple y llanamente. Solicitaba ochenta mil florines para la campaña italiana. La corte le dio una respuesta igual de escueta: de momento, sólo podían asignarle quince mil, y no decidirían nada sin que, antes, el rey velara por la justicia y resolviera todos los agravios y asuntos que le tenían que presentar. La respuesta de Alfonso no se hizo esperar:

> Si vosotros, por negligencia o por cualquier otro motivo, no satisfacéis nuestra proposición y razonamiento, nos mismo lo haremos sin vosotros. Y no tengáis tanto cuidado con las prácticas antiguas o pasadas, ni con el fruto de esta justicia, que la experiencia nos ha

demostrado que no todas las prácticas del pasado son loables ni tienen un buen fin.

Juan de Funes me detalló su discurso y yo lo admiré de nuevo. ¡Qué audaz! Alfonso estaba decidido a actuar, tanto si las cortes querían como si no. Nada lo ha detenido jamás. Los hombres de letras y los de Iglesia todo lo someten a la ley. La ley por encima de todo. Alfonso tenía una ley particular: el rey por encima de todo. Si conviene, el rey será la ley.

Pero siempre hay algo por encima del mismo rey. El rey no es Dios. No puede crear barcos de la nada, no puede alimentar a los hombres del aire, no puede fabricar armas ni maquinaria de guerra. Por encima del rey está el oro. Y el oro mueve leyes y hombres. Si Alfonso no quería negociar con las cortes, otro lo haría por él. Mejor dicho, otra.

La anciana reina Violante de Bar murió en la primavera del año siguiente, 1432. La paz con los de Anjou, que podía venir de su mano y de su hija Violante, madre del duque, nunca se llegó a firmar. Alfonso tampoco la deseaba, en el fondo. Él quería Nápoles. Quería Italia, quería aquel país donde el rey supremo era el dinero. Porque, con dinero, Alfonso lo sabía tan bien como yo, se puede comprar todo aquello que llena el corazón y el espíritu. Con dinero se puede comprar belleza, arte, música y placer. Con dinero, quizá pensaba él, también se podía comprar el amor.

Aquella primavera, Alfonso presidió una gran fiesta en Barcelona: la ceremonia para colocar los estandartes de las naves. Procesiones por las calles, trompetas, desfile de caballeros y máquinas de guerra. Junto al mar, ante la iglesia de Santa María, se bendijeron las banderas que después fueron izadas en los barcos. Doce galeras, seis naves y un ballenero donde transportar los caballos.

Alfonso, quisiera ir contigo. Él me lo negó. Tú eres mi mano y mi voz. Te necesito aquí, presidiendo las cortes, gobernando el reino. Confío en ti. Ya lo sé, Alfonso.

Volveré pronto y luego podrás acompañarme, dijo. Yo asentí, con los ojos llenos de lágrimas, fijos en las banderas ondeantes. Aún

tenía esperanzas; aún era joven, aún era fértil, y tenía mi sangrado de pascuas a ramos para recordarme con dolor que mi vientre podía dar un heredero legítimo a la corona.

Pero Alfonso tenía tres hijos y ya no parecía preocupado por su descendencia. María, tienes que presidir las cortes catalanas. Sólo tú podrás conseguir que aprueben las subvenciones que necesitamos. Tú sabrás cómo negociar los agravios. No estarás sola. Tendrás contigo a Híjar, a Funes y a Galzeran, además de a los obispos. Son buenos consejeros.

Sí. Tenía buenos consejeros, buenos confesores, buenos secretarios y un magnífico canciller. Los síndicos catalanes me apreciaban y, desde Castilla, mi hermano me mostraba su buena voluntad. Aquel año me envió dos mil corderos para pagarme una parte de mi pensión en especie. Desde Sicilia por fin me llegaba el dinero de la cámara e iba cobrando, poco a poco, otras rentas y comisiones que me permitían vivir. Mi casa se consolidaba, tenía un palacio acogedor y una corte de damas y doncellas fieles que amaba como a hijas y hermanas.

Sólo me faltaba una cosa.

Alfonso había previsto nombrarme lugarteniente de Cataluña mientras que, para Aragón y Valencia, había designado a su hermano Juan. Pero de la noche a la mañana cambió de idea. El 25 de mayo recibió la visita del bayle general de Aragón, Martín Diez Daux, y del obispo de Zaragoza. Después de una conversación secreta me nombró lugarteniente de los tres reinos, con poder absoluto para hacer y deshacer. El primo Juan quedaría como gobernador general de Aragón.

Te lo daré todo, María, me dijo Alfonso aquella tarde. Todo quedará en tus manos. Te lo daré todo… Todo menos aquello que yo quería. Todo el poder, toda la confianza, todo el peso del gobierno y la justicia. Todo menos una noche de amor.

Una noche del mes de mayo, cálida y serena, el puerto de Barcelona volvió a coronarse de fuego. Antorchas, almenaras en Santa María del Mar, trompetas y laúdes. Guirnaldas de laurel colgaban de la

pasarela de madera que conducía a la nave capitana. El cielo se oscurecía, azul profundo como el mar. Alfonso y su séquito desfilaron. Él iba a caballo, armado y coronado, un Julio César que se embarcaba para una nueva conquista. Con él partían sus caballeros y los capitanes de sus tropas. Las tres galeras se mecían sobre las aguas. Por encima del palo mayor de la capitana, la nave de Jofre Maians, ondeaba el estandarte de Alfonso, las cuatro barras coronadas con el dragón de Trastámara extendiendo sus alas de fuego.

Yo cabalgaba al lado de Alfonso, vestida de seda y con una capa de terciopelo púrpura. No dejaba de mirarlo, como queriendo beber hasta la última gota de su presencia. Guardo grabado en la memoria su hermoso rostro, aguileño y noble, con la corona centelleando sobre la melena oscura. Aún no se había marchado, pero mi corazón ya estaba en duelo.

Una última mirada, un último beso en la mano, cortés. Unas palabras. Adiós, mi señora. Dejo el reino en tus manos. Adiós, mi señor. Quise añadir algo, pero la voz se me ahogó en la garganta y sólo pude hablar con los ojos.

Adiós, mi señor. Mi rey, mi amor. Murmuré la despedida mientras lo veía subir al bajel. En la galera de Maians viajaban mil hombres. Entre las de Cegoña y Figueret, casi dos mil más. Y en las otras naves todavía se estaban cargando cientos de escalas de madera, bombardas, pólvora y piedras de artillería. El gentío se admiraba y corrían voces sobre la calidad de las armas: dos mil lanzas de Jerez, bellamente acabadas, potentes ballestas y otras máquinas de guerra.

El obispo impartió la bendición sobre Alfonso, que desmontó del caballo e hincó una rodilla en tierra. ¡Mi rey sólo se arrodilla ante Nuestro Señor! Después de él, los capitanes y los caballeros también recibieron su bendición antes de subir al barco. La multitud los aclamaba y las trompetas tocaban con sones de victoria. Cantaban un triunfo que, de momento, sólo existía en el deseo.

Rodeada por mis pajes, Juan de Híjar, Juan de Funes y los diputados del General, yo seguía sobre mi caballo, sola y apesadumbrada. Sola, mientras la brisa hinchaba las velas de las naves. Con los ojos fijos en Alfonso, en la tiniebla azul iluminada por las antorchas. Su armadura relucía, desprendiendo pequeñas

llamas de bronce.

Siempre lo recordaré así. Orgulloso, alto, bello y fuerte. Seguro de su conquista. Ávido por hacerse a la mar. Se acercó a la borda de la nave y saludó con la mano. ¿A mí, al gentío, a los señores de Barcelona?

Quizá saludaba a los cielos que le daban vida, salud y protección en su guerra. Quizás era un gesto de despedida y de liberación por salir de aquella tierra que nunca había sido suya, que nunca lo había acogido como él quería. La tierra dura y firme que, ahora, dejaba en mis manos. Adiós, Barcelona. Adiós, principado. Adiós, Aragón y Valencia. Adiós, María. Ahí os quedáis… Adiós.

Yo levanté la mano y le devolví el saludo mientras los ojos se me llenaban de lágrimas. Izaron las anclas y las tres galeras zarparon a golpe de remo. Pronto se alejaron, se perdieron de vista en la noche dejando tras de sí una estela de espuma que moría en la arena. La última cosa que vi fue el pendón ondeante, cuatro pinceladas de púrpura sobre oro, y el dragón. De lejos, llameaba como una brasa en medio de la mar, inmensa, negra, que todo lo engulle. La muerte vestida de agua.

Era medianoche. La playa se iba quedando desierta y yo continuaba allí, sujetando con fuerza las bridas de mi yegua. Sola en medio de los pajes y los caballeros. Con el cuerpo frío y el alma volando, sedienta, sobre las aguas.

36.
UN NIDO DE VÍBORAS Y UNA VICTORIA AFRICANA

Me quedé en Barcelona. Pronto organicé la cancillería para que no faltaran mensajeros entre Alfonso y yo. Quería seguir de cerca todos sus pasos.

Alfonso reunió a su flota en los Alfaques y zarpó unos días más tarde con veintiocho naves de guerra. Catalanas, aragonesas e incluso cinco galeras de Portugal, nuestro aliado. Desde allí navegó hacia Mahón, y después a Cerdeña, el Alguer y Cagliari. Cuando llegó a Sicilia, en verano, su escuadra contaba con ciento treinta y dos bajeles. Ahora ya podía competir con los *condottieri* italianos. Pero le faltaba algo más que barcos y hombres. Alfonso quería llegar a Italia con olor a victoria.

La flota puso rumbo a Túnez, otro viejo enemigo que hacía años que nos amenazaba. La armada llegó a la isla de Djerba. El día 15 de agosto, fiesta de la Virgen, mientras yo entraba en la catedral para oír misa seguida de mis damas y doncellas, entre humo de incienso y trompetas, en las costas de Túnez se elevaba otra columna de humo. ¡Humareda y fuego de batalla! Alfonso tomó Djerba, cruzó el puente que unía la isla con tierra firme y aplastó al ejército y la caballería del rey de Túnez. El tunecino quiso negociar, pero Alfonso quería la guerra. Y venció.

Y, de hecho, el rey de Túnez, con gran número de gente de caballo y a pie, se reunió al pie del muelle o puente, donde se libraron durante algunos días bregas y escaramuzas entre nuestras gentes y las suyas, en las cuales, por gracia de Nuestro Señor Dios, murieron y

fueron heridos muchos de los moros, los cuales siempre y cada vez fueron forzados a huir…

Nuestra Señora la Virgen lo protegía. Gracias a Dios, muchos moros cayeron. Tanto el rey como sus soldados huyeron. Alfonso recogió un botín ingente de armas. Pero no sólo de armas vive una tropa: los guerreros también necesitan pan. Tuvieron que retirarse de Túnez muy pronto por falta de provisiones.

Ahora Alfonso por fin podía navegar hacia Italia. Como rey joven, valiente y victorioso, con Una flota a rebosar de armamento, y con guerreros que ya habían catado el sabor de la sangre y el botín. Releí su carta una y otra vez. Era como leer un cantar de gesta. Sólo le faltaba el amor. En toda la carta no había una sola palabra hacia la esposa que esperaba noticias cada día. Leonor de Oluja y María de Luna me escuchaban leer en voz alta y me miraban en silencio. ¿No pregunta por vuestra salud, señora? No lo dijeron, no, pero sé que lo pensaban. Violina exclamó: ¡Qué valiente es nuestro rey! Espero que no haya muerto nadie de los nuestros… Yo, que sabía por quién suspiraba su corazón, le acaricié la trenza que llevaba recogida al cuello. Si hubiera muerto algún caballero importante, dije, pronto lo sabríamos.

¿Qué le esperaba a Alfonso en Italia? Muchos grandes y señores, con intenciones diversas. El nuevo Papa, Eugenio, y el emperador Segismundo de Luxemburgo fruncían el ceño en Roma. El duque de Milán, Filippo de Visconti, sopesaba aliarse con este hombre fuerte. Las repúblicas de Venecia, Génova y Florencia estaban ojo avizor, vigilando los próximos pasos del rey audaz. En Nápoles, la reina Juana, que había ahijado a Alfonso con tanto fervor años atrás, guardaba cama por enfermedad, y había dejado las llaves de la ciudad en manos de dos intrigantes que se peleaban entre sí: el senescal Caracciolo, el mismo que había llamado a Alfonso, y la poderosa duquesa Cobella Ruffa. Ambos, Caracciolo y Ruffa, querían aliarse con Alfonso, pero se odiaban a muerte entre sí. Por entonces, los mensajeros me trajeron una noticia escalofriante. En la fiesta de bodas del hijo de Caracciolo, un pelotón de mercenarios había irrumpido en el palacio. Apresaron al novio, asesinaron al padre delante de todos y saquearon las mansiones del padre y del hijo. Bodas de sangre y bandos enfrentados: ¡qué preludio para la

llegada de Alfonso! Al lado de estos crímenes, el secuestro de mi hermano en Montalbán, el encarcelamiento del primo Enrique y las provocaciones de los infantes de Aragón en Castilla parecían casi juegos de niños. Italia era un nido de víboras, y Alfonso iba a lanzarse de cabeza en él.

Y yo, mientras tanto, ejercía la justicia por un lado y por el otro otorgaba amnistía a todo criminal que quisiera ir a servir a las galeras del rey. Durante aquel verano de 1432, muchas penas fueron condonadas. Eso sí, quise hacer algunas excepciones: los herejes, los traidores a la corona, los falsificadores de moneda, los salteadores de caminos y los sodomitas no podrían redimir su castigo. Mis letrados y yo lo acordamos así. Eran delitos imperdonables que no podían quedar sin un castigo ejemplar. En realidad, los hombres de mala fe que caminan tan torcidos y cometen faltas con tanta alevosía, tampoco sirven para la guerra.

Los asuntos de las cortes y los pleitos se acumulaban en la cancillería, mas el trabajo me distraía de la añoranza. Por la tarde, muchas damas y señoras de Barcelona venían a conversar conmigo. Tenía conmigo a los tres infantes, que crecían, hablaban por los codos y nos animaban con sus juegos. Ferrante era travieso y malicioso, y a menudo se peleaba con los hijos de mis sirvientes que jugaban con él. Si no hacían lo que quería, rabiaba y ordenaba que fueran apaleados. Los pajes intervenían para poner paz, pero en muchas ocasiones era difícil ser justo y defender al príncipe. Yo prefería no intervenir, así que dejé el peso de educar a aquel niño veleidoso a los clérigos y a doña Juana, que era tan autoritaria que incluso los pajes la temían.

Las niñas, María y Leonor, eran bonitas pero bien diferentes entre sí: María, de cabello oscuro; Leonor, rubia; una, dulce y reservada; la otra, parlanchína y alegre. Se llevaban bien con las hijas de algunas de las damas. María y sus amigas empezaban a hacer palotes y a leer sus primeros renglones. A veces bailaban y cantaban mientras Leonor, la menor de todas, las miraba embelesada e intentaba imitarlas, con pasos torpes y agitando los brazos. Sus vocecitas me enternecían y me hacían olvidar, durante unos momentos, que no eran mis hijas. Pero lo eran de Alfonso. Y lo que es de Alfonso es mío. Un solo rey en dos cuerpos.

Yo era el otro cuerpo del rey. Me lo recordaba a mí misma cada

vez que estampaba mi sello sobre la cera para cerrar los documentos oficiales. Cuatro barras, dos leones y una corona. Alfonso y yo somos los dos leones que custodian la tierra barrada, dos pilares para sostener una única corona. En Italia era un rey guerrero y amante de los placeres de la vida. En Cataluña, Valencia y Aragón, sería una reina justa y austera que no cedería al engaño ni a los sobornos. Yo sabía muy bien que cualquiera podía comprar la voluntad de Alfonso, bastaba que le ofreciera oro, joyas o belleza. A mí, nadie me podía comprar. Me repetía a menudo las palabras de Joan Fiveller: «La ley por encima de los hombres, incluso por encima del rey. Si no es así, ¿cómo podrá haber paz y justicia en esta tierra, donde cada cual es diferente, y todos luchan por barrer hacia su casa?».

El primo Juan era un desafío para mí. A cambio de la lugartenencia de los tres reinos, Alfonso lo había nombrado gobernador general de Valencia y Aragón y hacía lo que le venía en gana. Tenía tierras y algunos pueblos en Cataluña y exigía impuestos indebidos. El noble Guerau de Cervelló, de Cabra del Camp, me presentó quejas porque el gobernador le reclamaba una cena. En ningún lugar estaba escrito que tuviera tal obligación. Yo, como reina, tenía que defender las constituciones de la tierra —la ley por encima de todos—, como bien me recordaban los consejeros de las cortes, así que escribí a Juan en términos rotundos. No tenía derecho a exigir aquellas cenas y yo no quería recibir más reclamaciones como aquélla en adelante. Antes que prima suya, era la reina. Juan no lo olvidó, como otros muchos enfrentamientos que tuvimos.

A Juan se le quedaba pequeño el reino de Navarra. Iba de aquí allá negociando y enredándolo todo. En Valencia, unos mercaderes genoveses se negaron a pagar los aranceles anuales para poder Vender su mercancía. Quizá le ofrecieron una buena comisión para evadirlos. El bayle, para compensarlos, no tuvo idea mejor que confiscar la nave y los bienes de otro mercader italiano, Odoardo. Y el hombre vino hasta Barcelona para pedirme justicia. De nuevo tuve que enfrentarme al primo y al bayle de Valencia, pidiéndoles que cobraran todas las tasas debidas a los genoveses y restituyeran los bienes al mercader expoliado.

El mundo del comercio es muy diferente al mundo de la guerra.

Esto lo comentábamos una tarde con las damas. Joana d'Oms dijo que, a la hora de hacer negocios, los viejos enemigos se sientan juntos. No siempre, replicaba la Escrivana; a veces, el dinero lo ata todo; otras veces, lo desata. ¡Sabía de qué hablaba, ella que era viuda de notario y conocía tantas disputas familiares por las herencias! El dinero lo compra todo, intervino doña Juana. Quien paga, manda. Es cierto, añadí yo, pensando en Alfonso y en Italia. Detrás de cualquier guerra, de cualquier pacto, siempre había dinero por medio. Con oro puedes comprar almas y lealtades.

¿Qué no se puede comprar con dinero?, preguntó Jordieta, entre inocente y picara. ¡Qué pregunta tan peliaguda! En medio de risas y lamentos, las damas discutían. ¡Ah, el mundo está salvado!, exclamaba Joana. Todavía quedan cosas que no se pueden comprar. El amor, la alegría, la confianza… Yo las escuchaba en silencio hasta que Violina me miró y, de pronto, todas callaron.

¿Qué no se puede comprar con dinero, Jordieta?, inquirí. Ella bajó la mirada. No lo sé, señora. ¿Qué?, insistí. Quizá…, quizás el honor. La verdad.

Las damas de mayor edad se deshicieron en elogios. El honor y la verdad. ¡Qué sensatez! Jordieta sonreía con falsa modestia. Ya no era tan jovencita, pronto la tendría que casar, antes de que perdiera toda la sensatez, y la virtud, con alguno de los pajes o caballerizos…, ¡si es que no la había perdido ya! La prudencia y la virtud tampoco se pueden comprar con dinero.

Del dinero pasamos a hablar de los matrimonios. ¡Otra pesada carga! A veces me parece que una reina es como una especie de alcahueta. ¡He de buscar marido para tantas doncellas! Buscar marido y, claro, pagar dotes. No tengo hijos de mi vientre, pero ¡cuántas hijas adoptivas he tenido que apadrinar y casar!

A algunas las he casado con pesar, porque hubiera querido conservarlas a mi lado siempre. Con el paso de los años, las únicas amigas que se han quedado conmigo han sido las viudas, las viejas o las monjas.

Otra cosa que no se puede comprar es la justicia. La verdadera justicia. La que a veces duele e incomoda. La justicia ciega que nos iguala a todos, ante Dios y ante los hombres. Mi arma. Fray Francisco, de los predicadores de Barcelona, se me quejó de que tenía a mi servicio a algunos judíos y los protegía, y me echó en

cara que éstos ejercían usura en sus préstamos. ¡Qué me iba a decir! Pero, judíos y no judíos, ¿quién no es usurero cuando presta? En una audiencia pública, estos judíos acusados por fray Francisco me reclamaron justicia. Yo establecí unos límites para los intereses y ordené que devolvieran o condonaran todo lo que habían cobrado de más a sus deudores. Pero aseguré a los judíos que tenían todo el derecho a defenderse de los abusos, como cualquier otro ciudadano. Si la justicia de la ciudad no los escuchaba, la reina sí.

37.
VUELVE CATALINA ,MUERE UN CONDE Y ENCARGO MIL CIRIOS

La guerra con Castilla no había terminado. Habíamos firmado una tregua, pero la llama del odio seguía ardiendo, como las brasas encendidas bajo la ceniza. Los primos Pedro y Enrique no podían volver a Castilla, pues Álvaro de Luna y los nobles pedían su cabeza. Catalina abandonó el castillo de Segura, donde había vivido dos años bajo asedio, pero ¿adonde podía ir? Se reunió con su esposo y su cuñado y los tres decidieron refugiarse de nuevo en Valencia. Desde allí, Enrique y Pedro planeaban embarcarse para ir al encuentro de Alfonso y ayudarlo en su campaña italiana.

¡Valencia, la ciudad acogedora! El consejo de la ciudad recibió a los exiliados con esplendor y todos los honores. Jaume Sala, más tarde, me detalló por carta la recepción que los jurados habían organizado en honor de los infantes y todo lo que habían gastado en músicos, viandas y lujos. Además, los jurados les otorgaron una ayuda de tres mil florines. Tanto me costaba, a mí, conseguir dinero, y ante Catalina todo el mundo se rendía.

Me hubiera gustado ir a Valencia. Hubiera querido abrazar a Catalina, ver a los primos y sobre todo pasar un tiempo allí, junto a los huertos de naranjos y los jardines perfumados de jazmín del palacio árabe. Allí, junto al mar que había contemplado por primera vez. Además, tenía asuntos que resolver. Había encargado vestidos a mi modista valenciana, *na* Pastoreta; debía algunos pagos y aquel año hubo muchos altercados en la ciudad por causa de un juicio que tenía pendiente Antoni de Vilaragut, sobrino de mi camarlengo, Berenguer de Vilaragut. La justicia se retrasaba y tuve que

intervenir escribiendo al bayle y al gobernador. Mientras no se dictaba sentencia, las familias se batían en reyertas callejeras. Si la justicia no actúa, los hombres toman las armas, y no podía consentirlo.

Pero no pude moverme de Barcelona. Las cortes reclamaban mi presencia. La comisión de agravios tenía, como siempre, muchos temas pendientes y sabía que la reina escuchaba. Juan de Funes, Galzeran de Requesens y Juan de Híjar eran mis grandes apoyos. Híjar se convirtió en mi mano derecha. No parecía resentido por la muerte de su hija Margarita y hacía caso omiso de los rumores que me acusaban, celosa por la belleza de la joven y por la simpatía que despertaba en el rey. Su esposa Teresa también venía a menudo a palacio; era ella quien siempre me traía pomadas y aceites para la piel y me explicaba los últimos chismes que corrían entre las damas de Barcelona.

Y Alfonso, ¿dónde estaba? Navegando por el *Mare Nostrum*, como un *condottiero* a la aventura. En Djerba triunfó, pero un año después, en Trípoli, la fortuna le dio la espalda. Primero, cuando atacó la ciudad, consiguió una victoria y un cuantioso botín. También liberó a muchos cautivos cristianos y, al mismo tiempo, capturó esclavos. Pero después, al volverse a la mar, la armada sufrió una fuerte tempestad que la empujó a desembarcar en Ras Amalbec, un cabo de la costa africana. Los hombres bajaron a tierra en busca de agua y víveres. Debilitados y castigados por la travesía, fueron atacados por los moros. Muchos murieron, según me escribió Joan Olzina, pero Alfonso no se desanimó. ¡Un tropiezo no significa una derrota!

Enrique y Pedro zarparon desde Valencia para ir al encuentro de su hermano. Sin embargo, su nave estaba muy deteriorada y tuvieron que recalar en Mallorca para repararla. Enrique escribió pidiéndome ayuda y dinero. Yo escribí a Alfonso: si había que pagar las reparaciones de la nave de su hermano, que lo hiciera él, del botín de sus campañas. Enrique no había querido pasar por Barcelona como yo le había pedido. No podía empeñar más dinero ni pedirlo a las cortes, que siempre se resistían a otorgar subvenciones para la guerra. Al rey todavía le podían dar ayuda, pero no a unos infantes altivos que levantaban polvareda allí por donde pasaban.

Como siempre, yo sufría por el dinero. Me faltaba para pagar mi casa y me veía obligada a remover cielo y tierra para conseguir rentas para mi esposo. En ausencia del rey, todos se escabullen y eluden sus obligaciones. Muchas poblaciones y castillos de Tarragona nos debían impuestos. Puse a trabajar a mis letrados y escribí a Joan Olzina para que me dijera, exactamente, cuánto podía reclamar a cada ciudad y a cada pueblo.

Me faltaba dinero, sí, para mí y para pagar la guerra de mi esposo, pero todo el mundo me seguía pidiendo favores. Cada sábado; en la audiencia pública, escuchaba decenas de peticiones. Caballeros que reclamaban justicia, mercaderes que pedían exenciones de tasas y salvoconductos, viudas que perdían la herencia, doncellas recomendadas para entrar en mi casa, monjas que querían ingresar en un convento…, o salir para ir a otro. Jóvenes que querían peregrinar a Santiago, o servir al rey, o estudiar en alguna universidad.

Leonor de Oluja nos dejó. Quería ser monja en el convento de San Pedro de las Puellas. Su padre, Bernardo, hermano de Galzeran de Requesens, era viudo y había vendido la herencia de su esposa, pero no le habían pagado, y las monjas reclamaban una dote por la muchacha. Tuve que intervenir para que, al menos, Leonor pudiera cobrar su legítima. A veces es más difícil dotar a una religiosa que a una doncella casadera.

Leonor de Urgel también me pidió ayuda. Era la segunda de las hijas del conde y estaba soltera. Vivía con una tía suya y ambas pasaban estrecheces. Leonor quería reclamar unas rentas de Balaguer, que según ella le correspondían, pero yo no podía decidir nada sin contar con el primo Juan, ya que aquellas tierras dependían de él. Pedí a dos abogados que me informaran sobre estas rentas y acepté que Leonor viniera a mi corte con sus hermanas menores. Joamiro, mi camarero de confianza, la acompañó.

El destino de las hijas de Urgel me traía de cabeza. Era un peso para mí y no dejaba de pensar que, si su padre hubiera ganado la guerra contra tío Fernando, ellas ahora serían princesas, y, quizá, yo una esposa desterrada huyendo de una ciudad a otra, como Catalina. Las muchachas me inspiraban lástima y a la vez enojo. Alfonso y yo las habíamos tratado bien y queríamos concertarles

buenos matrimonios. Pero ellas no habían sido dóciles, siempre protestando, siempre quejándose, siempre pidiendo más. Por ejemplo, Juana, a sus quince años, había rechazado desposarse con el rey de Chipre. Si me ponía en su piel, podía entenderlo. ¿Qué hubiera hecho yo, que me planté ante mi madre cuando quiso casarme con el príncipe inglés? ¿Habría aceptado irme con un rey desconocido, señor de una isla extraña, en la otra punta del Mediterráneo?

El primer día de junio, murió Jaume, el último conde de Urgel. Prisionero y solo en el castillo de Játiva. Dicen que murió por la noche, que agonizó en silencio, y al día siguiente lo encontraron frío y tendido en el lecho, con las manos sobre el pecho y un rostro solemne, como si ya estuviera sobre la piedra del sepulcro. Murió solo, recluido, lejos de la tierra que amaba y sin poder despedirse de sus hijas.

En otoño conseguí un préstamo que hubiera deseado enviar al primo Enrique para su viaje por mar. Pero se lo envié todo a Catalina, que continuaba en Valencia. Tampoco ella quiso venir a verme. Sin embargo, sentí una liberación interior. Yo necesitaba el dinero, pero desprenderme de él fue como lavar con agua clara los restos de celos y rencor que abrigaba hacia ella. Catalina también sufría estrecheces. En Valencia la trataban como a una reina, pero… ¿qué tenía? El esposo ausente, ninguna casa, ni un solo castillo, ni un pedazo de tierra donde poder reposar. Tampoco había tenido hijos. Las dos ramas Trastámara flaqueaban. Los hijos de una misma sangre sabido es que pierden fuerza. La pobre prima María había tenido tres hijos, las dos primeras niñas se le habían muerto pequeñas y el niño, Enrique, decían las malas lenguas, no era muy normal. Yo veía crecer sanas y bonitas a María y a Leonor, y también a Ferrante, feo pero espabilado, y pensé que aquellos tres vástagos espurios de mi esposo rebosaban de vida. Con el paso de los años, los iba queriendo cada vez más. Si yo era el *alternos* del rey, eran tan míos como suyos.

En diciembre encargué cirios a Mallorca. La cera de Mallorca es la mejor del mundo. Blanca, densa, quema bien y no desprende humo. Quería prepararme para la fiesta de la Virgen de febrero y

confiaba en que todas mis damas y doncellas la pudieran celebrar con devoción y gusto. Encargué mil setecientos cirios, y dos muy grandes con el escudo de Catalina y el mío grabados en cera y filigranas de colores. Esperaba que Catalina viniera al fin a visitarme y pudiéramos ir juntas a la catedral, desfilando por la calle con los consejeros de Barcelona. Los vecinos y ciudadanos verían a la reina y a la infanta. Aclamarían a la reina justa y se desharían en cumplidos hacia la infanta bella y triste.

Pero llegó Navidad… y se fue. Inauguramos el año del Señor de 1434, los días empezaron a crecer y Catalina no apareció. El 20 de enero, después de oír misa en la catedral, abandoné Barcelona con mi séquito. Había suspendido las cortes, que se alargaban entre discusiones interminables y revisiones de agravios. Las prorrogué para mayo y marché a Tortosa.

Fue allí, bajo las bóvedas altísimas de la catedral con las dos torres truncadas, donde celebré la Candelera, rodeada por mis doncellas, los pajes y los prohombres de la ciudad. Encendí mi cirio entre miles de pequeñas candelas. El templo rebosaba de gente. Mientras el obispo nos bendecía, yo rezaba. Santa María, dadme luz. Proteged a mi esposo. Ayudadlo en su empresa. Y a mí dadme paciencia en la mía.

Las damas y los nobles que me rodeaban vestían de buena lana, terciopelo y colores vivos. Yo llevaba un manto forrado de armiño y un brial de terciopelo bordado en oro, pero de color negro.

38.
CONDES, UN ABAD Y UNA MORA CRISTIANA

En Tortosa me instalé en el palacio episcopal. Cada mañana asistía a misa en la catedral. Después me gustaba pasear por el claustro. En silencio, contemplaba cómo día tras día el sol era más alto y la luz bañaba el jardín, alargando las sombras de la columnata y encendiendo chispas de plata en el agua de la fuente. El rumor del agua, el piar de las golondrinas y aquel silencio en medio de la piedra y la luz me serenaban. Procuraba meditar el Evangelio cada día y quedarme con una palabra, una frase o un gesto de Nuestro Señor que me ayudara. Esto era lo que me había aconsejado mi nuevo capellán, Andreu Gallach, un hombre más joven que yo, pero de muchas letras. El pobre fray Antonio, ya anciano, sufría de los huesos y me pidió retirarse a la canonjía que yo le había procurado. Se lo concedí de buen grado. Después de tantos años a mi servicio me dolió separarme de él. Nos conocíamos como dos viejos amigos, pero creo que ya no me podía ayudar. Conocía demasiado bien las luchas interiores de una reina, los combates y las miserias de un alma que desea pulirse pero que tropieza una y otra vez con la misma piedra.

Andreu Gallach era un hombre de Iglesia, pero también de mundo. Sabía tanto de derecho como de teología y me ayudaba en algunas gestiones de la cancillería. Le confiaba los asuntos terrenales y los espirituales, y me sirvió fielmente durante unos cuantos años… Pero me costó abrirle mi corazón. Aquellos meses en Tortosa pedí un libro de oraciones de San Bruno al prior de Scala Dei, que era fray Bernardo, quien que me había otorgado paz interior aquel verano de enfermedad que había pasado en Barcelona

doce años atrás. Aunque iba escasa de dinero, como siempre, encargué una copia. Los libros han sido el más caro de mis caprichos, si es que puedo llamarlo capricho. Otras reinas gastan mucho en ropa y joyas, en fiestas y comedias, en músicos y artistas. ¡Todo vanidad! Como decía Violante de Bar, las palabras son vivas, las piedras preciosas están muertas. Mi tesoro, después de mi amor, eran los libros.

Al prior Bernardo también le tuve que pedir que hiciera las paces con Joana de Prades por unas tierras y rentas que se disputaban el monasterio y la condesa. Hacía años que el litigio se alargaba. Fray Bernardo le puso fin pactando una concordia con la condesa Joana y pagando lo debido.

Los hombres de Iglesia no siempre son hombres de paz. Aquel año de 1434 tuve que poner freno a la furia del abad de Ripoll, que armó un batallón de ciento cincuenta rufianes y atacó Olot. Nadie se atrevía a enfrentarse al abad y a su testaferro, Ramon de Peguera. Sus hombres robaron, saquearon unas cuantas casas y quemaron un molino tras matar al molinero. Después, según me informaron los oficiales, fueron al mercado de Vic a vender los tejidos robados. ¡Canallas! De inmediato, escribí al veguero de Camprodón con la orden de levantar las armas, de organizar una hueste y detener al abad. Este tuvo la osadía de enviarme un delegado con un cofre lleno de dinero. Tal como vino lo despedí. No quise tocar una sola moneda. Si los hombres de Iglesia no dan buen ejemplo, ¿qué harán los hombres de guerra?

Aquel año también me tuve que encarar con los condes de Módica y de Pallars. El de Módica atacó el castillo de Gurb para arrebatárselo a su rival, el señor de Bellera. Y Arnau de Pallars, con una tropa de quinientos gascones, secuestró a la condesa y la tuvo cautiva en un rincón aislado de su territorio. ¡Quinientos gascones merodeando por el Pallars, con armas y sin ley! Envié cartas a las veguerías de Cervera, Tárrega y Urgel y las autoricé a armar una hueste para liberar a la condesa y apresar al conde. Arnau se hizo fuerte y retuvo a su prisionera haciendo oídos sordos a mi llamada al orden. En verdad, allí donde hablan las armas, la justicia y la razón no encuentran su lugar.

A veces me hubiera gustado ser hombre, sano y fuerte, un hombre como Alfonso, para cabalgar al frente de una tropa y poner

orden en estos reinos tan revueltos. Condes rebeldes, bandoleros, abades codiciosos, bandos de nobles que regaban con sangre las calles de las ciudades. En Barcelona, las cortes ratificaron una vieja ley que obligaba a todo ciudadano honrado a tener armas en casa, colgadas tras la puerta, para poder defenderse y defender la ciudad si estallaba alguna reyerta. La violencia lo impregnaba todo, como la niebla invernal en las tierras de Lérida y el Urgel, como la humedad que cubre los muros de Barcelona y flota hasta el mar.

En el campo, los payeses reclamaban justicia. Si no podían desplazarse ni huir del yugo de su señor, al menos pedían la facultad de poder comprar y vender sus posesiones. En las cortes de Barcelona confirmé los derechos de los señores sobre los campesinos, mas a la vez traté de otorgar a los payeses el derecho sobre sus propiedades. Podían ahorrar, comprar y vender. Recuerdo bien aquella frase de la sagrada escritura: «Al buey que labra el campo no le pongas el morral». Finalmente, reyes y señores, clérigos y abades, todos comemos de los frutos de la tierra. ¿Qué será de nosotros si quienes la trabajan se mueren de hambre? En Cataluña no pude otorgar a los campesinos todo lo que pedían. No tenían voz en las cortes. Pero en Sicilia, desde donde también me pidieron ayuda, les di la libertad, de bolsillo y de movimiento. De Sicilia me llegaba el trigo cada año, y las rentas, como lluvia de mayo. ¡Tardaba menos el oro de Sicilia, al otro lado del mar, que el de Castilla!

Sí, el oro se hacía esperar. Alfonso había pedido un préstamo al Papa, y Eugenio IV se lo había otorgado. Cien mil florines. Pero antes de recaudar el dinero debía celebrarse un concilio de obispos y eclesiásticos. El arzobispo de Zaragoza y el obispo de Lérida se ocupaban de organizado y yo los apremié. En esto, Alfonso siempre ha sabido estar a buenas con los hombres de Iglesia, como nos aconsejaba siempre Mom. Cuando las rentas y los tributos no bastan, siempre quedan los judíos… y la Madre Iglesia. Santa y prudente. Y rica.

Por Semana Santa llegó a mis pies una mujer que pedía auxilio. Llevaba consigo dos niños pequeños con el pánico pintado en su rostro, el manto sucio y el calzado destrozado. ¿Qué caminos había

transitado y cuántos peligros había tenido que afrontar aquella mujer? Los consejeros y las damas me previnieron. ¡Es una mora! Pero yo sólo vi a una madre desesperada.

Se llamaba Sofía y era amante del moro Matzurro, un bribón de Valencia condenado a muerte por varios crímenes y por adulterio, según la ley musulmana. Había huido de la cárcel, pero lo habían vuelto a capturar. Tenía cinco hijos, dos de su esposa y tres de la amante. Muerto el padre, con tan mala fama, ¿qué futuro esperaba a las mujeres y a las criaturas? Sofía recurrió a la última salida que le quedaba: entregarse como cautiva a la reina.

Es una mora, me recordó el secretario. Ha desafiado la ley cristiana y la musulmana. Infiel y adúltera. Pero yo, que quería ser justa y firme, no dejaba de ver ante mí a una mujer que había amado al hombre equivocado y quería defender a sus hijos. Entonces encontré la única solución que podía satisfacer a la justicia humana y la de Dios. ¿Estás dispuesta a bautizarte en la verdadera fe, la de Nuestro Señor Jesucristo?, le pregunté. Sí, señora, lo estoy. Mis hijos y yo. La vigilia de Pascua, en el baptisterio de la catedral, se bautizaron Sofía y los cinco chiquillos. Los apadrinamos mis damas, María de Luna, Violeta y la Calva, los camareros Juan, García y Joamiro, y yo misma. Los bautizó Andreu Gallach, con unas palabras breves y profundas. Fue una ceremonia sencilla. Con el cabello negro mojado, tras colocarse el velo con cuidado, Sofía se arrodilló ante mí y me besó la mano. Cuando la hice ponerse en pie, me dirigió una mirada agradecida. ¡Cuántas cosas leí en sus ojos! Quizás el día del juicio final, ante Nuestro Señor, él nos recibirá a todos con esa mirada, entre el espanto y la esperanza. ¡Sálvanos, Señor!

Aquella noche sentí el gozo de la salvación por haber sido instrumento de redención para aquella mujer y aquellas criaturas. Y entendí la sed de almas convertidas de muchos santos…

Sofía y sus hijos, ya cristianos, quedaban bajo mi amparo. No pude salvar al padre. Por respetar la justicia humana escribí al bayle de Valencia para que consultara con el cadí qué había que hacer con él conforme a sus leyes. No sé por qué tenemos tanto miedo del juicio del cielo cuando a menudo la justicia de los hombres es mucho más rigurosa. Los hombres sólo sabemos de leyes, pagos y castigos. En cambio, ¡qué poco sabemos de

misericordia!

A veces parece que el cielo también se olvida de la misericordia. Como un azote que viene de no se sabe dónde, golpeando con saña, pasada la Pascua, con el buen tiempo, llegó la peste. ¡La peste! Tortosa se rindió bajo el flagelo de la enfermedad. Yo sufría migrañas y dolores de vientre y muchos días me costaba levantarme de la cama. Iba a misa y volvía, y desde mi alcoba recibía a consejeros, leía y dictaba cartas, pero la fiebre mala se abatió sobre la ciudad. Más de tres mil enfermos, me dijo García. Los médicos y los curanderos no daban abasto y algunos se contagiaban por tocar a los enfermos. El palacio no se libró. La peste salta muros y torres, se desliza entre las piedras y los tapices, vuela por encima de las mesas y los lechos. De toda la gente de mi casa, sólo los dos Juanes y el capellán la evitaron. ¡Y yo misma! El resto: secretario, pajes, damas, doncellas, cocinero, criados… todos cayeron enfermos. Había días que no podía hacer otra cosa que rezar, leer y pasear por el claustro. Aproveché para escribir cartas y reposar. Todo el palacio hedía a medicinas, a sudor de enfermo, a humo de incienso y mirra junto a las camas. El estómago se me encogía y tenía el corazón en un puño. Pero yo, la débil, la reina enfermiza, resistí.

Un día, al levantarme, no había ninguna mujer sana que pudiera ayudarme. De modo que me lavé y me vestí yo sola. Con cuidado, me desnudé y me miré al espejo. Como si tocara mi piel por primera vez, me froté con la esponja húmeda. Después, pieza a pieza, me fui vistiendo. Camisa, saya, brial… Estiré la cinta sobre las costillas. Había adelgazado.

Me peiné con calma y noté que tenía unas cuantas canas. Loca de mí, la primera idea que me vino a la mente fue Catalina. ¿Tendría ella, también, algún cabello plateado? ¿Se los dejaría blancos, como una mujer madura, o se los haría teñir con alheña? Acaricié aquellos bucles deshechos antes de tensarlos con el peine y recogerlos, con más energía que maña, dentro de una redecilla. Me miré en silencio. Ah, el espejo. Amigo honesto y despiadado, es el único objeto que me permite verme como soy.

Me vi gastada y envejecida, pero dentro de mis ojos había luz. El fuego que siempre había ardido en la mirada de aquella pequeña infanta castellana, la primogénita de los Trastámara, la doncella con carácter, la leona enjaulada que sólo se dejó domesticar por un

amor más grande que su propia vida.

Me empolvé las mejillas y disfruté del silencio monástico de mi alcoba desierta. Como una viuda que sabe convivir con la soledad. Y entendí a Isabel Escrivá cuando decía que algunos de los momentos más felices de su vida eran cuando se quedaba sola en casa, envuelta en la paz y el silencio. Sola conmigo misma. Y con Nuestro Señor, que nunca me abandona. Y con mis pensamientos…

Me levanté y salí al claustro. Violeta llegó corriendo. Tan menuda que ni la peste quería hacer presa en su cuerpo, era otra de las pocas personas de mi casa que se conservaba sana. ¡Señora!, perdonad, no he podido venir antes a ayudaros. Oh, todas están enfermas, tosiendo y vomitando… ¡Qué desgracia! ¿Os habéis vestido sola? No sufras, Violina, estoy bien. Vamos a misa.

Allí me encontré con Sofía y sus hijos. Procuraban demostrar que eran fieles cristianos y ella se persignaba con gestos un poco exagerados. Los niños la imitaban como podían. Ahora formaban parte de mi servicio y jugaban con el príncipe y las infantas. Violina, Jordieta y las doncellas estaban enamoradas de aquellos pequeños de piel morena y cabellos y ojos negros. Todos eran preciosos, como pequeños ángeles de la noche, decía Violina mientras los acariciaba. Yo pensaba que, bien educados, se convertirían en buenos pajes y camareras. Sofía ayudaba en la cocina, era buena amasando y muy limpia, según me contaba Luna, el cocinero. El trabajo la ayudaba a olvidar la tristeza, como a mí. El trabajo y recordar, cada día, que una reina cristiana la había salvado de la pena de muerte que decretaba para ella la ley musulmana.

Los niños y las mujeres desamparadas siempre me han ablandado el corazón. Por toda Valencia había corrido la voz de lo que había hecho con Sofía y la clemencia que yo había mostrado. Por eso quise demostrar que, pese a todo, no dejaba de ser una gobernante firme. En la ciudad había muchas mujeres de mala vida que escandalizaban a los vecinos vendiéndose por las plazas y las calles. Sabía que muchas lo hacían por miseria, pero aquélla no era manera apropiada de resolver el problema. Primero encomendé al gobernador, Guillem de Mir, que prohibiese la prostitución en lugares públicos. Y después, que hiciera azotar ante todo el mundo a las mujeres que no cumplieran la ley. Hubo una que la desafió.

Cuando lo supe, no se lo perdoné. Una mujer castigada en público es el mejor escarmiento para las demás. Eso esperaba… Pero la mala vida, como las malas hierbas, cuesta mucho de erradicar. No basta mostrar clemencia y ayudar a las que se arrepienten. El camino torcido a menudo es mucho más fácil que la vía recta cuando uno está desesperado.

Aquel otoño de 1434, cuando los vientos fríos se llevaron la peste, por fin recibí una carta de Alfonso. Planeaba volver pronto a nuestras tierras y me pedía que fuera a Valencia a recibirlo. ¡Ah!, nadie puede imaginarse la alegría loca que sentí. De pronto, mis dolores de vientre cesaron, me sentí joven y fuerte como si tuviera quince años y preparé el viaje con la ilusión de una novia que va al encuentro de su prometido.

Igual que veinte años antes, cuando me casé. ¡La novia camino de Valencia! Las mujeres de mi casa, ya recuperadas de las fiebres, compartían mi alborozo. Los niños estaban contentos. Los pajes preparaban baúles y los caballerizos reunían mulas y caballos. Yo encargué joyas y vestidos a Barcelona. Tenía mi mejor collar medio empeñado, pues había llegado a hipotecar mis joyas a piezas para conseguir dinero al contado, pero pedí al orfebre que me enviara la otra mitad. Quería lucir bien elegante al recibir a Alfonso. ¡Adiós al luto y a la austeridad! ¡Rumbo a Valencia!

Llegué en vísperas de Todos los Santos. Allí me encontré con Catalina. Tan bella como siempre, también un poco triste. La invité a vivir conmigo en el palacio y, esta vez, aceptó. Pasamos un tiempo muy unidas, como cuando éramos niñas y recorríamos los salones y los patios del alcázar de Segovia entre juegos. Volvimos a ser hermanas, amigas, confidentes. Y esperamos juntas el retorno de nuestros esposos. Por Navidad estrenamos vestidos, con nuestras insignias bordadas en oro por la mano hábil de Jaume Sala y las modistas. Catalina me confió algunos de sus secretos de belleza. Y yo me hice teñir los cabellos con alheña.

39.
Ponza

¿Queréis a un hombre que, ante el peligro, se lance de cabeza? ¿Un hombre que, acosado por todos lados, levante la cabeza bien alta? ¿Un hombre que sepa convertir la peor derrota en una victoria provechosa? ¡Ese era Alfonso!

Por eso lo admiraba y por eso, también, lo amaba. Después de Nuestro Señor, él siempre ha sido mi fortaleza, mi pan de cada día, la llama que ha ardido en mi corazón.

Alfonso no conoce la palabra rendición. Por eso, pienso, ha sido un gran rey. No sólo por la fuerza de la espada o por sus conquistas; no sólo porque era magnánimo y generoso, protector de artistas y de pobres, amigo de la Iglesia y de las mujeres hermosas, cazador y músico, hábil negociador y poeta. Alfonso era un gran rey porque siempre llevó, con mano firme, las riendas de su vida. Hacía lo que quería y conseguía cuanto se proponía. Como dice aquel cántico de la Biblia, era como el sol cuando nace con toda su fuerza.

En Valencia, junto a Catalina, esperaba su regreso. Pero Alfonso nunca volvió, ni él ni los primos. En febrero, mientras celebrábamos la Candelera, él y los tres hermanos, Juan, Pedro y Enrique, entraban triunfantes en Messina, donde fueron recibidos como héroes. Dicen que una mujer, entre el gentío, alzó la voz y gritó: ¡Bendita la madre que ha parido a cuatro hijos como éstos! Yo podía imaginarlos, altos, bellos y fuertes, con la armadura relumbrante y las capas de terciopelo púrpura con sus emblemas: el dragón, la cruz, las cadenas, el león. Los cuatro vástagos de la rama florida, ¡la gloria de los Trastámara!

Tan entusiasmados estaban que en mayo armaron su flota y

atacaron Gaeta, un puerto estratégico al norte de Nápoles. Pero Gaeta resistió. En julio, la ciudad todavía aguantaba el sitio, y Alfonso estaba harto. Me escribió de nuevo. Los habitantes se morían de hambre y dejaron salir a los viejos, a las mujeres y a los niños. Alfonso ordenó que nadie les tocara un solo cabello.

Aquel verano yo sufría por dos casos que debía resolver. Por un lado, el día de Santiago finalizaba la tregua con Castilla y había que renovarla. Escribí a mi hermano pidiéndole que la prorrogara hasta que los tres reyes —de Castilla, Navarra y Aragón— pudieran reunirse. Gracias a Dios, Juan me respondió enseguida. La tregua continuaría vigente hasta noviembre.

Por otra parte, el asedio de Gaeta se alargaba. Alfonso me pidió que le enviara las cartas cifradas, y mensajes secretos comenzaron a cruzar el mar. Los avisos nos llegaban tanto a él como a mí, que procuraba estar informada de todo cuanto sucedía en el Mediterráneo. Envié espías a Francia y a Italia. Berenguer d'Oms, gobernador de Mallorca, nos escribió informando de que Génova y Milán preparaban una gran flota para liberar Gaeta.

Nápoles era tierra de nadie en aquel momento. La reina Juana había muerto dejando como heredero a Louis de Anjou, pero Louis también murió. Su hermano René pretendía ocupar el reino de Nápoles. Alfonso se prometió a sí mismo que antes pasaría por encima de su cadáver. Sin embargo, René de Anjou tenía buenos aliados, Génova y Milán, mientras que Alfonso en Italia sólo tenía el apoyo —y el préstamo— del papado, y más lejos de Portugal y del conde de Foix, que poca cosa podían hacer contra la poderosa casa de Anjou. Violante, la madre de Louis y René, era la mujer fuerte de Francia. Había apoyado al delfín Carlos, lo había subido al trono y lo había casado con su propia hija, María. Violante, hija del rey Juan de Aragón y Violante de Bar, no podía olvidar que la casa de Anjou había estado a punto de poseer la corona de Aragón antes del compromiso de Caspe. Como siempre, las guerras acaban siendo peleas de familia.

El verano pasaba, largo y caluroso. Aquel año acogí en mi casa a otra niña: Isabel de Villena, hija de Enrique de Villena, a su vez hijo del condestable de Castilla en tiempos del abuelo Enrique y maestro

de Calatrava en tiempos de mi padre. Era un hombre de sangre mezclada entre nobles, reyes y plebeyos, pero había caído en desgracia ante los grandes de Castilla y vivía en Valencia dedicado a la literatura y a toda clase de ciencias, divinas y humanas. Las malas lenguas lo apodaban *el Nigromante*, porque decían que se había aficionado a la magia y la adivinación; los pocos amigos que tenía admiraban su pluma y su ingenio. Había traducido a Virgilio, a Cicerón y a Dante, y alguna vez me dejó libros de su nutrida biblioteca. Yo lo respetaba por ello y cuando murió acepté ocuparme de su pequeña huérfana. Isabel tenía cuatro años y una mirada penetrante y seria. Dulce de carácter, tímida pero espabilada, pronto encontró su lugar como hermana adoptiva de las infantas María y Leonor y como hijita de las doncellas de mi casa. Cuando las princesas se ejercitaban en la escritura, las observaba en silencio, y un día me pidió: Yo también quiero escribir. Los preceptores alegaron que era demasiado pronto, pero yo se lo permití. Al cabo de una semana, la pequeña Isabel ya escribía todas las letras del abecedario, y al cabo de un mes empezó a copiar frases del salterio. Una tarde vino a mostrarme su trabajo. Traía un pedazo de papel aprovechado, por el reverso, con letras gruesas y redondeadas. *Ave Maria Gratia Plena Dominus Tecum*, deletreó. Yo sonreí y, acariciándole la mejilla, continué la oración: *Benedicta tu in mulieribus et benedictas fructus ventris tuis*… Qué letra tan bonita para la oración más bella. La Virgen María debe de estar muy contenta. Entones se le iluminó la carita, siempre tan grave, tan pensativa. Y por primera vez la vi sonreír.

Una tarde, mientras estábamos en el jardín del palacio, el camarero mayor, Gabriel Sagre, me anunció la llegada de un mensajero desembarcado de una nave procedente de Sicilia. Viene de parte del infante don Pedro, señora. Lo hice pasar de inmediato. El hombre, nervioso, me entregó una carta del primo Pedro.

A medida que la leía las fuerzas me abandonaban. Catalina y las damas vieron cómo perdía el color. Cuando terminé, dejé caer la carta y estallé en sollozos. Tanto que Catalina recogió el papel y la leyó en voz alta, para que todas supieran qué sucedía. Escuchar las noticias, por segunda vez, en la voz temblorosa de mi hermana me

desconsoló aún más. María de Luna, Violeta y la Vilaraguda me tuvieron que acompañar a la cama entre gemidos y suspiros.

Durante el resto del día no pude hacer otra cosa que llorar y pensar. ¡Qué poderosa es la imagen que no ven los ojos, la imagen que se forma dentro de la mente! Imaginarlo tan sólo me quemaba por dentro.

La escuadra de los genoveses y del duque de Milán había presentado batalla contra Alfonso en Ponza, una isla rocosa frente a las costas de Gaeta. Alfonso de inmediato respondió. Su nave fue la primera en salir a su encuentro. Y detrás de él, todos los nobles y señores catalanes, valencianos y aragoneses que lo acompañaban. Arrojados y briosos como caballeros que van a competir en un torneo, confiados en la victoria. Veinticinco naves armadas contra las veintitrés genovesas… Pero, entre éstas, había ocho carracas, ocho monstruos de madera con castillos de artillería, erizadas de cañones y cargadas con bombas de alquitrán y cal.

La derrota fue estrepitosa. Entre fuego, nubes de cal, pedradas y choques de barcos, los genoveses destrozaron la armada de Alfonso. El primo Pedro explicaba que sólo pudo escapar él con dos naves pequeñas, la de Canto y la de Conill, y que reunió las galeras que se salvaron del descalabro para ganar Sicilia a golpe de remo. Alfonso, Enrique y Juan, dos reyes y un maestro de orden, junto con un montón de nobles y caballeros, habían caído prisioneros de Biagio Assereto, el plebeyo que capitaneaba la flota genovesa.

Más tarde, los emisarios me explicaron que Alfonso no quiso entregar su espada al capitán, sino al noble Giacomo Giustiniano. Ni siquiera ante el desastre perdió la dignidad. Alfonso era el césar, en un desfile triunfal o en medio de una derrota.

Lo imaginé: el cabello blanquecino por la cal, la arruga en la frente, los labios apretados y la armadura cubierta de polvo y sangre. Alrededor, naves destrozadas, mástiles abatidos, velas quemadas. Clamor de heridos, cenizas y fuego sobre las olas. El mar manchado de sangre y alquitrán, cadáveres flotando sobre el sudario de la muerte vestida de agua… Alfonso entregando su espada. ¡Qué golpe a su orgullo, a su honra, a su audacia! Estoy convencida, no obstante, de que jamás hincó la rodilla ni inclinó la cabeza ante nadie. Mi señor sólo se postra ante Dios. Y Dios, que Nuestro Señor me perdone, debía de estar muy lejos, en aquella

hora aciaga sobre las aguas de Ponza.

¡Ah, quisiera ser hombre, quisiera ser guerrero! Quisiera ser espada, vela, remo, bajel que surca el mar… ¡No temería a la muerte hecha agua! Quisiera ser antorcha que arde en la noche, piedra que taladra el muro. Y después, después, después…, quisiera ser gaviota o paloma mensajera para ir volando hacia ti y cobijarme en tu pecho. ¡Quisiera tanto, y puedo tan poco!

Sólo me quedan la fuerza del deseo y la pluma: éstas son mis armas. Lucharé, noche y día. Lucharé por ti, amor, y te rescataré. Aunque me tenga que arrastrar por tierra, recorriendo los tres reinos; aunque tenga que doblegar la rodilla y la dignidad; aunque me muera de hambre, reuniré el oro necesario. Y podrás volver a mi lado.

Con tanta inocencia como fue traïda
la fermosa virgen, de quien fabla Guido,
al triste holocausto del puerto d'Aolida,
fabló la tercera, tornada al sentido,
el qual con la fabla le era fuido,
diziendo: «Bocafio, la nuestra miseria,
si fablar quisieres, más digna materia
te ofresce de quantes tú has escrivido».

Esto escribió sobre mí el marqués de Santillana cuando supo de la derrota y decidió componer un poema sobre aquella catástrofe. Me comparaba con Ifigenia, conducida al sacrificio para que la ilota de su padre pudiera zarpar a conquistar Troya. ¡Ay, los poetas! ¡Cómo saben recoger las cenizas de las batallas y componer cánticos y comedias como si fueran collares de despojos! Quien canta su mal espanta, dice el refrán. ¡Ay, sí! Pero aquel día triste de finales de agosto el llanto me enmudeció, y pasé tres días sin poder apenas hablar. Perdí la paz y la lucidez. Sólo abrir la boca, rompía a llorar. No podía tragar ni un sorbo de agua ni las pócimas de hierbas que el médico insistió en recetarme.

Pasadas tres noches, en la calma de mi alcoba, en silencio, me serené. Era de madrugada y la claridad del alba entraba por la

ventana abierta. Un ruiseñor cantaba en el jardín, y olí el aroma de las rosas y la madreselva.

Era preciso actuar. Alfonso seguía siendo el rey, aunque ahora fuera un prisionero derrotado. Y yo era el otro cuerpo del rey. Tenía que armarme de valor. Y ser fuerte y decidida.

Aquella mañana, al levantarme, aguanté el mareo y las náuseas y llamé a las camareras. Traedme un vaso de vino. Y agua perfumada, ¡deprisa! Me lavaron, y el frescor del agua me reanimó. El vino endulzado con miel me hizo recuperar fuerzas. Luego fui a misa. Al encontrarme con Catalina, pálida y serena, me culpé a mí misma por mi falta de entereza. Ella también tenía a su esposo cautivo en una galera rumbo a Génova. La tomé de la mano y juntas entramos en la capilla del palacio. Andreu Gallach nos recibió con muestras de afecto y nos dirigió unas palabras de consuelo.

Ante la tristeza, trabajo, me recomendó el capellán. Y esto es lo que hice. Con las doncellas tras de mí, armadas con frascos de remedios y elixires, y siempre cerca del médico, volví a mi despacho, llamé al secretario y al escribano y empecé a dictar cartas. Tenía una misión: liberar a Alfonso.

Convoqué un consejo extraordinario de los tres reinos, Aragón, Cataluña y Valencia, para decidir cómo pagar el rescate del rey y negociar la tregua con Castilla. Pero el justicia de Aragón, Martín Diez Daux, me respondió que los aragoneses no se presentarían si la reina no juraba su cargo en Zaragoza. Así que no tuve otro remedio que preparar el viaje.

Esta vez Catalina quiso acompañarme. La desgracia nos unió más todavía. Con mi hermana al lado me sentía más fuerte. Hablábamos mucho, y yo le confiaba los asuntos que tenía entre manos. Ella a menudo decía: No sé cómo puedes tener la cabeza clara en medio de tantos negocios. ¡Yo no podría! Yo suspiraba: Tampoco me creía capaz, pero Dios me ayuda. No le decía que, en el fondo, era el amor lo que me sostenía y me permitía levantarme cada día. Un solo pensamiento de Alfonso tenía más fuerza que la claridad del alba o el toque de una campana. Con Catalina conversaba de casi todo, pero nunca le descubrí aquel rincón de mi alma, allí donde anidaba mi pasión. Ella estaba casada por la fuerza; yo, por compromiso. Mi verdadero sentimiento era demasiado sagrado para compartirlo con ella. Y no podía olvidar

cómo Alfonso la miraba cuando bailaban en las fiestas o cuando la saludaba antes de un torneo. Ella era prudente y tampoco me hablaba de mi esposo si yo no sacaba el tema. Evitaba pronunciar su nombre. Alfonso… Yo sólo quería oírlo en mis labios. Para los demás era el altísimo y excelentísimo señor, el rey, su señoría. Su excelencia. Para mí, sólo para mí, era el hombre.

En Zaragoza juré mi cargo como lugarteniente en el salón de trono de la Aljafería, ante los consejeros, el justicia y la nobleza de la ciudad. Berenguer de Bardají había muerto pocos años antes, en Barcelona, pero su hijo Jorge, que era clérigo, y sus aliados me apoyaron en todo momento. Su viuda se ocupó de prepararnos el palacio, y se lo agradecí. Allí, a primeros de octubre, recibí a dos consejeros de Barcelona, Francesc Desplá y Bonanat Pere. Me saludaron con respeto y delicadeza y, apenas los vi ante mí, besándome las manos, rompí a llorar. Catalina, que estaba a mi lado, tampoco pudo reprimir la emoción. Durante un rato, los consejeros guardaron silencio, de pie ante aquella reina que habían conocido desde muy joven, que habían visto crecer bregando en tantas sesiones de las cortes y que ahora lloraba como una viuda.

Con los síndicos de Barcelona, Jorge de Bardají y el canciller real —el arzobispo Dalmau Mur— celebre consejo. Los de Barcelona me comunicaron que habían llegado cartas de Alfonso: se encontraba bien, lo habían trasladado a Milán y allí lo habían recibido como a un gran soberano. Yo había enviado un mensajero a Italia para recabar noticias y aún no había llegado, pero los consejeros me tranquilizaron. Señora, el duque de Milán ha honrado a nuestro señor el rey. Lo ha recibido con toda su corte de caballeros, el castillo estaba adornado con banderas y guirnaldas, preparado para una gran fiesta. Y a fe que, tal como nos ha explicado su excelencia el rey, el duque ha querido granjearse su amistad. El mensajero dice que él y los infantes de Aragón no se separan de su señoría y todo son fiestas y diversiones.

¡De enemigo a compañero de mesa, danzas y cacerías! Yo escuchaba las nuevas entre agradecida e indignada. Agradecida al buen Dios porque Alfonso estaba sano y salvo, y enojada porque mientras yo sufría por él y por su rescate él disfrutaba de los placeres de la lujosa corte milanesa.

Bardají insistió: la tregua con Castilla urge, señora. Y sólo vos

podéis negociar con el rey Juan. Él os escucha. Bardají, por supuesto, temía que las tropas de Álvaro de Luna empezaran a atacar los pueblos de la frontera aragonesa. Además, Federico de Luna, el conde rebelde, hacía tiempo que armaba bandas de hombres para atacar nuestros reinos. Alfonso había escrito que enviaría a su hermano Juan para representarlo a la hora de firmar la tregua, pero ¿cuándo? De modo que decidí aplazar el consejo de los tres reinos para mediados de noviembre. Primero iría a Castilla.

Pero antes de partir recibí a un mensajero de Italia. Me traía nuevas de Alfonso y confirmó lo que contaban los consejeros de Barcelona.

> Dirás a mi mujer que esté contenta, que yo he venido a mi casa.

¡Mi casa! Mi casa tan lejos de casa. Mi casa cuando era una cárcel, sí, de oro, pero no dejaba de ser prisión. Mi casa, cuando era tierra extraña, tierra hostil, tierra enemiga… Pero también era la tierra rica y fértil, cuna de artistas y poetas, de mármoles esculpidos y bellezas que hechizaban el alma y sorbían la razón. Era la tierra que amaba, la tierra que ansiaba poseer, la que lo atraía, mucho más fuerte que las manos y el deseo de la esposa abandonada. Sí, era su casa. Allí donde encontraba solaz, lejos de las intrigas familiares y nobiliarias, lejos de las mezquindades de los consejeros y de la dureza de unos reinos que se debatían entre la guerra y la miseria. Sí, era su casa. Y yo me repetía aquellas palabras que me rasgaban por dentro. Mi casa. Hubiera querido formar parte de aquella casa. Me hubiera ofrecido toda yo, como precio del rescate, para que él fuera libre, para que fuera rey. Para que hiciera cuanto le placiera…, con tal de que me dejara estar a su lado.

Ya no pedía que me amara. Sólo lo quería cerca.

Pero estaba lejos. Soplaba el viento y los campos saludaban la mañana cubiertos con un manto de escarcha. El aire era puro y helado como un cristal sobre los campos de Soria. Y el frío cortaba como una espada afilada. Qué frío viaje en carroza entre los campos dormidos. Qué frío hiriente al anochecer, cuando el sol se ponía tras la tierra morada, en silencio. Qué frío al acostarme, cada noche, en una casa solariega de los pueblos donde nos acogían o en la

penumbra helada de una alcoba en una rectoría, o en un convento. Durante el día, el sol brillaba y el cielo era claro, pero no mataba el frío. Me puse enferma. En Quintana Redonda escribí a un médico de renombre que viajaba con mi hermano, Pero Gonzálvez del Castiello. Apenas podía levantarme. Las doncellas que me acompañaban, Violina, Jordieta y Leonor Sagre, me traían mantas y tisanas. Joamiro y los camareros no dejaban de echar leña en los braseros.

Quintana era un pueblo pequeño y apenas podía alojar a toda mi gente. El médico se excusó y no atendió a mi petición, así que decidí seguir el viaje hasta Soria.

Si Alfonso había sido recibido en Milán con todos los honores de un rey victorioso, en Soria me esperaban con toda la pompa que correspondía a una reina. Antes de llegar a la ciudad, el rey se presentó a caballo con una comitiva de nobles vestidos con brocados de oro y carmesí. ¡Juan siempre era tan espléndido! Le gustaban el lujo y la belleza, como a Alfonso. Lo vi mayor, más hombre, pero también atisbé una sombra en sus ojos. Una tristeza y un cansancio que toda la opulencia no podía ocultar. Al menos, a ojos de su hermana.

Juan me vio tan flaca, tan desanimada y triste que durante una semana no quiso oír ni hablar de guerras y treguas. Me alojó en el palacio de los condes de Gomara, que era inmenso y donde pude instalar a todo mi séquito. Hizo que su médico me visitara. Y al día siguiente, después de un buen desayuno, inició su programa de fiestas. Un torneo en la plaza mayor, comedias, mimo, bailes y música. ¿Quería consolarme? ¿Quería que olvidara tanto sufrimiento? ¿O quería distraerme del motivo que me había traído hasta allí?

El caso es que, durante siete días, me dejé complacer. Estaba cansada, muerta de frío y de soledad, y volver a Castilla, con mi hermano Juan, era como regresar a casa. La casa de la niñez, la casa de las fiestas, las justas y la danza. Día y noche me acompañaron damas y caballeros de las familias de los grandes: Velasco, Mendoza, Pimentel, Guzmán… Me abandoné y decidí saborear aquellos días. La buena comida, el buen vino, el calor y las curas, no tanto del médico como de una corte de doncellas y camareros animados por el ambiente festivo me restablecieron. A los tres días

ya volvía a ser la María fuerte y decidida que sabía disfrutar de una buena fiesta, irónica, astuta y buena conversadora. Si aquel verano había gozado de intimidad con Catalina, aquel noviembre volvía disfrutar de la amistad de mi hermano. Durante unos días, los dos volvimos a ser como niños risueños y halagados en medio de una gran comparsa. Aquel estado de dulce abandono no me nubló los sentidos tanto como para no darme cuenta del juego que Álvaro de Luna orquestaba. Por delante, buena cara; de espaldas, conspiración. A buen seguro que se alegraba, para sus adentros, de la derrota de Ponza. Gabriel Sagre, el camarero mayor, me dijo que había oído cómo murmuraba a media voz entre algunos nobles: ¡Ya era hora de que alguien hiciera morder el polvo a esos infantes altaneros! De Luna odiaba a los Trastámara. Al único que amaba, con veneración servil, era a Juan. Pero era un amor calculado. En algún momento sorprendí un cruce de miradas cómplices entre él y mi hermano y no pude evitar estremecerme. Entonces rezaba en silencio. Buen Dios, proteged a mi hermano. Protegedlo de su protector… ¡Guardadlo!

Una mañana, mientras oraba en la iglesia de Santo Domingo, me decidí. En el silencio de la bóveda austera decidí que no podía perder más tiempo. No más fiestas, no más comedias ni danzas. Había venido para firmar una tregua. Manos a la obra.

Dos días más tarde salí de Soria y me despedí de mi hermano. Salí con la tregua firmada y una alhaja de oro y perlas que costaba, según dijeron, dos mil doblas de oro. Fue el gesto magnánimo de un rey con el corazón grande y la mano pequeña.

Cinco meses de tregua. ¡Hubiera entregado aquella joya de buen grado para que fueran cinco años! Pero Alfonso me había dado instrucciones. Acepta lo que sea. Cuando termine el plazo, ya veremos qué hacer.

Llegué a Monzón a primeros de diciembre después de un viaje penoso, con vientos, hielo y frío. Tan enferma como a mi llegada a Soria. Lo primero que hice fue guardar cama. Había convocado cortes de los tres reinos para tratar el rescate del rey. Tenía mucha trabajo por delante. También tenía tiempo. Alfonso continuaba disfrutando de la hospitalidad del duque Filippo María de Visconti. Y yo tenía todo un año por delante para luchar, negociar, reunir dinero y pagar el precio de una libertad que mi esposo ya

disfrutaba. Pero, en las mazmorras de Génova, los prisioneros catalanes, valencianos y aragoneses enfermaban y morían de frío y añoranza.

Aquella Navidad recibí una noticia triste: Leonor de Alburquerque, la reina madre, había muerto recluida en el convento de las clarisas de Medina. Esta vez era cierto. Dicen que murió enferma de tristeza ante la noticia del encarcelamiento de sus hijos en Italia. Quizá no le llegaron las buenas noticias… Días más tarde, su hijo más joven, el intrépido Pedro, conquistaba Gaeta con la flota siciliana. Tal vez fue un regalo que, como ofrenda póstuma, quiso ofrecer a la madre que había parido cuatro hijos como aquéllos.

40.
EL RESCATE Y UNA GUERRA EN LAS CORTES

Diez días antes de Navidad inauguré las cortes en Monzón. Se celebraron en la iglesia de San Juan, iluminada con cirios y antorchas, como para un gran festejo. La reina que las presidía, sin embargo, iba vestida de luto.

Llevaba el vestido de terciopelo negro que Jaume Sala me había bordado con oro y plata años atrás. Con el paso del tiempo, muchas mujeres engordan, como le sucedió a Mom, y necesitan vestidos nuevos cada tantos meses. Pero a mí incluso me iban holgados, y el negro todavía adelgazaba más mi figura. ¡Qué importa!, dije a las doncellas cuando me lo hicieron notar. No es belleza lo que quiero transmitir ahora. Y en cuanto a firmeza, mi cuerpo tenía muy poca, y todo el mundo lo sabía. Pero mi alma era inquebrantable.

Oro sobre negro. Duelo con esperanza. Como me sentía débil, hice que el protonotario Ramon Batlle leyera mi propuesta, esperando que al menos la compasión y la gravedad de los hechos, ¡un rey prisionero!, induciría a los consejeros a tomar decisiones rápidamente. Pero tenía que haberlo imaginado…: en las cortes, nadie quiere ir deprisa.

Se añadía una complicación: eran las cortes de tres reinos, Aragón, Cataluña y Valencia, y los representantes de cada parte tenían intereses muy diversos. Los catalanes insistían en defender las costas de los ataques genoveses; los aragoneses no querían contribuir a la defensa por mar y, en cambio, les preocupaba la duración de la tregua con Castilla y los ataques en las fronteras pirenaicas. Eso sí, todos estaban de acuerdo en un punto: ¡querían que el rey volviera! Este era también mi deseo y así lo expresé, pero

no hubo manera de salir de los obstáculos legales y las cuestiones burocráticas. Hice lo que pude por escuchar a todo el mundo y legislar… Al final el canciller me aconsejó clausurar las cortes y convocar otras nuevas con cada reino por separado. Será más fácil entenderse y resolver los asuntos de cada territorio, señora, me dijo el arzobispo. Ramon Batlle y los consejeros catalanes estuvieron de acuerdo.

Con todo, no podía clausurar las cortes sin el primo Juan. Venía de Italia como embajador de Alfonso con un nombramiento: desde ese momento, él sería el lugarteniente del rey en los tres territorios. Tendría el poder absoluto en todas partes, salvo en Cataluña, donde compartiría conmigo la toma de decisiones.

Juan llegó en enero, pasadas las fiestas de Navidad y la Epifanía del Señor. Fuerte y seguro de sí mismo, con un séquito de caballeros armados y aires de rey poderoso, se alojó con su gente en el castillo templario que dominaba Monzón y no vino a visitarme al palacio episcopal donde yo me alojaba hasta pasados dos días. Yo tampoco le preparé ninguna recepción especial, sino que lo recibí en la salita donde había instalado mi escritorio para trabajar con el consejo.

Juan y yo manteníamos nuestras diferencias. Cuando despedí a los consejeros y nos quedamos solos, estuvo amable conmigo sin dejar de guardar las distancias. Lo primero fue darle el pésame por la muerte de su madre. Él me lo agradeció con sequedad y no supe si dejar aflorar mis sentimientos, con una lágrima, o no. Juan guardó silencio unos instantes y de inmediato pasó a hablar de lo que le interesaba.

A partir de ahora, prima, ya no tienes que sufrir por los asuntos de gobierno. Yo me ocuparé de todo. No pude evitar recordarle que en Cataluña compartiríamos la regencia. Él sonrió. Ah, bien, respondió con un deje de sarcasmo. Los catalanes se entienden mejor contigo. Alfonso quiere que seas tú la que convoque cortes en Barcelona. De Valencia y Aragón no necesitas preocuparte más.

No sabes qué aliviada me siento, respondí. Para mí, el gobierno es una carga muy pesada, que he llevado con gusto por amor a mi esposo. Sólo te pido una cosa, Juan.

Él frunció el ceño: el mismo mohín de Alfonso, el gesto desconfiado de los Trastámara. ¿Qué?, preguntó. Todo aquello que yo decida y decrete en Cataluña, te ruego, primo, que lo respetes y

no pretendas cambiarlo en absoluto. Cuando hay discrepancias entre nosotros, nuestros enemigos se aprovechan y damos motivo de escándalo en todo el reino. Juan arrugó la frente aún más; yo pensaba en Montblanc, y en Poblet, y en los mercaderes valencianos… y en tantos asuntos en los que el primo me había complicado la vida. Alfonso tiene una sola voluntad y confía en mí tanto como en ti, agregué. No puede ser que cada cual decida una cosa, ni que otros puedan comprar nuestro favor. Si alguien debe defender el cumplimiento de las leyes, somos nosotros.

No sufras, prima, dijo Juan. Si la carga se te hace demasiado pesada y por motivos de salud no puedes con ella, cuenta conmigo para gobernar también Cataluña. Déjalo en mis manos.

Lo que sí hemos de resolver, añadí, es la tregua con Castilla. Juan sonrió con suficiencia. Lo tengo bien presente. Mi hermano está dispuesto, continué, pero ya conoces a los nobles y a Álvaro de Luna. Nos conviene una paz definitiva, no una tregua. No puede ser que entre primos y hermanos siempre estemos a la greña. Juan se defendió. Siempre he apoyado a tu hermano, María. Nadie ha hecho tanto por la concordia entre primos como yo. Quien lo envenena todo es el De Luna. Él es quien mete cizaña, y tu hermano no sabe tirarse un pedo sin pedirle opinión.

Enrojecí, indignada. Tenía razón, pero me ofendía que menospreciara de este modo al pobre Juan. ¿Qué vamos a hacer para firmar una paz duradera?, le pregunté Juan lo había hablado largamente con Alfonso y sus consejeros y ya había tomado una decisión. Esta vez ataremos la paz bien atada, prima. Lo haremos con una boda. El infante Enrique desposará con mi hija Blanca. Suspiré. ¡Otra boda entre primos! El hijo de Juan y María, aquel chico que no era muy normal, se casaría con la prima, que era mayor que él, pero que apenas debía de tener la sangre de las mujeres. Dos criaturas para sellar la paz entre dos reinos. Nuestra familia es muy mañosa a la hora de cerrar pactos con uniones de cama, aunque la triste verdad es que ni siquiera los lazos de sangre pueden evitar una guerra.

Era el mes de marzo de 1436. Los días crecían, pero aún helaba en Monzón cuando Juan clausuró las cortes y yo convoqué cortes

separadas en Aragón, Cataluña y Valencia. Las tres ciudades escogidas para las asambleas fueron Alcañiz por Aragón, Morella por Valencia y Barcelona por Cataluña. Entonces me preparé para volver a la ciudad condal. Volvía contenta por un motivo: en Monzón, finalmente, los consejeros habían aprobado una armada de seis naves y tres mil hombres para enviar a Alfonso. El almirante sería Bernat Joan de Cabrera, el conde de Módica. ¡Un buen motivo para reconciliarse con la corona, después de tanta rebeldía! Cataluña, además, ofreció una dotación de cien mil florines para construir otra flota en las atarazanas de Barcelona, armarla y equiparla. Aragón dobló la suma: doscientos veinte mil florines. Valencia ofreció cincuenta mil.

Juan y yo íbamos escribiendo a Alfonso, que no tenía intención alguna de volver. Quería reconquistar Nápoles y ahora contaba con muchos apoyos. Había sellado un pacto con Filippo Maria de Milán, el Papa también lo apoyaba y muchos nobles y caballeros de los tres reinos querían sumarse a la empresa. La derrota en Ponza, al final, no había sido una catástrofe. Alfonso había obrado el milagro con su diplomacia y su inagotable entusiasmo. Había seducido a media Italia, y Nápoles, como una novia, lo esperaba en las faldas del Vesubio.

Desde Monzón salió otra novia hacia el norte. Casamos a Juana de Urgel con un buen aliado: el conde de Foix. Me ocupé de procurar a Juana un séquito digno de una princesa: con damas, caballeros, doncellas, pajes y caballos. Encargué vestidos y joyas para ella en Valencia. Durante semanas, toda mi casa estuvo agitada con la boda. Las doncellas más jóvenes compartían la emoción de la novia; las maduras la agasajaban. Juana se mostraba un poco altiva y reticente, pero terminó ilusionándose con el ajetreo de los preparativos. Y yo me tragaba la fatiga y el enojo: tuve que volver a empeñar mis propias joyas y hasta algunos muebles del palacio real para pagarle la dote. En el último momento, Juana, que nunca supo todos los sacrificios que hacía por ella, me lo agradeció. Era una novia hermosa y elegante, tenía sueños de grandeza y no le apetecía casarse con un hombre mayor, que podía ser su padre y que, además, se mostró tacaño. El conde de Foix insistió en que no quería una gran comitiva para la novia, pero yo la envié a Francia con todo el séquito, y le aseguré que en Foix contaría con una corte

mucho más rica que la mía.

En primavera marché a Barcelona, esperanzada y contenta. Si todo iba bien, a finales de año, Alfonso podría regresar a sus reinos. No imaginaba que, en Barcelona, me esperaba otra guerra.

El día 23 de abril, fiesta de Sant Jordi, se bendijeron los estandartes de la escuadra en la playa de Barcelona. Los pendones de la ciudad, el de Alfonso, el del almirante Bernat de Cabrera y el del vicealmirante desfilaron ondeando al viento, en medio de trompetas, clamores y lanzamiento de monedas y confites al gentío. Simón, el arzobispo de Barcelona, bendijo las banderas y todos celebramos la futura victoria del rey. Yo contemplaba la figura del santo, montado a caballo y matando al dragón bordado en oro sobre carmín, y pensaba en Alfonso. Después, mi vista se desvió hacia el otro dragón, el que coronaba el escudo de mi esposo. ¿Qué es un dragón?, pensé, perdida en mis pensamientos. ¿Es la fuerza, es la victoria? ¿Es el bien o el mal? ¿Es vida o es muerte? Finalmente, me dije, un dragón es como el fuego: puede ser vida y puede ser muerte; puede ser gloria o destrucción…, pero nada puede ante los poderes del cielo. Y recé, estremecida, mientras los tambores seguían resonando y yo sentía aquel turn turn en mis entrañas. Era primavera y el mar reflejaba mil pequeños soles. Resplandecía como la loriga de un gigantesco guerrero extendida sobre el mundo, inmensa y frágil, deshaciéndose en flecos de espuma sobre la arena.

En mayo inauguramos las cortes. De nuevo hice leer mi propuesta y la voz clara y potente del notario Ramon Batlle resonó bajo la bóveda del capítulo de la catedral. La reina pedía que se procediera a construir una flota:

> … contra los genoveses, por honor y servicio de dicho señor rey y por la utilidad pública del principado.

Los síndicos guardaron silencio. Los militares, el brazo de la nobleza, de inmediato alzaron la voz. Y varios eclesiásticos los apoyaron: antes había que discutir el edicto de paz y tregua que yo había propuesto en Monzón, en enero, con el fin de pacificar el

territorio y evitar las guerras de bandas. No había gustado nada a los señores, acostumbrados a ir a su aire y a saquear pueblos y castillos a golpe de armas cuando les parecía. Yo quería otorgar poder a los vegueros para que pudieran apresar a cualquier noble sedicioso y había decretado que las milicias del sometén, armadas por el pueblo, pudieran intervenir para mantener la justicia y evitar abusos. Como siempre, los nobles se defendieron apelando a los privilegios, costumbres y usos de la tierra.

No ordenaremos la cautela ante vuestra presencia, señora, dijo Joan de Vilagut, el castellano de Amposta. Y media docena de señores lo corearon. Entonces intervino Francesc Desplá, el síndico y picapleitos que los defendía. Siempre con buenas palabras, hacía doble juego. Señora, si abandonáis la corte durante un rato, nos pondremos de acuerdo y aprobaremos el edicto. Yo me puse de pie, indignada. ¿No querían someterse a la autoridad real porque mandaba una mujer? Sin decir palabra, bajé del podio y caminé a buen paso hacia la capilla de San Severo. Todos me miraron en silencio, pero, apenas me recluí en la capilla, escuché el vocerío. ¡Qué alboroto, qué bramidos! Cerré los ojos y junté las manos, apretándolas, deseando también cerrar los oídos, pero no pude evitar escuchar las palabras ofensivas, temerarias y groseras. Ay, Alfonso, ¡si estuvieras aquí, todos estos gallos no osarían mover las plumas!

Los nobles pisaron mi autoridad. No quisieron acatar el edicto e intercambiaron acusaciones ultrajantes con los síndicos mientras los eclesiásticos que estaban a mi favor intentaban poner paz. Nada se consiguió. Enojada y sin hacer ruido, salí de la capilla por una puertecita lateral y volví al palacio por el pasadizo del rey Martín. ¡Allí se quedaban! Yo estaba harta.

Dos días después, envié una misiva a las cortes apremiando a los síndicos para que dieran respuesta a mi petición, la petición del rey. La respuesta llegó también en forma de carta: si quería una subvención y una flota, tenía que formularlo por escrito y no de viva voz, como lo había hecho. Que Dios me perdone, pero les maldije la sangre. Me comía la rabia por dentro.

Me puse guantes de seda. Hice llegar mi propuesta por escrito a las cortes y esperé. Por San Juan todavía no tenía respuesta.

Una comisión de nueve hombres estaba designada para

supervisar la construcción de las naves y el armamento de la flota. En las atarazanas ya habían empezado a trabajar, pero todo iba muy lento… Entonces envié a Ramon Batlle a las cortes con una amenaza. Si la armada del rey no estaba a punto aquel mismo verano, revocaría el edicto de paz y tregua y licenciaría las cortes. Al poco, Batlle regresó al palacio con el resultado: Señora, el brazo real ha puesto el grito en el cielo. ¡Las ciudades quieren el edicto! Son los militares y la Iglesia quienes protestan. ¿Quiénes protestan?, pregunté. Dame nombres.

Tres días más tarde, el brazo real me hizo llegar su respuesta. Yo evitaba presentarme en las cortes para ahorrarme el disgusto de ver caras largas y escuchar voces ofensivas. Pero dos síndicos de Barcelona se presentaron ante mí con una carta. Me pedían que no revocase el edicto y protestaban. Señora, nosotros siempre hemos querido ayudar al rey, hemos votado a favor del donativo para la armada y nos duele vuestra respuesta. Estamos haciendo todo lo que podemos para que la flota esté a punto, y hasta hemos pedido cuatro galeras a Mallorca. En las atarazanas, mil obreros trabajan noche y día para tener a punto otras seis. Yo agradecí sus esfuerzos, pero les precisé que *todos* los representantes de los tres brazos tenían que acatar mi disposición.

El día 5 de julio me presenté en las cortes, esta vez en persona. Nuevamente fue Ramon Batlle quien leyó mi propuesta, pero la redacción era mía. Sin circunloquios: iba al grano. Les agradecía su oferta pero les urgía a terminar el trabajo. El rey estaba en medio de una guerra y no podíamos retrasarnos más. Antes de cuatro meses, la flota tenía que desembarcar en Italia. Por otra parte, era necesario proclamar el edicto de paz y tregua en todo el principado, sin más dilación.

Los nobles protestaron. Bernat de Cabrera anunció que los militares y la Iglesia apoyarían al rey. El obispo de Barcelona, Simón, puntualizó que no todo el brazo eclesiástico estaba de acuerdo. De inmediato saltaron las voces disidentes. ¡Buen ejemplo nos da el rey, peleándose con sus propios hermanos, y ahora nos pide que hagamos lo que él no cumple!, estalló Joan de Vilagut. Joan Roger d’Erill añadió: Nos pide dinero para pagar sus guerras, ¡y en casa nos impide defender lo que es nuestro! Señora, no podéis pasar por encima de las leyes de la tierra, me recordó el abad de

Banyoles, y los abades de Arles y Sant Feliu se sumaron a la protesta. ¡Lo habéis jurado, en nombre de Dios! Mosén Gilabert Centelles lo redondeó: ¡Que venga el rey y dé la cara! ¿No hemos pagado su rescate? ¡Que venga en persona y no se esconda tras las faldas de su mujer!

Yo me iba encendiendo por dentro. La furia de la leona enjaulada. Oh, Señor Dios mío, dadme paciencia para no contestar… Al menos para no contestar ahora, para no replicar a estos insultos y ultrajes. Dadme fuerzas.

No los perdoné. En palacio, reunida con mi pequeño consejo, tomé una decisión. No me tembló el pulso. Puse al notario y los abogados a trabajar y en dos días envié a las cortes nuevos decretos.

Todos los disidentes: nueve nobles, un ciudadano y cinco eclesiásticos, entre ellos el obispo de Tortosa, debían ser encarcelados y puestos a disposición del veguero de Barcelona. Sus bienes, rentas y beneficios pasaban a la corona. Escribí al administrador de la mesa de cambio de la ciudad para que todos los bienes que los detenidos tuvieran allí depositados, en moneda o en oro, fueran a parar a las arcas reales.

No quise escuchar las protestas y, cuando el secretario me explicó lo que decían de mí, lo atajé. No me interesa. Lo único que me importaba, en aquel momento, era armar una flota y enviársela a Alfonso. Si él tenía que combatir en el campo, yo pelearía, por él, en la corte. Durante aquel verano me animó una fuerza extraordinaria. Las doncellas y las damas no podían creerlo; algunas, creo, estaban un poco asustadas.

Jordieta y Violina me admiraban. También las niñas moras, y las infantas, María y Leonor, que escuchaban nuestras conversaciones. Señora, hacéis muy bien, decía Jordieta, ¡sois la reina! Violina pensaba en Italia y en las proezas de Alfonso, en los castillos italianos y en las fiestas que se celebraban; en los poetas y los músicos y en alguien más, que aún le robaba el corazón… Ah, señora, ojalá podamos viajar a Italia el año que viene. ¿Me llevaréis con vos? Yo sonreía. Sí, Violinquina, pero ¿no te asusta viajar por mar? ¡No! No, señora, me gustará sentir como el barco se desliza sobre las olas. ¡Será como volar! Ah, no es tan bonito, decía yo. ¿No lo ves, que nadie quiere ir a galeras? Los hay que ni pagando querrían embarcarse. Yo pagaría por ir, respondió Violina, muy

segura de sí. Ella vivía en el mundo de los juglares y los poetas.

Las infantas se acercaron. Madre, yo quiero ir a Italia a ver a papá, decía María. Y Leonor la secundaba. ¡Yo también! Italia se había convertido en un país maravilloso, la meta de sus sueños. Eran niñas todavía, todo lo veían bello. El mundo lejano, el mundo que no conocían, estaba lleno de aventuras y promesas. No podían imaginar que Italia sería su destino años más tarde y que, cuando llegara el momento, no querrían abandonar Barcelona… El que sí quería marchar y no ocultaba su impaciencia era el infante, que ya tenía doce años y quería ser un hombre. Ferrante no era gentil y agraciado de rostro como lo había sido su padre, aquel príncipe doncel que me había enamorado cuando era niña, pero sí tenía la misma sed de acción, de renombre y de gloria. Los capellanes y los maestros que lo instruían decían que tenía mala cabeza para las letras, pero que en lo referente a la guerra podía devorar cualquier libro. Como Alfonso, su padre, leía a Julio César y las crónicas de los príncipes antiguos. No me caía bien el infante. Llegué a amar a las niñas, pero a Ferrante lo trataba como una madre severa y recta; nunca ocupó un lugar preferente en mi corazón.

Una semana más tarde de mi golpe de autoridad, volví a presidir una sesión en las cortes. El ambiente estaba agitado y pude olfatear el miedo. Con toda calma, hice leer un comunicado justificando mi acción penal. Por la paz en el principado y por el bien de nuestra tierra y el buen fin de la empresa de nuestro señor el rey, he tenido que actuar así. Hace seis meses que las cortes se entretienen en dilaciones y protestas, y el tiempo corre. No lo consentiré más.

Ramon Batlle leía en tono impersonal, sin levantar una ceja. Yo, de pie, con mi vestido negro y el gesto adusto, oprimía mi cruz de plata en la mano derecha. Dispuesta a defender, como una leona, el nombre y los intereses de mi esposo. Si Alfonso hubiera estado allí, no habría actuado con menos contundencia.

Había muchos sitios vacíos: pocos nobles, menos eclesiásticos, algunos más de las ciudades. El conde de Cardona tomó la palabra en nombre del brazo militar y habló con tono mesurado:

> Señora, he trabajado tanto como be podido para que el brazo militar pudiera acordar una respuesta a vuestra señoría. Digo, señora muy alta, que por mí y por quienes

quieran seguir mi parecer, me place que la cautela de la oferta hecha a vuestra señoría sea hecha, despachada y librada, aunque para ello se tenga que pedir prestado el dinero necesario.

El conde se convirtió en un buen aliado. El resto de los nobles estuvieron de acuerdo. Entonces ordené liberar a los prisioneros. Todos, del primero al último, firmaron el edicto de paz y tregua. Y la comisión encargada de la flota se puso a trabajar de firme. Al fin, en la fiesta de la Virgen de agosto la escuadra estaba lista para zarpar.

La flota de Alfonso me costó la salud y casi la vida. Después de oír misa solemne en la catedral, aquel 15 de agosto regresé a palacio para celebrar un ágape con los consejeros, el conde de Cardona, el conde de Módica y algunos nobles más, el obispo Simón y los clérigos de la ciudad. No pude presidir la mesa. Atacada de fiebres, tiritando en medio del bochorno, con el corazón en un puño y el estómago cerrado, corrí a acostarme mientras las doncellas me traían jofainas de agua fresca y compresas empapadas en tisanas de salvia y mejorana. Hice llamar al médico y me abandoné a sus cuidados, agotada, sin fuerzas ni para rezar un padrenuestro. Señor…, todo está cumplido, murmuré, recordando las palabras de Jesús en la cruz. Todo se ha realizado. En el corazón tenía clavados los mástiles de las galeras y el estandarte; las palabras ofensivas, los gritos en las cortes, allí, en la casa de Dios. Clavados los decretos de prisión e incautación de bienes. Me habían herido a mí tanto como a los rebeldes. Quizá porque soy mujer. No me tembló la mano, pero el corazón se resentía.

Todo por ti, Alfonso, pensé antes de caer inconsciente entre las sábanas de lino fresco perfumadas con lavanda. Todo por ti, que me lo has dado todo… Todo menos aquello que más quiero. Todo por ti.

La escuadra del rey zarpó de Barcelona a finales de mes. Navegó hasta Cadaqués, donde reunió más naves y hombres, y a mediados de septiembre puso rumbo hacia Italia. Mientras tanto, tierra adentro, la paz con Castilla quedaba confirmada y sellada con el

matrimonio de los infantes Enrique y Blanca. El primo Juan hizo pregonar la paz por los reinos de Aragón y Valencia.

> Paz y amistad perpetua entre el rey y los reyes de Aragón y Navarra…, que todos los lugares tomados en la guerra vuelvan a ser librados y exentos a sus propietarios, y que el rey de Navarra y los infantes Pedro y Enrique no entren en Castilla sin orden expresa del rey.

Una paz cautelosa, no obstante. El rey de Castilla devolvía tierras a sus antiguos dueños y asignaba una dotación en florines de oro al primo Enrique, además de pagar la dote correspondiente a Catalina, otros cincuenta mil. Mi hermana podría regresar a Castilla sana y salva, con las rentas suficientes para vivir con dignidad. Mientras tanto, mi tesorero, Rafael Ferrer, me informaba de que mis arcas estaba vacías y que las rentas de Sicilia —mis rentas— estaban en manos del infante Pedro. El procurador de la cámara de Sicilia había muerto cautivo en Génova y Pedro disponía a su libre arbitrio de la isla, cobrando aquello que me correspondía…, y todo ello con el consentimiento de Alfonso. Enferma, indignada y agobiada por las deudas, escribí a Alfonso:

> El daño y perjuicio que no quisieras causar a ningún noble ni caballero, ni siquiera a un hombre sencillo, no lo quieras para mí.

¿Dónde estaba su magnanimidad? Yo había luchado por pagar su rescate, la flota de guerra y las camisas de seda bordada que lucía en su corte de Gaeta. Mientras él guerreaba entre banquetes, cazando en el bosque y bailando con las damas italianas en salones revestidos de mármol, yo vivía sin poder pagar el trigo para amasar mi pan. Pedía préstamos a los ciudadanos ricos, hipotecaba joyas y vajillas de plata, despedía a damas y doncellas a quienes ya no podía mantener.

> Mis facultades están tan mermadas, y las necesidades tan crecidas, que he terminado ahorrando hasta vivir

miserablemente, como no corresponde a una reina. Y, con todo, a duras penas me puedo sostener.

Alfonso me respondió desde Capua.

Nuestra intención es que la armada regrese presto a la costa genovesa para castigar y acosar aquella ribera, tanto como sea posible. Pues los genoveses se preparan para la primavera que viene, para armar las naves y galeras que puedan y castigar a nuestros reinos y tierras.

La armada había llegado a Gaeta y pedía a las cortes, sobre todo, que no se desarmara la flota y que la mantuvieran todo el invierno en pie de guerra. Ni una palabra sobre mí. Ni sobre mi salud, ni sobre mis rentas.

Pasé todo el verano y el otoño entre fiebres y desmayos. Los días que me encontraba mejor ardía en mí una fiebre interior que me daba alas y me empujaba a mostrarme firme y autoritaria. Entonces me encerraba en el despacho a trabajar sin descanso con el canciller, el secretario y el tesorero: deshacía conflictos y dictaba cartas para que la justicia se cumpliera sobre la tierra. Cuando las fuerzas me abandonaban, caía desplomada y tenía que guardar cama. Empecé a llorar. Cada día lloraba un rato, primero a escondidas, a solas; después abiertamente, ante las camareras y las pocas mujeres que quedaban a mi servicio. Los médicos no sabían qué más hacer. Vino Joan Pou, un físico de la Universidad de Lérida con mucha fama, y dictaminó que todo el mal venía del corazón, que la tristeza me estaba consumiendo, y de aquí las fiebres y los desvanecimientos. ¡Tantos médicos escudriñando mi cuerpo para concluir diciendo que todo era una dolencia del alma!

La enfermedad me sirvió de algo: evité las sesiones de las cortes, donde se debatían agravios y más agravios, y donde todos reclamaban mi presencia. Pero yo había cumplido mi propósito, había enviado una flota a mi esposo. Las leyes y los agravios podían esperar.

Me consolaba leyendo y escribiendo a Alfonso. Ya no me

avergonzaba mostrar mis sentimientos cuando dictaba al secretario las despedidas que hubiera deseado gritar de viva voz:

> Ay, señor mío, que Dios cumpla el deseo que más deseo, que es volver a ver pronto a vuestra señoría. Mi corazón no reposará hasta que tenga noticias vuestras.

Como Alfonso no respondía, escribí al obispo de Gerona, que estaba con él, pidiéndole ayuda económica. Había recibido la subvención de Aragón, doscientos veinte mil florines, pero debía servir mantener la flota armada y no quería tocar una sola moneda.

> He pasado tanta congoja que no os podría explicar... Ni rentas ni patrimonio, todo lo tengo hipotecado, ni siquiera puedo pagar los correos. Es vergonzoso que una reina deba pasar tantas penas y vivir con tan pocas rentas, y de las pocas que tengo, aún se ven reducidas a la mitad.

Alfonso contaba, también. Pero no el dinero que siempre falta, como yo. Él contaba nombres, aliados, ciudades y bellezas que esperaba poseer. Yo contaba dinero y días. Dinero y días que se escurren entre las manos. El oro y el tiempo, tan necesarios, tan ingratos y huidizos.

Pasada la fiesta de Todos los Santos me visitó una comisión de médicos, enviada por el Consejo de Ciento. Querían informarse con todo detalle sobre mi enfermedad, el motivo que me impedía asistir a las sesiones de las cortes. Cinco físicos me examinaron de la cabeza a los pies. Olfatearon mi aliento, me hicieron sacar la lengua, me palparon el pecho, el vientre y los pulsos. Yo entreveía lástima detrás de su curiosidad. Lástima de verme tan consumida, que hasta las costillas se me marcaban por debajo de la piel, blanca y fina, surcada por venas azuladas donde la sangre corría con poco brío. ¡Infeliz de mí! Los cabellos, que se me volvían cada vez más blancos, me caían como las hojas secas de los árboles.

Finalmente me interrogaron. Fui breve y clara, como lo había sido siempre ante las cortes. Mi mayor deseo en este mundo es la presencia de mi señor, el rey. Si él estuviera aquí, a buen seguro ya

estaría curada.

La condesa de Módica me hizo llegar unos faisanes. Carne fresca de caza: ¡qué fiesta para mi cocinero! Los preparó con mucho adobo y guarnición de cebollas, verduras, huevos y garbanzos, para que cundieran y todo el mundo pudiera probar un poco del guiso. Pero la mejor parte, tierna y melosa, la reservó para mí.

Comí sólido por primera vez desde hacía semanas. Aquella vianda me supo a pan caído del cielo y escribí a la condesa dándole las gracias. Los médicos, le expliqué, me recomendaban buena carne para restablecerme. Y era cierto. También era cierto que necesitaba provisiones. Y no me avergonzó pedirle más faisanes.

41.
EL PODER DE UNA ENFERMA Y UN TOQUE DE CAMPANA

Me acostumbré a gobernar desde la cama. Es curioso. A veces, cuando el cuerpo está más débil, el alma se hace más fuerte. No me temblaba la mano a la hora de tomar decisiones y tenía la cabeza muy clara y la memoria aguzada. Dictaba cartas y enviaba mensajeros y delegados a todas partes, no descuidaba ningún asunto. Detrás de todos los decretos que salían de la cancillería estaba mi firma. Las doncellas me traían una tabla de madera, con patas, para que pudiera apoyarme y rubricar las cartas. Hice instalar un escritorio en mi alcoba, mesa y sillas para que el secretario y el escribiente pudieran trabajar a mi lado. Las criadas aparecían a primera hora de la mañana para barrer, recoger trapos y orinales, y dejarlo todo limpio.

Sí, mi pobre corazón podía estar débil y enfermo, pero la mente continuaba trabajando. Tal vez me estaba haciendo mayor. Ya tenía treinta y seis años. De tan delgada y consumida no me venía el sangrado. Me salían arrugas en la cara, en aquella piel castigada por la viruela y el sufrimiento. Mi cabello se cubría de canas y los ojos, que habían sido de un azul verdoso, perdían color. Me miraba al espejo y no veía otra cosa que dos lagunas de agua clara y gris, como el mar en los días que no hace sol. Un agua triste, llena de vacío y frialdad.

Pero en mi pecho el corazón ardía. Marasmado o consumido, decían los médicos. Mi cuerpo quizá sí estaba consumido, pero no mi corazón. El corazón latía, loco y hambriento, con fuerza. Una energía febril me hacía fuerte por dentro, incluso autoritaria. Brotó

en mí una especie de humor negro, una ironía amarga que me ayudaba a sobrellevar los días y las horas.

Aquel invierno de 1437 lo pasé en cama. Las cortes querían desarmar la flota que habíamos enviado a Italia. Costaba demasiado mantenerla. Pero Alfonso había sido claro en sus órdenes: la quería en pie de guerra. Las cortes también enviaron al notario Joan de Pujol para quejarse y reclamar mi presencia. Habían aprobado el donativo para el rey, pero, en cambio, yo no había reparado los agravios. Mi respuesta a la corte no se hizo esperar.

> La dicha señora se ha ofrecido en todo momento y ofrece en el presente no solamente hacer y administrar justicia sobre cualquier agravio, sino otorgar al principado todas aquellas cosas que honestamente pueda.

Con esto les decía que, si los asuntos no salían adelante, no era por culpa mía, sino por las eternas controversias que obstaculizaban las negociaciones y enfrentaban a los tres brazos.

En marzo, por Cuaresma, decidí comparecer ante el Consejo de Ciento. ¡Señora, estáis enferma!, exclamaban las doncellas, alarmadas. El médico me lo desaconsejó. La verdad es que apenas podía caminar. Me dolían los huesos y estaba tan débil que no podía subir ni bajar escaleras. No importa, dije. Iré en parihuelas. Joamiro y los pajes se ocuparon de reclutar algunos hombres de la ciudad para que me llevaran. Me hice acompañar de los miembros de mi consejo: Dalmau, el canciller, Jofre de Ortigues y Francesc Castelló, algunas damas amigas, los pajes y las camareras. ¡Qué extraña comitiva, por las calles de Barcelona, desde el palacio a la Casa de la Ciudad! Los vecinos se agolpaban para vernos pasar y saludaban, algunos incluso me bendecían o se persignaban, como si contemplaran a un santo que sale en procesión. No, no era una santa. Era la reina enferma, la reina justa, la reina enamorada. Algunos comentarios llegaron hasta mis oídos. ¡Qué perdida está! Dios la ampare… ¡Parece tal cual una muerta en vida! No hice caso. Aunque toda la ropa me iba holgada, me hice vestir de púrpura, me cubrí la cabeza con un velo y un turbante de seda y me puse el collar de perlas que me había regalado Juan, dándole dos vueltas sobre el pecho. Un esqueleto bien acicalado…, ¡pero vivo!

A las puertas de la Casa de la Ciudad me recibieron los consejeros con mucha ceremonia. Después de las reverencias me hicieron subir al Salón de Ciento, siempre en andas. Me habían preparado un banco con cojines y un lienzo de oro y satín azul. Del respaldo colgaban el estandarte de la ciudad y el del rey, bordados. Sentada allí, ante los cien prohombres de Barcelona, con las doncellas y los pajes a mis pies, apoyé la espalda y hablé con voz alta y clara.

Alfonso está a las puertas de Nápoles, amenazado por sus enemigos y en gran peligro. La ciudad de Barcelona *por su innata naturaleza generosa ha acostumbrado a servir a su señor*, y ahora os solicitamos un nuevo donativo de veinte mil florines y otra armada para defendernos en la guerra italiana.

Había aprendido a ser diplomática y no me faltaba la ironía. El consejo me devolvió la moneda. Me contestaron con buenas palabras que deliberarían aquella misma tarde y me darían respuesta.

La visita a la Casa de la Ciudad les recordó que la reina estaba viva y seguía gobernando. Pero las guerras de Alfonso no eran bien vistas por los consejeros. No creían que aportaran beneficio alguno al principado, más bien al contrario. La naturaleza innata de Barcelona no era pródiga, sino ahorradora. El Consejo de Ciento me denegó la ayuda. La ciudad no podía recaudar aquel dinero, pero trasladó la petición a la Diputación del General, que tenía autoridad para recaudar impuestos en todo el principado. Los diputados aprobaron una subvención de veinticinco mil florines y se ocuparon de armar cuatro galeras.

Poco a poco en primavera me fui recuperando. Desde Italia me comunicaban que Alfonso había instalado su corte en Gaeta. Una corte lujosa, tan frecuentada por poetas, caballeros y artistas como por letrados y mercaderes. Una corte también variopinta: en ella había napolitanos, sicilianos, catalanes, valencianos y aragoneses. Nobles de cuatro reinos atraídos por aquel rey de talante magnánimo y decidido, un rey que afrontaba la guerra como un torneo: con bravura, atacando de frente y sin perder la elegancia; un rey que tocaba el arpa y escuchaba a los sofistas; un rey que

sabía danzar y se deleitaba leyendo a Julio César, a Virgilio y a Cicerón. Un rey que amaba la belleza y la alegría. A su alrededor todo era fiesta.

Concebí un proyecto loco. Me pondría bien, me pondría hermosa y viajaría a Italia para ir a su encuentro. Compartía mi sueño con las princesas, pero también con las damas de Barcelona que me visitaban por las tardes. Las Monteada, las Centelles, las Cruïlles… Señoras devotas con sus hijas y sobrinas que esperaban un lugar en mi casa, un buen matrimonio o alguna recomendación. Yo no prometía nada, pero las acogía y me hice amiga de muchas. Me animaban y me traían noticias. No salía de mis aposentos, pero estaba bien informada de todo cuanto sucedía en Barcelona, y esto me era útil. Gabriel Sagre se sorprendía a veces. ¿Cómo lo sabéis, señora? Yo sonreía. Una reina tiene ojos en todas partes, respondía.

Los ojos de la reina llegaban muy lejos. Aquel año envié espías a Italia y a Francia. Quería ayudar a Alfonso averiguando los planes de sus enemigos: Génova y la casa de Anjou. René de Anjou guerreaba entonces con el duque de Borgoña y había caído prisionero. Aun así, el rescate era sólo cuestión de tiempo, pues Anjou tenía aliados poderosos. Mientras, en Nápoles, su esposa Isabel ocupaba el gobierno de la ciudad y resistía el asedio de Alfonso desde Gaeta.

Pensando en mi viaje y, loca de mí, en embellecerme, escribí a Valencia para recuperar algunas de las joyas y la vajilla de plata que había empeñado. El primo Juan hizo que me las enviaran y por una vez tuve que darle las gracias. Aquella primavera, Catalina volvió a Valencia. Ya no me sentí celosa de ella. Pobre Catalina, lejos de su esposo, en una Castilla hostil gobernada no por nuestro hermano, sino por Álvaro de Luna y un puñado de nobles que no la apreciaban. Sola, sin marido y sin hijos, tan pronto como cobró el dinero de la dote se trasladó a la ciudad amable que siempre la había guarecido.

A veces me indigna pensar cuánto hemos de aguantar las mujeres, cuán fuertes somos y, en cambio, en cuán poca cosa nos consideran los hombres. Una mujer sin hombre no vale nada y está expuesta a cualquier peligro. Pero a veces el peligro, justamente, son ellos.

Enferma y en cama, aquel año me ocupé de muchas mujeres.

En enero concerté matrimonio para Joana, una de las Vilaragudas, con Joan de Monteada, hijo de una de las mejores familias de Barcelona. Para proveerla, aunque su familia era mucho más rica que yo, tuve que empeñar varias joyas en Valencia. Mi collar preferido, de diamantes y rubíes, iba y venía de las manos de mi procurador, Joan de Próxida, y los prestatarios. Hubiera preferido lucirlo al cuello para poder recibir a mi esposo… ¡Ah, sueños!

Luego me ocupé de Aldonza, hija de un caballero muy conocido de la ciudad, mosén Pere Icard. Se había casado con un joven, Joan Mercell, pero al poco tiempo huyó de la casa y fue acogida por Joana de Queralt, que también pertenecía a la nobleza. Los hermanos de Aldonza, el canónigo Alfonso y el caballero Melchor, la reclamaron y vinieron un sábado a la audiencia pública para pedirme que interviniera. Temían por la virtud de su hermana. Yo hice mis investigaciones a través de Isabel Escrivá, que era amiga de la Queralt, y supe que el joven Mercell era un canalla que pegaba a su esposa y la trataba como a una mujer de mala vida. ¿Cómo salvaguardar la integridad de la muchacha y el honor de la familia? Me valí de la ley y de mi autoridad. Ordené a Joana que devolviera a la joven con los suyos, pero hice jurar a los hermanos Icard, por encima de la Sagrada Escritura y bajo pena de multa, que velarían porque su hermana no sufriera ningún maltrato. Con esto la familia quedaba limpia de escándalos, pero los obligaba a proteger a la joven esposa y a poner orden en aquel matrimonio. El castigo monetario era lo bastante disuasorio como para hacerlos reaccionar. El dinero, ¡ay!, es más convincente que las palabras…

Manejar las palabras, de esto saben mucho los hombres de Iglesia. En Tivisa, en el condado de Prades, un sacerdote había embaucado a un caballero pobre, viejo y endeudado, para que casara a su hija de catorce años con un sobrino suyo de quince. De nuevo fueron los hermanos de la novia quienes intervinieron. Averiguaron que el capellán no tenían sobrino alguno, y sí en cambio un hijo ilegítimo de tres años. Sospecharon que quería llevarse a la doncella a su casa para que fuera su barragana. Recurrieron entonces a un prior y a una abadesa, y ellos me remitieron el caso. Yo escribí a la condesa de Prades para que

impidiera el matrimonio y ordenara a sus oficiales que la muchacha fuera protegida de todo peligro y permaneciera en la custodia de sus hermanos.

¡Ay, los hombres de Iglesia! Los he conocido de toda clase, y una clase muy peculiar son los abades. Algunos se encumbran como señores del cielo y la tierra y no temen ni a Dios ni a los hombres. Como el abad de San Miguel de Cuixá, fray Berenguer de Pontos, y su capitoste en Prada de Conflent, el cura Ramón Ribera. Armaron un pelotón de hombres y atacaron la casa del caballero Galzeran de Vilanova, consejero de Alfonso. Galzeran y algunos vecinos respondieron al ataque y al cabo de pocos días todo el pueblo se sumergió en una guerra de bandos con incendios, saqueos y heridos: la gente huyó del pueblo y el veguero me envió aviso. Yo cité a mi presencia al capellán Ribera y a sus secuaces, bajo pena de prisión y confiscación de bienes. Nunca se presentaron, pero la citación real logró detener la violencia.

También las hijas del conde de Urgel me daban quehaceres. Joana, en Foix, se había quedado viuda. ¡Qué poco le había durado el matrimonio! El difunto aún no se había enfriado en la tumba y ella ya buscaba pretendiente. ¿En quién pensaba? Yo le escribí ordenándole que no diera un paso sin consultar con el rey Alfonso, y le aseguré que tanto él como yo velaríamos por su bien como si fuera nuestra hija. En cuanto a su hermana pequeña, Leonor, que seguía en mi corte, Alfonso la quería casar con el rey de Chipre, pero ella se resistía. Yo intentaba convencerla y mis damas le alimentaban la ilusión. ¡Reina de Chipre!, la rica isla oriental… Ella rezongaba. Prefería ser cautiva en Cataluña que reina en un islote perdido, entre gente extraña. ¡Qué carácter tenían las nietas de Margarita de Montferrato!

Otro quebradero de cabeza: la condesa de Cardona. Su esposo, Ramon Folch, era miembro de mi consejo y me había defendido en las cortes, facilitando que los nobles aprobaran mi edicto de paz y tregua. Ella me puso en un compromiso. Había desavenencias en el matrimonio y quería hablar conmigo en persona. Folch estaba en Barcelona recuperándose de una dolencia del corazón, así que una vez más tuve que dejar a un lado mis sentimientos de mujer y pedir a la condesa que no viniera por nada del mundo, que permaneciera en su castillo y esperase a que pudiéramos hablar con calma los

tres.

Es curioso, sí, que cuando estamos enfermos de cuerpo la cabeza a veces es más firme que nunca. Más fría, más resuelta. También es cosa curiosa y que dice mucho de lo contradictoria que es la naturaleza humana que, en las vidas ajenas, vemos claro como el agua. Yo sabía ser justa, virtuosa y recta al juzgar los asuntos que se me presentaban. En cambio, en lo que concernía a mi propia vida, no era fría ni lúcida, ni siquiera ecuánime. Había un peso en la balanza que siempre la inclinaba hacia un lado. No podía ser justa ni virtuosa, ni prudente ni templada. Aquel peso se llamaba Alfonso. Él enturbiaba las aguas de mi corazón y me volvía apasionada. Por él podía ser injusta conmigo misma y negarme el pan, el sustento y el descanso. Por él podía castigarme con horas de trabajo en cama, por él podía empeñar mis joyas y teñir mis vestidos reutilizados. Por él podía despedir payes y doncellas, mientras que pagaba el pasaje a Italia de los afamados músicos que él quería para su corte. Aquel año despedí a Eduardo, el arpista. Su música me había consolado tanto aquellas tardes de dolor y añoranza…, pero no podía mantenerlo, y Alfonso lo reclamaba para sí. Qué importa, pensé. Uno menos a quien pagar.

Me confesaba con Andreu Gallach. Poco a poco le había tomado confianza. Me acusaba de no tener piedad de mí misma, de tragarme la rabia mal digerida y de incubar mala sangre. Él me escuchaba en silencio y me daba la absolución. No aconsejaba. Mirad a Nuestro Señor en la cruz, era lo único que me decía.

Yo dormía con la cruz de plata cerrada en el puño, a veces apretándola contra mi pecho. Algunas mañanas, mientras las doncellas me aseaban, veían la marca de la cruz impresa en la piel. ¡Oh, señora!, exclamó Violeta un día, persignándose. Yo sonreí. Anda, mójame con agua fresca. Esto no es nada comparado con la espada que atravesó el corazón de Nuestra Señora.

En junio había nuevas cortes. No me encontraba bien, pero asistí e hice leer una cédula según la cual reiteraba mi petición de ayuda al rey y prorrogaba las discusiones hasta el mes de agosto. Si ellos querían reparar agravios, yo quería la flota para el rey. Mientras el notario leía, observé las caras largas y escuché los murmullos. Me

levanté del sillón y salí de allí antes de que se terminara la lectura de mi carta. No tenía ganas de escuchar más protestas.

El día 13 de agosto, vísperas de la fiesta de Santa María, tenían que reanudarse las sesiones. El letrado Jofre d'Ortigues me había avisado: Señora, ya tienen a punto el memorial de agravios. ¿Han decidido qué piden?, pregunté. No, señora, aún tienen que negociar cómo sé harán las reparaciones. Entonces, dije, ya pueden empezar a discutirlo. Ordena que no se toque la campana.

Fue mi venganza. Por tantos obstáculos, por tantos impedimentos legales y formalidades, por tantos cambios a los que tuve que someterme. Los síndicos estaban reunidos en la sala del capítulo a la espera del toque de campana, a que se presentara la reina. No hubo ni campana ni reina. Una hora después, seis consejeros me pidieron audiencia en palacio. Yo estaba reunida con mi pequeño consejo: el arzobispo Dalmau, Jofre d'Ortigues y Francesc Castelló. Los delegados de las cortes se arrodillaron ante mí y los hice esperar, altiva y orgullosa. Me reprochaban que hubiera prorrogado las cortes. Yo los despaché. No acepto esta reclamación, dije, y ellos se fueron rezongando y con la cabeza gacha.

Llamé inmediatamente al notario Joan Pujol, que estaba con ellos, y lo recibí con mi consejo. El arzobispo leyó en voz alta la cédula de protesta y se la devolvió. Llévala a las cortes, ordené al notario, sin ocultar mi cansancio y con un deje de ironía. La reina la rechaza. No quiero perder más tiempo ni hacérselo perder a nadie. Hasta que no os pongáis de acuerdo no pienso pisar la sala del capítulo. Quiero hechos y no palabras. Y pobre de ti si levantas acta de esta reunión privada, ¡te haré cortar la cabeza!

Se me había acabado la paciencia. La leona soltó un rugido y la selva enmudeció. Pasaría el resto del verano en paz. Las cortes podían frenar mis propósitos, pero yo también podía detener los suyos. Era un pulso entre ambas partes, y de momento había ganado una batalla. Ahora faltaba ganar la guerra.

Alfonso me sobresaltó a finales de aquel año. Mis espías me iban informando y yo le avisaba de todo cuanto sabía, pero no conseguí averiguar los planes de un traidor. Las cosas que pasan en secreto,

ya sea en la mente o urdidas en la sombra, escapan a los ojos de una reina. Sólo Dios sabe…

Sólo Dios sabe qué se oculta en el corazón de un traidor, aunque, en este caso, no era difícil de adivinar. Alfonso había firmado una tregua con el *condottiero* Vitelleschi, al servicio del papa Eugenio. Pero Vitelleschi, como buen mercenario, obedecía al mejor postor. Isabel, que como esposa de René de Anjou gobernaba en Nápoles, le hizo una buena oferta. Y el *condottiero* aunó sus fuerzas con un viejo conocido: Giacomo Caldora.

Pocos días antes de Navidad, Alfonso tenía su campamento plantado en Giuliano, donde celebraba una misa y un ágape festivo en medio del campo. Mientras todos oían misa, Vitelleschi y Caldora lanzaron un ataque por sorpresa contra el campamento. La desbandada fue inmediata y huyeron presos del pánico. Abandonaron caballos, carros, armas, tiendas y mesas dispuestas para el banquete. ¡Qué jugoso botín para el enemigo! Alfonso logró escapar con los suyos, pero muy poco le faltó para volver a caer prisionero.

42.

ARMADORES, PRÍNCIPES, OBISPOS Y EL CONSUELO DE LAS ENFERMAS

El año de gracia de 1438 lo recuerdo como un año de enfermedad y luchas. Como tantos otros. No obstante, aquel año, en especial, las mujeres llenaron mi vida. Cada vez más actuaba como madre, hermana, amiga. Defensora, abogada y madrina. Yo, que sólo ansiaba una cosa, la única que no conseguí: ser esposa amante.

Pasado el invierno, los espías me dieron noticias de René de Anjou. Tenía como aliados a Carlos VII, rey de Francia, a todos sus vasallos de Provenza, a Génova, al mismo Papa y, como gerifaltes, a aquellos *condottieros* que hacían temblar el mar: Vitelleschi y Caldora. Alfonso, desde Gaeta, se lamía las heridas de Giuliano y se preparaba para volver a conquistar Nápoles. Como siempre, necesitaba más hombres, más naves y más dinero.

Yo ya no sabía de dónde sacar oro para pagar más galeras. Las cortes se alargaban y los síndicos se quejaban. No podíamos pedir más impuestos a las ciudades. Los consejeros Bernat de Corbera, vizconde de Illa, y Andreu Biure me dieron una idea: Contratad un armador privado, señora. No necesitáis esperar pactos, ni agravios resueltos, ni discusiones en las cortes. Pagad, y estará hecho.

El vizconde me presentó a Riambau de Corbera, pariente suyo; un hombre con aspecto de mercenario, más rico que muchos nobles del principado. Riambau vestía de terciopelo y seda y lucía una gruesa cadena de oro colgada sobre el pecho, con una cruz. Se quitó el sombrero, un turbante adornado con plumas de colores, y me hizo una profunda reverencia. Señora, a vuestro servicio y al servicio del excelentísimo señor rey, dijo, y sin demora preguntó:

¿Cuántas naves queréis?

¿Cuánto pedís?, pregunté. El armador fue diplomático. Todo depende… Depende de los hombres, de las armas… y de los tratos que hagamos sobre el botín. ¿Cuánto me podéis ofrecer, señora? Yo aventuré una oferta. Él dijo que se lo pensaría. Y yo razoné que, al final, tendría que recurrir a las cortes de nuevo.

Fue una primavera lluviosa y agitada. En las atarazanas se construían dos barcos y las cortes resolvieron pedir más a Valencia y Mallorca. Mientras tanto, dispuse otra llamada de hombres a galeras. Como otras veces, tuve que echar mano de los criminales. En Tortosa, donde había mucha prostitución, ordené al veguero que detuviera a todos los alcahuetes y pillastres. Así conseguí dos cosas: reclutar hombres para la armada y liberar a unas cuantas mujeres de aquel mal oficio. Como sabía que algunos oficiales se dejarían corromper, decreté que quienes aceptaran sobornos pagarían una multa de mil florines de oro. Sí, otra manera de recaudar fondos. Había aprendido que con castigos y a golpe de ley se pueden conseguir cosas… Pero también aprendí, ¡ay!, que hecha la ley, hecha la trampa. Si los oficiales reales cumplieran su deber como corresponde, no habría tantos agravios que reparar en las cortes.

Durante la Cuaresma leí y recé mucho. Tuve un brote de fervor religioso y afán de perfección moral. Mis amigas María de Luna, Leonor de Centelles, las hijas de Joana d’Oms, Isabel y Constanza, y también la Escrivana y doña Juana me escuchaban y me seguían en mis plegarias. Admiraban mis decisiones y las apoyaban. Las más jóvenes, Violina y Jordieta, me cuestionaban. Señora, ¿qué harán estas mujeres de mala vida?, preguntó Jordieta. Trabajar, respondí, como toda mujer honesta. Casarse y tener hijos. Pero ¿quién querrá casarse con una mujer así?, preguntó Violina. ¿Quién querrá darles trabajo? Por supuesto, eso ya lo había pensado, y me preocupaba no encontrar respuestas. Sin embargo, fue doña Joana quien respondió, mirando fijamente a Jordieta: Siempre encontrarán una viuda honrada que las pueda ayudar. O un convento que las pueda acoger. ¡Trabajo no falta! Y maridos tampoco, añadió la Escrivana.

No, maridos y pretendientes nunca faltan, tampoco para las damas nobles. Aquel mes de abril pudimos casar, por fin, a Leonor de Urgel. Se embarcó rumbo a Italia para desposarse con el conde de Ñola, uno de los aliados de Alfonso. Libre de ir a Chipre, aceptó

su destino bastante contenta. Leonor se marchó junto con las dos galeras que irían a reforzar la flota del rey: la de mosén Requesens y la del procurador de Mallorca.

En mayo, Barcelona estaba convulsa: había elecciones en los gremios y los bandos opuestos se enfrentaban en las calles. Ordené al gobernador, Joan de Corbera, que hiciera apresar a los conflictivos para que la ciudad pudiera celebrar las elecciones en paz.

Pasó un tiempo largo sin que recibiera noticias de Alfonso. Aquellos silencios me angustiaban, de modo que envié a un delegado, mosén Ramon Gilabert, a Italia, para que lo pusiera al día de todas las gestiones que tenía entre manos, desde los matrimonios de mis damas hasta el nombramiento del nuevo archivero, para pedir su consejo y tener nuevas de él. Gilabert era de confianza y me explicaría qué estaba sucediendo en la corte de Gaeta y qué aires se respiraban en Italia. Mientras esperaba su regreso, hice un trato con mosén Pere Llosa, clérigo de Perpiñán. Eduard, el arpista, y los músicos siempre comentaban que en el Rosellón se fabricaban los mejores instrumentos de música. Mosén Llosa tenía unos órganos de caña que emitían un sonido de tonalidad rica y profunda, y mi hermano Juan se los quería comprar. Yo pensé que sería un gran detalle regalárselos a Alfonso. Escribí al sacerdote y él me los reservó. Como recompensa, le pedí a mi esposo ciertos beneficios para el clérigo. Cuando Gilabert regresó, meses más tarde, me dijo que a Alfonso le habían gustado mucho los presentes. Hizo que sonaran ante la corte y todos quedaron encantados. Las palabras de elogio fueron para los músicos. A mí nunca me dio las gracias. Pero yo ya estaba acostumbrada a no recibir gratitud ni cumplidos de Alfonso. Me bastaba con tener noticias. Y las noticias no siempre eran buenas.

A primeros de junio, los consejeros me dijeron que se habían avistado cuatro naves genovesas cerca de las islas Hormigas, rumbo hacia las costas catalanas. Dos eran galeras muy grandes, quizá de combate… La noticia me sirvió de excusa. Aproveché una reunión del Consejo de Ciento para hacer una nueva visita a la Casa de la Ciudad.

Un año antes había ido en parihuelas, enferma y casi en los huesos. Esta vez, gracias a Dios, tenía más salud. Fui a caballo,

acompañada del obispo, con todo mi consejo, los pajes, las damas y las doncellas. Hacía mucho que no cabalgaba y el montero me preparó una mula hermosa y mansa, bien enjaezada y con una silla forrada de cojines. Mirar desde arriba las calle y cómo las gentes me saludaban me dio fuerzas y ánimo.

Los consejeros me recibieron con tanta deferencia como siempre. En el Salón de Ciento me habían preparado el podio, el banco forrado de seda y los estandartes desplegados. Yo expuse el peligro que corría nuestra tierra bajo la amenaza de las naves genovesas, y les propuse enviar dos galeras más al rey, junto con tres naves armadas. Esta vez el Consejo de Ciento aprobó mi petición.

¡Qué descanso, qué alegría aquella noche, en palacio! Cené con mi gente y me fui a la cama llena de esperanzas… Y al día siguiente, al levantarme, la cabeza comenzó a darme vueltas; las fuerzas me abandonaron y caí desplomada al suelo.

Pasé tres días inconsciente. No recuerdo nada. Al tercer día, como si resucitara, salí de aquel limbo de muerte. Al abrir los ojos, junto a mi cama, Violina me miraba de cerca, entre asustada y contenta de verme despertar; también estaban Gallach, el confesor, y Joan Pou, el médico, pálido y con la mandíbula tensa. Llevaba un espejo en la mano. Más tarde, Violina me explicó que cada mañana el médico me acercaba el espejo a la boca para ver si aún respiraba. Señora, si hoy no hubierais abierto los ojos, mosén Gallach os habría bendecido y ya estarían tocando las campanas a muerto. Mosén Sagre y doña Juana ya habían encargado un ataúd…

Pero no, Nuestro Señor había dispuesto que aún no había llegado mi hora. Todavía me quedaba mucho por hacer en este mundo. Tenía razones para vivir. Me conmoví cuando Juana me explicó que las infantas, María y Leonor, habían llorado mucho durante los días de mi desvanecimiento. Señora, os aman como a una madre, me dijo. Y yo me prometí que cuidaría más que nunca de ellas, ahora que se hacían doncellas, y las prepararía para un buen matrimonio. Alfonso así lo querría, pensé.

Tan pronto como tuve fuerzas para sostener una pluma llamé al secretario y dicté una carta para Alfonso. Quise firmarla, aun con el pulso tembloroso. Entre otros asuntos le pedía ayuda. Mi dote de Castilla, como siempre, tardaba. No me llegaban las rentas de Sicilia ni las de Aragón. Estaba enferma y no podía pagar a la gente de mi

casa… Afortunadamente, la enfermedad me permitía ganar tiempo. Viéndome tan desmejorada, nadie osaba quejarse ni reclamar pagos atrasados.

[1] Aquel verano Barcelona cayó de nuevo bajo el azote de la peste. Murieron algunas de mis damas de compañía. Todas lloramos la muerte de Isabel de Montblanc. Jordieta y algunos camareros se pusieron enfermos. Para huir de la plaga me trasladé a la torre de Bellesguard, a los pies de la sierra de Collserola, donde Violante de Bar había pasado sus últimos días. El pequeño castillo, construido por el rey Martín como residencia estival, había sido escenario de su boda con Margarita de Prades. Era un palacio concebido para el recreo y el amor, rodeado de árboles y un jardín. Allí se respiraba un oreo suave que alejaba la humedad constante de la ciudad. Dejé a doña Juana a cargo del palacio real y tomé conmigo a la Escrivana, a Violina, a Catalina *la Negra* y a Sofía, la mora, con sus hijas, además del cocinero, Joamiro y los pajes. María de Luna y Leonor de Centelles, fieles amigas, vinieron al cabo de unas jornadas.

Los primeros días tuve la sensación de que el espíritu de la vieja reina Violante aún merodeaba entre los tapices y los muebles. Dormir en su cama y bajo aquel dosel florido y bordado con animales fantásticos me imponía respeto. Ocupar aquella alcoba era como pisar un santuario vedado… Pero me sentía a gusto, y pronto descarté imaginaciones inútiles. Allí me recuperé.

Desde Bellesguard continué trabajando sin descanso. Instalé mi despacho en la biblioteca de la reina. Desde el ventanal veía la ciudad, la llanura y el mar. Joan de Funes, el obispo Dalmau, García, obispo de Lérida, y Jofre d'Ortigues, el letrado, me visitaban muchas mañanas y desde aquel refugio soleado y tranquilo conversábamos y decidíamos cuestiones de gobierno. Me dijeron que el Consejo de la Ciudad quería enviar una embajada el rey. Y que el rey reclamaba a su hijo, Ferrante. Se podía aprovechar el viaje para enviar una parte de la flota.

Estuve de acuerdo y ordené que se preparase la expedición. Finalmente, llegué a un acuerdo con Riambau de Corbera. El tesorero, Rafael Ferrer, consiguió un préstamo para avanzar el dinero de las cortes y pude armar tres galeras con novecientos combatientes. Se sumaron al viaje los consejeros Francí Torrents y

Joan Sa Bastida, alias *Stelrich*, el gobernador de Aragón, mosén Moncayo y el obispo de Valencia, Alfonso de Boga, que escoltaría al infante.

Ferrante vino a despedirse de mí. O más bien, el obispo Borja le obligó a hacerme una visita de cortesía. Borja había sido un gran aliado de Alfonso en todos los enredos eclesiásticos, desde Constanza hasta en la resolución del cisma. Ahora, corría en boca de la gente que marchaba a Italia para hacer carrera en la curia. Borja no parará hasta que no se siente en la sede de San Pedro, decía el obispo Dalmau en nuestras reuniones de consejo. Pero eso nos favorecerá. Cuando lo recibí en el salón de Bellesguard, tuve la certeza. Alfonso de Borja era apuesto, pulcro y elegante. Tenía la nariz muy larga y apuntada, como los Trastámara, y la mirada penetrante y sagaz. Durante el ágape que ofrecí, a él, al infante y a los consejeros, mantuvimos una conversación muy jugosa. Escuché fascinada las discusiones sobre las alianzas de Alfonso en Italia y las de su enemigo, René de Anjou, con Génova y Francia. Apenas toqué los manjares que Luna de Tudela nos había preparado. Me di cuenta de que el obispo Borja también era muy mesurado con la comida, bebía poco vino y no quiso probar dulces en el postre. Al terminar el almuerzo le pedí que me escuchara en confesión. No sé por qué, pero en aquel momento necesitaba que un hombre inteligente y astuto, que sabía tanto de Iglesia como de Estado, me diera consejo.

Alfonso de Borja accedió y aquella tarde nos encerramos en la cámara de la torre más alta, con Barcelona a nuestros pies ante la mar serena y azul. Sobre las murallas apuntaban las torres de la catedral y Santa María del Mar. A un lado, el techo de las atarazanas. A vista de pájaro, quizás incluso hubiéramos distinguido los mástiles de las naves a punto de zarpar.

Abrí mi corazón al obispo. Le confesé mi tristeza, mi hambre de amor, mi impaciencia y mi visión sobre el gobierno y las cortes. Mis luchas internas, mi afán de justicia y mi lealtad inquebrantable al rey, que a menudo chocaba con mis principios morales. ¿Debía renunciar a ellos para conseguir lo que me pedía Alfonso? Le expliqué mi experiencia en Castilla con el cardenal de Foix, mis intentos de firmar una concordia que sólo llegó a ser una tregua. Mi guerra por la paz…

Si quieres la paz, prepara la guerra. Borja también había leído a

Julio César. Y era un hombre que reflexionaba. Su pensamiento era como su mirada: de águila que ve más allá de lo visible. Borja no miraba a ras de tierra. Desde el cielo, muchas cosas que parecen grandes son pequeñas, y los males menores parecen menos males… Me aconsejó respecto al gobierno y respecto a Alfonso. Señora, sois un matrimonio real. Formáis una trinidad en esta tierra: vos, el rey y Nuestro Señor, que os ha unido. Y una trinidad es un todo, siempre unido. Que nunca poder alguno pueda interponerse entre vos y vuestro esposo. Así seréis un castillo inexpugnable.

Estamos unidos, exclamé, con el pecho encendido. Pero… ¿y el amor? Hay cosas, señora, más elevadas que el amor humano y temporal, respondió Borja. Convertid vuestro amor en fidelidad. Que ese fuego sirva para fundir los dos metales, el vuestro y el de vuestro esposo, y formaréis una aleación más fuerte que el hierro.

Salí reconfortada de aquella confesión. Sólo hubo una cosa, una sola, en la que Borja no acertó. Mi amor, sí, era humano, imperfecto y pecador. Pero, de eso estaba convencida y todavía lo estoy, no era efímero ni temporal.

El 28 de julio zarparon las tres naves de Riambau de Corbera hacia Gaeta. Alfonso respondió pronto con una carta. No le complacía en absoluto que las cortes le enviaran una embajada. El rey pródigo ahora se mostraba cicatero y se quejaba de los gastos de una expedición como aquélla. En el fondo, sabía que iba a enfrentarse con Barcelona, con el principado, con un reino que lo reclamaba y al que no quería volver.

Pero estaba contento por un motivo: tendría cerca a su hijo, Ferrante. Y a mí también me alegraba. Ferrante era un joven altivo y rebelde, tortura para sus maestros y agobio para sus pajes. Creo que muchos respiraron de alivio cuando lo vieron partir. Las únicas que lloraron al despedirlo, según me dijo doña Juana, fueron sus hermanas. Pero al día siguiente ya reían y pedían música. Ni siquiera ellas lo echaron de menos.

Desde Bellesguard, en tanto me reponía de la enfermedad, me llegaron noticias de Catalina. También había estado gravemente enferma. Sufría por su esposo Enrique, que había regresado de Italia. Necesitaba dinero, pero no podía reunirse con ella en Castilla por la prohibición del edicto de paz. Así que iba de un lugar a otro, un príncipe errante. Alfonso le había otorgado una serie de cargos

en Aragón y Cataluña, pero todo el mundo protestó. El obispo de Lérida, García, me comentó en persona que el rey se había excedido. Maestrazgo de Montesa, castellanía de Amposta, priorato de Cataluña… y otras comandas importantes de las órdenes militares. Señora, ¡no se pueden acumular tantos cargos y privilegios en una sola persona!, exclamó el obispo. Me pidió que escribiera al rey y remitiera estos nombramientos al Sacro Concilio, el organismo que debía aprobarlos. ¡Qué mal trago! No tenía bastante con mi pobreza que debía resolver la de Catalina y mi cuñado. Ah, engullí la rabia de nuevo y pedí a Nuestro Señor que me diera caridad y paciencia… ¡Un poco más!

Consolé a Catalina por carta y aconsejé a Enrique que se fuera con su hermano Juan, quien como rey de Navarra lo podía socorrer. Era la mejor solución, de modo que finalmente Enrique la aceptó.

A Catalina le pedí que me explicara más sobre sus dolencias. ¿Había sido un embarazo malogrado? Eso se rumoreaba, pero ella no me lo aclaró. ¿Por qué no me lo decía? Pobre Catalina, tampoco ella disfrutaba del consuelo de tener hijos legítimos. Aquel otoño, entre carta y carta, mientras me ocupaba de defender viudas y buscar maridos para doncellas sin dote, no me olvidé de mi hermana. Regresé al palacio de Barcelona y, con la humedad y los problemas de cada día, volví a caer enferma. Desmayos, dolores de vientre, desfallecimientos… Y esta vez se sumó el mal de huesos. El frío no me abandonaba pese a que los criados encendían braseros por todas partes. Aún no tenía cuarenta años y me sentía decrépita y achacosa, como las damas más ancianas que siempre hablan de sus males. Lo cierto es que, durante sus visitas, el dolor se iba, o quizás es que, gracias a sus distracciones, me olvidaba de él. Así se lo escribí a Catalina:

> Cuando se pone nombre al trastorno, se halla reposo; te ruego que me expliques claramente tu disposición. De mí te puedo bien decir que hace ocho días me vino uno de los desmayos acostumbrados, y tengo dolor por todas las juntas del cuerpo. Ahora estoy un poco mejor, con los remedios que me dan, esperando la gracia y fa ayuda de Nuestro Señor.

Sí, poner nombre a la enfermedad es como domarla, conocerla, someterla. Eso dice también mosén Pau, el médico de Lérida. Poner nombre, poner remedio. Hierbas, elixires, cataplasmas, sangrías… Mi enfermedad tiene muchos nombres y un solo remedio. Nombres no me faltan, pero el único remedio no llega. Conozco su nombre. ¡Si tan sólo pronunciarlo pudiera curarme…! Pero falla toda la ciencia humana, porque nombrar el remedio, para mí, sólo consigue agrandar la herida.

Con la mala bilis viene el sarcasmo. Cuando el tesorero quiso pasar cuentas le pedí papel y pluma al secretario. ¿Queréis dictar, señora? Y dicté una parte de la carta. Escribid, y no cambiéis una sola letra. Me dirigí al capellán Femando de Riaza, que seguía en Castilla, supuestamente haciendo gestiones, para cobrar mi dote.

Hace tanto que no recibo nuevas vuestras que, razonablemente, debo dudar si estáis muerto, vivo o enfermo...

¿Por dónde andaba este hombre de Dios? ¿Estaría haciendo negocios, como Benveniste, jugando con mi dinero mientras yo pugnaba por sobrevivir?

Hubo más disgustos. Un monje de Scala Dei de buena familia, los Icard, vivía como quería, entraba y salía del convento a placer y provocaba todo tipo de escándalos en la comarca. ¿Por qué fray Bernardo, el prior, no ponía orden? Envié una misiva enérgica al que había sido mi confesor tantos veranos atrás, cuando la peste en Barcelona, y me refugié en Pedralbes. Justo el año en que el primo Pedro vino para embarcarse rumbo al que sería su destino y su perdición.

¡Ay, el primo Pedro! Murió en aquel otoño de 1438. Murió mientras asaltaba Nápoles con las tropas de Alfonso. Una bombarda estalló y le voló la cabeza. Cuando me lo explicaron, no pude evitar las lágrimas. ¡Adiós, infante intrépido! El joven guerrero, el pirata, el señor de Sicilia que me había robado el trigo y que gobernaba la isla como un reyezuelo, siempre a la sombra del césar que no conocía la rendición. Adiós, Pedro. Alfonso debió de entristecerse mucho, era su hermano más amado. El más fiel, punta de lanza en sus tropas. Ahora la lanza se había partido y Alfonso perdía mucho

más que un hermano. Decreté duelo público y el arzobispo celebró una misa funeral en la catedral. Barcelona se puso de luto por aquel infante que había revolucionado media ciudad con sus noches de juego y jarana.

Mientras el coro cantaba y las bóvedas resonaban con voces tristes y melodiosas, cerré los ojos y oré. No tanto por el alma de Pedro, que Dios lo perdone, sino de agradecimiento. Agradecida porque era él, y no Alfonso, quien había caído en combate. Agradecida porque mi hombre, mi rey, estaba vivo, sano y salvo. ¡Que Dios me perdone!

43.
Regente por obediencia

Vuelvo a gobernar desde la cama. Este otoño, el mundo se tambalea y sólo guardo fuerzas en la cabeza. Aún tengo voz, aún puedo mandar. Pero, por encima de todo, obedezco.

Sí, obedezco un dictado que es más fuerte que yo misma, pero que me da aliento para continuar viva. Tengo tres médicos: el maestro Pau, el maestro Roig y el maestro García. Para todos ellos soy una paciente honorable, soy motivo de estudio y un desafío. ¿Qué pueden los remedios del cuerpo para una enfermedad del alma?

No puedo ni moverme. Me dicen que debería intentar caminar, pero el dolor de huesos me agota. Cuanto menos me muevo, más dolor, y cuanto más dolor, más me cuesta levantar la mano para beber un vaso de agua o para darme la vuelta en la cama. Ni siquiera puedo escribir.

Pero debo seguir gobernando. ¡Alfonso me lo pide! Vuelvo a ser lugarteniente de los tres reinos. El primo Juan está en Castilla con el primo Enrique. Han regresado para regatear con mi hermano y con Álvaro de Luna, en un intento de recuperar algunas posesiones. De Luna ha dado un paso en falso al ordenar apresar al adelantado Pedro Manrique. Se ha ganado la enemistad de buena parte de los grandes. La sombra de la guerra vuelve a cernirse sobre Castilla. Esta vez es una guerra interna. El primo Juan se debe de estar frotando las manos: entre aguas revueltas es donde mejor navega siempre que pueda sacar algún provecho.

El caso es que Juan no se ha molestado mucho al cederme la regencia de Valencia y Aragón, donde vuelve a haber conflictos. El

justicia, Martín Diez Daux, ha sido acusado de corrupto y malversador. Hay que destituirlo y ahora tengo el dudoso honor de ocuparme de este mal trago. Juan me ha encargado que vaya a Zaragoza, convoque cortes y proceda según la ley. Alfonso ha corroborado la orden. Sin duda, ¡en Aragón me recordarán como el azote de los justicias!

Soy, en todo caso, la reina obediente. Pero ahora mi cuerpo se ha declarado en rebelión y no puedo moverme de Barcelona. Mientras, en Cataluña también tenemos una guerra a las puertas.

En septiembre recibí cartas de socorro de Perpiñán, de Viella y de Montpelier. Los franceses están reuniendo tropas contra nuestros reinos: una columna por el Pirineo de Aragón, otra por el valle de Arán y otra por el Rosellón, que ataca la fortaleza de Salses y los puestos fronterizos. Los capitanes son conocidos por todos: Poyto, que lleva la bandera del mismo rey de Francia; Rodrigo, un mercenario castellano que encabeza a un tropel de malhechores dedicados al saqueo; el bastardo de Borbón, *monsieur* de Bearn, y unos cuantos más. Detrás de todos ellos está la mano de Anjou, que quiere distraer a Alfonso de su empresa italiana y obligarlo a volver. Qué más quisiéramos los consejeros y yo; pero Alfonso no se ha dejado intimidar. El sigue ocupado con el asedio de Nápoles y me ha ordenado que tome medidas para defender las fronteras.

Desde el lecho convoqué un parlamento. Los parlamentos no son como las cortes: aquí no hay que revisar agravios ni leyes, hay un solo tema que tratar y se concluyen con agilidad y resolución. Se reuniría para recaudar una ayuda de quince mil florines y pagar una tropa para defender la frontera. El brazo militar respondió de inmediato. El conde de Pallars, de golpe, se convirtió en el más férreo defensor de la corona y se ofreció para ir allá donde le ordenaran: *En todo cuanto me sea posible, nadie hará más que yo*. Entretanto, el gobernador de Cataluña, Guillem Ramon de Monteada, se preparó para partir hacia el Rosellón a socorrer los castillos sitiados.

El 12 de octubre reuní al consejo en palacio. Yo seguía en cama y fue el canciller, el obispo Dalmau, quien habló en mi nombre. Además de él comparecieron García, el obispo de Lérida, mi fiel

letrado Jofre d'Ortigues y los consejeros barceloneses Hug Fiveller, Ferrer de Gualbes, Francesc Lobet y Jaume Gapila; los diputados Guillem de Sant Climent y Feliu de Sant Celoni y otros nobles. El consejo se dio buena maña: acordaron pedir la subvención a la Diputación del General, que recaudaría el dinero de la venta de censales, y dar licencia al conde de Pallars para reforzar las fortificaciones fronterizas.

Convoqué el parlamento para un mes después, pasados Todos los Santos. Por las calles de Barcelona se anunció a toque de trompeta. Tampoco fui a la sesión. Jofre d'Ortigues me vino a ver a mis aposentos y me comunicó lo que ya esperaba: Señora, los consejeros quieren que asistáis. Lo ha pedido en nombre de todos el obispo de Lérida. Exigen vuestra presencia en el parlamento. ¿Acaso no veis que no puedo moverme?, protesté con voz débil. Al cabo de dos días recibí a una delegación en mi alcoba. No dije palabra.

Los consejeros pidieron un nuevo informe a los médicos. Los tres fueron unánimes: la señora reina no puede moverse, ni siquiera para levantarse de la cama. Cuando se levanta o camina, le vienen desmayos y corre el peligro de caer gravemente enferma o muerta. El Parlamento aceptó la situación y aprobó la ayuda para recaudar el dinero, pagar las tropas y enviar al gobernador a la frontera, por el collado de Pertús.

Violina, doña Juana y algunas damas me han bordado camisas blancas para que pueda recibir visitas con dignidad en la cama. Mi habitación vuelve a ser una especie de casa extraña, como un santuario, mitad despacho, mitad dormitorio. ¡Y en parte botica! El olor de la tinta y el papel se mezcla con el de las medicinas y los perfumes. Me gusta ponerme agua de benjuí y que las doncellas quemen ámbar. No soporto el hedor de enfermedad y muerte. Me peinan y me trenzan el cabello. Me ponen turbantes de seda fina y bálsamos en la cara y en las manos. Lo que no he aceptado es que me espolvoreen las mejillas con color. No quiero engañar a nadie. Soy una enferma y la vida se aferra a mí de mala manera, pero con dolor. No siento lástima alguna por mí misma, no me importa que los consejeros y los visitantes me vean lívida y tengan compasión.

Pobre de mí, mando, y mando mucho. Aun desde el lecho, no

me tiembla la mano. Pero soy una mujer obediente. La corona de regente pesa. Quisiera dejarlo todo, quisiera retirarme a un lugar tranquilo, un pequeño monasterio, un palacete de verano como Bellesguard, una casa en medio del campo o quizás entre los jardines y las huertas de Valencia… Quisiera librarme de tantos conflictos, guerras y deudas. Me gustaría pasar los días escuchando música, leyendo, paseando bajo el sol y dando la mano a mi amor. Al menos la mano…, aunque le daría mi cuerpo entero, si pudiera.

Pero mi voluntad no es mía y obedezco. Soy el *alter nos* del rey. Lo tengo incrustado dentro de mí, clavado en las entrañas. Hasta que exhale mi último suspiro se hará su voluntad.

Por Navidad deseaba levantarme e ir a misa. Pues bien, la celebré escuchando las campanadas de la catedral desde cama, rodeada de las doncellas María de Luna, Leonor de Centelles, doña Juana, Isabel Escrivá y mis fieles pajes, García y Joamiro. Me trajeron confites y pastelitos de miel y almendra elaborados por Sofía, la mora, y pasas y vino dulce como presente de la condesa de Módica. Comí un poco, sin mucha hambre, de capricho, y el vino me dio energía y humor para bromear y conversar un rato. Fue un desayuno festivo, junto al lecho, con el vestido sin usar y las joyas extendidas sobre el tocador. Al terminar despedí a todos. Estoy cansada y no me siento con ánimos para salir. Id a misa y rogad por mí.

Por la tarde me visitó el canciller Dalmau Mun Me explicó cómo iban las sesiones del Parlamento. Se reúnen cada semana, y cada semana leen en voz alta una protesta: que venga la señora reina. Y vos, ¿qué contestáis?, le pregunté. Pues que la protesta se acepta, pero que la señora reina no puede venir.

No salí del palacio hasta bien entrada la primavera, cuando el sol inundaba el patio y las flores de jazmín comenzaban a florecer en los balcones. Empecé a caminar, como una niña pequeña, sostenida por los brazos firmes de las doncellas. Poco a poco he conseguido recuperarme y he empezado a preparar el viaje a Zaragoza. Con lo que me ha costado aclimatarme a Barcelona, ahora se me hace

penoso abandonar la ciudad, el palacio, las estancias que he decorado con tanto afán y que siguen esperando a su señor. Ahora siento que he arraigado, como la hiedra del patio, en estas paredes húmedas, cubiertas de tapices, donde he gastado los últimos años de mi vida.

Echaré de menos a las damas de la ciudad. Y a las dos princesas que han sido amables conmigo y se han mostrado preocupadas por mí. Siempre rezamos por ti, madre, me dicen, y yo me conmuevo. Se están haciendo mayores y de vez en cuando, mientras bordan o leen entre las damas, intento dilucidar a quién se parecen… Leonor es rubia y tiene un aire de familia, pero al fin y al cabo no es tan extraño, pues es hija de Alfonso y nieta del tío Fernando, que también era rubio, como papá. ¿Y María? ¿De quién es hija María? Morena y callada, es la más hermosa. También se parece un poco a Alfonso, sobre todo por esa naricilla que se le va afilando con el paso del tiempo. A veces me pregunto qué clase de matrimonio les va a concertar Alfonso. Yo las educo para que aprendan a amar a un esposo impuesto que, por encima de todo, deberá ser un aliado de su padre. ¿Y el amor?, pregunta María. El amor, preciosa, el amor vendrá después.

A finales de mayo me presenté en la casa del capítulo para clausurar el parlamento. La amenaza de las fronteras, por fin, ha sido conjurada. El gobernador se ha enfrentado a los franceses en la fortaleza de Salses y los atacantes se han retirado. La guerra que me espera, ahora, es una batalla legal en Zaragoza.

Los consejeros de Barcelona no quieren que me vaya, pues quedan muchos asuntos por resolver en el principado. La tierra vuelve a sufrir conflictos entre diferente partidos y los oficiales del rey abusan de su poder. Hube de responderles que no debo demorarme más y mi presencia es necesaria en Zaragoza, pero he prometido volver tan pronto como pueda y convocar cortes catalanas en Tortosa en el mes de junio.

44.
El patio de Santa Isabel

Volví a Zaragoza. A destituir a otro justicia. Me consolé pensando que, a mi llegada, me esperaba el palacio de la Aljafería, con sus galerías y sus jardines. El patio de Santa Isabel, recogido e íntimo, era el único motivo por el que me apetecía estar en esa ciudad. Un patio florido, la memoria de una reina santa. ¡Que ella me ayudara, desde el cielo, en mi cometido!

El viaje me daba una pereza mortal. Debilitada por la enfermedad, me resultaba penoso volver a pasar varios días en un carruaje, trasladando al personal de mi casa, previendo lugares donde pernoctar, trasiego de baúles arriba y abajo, joyas, ropa, el escritorio con el cofre de los sellos y las cartas, papel y tinta. Los libros, de los que no quería prescindir. Las medicinas. Menos mal que Gabriel Sagre y doña Juana, que ya tenían mucha experiencia, lo organizaron todo con presteza. Yo sólo tuve que preocuparme, como siempre, por conseguir el dinero. El arzobispo Dalmau, que me precedía en el viaje, me ayudó esta vez.

Antes de partir, envié a Italia al regente de la cancillería, Pere Daltello, con un memorial de temas que quería tratar con Alfonso. Daltello llevaba una carta mía en la que no le ocultaba ni mi opinión ni mi cansancio. Había convocado cortes catalanas para finales de julio, que es cuando esperaba regresar a Barcelona, pero no me apetecía en absoluto.

Me es gran molestia tener que convocar cortes otra vez con esta gente...

Salimos de Barcelona a mediados de junio, bajo un calor que hacía restallar las piedras. Tanto que, en las horas centrales del día, nadie quería caminar. Todo el mundo se repartía entre los carruajes y las monturas, sobrecargadas, avanzaban muy despacio. Sagre recomendó dividir la jornada de viaje: una de madrugada, saliendo de noche y hasta media mañana, y la otra por la tarde, dejando las horas del mediodía para el almuerzo y el descanso.

Acepté. El calor también me abrumaba, aunque los huesos dejaron de dolerme gracias aquella sequedad tan cálida. Recordé el año que había acompañado a Alfonso de campamento en campamento en el intento de evitar la guerra con Castilla. También era verano y, como ahora, los campos granaban, a punto para la siega. De buena mañana, cuando aún no había despuntado el alba, el aroma del romero, la encina y el roble llenaban el aire. Los pájaros trinaban antes de salir el sol y el frescor del rocío me estremecía, pero me resultaba vivificante. La noche que pasamos en Santa María del Camino, junto al puerto de la Panadella, quise caminar un poco por el campo antes de entrar en la hospedería. Violina me acompañó. Ella siempre encontraba poesía en el cántico de las aves, en una nube de fuego que empañara el ocaso, en una flor o hasta en el aullido de los zorros que, al anochecer, salían a cazar. Vimos encenderse los primeros luceros y nos dejamos invadir por el silencio del campo bajo aquel cielo inmenso como un mar de satén azul y púrpura. Ahora entiendo mejor por qué a los hombres les gusta tanto la caza, dijo Violina. No es tanto porque maten bestias, sino por la belleza que los rodea. El aire en las ciudades no es perfumado, y no se ven cielos como aquí… Yo pensaba en Alfonso, que desde niño enloquecía por la montaña, aquella amante que lo atraía más que su esposa. Sí, yo también lo entendía. Lo que no podía entender es que quisiera disfrutar de toda aquella hermosura, de todo aquel mundo salvaje que amaba, y no lo quisiera compartir conmigo.

Durante el viaje, entre rosarios, siestas y espantar moscas con los abanicos, conversaba con mis compañeras. Venían conmigo Isabel Colom, Leonor de Oluja y Leonor Sagre, hija del camarero mayor. También hice que me acompañara Isabel de Villena. Tenía nueve años, pero era tan madura y sensata como cualquier doncella de mayor edad. Entre los pajes acogí también a un mancebo que me

había recomendado su madre, la viuda madona Rasa. Su nombre era Gonzalo, pero todos los llamábamos Gongalvet; guapo y gentil, enseguida nos robó el corazón a todos.

Señora, el rey puede estar contento, porque ya no hay peligro en las fronteras. ¡Habéis defendido bien los tres reinos!, decía Violina. Sí, respondía yo con un poco de sarcasmo. Tanto correr, tanto armar ejércitos y, apenas el gobernador Monteada asomó por el collado de Pertús, todas las tropas enemigas huyeron en desbandada. Mejor esto que tener que librar una guerra, dijo Leonor Sagre. ¡Por supuesto! Alfonso bien lo debía de saber, pues no se movió de Italia ni dejó que cuatro exaltados franceses lo distrajeran de su meta.

El que ha salido ganando, comentó Isabel Colom, es el de Vilandrán. ¡Ah, sí! De mercenario a conde. Aquel castellano, *condottiero* de alta montaña, había cambiado de bando. Ahora ocupaba un castillo en el Pirineo con su ejército de ingleses, aragoneses y hombres sin patria, y decía que defendía nuestras fronteras. Yo se lo permití: a veces, la mejor manera de acabar con un enemigo es ponerlo de tu parte, y la mejor manera de frenar a un hombre sin ley es convertirlo en un defensor de ella.

Pero a otros hombres sólo puedes dominarlos si les das guerra fuera de casa. Como al conde de Pallars, que una vez esfumada la amenaza francesa volvía a hacer de las suyas. Estos señores no respetan Dios, ni rey ni ley. En el memorial que le había enviado a Alfonso fui muy clara: si no me daba instrucciones, yo misma tomaría medidas para detenerlo.

Los señores se encumbran, mas los vasallos también acaban sacudiéndose el yugo de encima si se les aprieta mucho. Hablando de castillos y ataques…, ¿qué pasa en Maella?, preguntó Leonor. Todo el mundo hablaba de esa revuelta. El señor de Maella, Manuel de Ariño, estaba con Alfonso en Italia. Su esposa, Francisquina de Santapau, me había pedido auxilio. Los vecinos habían aprovechado la ausencia de su marido para rebelarse: protestaban por un impuesto que consideraban injusto. Ella y sus hijos resistían encerrados en el castillo, el mismo donde yo había pasado un verano años atrás. Los nobles cercanos la apoyaban y habían clavado en las torres los estandartes del rey, como si la presencia de las banderas pudiera defenderlos. Yo había enviado oficiales con

una pequeña tropa para poner paz. Pero había que negociar con la gente del pueblo si no queríamos derramar sangre. Y esto era lo último que debía pasar.

Estoy cansada, confesé a las doncellas. Vuelvo a ser lugarteniente y, con tantos cambios, todo el mundo está desconcertado. ¿Quién manda ahora? ¿Juan de Navarra? ¿María? Cada cargo que confirmo, cada decisión que tomo, debo consultarlos dos veces y comprobar que nadie ha ido a hablar con el rey para hacerle cambiar de parecer. Como en Lérida…

En Lérida nos detuvimos unos días. Los concejales querían que confirmase al nuevo veguero, ya que el anterior había cesado en el cargo. Ellos habían elegido a Ramon de Canet, que antes había ejercido en Vic y había resultado ser un hombre eficiente y honesto. Pero, como siempre, había descontentos con la elección. La ciudad, propensa a dividirse, estaba a punto de entrar en otra guerra de bandos. Aquella misma noche, desde la Paería, escribí a Alfonso:

> Sé que algunos intentarán daros dinero para tener un oficial a su gusto, y os vendrán a ver. Si esto pasa, tened en cuenta, señor, que esta ciudad está perdida.

Calenté la cera en una vela y estampé mi sello. Años atrás no hubiera osado hablar con tal autoridad a mi esposo. Ahora ya no lo temía. Él estaba lejos, pero la distancia nunca es demasiada cuando hay dinero y cargos de por medio. Los consejeros de Barcelona, al volver de Italia, me habían explicado que Alfonso recibía visitantes del principado casi a diario y que todo el mundo le hacía ofertas. La mano del soberano era hospitalaria, siempre abierta a recibir. Con oro, era muy fácil ganarse el favor del rey.

En Lérida me llegaron noticias de Barcelona. La ciudad volvía a sufrir el azote de la peste. Escribí a los consejeros para animarlos y darles un toque de atención. Las desgracias nunca suceden porque sí. Dios las envía para enseñarnos, y tal vez sea por tanto pecado, por tanta injusticia y corrupción. ¿De qué manera, si no, podría Nuestro Señor detener la maldad humana? Quizá no lo hará enviando otro diluvio. Quizá no hará temblar la tierra otra vez. Pero hará temblar las carnes, y las almas, con esta negra enfermedad que mata más que la guerra. Encomendé a los

consejeros que decretaran procesiones, penitencias y oraciones en público. Y, sobre todo, les pedí que velaran por el cumplimiento de la justicia y que los oficiales reales ni por apaños ni por codicia dejaran de castigar los delitos y poner orden allá donde fuera menester, sin dejarse comprar. Si cometían abusos, la reina tomaría medidas.

No, no me temblaba la mano. Cuando llegué a Zaragoza, el arzobispo Dalmau, que ya estaba allí, me recibió y me aconsejó prudencia. Señora, con la destitución del justicia, la ciudad está exaltada. Martín Diez Daux defendió al rey Fernando en Caspe, y después fue nombrado con un cargo vitalicio. Ha compilado todas las leyes del reino y goza del favor de muchas familias. No quiere renunciar a su cargo y sus partidarios están dispuestos a defenderlo.

¿Qué hacer entonces? Sabía que Diez Daux había sido un buen defensor de nuestra casa, junto con Bardají y otros. Pero el poder todo lo corrompe y quiebra las lealtades. Alfonso se había enfadado mucho porque el justicia, que hacía favores a quien le placía, se había negado a ayudar a algunos caballeros amigos del rey.

El arzobispo bajó la voz. Señora, es preciso que obréis con rapidez y sin avisar. Hacedlo arrestar de noche y llevadlo prisionero a algún castillo fuera del reino, donde no tenga jurisdicción alguna. Después iniciad los procedimientos legales que convenga.

Sonreí. Los golpes rápidos de autoridad no eran extraños para mí, pero un justicia es un alto cargo y en Aragón era tan respetado, o más, que el mismo rey. No, repliqué. Haremos las cosas bien. Si no responde, entonces actuaremos como decís.

Convoqué a todos los nobles y representantes de las cortes en el salón de trono de la Aljafería. Proclamé la noticia por las calles de la ciudad. En nombre del rey, la reina cesa al justicia Martín Diez Daux por malversación de fondos y prácticas deshonestas, y nombra un nuevo justicia, Ferrer de Lanuza. La sala estaba llena a rebosar e hice rodear el palacio con un escuadrón de hombres armados. Pero Diez Daux, en acto de clara rebeldía, no se presentó.

Hice leer el nombramiento de Ferrer de Lanuza al arzobispo, y al mismo tiempo nombré a su hermano, Martín López de Lanuza, bayle general del reino. Eran los dos hombres de confianza de Alfonso; con ellos tenía Aragón en las manos.

Aquella noche, un pelotón de soldados se presentó en la casa

donde Martín Diez Daux se había reunido con sus partidarios. Dejaron marchar a todo el mundo excepto al justicia, que fue maniatado y conducido fuera de Zaragoza. Lo recluí en Játiva, el castillo que había sido prisión y tumba del conde de Urgel. Diez Daux seguiría el mismo destino. ¡Qué fama terrible tienes, hermana!, exclamó Catalina cuando volvimos a encontrarnos en Zaragoza.

Ella y Enrique vivían acogidos en el palacio del arzobispo. Catalina vino rauda a verme para darme la noticia: ¡Estoy embarazada! Años atrás me hubiera puesto celosa. No sólo era bella…, ¡también podía tener hijos! Parecía que, al final, ella y Enrique habían llegado a ser un matrimonio bien avenido. Ahora, cuando ya no eran jóvenes. Ahora, cuando ya tenían muchos años a la espalda, pero sin un futuro claro. Encontré cambiada a mi hermana. Iba a misa cada día, rezaba y leía mucho, daba limosna a los pobres. Ya no le apetecían los bailes y las fiestas como antes. Me dije a mí misma que era debido a su estado, y en parte me alegré. Entre las damas de Zaragoza se corría la voz sobre su virtud y bondad. Mas algo me entristeció. Quizá porque ya era mayor para quedarse encinta, quizá porque no se encontraba bien, Catalina había perdido la luz en su mirada.

Aquel verano estuvimos más unidas que nunca. Dos enfermas, ella con las molestias del embarazo y yo con otra tanda de desmayos. Después de demostrar mi autoridad destituyendo al justicia, las fuerzas volvieron a abandonarme. Llamé a Joan Olzina, el secretario de Alfonso que había venido a Zaragoza, para que viniera a trabajar conmigo y con el escribiente, volví a gobernar desde la cama.

Los días que me encontraba mejor salía al patio. La ciudad, propensa a dividirse, estaba a punto de entrar en otra guerra de bandos.

Pasaron los meses de julio y agosto. Las cortes que había convocado en Tortosa nunca se llegaron a celebrar. Joan Oliver, síndico de Barcelona, vino a preguntarme qué tenían que hacer. Yo lo recibí en mi alcoba, donde estaba acostada entre una pila de cartas y una bandeja llena de frascos de medicinas. Le dije que estaba enferma y tenía muchos asuntos que resolver en Zaragoza, de modo que tendrían que esperar mi regreso. Así lo comunicó él:

Por indisposición de dicha señora, y por ciertos hechos muy arduos del reino de Aragón la convocatoria de dicha corte ha expirado. Necesariamente se tiene que convocar de nuevo, allí y en la manera que a la dicha señora le plazca.

Pasadas las fiestas de la Virgen de agosto, Catalina y yo nos encontrábamos mejor y entonces recibimos una visita que nos animó aún más: nuestra sobrina Blanca, hija de Juan y de Blanca de Navarra. Para recibir a la princesa, que ya tenía quince años, dejé a un lado la austeridad y las oraciones, al menos durante unos días. Escribí a Barcelona y a Valencia para encargar a mis administradores que comprasen perfumes, sedas y rosarios de esmalte de colores que poder regalar a la infanta y a sus doncellas. Las mujeres de mi casa también se animaron mucho. Poco nos faltaba para vivir como monjas, rezongaba Isabel Colom. Violina no se quejó, pero se alegró más que ninguna. ¡Por fin volveréis a vestiros como una reina!, exclamó. No añadió: y nosotras, como damas de honor, pero sé que lo pensaba. Pobre Violina, que se resistía a casarse, aunque ya tenía edad adecuada, y era tan bonita y graciosa que todos los caballerizos y los pajes de mi séquito la remiraban. Pobre Violina, que soñaba con un nombre bello que componía versos de amor pero no amaba a las mujeres. Ni las amonestaciones de Isabel Colom, que era clara y cortante como el hielo, ni las bromas de los camareros ni mis consejos a convencían. Ella esperaba, como yo esperaba a Alfonso. Si la reina abrigaba esperanzas, ¿por qué ella no?

La visita de Blanca fue un paréntesis festivo en medio del verano. Ni Catalina ni yo la conocíamos, y nos pareció una joven tímida y reservada, con la calma propia de su madre pero sin su perspicacia. Bastante sosita, comentó Catalina cuando nos quedamos solas, yo me preguntaba qué clase de herederos saldrían entre aquella muchacha que parecía una monja sumisa y algo corta de entendimiento y aquel otro sobrino que, según las malas lenguas, no era demasiado normal. Años más tarde, sin embargo, Blanca demostró tener carácter y fortaleza, como todas las mujeres Trastámara. La vida tampoco le sonrió y quizás aquella reserva tozuda era su forma de defenderse ante aquellos que más debían

amarla y que, al final, fueron los que más daño le hicieron.

En octubre, Catalina rompió aguas. Le envié a mi médico, Gabriel García, y continuamente mandaba pajes entre el palacio del arzobispo y la Aljafería, para tener noticias. El parto fue largo y doloroso. Finalmente, Isabel Colom vino a darme la noticia. El niño ha nacido muerto.

Me llevé la mano al pecho. Me faltaba el aliento. ¿Y ella? Isabel bajó los ojos. Mi señora, la infanta tampoco está bien. Dice el médico que…

Me puse en pie de un salto al tiempo que ordenaba a gritos a Joamiro que ensillara los caballos. Al cabo de menos de media hora me presentaba en el palacio episcopal. Era un día claro y soleado de otoño, pero el frío se respiraba por todas partes, como una ráfaga de humedad escapada de una cripta.

Catalina ya estaba muerta. El dormitorio hedía a sangre y a carne cruda. Le acababan de cambiar las sábanas y aún tenía la cara tibia. La acaricié mientras los ojos se me nublaban. Cati…, ¿dónde estás? ¿Dónde estás? Aquel rostro lívido que tenía ante mí era el de una mujer consumida.

¡Cuántos meses hacía que no lloraba! Lloré, largamente y con todas mis fuerzas, sin hacer caso a los médicos, que me pedían que me retirase, que no me convenían aquellas emociones. ¿Acaso se puede contener el duelo? No pude dejarla sola. No quise, y aquella noche la velé, junto al lecho mortuorio, rezando a la luz de los cirios, mientras toda la nobleza de Zaragoza desfilaba por la alcoba del palacio, persignándose, dándome el pésame, murmurando. Tan bella… Tanta vida segada de golpe… Tan virtuosa… ¡Tan buena! Una estrella que se apaga, dijo alguien. ¿Era un poeta? ¿Un trovador?

Una estrella que se apaga. A su lado, menudo y fajado como un pequeño Jesús en un pesebre de muerte, el recién nacido que no había llegado a ver la luz de este mundo. Yo iba empapando +pañuelo tras pañuelo entre padrenuestros y avemarias. Recordaba nuestra infancia, los años jóvenes, los años de los celos en Valencia, la belleza radiante de Catalina en las fiestas, en los bailes, danzando de la mano de Alfonso… Cuanto más recordaba, más desconsuelo sentía. Pero las lágrimas me lavaban, por fuera y por dentro, como agua bendita. Llorar me fortaleció. Poco a poco me fue invadiendo

una serenidad extraña, una calma triste y profunda. Y sentí paz.

Presidí el funeral en la catedral y envié cartas a toda la familia, pidiendo oraciones y misas por el alma de la difunta, que Dios perdone y acoja en su gloria. Al primero que escribí fue al primo Enrique. También me preocupé porque el secretario de Catalina y su camarera, Elvira, hicieran inventario de todos sus bienes, en especial los libros y las joyas, y los enviaran allá donde su esposo viudo quisiera.

Nunca imaginé que yo, tan flaca y enferma, vería morir a mi hermana. ¡Nunca! Pero los caminos del Señor son inescrutables. Y ocuparnos de los asuntos de los muertos, curiosamente, nos ayuda a pasar mejor el duelo por la pérdida.

Tras la muerte de Catalina me consolé pensando que mi hermana estaba en el cielo, con nuestros padres, y allí alcanzaría la felicidad que no pudo gozar en la tierra. Escribí a fray Bernardo, en Scala Dei, para que hiciera decir misas por su alma. Y tras los días de duelo, me sumergí de lleno en mis tareas como regente, que no eran pocas.

Fray Bernardo me hizo llegar un libro que había pedido, las memorias de Ángela de Foligno, una santa franciscana. Después de tanta muerte y tanto bregar en medio del cenagal del mundo, las meditaciones de la santa me consolaron. ¡Qué poca cosa son nuestras miserias y nuestro dolor comparados con la pasión de Nuestro Señor! Y nosotros, a fin de cuentas, nos merecemos al menos una parte de los castigos que nos envía, porque somos pecadores. Pero ¿qué merece un dios que sólo quiere dar amor y al que nosotros le hemos devuelto una cruz?

Ángela de Foligno sosegó mi alma y dio reposo a mi corazón. Cada tarde, en el patio, la pequeña Isabel de Villena leía un capítulo en voz alta. Le gustaban las letras tanto como a mí, y leía tan bien que todas las damas se admiraban al oírla. Ella se lo tomaba muy en serio y adoptaba una pose grave. No leía deprisa ni se equivocaba. Hacía pausas largas y reflexivas, como si fuera saboreando cada frase, cada palabra. Su voz era melodiosa como una canción de cuna.

45.
COMO SI FUERA NUESTRO CUERPO

Por San José del año 1440 llegué a Lérida. Si el viaje de ida a Zaragoza había sido un infierno, en el de regreso cruzamos puertos y llanuras heladas en medio de un frío pavoroso. Los días más largos y los campos que verdeaban bajo la escarcha anunciaban la primavera, pero las noches eran crudas y los huesos me dolían más que nunca. En la carroza no había manera de acomodarme y acabé rezando para no pasarme todo el camino gimiendo. Las doncellas no dejaban de quitar y poner cojines, mantas y pieles, intentando darme bienestar. Pero, como estaba tan delgada, los huesos se me clavaban por todas partes.

Había convocado cortes en Tarragona para el mes de febrero, cuando de repente me llegó noticia de que en Cambiáis y en otros lugares cercanos había peste. Habían muerto niños y algunos ancianos. De modo que cambié de planes y las convoqué en Lérida para el día 3 de abril. Huelga decir que los consejeros, encabezados por Joan Oliver, de Barcelona, protestaron.

Me alojé en el palacio episcopal. El obispo García fue mi pilar y mi apoyo moral en aquellos meses de frío y enfermedad. Me hizo preparar una buena alcoba, con escritorio, muebles y baño, braseros y un buen hogar de leña. Buscó albergue para la gente de mi casa y pidió al médico Joan de Pou que me atendiera. Después invitó al abad de Poblet, fray Bartomeu, quien estaba de visita y que también era físico, a que me examinara.

Estaba destrozada por el viaje y me dejé cuidar. Me invadió una placidez mórbida; no quería más prisas, no quería más viajes. El mundo giraba como loco. En Italia, Alfonso se rearmaba para sus

conquistas; en Francia coleaba la guerra que había durado cien años, con unas últimas escaramuzas entre las tropas de los Borgoña y los Armañac; en Portugal había muerto el rey y la prima Leonor, reina viuda, se enfrentaba al infante Pedro, que le había quitado la custodia de sus hijos y quería arrebatarle el trono. Carlos, el hijo mayor de Juan y Blanca de Navarra, se había casado con Agnés de Cléves, nieta del duque de Borgoña y aliado de Francia. En Castilla se cocía otra guerra entre Álvaro de Luna y los primos Juan y Enrique. Los sobrinos se casaban, los primos se peleaban, el mundo de los hombres se tambaleaba, pero los días y las estaciones se sucedían sin ruido, como el goteo de un manantial. Las nieblas que cubrían la ciudad del Segre se retiraron una buena mañana y las trompetas de Pascua resonaron en las calles. Me abandoné, entre mantas, edredones y frascos de elixires amargos. El mundo rodaba, pero yo necesitaba descansar y dormir, dormir, dormir como un recién nacido. Aferrada a la almohada y a mi cruz de plata veía pasar los días desde el lecho, sin ánimo ni para salir a oír misa. Sin ánimo ni siquiera para leer. Sólo quería dormir…

Soñaba con mis padres y con Catalina. Soñaba con Alfonso. Él siempre está, de una manera u otra, en mis sueños. Siempre me riñe, clavándome aquella mirada de los primeros años, cuando me atrevía a discutir con él. Y yo siempre le pido perdón, y luego niñero de ansia mientras espero a que vuelva. Esperando que vuelva a mirarme y me haga una caricia, como aquella primera noche en el palacio Vilaragut, en Valencia. Aquella primera noche…

Mis camareras sufrían. Los pajes hablaban con los criados del obispo y corrían voces. La señora reina se muere. Isabel de Villena se acercó un día, angustiada, a mi lado. Creía que estaba dormida y susurró junto a la cama: No os moriréis, ¿verdad que no? Entonces abrí los ojos y le acaricié la frente. Tenía aquella expresión seria no propia de una niña, sino de mujer madura, y los ojos llenos de lágrimas. No, bonita, no moriré. Mujer enferma, mujer eterna, esto decía doña Mencía, mi aya, cuando se refería a Mom y a las enfermas. Las doncellas, cuando me escuchaban bromear, sonreían aliviadas. Mi madre también solía estar enferma. Mi padre, el rey Enrique, era un hombre débil de cuerpo, expliqué a Isabel. Lo llamaban *el Doliente*. Pero los dos eran fuertes por dentro, y eso es lo que cuenta. Fuertes por dentro, repitió ella, y asintió con aquel

gesto tan suyo, bajando el rostro y apretando los labios. Me recordaba a mí misma cuando tenía su edad. A veces me estremecía al contemplar su gravedad cuando leía en voz alta o cuando rezábamos. La pequeña Isabel también tenía un alma fuerte. Y más profunda de lo que podíamos imaginar.

Llegó el día 3 de abril, las cortes se inauguraron en la Casa de la Limosna, en Lérida, y no asistí. Fueron unas cortes muy tristes: sólo se presentaron veintiún síndicos. Cinco de la Iglesia, un solo noble —¡el conde de Pallars!—, dos concejales de Lérida, una docena de caballeros y el infatigable Joan Oliver, de Barcelona. Diez días más tarde, en una segunda convocatoria, sólo eran once.

Creo que fue Oliver quien propuso una delegación para venir a verme al palacio del obispo. Si la reina no va a las cortes, las cortes irán a la reina. Se presentaron Pere Pelegrí, Joan Ramon de Josa y Hug Fiveller, un digno descendiente de su padre Joan, gran luchador.

No me levanté ni para vestirme. Los recibí en cama y no oculté mi flaqueza. Sin pronunciar palabra, hice una señal al médico Joan Pou, que estaba a mi lado. Él explicó el mal que yo sufría. Fray Bartomeu, él y Queralt fueron interrogados y obligados a jurar, sobre los cuatro Evangelios y ante el notario Ramon Batlle, que la reina estaba afectada por una grave y muy difícil enfermedad, de tal manera que no sólo no podía acudir a la Casa de la Limosna, ni siquiera podía salir de su habitación sin peligro grave e irreparable de su persona, ya que a menudo y con mucha frecuencia cae en los síncopes habituales y otros riesgos...

Tantas veces lo he escuchado que ya me lo sé de memoria.

Al día siguiente hice llamar a Ramon Batlle, el protonotario, y le dicté un comunicado para las cortes con el motivo de la convocatoria: servir al rey y a la cosa pública del principado. Y para ello era necesario enviar ayuda al rey para la guerra, y aquí, en Cataluña, combatir a los genoveses, que estaban perjudicando el comercio catalán. Esperaba convencerlos; los síndicos de las

ciudades sabían bien que, sin comercio, el principado se podía hundir y las ciudades decaer. Al final añadí mi deseo más ardiente:

> Deseamos con gran razón el feliz regreso del señor rey, no poco útil y necesario en sus reinos.

El portavoz de las cortes fue el obispo de Urgel, un hombre combativo y amigo del poder, más cercano al brazo real que a los nobles, por temperamento y quizá también por intereses. El obispo respondió que deliberarían mi propuesta. ¡Como siempre! Por el momento protestaban porque tantos cambios y prórrogas iban contra los usos, privilegios y libertades de Cataluña. Esta queja también me la sabía de memoria.

Imagino que fue el obispo de Urgel, confabulado con Joan Oliver y los de su cuerda, quien movió los hilos para el siguiente acto de esta comedia. Batlle y mi secretario, Casanova, me avisaron. Y se quedaron mirándome, como esperando que, o bien me desmayaría, o bien reaccionaría con irritación. Pero la enfermedad y las conversaciones con fray Bartomeu me habían pulido.

Me enderecé en la cama y sonreí con la ironía que disfraza una dignidad resignada. Muy bien, dije. Juraré. Si alguien debe cumplir la ley, la reina es la primera.

Cumplir la ley, los usos y las tradiciones era una forma de atarme. Pero al mismo tiempo era mi gran fortaleza: quien cumple con rigor puede ejercer la autoridad porque no ha incurrido en falta. Quien cumple puede obligar a otros a cumplir. Ahora, me dirigí a Casanova, trae papel y tinta, que quiero dictarte mi mensaje para las cortes.

Era 7 de junio. En Lérida ya hacía calor y se respiraba la animación estival. Desde el campo llegaba el olor a mieses y estiércol, y desde las ventanas del palacio episcopal podía escuchar las voces de los feriantes en la calle, las de las mozas que iban a misa o de paseo, la de la chiquillería que jugaba.

La delegación de las cortes desfiló por la calle con solemnidad. La gente se inclinaba con respeto ante aquel tropel de capas, bonetes y mitras que caminaba hacia la sede episcopal. Los síndicos entraron en el palacio encabezados por el obispo de Urgel. El obispo de Lérida los recibió ceremoniosamente y los condujo hasta mi

habitación, que estaba dispuesta como un pequeño salón de trono. Mi trono era el lecho. A un lado había una mesita llena de frascos y remedios; al otro, el escritorio del secretario y un atril con un grueso códice traído de la catedral: los cuatro Evangelios. Al lado, sobre un poste dorado, una cruz.

Gabriel Sagre, Gongalvet y las doncellas, vestidos con sus mejores galas, estaban de pie a mi alrededor, serios y solemnes. No quise poner sillas para nadie, salvo para el secretario. Ya que venían ante la reina, que estuvieran de pie.

Días antes habían jurado los médicos; ahora me tocó a mí. Isabel Colom y Leonor Sagre me ayudaron a salir de la cama, tomándome una de cada brazo. Isabel me cubrió poniendo una capa púrpura por encima del camisón bordado. Me habían peinado con esmero, trenzándome el cabello, y llevaba un turbante de seda blanca y el collar de perlas que me había regalado Juan al regresar de Castilla. ¡Una enferma regia!

Caminé despacio hasta el atril, sostenida por las doncellas. Extendí el brazo derecho y, con la mano sobre el libro sagrado, juré como lugarteniente ante las cortes reunidas en Lérida.

> Juro por mi alma, por Nuestro Señor Dios, por la cruz de Nuestro Señor Jesucristo y sus santos Evangelios, mantener y observar inviolablemente, y hacer observar y mantener a los prelados, religiosos, clérigos, hombres ricos, nobles, caballeros, hombres de campo y ciudad, pueblos y otros lugares de Cataluña, así como a los ciudadanos, burgueses y habitantes de dichas ciudades, pueblos y otros lugares, todos los usos de Barcelona, constituciones y capítulos de las cortes de Cataluña, las libertades, privilegios, usos y costumbres, según se han usado plenamente.

Pronuncié el juramento alto y claro, sin vacilar y de corrido. Después tomé aliento y continué. Con la mano todavía encima del libro, que me servía de apoyo, dije: De este juramento, el protonotario hará carta pública que podrá ser entregada a las cortes y copiada para todo aquel que así lo pida. Y ahora, me volví hacia Batlle, os ruego que leáis mi demanda a las cortes.

El notario no empezó a leer hasta que volví a la cama y las doncellas me acomodaron entre los cojines, con el manto extendido sobre mí.

¿Qué pedía a los síndicos? Había algo que todos queríamos: que el rey volviera a sus reinos. Les pedí que enviaran una embajada a Gaeta para visitar a Alfonso, exponerle la situación del principado y mi estado de salud. Debilitada por la enfermedad y los desmayos corría el peligro de morir de un día a otro. Los reinos necesitaban la presencia de su monarca.

Los consejeros murmuraron entre sí, pero el obispo de Urgel levantó la voz y dijo que… deliberarían, y que luego me darían respuesta.

La respuesta resultó muy discutida. Todos estaban de acuerdo en que el rey tenía que volver, pero no coincidían en el tipo de embajada que debían enviar. Los nobles querían una delegación nutrida y con toda la pompa, pero los síndicos de las ciudades, más prácticos, exponían que para comunicar que la reina estaba enferma y que el rey tenía que volver urgentemente no hacía falta tanta suntuosidad ni tanto gasto. Gasto que, a fin de cuentas, corría a expensas de las arcas públicas, o sea, del dinero que casi siempre tenían que aportar los caballeros y los hombres ricos de las ciudades; es decir, ellos. Con un delegado era suficiente. La siguiente discusión fue a quién debían designar, porque también había peleas por ir a Italia. ¿El conde de Pallars? ¿Algún obispo? ¿Un consejero de Barcelona?

Finalmente, el elegido fue el obispo de Urgel, y esto fue obra mía. Así satisfacía su afán de poder e influencia y, de paso, lo enviaba lejos de mí y de la corte durante un tiempo. Con el dinero que las cortes aprobaron, encargué que se armara una tropa de trescientos ballesteros. A finales de junio, el obispo y los ballesteros se embarcaron rumbo a Gaeta.

El verano había llegado. Añoraba el mar y los jardines de Valencia. Las mujeres de mi casa también estaban aburridas y cansadas de aquel palacio, de la ciudad, que ya conocían palmo a palmo, de subir y bajar callejuelas y las escaleras de la Seo, y del calor agobiante. Joamiro y los pajes se distraían más, pues salían a

cabalgar por la ribera del Segre. Hablé con los médicos, con el notario Batlle y con mi secretario. Joan de Pou emitió un informe. Casanova hizo una lista de los asuntos que debía resolver en el reino de Valencia, que no eran pocos. Hacía cinco años que no visitaba la ciudad y los jurados reclamaban mi presencia.

Decidí clausurar las cortes, y esta vez fui en persona a la Casa de la Limosna. A duras penas podía caminar, después de tantos meses en cama, y me hice llevar en angarillas. Vestida con sobriedad y cubierta con un velo y una corona sencilla.

Desde las andás, colocadas sobre el podio, y ante los escasos consejeros reunidos, hice leer a Ramon Batlle mi comunicado. Por motivos de salud y para resolver los asuntos de aquel reino, debía trasladarme a Valencia. Desde allí convocaría nuevas cortes en Barcelona o en Tortosa, allí donde fuera preciso.

Aproveché para observar uno a uno a los presentes. Nadie me sostuvo la mirada, y adiviné lástima y un asomo de fastidio en más de una cara.

Tras recibir los saludos de todos, llamé a los pajes para marchar.

Las cortes, ¡ah, las cortes! Mi tortura y mi pesadilla. Se lo explicaba a las doncellas cuando se reunían a bordar en mi habitación. Los genoveses atacaban el Alguer, en Cerdeña. La ciudad hacía tiempo que pedía ayuda a Cataluña para pagar armas y defenderse, pero justamente el brazo militar, el de los nobles, se oponía a enviarles auxilio. ¿Por qué? Porque es el rey quien ha de pagar, ya que cobra rentas de Italia. Ah, sin embargo el rey no hace otra cosa que pedir dinero; nunca tiene suficiente y no repara en medios.

Tampoco sus amigos. El caballero Pong de Catllar, con la excusa de servir al monarca, había armado una galera y se dedicaba a atacar los pueblos costeros entre Salou y Tortosa, capturando naves, saqueando casas y llevándose esclavos para venderlos o para que remaran en su galera. Escribí a Barcelona ordenando que lo detuvieran y confiscaran su nave con los bienes robados. Pero Catllar se debió de quejar, porque Alfonso envió una contraorden para que fuera liberado y zarpara, con sus naves, hacia Italia. Si los nobles se dedican a atacar a sus vasallos y los reyes no defienden a su gente, ¿qué podemos esperar de la justicia? Pero la guerra, que

todo lo engulle, entiende poco de justicia y menos de leyes…

Aquél fue otro bocado amargo que me tuve que tragar. Después de eso, ya no me dolió dictar una carta dirigida al obispo de Gerona, que cobraba unas rentas que correspondían al rey. Por Alfonso soy capaz de enfrentarme a la Iglesia y dejar en libertad a un pirata.

Yo lo trago todo; mi cuerpo no. Lo que el corazón soporta, el vientre lo expulsa. A veces pienso que tantas injusticias, tantas disputas y tantas decisiones a contracorazón son las que me hinchan por dentro, como una comida mal digerida. Los médicos dicen que lo tengo todo descalabrado: el cerebro, el corazón y el vientre. El mal va bajando de la cabeza a los pies. No tengo un palmo sano en este cuerpo miserable. Menos mal que el espíritu aguanta… He escrito a Blanca de Navarra, la madre, que también está enferma. Consolándola. Explicándole mis males. Blanca me había contestado diciendo que quería visitarme, pero su enfermedad no se lo había permitido.

> Ya sólo espeto que la misericordia divina nos ayude… Pensemos, querida hermana, en la salud de las almas, que han de ser eternas, ya que la de los cuerpos está tan apurada.

Como siempre, preparar un viaje y desplazar a mi séquito me obliga a muchas gestiones. Vender, empeñar y desempeñar bienes. El mercader de Barcelona Antoni de Maians me vendió unos diamantes, y con una parte del dinero otro mercader, Pere Massana, me tenía que mandar unos collares y varias jarras de plata a Valencia. Despedí a varias personas de mi servicio. Al paje Gongalvet, que ya tenía quince años, lo envié a Italia para que fuera a servir a Alfonso. El muchacho marchó contento; mis doncellas no tanto, sobre todo las más jóvenes. Leonor de Oluja entró en el convento de Alguaire, un monasterio grande y señorial, donde había más hijas de nobles y caballeros que monjas de vocación. También marchó ilusionada, dejando un poco celosas a algunas de sus compañeras.

Valencia me retornó la salud. Pero, al mismo tiempo, avivó mi nostalgia. Me hizo recordar a Catalina, las fiestas y los torneos con los primos, la recepción fastuosa al infante Pedro de Portugal, que ahora se mostraba enemigo y hacía sufrir a la pobre prima Leonor. Pedro estaba casado con Isabel de Urgel… ¿Sería ésta la venganza de la hija del conde?

En palacio, *na* Pastoreta, Jaume Sala y el servicio, bajo las órdenes de Eymerich Centelles, el mayordomo, habían preparado mi hospedaje. Los jurados de la ciudad salieron a recibirme y me ofrecieron regalos —manjares y tejidos finos— que, en aquellos momentos de necesidad, me vinieron de perlas.

Allí, caminando entre las torres, los patios y el jardín, escuchando la campana de la capilla de Santa Catalina, añoré todavía más a mi esposo… Pero Alfonso estaba lejos de añorar estas tierras, y mucho más de regresar. Había emprendido una nueva campaña bélica y me escribió para comunicarme que había tomado el castillo de Aversa, ¡casi sin luchar! René de Anjou y el *condottiero* Caldora habían discutido y el castellano de Aversa, ante la incertidumbre, había optado por rendirse ante Alfonso. El día de Santiago, las tropas de mi esposo entraron en la ciudad y plantaron sus banderas en las torres del castillo. Alfonso lo narraba exultante, dando gracias al buen Dios y confiando en su definitiva victoria en Nápoles. Leer su carta me fortaleció tanto como una lectura espiritual. En medio de intrigas y batallas, haciendo la vista gorda ante los piratas y vendiendo cargos y favores, Alfonso no perdía lo más importante. Y, en esto, era más noble y más grande de alma que yo, con todas mis oraciones y afanes de perfección. Era un hombre de fe. Quizás había escogido la mejor parte y nadie se la quitaría.

Respondí a Alfonso con una carta muy larga, comentándole todos los asuntos que traía entre manos y me preocupaban. Los jurados de Valencia me habían expuesto la situación del reino. Por causa de la guerra no había comercio, no entraban mercancías y los pueblos y la ciudad agonizaban. Los jurados, al igual que los catalanes, pedían al rey que retornase.

La señora reina trabaja tanto como puede por mantener la justicia y el sosiego en estos reinos y tierras… y hace

lo que puede para que los pueblos no estén del todo descontentos. Pero ya no está en la disposición que solía, ni puede resistir los trabajos y congojas que comportan las cortes, debido a sus grandes enfermedades… Si vuestra señoría viniera este invierno, podría convocar cortes en los tres reinos y hacer muchas cosas que serían de gran servicio y provecho para vos y para ellos.

Valencia empobrecida. Nobles que abrazaban la piratería, entre ellos Jaume de Vilaragut, que a falta de comercio había armado naves y se lanzó a saquear, como los sarracenos. Y ¿quién le paraba los pies a un Vilaragut, cuando éstos eran los grandes aliados de Alfonso en Valencia?

Todo Aragón revuelto. Los nobles, encabezados por las familias Urrea y Cabrero, estaban enojados por la destitución del justicia Diez Daux. Por si fuera poco, Alfonso había enviado a Juan de Híjar con órdenes contrarias a lo que yo había dispuesto, de modo que lo había complicado todo aún más. Ah, si el reino tiene dos cabezas, ¡las dos deben ir a una!

Muchos problemas, poco dinero. Yo ya no sabía dónde buscar mi sustento. Las aljamas y las morerías podían dar un poco más, pero también estaban asfixiadas por los impuestos. Algunos moros, como los del valle de Almedíjar, eran tan pobres que optaron por marchar y los pueblos quedaron desiertos. Ya sólo quedaban los clérigos…, pero los hombres de Iglesia eran reticentes. No querían pagar las guerras del rey en Nápoles porque no veían en ello provecho alguno.

Sabía que Alfonso frunciría el ceño al leer la carta. Sabía que mi súplica para que regresara le entraría por una oreja y le saldría por otra. Sabía que le irritaría escuchar noticias sobre mi mala salud, él que detestaba la fealdad, la flaqueza y la enfermedad. Esperaba una respuesta fría por su parte, o tal vez ninguna respuesta. O una carta explicándome su última conquista. O pidiéndome más dinero, con urgencia. O quizá cesándome como lugarteniente. Ah, si fuera así, ¡por fin podría descansar!

¡Mujer de poca fe! La respuesta de Alfonso llegó en octubre, por la

fiesta de San Francisco, aquel santo que él y yo venerábamos. El pobrecillo de Dios, fundador de una orden que, siglos más tarde, se contaba entre las más ricas de la cristiandad.

La respuesta de Alfonso no fue indignada ni indiferente. La leí en voz alta, ante mi secretario y el obispo García de Lérida, que estaban conmigo. Alfonso confiaba en mí una vez más. No sólo no me destituía, sino que me otorgaba más poder. Eso sí, con una finalidad muy clara: recaudar dinero.

> Confiando en la gran habilidad, prudencia y profundidad de vuestro clarísimo ingenio y otros preclaros dones de virtudes, de las cuales vemos que vos, ilustrísima María, reina de Aragón, estáis dotada por don divino..., por esto, por la presente a vos, dicha reina, en la que confiamos como si fuera una parte de nuestro cuerpo, sin revocación, derogación, restricción, perjuicio o lesión de cualquiera de las otras comandas y poderes que os hemos dado en el pasado hasta hoy, más bien ampliándolos, graciosamente y con plena consciencia, os confiamos y damos plena potestad para que, en lugar nuestro y como representante nuestra, podáis exigir, recibir, recuperar y conseguir para nos y en nombre nuestro todas y cada una de las cantidades de dinero, cosas, bienes y todo derecho nuestro, sean donde sean, y que nos pertenezcan a nos o a nuestra curia.

Confiando en mis virtudes. Confiando en mi prudencia y en mi sabiduría. En lugar de él y como si fuera él mismo… Estas eran sus palabras de amor. Como si fuera una parte de nuestro cuerpo. Aquella noche lloré mientras rezaba. Isabel de Villena me preguntó por qué. La miré. Hoy no lloro de tristeza, bonita. Tampoco de alegría. Hay sentimientos que no caben dentro del alma y se escapan con las lágrimas. No se pueden contener, tampoco se pueden explicar. ¿Como el amor?, me preguntó la joven. Sí, Isabel, como el amor. El amor, que es más fuerte que la enfermedad. Más fuerte que la muerte. Ella asintió con la cabeza y bajó la mirada. ¿Qué sabía ella del amor? ¿Soñaba quizás con Gongalvet, el joven paje que había marchado a Italia? ¿Soñaba con algún otro doncel?

¿O soñaba con el Amor de los amores de los libros que tanto la cautivaban? A veces, Isabel decía cosas que nos estremecían, a mí y a las damas. Cosas que sólo dicen los hombres santos o las enamoradas. Cosas como aquella que Alfonso había incluido en un documento oficial, él que jamás tenía una delicadeza hacia mí. Como si fuera una parte de nuestro cuerpo.

46.
PIEDRA MOVEDIZA NO CRÍA MUSGO

Cuando abracéis un estado, procurad manteneros firmes hasta la muerte. Esto enseñaba a las doncellas y a las jovencitas de mi casa. Las damas mayores asentían; las jóvenes preguntaban.

¿Y en la viudez? ¿Es mejor quedarse viuda o volverse a casar? Yo les comenté el caso de doña Jiménez de Liñán, una viuda desconsolada del círculo de Barcelona que solía frecuentar. No podía dejar de llorar por su esposo y día tras días iba a la iglesia a encargar misas por su alma. Me escribió una carta y le contesté diciendo que era bueno honrar a los difuntos, y que realmente lo mejor que podía hacer por su marido era rezar, pero tenía cuatro hijos. Debía preocuparse por ellos y su porvenir, ya no sólo como madre, sino como padre y madre a la vez. Hay que llorar a los muertos, pero es más importante cuidar de los vivos.

Cuando escribía a madona de Liñán recomendándole que tuviera paciencia y fortaleza, no podía dejar de pensar qué haría yo si, un buen día, me llegase la noticia de que Alfonso había muerto en combate. Sólo imaginarlo sentía pánico y unas palpitaciones tan fuertes que prefería alejar el pensamiento. No, no quería pensarlo siquiera. El mundo se derrumbaría sobre mí. La vida dejaría de tener sentido. El día se convertiría en negra noche. No podría soportarlo. Leyendo y releyendo la carta de madona Liñán tuve una certeza: si Alfonso moría, yo lo seguiría a la tumba.

¿Y qué hacer si el marido nos maltrata? Las doncellas recordaban a la pobre Violante, condesa de Niebla, que después de haber sido repudiada por su marido se había recluido en un convento. ¡Ah, los conventos son tan a menudo refugio de mujeres

malqueridas! Pero no siempre son un reducto de paz. Como el monasterio de Játiva, donde unas monjas rebeldes hacían y deshacían a su antojo, desobedeciendo a la abadesa. Como provenían de familias nobles, ella había optado por huir el convento. Me llegó la noticia por medio del provincial de la orden y de inmediato escribí a la abadesa, reprendiéndola por haber abandonado su cargo. ¡Qué error tan grande! Quien manda debe llevar las riendas siempre, así lo dicta mi experiencia. Y si debe poner orden, no puede abandonar su casa. Más le valdría trasladar a las monjas desobedientes antes que marchar ella. Una abadesa es una madre. Se equivoque o no, ha de ocuparse de sus hijas.

Mal podréis rendir cuentas de ellas si las arrojáis fuera de vuestro corral; mejor las daríais a otro monasterio.

Aquel otoño, en Valencia, el gran tema de conversación fue Leonor de Oluja, la sobrina del gobernador de Cataluña, Galzeran de Requesens. Leonor había pasado unos años en mi corte, alegrándome con su compañía. Violina, Leonor Sagre, Isabel y las infantas la echaban de menos. A todas nos sorprendió que quisiera ser monja, pero yo la doté y le busqué lugar en el monasterio de Alguaire, regido por las monjas hospitalarias de San Juan, donde ingresaban muchas jóvenes de la nobleza. Era uno de los monasterios más importantes del principado y confiaba en que allí Leonor, por fin, encontraría su lugar. Pero no fue así. Su tío quería comprarle las tierras que le correspondían por herencia y convencerla para que invirtiera el dinero resultante en sus negocios, y así vivir de rentas. Como un usurero que juega con el dinero ajeno. La pobre Leonor, añorada, peleada con la mitad de las monjas y sin saber del todo si quería abrazar o no la vida monástica, estaba hecha un mar de dudas. Yo no dejaba de escribirla y aconsejarla. Leonor, no te dejes embaucar. Ve a lo seguro. No vendas tu patrimonio. Tu tío tiene mucho que ganar, y nada que perder. Tú lo puedes perder todo por unas ganancias inciertas. Lucha por ti misma y no te faltará mi socorro, ni el del rey. Y, sobre todo, en la vida monástica ten paciencia y persevera.

Piensa, Leonor, que quien trasplanta muy a menudo una

planta nunca la dejará crecer ni echar raíces; y no hay dolencia ni peste que llegue a curarse si con frecuencia se cambian las medicinas. Así ocurre con las personas variables. Como dice la sabiduría del pueblo, piedra movediza no cría musgo. Si quieres escuchar nuestro buen consejo, no te faltará la ayuda divina ni la nuestra. Sobre todo, observa con mucho cuidado no querer hacer la tuya, sino procura seguir aquello que te digan la prioresa y las hermanas, con las que debes practicar la caridad. Busca complacer a los demás más que a ti misma, que el fundamento de la gloria y el honor de la religión es renunciar a la propia voluntad y deseo.

Así es, decía Isabel Colom. El voto de obediencia. Violina objetaba: No todo el mundo está hecho para la vida religiosa ni tiene fuerzas para renunciar al propio deseo y voluntad. La pequeña Isabel dijo entonces: Pero cuando se obedece a una voluntad más alta, entonces Dios te da fuerzas. Todas la miraron y se hizo el silencio. ¿Lo había leído o lo decía de corazón? He aquí, exclamó la Colom, que una niña de diez años tiene más seso que una dama de veinte. ¡Esta criatura es una roca firme! Yo sonreí. Isabel no sólo leía; Isabel devoraba las palabras y las digería poco a poco, con aquella cabeza que pensaba mucho y hablaba lo justo.

Sí, suspiré. Dios da fuerzas. Cuando te sacrificas por el bien de los demás, te permite ir más lejos de lo que puedes imaginar. Pero ¡cómo cuesta renunciar a la voluntad propia! Sí, yo también tenía deseos que a menudo debía sacrificar. Los consejos que dirigía a damas, viudas y doncellas, eran los consejos que yo necesitaba. Como los que di a la prima Leonor, que sufría en Portugal y se lamentaba porque todos, primos y hermanos, la habíamos abandonado a su suerte, enfrentada al infante Pedro.

Los grandes hemos de pasar grandes adversidades, pues los pobres y humildes no pueden caer de muy alto. Es necesario que, cuanto más grandes sean, con más prudencia vayan. Como decían los sabios antiguos, la adversidad de este mundo miserable, caduco y breve, es causa de un mayor bien y un camino de felicidad

verdadera para aquellos que la saben tomar como tal. Querida prima, tomad la armadura de la fortaleza y la paciencia. De todos los hechos que me explicáis, he escrito al señor rey y le volveré a escribir.

Piedra movediza no cría musgo. Pero yo, reina por obligación y por necesidad, era un canto que rodaba de ciudad en ciudad, de reino en reino, arrastrando tras de mí una casa de cien personas sobre ruedas, una cancillería sobre un carruaje, un vestidor y una farmacia de remedios metidos en cofres y baúles. Cada vez que me instalaba en un palacio amplio y confortable, soñaba con quedarme allí mucho tiempo. Sobre todo en Valencia. ¡Ah, Valencia! Allí hubiera vivido siempre, entre aquellos muros, entre jardines, junto al mar, pero no tan cerca como para que la humedad de la arena y el olor de salitre y pescado me penetraran la piel y los huesos, como en Barcelona.

Cataluña me reclamaba. Aragón protestaba. Yo quería estar en Valencia. ¡Aún tardaría en cumplir mis deseos!

Piedra movediza no cría musgo, pero gasta dinero. Aquel año tuve que empeñar más joyas y pedir préstamos a los mercaderes amigos de Barcelona, Antoni de Maians y Pere Massana. A Massana le pedí que vendiera mis diamantes; a Maians le reclamé algunas jarras y objetos de plata que quería que me enviara a Valencia. Mientras tanto, envié a otro abogado a Castilla para que cobrara mi dote. Se llamaba Rodrigo Falcón. Le prometí que, si me rendía un buen servicio, le regalaría un esclavo moro, o más, y a su esposa una esclava. Estaba pensando en los hijos de Sofía. Se iban haciendo mayores y ya no necesitaban a su madre. De esta manera, yo también me ahorraría algunos gastos. Volvía a sufrir estrecheces y tenía que pagar la dote de la hija de los Monteada, que se casaba en Barcelona. Violina, Leonor y las otras doncellas querían ir a la boda… ¡Cómo pasaban los años! Las antiguas camareras morían o volvían a su casa para pasar los años de vejez. Las doncellas se hacían mujeres, se casaban y dejaban la corte. Entraban otras nuevas y año tras año yo las veía crecer, llenas de vida, de sueños y esperanzas. A mi lado quedaban pocas de los primeros años. Catalina *la Negra*, Violina, que se resistía a casarse y no quería entrar en un convento, las mayordomas de los palacios: doña Juana

en Barcelona, *na* Pastoreta en Valencia… En cada ciudad tenía un círculo de damas amigas que a veces me acompañaban en los viajes, pero, con los años, todas, como yo misma, se hacían mayores y les costaba viajar. Se quedaban a mi lado las camareras, las esclavas, los pajes más jóvenes y el servicio de cocina y caballería. Joamiro, que había empezado tan jovencita, casi un niño, ahora se ocupaba de las mulas, los carruajes, las provisiones y la ruta de los viajes. Era la mano derecha de Gabriel Sagre, el camarero mayor, que había sucedido a Andrés de Tordesillas y a su hijo. Finalmente, mis fíeles acompañantes eran el médico Gabriel García, el capellán Andreu Gallach, el escribano de ración y el secretario, Llorenç de Casanova, con los consejeros apropiados para cada ocasión. Hombres de leyes, contables y prelados. Papeles, dinero, cuerpo y alma. Mi vida transcurría entre cartas, sumas y préstamos, frascos de medicinas y tiempos de plegaria y confesión.

Estaba cansada. Valencia me curó el cuerpo, pero tenía el alma hambrienta de descanso. Mi piedra rodante necesitaba reposar, anidar en una tierra amable y blanda y criar musgo. El musgo es vida, verdor, suavidad. Estaba harta de combates, de disputas y de la dureza legal de las cortes. A veces tenía la impresión de que los síndicos esgrimían las leyes y los usos y los arrojaban contra mí como hachas de guerra afiladas. Y yo, tras el escudo de mi paciencia, armada con el casco de la lealtad, me defendía como podía, parando asaltos, exponiendo mi vulnerabilidad y la de la corona. El rey pide… Las cortes otorgan. Sí, yo era la reina, lugarteniente de tres reinos con poder absoluto para atar y desatar, para pedir y exigir… Pero, finalmente, son las cortes las que mandan. Los usos mandan. La tradición prevalece. Y yo había jurado respetarlo todo. La ley por encima del rey.

No tengo poder alguno, pensé una tarde, cansada de leer en el jardín, mientras escuchaba el piar de las golondrinas sobre las almenas de la muralla. Como Nuestro Señor, que fue coronado rey en la cruz, yo estoy clavada en el trono. Clavada y sacrificada. Pero, como Nuestro Señor, lo hago por amor. Por amor de aquel que amo más que a mi propio cuerpo.

47.
PRINCESAS DE PAZ, CUÑADOS EN GUERRA

Los días se acortan y el invierno está a las puertas. Vuelvo a estar en Zaragoza. Ha pasado un año y todavía creo escuchar la voz de Catalina mientras conversamos sentadas en el patio de Santa Isabel, sólo que ahora hace frío, he vuelto a sufrir mis desmayos y no salgo al jardín. De hecho, no salgo de mi alcoba desde hace días. Los pajes encienden buen fuego en los braseros, las doncellas me traen caldo caliente y frutas confitadas. Hago llamar al secretario y a mi nuevo escribano de ración, Antoni de Mira, un valenciano hábil con las cifras y las letras. Estoy con ellos buena parte de la mañana repasando cuentas y dictando cartas.

Ha pasado un año… ¡tan deprisa! Echo de menos a Catalina, y sigo añorando a Alfonso. Le escribo con frecuencia, consultándole mil asuntos, y espero su respuesta. Si le escribiera sólo para hablarle de mi mala salud, de mi tristeza y de mis deseos, estoy segura de que no me respondería.

El continúa en Italia, estrechando alianzas, conquistando castillos y poblaciones, doblegando enemigos. ¡Hasta los Caldora se han puesto de su parte! Sometidos a nuestra fidelidad y obediencia, escribe Alfonso, nada menos. Ramon de Caldora es tío del duque de Bar y el rey ha tenido la brillante idea de casar al heredero del duque con nuestra hija mayor, María. Digo *nuestra*, porque cuando recibí la carta de Alfonso, en marzo, y leí sus instrucciones, sentí una punzada en el pecho.

Alfonso ha reclamado a las dos hermanas. Bien dotadas, vestidas y acompañadas, como corresponde a las hijas de un rey. Cuando recibí el aviso estaba en Alcañiz, en plena celebración de cortes

aragonesas, y encomendé a un ciudadano honrado de Barcelona, Bartomeu Lledó, que se ocupara de preparar el viaje, las galeras y el séquito de las princesas. No me pude despedir de ellas. Quizá nunca más las volveré a ver. Me hubiera gustado darles un último abrazo. María ya tiene quince años, es apenas un poco mayor que yo cuando me casé. Y, como yo, ha tenido que viajar sola, sin una madre que la acompañe, para desposarse con un desconocido en tierra extraña. Al menos tiene a su lado a Leonor, que es rubia y bonita como su tía Catalina. María, a diferencia de mí, es morena de cabello, tiene los ojos negros y es preciosa. Su madre debía de ser una mujer bellísima.

Imagino a las dos princesas, ilusionadas por viajar a Italia, el país de sus sueños, y reencontrarse con su padre. Quizás un poco asustadas al subir a las galeras mientras los consejeros y nobles de Barcelona las despedían en el puerto, ante las torres esbeltas de Santa María del Mar. Ataviadas con sus mejores galas, con los cabellos trenzados bajo las diademas de seda, agitarían la mano para decir adiós a una ciudad que quizá no volverán a pisar… Adiós, María. Adiós, Leonor. Ya sois mayores, ya encaráis vuestro futuro. Como prendas de unos pactos de paz. Una victoria más en el haber de vuestro padre, el rey.

Me siento más viuda que nunca. Ya no tengo hijos de los que ocuparme ni marido cerca por quien luchar contra el paso de los años y la enfermedad. Me siento vieja, débil, cansada. Nada me ilusiona. Si él viniera…, ¡ah!, todavía podría rejuvenecer. Pero me lo ha dejado bien claro. Hasta que no conquiste Nápoles y no tenga las tierras italianas bajo mano y en paz, no volverá a sus reinos hispanos.

Mientras tanto, yo gobierno como puedo. Ha pasado un año más, tempestuoso y con vientos de guerra.

La primera batalla fue en Alcañiz, en las cortes de Aragón. Llegué en marzo y me encontré con toda la nobleza revolucionada e indignada por la destitución del justicia Diez Daux, y por su muerte posterior en el castillo de Játiva. Por si fuera poco, cuando reclamé las actas de las anteriores cortes, nadie sabía nada. Los documentos han desaparecido, me dijo el secretario de la corte. ¿Cómo que han

desaparecido? No se encuentran, señora, me respondió Ferrer de Lanuza, el nuevo justicia. Pero ¿quién debía custodiarlos?

La viuda. La viuda de Diez Daux, María Jiménez, según dicen, conservaba todos los papeles de su esposo en casa. De hecho, allí era donde se habían juntado los nobles rebeldes al rey y donde se había tramado la protesta que estalló en las cortes. Reclamé a la dama que trajera las actas y ella respondió que no tenía documento alguno. De modo que no tuve otra opción, yo que siempre he defendido a las mujeres, que amenazarla.

> Si graciosamente no nos libráis dichos registros, se harán todas las rigurosas provisiones que deban hacerse. Y ya que vos os excusáis de no saber nada ni tener tales registros... dad orden que dichos registros vengan a manos de dicha corte, pues no nos cabe duda de que si queréis darle la diligencia oportuna, los encontraréis, si es que ya no los habéis encontrado.

María Jiménez se asustó. Y en la siguiente sesión de las cortes alguien dejó las actas, cuidadosamente dobladas y atadas con una cinta de cuero sobre la mesa del escribano. Las sesiones continuaron.

Los aragoneses querían que el cargo de justicia fuera vitalicio. El mismo Ferrer de Lanuza estaba de acuerdo, cómo no. Yo accedí sólo cuando los nobles me prometieron una ayuda para el rey: cincuenta mil florines de oro y la venta de las villas de Borja y Magallón, con sus castillos, poblaciones y rentas. También me dieron el dinero para comprarlas. Borja y Magallón eran dos lugares estratégicos para defender el reino en caso de que entraran invasores desde Castilla y Navarra.

Una Castilla que, destrozada por los diferentes bandos, está incubando otra guerra entre los nobles y los infantes de Aragón. Juan y Enrique han reunido a su alrededor a buena parte de las familias de los grandes: los Enríquez, los Pimentel, los Haro… El primo Juan, que se mueve como pez en el agua en medio de las intrigas cortesanas, ha concertado matrimonio con Juana Enríquez, hija del almirante Fadrique. Su esposa, la pobre Blanca, murió en abril. Aún no está fría en la tumba que su marido, que no la pudo

acompañar en el lecho de muerte, está preparando una boda de conveniencia. El primo Enrique tampoco ha tenido mucho tiempo para llorar a Catalina, porque enseguida ha encontrado nueva esposa: Beatriz de Pimentel, hermana del conde de Benavente.

Con alianzas tan fuertes, los primos han vuelto a desterrar de la corte a Álvaro de Luna. Y esta vez los han ayudado las primas. En julio, Juan y Enrique entraron con sus tropas en Medina del Campo. Allí se encontraron con María y Leonor, huida de Portugal. ¡Cuatro brotes de la rama florida de los Trastámara! Entre los cuatro, y con el infante Enrique como bandera, casado con su prima Blanca, hacen y deshacen. Ahora es María quien guarda las llaves, bien apuntalada por sus hermanos. Pobre Juan, arrinconado y triste. Cada vez que le escribo para recordarle que me pague la dote y que resuelva los temas pendientes de la herencia de Catalina, me duele en el alma. Como si no tuviera bastantes problemas… ¡Ah, Juan! ¿Qué harás sin tu fiel Álvaro de Luna? ¿Llorarás y tendrás una pataleta, como cuando eras pequeño y rabiabas contra mí y contra Catalina porque no te dejábamos mandar? ¿Te refugiarás en tu música, en tu poesía, en tus sueños de rey que nunca ha llegado a serlo más que de nombre?

Guerra en Castilla, banderías en Cataluña. Como cada verano, este año no han faltado altercados en los Pirineos. El conde de Pallars, ¡y también la condesa!, me han vuelto a dar problemas. El nuevo conde de Foix y el vizconde de Cervelló me han enviado cartas de queja y protesta. Y yo, como siempre, he intentado poner paz… Sólo me restaba enfrentarme a Galzeran de Requesens, hombre de confianza de Alfonso y bayle general de Cataluña. Los comisarios de fronteras del Rosellón han lamentado que una galera suya, comandada por el patrón Francesc de Mallorques, se dedica a atacar pueblos del sur de Francia, robando, matando y secuestrando hombres para venderlos como esclavos. He escrito a los consejeros de Barcelona para que detengan a Mallorques y confisquen su nave. Veremos cómo reacciona Requesens. Ya imagino que recurrirá a Alfonso. Quizás Alfonso reclamará la nave… De momento, mientras pueda, la reina hará justicia.

48.
CONSEJOS DE UNA MADRE QUE NO ES MADRE

He pasado buena parte de este año escribiendo, consolando y aconsejando a otras mujeres. Las largas veladas en la cama, los espacios de oración y silencio, las madrugadas sin poder conciliar el sueño, en medio de escalofríos y dolores, me han traído a la memoria a muchas mujeres que han pasado por mi vida. ¡Cuántas mujeres! Mujeres admirables que me han enseñado tanto; mujeres que, con sus flaquezas y defectos, me han escuchado y me han regalado consejos llenos de sabiduría. Mom, doña Leonor de Córdoba, la reina Violante, las abadesas de Pedralbes y Valldonzella, María Spina, la dama peregrina; y más recientemente Estefanía Sarroca y sus amigas beguinas en Barcelona… Mujeres amigas, compañeras que me han seguido por los caminos de tres reinos y un principado. María de Luna, Violante de Aragón, Leonor de Oluja. La pobre Catalina, que Dios la perdone. Las doncellas fieles: Sancha, Constanza, la Negra… Mujeres que han sido como hijas: Jordieta, Violina, Florensa, Isabel de Villena… Las hijas del conde desgraciado y las dos princesas, ay.

Cuántos nombres, cuántas caras, ¡cuántos años! Sé que me hago vieja porque tengo demasiados recuerdos. También he leído mucho, y releo, y hago memoria. Recuerdo el libro de Cristina Pisan y el de Ángela de Foligno. Hay frases que tengo grabadas y las repito, para mí y para otros. Sé que me hago vieja porque no sólo poseo la sabiduría de los libros, sino que puedo hablar desde la experiencia. Ya no necesito recurrir a los dichos de los sabios antiguos y los maestros. Cuando doy un consejo, lo doy de corazón y sé de qué hablo. María, Leonor, Isabel… ¡Todas ellas me recuerdan tanto a mí

misma, cuando era joven!

Guerras de mujeres. Los hombres conquistan tierras y comandan ejércitos. Las mujeres nos enfrentamos a otras bestias, con fuegos y tormentas que sacuden nuestra vida. Matrimonios desgraciados, esposos que no aman, hijos que mueren, pleitos por herencias que rompen las familias… A veces imagino que somos como una galera en medio del oleaje, con la vela rasgada y el mástil a punto de caer. No podemos hacer nada contra las tempestades. Nuestras armas no pueden conquistar a ningún enemigo. El mal siempre estará ahí. La única cosa que podemos hacer es aguantar y mantenernos firmes. Como una roca. Como una encina bien arraigada. ¿Dónde están nuestras raíces? A menudo pienso que, si no las plantamos en el cielo, poca cosa podremos hacer en esta tierra. Fray Bernardo me decía que me agarrase fuerte a la cruz de Nuestro Señor Jesucristo. La cruz es el mástil, la roca firme. Sufrir con aquel que tanto ha sufrido nos hace fuertes. La sangre del inocente es nuestra medicina. Al menos, medicina para el alma… La única cosa bella que no se pudre. La única que perdura con el paso del tiempo, y también cuando el tiempo se acabe. ¡El alma!

Pero la vida en esta tierra está hecha de cosas materiales y pasamos buena parte de nuestro tiempo afanándonos por ellas. Este año, desde Zaragoza, entre desmayo y desmayo, he logrado pagar la galera de Joan de Riba cargada con más de mil paños que Alfonso me ha pedido. ¡Me ha costado sangre reunir tanto tejido! Quinientos de Valencia, doscientos de Aragón, cien de Galzeran de Requesens, cien de mosén Bernat Albert… Al final, todavía conseguí doscientos más de Mallorca. La guerra es pobre y la guerra en el mar no ayuda, pero finalmente los tejidos se han embarcado, la galera ha zarpado y con ella nuestro delegado, el caballero Bartomeu Lledó, que además de los lienzos lleva cartas para Alfonso, para Leonor de Urgel, el duque de Orsini y las princesas.

Leonor de Urgel me ha escrito desde Italia. Está casada con Ramón Orsini, duque de Salerno, y ha tenido un hijo precioso…, pero no es feliz. Su marido no la trata bien y todo el mundo se ha enterado. Yo la riño, yo, que sé tanto de desamores. ¿Cuántas mujeres sufren a manos de sus esposos y callan, de modo que ni siquiera los amigos o los parientes lo saben? Si entre marido y mujer las cosas van mal dadas, más vale ingenio que lamentos. No

se puede manchar el honor del esposo ni de su familia. ¿Qué conseguirás quejándote? ¡Dignidad! Si has de pedir ayuda, recurre al rey. Él es la autoridad, él es quien puede poner remedio. Yo le escribiré, y también a tu marido.

Después de dictar esta carta me he sentido mal. No he podido comer tranquila ni dormir la siesta. Por la tarde llamo al secretario pata que escriba tres cartas más. Una dirigida al duque de Orsini.

> Os ruego, por la amistad que nos une y por vuestro honor, como uní de las familias más altas del reino, que tratéis bien a vuestra esposa. Leonor es una mujer virtuosa, de buen corazón, decorosa y de estirpe real, que os acaba de dar un hijo.

Después de enumerar las cualidades de Leonor, me he sentido mejor y se me ha quitado un peso de encima. Entre suspiros he dictado otra carta a la hija del conde. Leonor, has dado a luz a un hijo hermoso. Tu esposo te mirará con mayor consideración y amor a partir de ahora, ciertamente. Esmérate por criar al niño y da gracias a Dios. Tu hijo, carne de tu carne, será tu consuelo y traerá la paz a tu casa.

> Si quietes ganarte a tu marido, nunca le lleves la contraria, muéstrate contenta en todo cuanto baga, comparte sus afanes y haz todo lo que puedas por complacerlo. Sé graciosa y amable, porque es con el bien con lo que podrás vencer al mal y es con ternura con lo que podrás ablandar el corazón más duro. Igual que la tierra de montaña se ablanda con la lluvia, igual que el cuero más áspero del mundo se vuelve suave con ungüentos, que tu marido no escuche de ti más que palabras de alabanza.

Guantes de seda, dulzura para vencer la aspereza. Es así como yo aprendí a evitar las peleas con Alfonso cuando éramos dos príncipes recién casados. Es así como fui su compañera y me gané su confianza, ya que no su amor. Leonor, además, es joven y bonita. Si Ramón de Orsini aprecia la belleza y ella escucha mis consejos,

aún pueden llegar a amarse.

Acabada la carta, la releo. Consejos de madre, consuelos de vieja. Sabiduría de mujer que quiere ser buena cristiana y se esfuerza en devolver bien por mal. Esto es lo que me han enseñado los hombres más santos que he tenido a mi lado. Devolver bien por mal. Quizá nunca recogeré los frutos en esta tierra… Tampoco Nuestro Señor los recogió. Una cosecha de espinas y una cruz fueron su galardón después de dar tanto amor. ¿Qué puedo esperar entonces yo, que no soy, ni de lejos, una santa?

También aprovecho la galera que navega a Italia para escribir a mis infantas, María y Leonor. Aún no sé si María se ha casado. Sí sé por Bartomeu Lledó que llegaron bien y que están en la corte de su padre, donde las tratan con todos los honores. ¡Ojalá sean felices!

Hace frío en Zaragoza. Esta ciudad me hiela la sangre… El Ebro baja sereno y crecido, una bruma helada cubre la ciudad y sube hasta palacio. El patio de Santa Isabel está desierto y triste sin la caricia del sol. Por Navidad me he trasladado al palacio del arzobispo, más pequeño, más confortable, más cálido. Así también ahorraré en gastos. Me he instalado en la habitación que ocupó Catalina. Las doncellas me miran con un poco de aprensión. Yo no tengo miedo. Los muertos están muertos y el mundo de los vivos sigue rodando. Incluso las mujeres amadas pronto caen en el olvido una vez enterradas.

El primo Juan sigue cortejando a Juana Enríquez, una jovencita que, según las malas lenguas, tiene sangre medio judía, pero le aportará el apoyo de su familia y una dote bien jugosa. Y el primo Enrique está tan ocupado con los Pimentel que no acaba de ejecutar las últimas voluntades de su esposa difunta ni de poner orden en sus posesiones. Yo le voy recordando que no deje de pedir misas por su alma y él me ha pedido que le envíe al provincial de los frailes predicadores con una tropa de caballeros para celebrar un funeral de aniversario en Valladolid. Imagino que quiere escenificar un acto fastuoso, a saber con qué segundas intenciones. Yo le he contestado que no tengo dinero para pagar tanto, y que si quiere caballeros, él, que tanto amaba a su esposa, vale por mil. Eso sí, le he pedido al provincial de los dominicos que diga una misa bien solemne por ella. Y a mi abogado en Castilla, Rodrigo Falcón, que ayude a Enrique con sus asuntos de la herencia y, de paso, me haga llegar

mi manutención.

Los primos siguen pisando fuerte en Castilla desde su corte en Medina. Han expulsado a Álvaro de Luna y sus partidarios llevan las riendas del gobierno. Es el estilo de Enrique: golpe de fuerza, hechos consumados. Mi hermano sigue rumiando sus penas, solo y acorralado… ¡Ay, si Mom levantara la cabeza! Creo que daría un grito, cogería a Juan por el cogote y le diría una palabra bien fuerte, en inglés.

Mientras Alfonso sigue conquistando ciudades en Italia, este año yo he atado matrimonios a distancia. Estoy reuniendo dinero para la dote de Toda Centelles, hija de nuestro mayordomo en Valencia, Eymerich Centelles. Toda es una niña todavía, pero la quiero dotar bien. Tengo una partida de dinero de los censales de Castellón de la Plana que voy a reservar y a darle rendimiento gracias a lo aprendido de los judíos. Son diez mil sueldos, y le he pedido a un mercader de confianza, Antoni Pellicer, que los invierta bien. Pero los jurados remolonean, o quizá son ellos quienes quieren jugar con este dinero. La dote de Toda Centelles me ha dado quebraderos de cabeza durante meses.

En Barcelona he casado a Florensa de Fontcuberta con el caballero Joan Devallguarnera. Pocas jóvenes han sido tan bien dotadas y recomendadas. Las doncellas de mi casa hablaron de la boda durante días, entre entusiastas y envidiosas. Pedí a Pere Massana que consiguiera un préstamo de mil florines para el vestido de novia y las joyas: collar y ajorcas de oro, una falda de terciopelo carmesí, cota de terciopelo negro forrado con piel de marta… Florensa apareció en el altar radiante como una princesa y todas las damas de Barcelona lo comentaron. Las muchachas sueñan con una boda así algún día. Me dejarán cuando me haya acostumbrado a ellas y las haya llegado a querer. Al final, me quedaré con las viejas, las viudas y las beguinas… Tan solitarias, secas y endurecidas como yo misma.

Pero Florensa no ha sido feliz mucho tiempo. Pocos meses después de la boda recibí sus quejas porque ha tenido que pagar unas ropas a Pere Massana, y porque le pesa llevar la casa, y porque su tío el abad ha muerto y su marido y su suegro no la tratan bien.

Qué sueño la boda y ¡qué amargo despertar el matrimonio! Florensa se había acostumbrado a la vida cortesana, tan variada, tan movida… y tan fácil para una doncella bonita sin responsabilidades. Nunca se tuvo que preocupar por el dinero, los criados, las compras y los pagos. Me tuvo a mí como ejemplo, cada día, pero nadie aprende por la experiencia ajena, otra cosa que he aprendido con los años. Tenemos que enfrentamos con la realidad. Y, entonces, ser fuertes y no abandonar la luz de la fe, la luz de la justicia, la luz del bien. Es lo único que podemos hacer para no dejamos abatir. Así se lo he escrito. Florensa, hija, deja a un lado los lamentos. Sé agradecida con tu esposo y tu suegro. Deja a un lado, también, las compañías dudosas, como la de esa dama, Francesca, que te llevará por mal camino.

Comienzas a ocuparte de una casa y su administración. Haz todo lo que puedas por ganar buen renombre y fama de noble mujer; si te equivocas y no reconoces a quienes estás obligada, lo perderás todo.

Consejos de una madre que no es madre. Aún me viene el sangrado y algunas noches, loca de mí, sueño con darle un hijo a Alfonso. Pero no soy buena para nada. Este año ha sido como una primavera interminable: días de sol y de tormentas, días de salud y días de desmayos que me dejan medio muerta durante una semana o más. Echo de menos Barcelona, ¿quién lo hubiera dicho hace unos años? Añoro a las damas amigas, pese a que al menos recibo sus cartas. La abadesa de las predicadoras y sus monjas rezan por mí. Estefanía Sarroca, Joana Catalana y sus amigas beguinas también me encomiendan en sus oraciones. Yo se lo agradezco y añoro una buena conversación con ellas. Leer y conversar con mujeres sabias son casi los únicos placeres que me quedan. También disfruto comiendo algunos caprichos: ciruelas dulces, confites, carne de faisán regada con un buen vaso de vino dulce. Pero como casi todo me sienta mal y me produce dolor de barriga, caras me salen las delicias culinaria. El cocinero, la panadera, Sofía y sus ayudantes ya no saben qué más inventar. Los médicos se han cansado de sangrarme y purgarme. Gabriel García ha llegado a la conclusión de que moriría desangrada si me tuvieran que rajar cada vez que caigo

desplomada al suelo o me viene un ataque de melancolía. Recuerdo a María Oto, la partera de Toledo, y a Antonia de Santa Sofía, la física de Tortosa. Ellas no eran amigas de sangrar y purgar. Decían que lo único que necesitaba era ganar peso y fuerza. Buena comida, buen amor. De esto último hace demasiados años que ayuno.

49.
La conquista de Nápoles

¡Alfonso ha conquistado Nápoles! Por segunda vez. Los cronistas cantarán la hazaña revistiéndola de poesía. Releo su carta: las tropas, bien alineadas ante la ciudad, hombres a caballo, hombres a pie. De madrugada, asalto heroico, batalla fuerte, rendición.

Más tarde he sabido que todo fue gracias a una estratagema. Unos soldados averiguaron por dónde se podía entrar a la ciudad, a escondidas, utilizando unas minas de agua subterráneas que abastecen varios pozos. Una mujer, Ciccarella, dejó entrar a doscientos soldados por el pozo de su casa. Como la Rajab de Jericó que dejó pasar a los espías de Josué antes de la conquista y después los ocultó. Ciccarella… Quién sabe, quizá también es una prostituta. Y unas monjas ayudaron a muchos guerreros a subir por los muros de su convento, adosado a la muralla, lanzándoles cuerdas. Mujeres de Dios, mujeres de la vida… ¡Todas ayudan!

Sí, los juglares y los cronistas cantarán una victoria gloriosa, pero detrás de la conquista siempre hay trampas, engaños, subterfugios y miedos. René de Anjou ha huido como un perro cobarde. El pueblo, unos encerrados en las casas y otros ayudando a los invasores, con tal de salvar la piel se rinde sin mucha resistencia. También los nobles y señores, pues más vale conservar la vida. Los hombres de Alfonso se han lanzado al saqueo, pero mi señor ha prohibido el asesinato y las violaciones. ¡Siempre magnánimo!

Miedo, trampas y juegos sucios. Y, después, mi amado desfilará por las calles de Nápoles, bajo palio y montado en su caballo, coronado como un Julio César y rodeado de pompa y honores.

Desfilará como un héroe, creyendo que lo es. Mi héroe.

El gentío lo amará y él querrá quedarse. Sé que se quedará, mi corazón no me engaña, pero no puedo ni tan siquiera pensarlo. ¡No, no puedo! Debo esperar, debo esperar y no dejar de llamarlo. Vendrá, vendrá un día. Aunque sólo sea para visitarme. Vendrá. Si no lo creyera, me volvería loca.

Me moriría.

Año del Señor de 1442.

En medio del camino de mi vida, como dice aquel poeta italiano que seguramente Alfonso ha leído, me encontré en una selva oscura. No tan perdida como aprisionada. En aquel año de gracia de 1442 en que Alfonso conquistó Nápoles por segunda vez, tuve que navegar entre las aguas turbulentas de unas cortes inacabadas y fallidas.

La victoria de Alfonso me infundió fuerzas, como si una parte de su triunfo me contagiara la salud necesaria para reavivarme. Quizá porque secretamente confiaba en su regreso, aunque sólo fuera para visitar sus reinos hispanos. Ah, una vez que estuviera aquí, ya encontraríamos la manera de retenerlo. Y aunque volviera a Italia, al menos yo podría gozar de unos días, unas semanas preciosas para encontrarme con él nuevamente. Para apretarle la mano si no podía abrazarlo entero, para beber su rostro con la mirada, para sentir el fuego de su presencia. Alfonso seguía siendo el sol de esta pobre luna oscurecida y triste.

Mientras él consolidaba su corte en Italia, la familia Anjou se lamía las heridas en Francia y conspiraba contra él. Pronto movieron pieza en el tablero de juego de la guerra. María, hermana de René, era la esposa del rey Carlos. Y el rey francés envió tropas a Tolosa para atacar nuestras fronteras pirenaicas como represalia por Nápoles. Había que responder defendiendo los territorios amenazados, otra vez. En Zaragoza, a primeros de agosto, recibí la visita de tres diputados del General de Cataluña pidiendo ayuda y que se convocaran cortes con urgencia. Entre ellos estaba Andreu de Biure, un noble de Barcelona que me hizo una propuesta de parte del abad de Montserrat. Ochenta mil florines por anticipado, señora. Al contado y sin dilaciones. La Iglesia es pudiente y paga

deprisa. Pero yo estaba desengañada. ¿Será posible obtenerlos de inmediato? De Biure torció el gesto. Tendrán que aprobarlo las cortes, pero…

Convoqué cortes catalanas desde Zaragoza. Como después tenía que hacerlo en Valencia, decidí celebrarlas en Ulldecona, población que me venía de paso. Como era de esperar, las protestas no tardaron en surgir. Llegué a Ulldecona a finales de agosto. Mande que las cortes fueran anunciadas y prorrogadas de diez en diez días a toque de trompeta. El 7 de septiembre, el primer día, se reunieron en la iglesia ocho personas: dos clérigos de Tortosa, dos nobles y cuatro síndicos, dos de Ulldecona, uno de Tortosa y el otro de Barcelona. Imposible celebrar cortes con una representación tan ínfima. Un mes después todavía fuimos menos: un prelado y los cuatro síndicos. ¡Qué desolación! Así que decidí trasladar la corte a Tortosa y me desplacé hasta allí con mi séquito.

En Tortosa me alojé en el convento de los frailes menores, que nos cedieron su refectorio para celebrar las sesiones. Allí, a mediados de octubre, conseguí reunir un mayor número de representantes. Había pocos nobles, y no más clérigos, pero de las ciudades se reunió un buen grupo que venía con la ley bajo el brazo y con ganas de brega. Sólo de ver sus rostros ceñudos bajo los bonetes se me hizo un nudo en el estómago.

Resolví que las cortes se iniciaran con una misa cantada en invocación al Espíritu Santo, para que nos iluminara. No sé si lo hizo, pero ciertamente a mí me dio fuerzas. Los cánticos de los monjes, tomar el cuerpo de Nuestro Señor y los breves instantes de plegaria bajo las bóvedas bañadas de luz me inspiraron. Recordé a Mom, a doña Leonor, a la reina Violante… y finalmente a papá, con aquel rostro afilado que amaba, encerrado en la estatua de oro del alcázar de mi niñez. Ataviada de negro y con las joyas de oro, presidí la corte sentada en el solio real y abrí la sesión de pie, hablando con voz fuerte y clara.

Como me resultaba más fácil, hablé en castellano, ignorando las caras largas de los consejeros. ¡Qué me importaba! Era la esposa de un rey conquistador y magnánimo, y aquel día mi corazón también era grande y fuerte como el de una leona.

Con paciencia escuché la traducción al catalán que el notario hizo de mi breve discurso. Las cortes estaban más que justificadas:

habiendo tenido noticia de los movimientos de gentes armadas que amenazaban nuestra frontera, era preciso disponer todo lo necesario para la defensa del principado.

El primero en responder fue Simón, el obispo de Barcelona, hombre de Iglesia y hombre de buena palabra. Se alargó y nos agotó con un parlamento florido y cortés. Quizá quería halagarme, pero vino a decir que el príncipe —no dijo rey— estaba mal aconsejado y que la seguridad del pueblo dependía de él. ¿Era una forma de reclamar su regreso? ¿Un reproche educado? Los síndicos de las ciudades no fueron tan amables. Protestaban por todo: por el lugar, por la fecha, por la manera en que habían sido convocadas las cortes, por el tema que tratábamos… No se podían convocar cortes para tocar un solo tema; había que revisar los agravios; no se había avisado del cambio de lugar con suficiente antelación, ni por carta… En resumen, la reina volvía a ofender y a ignorar los usos, costumbres, privilegios y libertades del principado y de los brazos. ¡Todo estaba mal!

Me armé de paciencia. A finales de noviembre celebramos una nueva sesión y esta vez me aseguré de ir bien acompañada. Conmigo estaban el obispo de Lérida, García, y el gobernador de Cataluña, Galzeran de Requesens, con un grupo de doctores en leyes y consejeros. Nuestro Señor me conservó la salud y la energía para volver a presidir la sesión, pero pedí al protonotario que leyera en catalán mi respuesta a las reclamaciones de los síndicos. La voz sonora y pausada de Ramon Batlle fue dejando caer mis argumentos, uno tras otro. Las cortes respondían a una causa urgente y necesaria; se habían guardado las formas y otras veces se habían decidido cambios sin tener que enviar cartas a todo el mundo. ¿Es que no entendían que la defensa del país era lo más urgente en aquellos momentos?

No conseguí nada. Los consejeros de Barcelona no estaban ociosos y también movían sus hilos. Habían escrito al preboste de París y enviado espías y delegados a Francia. Un mercader llegó con noticias de París: René de Anjou estaba en Marsella y las tropas que supuestamente amenazaban nuestras fronteras se habían dispersado. No había peligro alguno, decía. Por otra parte, los consejeros se oponían a la oferta de préstamo que me había hecho el abad de Montserrat. Adiós a los ochenta mil florines que

necesitaba como agua de mayo…

¡Qué calvario! El obispo García me aconsejó no enfrentarme a los síndicos y me sentí sola, muy sola y sin potestad alguna. ¿Dónde estaba aquel cetro de la Celtiberia que tanto había ponderado el abad Marc, años atrás? Ni cetro ni poder. Y la Celtiberia, dividida. Los juristas de mi consejo me daban la razón, pero los de Barcelona tenían las suyas. Era una batalla legal, un pulso entre la reina y la ciudad, entre la voluntad real y el peso de las tradiciones, usos y costumbres de una tierra hecha a su medida. Joan Fiveller había muerto, pero sus sucesores eran una generación combativa. Los consejeros de Barcelona podían bloquear una corte. Y, sin la corte, la Diputación del General no podía subvencionar las empresas del rey. Barcelona tenía las llaves.

Pasé la Navidad allí, en Tortosa. La noche del 24 de diciembre fui a misa y los cánticos de los monjes sosegaron mi espíritu. Si el niño Dios podía nacer pobre en un pesebre, una reina sola, enferma y perdida en medio de la selva de su vida también podía soportar un poco de pobreza, deudas, quejas de acreedores y de criados mal pagados.

¡Volvemos a Valencia!, anuncié a mis doncellas. ¡Volvamos, señora! A ellas también les gustaba más aquella tierra, el palacio árabe con sus jardines y la hospitalidad de la ciudad abrazada por el río y el mar. Convoqué la siguiente sesión de cortes catalanas para el mes de mayo. El 12 de febrero, día de Santa Eulalia, clausuré aquella sucesión de cortes fallidas. Seis meses de discusiones estériles y de un tira y afloja entre consejeros y diputados. Todos orgullosos y sin la intención de ceder un palmo. Todos libres, todos honorables, todos soberanos manejando la ley como espada de doble filo. A la hora de la verdad, como en la batalla campal, lo que cuenta es la fuerza. La fuerza de los brazos, la fuerza del hombre, la fuerza del dinero. ¡Siempre el dinero!

50.
AÑO DE TINIEBLAS Y DE LUZ

Aquel año de 1443 fue el año de la luz y las tinieblas. Tú ibas conquistando ciudades en Italia. De triunfo en triunfo. Mientras, yo iba de corte en corte, fallida o bloqueada, de fracaso en fracaso.

Tú desfilabas por las calles de Nápoles con un carro adornado con laurel, bajo palio, pisando pétalos de flores y aclamado por las damas italianas, envueltas en brocado y seda, que te saludaban desde los balcones de los palacios. Tus mensajeros me lo explicaron. Sí, entraste en tu ciudad como un emperador triunfante, como aquellos generales romanos que tanto admirabas, seguido por más de cuarenta príncipes, duques y condes, y por una carroza donde se había montado un castillo habitado por cuatro doncellas hermosísimas, símbolo de las cuatro virtudes. Virtud, belleza y esplendor. En el castillo de Capua te recibieron tus hijas, María y Leonor, y tu hijo, Ferrante, a quien hiciste desfilar contigo como heredero. ¡Los hijos que yo no te he podido dar!

Mientras tanto, yo me desplazaba, triste y enferma, con mi caravana de doncellas mal pagadas, pajes, médicos y consejeros resignados, por los caminos pedregosos de nuestros reinos hispanos. De estas tierras que también son mías, pero que nunca me acogerán como a una hija suya.

¡Hubiera deseado huir, subir a bordo de una galera y venir a tu lado! Tenía hambre de luz. Pero las tinieblas me envolvían; la oscuridad más profunda y la más temible.

Si hay un crimen detestable, por encima de todos, es la brujería negra. Y aún es peor si quien la ejerce es un hombre de Dios. Ya estaba en Valencia cuando me llegaron las cartas de los consejeros

de Barcelona. El ciudadano Bernat Turell estaba pagando a unos frailes para que lanzaran hechizos contra su rival, Bernat Calva. Todo para acceder al cargo de veguero. Respondí de inmediato. La justicia contra algo así debe ser implacable. Pedí que todos fueran detenidos, frailes y caballero, y colgados en la horca.

Sabía que los acusados recurrirían a ti. Eran gente de familias ricas e influyentes. Sabía que pedirían tu favor. Y sabía que te ofrecerían un buen precio. Alfonso, ¡en esto no deberías ceder! Si dejamos sin castigo a los hombres que mueven las fuerzas malignas, aquellas que no son de este mundo…, ¿quién podrá vivir seguro?

Ay, Alfonso, ¡qué fácil es comprarte! Sólo necesitas buenas palabras, elocuencia, un poco de halagos… ¡y dinero! Dinero para pagar la belleza que tanto amas. Dicen los frailes que la belleza es cosa espiritual, y que no tiene precio. Pero yo sé de cierto que sí lo tiene. El arte es amigo del oro. La belleza se ve, se toca y se compra. Y es Cara. ¡Qué fácil es comprarte cuando has vendido el alma a una amante tan caprichosa!

Y yo, mientras, buscando dinero para ti, aquí y allá, aguantando bromas y comentarios mordaces. ¡Qué vergüenza! En la corte valenciana no he salido mejor parada que en Tortosa con los catalanes. Aquí todos se quejan: la tierra es pobre, la ciudad está asfixiada, los jurados no quieren soltar ni un florín. No tienen pan para sus hijos y tienen que alimentar a las rameras italianas de un rey que no se digna a visitar su tierra. No, no te lo diré por carta. No quiero ofenderte. Me tragaré yo sola el veneno. Pero quiero que lo sepas.

Tampoco sé si te podré enviar las joyas empeñadas que me has pedido. ¿No te han regalado suficientes los príncipes italianos? Haré lo que pueda. Tu esposa se tiñe los briales para ahorrar dinero y no encargar nuevos, pero tú quieres ir bien coronado en los desfiles por las calles de Nápoles. Eres el rey magnánimo y en tu corazón grande no caben mezquindades ni ahorros. ¡Todo debe ser grande!

Te escribo tan a menudo para que sepas la verdad. Te explicarán otras historias. Dirán que la reina exagera o que no está en sus cabales. Siempre enferma, al final se le ha sorbido el seso. Demasiado obsesionada, no tiene en cuenta los usos y costumbres y privilegios de la tierra. Oh, lo sé de sobra. Vendrán los señores catalanes a ofrecerte dinero para comprar tu justicia. ¡Pero la

justicia no tiene precio!

Déjame, al menos, ser justa. No puedo ser esposa, no puedo ser madre, no puedo amarte de cerca, no hago más que obedecer, y sólo te hablo siempre por carta. Déjame, al menos, tener la conciencia limpia. Déjame ser reina.

De un tiempo para aquí la oscuridad me envuelve. ¡Tengo hambre de luz! Y hambre de ti. Vuelvo a estar enferma. Valencia no me ha curado esta vez. El verano ha sido largo y caluroso, me siento débil y he perdido el apetito.

La oscuridad. De vez en cuando siento una presencia malvada. Sueño con sombras que me persiguen y oigo voces que me hielan la sangre. ¿Será la venganza de los brujos de Barcelona? ¿Quizá me han hechizado? Temo… Temo, tengo miedo, y se lo he explicado a mi confesor. Gallach me ha mirado con espanto y luego se ha apresurado a negarlo. No, señora, ¡no penséis en eso! Vos sois una buena cristiana y Nuestro Señor os protege. Me ha rogado que me encomiende a la Santísima Virgen y a la Divina Trinidad, y así lo he hecho. Rezando padrenuestros con Violinquina e Isabel parece que las sombras huyen, y el miedo también.

Después sé que Gallach ha hablado con los médicos, pues éstos me dicen que tengo que comer más, que las voces y las visiones pueden ser cosa del ayuno y la flaqueza. Ah, como si no tuviera bastante con mis desmayos, mis caídas, mis náuseas…, ahora la imaginación me quiere castigar. ¿Por qué Nuestro Señor me envía tantas pruebas? No soy tan fuerte.

Pero las doncellas dicen que sí, que soy fuerte. Fuerte y valiente. Al menos, para hacer justicia. Para poner orden en los conventos y para defender a los pobres; para hacer frente a los piratas y reparar agravios. Ah, Alfonso, las cartas no lo cuentan todo. Contienen las palabras, pero no la voz. Llevan hechos, pero no el corazón.

Estamos en vísperas de Navidad. Hace frío, los árboles están desnudos y el mar que diviso desde aquí, de las almenas del castillo, está sereno y oscuro como un manto púrpura.

De una cosa estoy contenta, y es que terminamos el año con una promesa de paz. Una vez más, el cardenal Pere de Foix y yo hemos aunado esfuerzos para llegar a un acuerdo. Hemos firmado una

tregua con René de Anjou. Nuestros reinos hacen las paces con Provenza y sus ciudades. La herida de Marsella se cierra poco a poco, y así tienes las manos libres para afianzar Nápoles.

Le he pedido a mi secretario que me dejara acabar la última carta. Hace muchas semanas que no me escribes y me angustia no saber nada de ti. Te he explicado todas las noticias pero, al final, no he podido ocultarte mi deseo. Si no quieres venir, ¡por lo menos escríbeme! Consuélame por carta, ya que no lo haces en persona. He tomado la pluma y he escrito las últimas líneas.

> ¡Ay, señor! ¡Que Dios os perdone que me hacéis desear vuestras letras con tanta pena y angustia! Por vuestra merced, no os excuséis de tan poco trabajo.

51.
DESAMORES

En el año de 1443, en Valencia, acogí en mi casa a algunas damas nuevas. Dos eran de linaje noble, una jovencita, la otra no tanto; las dos bellas, las dos virtuosas; una soñaba con casarse, la otra vivía desengañada por un matrimonio fracasado. Pronto se hicieron amigas de mis camareras: Leonor Sagre, Isabel Colom, Violina e Isabel de Villena.

Damiata de Montpalau, hermana de Joanot Martorell, caballero poeta, amigo del juego y la bulla, se había casado en secreto con Joan de Montpalau, pero éste se había cansado de ella y la había repudiado. Ahora las dos familias pleiteaban. Joanot, que estaba en Inglaterra —quizás huyendo de sus acreedores— había desafiado a un duelo al marido infiel para defender el honor de su hermana, pero Montpalau había hecho oídos sordos y no quiso devolver la dote de su esposa. Por eso la pobre Damiata, que no quería recluirse en un convento, entró en mi casa recomendada por su familia.

La otra doncella era Toda, hija de Aymerich Centelles, el mayordomo de la casa real en Valencia. Su dote es la que me había ocasionado no pocas preocupaciones. El caso es que estaba prometida a un primo suyo y, mientras esperaba a tener su sangrado y la dispensa papal, también entró a mi servicio. Toda Centelles era una jovencita sonriente y amiga del lujo, pero su dulzura y bondad de corazón la hicieron amable a todo el mundo. Apasionada de la lectura, enseguida me pidió algunos libros. Los devoraba y después los comentábamos. Con Isabel conversaba sobre las lecturas espirituales, pero Toda saboreaba todo tipo de escritos, también los mundanos. Ella me animó a ampliar mi biblioteca.

Violina seguía soñando, como yo, un sueño sin futuro. Yo alimentaba una secreta esperanza, tan loca como la suya. Si Alfonso no puede venir, me pedirá que vaya yo, aunque sólo sea una vez. ¡Tenía tantas ganas de despachar los asuntos de Valencia, Cataluña, Mallorca y las fronteras! Violina soñaba con su hermoso poeta, que estaba casado en segundas nupcias, pero que, según las malas lenguas, amaba más los caballos, los halcones y la pluma que el lecho conyugal. Había más amor en sus versos que en su vida, y era un señor riguroso con sus vasallos que llevaba con mano de hierro la administración de sus propiedades. Violina quizá confiaba en que su héroe enviudara de nuevo y entonces se fijara en ella. Con más de treinta años, era la única de mis doncellas que no quería casarse. O con él, o con nadie, decía, en su desesperada ilusión, y me recordaba a mí misma cuando me enfrenté a mi madre. O Alfonso, o nadie.

Damiata la obligaba a ser realista: ¡No te fíes de los poetas! Mi hermano lo es, y no es mejor que mi marido. Mucha letra, mucha promesa y grandilocuencia, pero poco compromiso, decía. Buen juglar, mal marido, sentenciaba Leonor. Pero Violina no quería escucharlas. Una tarde, Isabel de Villena intervino en la conversación, ella, que solía hablar muy poco de amores y desamores aunque tenía fuego en los ojos y todas sospechábamos que escondía un corazón ardiente tras aquella apariencia tan fría, tan serena. Habló como una anciana sabia: Hay amores que son como poner dinero en un mal negocio. Al final, lo pierdes todo y te queda el corazón roto y vacío. Más vale poner el corazón en un amor que no falle, un amor seguro, que te dé el ciento por el uno. Por un amor así, ¡vale la pena sacrificar todos los demás!

Violina la miró con dureza. ¿Y qué sabes tú? Isabel bajó el rostro con modestia. Yo sólo sé que hay un amor que nunca falla. Ese es el que yo quisiera para mí. ¿De qué amor hablas?, preguntó Toda con aire inocente. Isabel no respondió, pero las mayores lo adivinamos. Todas las mujeres de mi casa prestan atención a lo que dice fray Pere Queralt, el franciscano que viene a decir misa a la capilla de palacio. Todas han leído algún libro devoto o han escuchado los sermones de los predicadores. Me han escuchado a mí quejándome y refugiándome en el amor sufriente de Aquel que nunca nos abandona. Ah, Isabel. Tu corazón está en un buen depósito, pero no

todos los corazones son tan valientes. El alma es pura, pero la carne pesa y la sangre hierve.

Desamores. Damiata y Violina me recuerdan a mí misma cuando era más joven. Violina sueña con su poeta, y yo también sueño. Sueño que navego hacia Nápoles, meciéndome en una galera que cruza la muerte vestida de agua. Sueño en ese Castel Nuovo que jamás he visto, pero que conozco en mi imaginación y por lo que me han explicado los delegados. Sueño que vuelvo a abrazar a Alfonso… ¡Ah, cinco noches! Las recuerdo muy bien, todas ellas. Cinco únicas noches en las que mi esposo me hizo suya. Cinco noches para sostener más de veinte años de matrimonio, agrietado por las guerras y las ausencias. Estas cinco noches son cinco hebras invisibles, pero fortísimas, que unen el velo agujereado de mi matrimonio. Como los cinco dedos de una mano que se esfuerza para no perder lo poco que tiene. Uña mano que se extiende y querría abarcarlo todo, recogerlo todo, abrazarlo todo.

Un abrazo más. ¡Ay!, no pido otra cosa. Un abrazo antes de morir, tú y yo.

Hace pocas noches me desperté de repente. El corazón me latía con fuerza, como un tambor frenético. Había soñado con él. Volvía a abrazarlo bajo un techo con artesonado de oro y púrpura, con cruces y flores de lis. Él me besaba… ¡Y qué fuego a ras de labios! El deber de una reina es dar hijos al rey. Aún no lo había cumplido, mas todavía podía hacerlo… Aún tengo la sangre de las mujeres. ¡Aún estamos a tiempo! Entonces cayó sobre mí una certeza, fría y punzante como un tajo de espada: el rey ya tiene tres hijos. «Tres hijos, señora, dos doncellas y un muchacho, como vuestra madre», recordé. Madona Flor y su profecía. Alfonso, coronado en Nápoles, va acompañado del infante. Las dos princesas salen a recibirlo vestidas de blanco y rosa, con guirnaldas de flores en la frente. El rey ya tiene tres hijos…, entre ellos un heredero que ha desfilado con él por las calles de la ciudad conquistada entre aclamaciones y lluvia de flores. El rey ya tiene tres hijos. ¡Pero no son míos!

No volverá. La certeza era punzante y fría como un tajo de espada. Se me hizo un nudo en la garganta. Me asfixiaba. No volverá… ¿Por qué habría de hacerlo? Tosí. Leonor, llamé, con un hilo de voz. La camarera me oyó desde la alcoba anexa y apareció al instante con una candela de aceite temblando en su mano. Yo

temblaba en el lecho, bañada en sudor y espanto. Leonor, me ahogo… Ella corrió hacia la mesita de los remedios, que siempre tengo cerca, y llenó un vaso de agua en el que vertió tres gotas de jarabe. Bebí, y luego empecé a llorar. ¿Qué tenéis, señora? Nada, nada… «No volverá», me repetía a mí misma. Ella me abrazó y yo me arrebujé contra aquel pecho blando bajo la camisa de dormir. Leonor tiene cuerpo de madre y me dejo abrazar por ella, cada vez más a menudo, sobre todo cuando estoy enferma y me vienen los escalofríos y los desmayos. Tengo hambre de calor, ¡y tanto frío dentro!

52.
JUSTICIA, BRUJERÍA Y CASTILLA EN FUEGO

Las obras del convento de la Trinidad siguen su curso. A menudo me acerco para ver cómo avanzan y las damas me acompañan. Isabel de Villena mira con ansia de enamorada los muros que poco a poco se van levantando, los arcos de las ventanas que se perfilan, los pilares del futuro claustro. Observa cómo los picapedreros golpean la piedra, los andamios donde los obreros suben capazos de cal y canto, las cimbras que sostienen los arcos. A veces murmura alguna frase de los Evangelios. Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia. ¡Qué bien se entiende lo que quería decir Nuestro Señor contemplando la construcción de una iglesia nueva! Construir una capilla, levantar un monasterio, es como levantar un alma y forjar una vida.

Nosotros somos como las piedras, comentó Isabel una tarde. Necesitamos someternos al martillo de Nuestro Señor para alcanzar una forma bella y con sentido. La vida nos va puliendo, repuse yo, y las damas que estaban a mi lado estuvieron de acuerdo. Entonces Toda intervino: ¿Y qué sucede cuando el martillo pica demasiado fuerte y la piedra se rompe?

Guardamos un silencio incómodo. Pensábamos, a buen seguro, en los martillazos que nos resultan demasiado fuertes, en las esquirlas y las grietas que llevamos en el cuerpo y en el alma. Fue la misma Isabel, tan joven, tan llena de sensatez, la que respondió: Nuestro Señor puede escribir recto con renglones torcidos. Para él no hay ninguna piedra desechada. Él lo aprovecha todo. La piedra rehusada por los albañiles se convierte en piedra angular…

A veces me parece que, a mí, los martillazos me endurecen. O

quizá sean los años, ¿quién sabe? El año de gracia de 1444 mandé ahorcar a dos hombres en Valencia. Toda la ciudad lo comentó: ¡Qué espectáculo, ver a un hombre colgado! La justicia más extrema, la justicia vestida de muerte. Mis damas hablaron de ello durante mucho tiempo. Yo les expliqué el caso, porque sabía que ellas a su vez lo comentarían en todas las casas, y los criados lo divulgarían por las tiendas y por la calle. La verdad siempre debe salir a la luz.

Todo había empezado con una muerte. Un asesinato sin esclarecer en el seno de una familia, los Saranyana, con dos hermanos peleados por la herencia del padre muerto. La disputa terminó con la muerte de uno y toda la heredad fue a parar a manos del otro. Meses más tarde, alguien habló, un sacerdote preso en la cárcel, apodado *el obispo moro*, quizá porque tenía antepasados moriscos y porque lo habían acusado de un crimen oscuro, aunque no se pudo demostrar: brujería. Mosén Janer buscaba cómo de salir de prisión y decidió explicar lo que sabía. Saranyana, el vivo, había matado a su hermano por la herencia. Era culpable y se lo había revelado al capellán en secreto de confesión. Tan pronto como lo supe, moví los hilos de la justicia. Saranyana fue procesado, descubierto, condenado y colgado ante el palacio del gobierno. Asistí al acto con mi séquito de pajes y damas, vestida de duelo porque, finalmente, era la muerte de un vasallo, aunque en este caso vergonzosa. A mi alrededor se juntó buena parte de los jurados de la ciudad, muchos de ellos con cara de circunstancias, algunos muy pálidos y acongojados. Yo aguanté firme y sin parpadear mientras el verdugo tapaba la cabeza del condenado con una capucha y le pasaba el nudo de la soga por el cuello. Aún tengo grabados en la mente aquellos pies que se agitaban desesperados en una danza patética, como si quisieran volar y escapar y, de repente, la languidez del cuerpo muerto, balanceándose sobre el patíbulo. Y los gritos del gentío. ¿Dicen que la justicia es cruel? El corazón del pueblo es aún más cruel cuando todos los corazones se funden en uno y el odio de todas las almas se junta para vociferar ante el reo. El condenado, de golpe, se convierte en el culpable, no sólo del crimen por el que es acusado, sino de todos los crímenes del mundo. Es culpable de todos los males, todas las injusticias, todas las desgracias que afligen y castigan al pueblo. De vez en cuando, el

pueblo necesita culpables para que afloren su rabia y su odio, y necesita ejecuciones públicas, como una chimenea que desaloja el humo de la casa. Tanto como un torneo, una fiesta o una procesión de penitentes, el pueblo necesita, de vez en cuando, un condenado a la horca.

Más tarde, de regreso a palacio, una tristeza inmensa me inundó y las fuerzas me abandonaron. Entré en mis estancias del brazo de Toda y Leonor. Isabel de Villena me esperaba allí, leyendo. No había querido venir y le permití quedarse. Con ella estaba Violina, que bordaba. Isabel y Violina eran demasiado tiernas para el odio. Demasiado tiernas para la justicia implacable.

No me dijeron nada, pero cuando me miraron yo rompí a llorar. ¿Qué tenéis, señora?, exclamó Toda, alarmada. Vamos a la cama, señora, dijo Leonor, que ya conocía mis altibajos. Violina, trae el jarabe y agua fría. Y llama a mosén Gallach.

A Gallach, que vino más tarde a verme junto al lecho, se lo expliqué. La reina debe hacer justicia, y no me tiembla la mano. Pero el corazón es débil… Me llevé la mano al pecho, oprimiéndolo con la cruz de plata. ¿Creéis que me gusta enviar a un hombre a la muerte? Y son ya unos cuantos los que tengo en mi haber… Que Nuestro Señor me perdone. Cada muerto me pesa. Sé que debía hacerlo, ¡pero me pesa!

Mosén Gallach me absolvió haciendo la señal de la cruz sobre mi frente, sin decir palabra. A veces no sé si es que no me entiende o que tal vez me entiende demasiado bien.

Un mes después, el capellán Janer también fue ahorcado. Si creía que revelando un delito se podía salvar, andaba errado. Aparte de por brujería, era convicto por otro crimen: había revelado un secreto de confesión, lo que significaba traición a su ministerio sagrado de hombre de religión. ¡Un crimen para desvelar otro crimen! ¿Cómo resolver un conflicto imposible? Dicen que el gran Alejandro deshizo un famoso nudo de tres vueltas con un golpe de espada. Yo lo resolví con dos nudos y la horca.

Soy enérgica en la justicia, pero en las cortes me siento impotente. Valencia, que tan favorable era a su rey, tan complaciente con la reina, se ha endurecido y ahora toma ejemplo de Cataluña y

Aragón. ¡Sólo me faltaba esto! Los jurados se enzarzan en discusiones, esgrimen ante mí leyes y usos antiguos, no se ponen de acuerdo, las sesiones se dilatan y los acuerdos se demoran. Alfonso, en Italia, espera dinero, los meses pasan y no llega la resolución.

¡Ay, Alfonso! ¡Cuán necesaria es tu presencia en tus reinos! Yo intento ser justa y poner paz, pero los hombres obedecen de mal grado a una mujer, aunque haga rodar cabezas. En Barcelona, por más que escribo a los consejeros una y otra vez, no hay manera de que respeten mi autoridad. El caso de Bernat Turell se alarga. Su culpa está bien demostrada, igual que la de los frailes brujos, pero Turell tiene amigos poderosos. Medio Consejo de Ciento lo apoya, y no sólo eso, sino que quieren destituir al inquisidor y al gobernador para nombrar a otros más afines, y tener a todas las autoridades de su parte. El obispo de Barcelona me ha escrito preocupado por la situación. Turell quiere comprarte la inocencia, pero un crimen tan espantoso no puede tolerarse. Después de escribirte a ti, esposo, he dictado otra carta a mi secretario. Esta vez, dirigida al Papa.

Alfonso no me escribe, no me responde, no me explica cómo le van las cosas. Menos mal que ahora tengo a una amiga cerca de él. Es Argentona, una dama de Barcelona casada con un caballero del rey. Ella es mi espía, mis ojos y mis orejas en la corte de Nápoles. Ella me detalla lo que no me cuentan Alfonso ni los delegados. Ella y el infante Ferrante, que va madurando y se está haciendo un lugar en las cortes italianas. El niño arrogante y vanidoso está aprendiendo a ser un caballero. Es curioso; ahora que está lejos de mí creo que he comenzado a quererlo. Cada vez que me escribe, mi corazón se anima, y no tardo ni un día en responder sus cartas, agradeciéndole la deferencia y dándole consejos de madre. Me explica más cosas personales él que su padre.

Alfonso, te necesitamos aquí. Tú pondrías paz y cordura en estas tierras, y a mí me curarías de esta tristeza que me devora por dentro. Castilla es un horno que arde, una olla hirviendo a punto de estallar. ¿Qué hacen tus hermanos? Arman tropas para recuperar sus pueblos y territorios en manos de Álvaro de Luna y los grandes. El infante Enrique tiene un favorito, Juan Pacheco, marqués de Villena. Es otro hombre fuerte que apuntala a un príncipe débil de

carácter voluble. Ah, ¡de tal padre, tal hijo! Pacheco azuza a nuestro sobrino para que se enfrente a tu hermano Juan. ¿Sabes qué ha contestado Juan? Pues ha dicho, alto y claro: *No entienda el rey de Castilla ni su hijo el príncipe que sí se hubiere de comenzar esta pelea que no meteremos las manos hasta los codos... y quien venciere reinará.* ¡Así, tal como te digo! Si estuvieran en un torneo, las lanzas saltarían por los aires y más de uno hubiera caído del caballo y rodado por tierra. Meterá las manos hasta los codos. Yo pensaba que Juan, más frío, contendría la furia de nuestro Enrique, pero ha sucedido lo contrario. El hermano que parecía más sensato se ha contagiado de la audacia y bravuconería del otro.

Y ahora resulta que María, la reina, y mi hermano, el rey, han tenido que firmar un pacto. ¿Un pacto entre marido y mujer? Lo llaman el pacto de Mojados, y la reina ha declarado que *considerando que el rey es su señor y marido, su cabeza y su honra, y puesto que Dios la ha querido juntar con él por casamiento y matrimonio, así mismo ha de ser una con él, de un solo corazón y una misma voluntad...* ¿De modo que la reina ha decidido no apoyar más a sus hermanos y ponerse del lado de su marido? Ah, María, ¿a qué juegas? Me acuerdo de cuando eras jovencita, cuando me acompañaste en los primeros tiempos de mi matrimonio con tía Leonor, tan dulce, tan risueña, tan afectuosa. Mana, ¿también a ti te han endurecido los golpes de la vida? ¿No has sido feliz con Juan? Al menos le has dado hijos… Dos niñas que ya murieron, pobrecillas, y este muchacho que no es muy normal pero que ya quiere jugar a ser rey y se deja seducir, como tu esposo, por nobles y favoritos. ¿Te has cansado de ser una reina sumisa, una esposa callada y sufriente? ¿Ha brotado en ti, al final, la vena temeraria de los Trastámara? Ay, prima querida, juegas con fuego. Juegas con fuego y te quemarás. ¿Acaso no oyes la vieja maldición, esa profecía que los envidiosos murmuran a media voz? Nuestro Señor los castigará… ¡Que Dios se apiade de nuestra familia!

53.
GUERRA, BODA Y TRES MUERTES SOSPECHOSAS

Alfonso, al final, decidió enviar a su canciller Luis de Puig como embajador a la corte castellana para poner paz. Y envió también a su protonotario, Ferrer Ram, y al maestro racional Guillem de Vic para negociar con los primos Juan y Enrique sobre los territorios que querían recuperar. Por mi parte, yo también mandé a Castilla a mi hombre de confianza, García, obispo de Lérida. Si él no lograba poner paz entre el rey castellano y los infantes de Aragón, nadie podría. Confiaba en él y, de no ser por las cortes valencianas y mil asuntos que tenía que resolver, yo misma hubiera viajado a Castilla. ¡Estaba dispuesta a plantar mi tienda allá donde fuera preciso para evitar la guerra!

Luis de Puig y el delegado de mi hermano, Gonzalo García de Santa María, firmaron una tregua. ¡Papel mojado! El notario y el maestro racional no tuvieron más suerte. Juan y Enrique se aprestaban para la batalla. Enrique atacó un castillo en Murcia y tomó como rehén a toda la población. Por intercesión mía, aceptó una tregua. Una tregua sólo para reponer fuerzas. Mientras tanto, Álvaro de Luna y Juan Pacheco llamaban a la gente a las armas en Castilla.

La guerra no sólo se libró en el campo.

En febrero recibí una noticia que me dejó helada: la prima Leonor, viuda del rey de Portugal, que vivía en el convento de Santo Domingo, en Toledo, había muerto de forma súbita. La monja que la atendía la encontró fría en su lecho al amanecer. Con los ojos abiertos de par en par y los labios y las manos de color azul.

Aún guardábamos duelo por Leonor cuando me llegó otra carta.

No habían pasado ni tres semanas. La reina María de Castilla también había muerto de repente. Los rumores, que ya circulaban discretamente, ahora corrieron por todas partes, como el griterío de una bandada de estorninos que levanta el vuelo. ¡No quería escucharlos! Pero los pajes, los caballeros y las damas no dejaban de murmurar. La reina de Castilla ha muerto envenenada, decían. Igual que su hermana Leonor. Las dos habían muerto de igual manera, sin estar enfermas, y en sus cuerpos era evidente la huella del veneno. El criminal puede actuar en secreto y esconder la mano, pero la ponzoña no es tan discreta. Cualquier médico, cualquier criada, puede ver las señales.

No hay cosa secreta que no salga a la luz. Nadie podía demostrarlo, pero en boca de todos corría un nombre. Álvaro de Luna era el responsable. ¿A quién, si no, podían beneficiar aquellas muertes? ¿Quién era el férreo defensor del rey Juan? ¿A quién molestaban aquellas reinas que querían mandar más que sus esposos, que habían abierto las puertas de palacio a los infantes guerreros, que amenazaban el poder de los favoritos y sus aliados? También se hablaba de Juan Pacheco, y de una conspiración para subir al trono al príncipe Enrique, e incluso de pactos secretos entre Álvaro de Luna y Portugal, para concertar otro matrimonio con el rey Juan.

¡Pobre prima María! Tú que pactabas la paz con tu propio marido, tú que nadabas a dos aguas, pensando que quizás podrías sacar un provecho, para ti, para tus hermanos, para tu hijo. Ya lo ves, María. Jugabas con fuego. Que Dios te perdone y que su santa madre, de quien llevamos el nombre, te acoja en su seno.

En el funeral solemne que se ofició en la catedral de Valencia no pude contener las lágrimas. Lloré cuando el obispo mencionaba el nombre de la muy excelente y alta señora, reina María de Castilla, dotada de tanta belleza y virtudes. ¡Pobre María! Yo sólo me acuerdo de ti de jovencita, con la inocencia de la doncella que sabe que se casará con un rey y todavía no sabe lo que eso significa. María no amaba a Juan. No como esposo, sí como primo. Siempre fue, para ella, el niño amable que todos podían manejar a su antojo. El melancólico, más amigo de la poesía que de la política, más amante de la música que del gobierno. Las malas lenguas dicen que te pusiste celosa de Álvaro de Luna. Y él, como un amante

resentido, se vengó con frialdad.

Días después me entró el miedo. Hice llamar a mi confesor, mosén Gallach. Vivía rodeada de médicos y pócimas…, y de pronto temí que alguien quisiera envenenarme. ¡Hubiera sido tan fácil! ¿Y si mis enfermedades eran intentos de acabar con mi vida? ¿Y si aquellos accidentes y desmayos a los que me había acostumbrado no eran naturales, sino el efecto de alguna mano conspiradora que, con hierbas y malicia, quería causarme daño? El miedo a sufrir un hechizo, quizás por parte de aquellos frailes de Barcelona, o un veneno por parte de algún otro enemigo, víctima de mi justicia, me asedió durante días y noches.

Mosén Gallach me tranquilizó. No temáis, señora. ¿Quién querría vuestra muerte? Sois una persona de paz, allí donde vais siempre buscáis la conciliación. Nunca habéis fomentado la división ni los bandos. Nadie quiere que muráis, ¡sois necesaria!

La mirada del sacerdote me estremeció. Me miraba con lástima y entendí lo que quería decirme detrás de aquellas palabras amables y llenas de razonamientos. En el fondo yo no era una amenaza para nadie. No molestaba porque tampoco era una pieza importante en el tablero de juego. A nadie le conviene mi muerte…, como tampoco le interesa mi vida. Es así. No es que sea necesaria, es que no soy peligrosa ni genero conflictos.

Gallach dijo más. Luego medité largamente sobre sus palabras. Sois una reina de paz. Y Nuestro Señor os protege porque siempre lo tenéis presente en vuestras decisiones. Él mismo lo dijo: «Quien a hierro mata, a hierro muere». Vos siempre habéis luchado por la paz, y la paz os acompañará siempre. Es vuestra mayor seguridad, señora: ser instrumento y artífice de reconciliación.

La muerte de Leonor y de María desató la furia de sus hermanos. Mientras yo encargaba misas por sus almas, Juan y Enrique iniciaron una guerra. Se metieron hasta los codos. En mayo atacaron Olmedo, Medina del Campo y otros pueblos, con la idea de recuperar la herencia de la *rica fembra*. Quien venza, reinará. Los primos se acordarían con amargura de aquella bravata. Venció el rey. Venció Pacheco. Venció Álvaro de Luna. Después de la batalla de Olmedo, Juan y Enrique se retiraron con sus tropas. Enrique

recibió una herida en la mano izquierda. Más tarde, en el campamento, cayó preso de unas fiebres virulentas. Al cabo de diez días murió.

¿Y Alfonso? Sus hermanos guerreaban y morían en los campos de Castilla. Y, cuando Juan y Enrique todavía se lamían las heridas de Olmedo, el día 30 de mayo, Alfonso casaba a su hijo Ferrante con Isabel Chiaramonte, hija del príncipe de Tarento. Mis cartas, en aquella primavera de 1444, eran una sucesión de felicitaciones y pésames. Ha muerto vuestra hermana… Os felicito por el matrimonio de vuestro hijo… El frío helado de la tumba y el calor de un banquete nupcial. ¡De todo esto se teje el tapiz de la vida! Una sucesión de llantos y de risas, batallas y banquetes, muertes y nacimientos, fiesta y duelo.

¿Qué nos queda? El alma, siempre el alma. La única cosa que jamás muere. Esto lo hablamos las mujeres. Las que son madres suspiran. Las viudas asienten. Es así, es así, ciertamente. Las doncellas nos miran con ojos muy abiertos y labios apretados, porque ellas no quieren oír hablar de la muerte, sino que quieren paladear el jugo de la vida. Son capullos sin abrir y no quieren mirar los pétalos secos de las rosas que ya se han marchitado.

Mi corte de damas es una escuela. Jóvenes y viejas, vírgenes y casadas, conviven y aprenden unas de otras. En las viejas encontramos sabiduría y sensatez, pero también amargura; las jóvenes saben poco de las asperezas de la vida, pero buscamos en ellas la frescura. Todas, en el fondo, llevamos dentro una doncella que no quiere morir. Yo, María, reina de Aragón, de Valencia, de Mallorca, condesa de Barcelona, señora de Sicilia y reina consorte de Nápoles, la tierra que nunca pisaré, también soy esa doncella. Me miro al espejo y veo mi piel gastada, picada de viruela, con arrugas alrededor de los ojos y dos surcos que se hacen cada día más profundos desde las comisuras de los labios. Me miro de cerca, las pupilas, y la mirada no ha cambiado. Me fijo en las pequeñas lunas de color ceniza con una chispa de verde azulado, y veo a la infanta que soñaba ilusionada con el día de su boda, a la princesa que contempló el mar por primera vez, a la esposa ardiente de los primeros años a la espera de una noche de amor. ¡Ay!, soy la

misma. Soy la misma, en el anhelo y el deseo, en la esperanza secreta, pese a que han pasado los años y me he convertido en una raíz fuerte, seca y dura. No, el alma no envejece como el cuerpo. El alma puede mancharse o lavarse, pero siempre está viva y ardiente. Dentro de toda mujer, así lo creo, late el espíritu indomable de una doncella.

Alfonso no volverá. Ni la muerte de sus hermanos lo hará regresar. Argentona me escribe y me habla de los lujos y las bellezas de la corte napolitana. Todo son fiestas, música y danzas. Cacerías por los bosques, meriendas en el campo, paseos por jardines de rosas. Alfonso se rodea de sabios, de poetas, de artistas. En la fachada de Castel Nuovo ha hecho esculpir en piedra su entrada en Nápoles, como el arco de triunfo de un emperador romano. Argentona no me lo dice claramente, pero lo insinúa. No quiere herirme, pero tampoco lo esconde. El rey se rodea de personas bellas y cultas. Disfruta de la vida y su salud es de hierro. Esto quiere decir que tiene amantes. Mujeres jóvenes y hermosas que compiten por ocupar el lecho real. Y él puede escoger. No se priva de nada. Pero es generoso y todos lo adoran. Incluso sus enemigos lo admiran. Todos quieren estar en su corte. Ay, hasta los jóvenes nobles de Barcelona. La corte de Alfonso es un panal jugoso que atrae a las abejas, hambrientas de miel. ¡También yo quisiera estar allí! Pero mi destino es otro. Yo tengo que quedarme aquí, en el avispero. En medio del estercolero que son estos reinos, en medio del campo de muerte en que se ha convertido Castilla. Para mí, la sangre y la carroña. ¡Y no quiero! Dios mío, Señor, ¡vos sabéis que no quiero esta parte! Pero, Señor, es la que me habéis dado… Que se haga tu voluntad, y no la mía. Que se haga su voluntad y no la mía. ¿Por qué, señor mío, por qué me habéis abandonado?

Fray Pere, franciscano del convento de los mendicantes, viene algunos días a visitarme. Nos da una plática a las damas y, luego, consejos. Él me dice que Nuestro Señor también se sintió abandonado y que San Francisco vivió en su propia piel la misma pasión del abandono absoluto. Pero Dios nunca está lejos, aunque parezca que calla. Dios está ahí…, escondido, discreto, trabajando en silencio. Al amanecer del tercer día, Jesús resucitó.

¿Resucitaré yo en esta vida? Bien sé que en la otra vida todos estaremos vivos…, pero es en ésta, Señor mío, es en ésta donde yo quiero resucitar. Aunque sea un solo día, ¡una sola hora! Quiero ver a mi señor una vez más. Quiero abrazar sus pies, y besarle la cara, y el cuerpo, y los labios, y los ojos. Ay, Señor, que algunas noches me figuro que su rostro se me aparece en medio de la oscuridad. Hace doce años que marchó. ¿Habrá cambiado mucho? Yo sí he cambiado. Soy más vieja. Nunca le gustaré… No volverá.

Las damas me consuelan y me distraigo con sus conversaciones. En Valencia he formado un buen grupo. Tengo a media familia de Montpalau a mi servicio: Violant, prima de Damiata, es una camarera eficiente y se entiende bien con Violina; Ursola nos ha traído a su amiga Violant Langol. La apodamos *Aguiló* porque tiene el perfil de un águila, por el cuello inclinado hacia delante, la nariz respingona y los ojos penetrantes. Ella acepta el mote con orgullo, tiene el ingenio tan afilado como la nariz y es buena conversadora. Las Montpalau y las Centelles han reemplazado a las Vilaragut en mis tertulias. Esta familia está enojada conmigo desde que perseguí las piraterías del tío Jaime. Ya no me invitan ni me envían regalos. Ya no tengo un lugar de honor en su palacio, allí donde pasé mi noche de bodas. Me da igual. Ya no me importa quedar bien con nadie. Sólo quiero servir a mi rey.

Las cortes tampoco me ayudan. Las cortes de Valencia cada vez se parecen más a las de Cataluña. ¡Cómo aprenden los consejeros! Han pedido copias de los capítulos y privilegios de Aragón y Cataluña. Me he negado a dárselos; les he dicho, con mucha diplomacia, que no haré nada sin consultar a su señoría el rey, y así lo he hecho. He escrito a Alfonso.

> Viendo que cada cual se esfuerza por quitaros o disminuir vuestras preeminencias, no he querido escribir a Barcelona; les he respondido que no les puedo dar ningún poder nuevo o mayor sin consultaros.

Las cortes quieren avanzar un donativo vendiendo censales por valor de unos quince mil florines, pero no lo harán sin obtener nada a cambio. Y quince mil florines son poco para las necesidades del rey.

Los habitantes de Ibiza protestan. Alfonso ha reclamado toda la sal que produce para venderla con tasas y obtener dinero, y los consejeros de la isla han comparecido ante mí para protestar. Si no pueden comerciar libremente la isla caerá en la miseria y la gente se morirá de hambre. La sal es toda su riqueza, y por eso esta vez he escrito a mi esposo para defenderlos. También en Mallorca siguen los conflictos. El gobernador, Berenguer d'Oms, no quiere irse a vivir allí. ¿Cómo se puede gobernar desde lejos una tierra tan pobre y devastada por los bandoleros y el crimen? He propuesto a los prohombres enviarles un lugarteniente de confianza, un hombre cabal que pueda tomar las riendas. Veremos si lo aceptan…, porque las tierras piden buen gobierno, pero también es cierto que, allí donde falta una cabeza, todos hacen lo que mejor les parece. Y los hombres se acostumbran a ir por su cuenta.

Alfonso no me responde. Castilla está en fuego, los reinos están revolucionados, mueren sus hermanos, ¡y él no me escribe ni una sola línea! El tesorero pasa cuentas conmigo. Las arcas están vacías, señora. Vuelvo a pedir préstamos… ¡Menos mal que nos quedan las aljamas y las morerías! Sé que los judíos son ricos y juegan con el dinero, pero los moros pasan necesidad, tanta o más que los cristianos. Sólo que ellos, por miedo, pagan pronto y no se atreven a protestar. Miro a Sofía y a sus hijos, que ya nadie diría que no nacieron cristianos viéndolos tan crecidos, tan hermosos, tan devotos; ellos, sirviendo con mis pajes y criados, las muchachas, en la cocina y en el ropero. ¿Qué nos separa, a fin de cuentas? ¿Una lengua, un vestido, el nombre de Dios? Para Sofía no ha sido difícil creer en nuestro Señor. Un solo dios: ¿qué importa llamarlo Dios o Alá? Los musulmanes también creen en la Virgen, Mariam la llaman, la madre de Jesús. Y en María, Nuestra Señora, la Madre, ¡cuesta tan poco creer!

Alfonso no me escribe, pero yo le envío más cartas. Triste por la familia, por su ausencia, por mi pobreza. Menos mal que, por fin, han llegado a puerto unas galeras cargadas de trigo de Sicilia. Hace tiempo que las esperaba. Han recalado en Barcelona, pero tienen que venir hasta Valencia. Con la venta del trigo podré pagar a mi gente. He escrito a los consejeros de Barcelona para que dejen pasar

las mercancías sin tasarlas. Me lo han concedido, gracias a Dios. Es el fruto de tanta paciencia, tantas cortes interminables, tantos agravios reparados, tanta justicia… Sí, Nuestro Señor es bueno. Nos pone a prueba, pero no nos ahoga, como dice fray Pere, el franciscano. ¡Bendito sea su nombre!

En octubre, por fin, recibo noticias de Alfonso. Me releva de la lugartenencia en Aragón y Valencia para volver a nombrar a su hermano Juan. Según me ha explicado Luis de Puig, el canciller, de regreso de Nápoles, Alfonso ha reñido a su hermano y le ha prohibido que vuelva a Castilla:

> A tu entrada en Castilla no la loo, antes la repruebo y con los unos y los otros te ruego y te mando que no entres. No te muevas. Piensa que allá estás solo y yo aquí apartado, y creen que nadie les impedirá tenerte preso o muerto. De otra parte, tú tienes esta lugartenencia mía; si la dejas ¿cómo quedarán éstos mis dos reinos? Y si la retorno a la reina, mi mujer, cuánto me sería deshonesto después de quitársela, como si viniese a jugar con ella al juego de la corruela, ahora dentro, ahora fuera. Piensa que hoy el mundo se rige en su mayor parte por la opinión, y son más aquellas cosas que se dudan que aquellas que se creen…

¡El juego de la corruela! Pues sí, Alfonso, a veces creo que estás jugando conmigo, como juegas con todos los que te rodean. Nos utilizas para tus intereses y nos mueves como piezas de ajedrez en el tablero de tus ambiciones, tus sueños de Julio César revivido. Nos utilizas, pero yo, yendo de aquí para allá, piedra movediza no cría musgo, me afano por obedecerte y no me cuesta hacerlo. La pieza de la reina se mueve como quiere… ¡Qué loco es el amor! Tiene razón tu halconero poeta, Ausiàs March, que ama la pluma más que a las mujeres. En casa de los Centelles he escuchado algunos de sus versos, cantados por un juglar.

He obedecido tanto al amor que la herida ya no me duele. No me duele, amor, no. Es una llaga que sangra, pero de esta sangre

bebo y es el agua que me mantiene viva.

Con el dolor con que el espíritu se arranca,
y se abre camino en el corazón,
quedando frío el lugar de donde partió,
y la carne viva se altera y se hace amarilla o blanca,
siente mi deseo mucho y mayor dolor
cuando ha puntido su esperanza;
está y no está, pero al camino se lanza,
y mi esperanza lo muestra de otro modo.
No pienso que Dios me dé tal tormento
que me vea muerto si pierdo mi deseo;
tan sólo me queda enmudecer...
Todos los esfuerzos de los amadores,
todos me son pocos, sino muerte concertada;
si me falla el amor, no me falla la memoria airada
para castigar mis crímenes del pasado.
Tanto mi querer al amor ha obedecido
que no me dolerá su peligrosa llaga
si jamás su llama se apaga.

54.
La Trinidad

Fray Bernardo de Scala Dei fue el primero que me comparó el matrimonio con la Santísima Trinidad. Vos y vuestro esposo, unidos por el buen Dios, formáis una trinidad sagrada, me había dicho. Luego fue el obispo Alfonso de Borja. Después, mosén Gallach, fray Pere y mosén Bernat Prats, el capellán de palacio en Valencia, me lo han recordado en los momentos más duros de desfallecimiento y enfermedad.

Me gusta esa imagen: una trinidad fuerte y gloriosa. La imagino como dos pináculos coronados de luz. Alfonso y yo somos las dos torres bendecidas por Dios, que derrama sobre nosotros su gracia. Y Dios, al mismo tiempo, es otra unidad de tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El reino de Dios es un reino de unidad… Por eso es tan necesario luchar por la unión y no por la división. Por eso allí donde hay rupturas hay desgracias, ya sea en la familia, en unas cortes o en un reino.

Pero este mundo nuestro está roto y desmochado. Los capellanes me riñen cuando me dejo vencer por la amargura. A veces no lo puedo evitar. Por eso, en aquellos tres años que pasé en Valencia, puse toda mi energía, mi cabeza y mi corazón en construir una pequeña parcela de reino de Dios en esta tierra. Un reducto de paz, una embajada del reino divino que llevaría su nombre: el monasterio de la Trinidad.

Siempre recordaré el día que pusimos la primera piedra. Era verano, el 9 de julio del año 1445. En Valencia se celebraba la fiesta del Ángel Custodio de la ciudad. Desde la catedral salía una procesión encabezada por el obispo y el ángel, un doncel escogido

entre los más hermosos, vestido de blanco y con alas de seda bordadas con hilo de oro. Aquel año detrás del ángel desfilamos la reina, sus damas y sus doncellas. Una gran multitud nos seguía entre cánticos y toques de trompeta.

Salimos de la ciudad por la puerta de los catalanes, cruzamos unos huertos y pronto llegamos al monasterio, con su pequeña iglesia y el antiguo hospital de San Guillermo que tiempo atrás había sido hospicio de peregrinos. Más tarde, para vergüenza de la religión y escándalo de la ciudad, aquella casa de paz se convirtió en casa de pecado y corrupción. Los dos frailes trinitarios que quedaban cuando yo llegué a Valencia, dos años antes, habían abierto un burdel. ¡Ni pobreza, ni castidad, ni obediencia! Habían convertido la casa de Dios en una cueva de ladrones, hombres perdularios y mujeres de mala vida.

Mientras caminábamos detrás del ángel, recordé el largo calvario que había sufrido para conseguir refundar aquel monasterio. Todo había empezado cuando me llegó noticia de lo que sucedía. Al mismo tiempo, me preocupaba el porvenir de las monjas de Gandía, que pasaban muchas necesidades y ya me habían pedido ayuda varias veces. Su monasterio se caía de puro viejo y no recibían suficientes donativos. Entonces, consultándolo con los clérigos de la ciudad, encontré la solución. Expulsaría a los monjes corruptos del monasterio de la Trinidad e instalaría allí a las monjas, bajo la regla de Santa Clara. Pero una cosa es pensarlo y otra ponerlo en práctica. Primero tuve que hablar con el general de la orden y después conseguir una bula del Papa. Alfonso de Borja, que ya era cardenal y seguía en Roma escalando posiciones en la curia, me ayudó en todo momento. Y también mi esposo, desde Nápoles. En esto sí que recibí apoyo de Alfonso, que me dio los poderes necesarios.

Una brisa suave levantaba la túnica blanca del ángel y hacía volar sus alas de seda. El sol arrancaba chispas de sus cabellos rubios y del entramado de hilo de oro de su ropa. Y viéndolo, yo pensaba: «La inocencia pisando este camino, la pureza lavando, con su claridad, las manchas del pecado». A mi lado, Isabel de Villena y Toda Centelles caminaban muy airosas, con tocas blancas y vestidos de color azul. Toda sonreía levemente, como una princesa, y de vez en cuando miraba al gentío. Isabel tenía los ojos puestos en el

ángel, embelesada.

Llegamos al huerto del monasterio. Ay, ¡cuánto había costado conseguir aquel terreno! Hasta por el viejo hospital tuve que pleitear, porque los descendientes del noble Guillermo Escrivá, que lo había mandado construir en tiempos del rey Jaime I, habían querido reclamarlo. Como ya no cumplía su función de hospital decían que los monjes no tenían derecho sobre el edificio y querían recuperarlo para la familia. Tuve que hacer valer la bula del papa Eugenio para conservarlo como propiedad del monasterio.

Mientras la gente se esparcía a nuestro alrededor, el obispo, el ángel y yo, seguida por damas y doncellas, nos acercamos al medio de un campo acotado, ante la iglesia nueva, donde se tenía que construir el claustro. Allí nos esperaban las primeras monjas, que ya vivían en el convento desde enero. Los obreros habían comenzado a excavar los fundamentos y una zanja se abría ya al lado de un montón de tierra. Algún día, soñaba, podría pasear bajo las arcadas de aquel patio de paz, contemplando las hojas y las flores de los capiteles esculpidas en piedra; nada de monstruos imaginarios ni personajes, sólo plantas y lirios, un ornamento austero, como correspondía a una casa de mujeres que abrazan a la dama pobreza.

El cabeza de obra me indicó el hoyo que había excavado en medio de los cimientos de la futura sala capitular. Cuatro obreros, jóvenes fuertes vestidos con camisas de lino, levantaron la primera piedra con unos listones de madera a modo de parihuelas. El obispo se acercó con dos monaguillos. Uno llevaba el incienso; el otro, agua bendita. Bendijo la piedra con rezos en latín. La roció con el hisopo. Y entonces una nube fragante salió del incensario de plata y se elevó en el aire. Recuerdo que el ángel tosió y agitó las alas, como queriendo apartar el humo. Toda lo miraba conteniendo la risa; Isabel sonreía discretamente. El muchacho era alto y esbelto pero, mirándolo de cerca, se veía que era muy joven y que le costaba mantenerse quieto. Doce, trece años quizá. Era rubio y bello de rostro, con los ojos muy negros. Yo miré con severidad a las doncellas y dejaron de sonreír. El ángel se enderezó. Le lloraban los ojos, oscuros y profundos como la muerte vestida de agua…

Los obreros descendieron la piedra al centro del hoyo. Después bajamos el obispo, la abadesa y yo. Isabel y Toda me recogieron la orla del brial y me siguieron. A una señal del obispo, también el

ángel bajó y extendió los brazos ante la piedra. Las alas de seda se abrieron como una vela.

Era un bloque de piedra calcárea, cuadrado, áspero, toscamente tallado, con una pequeña hendidura en forma de cazoleta en medio. Yo llevaba un anillo de oro puro con un diamante y lo deposité encima. El sol arrancaba destellos de la gema con los colores del arcoiris. «Piedra preciosa sobre piedra humilde», pensé. La luz de Dios sobre la tierra. La gracia sobre la carne, el alma sobre el cuerpo… Era una de las pocas joyas con pedrería que me quedaban, después de haber empeñado tantas para pagar deudas y dotes. Pero la deposité sin reserva alguna. ¿No vale más una sola alma que todas las joyas y todo el oro del mundo? ¿No valen más las vidas de las monjas y las de todas las doncellas que vendrán a vivir al monasterio? ¿No valen más las oraciones?

Toques de trompeta, vítores, cantos. Salimos de la zanja y enseguida, y enseguida una docena de obreros comenzó a echar paladas de tierra. Si el grano de trigo no muere, no da fruto… Aquella piedra, con el diamante, simbolizaba ese grano de trigo. Fruto de caridad, de oraciones, de virtudes. Fecundado por la voluntad de Dios y por el querer de la reina. El anillo era signo de una promesa, un anillo esponsal. Alfonso, aquí estamos tú y yo. El rey y la reina. Aquí unas mujeres santas rezarán por nosotros, que tenemos tan poco tiempo para rezar. Aquí salvaremos nuestra alma. Señor, vos y vuestros ángeles, proteged esta casa. Glorioso San Francisco, bendita madre Clara, proteged a las monjas que vivirán en ella. Haced que sean dignas imitadoras vuestras, espejos de caridad.

Durante el camino de vuelta, Toda y las doncellas iban distraídas y conversaban. Sus voces resonaban entre las del gentío como una bandada de golondrinas. Isabel de Villena callaba, pero sonreía. Miraba atrás, al solar que sería claustro, al hueco donde habían enterrado la primera piedra. Ya no miraba al ángel: miraba la casa, la iglesia, el pequeño campanario. Pronto volveré, decía su mirada.

Lo habíamos hablado largamente, y yo me había estremecido cuando ella me lo confesó, una noche, a solas en mi alcoba. Todas las mujeres de mi séquito lo comentaban, todas lo esperaban, en cierto modo. Pero yo quería escucharlo de su voz. ¡Y cómo me lo

dijo! Con fuego en la mirada, no como una mujer que deja este mundo, sino como una novia que gana un reino. Quiero ser la esposa de Nuestro Señor. Quiero abrazar a Cristo pobre, como una virgen pobre. ¡Las palabras de Santa Clara! Pero Isabel no repetía una frase de libro sin más.

La bendije y la besé en la frente. Desde aquel momento, jamás he visto mujer joven tan fuerte y tan llena de gozo. Pero un gozo no estridente, como el de las doncellas prometidas que sueñan en su noche de bodas, no. La alegría de Isabel era contenida y discreta, encerrada en el silencio, pero mucho más profunda. El alborozo de las doncellas a menudo es como los fuegos de artificio o las almenaras. Brillante y efímero, resplandeciente pero volátil. El gozo de Isabel era un fuego de hogar, fuego de leña fuerte que da calor y no lo apagan la lluvia ni el viento. El gozo de Isabel era como la llama de aquella zarza ardiente que ardía y no se consumía. Yo conocía bien ese fuego, aunque mi amor, ¡pecadora de mí!, no era un amor eterno ni correspondido. Isabel de Villena, sin duda, supo escoger la mejor parte, y nadie se la quitaría.

El monasterio de la Trinidad fue mi gran obra en Valencia, a pesar del viacrucis que recorrí para colocar la primera piedra. Los monjes habían protestado y recurrieron al tribunal eclesiástico. Cuando las primeras monjas llegaron desde Gandía, un puñado de rufianes cubiertos con máscaras, tal vez antiguos clientes del burdel, las recibieron con insultos y con pedradas en las ventanas. Incluso intentaron prender fuego al monasterio. Tuve que enviar una docena de guardias para protegerlo noche y día, hasta que los frailes corruptos fueron expulsados de la ciudad y sus adeptos dejaron de acosar a las pobres religiosas. Después vino paz. Con su presencia, a golpe de escoba, rociada de agua bendita y oraciones, las monjas purificaron aquellos muros. Los aposentos de la vergüenza y el pecado se convirtieron en celdas de penitencia y combate interior. El comedor, taberna y escenario de lujuria, se convirtió en sala capitular, lugar de consejo, de sabiduría y de oración. La iglesia volvió a abrir sus puertas y la campana volvió a repicar llamando a misa cada día. Algunas tardes yo misma acudía con mis doncellas desde palacio. Poco a poco los vecinos y algunas

mujeres devotas de los alrededores se acostumbraron a ir allí.

Por Navidad recibí unas reliquias que había pedido a Barcelona para el convento. Me las envió el obispo. Habían sido del rey Martín y se conservaban en la capilla real de la catedral. Las llevé al monasterio como un regalo: eran tres espinas de la corona de Nuestro Señor, traídas de Tierra Santa, y dos veracruces. Me acuerdo de cómo mosén Bernat Prats abrió los cofres ante mí y las doncellas el mismo día que llegaron. Todas permanecimos unos minutos en silencio. Después besamos con devoción el relicario de las espinas. Isabel de Villena pidió con timidez si podía tocar los veracruces. Mosén Prats accedió y ella pasó los dedos, muy suavemente, por encima de los dos pedazos de madera. Dos pedazos de aquel leño, maldito por los hombres y bañado en sangre de Dios. Isabel los acarició y se retiró de inmediato, con el rostro bajo. Más tarde, Toda me explicó que la había visto llorar.

No quiero demorarme más, señora, me dijo Isabel aquella noche. Mi esposo está allí. Él me espera.

La hubiera querido retener un tiempo, con la excusa de proveerla con una buena dote. Las mujeres de mi casa habían hecho donaciones al monasterio, al igual que muchas damas de la ciudad: las Montagut, las Montpalau y algunas viudas. Yo misma aporté dos mil florines de oro, que era todo lo que entonces pude reunir en metálico. Isabel dio veinte mil morabatines, todos sus ahorros. Pero no la podía retener mucho más. Yo además estaba atareada preparando mi viaje a Barcelona. Después de tres años en Valencia, la ciudad condal me reclamaba. El primo Juan ya había jurado como lugarteniente de Alfonso en Aragón. Pronto vendría a Valencia y presidiría las cortes. No haría falta clausurarlas; los jurados habían acatado al nuevo regente y yo podría marchar a Barcelona… para convocar cortes allá.

Isabel no quiso ninguna despedida extraordinaria, ni fiestas ni ceremonias. Sus bodas debían ser allí, bajo la bóveda de la iglesia monacal. Un hábito de saco, unas tijeras, la mano firme de la abadesa cortando sus bucles castaños… Cánticos de sus nuevas hermanas, una bendición. Una promesa. Pero Isabel se había hecho querer. Leonor Sagre y mis doncellas, por un lado; Toda Centelles y

las damas, por otro, quisieron obsequiarla. Entre todas pagaron unos libros para que pudiera llevárselos al monasterio y compartirlos con las otras monjas. Era la única riqueza que podía conservar. Prepararon una cena de despedida con dulces y confites, los últimos que tomaría en mucho tiempo. Llamaron a unos juglares que cantaron baladas de amor. Que tu amor divino no desfallezca nunca, le dijeron. Y la abrazaron, una tras otra. Incluso las que la envidiaban o las que no entendían su ascetismo y su gravedad se mostraron afectuosas con ella. Isabel recibió todas las muestras de afecto con dulzura y, al mismo tiempo, con desapego, como si no necesitara nada. Agradecía lo que le daban, pero tampoco lo deseaba. No derramó lágrima alguna.

Una mañana clara de invierno la acompañamos al convento. Se despidió de mí en la puerta de la iglesia. Yo la abracé y la besé en las mejillas y en la frente, por última vez. Ella me besó las manos. Adiós, madre. Y sonrió, levantando aquellos ojos donde ardía un fuego que no es de este mundo. No, ella no lloraba. Yo, sí. Isabel sólo tenía dieciséis años. A su edad me vino la sangre y me hice mujer. Dieciséis años. Yo soñaba en una noche de amor con mi rey por aquel entonces. Ella sólo soñaba con servir al Rey de Reyes… ¿Quién era la reina? ¿Quién era la madre?

Reza por nosotras, hija. Isabel asintió con la cabeza y se volvió. La abadesa la recibió con los brazos abiertos y la hizo entrar al templo. La campana comenzó a tocar y las puertas se cerraron.

55.
Regreso a Barcelona

1446. Vuelvo a Barcelona después de tres años en Valencia. Dios Nuestro Señor sabe que no lo hago por gusto, pero… ¿qué es de mi gusto? Tengo un solo Señor, un solo amor y un solo rey. Mi gusto es hacer su voluntad. Mi gozo es obedecer. He descubierto que la obediencia es la piedra de afilar que pule mi alma. Las monjas se pulen con los votos: pobreza, castidad, obediencia. Yo no he hecho votos, pero me pulo casi con las mismas armas: pobreza, amor y obediencia. Sólo espero que mi alma se bruña como un diamante, o mejor, como una perla. Una perla con la que sólo quisiera complacer a mi amado… De momento, me tengo que resignar intentando complacer a Dios.

También soy pobre. Soy reina y por mis manos pasa mucho oro, pero todo se va. En guerras, en pagar deudas, en mantener mi casa. ¡Cuántas personas han entrado y salido de mi servicio! Contables, secretarios, maestros de ración, pajes, doncellas, médicos… He visto pasar a muchos y ninguno me dura mucho tiempo, salvo los camareros más fieles y algún otro: el cocinero, la costurera, mujeres como Violina y *la Negra*, el capellán. Los que no tienen rentas o ayudas de su familia se cansan de no cobrar, de cobrar tarde y de vivir con estrecheces e incertidumbre. Y siempre viajando. Piedra movediza no cría musgo. Las mujeres, al igual que los hombres, al final quieren asentarse, formar una familia, con casa propia y al menos una pequeña parcela de tierra de la que vivir. La reina, como Nuestro Señor, a veces no sabe dónde reclinará su cabeza.

¿Casta? Soy casta a la fuerza. Casta porque me reservo para mi único amor. ¡Qué triste destino ser mujer de un solo hombre cuando

tu esposo no es hombre de una sola mujer! Argentona en sus cartas no lo dice, pero lo insinúa. Ya no estoy celosa. Sé que los hombres necesitan desfogarse y no pueden vivir sin los placeres de la cama. ¿Qué ha de hacer mi rey, tan lejos de su casa, rodeado de una corte complaciente llena de hermosas italianas? Sólo querría que volviera para pasar unos días a mi lado. Sólo eso. Me miro al espejo y me veo delgada, dura y áspera. Pero en mis ojos todavía arde el deseo. El mismo que ardía en la joven novia que llegó de Castilla, cargada de sueños e ilusiones. El mismo que tenía la reina doncella que rezaba para tener la sangre de las mujeres. El mismo que me encendía cuando me comían los celos de Catalina, de Margarita, de esa mujer o mujeres desconocidas que han sido madres de nuestros hijos. Mi cuerpo se marchita, pero el deseo perdura.

Vuelvo a Barcelona. La primavera esmalta de verde y flores los campos, los bosques y los valles. Vamos por el camino real de la costa y el mar juega a esconderse entre colinas y sierras. En las tierras de Castellón, los vecinos de los pueblos por donde pasamos me piden favores. Es a Juan a quien deberían acudir, él es ahora el lugarteniente del rey en estas tierras, pero vienen a mí. Saben que escucho, que jamás digo no a nadie. Mi secretario, Lorenzo de Casanova, escribe una carta tras otra. Le pido a Juan que atienda las peticiones de esta gente, pero mi primo está por otros asuntos. Su cabeza y su corazón están en Castilla. Quiere recuperar sus posesiones y las de la familia. Quiere casarse con Juana Enríquez, pero mi hermano no permite que la novia viaje a Aragón. Por si fuera poco, Juan ha contratado a una tropa de mercenarios gascones que han entrado en Castilla. ¿Cómo quiere conseguir algo de mi hermano si no ha envainado la espada?

En Tortosa caigo enferma y descansamos unos días. Conozco bien el palacio episcopal, que ha sido mi hogar tantas veces. Escucho las campanadas de la sede mientras reposo en cama. Isabel Colom, Violina y Leonor Sagre se ocupan de deshacer el equipaje. Gabriel, el camarero mayor, acomoda a la gente de mi casa. Me acompañan también Violant de Montpalau y Calatayuna Centelles, la hermana de Toda. Ella se ha quedado en Valencia para casarse. Calatayuna es más jovencita, pero parece espabilada y más astuta que su hermana. Es discreta, aprende deprisa y sabe estar allí donde sea. Observa mucho y, como Toda, también es amante de la lectura.

Sin embargo, Toda no es tan amiga de la aguja, mientras que Calatayuna es una excelente bordadora. Creo que será buena compañía. Violant de Montpalau añora Valencia, como yo. Y yo también añoro a Isabel de Villena. Me queda el consuelo de que ella reza por mí, y por el rey, con toda su comunidad. Una comunidad que crece: en los últimos meses han entrado varias jóvenes de buenas familias y en los próximos años serán más. Las obras del claustro continúan. Gracias al cardenal Borja he obtenido otra bula papal que otorga indulgencias a quienes trabajen sin cobrar y hagan donativos para el convento. Un ala del monasterio quedará reservada para mí y para mis damas de compañía, será el tocador de la reina. Ah, cuando regrese a Valencia quizás ya esté acabada y podré pasar allí unos días. ¡Aún no he llegado a Barcelona y ya quiero volver!

Es mayo, el mes de los sembrados que granan, mes de las flores, mes de los amantes que salen a servir al amor. Carvajal, poeta de la corte de Alfonso, ha compuesto un romance del que soy protagonista. Me lo han hecho llegar y lo he leído. No he querido que ningún juglar lo cante… ¿Dónde cantar un poema tan triste? ¿Quién querrá escuchar mis penas?

Retraïda estava la Reyna,
la muy casta donna María,
muger de Alfonso el Magno,
fija del rey de Castilla,
en el templo de Dyana do sacrificio fazía;
vestida esta va de blanco,
un parche de oto ceñía,
collar de jarras al cuello,
con un grifo que pendía,
patetnóster en sus manos,
cotona de palmería.
Acabada su oración,
como quien planto fazía,
mucho más triste que leda,
suspirando así desía
Maldigo la mi fortuna
que tanto me perseguía.
¡Para ser tan malfadada

muriera quando nascía,
e muriera una vegada
e non tantas cada día!
O muriera en aquel punto
que de mí se despedía
mi marido et mi señor
para ir en Berbería.
¡Oh maldita seas, Italia,
causa de la pena mía!
¿Qué te fize, reyna Juana,
que robaste mi alegría
et tomásteme por fijo
un marido que tenia?
Feciste perder el fruto
que de mi flor attendía.
¡Oh madre desconsolada
que fija tal parido avía!

Ahora, cuando voy a la iglesia y encadeno paternósters, recuerdo el poema y me veo así, blanca y virgen como una vestal, y suspiro y maldigo el día que nací. No, no lo maldigo, que sería gran ofensa a Dios. Quiero vivir, y vivo por él. Sí maldigo a Italia desde lo más hondo de mi alma. Quiero perdonar, pero no puedo. Reina Juana, ciudad del Vesubio, condes y duques, damas hermosas. ¡Me habéis robado a mi amor! Me lo habéis robado y reclamo justicia. Cuando me lo devolváis, os podré perdonar.

¡Carta del rey! ¡Carta del señor rey! Isabel Colom me la trae y me incorporo en la cama, súbitamente animada, y alargo la mano ávida y enflaquecida. El médico me pide que me tranquilice, que a mi corazón no le conviene que me excite de esa manera. Lo despido. Bebo un sorbo de agua con jarabe. Después me acomodo sobre los cojines que me dispone Violina. Leo en silencio.

Doblo el papel y miro a las doncellas. Me arden las mejillas y tengo los ojos húmedos. El rey quiere volver… ¡Quiere venir a sus tierras! Violina sonríe, ella se lo cree. Isabel también sonríe, pero desvía la mirada.

No, no vendrá. No me lo creo. Alfonso me da instrucciones. Debo ayudar al primo Juan. Me pide que escriba a Castilla y envíe embajadores para poner un poco de paz. Que interceda por el primo

y que pida a mi hermano que deje salir a Juana Enríquez.

No sé si escribir al rey Juan o a Álvaro de Luna… o a Juan Pacheco o a mi sobrino Enrique. ¿Quién manda ahora en Castilla? El reino es una guarida de fieras. Ya no son los hermanos solamente, es el padre contra el hijo y el hijo contra el padre los que se enfrentan. ¿Tan débiles son ambos que permiten que las ambiciones de los nobles cobren más fuerza que la sangre que los une?

El Señor los castigará. La vieja maldición se cumple. Ni siquiera los santos se libran de ella. Pienso en la historia del rey David, que pagó tan caros sus pecados. La espada no se alejará nunca más de tu hogar… Mira, de tu propia casa haré que se levante el mal contra ti.

¿Qué pecados he cometido, pobre de mí? Ah, cuando estoy sola, rezo, y pienso que el cuerpo ya no me sirve para nada, pero la cabeza no para ni un momento; y entonces sí que veo claro que soy pecadora. Lo veo claro como el agua, y entiendo que mis celos, mis agravios, el perdón que niego a tantas personas, ¡mi impaciencia!, todo esto mancha mi alma. Me mancha el deseo y me mancha el orgullo de querer ser el todo para quien sólo quiere servirse de mí. Confío en ti. Sí, el deseo y el orgullo inflamado son enfermedades del alma. ¡Ah, si los pudiera extirpar fuera de mí! Pero creo que el día que lo haga ya no seré más yo. Ya no estaré viva. Ya no quedará nada de María… El día que mi alma sea pura y transparente, estaré muerta.

¡Que Dios me perdone por estos malos pensamientos!

Mes de mayo. Los sembrados ya son de oro, las viñas florecen y el mar, tendido ante Barcelona, es de un azul brillante. ¡Barcelona, por fin! Al entrar por la puerta de San Antonio, un séquito impresionante sale a recibirme. Los consejeros, con bonete y gramalla, tres obispos —el de Barcelona, el de Vic y el de Urgel— y una multitud de caballeros y damas, entre la que distingo caras amigas… Galzeran de Requesens se acerca a mí llevando de las riendas un caballo para que lo monte. Me hace una reverencia, me besa las manos y los pajes me ayudan a subir. No he tenido tiempo de arreglar mi tocado, ni de ponerme joyas ni corona. ¡Qué importa! Soy una reina austera, una reina viajera. Pero hoy,

entrando a Barcelona en medio de una comitiva tan lúcida, me he percatado de algo más: soy una reina amada. La gente sale a la calle y me aclama. Me desean larga vida, paz y bien. He desfilado en medio de gritos festivos. ¡Cómo me esperaban! Sólo te he echado de menos a ti, Alfonso, vida mía. Si Barcelona acoge así a la reina, que sólo es lugarteniente, ¿cómo te acogería a ti después de tantos años? Me haces falta y nos haces falta aquí, amado. Decías en tu carta que querías venir. ¿Será cierto? ¡Quiero creerlo!

Por consejo médico he decidido instalarme fuera de la muralla, fuera de la humedad fría del palacio. Estoy alojada en casa del sacristán de la seo, Guillem de Fonollet. He enviado a buena parte de mi personal a palacio o a sus casas, y me he quedado con el médico, el confesor y las camareras. El Huerto de Fonollet es una mansión señorial rodeada de un jardín. Me han preparado una alcoba con hogar por donde entra el sol cada mañana. Es acogedora y en ella reconozco algunos muebles de tocador y de escritorio. Isabel Escrivá los ha hecho traer de palacio para que me sienta como en casa. Se lo agradezco. Creo que vivir aquí me sentará bien. Lejos del rumor de la ciudad, por las mañanas oigo la campanita del convento de Nazaret, que me despierta. Los mirlos y las alondras pían en el jardín. ¡Ah, quisiera quedarme siempre aquí, y no tener que desplazarme tanto! Pero he venido con una misión. Las cortes me esperan.

Tras la solemne recepción, tan llena de afecto y reconocimiento, las cortes vuelven a ser una batalla. ¿Pensabas, María, que las cosas habrían cambiado? Los catalanes son lo que son: tozudos y hechos a su manera. El 27 de junio, pasada la fiesta de San Juan, se inauguraron las cortes en el convento de Nazaret.

No me encontraba bien, pero asistí. La sala capitular del monasterio, pequeña y austera, estaba abarrotada, aunque no se habían presentado todos los convocados. Veinte clérigos, ochenta y tres nobles y nueve síndicos de las ciudades. Desde mi sitial, sin levantarme, formulé mi propuesta en tono y claro… y en catalán:

> Hemos convocado la presente corte para tratar, si Dios quiere, llevar a buena conclusión la venida del señor rey,

así como para la conservación del honor de su real corona y por el beneficio público de este principado.

En esto había consenso general: la presencia del rey era necesaria. Los comentarios que corrían entre los reunidos me dolieron, pero decían justamente lo que yo pensaba. Alfonso, ¿por qué te quedas tanto tiempo en Italia? Claro, allí tienes más riqueza, más poder, más placeres… Has formado una corte espléndida. No te compensa volver a estas tierras. Sólo las quieres para chuparles la sangre y el oro. Pero eres el rey, y tu pueblo te reclama.

Después de mi breve presentación, el obispo de Tarragona respondió en nombre de todos los brazos. Protestas y más protestas, y ya me las conocía demasiado: es el rey quien debería convocar cortes y no la reina —¡mi nombramiento, papel mojado!—, el lugar no es adecuado, faltan nobles —los que yo había hecho encarcelar por el asesinato del caballero Bemat de Senesterra—, etc. Por si fuera poco, los clérigos, siempre tan prudentes, ahora se peleaban por el lugar que debían ocupar en los bancos. Incómodos en aquella sala atestada, no dejaban de quejarse y murmurar. Como siempre, al final se decidió nombrar una comisión, en este caso de nueve, para revisar los agravios. Pero a la hora de nombrar a los delegados, nadie se ponía de acuerdo.

Volví a casa de Fonollet enferma. Enferma y deshecha, sin ánimo para nada. Después de treinta años las cortes me seguían provocando un nudo en el estómago. No es contra vos contra quien actúan, señora, me decía el confesor. Sólo defienden lo que es suyo, lo que es de ley… ¡Como si yo no fuera su reina, como si el rey y sus empresas no fueran suyos! Como si yo fuera una transgresora, yo que siempre procuraba rodearme de letrados y notarios y de no infringir una sola constitución.

No quise volver a las cortes hasta que la comisión de agravios no hubiera sido nombrada. Tampoco pude. Volví a sufrir ataques, desmayos y flujos de sangre y líquidos pestilentes. García, el médico, y las camareras se asustaron. Estuve en cama durante meses…, aunque no por ello dejé de dictar cartas. Alfonso, aquel verano, también se puso enfermo. Y me escribió, pero no para hablarme de su enfermedad, que dicen que fueron fiebres, sino para pedirme que siguiera al frente de las cortes, firme y sin rendirme.

¡Más exigencias! Cada pliego que me llegaba me fortalecía. Cuando me quedaba sola en la alcoba oprimía el papel contra mi pecho. Lo besaba. Guardaba copia de algunas cartas de Alfonso en un cofrecillo de ébano con incrustaciones de nácar. Mi tesoro más precioso. Eso y los libros. Cuando me cansaba de rezar y de leer otras cosas, releía las cartas de Alfonso hasta que la vista se me nublaba y la cabeza se negaba a pensar más.

Aun desde el lecho tuve que resolver problemas de otros. La condesa de Pallars y su hijo vivían prácticamente en la pobreza. El conde se desentendía de ella, la maltrataba y había dilapidado el patrimonio familiar. Las malas lenguas decían que el rey quería apoderarse del condado de Pallars. Le pedí a Alfonso que nombrara a un tutor para el hijo del conde que a la vez administrara su casa, así pondría orden y nadie podría decir que el rey quería pisotear los derechos de aquella familia.

Familias rotas, casas en la ruina. María Bohil y Estefanía Sarroca, mis buenas amigas de Barcelona, me hablaron de los escándalos de Beatriz de Luna, una dama de Lérida, en una de sus visitas. Había venido con sus hijas a visitar a otro hijo que residía en Barcelona y las tres organizaban sonadas fiestas en su casa, para gran disgusto del muchacho, que era un joven austero y con ganas de mantener limpia su reputación. ¿Cómo es posible? ¿En qué mundo vivimos, que son los jóvenes quienes muestran sensatez y los padres quienes llevan una vida disoluta? Si la mujer falla, toda la familia cae, ¡lo he visto tantas veces! Escribí a Beatriz de Luna para que regresara a Lérida con sus hijas y diera buen ejemplo.

Durante muchos días se habló de los bailes y festejos de Beatriz de Luna. Mis camareras comentaban que las mujeres iban vestidas según la moda francesa e italiana, con vestidos muy escotados, velos y redecillas en la cabeza y mangas abullonadas. Acudían a las fiestas los mejores juglares y se bailaba largo rato. Violant y Calatayuna, más jovencitas, fantaseaban. Echaban de menos Valencia y se resentían por aquella vida monástica de la reina enferma en Barcelona. Acordándome de Violante de Bar, que murió sin dinero pero rodeada de lujo y elegancia, escribí al padre de Calatayuna para que enviara vestidos a su hija, y a mi último mayordomo en Valencia, Cristófol de Montblanc, le pedí sedas y paños de colores. *Na* Pastoreta, la bordadora, debía elegir las telas.

El poco dinero que atesoraba lo gasté para vestir con dignidad y color a mi pequeña corte.

Mientras me restablecía, aquel verano en el huerto de Fonollet el mundo rodaba y se zarandeaba. ¿Qué sucedía en Castilla? Al fin Juan, mi hermano, había accedido a mis ruegos. Envié embajadores para que se firmara una concordia entre los dos Juanes, los reyes de Castilla y Navarra. Como garantía del acuerdo constaron las villas de Atienza y Torija, de cuyo gobierno me ocuparía yo, temporalmente, para luego devolverlas al rey de Castilla; y entonces él dejaría entrar en Aragón a Juana Enríquez, la prometida del primo Juan.

¿Y qué sucedió? En agosto terminó el plazo. Mi hermano Juan recuperó las villas en garantía… y ordenó que las arrasaran a fuego y sangre. La respuesta del primo no se hizo esperar. Las tropas que tenía apostadas en las fronteras se pusieron en pie de guerra. ¡Otra vez!

Atienza, quemada. ¿Qué culpa tenían los pobres vecinos de aquel pueblo, que veían cómo sus hogares se venían abajo entre humo, gritos de caballeros y golpes de espada? ¿Qué tenían ellos que ver en las disputas entre nobles y reyes? Aquellos que debían defenderlos les arrebataban la casa y la vida. ¡Ay, el mundo está loco! Entre las cortes, que no prosperaban, y el disgusto de Castilla, sufrí un ataque muy fuerte, un paroxismo de dolores que me retorcieron por dentro y por fuera. Por fuera mi cuerpo se agitaba con violentos temblores. Por dentro el mal me comía las entrañas. Ni sangrías, ni masajes, ni jarabes ni elixires lograron aliviarme. Nada podía detener las convulsiones. Toda yo era un guiñapo dolorido, lloroso y gimiente, y tan sólo podía rezar para que terminara aquel suplicio. O me moría o me curaba…, pero no podía seguir, ¡ya no podía más!

Los médicos no sabían qué más probar. Las camareras estaban asustadas. La gente de la casa murmuraba. La reina se muere. El confesor me administró los sagrados sacramentos. En el momento en que su mano se posó sobre mi frente, el dedo impregnado en el óleo santo, los temblores cesaron y aquel dolor que me retorcía por dentro, poco a poco, comenzó a remitir.

El Señor aún me quería viva.

¿Qué me ocurre? Toda yo estoy descalabrada. Me da vueltas la cabeza, el corazón se asfixia y el vientre se me deshace. No puedo tragar alimento alguno y, en cambio, de mi cuerpo salen gases pestilentes y un flujo hediondo. Tengo la muerte en las entrañas, pegada a mí como una garrapata.

Ya no me queda ni la vergüenza. Una vez más, ¿ya son siete?, los consejeros han enviado a una delegación para certificar mi enfermedad. No les ha bastado la declaración de mi médico, Gabriel García. Sus explicaciones me han dado náuseas, pero al mismo tiempo me han reforzado por dentro. Poner nombre a las enfermedades es algo bien curioso. ¡Más aún si es en latín! Como si al nombrarlas fueran extrañas, ajenas a nuestra propia naturaleza. Yo sólo siento escozor, dolor y ahogos, que mi vientre gime y rechina. Me pesan los huesos, me duele la piel y tengo la boca llena de amargura. Pero los nombres que emplean los médicos —mirarquia, hipocondría, región esplénica…— me resultan tan lejanos… Escucho su informe y me da la impresión de que no hablan de mí. Ni siquiera el diagnóstico, peligro de muerte súbita, me impresiona. Nombrar la muerte es como mirarla cara a cara. Estoy tan acostumbrada que ya no me da miedo.

Una vez más he recibido a los consejeros en mi alcoba, tendida en el lecho, tragándome el decoro. Me han visto así, en camisa de dormir y con el cabello sin recoger, débil, enferma, descompuesta. Sin aliento, jadeando e hipando. Un despojo humano entre sábanas y cojines de pluma atendido por dos camareras compungidas y un médico desconcertado.

No he querido hablar, pues me cuesta pronunciar una sola palabra, y tampoco he disimulado mis males. ¡No, ya no me queda vergüenza! He llamado al secretario con un gesto y él ha leído mi respuesta a los síndicos. Acepto todo lo que pidan. ¿Quieren esto y lo otro? Que así sea. Adelante. Las cortes deben continuar.

Más tarde las camareras me han explicado que los consejeros también las han interrogado. Isabel y Violant han respondido de acuerdo con el médico, incluso exagerando un poco mi enfermedad. Creo que ya no doy lástima a nadie. Ni siquiera a mí misma.

Cuando días después al fin conseguí levantarme escribí a la corte pidiendo respuestas. Y me han contestado: todo requiere tiempo, no es culpa de los síndicos que la reina esté enferma y que la ausencia del rey provoque tantos desórdenes. Hacen lo que pueden. Por fin han nombrado una comisión, no de nueve, sino de veintisiete hombres, nueve por brazo. Y ya trabajan en los agravios. Demasiada gente. Las sesiones acabarán en discusiones interminables, ¡bien lo sé yo!

Me he trasladado al palacio del obispo. Empieza a hacer fresco y el relente del campo me podría afectar, según el médico. Pero la humedad de la ciudad también me come los huesos. Por lo menos en casa del obispo hay buenos braseros, buenos tapices y buenas camas. Los prohombres de la Iglesia viven mejor que esta reina pobre y viajera. Aquí también como mejor; hay un buen panadero y cada día se sirve carne fresca en la mesa. Me repongo un poco. Pasaré aquí la Navidad y escucharé las campanadas de la Noche Santa desde mi alcoba. Si no me encuentro bien, vendrán a traerme la comunión. Ay, Señor, ¡necesito lavarme por dentro! A veces pienso que tengo el alma tan despedazada y podrida como el cuerpo. Mosén Gallach me dice que no, que mi alma es fuerte.

¡Alfonso, eres injusto! Acabo de recibir tu carta. Me dices que querías volver, pero que Italia vuelve a estar en guerra. Dices que tienes que socorrer a tus amigos. ¡Qué amigos! Más bien yo los llamaría rivales. Rivales o enemigos que quieren aprovechar cualquier ocasión para expulsarte de sus tierras. No te quieren, Alfonso. Estos duques de Génova, Pisa o Milán; el Papa, los venecianos… ¿qué quieren de ti, por qué ahora tienes que ayudarlos? Y a ti, ¿quién te ayuda? Pretendes ser amigo de tus amigos, pero en realidad no tienes amigos, Alfonso. Todos ellos son una pandilla de interesados y a la primera de cambio te declararán la guerra. Por eso me pides que siga firme aquí.

> En esas cortes camina tú sin congoja y ocúpate de mis asuntos, tanto en la justicia como en las luiciones y quitas eje patrimonio y fiscalías justas, haz como si no hubiera cortes porque no te quepa duda de que, si tienen la

intención de finalizarlas, así lo harán; no pierdas lo cierto por lo incierto...

Ah, sí. Que me ocupe de cobrar tus rentas. Bien. Pero lo que me ha dolido es el final:

Guárdate de consentir embajada ni cosa en que hayan de despender del General si no yo te prometo que a ti te lo haré pagar. Que si algo me quieren consultar con una persona suya o tuya, con cartas y sin gran dispendio lo podrán hacer... Y los catalanes podrán guardar su dinero para gastarlo en otro tiempo... Haz que mis galeras vengan pronto.

¿Qué culpa tengo yo de que quieran enviarte una embajada? Ah, querido, ¡qué magnánimo eres cuando se trata de ayudar a tus amigos… o de ofrecer una fiesta, un torneo o una cacería a los príncipes que te agasajan! ¡Y qué ahorrador a la hora de resolver los asuntos de las cortes, escuchar a los síndicos, resolver leyes y tomar decisiones que te molestan! Sí, has aprendido de los catalanes a ahorrar en aquello que te place, pero cuando te conviene prefieres ostentar como los príncipes italianos. Tienes el brazo más largo que la manga, esposo mío. Ay, que Dios me perdone. A veces me parece que tanta enfermedad, tanto dolor, me vienen por mis malos pensamientos. Tengo la mente podrida de mal pensar y Dios me castiga en el cuerpo. ¡Ah, Señor, ten piedad de mí!

Diciembre de 1446. Estamos a las puertas de Navidad. Envío cartas cada mes a las cortes para saber qué resuelven. Al cabo, otra delegación de las cortes viene a verme. Esta vez se presentan Dalmau, canónigo de la sede, el caballero Bartomeu Castelló y el síndico Joan Marimón. Me dan una respuesta: están trabajando sobre los agravios y cuando puedan me dirán algo. ¡Qué novedad!

56.
LA REINA Y LOS CAMPESINOS

Año del Señor de 1447. El abad de Sanies Creus me visitó a principios de año. Quería viajar a Italia y encontrarse con Alfonso. Le pedí que llevara algunas cartas mías. Dicté al secretario:

> Alfonso, abiertamente se dice que los que vendrán a verte obtendrán lo que quieran a cambio de dinero...

Pere de Santcliment, el maestro racional, y Andrés de Biure me traían noticias de las cortes. Todo el mundo dice que el rey vive en la opulencia y que siempre tiene la mano rota. ¿Tan fácil es comprarte, amado mío?

Alfonso me respondió. Yo le había explicado los tropiezos de las cortes, los conflictos en Castilla, mis enfermedades… y las oraciones y misas que había encargado en todos los monasterios de Cataluña por su recuperación de las fiebres. Alfonso sanó con rapidez. No dijo una sola palabra sobre su enfermedad en la carta, y apenas nada de la mía. Tan práctico como siempre, iba al grano y me hablaba del dinero. No sufras por las cortes. Tanto si se aprueba la ayuda como si no, me saldré con la mía. Me pedía que fuera cobrando todas las rentas y tributos de las tierras y propiedades reales, aunque fuera con un anticipo, y que recaudara todo lo que pudiera para él, que de poco seso es dejar lo cierto por lo incierto. ¡Pues sí! Aún le quedaban recursos sin tener que recurrir a las cortes.

> Cuando a Nuestro Señor le plazca vendré a estos reinos,

> y lo haré sin su ayuda ni donativo alguno. El nuevo Papa está tratando la paz, y si Dios le concede su gracia yo me dispondré a venir a verte, que es una de las cosas que más deseo en el presente. Dios me ayude, que digo la verdad, aunque los que mucho o poco lo desean no lo crean.

Año de gracia de 1447. Este año me he fortalecido. El buen Dios me ha concedido mejor salud y he estado recordando a mis mentoras, que en paz descansen: Mom, doña Leonor, la serenísima reina Violante… Mom siempre se vestía y se comportaba como una señora, aunque luego se dejara influir por unos y otros y cambiara de parecer. También las demás. Pues bien, este año ya no me importa cuántas deudas vaya acumulando: me mostraré como una reina y señora. Sí, luciré las pocas joyas que me quedan sobre el terciopelo negro, y no me dejaré pisotear por los nobles, los síndicos, los consejeros o los ciudadanos que se visten de carmesí, comen carne y confites cuando quieren y viven con mucho mayor regalo que yo. Esto me he propuesto, mas los obstáculos no han tardado en presentarse.

He destituido al veguero de Barcelona. Los consejeros querían apresar a mosén Torrent, a quien he acogido en mi casa, y no se lo permití. El veguero, muy digno, me presentó su bastón. ¿Acataba mi decisión? «No te lo creas, María», pensaba yo.

Semanas más tarde impuse mi autoridad ante el obispo. Los hombres de Iglesia que cometen un delito son tan criminales como cualquier otro, no debe haber excepciones, y no es de justicia que a menudo se defiendan entre ellos y busquen amparo en la autoridad. El obispo tenía retenido a un clérigo ladrón en el calabozo de su palacio, donde todavía estoy viviendo. Yo envié unos alguaciles para sacarlo y azotarlo públicamente. Nada mejor que un buen escarmiento ante toda la ciudad. A mediodía, delante de la catedral, fue flagelado en medio del gentío. Yo salí con las damas a verlo, durante unos instantes, y volví a palacio.

¡La reina ha cometido dos agravios!, decían. Ni el obispo ni el veguero han respetado mi autoridad, sino que han protestado ante el mismo rey. He aquí el regalo que las cortes han enviado a mi esposo de manos del caballero Arnau de Vilademany. Lo he sabido

cuando éste ya había zarpado rumbo a Nápoles. Por descontado, Alfonso, te dirán que la señora reina no respeta las cortes, ni los brazos, y que ha ofendido gravemente las leyes y costumbres de este país.

Mes de abril. El sol calienta y ya no estoy en cama. He reanudado las audiencias públicas de los sábados y lo primero que he tenido que afrontar es una delegación de campesinos.

Los labradores están en pie de guerra. Menudos pero vigorosos, con la piel curtida y esa mirada de fiera astuta que he visto a menudo en la gente del campo, han venido de diferentes pueblos de Gerona. Visten con lana y cuero basto, y la sala enseguida se ha llenado de su olor a corral, a heno y a bestia. Han sido muy educados. Con su habla rápida y acento cerrado, que ha requerido de toda mi atención para poderlos entender, me han explicado que están dispuestos a pagar al rey para comprar sus privilegios. Quieren libertad para desplazarse a trabajar allí donde haya faena; quieren vender los frutos de la tierra como y a quien decidan; quieren casarse sin tener que pagar el derecho de pernada. Los campesinos, como los ciudadanos, han aprendido. Sí, saben de leyes y reclaman justicia ante Dios y ante el rey. No tienen voz en las cortes, pero han venido a hacerse oír por la reina.

Y la reina los ha escuchado. Las cortes no dejan de ponerme obstáculos; en cambio, ellos me han ofrecido dinero. Con ellos venía una mujer, tan fuerte y decidida como los hombres, y por unos instantes he imaginado cómo debía ser su vida. En mis viajes a través de los campos he visto a muchas mujeres segando, cavando, llevando espuertas en la Cabeza, haces de leña a la espalda y un bebé fajado en el pecho. He preguntado a la mujer cuántos hijos tenía. Dos, señora, me ha respondido. Altos y fuertes como yo misma. Y lo ha dicho con orgullo. ¿Sólo dos?, no he podido evitar la extrañeza. Ella ha asentido con energía. Señora, con tanto trabajo en el campo y lo poco que nos queda para llenar la despensa, hay que mesurar bien.

He escuchado a los campesinos y he prometido darles respuesta en cuanto lo delibere. Los he despedido con una promesa, pero no puedo decidir nada sin consultar a las cortes. Aunque ya sé qué

respuesta me darán.

Las cortes, por supuesto, se han enterado de la visita antes de que la pudiera anunciar. Todo el mundo se muestra alarmado. ¿Qué haremos, en nombre de Dios, si los siervos y los campesinos se revuelven? Ni los clérigos, ni los nobles ni los ciudadanos quieren atender su petición. ¿Malos usos? Ay, son los usos de siempre, las costumbres de la tierra, los privilegios que los nobles se han ganado a pulso, generación tras generación de guerras para defender el territorio y a la gente. Los campesinos… ¿Acaso no saben estos mentecatos cuánto cuesta armar un ejército? ¿Cuánto cuesta forjar armas y mantener una caballería? ¿No saben lo que cuesta jugarse la vida en un combate? Ah, sí lo saben. Se corre la voz de que miles de campesinos se están concentrando en el Empordá. ¡El campo en pie de guerra! De las cortes me llega un mensaje urgente: hay que movilizar a las tropas del sometén. Yo decido enviar delegados antes para averiguar qué hay de cierto.

Alfonso, ¿qué debo hacer? Conozco tu respuesta. Si los labriegos pagan, les otorgarás las libertades que te piden. También son tus vasallos. Y tú eres amable con los buenos pagadores. Los nobles protestan y dicen que harto complejo es defender la tierra… Pero ¿defenderla de quién? Los que trabajan la tierra y extraen sus frutos también son conscientes de cuánto cuesta forjar arados y guadañas; saben qué precio tiene su sudor y qué precio tiene el pan que todos comemos. Yo quisiera defenderlos, como tú, pero tu esposa ya ha cometido tres agravios… ¡Este sería el cuarto! Las cortes se me echan encima, querido, y no querrán otorgarme la ayuda que tú pides. Si tenemos guerra en casa, no querrán pagar tus guerras en Italia.

Guerra dentro y fuera. El verano de 1447 ha sido otro verano de fuego. Tu hermano Juan ha conseguido, por fin, que el rey de Castilla dejara salir a su novia, Juana Enríquez. Se han casado en Calatayud, en medio de grandes festejos. Festejos que sonaban más a tambores de batalla que a danzas nupciales, según me han dicho. Navarra está en pie de guerra. Y Castilla, también. Juan Pacheco y Álvaro de Luna mueven pieza. Los castillos y las poblaciones en las fronteras se fortifican, algunos sufren ataques, por todas partes merodean tropas de castellanos, aragoneses y navarros que se enfrentan. Entretanto, los aldeanos ya no se sienten protegidos por

los señores, ni por los reyes, y organizan su propia defensa.

Así me lo han explicado dos judíos de Borja este verano. Me traían un donativo, mil sueldos jaqueses, que les he agradecido porque apenas tengo con qué pagar a mi gente. ¡Al menos me quedan las aljamas y las morerías! Los judíos me piden ayuda: la guerra en Castilla es una amenaza y quieren reforzar las murallas de su ciudad. Les he prometido que les enviaría a mosén Cerdán, de Zaragoza, para que se haga cargo de la situación.

Guerra fuera y dentro. Mallorca hace años que arde. El lugarteniente no ha resuelto nada. Sus oficiales abusan de la buena gente y la buena gente deja de serlo. La pobreza campa por doquier y parece que el crimen es ley. Ahora enviaré al doctor en leyes Pere de Belloch, junto con su asesor. Es un hombre inteligente e íntegro, y le pido que me haga un informe detallado de todo cuanto sucede. Te informaré, Alfonso, pero hasta que el gobernador no vaya allí a poner orden no vamos a solucionar nada. Berenguer d’Oms, con sus negocios en Rosellón, sigue sin querer ir. He hablado hasta la saciedad con su esposa, Joana, para que lo convenza, y todo ha sido en vano. Por otra parte, D’Oms está en Barcelona, y me sirve de apoyo cuando hay jaleo en las cortes. Él, Galzeran, los abogados Ram y de Biure son mis auxilios. Sin ellos y el maestro racional, no sé qué haría.

«Por la dureza de vuestro corazón Moisés tuvo que dictar leyes…». Esto lo he leído en algún lugar, en los santos Evangelios, ¡y creo que el Señor tenía tanta razón…! Sí, el corazón se nos endurece. Y veces se vuelve loco. ¿Qué clase de señora paga a una banda de maleantes para que destrocen la reclusa de un molino? Pues esto es lo que ha hecho doña Violante, esposa de un caballero que está contigo en Nápoles, esposo mío. Violante sostiene pleitos con los monjes de Santes Creus y ha querido perjudicarlos atacando un molino del monasterio. ¿A quién ha perjudicado, al final? Al pobre molinero, a su familia, a los vecinos que muelen allí su harina y comen su pan. Los monjes me han enviado al procurador para que haga justicia, y la haré, Alfonso. La Iglesia ayuda a mucha gente, y no armando tropas, sino construyendo molinos y labrando tierras. Ayudaré a los monjes. Enviaré allí a dos abogados y haré justicia.

Me llegan cartas de Nápoles, ¡pero ya no estás en Nápoles! Tu hermano Juan está en plena guerra… y tú la preparas. Quieres pacificar Italia y, por supuesto, «si quieres la paz, prepara la guerra». Tu amigo, el duque de Milán, ha muerto y te ha dejado en herencia su ducado. ¡Qué regalo, Dios mío! Un botín que se disputan no menos de tres repúblicas italianas: Venecia, Génova y Florencia. Menos mal que el nuevo Papa, Nicolás, te favorece. Dicen que es como tú, amante de la música, las letras y las artes. A buen seguro os entenderéis. Y necesitas su apoyo, querido, porque tienes a media Italia en contra de ti. Tu hermano marcha a la guerra en Castilla y tú levantas polvareda por toda Italia. Parece que el mundo está patas arriba.

Me consuelo leyendo, como siempre. Repaso mis amados libros. Los diálogos de Séneca. La vida de Ángela de Foligno. *De las virtudes de los príncipes antiguos*, que ya tengo gastado de tanto pasar las páginas. *De las mujeres*, de Francesc Eiximenis. Y los *Proverbios* del marqués de Santillana. Me consuela más leer a las mujeres y ver cómo han afrontado tropiezos y sufrimientos otras reinas, otras santas, otras nobles. La sabiduría de los hombres es bella y serena el corazón, pero la experiencia de las mujeres me da fuerzas. Es otra clase de sabiduría, formada de sensatez y de sangre, de corazón y de cabeza. Es una sabiduría que sabe lidiar con los afanes del día a día, con el hambre, con la pobreza, con la muerte y el dolor de corazón. No son palabras bellas, son hechos. A fin y al cabo, ¡eso es lo que cuenta! Recuerdo lo que me decía fray Bernat de Ribes cuando tenía mala conciencia. Los hechos son lo que cuentan, señora. Dejad los sentimientos aparte, pues son volubles y cambian como las nubes del cielo. Nuestro Señor también sintió miedo y angustia. Rio, se enfureció, lloró. ¡También era hombre!, pero los sentimientos no lo echaron para atrás cuando tuvo que afrontar la muerte. Los hechos, y no los sentimientos, son lo que cuentan.

Así se lo explico a las doncellas. En las veladas de damas ya no hablo como una madre, sino más bien como una abuela. Calatayuna y Violant de Montpalau me escuchan con atención. Cuando os caséis, preciosas mías, no penséis en el enamoramiento ni en las emociones, ni tampoco en los miedos. Amad a vuestro esposo, ya sonría ya esté de mal humor. Él puede cambiar como el tiempo, vosotras tenéis que ser firmes como una roca. Si luce el sol,

contentas. Si llueve y graniza, contentas. Siempre a punto para complacerlo, nunca una palabra ofensiva. Así os ganaréis su corazón y su confianza. Ya no me atrevo a decir su amor. Violant me pregunta: Señora, ¡pero las mujeres somos débiles! Todo eso cuesta demasiado. ¿Débiles? Me yergo en la silla y replico con energía: ¡No lo creas! Las mujeres no somos débiles. María Bohil y Estefanía Sarroca me dan la razón.

Pienso en la campesina, robusta como un toro y con sólo dos hijos. Hay que mesurar. Las damas y las reinas, si podemos, no paramos de engendrar. Debemos dejar herederos, debemos perpetuar el linaje. Podemos tener hijos, alimentarlos y vestirlos, pagar nodrizas, ayas y maestros. En cambio, los campesinos tienen que contar el trigo y la harina que tienen para amasar. Tienen que contar los hijos. Las madres tienen que contar la semilla y la sangre. Incluso en esto se ven obligadas a ahorrar. Las mujeres del campo son fuertes. Son fuertes como aquellas mujeres bíblicas que no necesitaban comadronas para parir a sus hijos, ya fuera en casa o en lugar abierto, allí donde les llegara la hora. Paren como las yeguas y al cabo de dos días ya vuelven al huerto, con el recién nacido fajado al pecho o a la espalda, trabajando y amamantando a la vez, extrayendo el fruto de la tierra y el jugo de su cuerpo. ¿Quién dice que las mujeres no somos fuertes?

Alfonso, tienes que escuchar el clamor de los campesinos. Yo no debo responderles por no levantar más alboroto en las cortes, pero tú lo harás. Les venderás los derechos. Ellos te pagarán. Y las cortes podrán decir lo que quieran, pero tú tendrás el dinero y ellos, la libertad.

57.
CUATRO MIL CABALLOS, MIL BALLESTEROS

Joan de Marimón, el ciudadano elegido como embajador de las cortes y se ha quedado impresionado al verte. Cuando desembarcó en Nápoles, tú ya habías partido hacia Florencia, con tu séquito y un ejército de cuatro mil hombres a caballo. ¡Cuatro mil! Y sin embargo ahora pides mil ballesteros para continuar la guerra italiana… Y Marimón se las vio y se las deseó para encontrar una montura y poder llegar hasta ti.

Los consejeros me han explicado lo que Joan Marimón escribió a las cortes. Vives rodeado de lujo y no te privas de nada: cazas en los bosques, te alojas en palacios recubiertos de oro y mármol, haces los honores en la mesa y sigues con la guerra. Supongo que también tienes amantes, nadie me lo dice, pero al final acabo sabiéndolo. Eso sí, tratas bien a todo el mundo. Sí, se vive bien a tu sombra. Tampoco Marimón no ha tenido queja alguna de tu trato. Le has dado respuesta a todos los asuntos que te ha planteado, incluida la reparación del nuevo agravio que ha cometido tu esposa: arrestar al vizconde de Illa y Canet. Me gustaría escuchar qué explicará Marimón cuando las cortes se reúnan a su regreso.

Mil ballesteros…, ¿cómo pagarlos? En Cataluña las aguas continúan revueltas. Los consejeros no quieren a nuestro gobernador, Galcerán. Él quiere ir a buscarte y todo son impedimentos. No importa, lo autorizaré y zarpará. La ciudad puede reclamar y enviar al gobernador allá donde sea y cuando sea. Tiene este privilegio por encima de las cortes, ¿recuerdas? Te lo compró hace tres años a

cambio de diez mil florines. Ahora necesitas cien mil y, como siempre, las cortes deliberarán si te los otorgan. En marzo me presenté a la sesión. Me senté sobre el podio y pedí, con voz clara y fuerte, ayuda para pagar a tus mil ballesteros. Autoridad, claridad, decisión. No me han servido de nada. ¡Estoy harta!

La primavera estalla y no para de llover. Los campos están verdes y el mar, gris y agitado. También mi cuerpo se revuelve y mi cabeza no para de rumiar… Las cortes presionan. Quieren que repare todos mis agravios. He reparado algunos, pero no todos. Y no quiero hacerlo. Los consejeros apresados por la muerte de mosén Senesterra seguirán en la cárcel. Su viuda me pidió justicia, y un homicidio no debe quedar impune. Tampoco he querido ceder en las concesiones que has hecho a los campesinos. Son tus vasallos, te han ofrecido treinta mil florines —¡tanto como las cortes!— y tú les has hecho una promesa. Amado mío, hay cosas que no se pueden comprar, y la justicia real debería ser una de ellas. Ya he transigido demasiado. Y, ¿sabes?, empiezo a perder la paciencia.

He comulgado con ruedas de molino demasiadas veces. En enero me pediste que proclamara un bando contra los florentinos que residen en Cataluña. Bien, ahora Florencia es tu enemiga, los Sforza te quieren arrebatar el ducado de Milán… Pero ¿qué culpa tienen los mercaderes y artesanos que hace años que viven aquí, casados con mujeres catalanas, con hijos catalanes, y que han hecho de esta tierra su hogar? Por supuesto, han venido raudos a protestar. Los he recibido en la audiencia de los sábados y los he escuchado. Ya te he hablado de ellos, Alfonso. Una cosa son los duques y tus enemigos, otra cosa son estas gentes honradas. Algunos te visitarán; seguro que pagarán bien tu favor.

También te he obedecido en el caso del canónigo de Lérida, Martorell. Tú sabes que no tolero la brujería ni los vicios en el clero. Tú eres el primero que me pide que los hombres de religión den buen ejemplo. Y resulta que este canónigo ha removido cielos y tierra, incluso ha obtenido una bula papal, para continuar en su cargo, cuando yo había ordenado que fuera llevado a prisión. Está confabulado con el veguero de Lérida y es hombre de mala fe, que compra a todo el mundo con el dinero que ha amasado practicando la usura. Sin embargo, me pides que revoque todos los cargos y lo deje en libertad, y así lo he hecho.

Clausuré cortes el día 11 de mayo. Al atardecer repicaron las campanas de la catedral. Hora de recoger, hora de cerrar. Hora de finalizar otra corte interminable.

¿De dónde sacaré el dinero para pagar a mil ballesteros? De los moros y los judíos. He escrito a las aljamas de siete ciudades: Lérida, Tortosa, Tarragona, Gerona, Perpiñán, Cervera y Tárrega. Todas ellas me han prometido respuesta. Como en tiempos de nuestros padres, como siempre ha sido, durante siglos. Los pueblos sometidos encuentran oro bajo las piedras. Y los reyes que los sometemos acabamos pidiendo su ayuda. ¡Qué frágiles son las coronas! Y también he empeñado las últimas joyas que me quedaban. Si pudiera, hasta mi persona empeñaría con tal de enviarte dinero, pero, amado esposo, creo que nadie daría gran cosa por este despojo de mujer. Flaca y enferma como estoy, mi peso en oro no te ayudaría mucho.

Si pudiera… Ay, dicen que el amor verdadero nunca muere. La nostalgia, tampoco. Te echo de menos. Han pasado más de veinte años.

Llega el verano. La calima flota sobre Barcelona. He visitado de nuevo nuestro palacio real después de tantos meses en casa del obispo. Cerrado, con olor a humedad. La tristeza flota, como la bruma, sobre los muebles y los tapices. Los aposentos privados permanecen desiertos, en un silencio de capilla abandonada. Doña Juana se hace mayor; hace lo que puede, pero tampoco tiene muchos recursos, pues hace meses que no le doy dinero. Unos pocos criados barren y quitan telarañas de tanto en tanto, pero el polvo lo va cubriendo todo. Las casas, si no son habitadas, envejecen. Un palacio deshabitado se convierte en una tumba.

El palacio real es como mi cuerpo, querido. Lejos del amor, es una casa de muerte. Estoy restablecida, pero me siento vieja, vieja y gastada. Gastada de no estar habitada. Soy un nido de enfermedades porque me faltas tú. Si pudiera llegarme a tu lado, ni que fuera como un paje, como una sirvienta, como la barredora que recoge la tierra de tus borceguíes, sería feliz. Tú me curarías, estoy segura de ello.

Me escribes que vaya a Perpiñán. ¡Otro viaje! Menos mal que es verano, hace buen tiempo y me siento fortalecida. Iré con un séquito reducido, que no sé cómo voy a pagar ni quién me dará crédito. Algún mercader me ayudará, como siempre, porque los consejeros se han enfadado mucho conmigo después de la clausura de las cortes. Galzeran Oliver, mi tesorero, siempre refunfuña que no puede hacer milagros, pero luego los hace.

Por fortuna, de Sicilia llegan unos barriles de atún y los voy a vender. Como en Barcelona no los quieren, los enviaré a Sevilla. Los consejeros de Barcelona, al menos, han permitido que la mercancía pase. Y en Blanes la condesa de Módica me ha avisado de que en Cadaqués han capturado un bajel genovés. Barco enemigo, barco confiscado. Con los tejidos que transportaba aún podré conseguir una buena venta. Le he pedido a la condesa que haga inventario de los bienes y que lo retenga todo hasta nueva orden. Ya ves, amado mío. Yo, que siempre he perseguido a bandoleros y piratas, ¡cómo me tengo que ver!

El mundo está patas arriba. Mosén Vicente Ferrer hablaba del fin del mundo y de las señales: terremotos, inundaciones, guerras y astros que caen del cielo. He visto de todo los últimos años. Sólo faltaba que el sol se oscureciera… ¡y así ha sido!

Estando en Gerona, a finales de agosto, hubo un eclipse de sol. Durante cuatro horas el mundo estuvo cubierto por una sombra. Salí con las doncellas y los pajes a la terraza del palacio episcopal. La plaza de la sede estaba llena de gente rezando, algunos se flagelaban como penitencia, todos impresionados. Unos judíos miraban el eclipse a través de unos pedacitos de cristal ahumado. Me trajeron uno y alcé la vista. ¡Qué diferente es ver el sol a través de las tinieblas! El corazón me dio un vuelco, no sé bien si de espanto o de admiración. A través de las aguas turbias del cristal vi cómo la esfera inmaculada desaparecía tras la sombra negra. Una sombra orlada de rayos de luz.

Con todo, la luz no desapareció del mundo. El día se volvió como si la tierra estuviera cubierta por un velo, pero el eclipse no trajo la noche.

Todos hablan y murmuran. ¿Un mal presagio? ¿El fin del mundo que se avecina? ¿Una señal del cielo? ¿Un aviso? ¿De qué? ¿Para qué? El confesor nos aconseja rezar y tener fe. Los judíos no

parecen asustados. Los físicos y los sabios dicen que es un fenómeno natural, que sucede a menudo y que incluso se puede predecir calculando las posiciones y los movimientos de los astros. Regreso a palacio con las doncellas, que también han contemplado el eclipse a través del cristal negro y ahora conversan animadamente. Yo no tengo miedo. Ver aquello ha sido como mirar a la muerte de frente. Cuando miras el peligro cara a cara, parece que disminuye, se encoge y resulta menos temible. Ya no es un misterio abrumador, ya no es un mal desconocido sin mesura. No es el poder del diablo, sino un giro en la danza de los cuerpos celestes. Y Nuestro Señor, les digo a las doncellas, es el amo de la tierra y de las estrellas. ¡Estamos en sus manos!

No temo. Ver el cielo oscurecerse para aclararse de nuevo ha sido como contemplar una tempestad que viene y se va. No sé por qué, pero dentro de mí ha quedado un poso de esperanza.

58.
PERPIÑÁN, LA REINA DE FRANCIA Y LA REINA DE ITALIA

Navidad en Perpiñán. Hace tres meses que estoy en esta ciudad en forma de estrella amurallada. Me alojo en el Castellet con mi pequeña corte: el secretario Llorenç Casanova, el tesorero Galzeran Oliver, el médico Gabriel García, el confesor y el cocinero; Gabriel Sagre y los pajes; Leonor Sagre, que lleva las tareas domésticas, Isabel Colom, mi camarera de confianza, y las doncellas. Me acompañan también Violant de Montpalau y Leonor de Oluja, que finalmente abandonó el convento de Alguaire para solucionar sus problemas con la herencia. Pidió quedarse conmigo y se lo he permitido. La encuentro más serena y madura, ¡cómo nos pulen las tribulaciones! Calatayuna ha regresado a Valencia y Violina se ha quedado en Barcelona cuidando a Isabel Escrivá, anciana y enferma. Quizás a mi regreso ya no esté viva… ¡Cómo pasan los años!

En Perpiñán he continuado gobernando, a golpe de carta y decreto, pero he tenido que meterme hasta los codos, como diría el primo Juan, en dos asuntos que me han dado no pocos sinsabores. He vuelto a sufrir fiebres tercianas y desmayos, uno cada diez días, otro cada veinte. Ya estoy acostumbrada. Hasta las doncellas han aprendido a percibir sutiles cambios en mí y ya saben cuándo tendré una recaída. Isabel Colom dice que me lo ve en los ojos; Leonor, que se me nota en la piel de la cara. ¡Válgame Dios! Gracias debo dar, por ellas y por el médico, aunque me he vuelto muy escéptica con los físicos y los curanderos. La única cosa que son capaces de hacer, como mucho, es alargamos esta agonía penosa que es la vida.

He venido a Perpiñán con una misión y he volcado todos mis esfuerzos en cumplirla. ¡No es fácil! Como sueles, amado esposo, has vendido unos privilegios a la ciudad a cambio de dinero. Pero aquí no todos son amigos tuyos: la facción que te apoya es la más pequeña, y los otros concejales de la ciudad están en contra. Les pides tres mil ducados de oro, y lo que me he encontrado es una ciudad dividida, pobre y endeudada.

Endeudada, sí, hasta el cuello. La mesa pública ha estado prestando dinero hasta sumar doscientos deudores. Los judíos de la aljama, que ya nos han ayudado otras veces, se muestran cautelosos y no quieren arriesgarse con más préstamos al consistorio. Las arcas de la ciudad están vacías, pero tú pides tres mil ducados.

Con mi consejo he trazado una estrategia. Paso a paso. Lo primero que he hecho es reunirme con las dos facciones, por separado. He recibido a tus partidarios, que son cuatro. Todos son caballeros y tienen dinero. Han ofrecido pagar la deuda de la mesa pública si la ciudad les da el gobierno. El resto de concejales se les han echado encima y no quieren ni oír hablar de ello. Dicen que con una mano llenarán el arca y con la otra la vaciarán para pagar las guerras del rey…, ¡y para llenarse el bolsillo! Así de claro. Tus partidarios, Alfonso, son personas influyentes. Les he pedido paciencia. Dejadlo en mis manos y nos os pronunciéis públicamente, les he dicho. Cuanta mayor discreción, mejor.

Después he recibido a una delegación de la facción contraria. O, mejor dicho, a toda la facción. Una veintena de señores han llenado la sala de recepción del Castellet. Me han explicado los problemas que sufre la ciudad, incluyendo los agravios de los oficiales reales, los crímenes, las banderías… Yo he guardado silencio y he escuchado, les he preguntado después, y así he podido formarme una buena idea de lo que sucede en Perpiñán y en toda la comarca. Por último, me han dicho que no pueden pagar los tres mil ducados. De ninguna manera. Ni siquiera a cambio de los privilegios que te prestas a concederles. Papel mojado, dicen…

Con voz dulce, les he preguntado cuándo serán las próximas elecciones al consistorio. Por San Juan del año próximo. Si así lo desean, la autoridad real velará por todo el proceso, les he garantizado.

De esta forma, salga quien salga elegido para el nuevo gobierno,

todo quedará legitimado. Han rezongado un poco, pero han aceptado. También les he prometido consultarte cómo resolver sus deudas. De momento, los he dispensado de pagar las rentas reales hasta el día de las elecciones. Parece que con esto se han quedado satisfechos.

Una de cal y otra de arena, así me lo enseñaste tú, querido esposo. Así lo he aprendido durante tantos años de tira y afloja en las cortes catalanas con los síndicos de las ciudades. Ya no lucho de frente, he aprendido a regatear y a negociar. Ahora sé valerme de mis armas: mano izquierda y justicia. Con suerte, saldré airosa.

Por si fuera poco, tenemos entre manos otra reclamación. Has delegado en mí todo el peso del asunto, esposo, y no sé cómo responder. La reina de Francia, María, nieta de Violante de Bar y sobrina de tu rival René de Anjou, reclama una dote a Cataluña. De hecho, no es su dote, sino la de su madre, Violante de Aragón. Como nieta de Juan I y sobrina nieta del rey Martín, Violante debía recibir dote del principado por sus nupcias, pero nada percibió. Por aquel entonces no le hacía falta, porque su esposo le dio Anjou y toda Provenza, las tierras más ricas de Francia. Pero sus procuradores declaran ahora que tiene todo el derecho y esgrimen documentos. Violante ha muerto y su hija continúa el pleito. ¿Qué hacemos? La dote asciende a cien mil florines… ¡Quién los tuviera! Yo todavía sigo peleando por cobrar de Castilla y busco dinero bajo las piedras para enviártelo a Italia.

Una delegación de Barcelona está aquí. Y al mismo tiempo han llegado los embajadores de la reina de Francia. El Castellet bullía de gente, un ir y venir de pajes, criados y emisarios, y yo afanándome por atender a unos y a otros.

He pedido ayuda a los consejeros de Barcelona. Quedaos, por favor, hasta que se marchen los delegados franceses, veamos cómo resolver este tema. Ellos han aceptado. Al fin y al cabo, es la Diputación del General quien debería pagar la dote. Durante las últimas semanas no he tenido reposo entre los asuntos de Barcelona y los embajadores de Francia.

He resuelto los casos de justicia. He mandado a Barcelona a un médico acusado de brujería, Juan *el médico negro*; he aprobado la destitución del veguero de la audiencia real por corrupción; he dado órdenes para pacificar los bandos que se enfrentan en el Vallés.

También les he avisado de otra noticia que ha llegado hasta aquí, Perpiñán: unas galeras de Marsella se proponían atacar Cadaqués aprovechando que los vecinos estaban en el mar, pescando, o en tierra, atareados con la cosecha. ¡Hay que defender las costas! A los procuradores de la reina francesa los he despedido diciendo que estudiaría bien sus reclamaciones con mi consejo y los letrados, y que les daría respuesta lo antes posible. De momento, ¡hemos ganado tiempo!

La última gota que ha llenado el vaso ha sido nuestro viejo amigo el conde de Pallars. Finalmente decidiste confiscar su condado, él huyó entonces a Francia y ahora está reuniendo truhanes por todo el Pirineo para armarlos y recuperar lo que es suyo… ¿Nunca acabaremos con esta brega?

Llega la Navidad y las fuerzas me abandonan. Me refugio en la lectura; leo y rezo. Pido música, en esta tierra hay buenos juglares y paso horas en la cama. Vuelvo a estar enferma, pero mi cabeza no deja de trabajar… Giran y giran los pensamientos, como las muelas de un molino, como las ruedas de los carruajes, hasta que la mente ya no puede más y se detiene de golpe. Se detiene la cabeza y todo mi cuerpo se desploma. Quizá mis accidentes no son más que gritos desesperados de descanso. Quisiera dejarlo todo, quisiera morir…, pero no, ¡Dios me libre! Mientras mi señor esté vivo, tengo cosas que hacer en esta tierra.

Pasa Navidad, y Cuaresma, y la Pascua Florida. He convocado cortes aquí, en Perpiñán, tal como me has pedido, esposo. El 15 de marzo abrimos la sesión inaugural. ¿Quieres que te lo cuente? A duras penas nos reunimos una docena de personas. Así que he ido prorrogando las cortes, cada diez, quince, veinte días… Todos protestan y dicen que Perpiñán está lejos. Pero la peor protesta es la ausencia. A veces me parece que estoy pisando hielo, o arenas movedizas. A veces me parece que gobierno desde un trono que flota en el vacío.

Me consuelo con las doncellas, leyendo y rezando, como siempre. Tengo en mi alcoba todo lo que necesito: la biblioteca, donde hay ya más de cuarenta libros, en un pequeño armario con puertas de cristal, que Leonor Sagre conserva con esmero; las

reliquias en una mesilla, la cruz de plata y el cofre con tus cartas. Con esto me basta, Alfonso. Son mis tesoros. Si los tengo, allí donde vaya me siento como en casa. Pienso que si sobreviniera una desgracia y todo cuanto tengo se quemara, sólo querría salvar esto. Los libros, las reliquias, tus cartas. Sobre todo, tus cartas. Algunas noches me llevo dos o tres a la cama y las releo a la luz de la vela. Paso los dedos sobre la tinta. Beso tu rúbrica. Palabras… Palabras escritas es todo cuanto tengo de ti. Incluso cuando me riñes, o cuando me pides algo difícil, amo tus letras. Como decía aquel profeta, me saben como miel en la boca, aunque luego me quemen las entrañas. Qué importa. Mientras tenga este fuego dentro de mí sufriré, pero estaré viva.

La primavera florece en el Rosellón y ya estamos en vísperas de San Juan. A la vez que prorrogaba las cortes el invierno ha transcurrido poniendo paz y orden en esta ciudad, intentando conciliar a unos y otros. Alfonso, tu vicecanciller, Joan Pagés, no me ha puesto las cosas fáciles. Cuando parecía que todos convenían en mis decisiones, justo antes de las elecciones del consistorio él ha venido a crear confusión, aliándose con tus partidarios. Supongo que espera algún provecho. Lo he cesado, en público, en una sesión del consejo de la ciudad, y le he pedido que se vaya. Más tarde, Pagés me ha venido a ver en privado, prometiendo ante cielo y tierra que me apoyaría en todo cuanto dispusiera. Lo he perdonado, pero con condiciones. Debe ser consciente de quién es la reina. Amado, mientras tú no regreses a estos tus reinos, yo tengo la correa en la mano. Pero tú tienes mi mano, y mi corazón. Pídeme lo que quieras.

Año del señor de 1450. Medio siglo ha pasado desde que vi por primera vez la luz de este mundo. ¡Cincuenta años! Vivimos una época convulsa. Quizá sea cierto que nos acercamos al fin del mundo, como decía Vicente Ferrer. Cincuenta años y he visto dos guerras entre hermanos, sin contar todas aquellas que desangran otros reinos a nuestro alrededor: Francia, Inglaterra, Italia, Portugal… Por todas partes reyes y señores se enfrentan. Y las reinas y señoras no siempre trabajamos por la paz. Bienaventurados

los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios. ¿Acaso no lo somos todos, hijos de Dios? ¿Por qué amamos tanto la guerra? Ah, la paz. Bienaventurada, añorada paz, ¿por qué eres tan huidiza? La paz es como un día sereno en Perpiñán. Llueve mucho en esta Francia tan verde, tan amada por mi madre. Llueve, y la tierra es fecunda, pero el cielo está gris y la frialdad se aloja hasta en el alma. Y cuando sale el sol, sopla este viento seco y persistente, la tramontana, que no cesa en todo el día y se cuela por los resquicios de puertas, ventanas y paredes. Muchas tardes, cuando estoy con las doncellas en mi alcoba, escuchamos su ulular, a veces grave, a veces agudo como una flauta lastimera. Los inviernos en Perpiñán son desapacibles y el viento me enferma y me pone los nervios de punta. Sólo me queda buscar la paz de la conciencia recta, la paz interior, la paz del espíritu. Señor, danos tu paz.

Al fin la paz ha vuelto a Perpiñán. El nuevo consejo ha acatado todas mis decisiones. Han aceptado los privilegios que el rey les ha ofrecido y buscarán la manera de reunir los tres mil ducados. ¡Misión cumplida!

Paz en el Pallars, por fin. Alfonso, una vez más te has mostrado magnánimo. Has perdonado al conde y él ha regresado a sus tierras. Yo le he pedido al capitán del Valle de Arán, Hug de Puig, que obligue a los campesinos huidos y refugiados en su territorio a volver al Pallars. Esto lo he mandado un poco a contracorazón, porque conozco al conde. Quien maltrata a su esposa y abandona a sus hijos, ¿qué no hará con sus vasallos? El conde no es como tú, querido, pero la ley es la ley, y la justicia no tiene corazón, ¡bien lo sé!

Paz en Castilla también. Mi procurador, Fernando de Riaza, me cuenta que se ha firmado una concordia entre los nobles, el rey y el infante Enrique. Me gustaría creerlo… He pedido una copia del acuerdo y te la haré llegar tan pronto como la tenga. ¿Será posible que nuestra familia, por fin, llegue a entenderse? Ha costado la sangre de cuatro hermanos… ¡Que el Señor los perdone y que nos proteja a los que quedamos vivos! Ah, deseo terminar de una vez por todas los asuntos que tengo entre manos. Me siento flaca y enferma, pero aún debo emprender un viaje a Castilla. ¿Y si fuera

contigo? ¿No podrías venir, aunque sólo fuera de visita? Así juntos, podríamos saludar a nuestros hermanos, allí donde vivimos en la niñez. Sería hermoso. ¡Sueños!

También María, la reina de Francia, sueña. María es como yo, una reina casada para unir el poder de dos familias. No sé si alguna vez estuvo enamorada del delfín. Lo que sí sé es que es una esposa no amada. La fe la sostiene, y su virtud, pero el rey Carlos tiene una amante y sus amoríos están en boca de todos. María de Francia tampoco es bella. Dicen que tiene el rostro muy delgado y una enorme y abultada nariz. Sólo es hermosa su mirada, y siempre está triste. Creo que puedo comprender a la reina francesa. No sé si Cataluña podrá pagarle la dote de su madre, pero de momento le he escrito para darle respuesta:

> Querida prima, envíame a tus procuradores con poderes suficientes para proseguir este negocio hasta sentencia definitiva... Ofreciéndoos, reina muy virtuosa y amada prima, que en dicha causa haremos y administraremos justicia.

La paz ha vuelto a Perpiñán, pero las cortes han sido otra guerra. Después de treinta y cuatro prórrogas, el 14 de marzo inauguré nueva sesión en el castillo. Fue en la sala de Mallorca, un lugar espacioso y bien acondicionado. Pues bien, amado mío, después de un año convocando y prorrogando… sólo éramos veinte personas. Tres eclesiásticos —el obispo de Elna, el abad de Perpiñán y el de San Juan de las Abadesas—, seis síndicos de las ciudades y diez nobles, entre ellos nuestro amigo el conde de Pallars. El brazo de la Iglesia nos falla y los nobles se escabullen. Tragándome el enojo, anuncié el motivo de la convocatoria y, como siempre, fui al grano. Les dije que todo el mundo desea que regreses a nuestros reinos, pero que las guerras en Italia te lo impiden. Estás luchando contra Lombardía y Venecia y necesitas nuestra ayuda. Necesitas pronto la subvención y que dejemos a un lado demoras y pérdidas de tiempo en discusiones infructuosas.

¿Qué crees que han respondido? Conozco la vieja canción: la lugarteniente no puede convocar cortes, las cortes no se pueden celebrar en el mismo lugar donde vive la reina, Perpiñán está lejos

de todas partes… Protestas, protestas y más protestas. He acusado de contumacia a los ausentes, en un golpe de autoridad. Pues bien, a finales de marzo, en la siguiente sesión, me he tenido que tragar el genio y reparar este agravio para desencallar la corte y conseguir algo de provecho.

No sé por qué tengo que explicar por enésima vez que estoy enferma, que no puedo caminar si no es con el apoyo de un paje o una doncella. Me tienen que llevar en parihuelas cada vez que salgo del castillo. Las corrientes de aire me perjudican y más de una vez me han provocado desmayos. ¿Es que no me ven, tan flaca y envejecida? El Castellet es un lugar idóneo para celebrar las sesiones. Cuando les conviene, ¡bien que saben interpretar las leyes y ser flexibles, y hacer excepciones e incluso modificaciones! Cuando no les conviene, la ley está por encima del cielo y de la tierra. Pero los más allegados me han aconsejado que ceda. Son el obispo de Tiro, el vicecanciller Joan Pagés, el regente de la cancillería, Jofre d'Ortigues, y los letrados Francesc Castelló y Pere Tost. También me han apoyado Martín de Lanuza, el bayle de Aragón; Caries d'Oms, el procurador de Rosellón y el ciudadano de Barcelona Ramon Gilabert. Finalmente, he aceptado convocar las cortes en una casa de la ciudad ofrecida por el noble Ramon Blan. Al menos está cerca del castillo. Allí la corte ha continuado a trancas y barrancas.

Llega la primavera florida. Con las doncellas salgo a caminar por las murallas los días de sol, cuando el viento está sereno. Estoy tan débil que camino como una anciana, sostenida por los brazos firmes de las jóvenes. Leonor y Violant me toman cada una de un brazo, son mis pilares. Me esfuerzo por salir de la alcoba porque García, el médico, así me lo recomienda, pero me cuesta la vida levantarme cada día. Con todo, cuando estoy fuera, bajo el sol, revivo, y me gusta respirar el aire tibio y lleno del aroma de los campos, del trigo, de los brotes de los robles y los avellanos. Las murallas rodean esta ciudad formando una estrella. Si el día es claro vemos el mar allá lejos, más allá de la llanura sembrada de aldeas y cubierta de trigales y viñas. Se hace buen pan y buen vino en esta tierra.

Las doncellas hablan. Comentan el caso de las monjas de Mallorca. El tristemente célebre convento de los escándalos, Santa

Margarita, vuelve a ser noticia. Si la madre permite el pecado, ¿qué no harán las hijas? Algunas monjas quieren ser fíeles a sus votos. Ellas han denunciado ante el canónigo de la sede de Mallorca que las puertas del convento están abiertas y de noche entra quien quiere. He amonestado a la abadesa con energía:

> Tendréis silla en el consejo de Belcebú, y bien merecióla, no sólo por vuestra disolución y mala vida, sino porque consentís a las otras monjas. Es una grandísima ofensa a Nuestro Señor y oprobio para la religión cristiana.

También he escrito al canónigo de la sede, e incluso al gobernador de Mallorca, para que intervenga si es necesario. Esta isla parece maldita… A veces me pregunto si no será un castigo por los pecados de quienes deberían dar ejemplo. Si los hombres y mujeres de religión son corruptos, ¿qué no harán los que viven fuera de los conventos?

Estoy mejor de salud. He ganado peso y tengo más fuerzas. Incluso he vuelto a tener el sangrado. ¡Ay, Alfonso, si volvieras! Quizás aún estaría a tiempo de darte un hijo… Te reirás. ¡Qué loca soy! ¡Qué soñadora me vuelvo cuando abandono la cancillería, cuando dejo a un lado los asuntos de gobierno y me reposo unas horas! Cuando Isabel me peina y cuando escucho a Leonor leyendo, en las veladas con las damas. Sueños desesperados. ¿Qué haces en Nápoles, mi amor?

Los consejeros de Barcelona me escriben. Has tenido una nieta, la primera nacida de tu hijo Ferrante. Joan de Marimón y Bernat Gapila han ido a verte y han asistido al bautizo de la niña. ¡Qué esplendor! Cientos de damas y caballeros ataviados con todo lujo; juglares, cómicos y danzas. Después, una gran colación con muchos confites de azúcar. ¡No reparas en gastos, amado esposo! A los hijos, a los amigos, a los nobles que te rodean los complaces. Quieres hacer de tu corte un paraíso en la tierra. Fiesta y belleza. Ah, querido, ¡cómo me gustaría catar un pequeño sorbo de tanta gloria!

Los consejeros de Barcelona no me lo explican todo. Argentona

tampoco me escribe. Lo sospecho. Lo temo. Lo sé. No estás solo, Alfonso. Durante el día te rodea una multitud de cortesanos y nobles que te besan los pies. Como si fueras un dios. Pero eres tan caballero que a los de Barcelona no les has permitido besarte los pies, sino las manos, a la usanza de Cataluña.

No estás solo, Alfonso, tampoco de noche. Y no sólo durante los bailes y las fiestas. No estás solo en tu alcoba. No estás solo en la cama. ¿Por qué sales de Nápoles, tan a menudo, para ir a la Torre del Greco? ¿Quién te espera allí, en esa villa lujosa, a pocas leguas de la ciudad conquistada?

Todos lo dicen, todos lo saben. Nadie quiere hablar delante de mí, pero lo acabo sabiendo. Si el secretario y el canciller no me lo dicen, tengo otros enlaces en Barcelona. Me envían copia de la carta de Marimón y Capita al Consejo de Ciento. Leo poco a poco. Se me hiela la sangre, pero las mejillas me arden. Y el corazón, amado mío. Tengo un infierno en el corazón.

> Llegaron a la Torre del Greco, que está a cuatro millas de la Ciudad de Nápoles, donde estaba el señor rey para visitara su enamorada, doña Lucrecia d'Alagno.

Lucrecia d'Alagno. Lucrecia. La joven luminosa que te ha robado el corazón. Tu enamorada. Podría ser tu hija y quiere ser tu esposa. No lo es, pero la amas como si lo fuera. Nadie me lo quiere decir, pero las voces corren, y vuelan, y cruzan los mares. Hay una reina a la sombra del rey en Italia. Una reina que brilla más que su nombre y que inspira a los juglares a componer versos de amor. Los mismos poetas que la cantan a ella me cantan a mí, la reina desamorada. ¿Crees que no lo sé?

Cuando me escribes depositando en mí tanta confianza, ya no sé qué pensar. ¿Eres tan ingenuo? ¿Crees que no me entero? ¿O quizá me conoces tan bien que sabes que, a pesar de todo, te seguiré amando? ¿Es esto lo que piensas de mí? ¿Tan fiel, tan fuerte, tan abnegada, tan estoica crees que es tu esposa? ¿Y si te equivocas?

Ay, Alfonso. No soy fiel, ni fuerte, ni estoica. Por dentro soy fuego, una leona furiosa, pero estoy presa en un calabozo más fuerte que mi propia voluntad.

No soy la reina fiel, ni la reina paciente, ni la esposa abnegada.

¡No lo soy! ¡No lo soy!
Sólo te amo.

59.
La Busca y la Biga

Acaba este año. He clausurado las cortes en Perpiñán sin que nada haya sido aprobado. He decidido prorrogarlas hasta febrero, en Barcelona. ¡Más protestas! Ahora resulta que algunos prefieren que continúen en Perpiñán. Son los que viven más cerca, claro está, y nuestro amigo el conde de Pallars… Como siempre.

Es igual. Me he cansado de esta ciudad, de este castillo, de los concejales y de las cortes. A finales de año, con una pereza mortal, con frío y nieve, he ordenado a Gabriel Sagre que lo disponga todo para el viaje. ¡Volvemos a Barcelona! Las doncellas y los pajes lo agradecen. Perpiñán en invierno es fría e inhóspita. Cuando no llueve, nieva, y cuando no, sopla esta tramontana que altera los nervios y hiela la sangre. La vieja humedad de Barcelona y sus cielos serenos de invierno me son más deseables, ahora, que esta ciudad donde silba el viento. Volvemos.

1451. ¡Barcelona arde! Arde por dentro, dividida en facciones, y arde por fuera: una ciudad enferma donde la peste hace estragos y la gente muere a decenas. Las cortes no podrán celebrarse aquí. Una vez más, nueva prórroga. Pero ahora serán en Vilafranca del Penedés. Los consejeros me han recibido, junto con muchos ciudadanos, y me han acompañado a casa del escribano Bernat Novers, en la Riera de Horta, donde me alojaré por unos días. Vuelvo a sentir el calor de un pueblo que me está empezando a amar…, aunque sus señores volverán a ponerme entre la espada y la pared.

Estamos en febrero. En Vilafranca convoco la sesión inaugural de las cortes en el convento de los frailes menores, donde me alojo. Sentada en un sillón de madera con el respaldo muy duro, atiendo a un puñado de nobles, cuatro clérigos y unos pocos síndicos descontentos para escuchar la protesta habitual: Las cortes no se pueden celebrar allí donde vive la reina. Yo respondo, una vez más, que debido a mi enfermedad no me puedo desplazar. Nada, como si oyeran llover. Así que yo también hago oídos sordos y prosigo con mi discurso, exponiendo, una vez más, el motivo por el que celebramos cortes. El rey necesita ayuda, el rey quiere regresar a sus tierras, pero antes debe resolver asuntos en Italia. Mallorca pide ayuda, los campesinos vuelven a estar en pie de guerra. Y hay que resolver el pleito de la dote de la reina de Francia.

Ellos me responden que no hay cuórum y primero se deben reparar agravios. Tienen que deliberar. ¿Cuántas veces he escuchado las mismas palabras? Tal vez los años y la enfermedad me están comiendo la paciencia, pero callo, escucho y acepto prorrogar las cortes. Mientras tanto, permanezco en el convento de Vilafranca con las dos Leonores, Isabel Colom, los pajes, el secretario, el médico y Gabriel Sagre. Curándome, rezando, consolándome con los libros y lejos de la peste y las reyertas que azotan Barcelona.

A veces pienso que gobernar desde la distancia, desde la cama, escribiendo y no hablando, es más eficaz que hacerlo presencialmente. Las letras son meditadas; las palabras no siempre lo son y a veces salen más del corazón o de la carne que de la cabeza. Entonces es cuando pueden herir, dividir, confundir o matar.

Desde Vilafranca decreto que todos los barcos extranjeros queden detenidos en los puertos mientras no salgan las dos galeras que el rey quiere enviar a Flandes para comerciar. Alfonso se espabila con sus negocios. Yo también, pero no siempre me salen bien. En Barcelona me retienen un trigo de Sicilia que pretendía vender en Valencia. Dicen que en la ciudad falta pan, pero, según me cuenta mi tesorero, Oliver, no es así. Así que solicito a los consejeros que dejen salir el trigo y, por otra parte, les ruego que autoricen la canalización de agua que un ciudadano ha propuesto para la ciudad. ¡Pan y agua! Lo esencial para vivir. Si hay hambre,

estallará la guerra.

Mas la guerra ya ha estallado. Los menestrales, los pequeños comerciantes y los artesanos de los gremios buscan cambios. Quieren que se ajuste la moneda, quieren facilidades para poder trabajar, vender y vivir. Y más todavía: reclaman tener voz y voto en el consejo de la ciudad. Los consejeros y los nobles no quieren ni oírlos, pero alguien los ha escuchado… Galzeran de Requesens los acoge en su casa. Habla con ellos. Hace promesas. Galzeran es un buen discípulo tuyo, amado esposo. Sabe oler de dónde viene el dinero.

Promete favores y mercedes a quien lo ayuda. Sabe buscarse aliados.

Llega la Semana Santa y celebramos la Pascua en Vilafranca y después, ya en abril, volvemos a Barcelona. He convocado cortes para el día 14.

Un sábado recibo en palacio a dos mensajeros de Mallorca. Vienen de parte del gobernador y los jurados de la isla con urgencia. Puedo sentir el miedo, el enojo y el desconcierto en su habla, entre cantarína y cerrada, que me cuesta de entender.

Mallorca está en plena revuelta. Cientos de campesinos armados, con hoces y forcas, pero también con espadas, mantienen la ciudad asediada y la gente se muere de hambre. Los capitanea un temerario, *lo Tort Ballester*, así lo llaman. Una maldición y una leyenda viva. No se sabe de dónde, pero ha conseguido ballestas, bombardas y toda clase de munición. Puede faltar el pan, pero cuando los hombres quieren la guerra nunca faltan las armas. ¿Qué necesitáis?, les pregunto. Señora, no menos de quinientos ballesteros, y caballería. Si no es así, no lograremos vencer a los campesinos. ¿No hay manera posible de acordar una paz?, insisto en ello siempre… Ellos se miran y niegan con la cabeza. Los campesinos reclaman derechos sobre la tierra, pero los derechos son de los ciudadanos propietarios de las fincas desde hace muchos años. Esas gentes quieren convertirse en los amos.

Amos. Amos de la tierra que han trabajado con sus manos. Amos de la tierra que han regado con sudor y sangre. Amos de la finca que conocen mejor que las arrugas de su piel, después de años de

labrar, sembrar y recoger. Amos de la tierra de donde sacan el pan, de la que comen y dan de comer. Unos son los amos, otros la trabajan. Pero ¿de quién es la tierra? ¿A quién conoce la tierra por su nombre? Ay, si la tierra pudiera hablar… A veces creo que los campesinos no hacen otra cosa que reclamar lo que es justo. Pero si la justicia les da la razón, ¡entonces habrá que cambiar toda la justicia! O quizá no tanto la justicia como las leyes. Nuestro Señor hablaba de las leyes de los hombres, que a menudo son injustas y absurdas. Miles de pequeñas leyes, a veces insensatas, inútiles o crueles. En cambio, Dios tiene una sola ley. Una que no cambia. Una que vale para siempre porque es justa para todos. ¿Por qué los hombres no podemos adoptar la ley de Dios? Escrituras y sabios que nos la expliquen no nos faltan…

Pienso, sonriendo para mí, que los abogados y los doctores en leyes se quedarían sin trabajo. Hay demasiados que se aprovechan de la ley… Las leyes son como las mujeres de mala vida. Los hombres las usan, las disfrutan, las fuerzan y las reemplazan cuando no sirven o cuando se hartan de ellas. Las leyes de los hombres son así. Espadas de doble filo, bocas de doble lengua, traidoras de dos caras. ¡Bien lo sé!

Decido llamar a dos consejeros de confianza: Joan Marimón, que ya está acostumbrado a navegar, y el conde de Prades, Joan de Cardona, para pedirles que vayan a Mallorca y vean cuál es realmente la situación. Así sabremos mejor qué hacer.

El primer día de junio vuelvo a inaugurar sesión en las cortes, esta vez en el monasterio de Santa Ana de Barcelona, un lugar recogido y pulcro, confiando en que la paz del jardín y el claustro contagien serenidad a todos.

¡Ingenua de mí! Los brazos discuten. No se ponen de acuerdo. Quieren que el rey regrese, eso sí, pero no quieren darle ninguna subvención. Sobre el caso de Mallorca, escuchan pero no deciden nada. Se oponen al subsidio que el Papa ha otorgado al rey: ciento ochenta mil florines que recaudar entre el clero. Dicen que va contra las constituciones y libertades catalanas. Amado mío, está claro que así no vamos a conseguir nada.

Pero tu esposa es pertinaz como la viuda del Evangelio. Y el

Señor me da fuerzas cuando es preciso. Una semana más tarde me presento en la Casa de la Ciudad acompañada de mis fieles consejeros, Ramon Gilabert y el notario Andreu de Biure. Una procesión de caballeros, gentilhombres y doncellas me sigue desde el palacio en desfile por la calle. En la Casa de la Ciudad me reciben los honorables con toda la pompa. Es mi tercera visita allí como reina.

Lo primero que hago es ir a la capilla. Los consejeros saben de mi devoción y la han adornado. A la luz de los cirios resplandecen los candelabros, los relicarios y las imágenes. Pero no es el brillo de la plata lo que busco, ni la belleza de los ornamentos. Cierro los ojos y, arrodillada en el reclinatorio, siento el silencio. Y, en el silencio, la presencia. Busco aquella presencia que tan bien sabía encontrar Isabel de Villena. La presencia que, alguna vez, yo también intuyo y saboreo. Señor, dadme fuerzas. Dadme paz y paciencia. Dadme claridad en la mente y firmeza en las manos. Ayudadme en mi petición. Guiad mis palabras.

En la presencia también te busco a ti, mi amado. Somos una trinidad, ¿recuerdas? El Señor nos une. En él también busco que este vínculo sagrado no se rompa, no se pierda, no se olvide. A pesar de todas las amantes que se interponen. Yo nunca lo olvido. Por él hago lo que hago, vida mía. Por él soy paciente y acepto comulgar con ruedas de molino si es necesario.

Estamos en verano, ese tiempo en que las casas son frescas pero fuera el aire es tibio. Los consejeros saben que siempre tengo frío y han preparado la recepción en el jardín. Allí está mi sitial, bajo un pequeño palio de terciopelo púrpura, esta vez adornado con mi escudo. Los consejeros se arrodillan a mi lado y las doncellas se quedan a un lado. Es una reunión de hombres con su reina. Cuando están todos acomodados, les hablo. Les pido lo que las cortes me quieren negar. Nuestro rey lleva más de veinte años ausente, tiene la intención y el deseo de volver a nuestra tierra, pero pide cuatrocientos mil florines. Está dispuesto a recibirlos a su llegada. El consejero que preside, Ferrer Nicolau de Gualbes, me responde amablemente en nombre de todos que lo deliberarán.

Después de la miel, la gota amarga. Hablamos de los problemas de la ciudad. ¿Qué podemos hacer para pacificarla? Si los prohombres están divididos, los ciudadanos no lo están menos. Les

ruego que cooperen con el gobernador Galzeran de Requesens. Les pido buena voluntad. Saltan las chispas. Las caras cambian, la amabilidad se torna hostil. Señora, claramente lo decimos y manifestamos: Requesens está en nuestra contra, de nuestros derechos y privilegios. Se alía con el vulgo, toda esa gentuza de la Busca, menestrales, tenderos, usureros y cualquiera que le ponga un puñado de monedas en la mano. Barcelona, señora nuestra, debe apoyarse en su pilar, en su Biga maestra. El gobernador es nuestro enemigo.

Les reprocho tanta obstinación. ¡Enemigo, decís! Esta palabra no es honesta ni es digno de vosotros hablar así. El gobernador siempre se ha ofrecido a dialogar para llegar a un acuerdo, al menos ante mí. Pero no hay razones que valgan. La razón de las razones, esposo mío, es el dinero. Galzeran tiene hipotecados algunos lugares de la ciudad y apoya a los campesinos y a los artesanos. No cede ante nadie. En esto es como yo, Alfonso. Tú le has dado la vara y él no la soltará. Está dispuesto a navegar hasta Nápoles para encontrarse contigo. ¡Me gustaría ser yo quien fuera!

La Biga. El pilar fuerte, los patricios, los nobles y los caballeros. Los que se llaman a sí mismos honorables y visten con más lujo que los soberanos. Los que tienen un poder, la ley, que está por encima de señores y reyes. Los que provienen de linajes antiquísimos; algunos de ellos, dicen, se remontan a los francos, a los visigodos y a los romanos… Sí, son los amos, llevan las riendas y gobiernan la ciudad. Con más o menos acierto. En todos los años que he sido reina he aprendido que por encima del rey está la ley, pero por encima de la ley está el dinero. La razón de las razones. Y también la que no atiende a razones, porque con dinero por medio no hay justicia ni leyes que valgan. Durante años me he cansado de amonestar a los consejeros una y otra vez que no escuchen a amigos ni a parientes, ni se dejen comprar favores. En esto siempre he tenido que bregar, sabiendo que muchas veces tenía la batalla perdida. Ya lo decía el apóstol, que la codicia es la madre de todos los males.

Y la Busca. Los pequeños, los que no se llaman honorables pero que forman los cimientos de la ciudad; los que no tienen voto, pero

sí voz. Son los vecinos que nos aclaman cuando celebramos victorias, los que llenan las calles en las procesiones, los que se flagelan en penitencia, los que gritan ¡viva! ante los reyes y lloran ante los muertos. La gente que trabaja, cose, forja, amasa y carga; la gente que vive y muere, espigas tronchadas cuando la guadaña de la peste castiga la ciudad. Son nuestra gente. Y, a la hora de prender un buen fuego, ¿qué hace falta, si no astillas? Sin leña menuda no hay hoguera que arda…

Barcelona está en llamas.

También Castilla está en llamas. Y Navarra, y las fronteras. Padres contra hijos, hermanos contra hermanos. En Castilla la tregua no ha durado mucho y el pobre Juan ahora tiene otro enemigo: su propio hijo Enrique. Tenemos un sobrino alto y grande, y un puñado de nobles que le comen el seso despertando en él ambiciones desmesuradas. En Navarra tu hermano también guerrea contra su hijo. Nuestro otro sobrino, Carlos de Viana, ha heredado la sed de gloria y de corona de todos los Trastámara, amado mío. Carlos es Enrique, es Pedro, es Juan y es tú mismo, todos en uno. Con la misma audacia, pero con la mitad de cordura. El reino de Navarra está partido en dos. Los agramonteses apoyan a Juan, los beaumonteses están con el príncipe. Y en las fronteras arden pueblos y castillos.

Como siempre, el enemigo común une a los adversarios. Durante unos meses, Juan y Enrique, padre e hijo, han unido ejércitos para ayudar a Carlos. Quizás Enrique piensa que devorará de un bocado la corona navarra… Él o los Pacheco, o los Mendoza, vete a saber. El caso es que las tropas castellanas han invadido Navarra y tienen a Pamplona bajo sitio.

Tu esposa, amado, no está ociosa. No puedo hacer mucho, pero he escrito cartas a todo el mundo. Allí donde fuera iría a plantar una tienda, si pudiera llevar la paz. Tú lo sabes. He escrito a mi hermano Juan rogándole que no mande entrar a sus tropas en Navarra. He escrito a tu canciller, el arzobispo de Zaragoza, para que intervenga. He escrito a Álvaro de Luna. Nadie me ha hecho caso.

Aún recuerdo la frase de Julio César que tanto te gustaba. Si

quieres la paz, prepara la guerra. Tu hermano Juan la ha aprendido mejor que nadie. Como es lugarteniente de Aragón, ha llamado a las armas, ha liberado Pamplona y los castellanos se han retirado. He aquí cómo la paz se consigue a toque de trompeta y a golpe de espada.

Juan no ha perdonado a su hijo. Una vez firmada la paz, lo ha hecho apresar. Me temo que Carlos no volverá a ver la luz del día.

Mallorca en guerra. Castilla en guerra. Navarra en guerra y Barcelona en llamas. Y tú, querido esposo, ¿qué haces en Italia? Pretendes forjar un pequeño imperio y libras tus propias guerras. Este año té ha visitado otro consejero de Barcelona, Antoni Vinyes. Ah, y dos menestrales de la Busca. Ramon de Gilabert y de Biure me han traído noticias, y les he obligado a enseñarme la carta que Vinyes ha enviado al consejo. Con rostro pétreo y los dientes apretados he leído las delicias y maravillas de las bodas del hermano de Lucrecia d’Alagno. ¡Cómo te gusta mostrarte espléndido con los amigos! Cuatro días de festejos sin pausa en la Torre del Greco. Torneos, bailes, música y banquetes. Durante cuatro días no has permitido que nadie te hablase de temas de gobierno. Pasas el día como un emperador romano, en tu catafalco, disfrutando de los espectáculos. Menos mal que no se te ocurre montar a caballo y empuñar una lanza, pues ya no eres un caballero doncel, amado mío. Ante ti, ¡ay, me duele pensarlo!, ante ti está la reina de la fiesta. La reina a la sombra, o mejor dicho, la amante a plena luz del día, Lucrecia, hermosa y vestida con brocados de oro, como una emperatriz. Vinyes es muy observador. Ha explicado con todo detalle cómo iban vestidas Lucrecia y las damas, con trajes diferentes cada día y mantos de armiño. Ha calculado incluso el coste de todo y no ha dejado de constatarlo de puño y letra. Quince mil ducados los espectáculos, dos mil ducados la ropa de madama… Caramba, esposo. Me puedo imaginar las caras de los consejeros y sus dedos, echando cuentas.

Y pides cuatrocientos mil florines para volver a visitar tu tierra.

Y pides que todos los clérigos, conventos, frailes y monjas rebañen sus arcas para darte otros ciento ochenta mil florines. Pues mira, querido, a la Iglesia no la toques. Algunos podrán pagar y el

arzobispo se ocupará de ello. Pero los conven tos pobres, como el de Santa Clara, el de Pedralbes, las carmelitas y los predicadores, primero tienen que comer. Después, de lo que les sobre, si queda algo, te darán lo que puedan. Así lo decreta la bula papal, y así haré que se cumpla.

Vinyes ha regresado indignado. Dice que aceptas la ayuda…, ¡sin condiciones! No quieres contratiempos, sino libre disposición del dinero. ¡Palabra de rey! Pero aquí en Cataluña, ya lo sabes, amado mío, la ley está por encima del rey.

Vinyes también cree que no atenderás a los dos pobres menestrales, que han estado días sufriendo de un aburrimiento mortal a la espera de que te dignaras a escucharlos. Sonrío porque te conozco, querido. Si te ofrecen algo, sé que los escucharás.

Tus reinos arden y tú te diviertes, inflamado de amor por una mujer joven y hermosa que podría ser tu hija… Alfonso, estoy enferma, y cansada, y enfadada. El regente de Mallorca, desesperado, me ha enviado a otro mensajero. La ciudad sigue asediada por el ballestero tuerto y sus secuaces, y no obtienen ayuda alguna.

Por si fuera poco, Menorca ha tomado ejemplo de su hermana mayor. Los campesinos han atacado el castillo de Ciudadela y el gobernador, Arnau de Foxá, resiste como puede. Cada día, escribe, hay combates ante los muros de la población.

No entiendo en qué están pensando los consejeros. Perderemos estas islas si no hacemos nada. Pero en las cortes siguen discutiendo sobre diferentes agravios, sobre cómo parar los pies a Requesens y sobre cómo sofocar los chispazos de la Busca.

Estoy cansada, enferma y triste. ¿Cómo se puede gobernar cuando nadie escucha a nadie y todos miran por su interés? ¿Dónde está el bien de la cosa pública, que todo el mundo tiene en la boca pero nadie en el corazón? Soy reina, tengo el cetro de la Celtiberia, como decía el abad de Montserrat… Pero de nada me sirve. Estoy atada de pies y manos, sólo me queda rezar.

60.
LAS ÚLTIMAS CORTES

1452. Acaba de nacer Isabel, la primera hija de mi hermano Juan con su nueva esposa, Isabel de Portugal. ¡Que Dios le depare fortuna! Si el infante Enrique muere o el destino de Castilla se trastoca con tanta guerra, quizás esta pequeña infanta, algún día, será reina… Ojalá la sangre nueva traiga fuerza y salud a la rama quebrada de la familia. Escribo a Juan y a mi cuñada para felicitarlos. El nacimiento de esta niña debe ser una alegría en medio de tantos enfrentamientos familiares.

La peste ha vuelto a azotar Barcelona. Mueren grandes y chicos. Y esta vez el ángel de la muerte visita también mi casa. Muere Isabel Escrivá. Y muere, presa de fiebres y tristeza, Violina. La flor que no llegó a su plenitud, la que se mustió antes de poder dar fruto. Lloro por Violinquina, encargo misas y me ocupo de que tanto ella como la Escrivana tengan un buen funeral. No asisto a él. Me faltan las fuerzas. Vuelvo a sufrir desmayos y fiebres. Siento que la ciudad me ha contagiado sus males. Barcelona está enferma, la reina está enferma.

El vicecanciller, Joan Pagés, y Galzeran Oliver me pasan cuentas y me piden que firme documentos. No me quieren molestar, pero los gastos se acumulan y hay que pagar. Recurrid a las aljamas, les digo. Borja, Magallón, Daroca… Me deben rentas. Enviad cartas a Castilla.

Las beguinas, Estefanía Sarroca y las damas amigas de Barcelona rezan por mí. Por Pascua resucito un poco. Me siento mejor,

recobro fuerzas y planeo subir a Montserrat. Quiero visitar la montaña santa, respirar aire puro, venerar la imagen de Nuestra Señora, visitar la Santa Cueva. Aunque tenga que ir en palanquín, quiero pisar ese santuario. Si Barcelona es la capital del principado, Montserrat es la fuente de agua viva, el manantial que vivifica esta tierra. Quiero rezar por ti, amado esposo, y por mí, y por nuestra gente. Desde la montaña de Dios las cosas de los hombres parecen diferentes… ¡Tan pequeñas, tan mezquinas! En días claros dicen que desde Montserrat se ve Barcelona y se divisa el mar. Que Santa María nos ayude.

Envío a mi notario a las cortes para exponer que, debido a la peste, no podremos continuar en Barcelona. ¿Dónde quieren que las traslademos? Nadie me responde, así que decido volver a Vilafranca del Penedés. Las cortes serán el 20 de julio. Con tiempo, avisamos a todo el mundo.

Antes de marcharme de Barcelona recibo a una delegación de los menestrales. Se presentan en la audiencia de los sábados y sé que entre el gentío que espera seguramente habrá espías de los consejeros al acecho. Los menestrales, como los campesinos, son gente de mirada directa y manos curtidas por el trabajo. Hablan tanto con la boca como con las manos. Sus palabras son toscas, pero transparentes. Se han puesto sus mejores galas, pero aun lejos puedo oler en ellos la lana del telar, la leña de la forja y los efluvios de sudor, cuero, madera y horno de pan. Me piden licencia para formar un sindicato y acuñar moneda. La devaluación monetaria que imponen los consejeros los está empobreciendo. Nos está destruyendo, señora, me dicen. Quieren que los oficios se regulen y operar con moneda propia. ¿Qué debo hacer? Barcelona está revuelta, no se habla de otra cosa. Les doy licencia de palabra, pero antes debo consultártelo, esposo. Los menestrales me dan sus razones y los entiendo. En cambio, los consejeros no me han querido dar las suyas.

La violencia y los altercados convierten a las personas en bestias. Hay honorables que no lo son tanto. El consejero Bernat Turell se ha batido y ha herido a micer Nicolau Albanell, un letrado, el más honesto y pacífico que se pueda encontrar. ¿Recuerdas a Turell? Es

el que pagaba a los frailes negros para que hicieran brujería contra sus adversarios. ¡Qué mala pieza! He ordenado que lo detengan y sea llevado ajuicio, pero él está dispuesto a ir a verte para pedirte su descargo. Mejor dicho, para comprártelo. Te ruego, querido, que no lo escuches. Ya te lo he pedido otras veces… Déjame al menos hacer justicia. Si no, perderemos esta ciudad y la poca sensatez que le queda. Si la ley está por encima del mismo rey, también debería estar por encima del dinero.

Vilafranca me acoge. Con las doncellas, los pajes, el médico, el capellán y los oficiales de la cancillería me instalo de nuevo en el convento de los frailes mendicantes. En medio del calor, los muros conventuales me brindan frescura y silencio. Parece que recobro un poco de paz y salud.

El día de la inauguración de las cortes sólo se presentan un clérigo, tres nobles y cuatro síndicos. Dios mío, ¡qué sesión tan triste! Espero una semana y llegan algunos más. Cuatro clérigos, quince nobles, cuatro síndicos de las ciudades… de Barcelona, Perpiñán, Gerona y Vilafranca. Insisto en pedir ayuda para Mallorca. Les recuerdo tu propuesta: enviar treinta mil florines para socorrer la ciudad y poder levantar el sitio de… Y vuelvo a exponer tu petición: dos mil ballesteros por seis meses y cinco naves armadas para combatir a los florentinos. Ahora Venecia es tu aliada, la república poderosa que tiene tantos barcos y soldados como quiere. Pero tú, amado, no quieres quedar mal en esta guerra y deseas contribuir con tu parte. Yo ruego y suplico, como una mendicante, en las cortes. Con una paciencia inagotable, con delicadeza, con cortesía.

Los nervios me comen por dentro y en otoño, cuando el tiempo refresca y empieza la vendimia, caigo otra vez enferma. ¡Adiós a mi soñado peregrinaje a Montserrat! Los médicos me dicen que no puedo cabalgar ni desplazarme. Todo lo que como me sienta mal y tengo el vientre descompuesto. Ya no le encuentro gusto a nada, ni a las uvas dulces, ni al buen vino, ni a los confites, ni a las ciruelas ni a la carne de faisán. Soy como una copa a rebosar, a rebosar de un licor amargo como la hiel. Ya no puedo digerir más demoras, más agravios, más protestas, más dilaciones… No puedo digerir

tantos, tantos obstáculos, tantos impedimentos. Gabriel García, mi médico, me dice que debo tranquilizarme, pero lo único que me calma un poco es rezar. Rezar y leer. Distraer la mente, cuando puedo, y abandonarme en manos de Dios. Señor, ¿por qué me enviáis tantas pruebas?

Mis amigas de Barcelona me envían regalos: bolsas de tela, lienzos bordados, manteles y pañuelos. Acaricio estas piezas de ropa blanca y doblada con esmero, y los dibujos en relieve que trazan los hilos. Bordados al amor de lecturas piadosas y oraciones, bordados por manos de mujeres fuertes con el cuerpo puro y el alma ardiente. Recuerdo que de joven miraba con suspicacia a las beguinas. Ahora las envidio. De no ser reina, me gustaría vivir como ellas. Vivir en el mundo sin ser de este mundo. Libres y entregadas a un amor que no falla, que no muere, que no traiciona. Pienso en Leonor de Urgel, que murió como una ermitaña cerca de Poblet. Y pienso en Isabel de Villena, en el convento de la Trinidad. Cuando regrese a Valencia, quizás ya esté construido el tocador de la reina y podré alojarme allí. Gracias, Teresa; gracias, Guiomar, que me enviáis esta ropa marcada por el aprecio y la amistad. Después, regalo los paños y los manteles a los monjes y al rector de Vilafranca, para que los utilicen en los altares de la iglesia. Isabel Maza, por cierto, no me devuelve los libros que le presté… Le haré copiar alguno, si es necesario. Necesito releerlos. Son mi tesoro. Las palabras que no mueren y que reaniman las almas heridas.

En octubre las cortes me piden que rectifique el famoso edicto de paz y tregua que aprobé en Monzón, aquel que levantó tanto revuelo entre los nobles. Lo revoco y Ramon Batlle, como notario, lee la cédula en voz alta. ¿Es suficiente? Pues no. Liega la Navidad y prorrogo la corte para el mes de febrero, en Barcelona. Parece que la peste ha remitido y los consejeros dicen que allí será fácil reunir a más gente y así podrán decidir… Mi amado, no sé si sacaremos algo de todo esto.

Me encuentro un poco mejor. He sufrido una crisis grave y he estado a las puertas de la muerte, pero parece que la señora de la guadaña todavía no me quiere en su casa. Los síndicos volvieron a pedir a los médicos que certificaran mi enfermedad. Gabriel García y Joan Mercet juraron sobre los cuatro Evangelios. Mercet es un experto en heridas y mal de huesos. Un día di un traspiés, y me

magullé en la pierna. La rodilla derecha se me hinchó y algunas noches me duele como si me clavaran cuchillos en la poca carne que me queda. Vieja, enferma y coja. Con la piel picada de viruela y el vientre podrido. ¿Qué más me queda para terminar como el santo Job?

Doña Mencía, que Dios la tenga en su gloria, decía a menudo, hablando de Mom, que mujer enferma, mujer eterna. Ésta soy yo. No sirvo para nada, pero nunca acabo de morirme. Quizás porque tengo un motivo, uno solo, pero lo bastante fuerte para continuar vivá. Y tú lo sabes, amor mío.

Comienza el año de gracia de 1453. Estreno el año en misa en el convento de Vilafranca, rodeada de mi pequeña corte, cada vez más reducida porque se me acaban los recursos… Soy una reina pobre en casa de unos frailes pobres. Menos mal que, en las casas de Dios, la Providencia divina jamás deja de poner un plato en la mesa. Pero los vestidos se gastan y contemplo con lástima cómo mis doncellas, incluso Leonor Sagre, tan cuidadosa ella, empiezan a zurcir sus camisas y mandan teñir algunas sayas. A veces pienso que si todas fuéramos con hábito, como las monjas, nos ahorraríamos un buen dinero. Luego pienso en los brocados y los armiños de madama Lucrecia y me hierve la sangre.

Esposo querido, has pedido a Galzeran de Requesens que se ocupe de los dos mil ballesteros y de la ayuda para Mallorca. ¿Crees que no lucho lo suficiente por estas ayudas? ¿Crees que él lo conseguirá antes que yo? Quizá sí, Dios lo quiera. Mallorca agoniza y tú tienes tus propias guerras. Los consejeros de Barcelona, cuando lo han sabido, se han enfurecido. Ahora protestan porque Requesens ha cesado al veguero. Por otro lado, yo escribo a aquellos a los que tengo mayor confianza y les ruego que busquen la manera de llegar a un acuerdo con los menestrales.

Prorrogo las cortes de Barcelona para el mes de mayo, confiando en que allí podamos llevar a buen fin todo lo que nos traemos entre manos.

Primavera en la ciudad condal. Las cosas no han mejorado y ahora

hemos emprendido una guerra de letras. Alfonso, la corte no decide nada. Los brazos están divididos. Algunos quieren aprobar las ayudas que pides, pero no todos. He recibido todas las cartas que has enviado, pero no las he entregado a sus destinatarios. Si unos consejeros saben que has escrito a otros, en privado, pero a ellos no, se van a poner celosos y todavía pondrán más impedimentos. Querido, si tienes que escribir, escribe a todos o envía una carta general, dirigida a cada brazo. No hagas distinciones particulares porque no te puedes imaginar cómo están los ánimos y cuántas susceptibilidades hay. Ramon Batlle y Gilabert me cuentan que cada sesión parece una pelea de gallos.

Por su parte, dos consejeros, Bernard Fiveller y Pere Juan de Santcliment, han ido a verte a Nápoles. Querían llevarse documentos y cartas, pero no se lo he permitido. Ahora tú me escribes y me pides que les deje los escritos originales. Quieres verlos para decidir y poner paz en la ciudad. ¡Ya era hora! Lo haré, Alfonso. Haré lo que me pides. Dime, también, si todavía necesitas ballesteros, naves, armas… Requesens, tal como imaginaba, no ha avanzado en sus gestiones.

Tu hermano —y el mío— también continúan sus guerras. Padres contra hijos e hijos contra padres. Tu hermano Juan, que siempre pasa más tiempo fuera que dentro de su reino, ha nombrado regente de Navarra a su esposa, Juana Enríquez. Nuestro sobrino Carlos la aborrece. Y nuestra sobrina Blanca ha abandonado la corte castellana para apoyar a su hermano. ¡Quién lo hubiera dicho de aquella joven tímida y tan callada! Blanca dice que su marido es impotente y necio, cosa que, entre tú y yo, tampoco me extrañaría. Me llegan rumores de que Blanca está indignada con su suegro, con su padre, con su madrastra, con la tierra y el cielo. La rabia la ha hecho despertar y salir de aquella placidez tan parecida a la abulia que aquejaba a su madre. Ahora que se ha confabulado con su hermano, se han sumado odio sobre odio. Llueve sobre mojado.

Padre e hijo han firmado una tregua en Zaragoza a instancias del arzobispo. Pero los beaumonteses vuelven a tomar las armas y Blanca incita a su hermano para que rompa la concordia. Se extinguió la generación de mujeres que luchábamos por la paz. Las

jóvenes son combatientes y también buscan la guerra.

¿Y en Castilla? En Castilla el infante Enrique —el impotente, el necio que quizá no lo sea tanto— incuba el odio contra su padre, mi pobre Juan. Alfonso, tengo que clausurar pronto las cortes y marchar a Castilla. Intentaré de todas las maneras posibles que me hagan caso. ¿Podré hacer algo? Ah, una tienda plantaría, allí donde fuera, para conseguir la paz…

El pobre Juan se ha quedado solo. Lo sé, aunque nadie me lo dice. Lo sé, aunque todavía tengo esperanzas de que las cosas se enderecen y vayan a mejor. Finalmente, entre la nueva reina y los nobles han convencido a mi hermano de que hay que terminar con toda la maldad e intrigas promovidas por Álvaro de Luna. Le han mostrado documentos y cifras. Juan ha dado un puñetazo sobre la mesa, quizás el primero y el último que dará. Ha ordenado meter a de Luna en prisión. El 5 de julio, el condestable y maestro de la orden de Santiago, el hombre fuerte, el hombre que durante treinta años ha tenido las llaves del reino, ha sido condenado a muerte. Mi recaudador en Castilla, Esteve Bonet, me lo explica por carta. La ejecución ha sido pública, en Valladolid, en medio de un gentío impresionante que llenaba la plaza hasta los topes. Ante el palacio de los Pimentel, casa paterna de su esposa Juana, ha sido degollado. Sangre para calmar el odio del pueblo enardecido. Sangre para lavar tanta conjura, tantos celos, tantas guerras internas. Después, según me explica Bonet, el rey ha confiscado la fortuna de su favorito. Un tesoro incalculable. Juan se ha quedado con dos terceras partes y ha dejado que un tercio para la viuda y su hijo, Juan de Luna. Quizás ha sido un gesto de caballero…, o una estrategia para atarlos a ambos de pies y manos y evitar que se rebelen.

¡Álvaro de Luna, muerto! Y de qué manera. El invencible, el que nunca se rendía, la sombra del rey y su mano derecha. Abatido por la propia mano de quien se alimentaba. Todos los grandes caen. Pero hay una sola sangre que lava y purifica, la de Nuestro Señor. La sangre de los hombres sólo engendra más sed de sangre.

De todos modos, tengo esperanza. Sin Álvaro de Luna pero sí con su tesoro, quizá Juan reaccione. Quizá mis sufrimientos económicos, por fin, terminarán. Decido que vaya mi tesorero, Galzeran Oliver, a Castilla. Lleva un memorial de todas las deudas y

reclamaciones. Entre rentas de ciudades, las arras, la pensión anual, mi parte de la herencia de Catalina y otros, suma una auténtica fortuna. A mi edad, si cobrara todo lo que me deben podría vivir tres vidas. Ay, no quisiera morir sin dejar cubiertas mis deudas y bien dotadas y protegidas a mis doncellas, mis sirvientes y sus familias. Al menos me gustaría abandonar este mundo en paz con el personal de mi casa.

Tengo que volver a Castilla. Juan me pide que vaya. Está enfermo y creo que puedo ser de ayuda para pactar una concordia. Comienzo a preparar el viaje, pero antes… Sí, antes debo concluir las cortes.

Octubre. Tiempo de vendimia y cosecha de los frutos. Aunque los días se acortan el sol todavía calienta. La peste ha remitido, pero Barcelona sigue en tensión por la lucha entre los hombres de la Biga y los menestrales de la Busca. La incertidumbre se agudiza, el comercio ha bajado, hay pobreza. Hombres ociosos son hombres armados, listos para alborotar. Los sábados en la audiencia reparto pan y ropa a una multitud de pobres, huérfanos y viudas que se acercan a las puertas de palacio, mientras que en las puertas de los conventos se vive la misma escena cada día… Las beguinas ayudan y se organizan para cocinar sopa de pobres. Cuando veo a toda esta gente y sus miradas, vacías y desamparadas, me olvido de mis deudas y de mis estrecheces.

Mallorca y Menorca continúan en guerra y las cortes no han aprobado nada todavía. Ni los cuatrocientos mil florines para tu venida, esposo, ni el dinero para pagar dos mil ballesteros, ni para armar cinco naves, ni para pacificar nuestras islas. Los brazos están peleados, los consejeros no se entienden con Galzeran de Requesens, todos se quejan de tu ausencia. Las únicas subvenciones de la Diputación del General se han gastado para pagar los viajes de ida y vuelta de los consejeros que te han ido a visitar. Y, mientras mi hermano Juan y los grandes de Castilla piden mi intervención allá. No puedo esperar más, debo marchar. Así que he decidido clausurar las cortes.

He preferido ir en persona. La campana ha sonado y los pocos síndicos presentes, el obispo y cuatro nobles, se han puesto en pie y

me han saludado. Después han abandonado la sala del palacio menor con cara de circunstancias. El último ha sido Ramon Gilabert. Entonces lo he llamado y le he pedido que me acompañe a Castilla, él y el notario Bartomeu Sellent. Necesito buenos consejeros y hombres de leyes. Gilabert me promete que se preparará y vendrá conmigo.

La última acción de mi gobierno en Barcelona es confirmar un privilegio para el monasterio de San Jerónimo, en el valle de Hebrón. Lo fundó Violante de Bar y el rey Martín lo protegió. Recuerdo lo que me decía Mom: Hija, defiende a la Iglesia. Así lo he procurado siempre que he podido. Los monjes me lo agradecen y, pocos días antes de mi partida, les hago una visita con Estefanía Sarroca, Isabel Maza, Guiomar y algunas beguinas. Pido al abad que me bendiga, en medio de la frialdad serena de la iglesia, bajo la bóveda estrellada. Siento paz y una liberación interior. Me siento como un bajel a punto de levar áncora para deslizarme, suave y veloz, sobre las olas de la muerte hecha agua…

Antes de comenzar el viaje me reúno con Galzeran de Requesens en mi despacho. Le doy instrucciones y el acta real que lo nombra lugarteniente del principado en mi ausencia. Ya puedo imaginar la reacción de los consejeros de Barcelona. Tomarás posesión al cabo de una semana de mi partida, le digo. En la catedral, con toda solemnidad, ante los ciudadanos y con la bendición del obispo. Te acompañarán Joan Pagés, el vicecanciller, y los nobles que te apoyan: el conde de Cardona, el vizconde de Illa… Ellos están avisados. Haz leer en público el nombramiento firmado por el rey, pero no entregues a nadie el documento.

Galzeran no tiene miedo. Al contrario, parece que tiene ganas de tomar las riendas, y de tomarlas con fuerza. Es un hombre leal a ti, querido esposo, y se juega mucho con este cargo. Puedes confiar en él.

Un martes, día 9 de octubre, salgo de Barcelona con mi séquito. He tenido que pedir dinero prestado a todo el mundo pero finalmente he podido pagar las monturas y los carruajes gracias a la ayuda del canciller, el arzobispo Jiménez de Urrea. Él me espera en Zaragoza.

A la altura de Esplugas, por el Camino Real, hacemos una

parada. He salido de la carroza para mirar atrás. La llanura se extiende a los pies de Collserola, viñas moradas y huertos. Allá queda Barcelona, media luna de casas apretadas, ceñida por las murallas, mirando al mar, muy azul y luminoso esta mañana otoñal. Las torres de la catedral y las agujas de Santa María del Mar y de media docena de iglesias despuntan sobre los tejados. ¡Las torres y las murallas donde he visto arder almenaras celebrando tus victorias! Desde la distancia oigo una campana. ¿Será de algún convento? Contemplo por última vez el castillo de Bellesguard, que asoma entre los pinos, y los monasterios rodeados de huertos y masías fuera de la muralla. Junto al mar se levantan las naves de las atarazanas y aún me parece divisar a lo lejos las velas de alguna nave, flotando como mariposas blancas sobre las aguas del puerto.

Allí dejo a las damas amigas y a los consejeros, los conventos inundados de paz y el jardín de fieras, el palacio menor y el palacio grande que quise convertir en un paraíso… y que nunca será como el Castel Nuovo.

Adiós, Barcelona. Adiós, ciudad soberana, ciudad que me ha enseñado a ser reina con vara de hierro y guante de seda. Ciudad de sueños y decepciones, de veladas llenas de esperanza, de recepciones y despedidas. Ciudad amada y temida. Ciudad oscura, húmeda, arisca, y ciudad que hierve, hambrienta de novedades y de gloria, movida por manos artesanales y emprendedoras. Ciudad que reza y ciudad que se flagela. Casa de mercaderes y nido de piratas; taller y armería, taberna y jardín. Ciudad honorable y ciudad vengativa. Ciudad de mis amores y de mi cruz. Que San Jorge y Santa Eulalia, el guerrero del cielo y la mártir doncella, te protejan de los dragones que tú misma engendras y que quieren devorarte.

Adiós, Barcelona. Así quiero recordarte, desde lejos, con placidez. Tendida bajo el sol, mirando a levante, asomada sobre el azul puro de la muerte vestida de agua.

No sabía, cuando salí en aquella mañana de octubre de 1453, que jamás te volvería a ver.

61.
JUAN

Es algo curioso en lo que ya me he fijado otras veces. Cuando abandonas un lugar, cuando te alejas, no sólo ves más claro, sino que ganas cierta paz que te permite reafirmar los vínculos. Es como si la distancia tensara la cuerda que une tu corazón con las personas y, al tensarla, ésta se hiciera más fuerte.

Los consejeros de Barcelona, que cara a cara siempre me han puesto obstáculos, desde la lejanía me escriben, más afectuosos que nunca, para darme noticias de todo cuanto sucede. Y yo les respondo con el sentimiento de una madre que, al distanciarse de sus hijos, quiere seguir presente de algún modo en el hogar, preocupándose por todos.

Una madre. Recuerdo lo que me decía fray Antonio de Carmona, mi primer confesor. Una reina es madre de todos. Ya no soy lugarteniente de Cataluña, ni de Aragón, ni de Valencia, ni de reino alguno… Soy una pobre reina, anciana, enferma, sin hijos y lejos de su esposo. Pero en todas partes parece que reclaman mi presencia.

Cuando llego a Zaragoza me recibe el arzobispo Jiménez de Urrea, canciller de la corona. Me ha preparado alojamiento en aquel palacio que ya es como mi propia casa, allí donde murió Catalina. Mientras me repongo del viaje me llegan noticias sobre la toma de posesión de Galzeran de Requesens como lugarteniente de Cataluña. Recibo las dos versiones, la suya y la de los consejeros. ¡Qué diferencia! Las leo con mi pequeño consejo: Gilabert, Oliver, el notario Sellent, el mayordomo Bernat Calva y el ujier, Joan Momboi. Gilabert y Sellent ponen caras largas; Oliver y Calva sonríen abiertamente. ¡Ya nos lo imaginábamos!, dicen. Yo también

imagino la escena.

Requesens salió de su casa en olor de multitudes. ¿Quién lo acompañaba? La menestralía al completo: mercaderes, artesanos y vecinos. Las astillas de la Busca en pleno, entusiastas porque, ahora, la mano derecha del rey era uno de los suyos. La catedral estaba abarrotada.

Los consejeros y los diputados también se presentaron, solemnes y austeros, exhibiendo sus gramallas de terciopelo y sus bonetes, sombras de púrpura y oro en medio del gentío vestido de lana y saco. Ya dentro de la catedral los consejeros protestaron. Alegaron que aquel nombramiento iba contra las leyes y las libertades de la tierra y que Requesens no podía ser lugarteniente si estaba amparado por toda aquella chusma. Él los escuchó en silencio y, a modo de respuesta, hizo leer al notario su proclamación, firmada por el rey. Mientras unos lo abucheaban los otros lo vitoreaban. ¡Puedo oír el griterío! Los consejeros abandonaron la catedral indignados y el gobernador, ignorando sus protestas, ante el obispo y con la mano sobre el atril de los evangelios, juró su cargo.

Galzeran ha cumplido nuestras instrucciones, querido. No ha cedido ante los consejeros, que fueron a su casa a buscarlo antes del acto solemne. Le reclamaron el acta de nombramiento, y él se negó a entregársela. Es más, les reprochó que hubieran esperado a la marcha de la reina para protestar, sabiéndolo por anticipado. Los consejeros y los diputados son la Biga de Barcelona, querido. Pero las astillas son las que encienden la hoguera. Una sola es la piedra que corona la cúpula, pero miles de bloques forman los cimientos y las paredes… Galzeran está con el pueblo. Es su fuerza, y es también la nuestra. Los grandes y los honorables, al final, nos apoyamos sobre el sudor y la sangre de muchos pequeños, igual que los pináculos de un campanario.

En Zaragoza recibo también noticias de mi hermano. Juan está en Valladolid, enfermo de fiebres cuartanas. Le pido que no se mueva, para que no tenga que ir buscándolo de un lugar a otro. Le aconsejo reposo y que me espere, allí nos encontraremos.

Mientras tanto, con el arzobispo y el consejo intento poner paz entre tu hermano Juan y su hijo, Carlos de Viana. Carlos ha salido de la prisión gracias a una tregua, pero no la ha respetado. Empujado por los beaumonteses y la vengativa Blanca ha atacado

Monreal y ha sitiado la población. Su padre ha enviado tropas y ha tomado el castillo, capturando rehenes. Monreal es una ciudad muy rica con una comunidad judía importante. Y ha sido atacada por dos bandos distintos… Envío a Pedro Cerdán en mi nombre para que pida a Carlos que levante el sido. Este me responde que está dispuesto a poner la ciudad en mis manos si su padre deja salir a los rehenes y me entrega el castillo, que sea yo la que disponga. Yo me ofrezco a regir la ciudad mientras no se firme la paz, pero Juan no lo acepta.

Tu hermano, querido, es bien testarudo. Y su hijo ha salido de la misma horma. ¿Cómo hacer las paces entre ambos si ninguno quiere ceder?

La clave es Castilla, me dice el arzobispo. Carlos no podría dar un paso sin la ayuda del almirante y los nobles que lo apoyan. Quien tiene las llaves, ahora, es el rey Juan, señora. Vuestro hermano.

En noviembre vuelvo a ponerme en camino. Gracias a Dios, el buen tiempo nos acompaña, y también la salud. Volver a las tierras de la infancia despierta algo en mí, una fuerza y una alegría que creía perdidas para siempre. Como con apetito después de muchos meses. He vuelto a degustar el pan espeso y sabroso de los campos de Castilla, la carne curada con pimienta, las cazuelas con verduras y el toque dulce de las legumbres, la cebolla, el orégano y el tomillo. El olor de los campos helados, de los rebaños de ovejas, de la leña…, todo me lleva a otros tiempos y mi cuerpo se vigoriza, como si la niña que hubo en mí volviera a renacer. Las doncellas lo comentan. Señora, os sienta bien este frío seco y cortante, me dice Leonor de Oluja. Se os ve la cara más lozana. Florensa me peina y dice que se me caen menos cabellos. Los tengo casi todos blancos, con alguna hebra rubia todavía. Cuando me miro al espejo me veo los ojos de color ceniza, brillantes y vivos como los de la pequeña infanta que quería ser hermosa de cuerpo y de alma, pero que lloraba al compararse con su hermana más bella. Los ojos no envejecen, no. Dentro de estos ojos todavía veo a la princesa que corría entre las almenas del alcázar, persiguiendo a sus hermanos y jugando con los hijos de los pajes, alrededor de las ayas y de una

madre alta y oronda; la princesa que soñaba ser la reina del rey de su corazón… Ah, Juan, hermano, ¡cuántos años han pasado! Nuestros padres han muerto. Catalina ha muerto. Nuestros tíos y la mitad de los primos han muerto. Álvaro de Luna ha muerto. ¡Son tantos los que nos han dejado! Pero tú y yo, enfermos y débiles, seguimos en pie. ¡Cuánto deseo verte y abrazarte!

Llego a Valladolid el 20 de noviembre. Por la noche ha helado, pero el sol sale y resplandece sobre los campos de Castilla, derritiendo la escarcha que brilla como polvo de diamantes sobre las ramas desnudas y la hierba seca. El cielo es de un azul puro y las torres de las iglesias despuntan, como saetas doradas, por encima de los tejados rojos de la ciudad. ¡Cuántos recuerdos! Por el camino que sale de la ciudad aparece un gran séquito de nobles y caballeros, con pendones y estandartes. Mucha gente los sigue. Vienen al encuentro de mi comitiva, cuatro carrozas destartaladas y una hilera de mulas cargadas con sacos y baúles. ¿Quién cabalga al frente? ¡Es Juan! A pesar de su enfermedad, ha querido salir a recibirme.

¡Oh, Juan, cómo has envejecido! Estás más delgado, la espalda se te encorva bajo el manto forrado con armiño, tienes los cabellos y la barba blancos y clareados, como yo misma…, y una expresión dolorida, igual que la de papá, te surca el rostro, antes bello y armonioso. Pero no quiero pensar más. Desciendo del carruaje, los pajes me ayudan a avanzar y Juan descabalga, también ayudado y apoyándose en dos escuderos. Entonces nos acercamos. Y nos abrazamos.

A nuestro alrededor se hace el silencio. Los nobles y los caballeros esperan y nos respetan. ¿Un rey y una reina que se saludan? Más que eso: dos hermanos que se reencuentran. Un hombre y una mujer débiles y abrumados que buscan en el amor fraterno el calor perdido de una familia rota.

Juan me conduce al palacio de los condes de Benavente, donde él mismo se aloja con su corte. Más tarde mi casa se instalará en el palacio del conde de Villena. En la plaza mayor hay mercado. Viene

la reina de Aragón y es motivo de fiesta: el comercio florece. ¡Viva la reina María! No recordaba un grito así, dirigido a mí, pronunciado en mi lengua materna. Un grupo de músicos nos rodea. Cantan y tocan violas y laúdes. Cantan para mí. Me emociono, porque cantan canciones de amores y desamores. La música es alegre, pero las letras lloran… En palacio todas las estancias están iluminadas con teas y candelabros. Todo brilla, todo huele a pan recién cocido, a guisos de carne y fragancias dulces. El patio está abarrotado. La nobleza de Castilla nos espera y vienen a saludarme. Ante mí se inclinan los nobles aliados y también los hostiles. Benavente, Pimentel, Pacheco, Mendoza, Gondomar, Manrique… Jóvenes y viejos desfilan ante mí, hincan la rodilla y me besan la mano derecha, que desnudo del guante. La tengo helada, pero al terminar todos los saludos me arde. Después se acercan las esposas y las hijas. Incluso Juana Pimentel, la viuda del favorito ejecutado. La triste condesa se presenta con su hijo Juan de Luna. Viste de luto, negra de la cabeza a los pies, pero con elegancia. La miro a los ojos y veo en ella una mezcla de desconfianza y rencor. Yo respondo a su saludo con amabilidad. No es a mí a quien odia, sino a toda mi estirpe. Ella es una mujer que lucha por los suyos. El joven de Luna, también de luto, se muestra fríamente gentil y su rostro muestra una expresión indefinible. Se parece a su padre y quizás, como su padre, aprenderá a navegar entre dos aguas.

Juan no se encuentra bien. Noto su debilidad y su esfuerzo, pues ha de presidir un gran banquete y un baile que se ha preparado en mi honor. Todos disfrutan de los manjares y de la danza, menos él y yo, que apenas catamos la cena. Bebemos vino a pequeños sorbos, masticamos pequeños bocados de carne y empanada mojada en salsa y hablamos a media voz, en medio del vocerío de los nobles, las risas de las damas y los cánticos de los juglares. Disfrutamos de la música. Deseamos retirarnos. Yo sólo sueño con acostarme en una cama blanca y mullida ante un buen fuego de leña, y descansar… Mañana hablaremos.

Pero no he venido a Castilla a descansar. Al día siguiente Juan convoca un consejo de nobles y yo acudo con mis consejeros, Oliver, Sellent y Gilabert. Tenemos entre manos la paz de la familia y la paz en los reinos. Y nos ponemos a trabajar.

Me ofrezco como árbitro. Soy parte neutral y no tengo interés

alguno, de modo que todos están de acuerdo. Pero es necesario que Juan, como rey de Castilla, también adopte una posición imparcial. La disputa es entre padre e hijo, el rey de Navarra y su hijo Carlos. El rey de Castilla debe retirar la ayuda armada al príncipe de Viana. ¿Qué está en juego? Fundamentalmente, pueblos y castillos, rentas que reclaman tanto Juan como Carlos. En definitiva, tierra, vasallos y oro. Los consejeros de mi hermano, encabezados por el obispo de Ávila, arremeten contra las pretensiones de los infantes de Aragón. Me pregunto qué mercedes y favores les debe haber prometido mi sobrino Carlos.

Después de muchas discusiones Galzeran Oliver, siempre sensato y calculador, propone que sea yo la que administre las ciudades y castillos en disputa, en régimen de tercería, mientras una comisión de expertos examina los daños causados y las indemnizaciones que cada parte debería pagar. Es una solución de compromiso para ganar tiempo y la aceptan. Yo pienso, aliviada, que tal vez pueda deducir algunas rentas de estos pueblos para vivir los próximos meses, aparte de cobrar lo que Juan me debe en concepto de dotes y rentas atrasadas… No me atrevo a decírselo a la cara, para no agobiarlo más, pero no paro de dar vueltas a cómo sacar el tema sin ofenderlo. Juan apenas habla, ni opina, ni interviene. Dice sí a todo. Igual que cuando éramos pequeños, sólo que ahora no protesta. Yo llevo la voz cantante, los otros negocian y refunfuñan, él obedece como un niño dócil y después firma los documentos. ¡Qué poco cambiamos las personas!

El día que terminamos de redactar los documentos de paz y tregua me retiro de la sala del consejo caminando. Hoy mis esclavos, que siempre me llevan en andas, podrán tomarse un descanso. Me siento como si me hubieran quitado un gran peso de encima y camino erguida. No me duele la pierna, en realidad hace días que no cojeo. Hoy me siento reina. Le ofrezco la mano a Juan y salimos cogidos del brazo. No sé quién se apoya en quién. Él es más alto, pero va encogido y lleva un bastón con puño de marfil. Le noto la fiebre en la piel, una humedad cálida que le atraviesa la manga de lino y brocado. Juan, todavía no hemos hablado…

El 7 de diciembre tiene lugar la firma solemne de la paz entre Juan

de Navarra y Carlos de Viana. Ninguno de los dos está presente. Por Juan firma Ferrer de Lanuza, el justicia de Aragón. Carlos está en Navarra recibirá el documento por un correo. Por mi parte firman Galzeran Oliver, Bartomeu Sellent, Ramon Gilabert y mi mayordomo, Bemat Calva, así como el ujier Joan Momboi. Por parte de Juan de Castilla firman él mismo y el obispo de Ávila, Alonso de Madrigal. El infante Enrique tampoco ha estado presente. No ha querido venir a Valladolid y Juan evita hablarme de él. Cuando menciono su nombre se le ensombrece el rostro y la voz se le quiebra. Enrique odia a su padre como Carlos al suyo. ¿Qué saldrá de estos príncipes que reniegan de sus progenitores? En cambio, la que sí ha llegado para pasar la Navidad con nosotros es la reina, Isabel, con sus dos hijos, la infanta Isabel y el pequeño Alfonso, nacido hace pocos meses.

Cada tres o cuatro días Juan sufre una recaída de la fiebre y debe guardar cama. Esa jornada no se mueve de su alcoba y nadie lo puede molestar. Pero, de hecho, como me explica Calva, el rey pasa en retiro un día sí y otro no. Mientras tanto, la corte sigue su vida. Aprovecho para visitar a la reina, que se aloja en otro palacio, el de los condes de Gondomar. La pequeña Isabel ya tiene tres años. Es rubia y tiene alguno de los rasgos de nuestra familia, pero en ella hay una viveza, un aire nuevo que la hace distinta. Camina muy derecha, parlotea sin cesar con su vocecita clara, no es tímida y todo lo mira con ojos inteligentes, unos ojos de color gris oscuro, casi azul. Las ayas están enamoradas de ella.

La reina Isabel es bonita de rostro y de cabello, pero tiene la mirada un poco desviada. Quizá por ese defecto su mirada siempre tiene una expresión medio de curiosidad medio de desconfianza. La reina es una mujer de carácter. Ella fue quien convenció a su esposo para que se deshiciera de Álvaro de Luna. Parece dulce y tímida por esa cara ovalada de piel tan fina que le envidio en secreto y unos labios pequeños y carnosos que parecen hechos para besar, pero su delicadeza es aparente. Los sirvientes se afanan por obedecerla y las doncellas y las ayas no mueven un dedo sin su permiso. Con su mirada oblicua todo lo supervisa. Sólo es tierna con sus hijos. Conmigo se muestra amable, pero siento que me examina, como si estuviera sopesando si voy a ser amiga o enemiga.

Entre patios y pasillos corren otras voces. Es débil de espíritu,

murmura Florensa cuando regresamos a nuestro palacio. Y nerviosa, bisbisea Leonor Sagre. Dicen que todo lo quiere tener bajo control, en orden. Si no, se pone frenética. Mis sirvientes han estado comadreando con el personal de servicio de la reina. De tanto en tanto sufre ataques, me cuentan. ¿De qué?, me intereso yo, que soy tan experta en dolencias. No saben explicármelo.

Un día que visito a la reina, en confianza, le explico mis achaques, con una ironía que hace reír a las doncellas. ¡Qué fácil es bromear cuando te encuentras bien, o cuando ya eres casi una vieja acostumbrada a todo tipo de purgas y calvarios médicos! Pienso que así abrirá y se desahogará explicando sus males. Quien explica un mal ya tiene medio remedio, comento. Pero Isabel es reservada. Me mira con simpatía y sonríe un poco forzadamente. Me fijo bien y me doy cuenta de que, en realidad, toda ella desprende una especie de frialdad enfermiza que viene de algún lugar muy profundo. No tanto del cuerpo como del alma. Me pregunto si tal vez no es feliz con Juan, que es tan gentil. En el fondo de su mirada, que a veces parece dura y a veces extraviada, leo un sentimiento oscuro y muy escondido, pero no lo suficiente a ojos de una mujer que ha vivido treinta años entre otras mujeres… Leo inseguridad. Leo miedo.

Vísperas de Navidad. Juan, la reina y yo oímos misa en Santa María la Antigua. Es una mañana helada y llena de luz. La plaza está cuarteada por la escarcha, como si estuviera cubierta de polvo de plata. La piedra de los palacios refleja el sol. Dos pajes toman de la mano a la pequeña Isabel, que quiere patinar sobre las baldosas heladas, y la hacen resbalar. Ella ríe y chilla alborozada, volando entre los brazos de los pajes, y todos reímos al verla. ¡Qué valiente es la infanta! El mundo todavía es nuevo y la vida es una aventura llena de promesas para ella. Incluso la reina sonríe, antes de ordenar a su séquito regresar al palacio de Gondomar. La pequeña Isabel corre junto a su padre, que se agacha para abrazarla. Ella lo besa y después vuelve con los pajes. La reina apenas ha dirigido la palabra a su esposo.

Juan me invita a su palacio. Pasemos el día juntos, me dice. Tengo un regalo para ti.

El regalo es música. ¡La música que tanto nos gusta! Juan, como

Alfonso, ha reunido a su alrededor a una corte de artistas y músicos. Ha hecho recopilar todas las canciones populares y muchas otras al poeta Estúñiga. La música llena las bóvedas de las salas y los patios. Juan me invita a sus aposentos. Despide a pajes y criados, yo envío a mis doncellas a pasear un rato. Con la música de fondo, ante un hogar donde arde buena leña, los pies reposando sobre una gruesa alfombra de lana merina, los dos nos sentamos, uno frente al otro. Nos estrechamos las manos. Nuestras miradas se cruzan. Callamos mientras los recuerdos nos acechan… ¡Tantos recuerdos! Y conversamos.

Cuando has sumado muchos años a tu vida y el futuro es incierto, cuando la muerte asoma detrás de cada puerta, las conversaciones con aquellos a quienes amas suelen volar hacia el pasado. No al pasado reciente y conflictivo, sino a aquel pasado lejano que forma tus raíces. El pasado donde las sombras se borran en la memoria y sólo quedan los momentos que, como piedras preciosas, recogen la luz y la intensifican. Supongo que todo el mundo, hasta la persona más desdichada, conserva alguna gema preciosa o quizás un puñado de perlas en la memoria.

Juan apenas se acuerda de papá, pero los dos recordamos bien a Mom. Mom y sus sueños para nosotros. Nuestros propios sueños. Juan se pone nostálgico. Ah, María, ¿qué se hizo de todo aquello? Ser rey, al final, no supone gloria alguna. Miro atrás y sólo veo guerras, enfrentamientos, huidas, golpes traiciones y muertes. Sí, ha habido alegrías, pero siempre efímeras. El nacimiento de mis hijos. Las dos pequeñas infantas, muertas con pocos meses de vida. Enrique, que se ha convertido en mi enemigo. ¿Qué clase de hijos han salido de las dos ramas Trastámara? Yo callo para no recordar que de mí no ha salido ningún vástago, y que de la pobre Catalina sólo salió un bebé que nació muerto y mató a su madre al nacer.

Ahora la infanta Isabel es mi única alegría… ¿Y qué será del pequeño Alfonso? Yo no viviré mucho más para verlo crecer. Lo riño. ¡Calla! Eso sólo lo sabe el buen Dios. Ya lo ves, yo siempre tan enferma y nunca me acabo de morir. Nos reímos. Mientras tengamos algo que hacer en esta tierra, ¡hemos de ser fuertes!

La sonrisa de Juan se vuelve triste. Tú tienes una misión, hermana. Y eres fuerte. Todo el mundo te escucha y te respeta, aquí y en tus reinos. Todo el mundo habla de ti como la reina justa, la

reina incansable, la reina fiel. Mom estaría orgullosa de ti.

¡No te lo creas! Quisiera explicarle mis penas, pero lo veo tan abatido, tan frágil, que callo. Y escucho. Juan no tiene la conciencia en paz. Los muertos me persiguen, María. Si pudiera borrar algunos momentos de mi vida quitaría todas las condenas a muerte. Me pesan como piedras en el cuello. ¿Te has confesado?, le pregunto. La confesión libera. A veces nos vemos obligados a… Yo también tengo unas cuantas muertes sobre mi conciencia, pero…

Juan me interrumpe. Tiene que decírmelo, no puede retenerlo por más tiempo. Álvaro de Luna. La cara le cambia, su cuerpo se afloja y la espalda se le encorva aún más, como si todo él fuera de trapo. Álvaro de Luna. Él me convenció para casarme con Isabel de Portugal… Él tenía planes. Y, al final, Isabel es la que ha removido cielo y tierra para que lo condenara a muerte. Yo protesto: Juan, ¡teníais buenos motivos! ¿No es cierto que siempre ha conspirado a tus espaldas? ¿No es cierto que ha dividido a nuestra familia, una y otra vez? No sólo contra la familia, sino contra el reino. ¿No es cierto que te ha robado? ¿Y el tesoro que le habéis confiscado?

Juan mueve la cabeza con pesadumbre. María, era mi único aliado incondicional. ¿Lo entiendes? El único. Nunca se puso en contra de mí, nunca. ¿Qué me importa que mientras tanto alargara la mano? ¡Todos lo hacen! Lo sabes tan bien como yo. Las arcas reales están llenas…, pero yo me siento sucio tocando ese oro. El día que lo decapitaron no quise salir a la plaza. La reina sí, ella salió con todo el consejo. El pueblo vociferaba. ¡Qué locura! Yo alegué que tenía un ataque de fiebre. No tuve corazón para verlo. No tuve agallas.

Juan esconde la cara entre las manos y llora. Guardo silencio. Le tomo una mano, floja, húmeda. El tiembla. Mi mano está seca y fría; la suya, caliente.

María, ¡qué duro es ser rey! ¿Recuerdas cuando éramos pequeños? Yo siempre quería mandar y vosotras os reíais y hacíais lo que os venía en gana. ¡Ah, si lo hubiera sabido! Hubiera preferido ser labrador, o monje, o un sencillo tornero que trabaja con sus manos…, ¡quizás un músico!, antes que rey.

La música suena y atraviesa puertas y tapices. El poeta Juan Alfonso de Baena ha compuesto unos versos dedicados al rey, a las reinas y a los infantes. Catalina y yo también aparecemos en los

versos.

> El almiva consolante
> que ablanda la garganta
> es la Reina buena, santa,
> vuestra hermana emperante;
> e la muy linda Infante
> que relumbra como estrella,
> es razón de ser con ella
> muy fino diagargante.

Juan recita despacio. Tú eres almíbar, hermana. Siempre suavizando, siempre poniendo paz. Y Catalina… ¡es realmente así! Una estrella.

Habla en presente, como si ella no hubiera muerto. Sí, Catalina en el cielo debe ser una estrella bien hermosa, una flor que ya nunca se marchitará. Dios lo quiera. Yo, pobre de mí, no soy tan santa ni buena. Eso sí, soy aceite para todas las bisagras que chirrían. ¡Pero este aceite se ha vuelto rancio! Juan me mira y los dos nos echamos a reír.

62.
Adiós a Castilla

Después de firmar la tregua me fui a Tordesillas. Me alojé en el convento de Santa Clara, donde Catalina se había refugiado para esquivar su matrimonio tantos años atrás. Allí recé y medité en el pequeño patio árabe, bajo aquellos arcos esculpidos como un brocado en piedra. El convento había sido palacio real del bisabuelo maldito, Pedro I de Castilla. Ahora está habitado por una numerosa comunidad de monjas y damas de la nobleza. En Tordesillas no dejé de recibir y enviar cartas, atendiendo peticiones de favores diversos. Entre esto y las visitas, apenas pude descansar. A veces me siento como un pedazo de carne que todos los buitres quieren comer, pero callo y me dejo devorar. Como decía el poeta, soy almíbar suave. Las moscas vienen y no las espanto. Sonrío, suspiro fuerte y respondo.

Respondo a Juana Enríquez, mi cuñada, que desde Navarra me pide que interceda por su padre, el almirante Fadrique, para que recobre el favor del rey. Le prometo que haré lo que pueda.

Respondo a Leonor de Estúñiga, que me ha enviado unos barriles de pescado en salazón. No sabe cuánto se lo agradezco y qué favor me ha hecho, pues con ellos podré alimentar a mi gente.

Respondo a los consejeros de Barcelona, que me siguen enviando noticias. Este año me han puesto las cosas difíciles: no querían vender el trigo que me llega de Sicilia. Las tormentas han retrasado las naves y algunas se han perdido. Al final, Galzeran Oliver tuvo que volver a la ciudad para suplicarles que no pusieran impedimentos y poder él en mi nombre vender y cobrar. El trigo de Sicilia me salva.

Y me salvan también los judíos y los moros. He pasado una temporada en Borja. Las aljamas de Borja y Magallón me pagan unas rentas que me han venido como agua de mayo. En Borja, durante el otoño, he visto caer las primeras nieves, que han cubierto de blanco el Moncayo. He recordado la nieve de mi niñez en Segovia y las vistas de la sierra desde las almenas del alcázar. Y me he acordado también de la nieve en Teruel aquel invierno que tú y yo pasamos juntos, amado mío, de corte en corte reuniendo dinero para tu primera campaña en Italia.

¡Cómo pasa el tiempo! Pasa el tiempo y pasamos las personas, como dicen las Sagradas Escrituras, igual que la hierba de los prados, que hoy verdea y mañana la siegan. Este verano la muerte ha segado otra vida que me era muy cara. La muerte… No, mejor dicho, el Señor ha llamado a mi hermano Juan ante su presencia.

Juan estaba cerca de Tordesillas, en el monasterio de los Abrojos. Yo, en el convento de las clarisas, muy enferma y medio tullida. Castilla no me ha curado de mis ataques. Estuve bien unos meses para volver a caer, como siempre: fiebres hoy, desmayos al día siguiente, vientre descompuesto por la mañana y pesadillas de noche. Pobres doncellas, pobre Leonor, pobre Isabel y pobres pajes. Pobres esclavos que siempre me tienen que acabar llevando en parihuelas. A García, el médico, lo tengo aburrido. Y fray Pere Queralt, el confesor, tiene el viático siempre a punto.

Pero… mujer enferma, mujer eterna. He visto morir a mi padre, a mi madre y a mis hermanos, todos más jóvenes que yo. He visto morir a buena parte de los primos. Los brotes de las dos ramas han ido cayendo, muchos de ellos más vigorosos y sanos que el mío. Cuando supe que Juan estaba en los Abrojos quise desplazarme hasta allí para verlo, pero me encontraba tan mal que el médico me lo impidió. Sólo llegué a tiempo para contemplarlo tendido en el féretro, en Valladolid, el día del funeral. Justo antes de que lo cubrieran me acerqué. Leonor y Violant me sostenían, una de cada brazo. Posé la mano derecha en la frente de Juan. ¡Qué flaco y consumido, cuando había sido un hombretón de cuerpo robusto! Pero en su rostro había una extraña serenidad. Quizás, hermano, después de una vida tan triste, has encontrado el reposo y la paz. Quizás ahora serás feliz. Quizás…

Los músicos tocaron piezas hermosísimas en su honor. Y fue

entonces cuando no pude retener las lágrimas. Cuando escuché aquellos romances que tanto le gustaban, acompañados por el trinar cristalino del arpa y el lamento herido del laúd, toda la tristeza de mi propia vida, acumulada, me cayó encima como un aguacero de verano. Hacía calor bajo las bóvedas de la iglesia atestada de nobles, prelados y cortesanos. Hacía calor y entre las nubes de incienso, la música y los sollozos, me ahogaba. Me tuvieron que sacar fuera.

Adiós, Juan. El rey que amaba la fiesta y no la guerra, la música y no las armas, las letras y no la espada. Adiós, Juan. Tal vez naciste en mala época. Tu vida ha florecido como un lirio entre cardos, demasiado tierna para la dureza de un país que se ha convertido en un campo de batalla. Ni siquiera en la familia has encontrado el consuelo y el sostén que necesitabas. Tu único amigo ha muerto antes que tú, ejecutado por orden tuya. Y tu hermana mayor, tu última confidente, está demasiado enferma como para despedirte como debiera. ¡Qué miseria! Sólo me consuela saber que Nuestro Señor tendrá en cuenta lo más profundo que había en tu corazón: tu deseo de paz, de belleza, de un gozo que parece haber huido de este mundo… Una paz que no debería necesitar de la guerra.

Al día siguiente de la muerte de Juan, su hijo, el infante Enrique, tomó posesión del trono de Castilla. No esperó ni a que se enfriara el cadáver de su padre. Pero Enrique nunca actúa solo. Detrás de él hay muchos rostros, muchos nombres y muchas espadas. Juan Pacheco, Pedro Girón, Beltrán de la Cueva, el obispo Barrientos… No uno, sino una multitud de hombres fuertes lo apuntalan.

Nuestro sobrino, amado Alfonso, es un chico raro, pero no cabe duda que tiene un aire de familia. Alto y grueso como un armario, se mueve con poco garbo, como un adolescente que ha crecido demasiado deprisa. Camina cargado de hombros y con una expresión de bestia herida, como de niño que teme que, en cualquier momento, vayan a darle un puñetazo. Dicen que le gusta mucho cazar; eso le viene de casta, y siempre que lo he visto iba vestido como un cazador, con ropa áspera de cuero, y con botas que calzan unos pies de ogro. Enrique nunca mira a los ojos. Siempre vuelve la cara de lado. Aun así, creo que no es mal muchacho.

Tampoco es un necio. Los pajes y las mujeres de mi casa rumorean sobre su impotencia, aunque comentan que unas prostitutas de Sevilla han declarado que es hombre, ¡y bien hombre! Y se dice que alguien le echó el mal de ojo cuando se casó con Blanca de Navarra, o que ella lo tenía sujeto con un hechizo porque no quería acostarse con él… ¡Quién sabe! Juan Pacheco es su Álvaro de Luna, tan elegante, tan apuesto y de tan buen hablar. Él es quien tiene las llaves de Castilla. Él y su hermano Pedro Girón. Ahora quieren ir a guerrear contra Granada… ¡A saber qué sacarán! Quizá quieren culminar la hazaña de tu padre Fernando y conquistar el último reino musulmán en tierras hispanas. Sí me he dado cuenta de que Enrique piensa, y piensa mucho. Pero hay algo que lo domina, por encima de los nobles y los favoritos. Enrique, con ese corpachón desmadejado, sufre del mismo mal que su madrastra Isabel. Enrique tiene miedo.

Sacando fuerzas de flaqueza, envié a mi mayordomo, Bemat Calva, a solicitar audiencia con el nuevo rey. Enrique no me ha prestado mucha atención, así que al final he terminado escribiéndole cartas y persiguiéndolo por media Castilla: Valladolid, Segovia, Cuéllar… Todo mi afán era que ratificase la paz entre Castilla, Aragón y Navarra. Después tenía que presentarle una lista de peticiones de favores, tanto para mí como para los nobles aliados de Juan de Navarra.

Por fin Enrique —mejor dicho, su consejo— me ha concedido la prórroga de la tregua. En las negociaciones me ayudan Ferrer de Lanuza, el justicia de Aragón, y el marqués de Agreda, una de las poblaciones que mantengo bajo mi jurisdicción mientras estemos en paz. ¡Menos mal que ellos me apoyan! El nuevo rey también ha aceptado devolver las posesiones del almirante Fadrique y de su hija Juana, así como las de algunos nobles, pero no ha querido atender a las reclamaciones del rey Juan de Navarra, ni a las de Carlos de Viana, ni a las de sus primos bastardos. Paz, sí. Pueblos y castillos, no. Nada de nada.

Cansada y triste regreso a nuestros reinos. Adiós, Castilla de mi infancia, tierra mía que me vio nacer y florecer como un capullo tierno, lleno de sueños y esperanzas. Adiós, campos inmensos, robledales, montañas nevadas y cielos purísimos de un azul que hiere la vista. Adiós, castillos, fortalezas, mercados porticados que

alojáis tanto color, tanta música, tanta fiesta y tanta plata preciosa que corre de mano en mano. Adiós, río Duero, sierras frondosas, caminos entre trigales y encinas. Adiós. Te he visto por última vez, Castilla, envuelta en el morado otoñal que cubre los páramos de urces y bordada con el oro de los chopos, centinelas llameantes junto a los ríos de aguas heladas. Adiós, tierra que no conoce el mar, pero que quiere abrazar todo el cielo. Vuelvo a mi patria adoptiva, los reinos que me han dado un cetro, y una cruz, y un sueño glorioso que todavía no se ha desvanecido. Vuelvo a la tierra que se inclina hacia el sol naciente, que aspira la fragancia de los almendros y la sal, la que va a morir junto al mar… La eternidad hecha agua.

Gracias, amado esposo, porque me has concedido estas rentas de Borja y Magullón. En Borja he podido descansar. Y ahora, en Zaragoza, pasaré un tiempo hasta que me recupere de salud. Es invierno y hace frío, pero en el patio de Santa Isabel siempre luce un poco el sol, incluso un rosal ha florecido en pleno diciembre. Rosas de invierno: mientras un capullo se abra, habrá esperanza en el mundo.

63.
CONSTANTINOPLA, LA BUSCA, LA ÚLTIMA CRUZADA

1455. Vuelvo a estar en Zaragoza. Sentada en el patio de Santa Isabel, releo la carta que quiero enviarte, amor mío. La tengo aquí, a punto para firmar de mi puño y letra, al lado de tu última misiva.

Sufro. La última vez que me escribiste me explicabas que has estado enfermo. Me lo dices dos veces para recalcar que sólo han sido fiebres tercianas de poca importancia. Que estás bien. Que pronto te levantarás y volverás a cabalgar, y a cazar, a recibir embajadores y a preparar tus guerras.

Nunca te ha gustado hablar de tus afecciones. No te gusta mostrarte débil ni quejarte. El solo hecho de que me lo expliques me da escalofríos… Quizás te percatas, por fin, de que estamos envejeciendo. Somos frágiles. O quizás, en realidad, es que no te encuentras bien.

¡Qué año éste, amor! El mundo se agita y se tambalea. ¿Será cierto, como decía fray Vicente Ferrer, que se acerca el fin del mundo? Nuestro amigo el cardenal Alfonso de Borja ha subido a la sede de San Pedro. Con el nombre de Calixto III, es el primer Papa de los reinos hispanos. Una de sus primeras decisiones ha sido canonizar a aquel predicador de fuego que encendía a las multitudes con su palabra. Un Papa valenciano, un santo valenciano. Podemos estar contentos, querido. Gracias a él y a su elocuencia tu padre Fernando llegó a ser rey.

Necesitamos hombres fuertes como Vicente Ferrer y Alfonso de Borja. Esta primavera ha caído Constantinopla bajo el ejército del turco. La noticia ha sacudido a toda la cristiandad. El emperador y

su corte, sitiados en Santa Sofía, han sido masacrados. Los turcos no han respetado sus vidas ni siquiera el lugar sagrado. Toda la ciudad ha sido pasada a fuego y espada. La perla cristiana de Oriente, pisoteada y sometida a otra fe.

El Papa ha convocado una gran cruzada de reinos cristianos contra el turco. Inglaterra y Francia tienen otras prioridades, pero Nápoles, Portugal, Génova y el rey de Hungría han respondido enseguida. Como no podía ser de otro modo, tú has sido el primero. Has enviado tu flota a Albania y has ganado algunas batallas. Me dices que han muerto muchos cristianos, pero aún más turcos, y que un príncipe albanés se ha hecho tu vasallo y se ha convertido a nuestra fe.

Alfonso, envidio tu fortaleza. Envidio tu esperanza y tu fe. Siempre ves la parte buena, incluso después de una matanza. Para ti no existe la palabra derrota. Eres viejo, estás enfermo y todavía quieres ir a la guerra. ¡Qué apropiado es tu sobrenombre: Magnánimo!

Tienes el corazón grande y, quién sabe, quizás ahora se te está enterneciendo un poco. Repaso tu carta y vuelvo a sentir frío cuando llego a tus frases de afecto. Elogias mi labor, mi buena mano en la concordia de Castilla. Te muestras amable conmigo, dices que velarás para que el trigo de Sicilia me llegue bien, para que se pueda vender en Barcelona o allí donde sea, y no me falte de nada. No es el tono que acostumbras a usar conmigo… Dices que te gustaría mucho venir a visitarme. Con la excusa de la cruzada, por supuesto, te es fácil decir que ahora no puedes. Y me hablas de tu enfermedad.

No estás bien. Esposo mío, ¿qué te sucede? ¿Qué mal te come por dentro? Soy yo la que quisiera ir a tu lado. ¡Querría tenerte cerca de mí! En cambio, aquí estoy, después de pasar un año yendo y viniendo de una ciudad a otra, persiguiendo a un joven rey y buscando albergue allí donde pueda cobrar rentas y mantener mi casa.

En Barcelona ha habido cambios. Galzeran de Requesens tampoco ha dejado de trabajar. Al final, las astillas han prendido la hoguera. Por primera vez, y por decreto, el gobierno de la ciudad se ha abierto a los hombres de la Busca. Un notario y un orfebre, dos mercaderes y un vecino raso han entrado a formar parte del consejo

de la ciudad. Puedo imaginar las caras largas de los consejeros, nuestros amigos de la nobleza barcelonesa… Y la cara de triunfo de Galzeran y la dignidad austera de los ciudadanos que trabajan con sus manos.

El mundo se agita y muchos dicen que está patas arriba. Menestrales en el Consejo de Ciento, Constantinopla en manos de los turcos, Castilla con su rey adolescente gobernada por bandos de nobles y, en Navarra, un padre luchando contra sus propios hijos. Carlos de Viana, nuestro sobrino rebelde, está contigo en Nápoles. Eres bueno acogiendo a los refugiados… ¿Podrá tu habilidad y tu persuasión refrenar sus ambiciones? ¿Lo utilizarás para tus intereses? Quizá con unos cuantos castillos y rentas en Italia deje de meter brega contra su padre. Pero vigila, amado mío. Carlos no es como el rey Enrique.

64.
El mundo se tambalea

¡El mundo se tambalea! Y este año pasado lo ha hecho como nunca. Un terremoto ha sacudido Nápoles. Más de cuarenta muertos, muchos edificios, palacios e iglesias caídos. Duelo y llanto en medio del polvo y las paredes agrietadas. Me lo han comunicado los consejeros de Barcelona, pero con el susto también ha llegado la buena nueva. Tú estás sano y salvo. Te encontrabas en Foggia, con tu hijo Ferrante. Rezo por los muertos y por la gente herida que ha perdido su hogar… ¡Y doy gracias a Dios porque tú estás vivo!

Continúo en Zaragoza. Los consejeros de Barcelona están descontentos, pero se muestran gentiles conmigo. Me comunican todo lo que sucede en la ciudad condal y fuera de ella. Este año me han permitido vender diez mil cuartales de trigo y me han avanzado tres mil florines para mantener mi casa. Después de tantos años sufriendo escasez, ahora puedo reposar un poco. Tenemos las cuentas al día, me dice Galzeran Oliver. Las deudas saldadas, todo mi personal pagado. ¡Estoy en paz!

Como si fuera una cuerda que ha sido tensada durante demasiado tiempo, ahora que tengo paz monetaria todo mi cuerpo se ha aflojado. He vuelto a sufrir ataques y fiebres. La rodilla derecha se me ha hinchado y me duele tanto que no puedo caminar ni siquiera para salir al patio. Por todas partes me arrastro con un bastón y acompañada por una doncella o un paje. Si debo moverme, tienen que cargarme en andas. Mis buenos esclavos morenos, los Juanes, están siempre dispuestos y a punto. Son solícitos y los llamo mis pies y mis ruedas, y ellos sonríen con esa sonrisa tan blanca, tan animosa. Los hombres de piel oscura, al menos los que he conocido,

jamás se quejan ni fruncen el ceño. Me pregunto qué sombríos sufrimientos deben almacenar en su memoria, y si la esclavitud en la corte de una reina blanca no será para ellos, quizá, más llevadera que la libertad en aquellas tierras suyas. El país de los desiertos, las selvas y los páramos donde nunca es invierno. El país donde los leones viven en libertad.

Ah, la libertad. Una reina también conoce muchas esclavitudes pero la peor, entre todas las que yo sufro, es la del cuerpo. Soy un harapo viejo y dolorido. Mis carnes adelgazan y pierden la poca fuerza que tenían. Ni escribir puedo, y apenas tengo pulso para firmar las cartas. Sólo me sostiene el alma… El alma y el deseo.

Mi amado Alfonso, ¿vendrás a verme? ¿Querrás regalarme tu presencia, una última vez, antes de morir?

Siento que moriré pronto. En febrero firmo testamento en Zaragoza. Llamo al notario, a mi secretario, al tesorero y a fray Pere. Las doncellas y los pajes protestan y dicen que todavía no he de morir. Yo respondo que, tanto si muero pronto como si no, quiero arreglar mis asuntos con calma y lucidez.

No tengo propiedades importantes. Las rentas de un puñado de villas y castillos, unos cuantos cofres de ropa, algunas joyas y las reliquias. Mi tesoro más grande son los libros, casi setenta ya. El testamento no es muy largo. Te lo dejo todo a ti, amor. Tú eres mi heredero. Que Dios te dé salud para continuar luchando por tus sueños, para continuar tus guerras y tu cruzada contra el turco. Si conservas cerca de tu cabecera alguna de mis reliquias, o la cruz de plata, o cuando quieras leer los diálogos de Séneca o los proverbios del marqués de Santillana, piensa en tu esposa.

En primavera el médico me dice que tanto frío no me sienta bien. Casi dos años en Castilla y estos últimos inviernos en Zaragoza me han corroído los huesos y me han chupado la sangre. Me recomienda volver a Valencia. ¡No deseo otra cosa!

Pero Valencia también se tambalea. Los jurados de la ciudad me escriben y me dan noticias desalentadoras. La violencia y el crimen campan por sus respetos. En marzo cuelgan a cinco hombres acusados y probados de sodomía. El castigo es ejemplar y muchos otros, viendo la suerte que han corrido los infelices, huyen de la

ciudad.

Peor son los traidores, y no hay traidor mayor que el que comparte tu cama y tu mesa. Como el ciudadano Ridaura, forjador de lanzas. Ha sido hallado culpable de envenenar a su esposa, a sus propios padres y a sus suegros. Toda una familia muerta por un puñado de oro. Siguiendo las ordenanzas públicas, el lancero ha sido ahorcado en la plaza del mercado. Antes lo han enterrado vivo en la tumba de sus padres. Cuando lo colgaron en el patíbulo ya estaba muerto. Dicen que los gritos bajo tierra se oían por todo el camposanto… El hombre, antes de morir asfixiado, murió de terror.

¿Y las mujeres? Ah, las prostitutas siguen buscando fortuna en las calles. A éstas les perdono la vida. ¿No lo hizo, Nuestro Señor, con las pecadoras públicas? Pero una cosa es una mujer desesperada, quizá maltratada por su marido, que busca un mal consuelo, como la pobre Violante y otras que he conocido…, y otra es el mercado de la carne. A las alcahuetas, por desgracia, nunca les falta trabajo y muchas jóvenes sencillas, mal aconsejadas, caen en sus redes. Las mujeres esquineras y sus dueñas son un escándalo público y deben ser castigadas. Este año han azotado a unas cuantas en el mercado, ante todo el pueblo. Ojalá sus clientes, los hombres que usan de ellas, sientan la misma vergüenza… O más, porque ellos son los culpables, a fin de cuentas, de toda esta corrupción. Si ellas no sienten la culpa, al menos por miedo tendrán que esconderse.

¿Es menos delito hacerlo a escondidas?, me pregunto con amargura. No, pero la exhibición pública incita al pecado. Fray Vicente Ferrer siempre arremetía contra el pecado que se muestra abiertamente. Porque, igual que un confite tentador, acaba despertando el mal deseo, y del deseo pronto se pasa a la obra… Ojos que no ven, corazón que no siente.

Crímenes contra la decencia, crímenes de sangre y crímenes contra el bolsillo. Parece que Valencia se ha aprendido los diez mandamientos y sus ciudadanos se complacen en infringirlos todos, uno por uno. ¿Robar y estafar? He aquí los falsificadores de moneda: cinco hombres más han sido ahorcados por acuñar piezas falsas. Cuando he sabido que eran un cura francés, un platero jorobado, un hostelero manco y un zapatero cojo, he sentido compasión de todos, salvo del capellán, porque en un hombre de

Iglesia este crimen es imperdonable. Los otros tal vez lo hicieron para huir de la miseria.

Me dicen que la reina tiene fama de implacable y que, apenas se ha sabido la noticia de mi regreso, todo el mundo se ha puesto firme: los alcaldes y alguaciles de los pueblos han empezado a perseguir a toda clase de forajidos. A veces son los malhechores los que huyen como alma que lleva el diablo, como si se acercara un huracán justiciero. Me satisface, porque siento que soy respetada y me gustaría que todas las ciudades del mundo fueran modelo de virtudes, ejemplares y pacíficas…, tal como el Señor lo quiere. Pero también siento tristeza, porque cada vez que alguien es ejecutado para escarmiento público no dejo de pensar en aquella frase del gran sacerdote judío: «Conviene que muera un hombre por el pueblo». ¿Conviene que muera un criminal para que muchos otros abandonen su mala vida? ¿Es realmente así? A veces lo dudo…

Los pobres y los extranjeros deberían ser protegidos por los reyes, y siempre lo he tenido muy presente, pero el pueblo sencillo no piensa así. Cuando las cosas van mal dadas, necesitan un culpable. Como los primeros cristianos, que eran pobres y perseguidos por los romanos, ahora los perseguidos son los moros y los judíos. ¡Los que me ayudan a mantener mi casa con sus diezmos! Cuando el pueblo se toma la justicia por su mano, cuán difícil es contenerlo…

Valencia, mi querida Valencia, ha profanado dos fiestas santas. El día de la Santísima Trinidad un grupo de enmascarados atacó y saqueó la morería. El día del Corpus Christi la ciudad vivió un corpus de sangre… ¡Moros vienen! ¡Moros vienen!, gritó alguien, y toda la ciudad se alborotó. La procesión tuvo que interrumpirse y hasta el anochecer no pudo terminar su recorrido.

El odio contra los moros se contagia. A primeros de julio, en Segorbe, estalló otro altercado contra la morería, tan violento que el mismo obispo envió noticia al papa Borja. Este ha enviado un delegado de la curia para ayudar al gobernador aponer orden junto. Cinco culpables han sido ahorcados. Cinco cristianos. Y Segorbe ha aprendido, a golpe de fuerza, que por encima de la fe también está la justicia.

Llega el verano y una calma laboriosa invade los campos y los pueblos. Con la siega y la cosecha las manos están ocupadas y las

cabezas más serenas. Galzeran Oliver me dice que todas estas reyertas son por causa del hambre y la pobreza. Un estómago vacío siempre genera mala sangre, y estoy de acuerdo. Hace años que nuestros reinos se empobrecen. Las guerras agotan el dinero y los señores no hacen otra cosa que enriquecerse como sea. El pueblo protesta. Sólo le quedan la voz y las armas. Cuando no puede subir al poder, como los ciudadanos de la Busca en Barcelona, toma la hoz y el garrote. Una ciudad hambrienta es una bestia herida. Y cuando no bastan las mujeres, el vino o los juegos para hacer olvidar las penas, sólo queda la sed de sangre.

Cuando por fin la paz se ha restablecido, me he trasladado a Valencia, aunque he tenido que hacer un alto en Segorbe porque me sentía indispuesta para continuar el viaje. Allí, alojada en el palacio del obispo, con vistas a la muralla milenaria y al castillo de la Estrella, he recibido una grata visita. Desde Valencia ha venido Toda Centelles. Toda, la dulce jovencita que ya está casada, pasa mucho tiempo sola porque su esposo, Juan de Híjar, está en Nápoles con Alfonso. Ella ha decidido estar a mi lado. ¡Cómo se lo he agradecido!

Toda se ha hecho más mujer, más madura y serena. Sigue deleitándose con la lectura y cada tarde, cuando nos reunimos las doncellas y algunas señoras de la ciudad, lee en voz alta un capítulo o dos de mis libros preferidos. Luego los comentamos y la conversación nos resulta consoladora y amena. Toda me trae muchas noticias de Valencia, de las familias, de los últimos acontecimientos… Las cartas de los jurados me explican los hechos; de sus labios oigo las voces, el olor de las calles, el aire que se respira en los palacios y en las plazas. Puedo sentir el pánico de los días de revueltas, oler el fuego y la sangre derramada, escuchar los gritos de los moros atacados y de las prostitutas azotadas. Toda ha estado presente y lo ha visto, desde su ventana o en el mercado. Estas visiones matan la inocencia. Ya no es una doncella ingenua ni ilusionada. Su piel aún es tersa y rosada, pero sus ojos miran como los de una abuela. Cruzamos las miradas y nos entendemos sin palabras. Le pregunto por Isabel de Villena, de quien me cuenta que de tanto en tanto la ve en el locutorio del convento. Toda se ha vuelto devota. Ya no me habla de danzas y fiestas, pero sí de remedios, perfumes y recetas que ha aprendido. Me explica secretos

de tocador para animarme y recordarme que aún soy mujer, y no un despojo. Se empeña en peinarme y trenzar estas pobres guedejas de cabello blanco, lana áspera, con algún hilo dorado que todavía resiste. Me recuerda a Leonor de Córdoba y Violante de Bar… Elegancia y dignidad siempre. Me recuerda a mis primeras doncellas, Leonor, Sancha y Constanza, que tanto se afanaban por embellecerme para que pudiera gustar a mi esposo. ¡Tantos esfuerzos para nada! Vanidad de vanidades… Ella protesta cuando me oye decir estas cosas pero, a veces, cuando le hablo de Alfonso, se queda pensativa, con la mirada ausente. Toda tampoco ha tenido hijos.

Después de pasar el verano en Segorbe, parece que este calor me ha secado los huesos. Me encuentro mejor, pero me faltan fuerzas para proseguir el viaje. Mientras tanto, recibo noticias de Alfonso. ¡Amor mío, eres incansable! Continúas con tu cruzada y la flota ha derrotado a la escuadra turca en Metelino, pero los infieles avanzan por todas partes… En septiembre celebramos la victoria de Tomorniza. Tus tropas y las del papa Calixto han derrotado a los turcos en Albania y han ayudado a resistir al príncipe Jorge Castriota. ¿Será posible detener al enemigo?

Tú emprendes batallas, mi amado, y yo continúo luchando contra la enfermedad. No sé por qué lo hago, ya no me quedan fuerzas. Quizás es porque aún abrigo una secreta esperanza… ¿Vendrás pronto a visitarme? Aunque sólo sea unas pocas semanas, unos días, unas horas. Esposo, quisiera verte antes de morir. Si te espero en Valencia, ¿vendrás?

65.
Lo que Dios ha unido

En Segorbe he dado mis últimos paseos sobre esta tierra. Un día que me encuentro mejor pido subir al castillo de Sopeña, encaramado en la roca. Los esclavos me han llevado en andas por el camino que bordea la muralla y después, con las doncellas y los pajes, hemos caminado por el patio del castillo, entre las torres y las almenas. Desde allí se contemplan los bosques que cubren las sierras, la llanura y el verdor de las huertas y las aldeas esparcidas por la ribera del Palancia, que corre hacia el Turia, buscando la mar. Allá lejos, hacia levante, se adivina la sombra azulada de la muerte hecha agua. Una muerte que ahora me es vida y cuyo aliento deseo respirar.

Me apoyo en el bastón. Es un último recuerdo de mi hermano; prometió regalármelo antes de morir. Es su bastón de ébano con incrustaciones de marfil, tan hermoso, tan elegante. Pero mi verdadero bastón es Toda, y Leonor, y Violant de Montpalau. Ellas me dan fuerza y me animan.

Contemplo las torres redondas y robustas y mi memoria se puebla de muchos otros castillos que he visto y donde he vivido. Mis reinos son tierra de fortalezas. En cada cima rocosa, al lado de cada pueblo, brota un castillo, como una muela nacida de la tierra que quiere morder el cielo. ¡Cuántos castillos hay sembrados por mi tierra! De torres circulares y cuadradas, algunos elegantes y gráciles, como el alcázar donde nací; otros macizos y toscos, como un caballero acorazado, presto para el combate. Los castillos soberbios, guerreros de piedra que desafían al cielo y dominan la tierra, son la señal y memoria de tantas luchas…, y de tantas glorias

humanas. En Castilla, cada señor se afana por dejar su huella. Pacheco, que no deja de acumular villas y privilegios, no hace otra cosa que reconstruir viejas fortalezas y levantar otras nuevas. Un castillo es un arco de triunfo para los pequeños Césares que nacen en cada generación.

Contemplo las torres de Segorbe y me vienen a la mente aquellas palabras del Evangelio: «¿Os admira tanta belleza? Pues habrá un día en que no quedará piedra sobre piedra». Todo será destruido. ¿Qué quedará dentro de mil años? Quizá ruinas, quizás una pared, quizás un montón de piedras esparcidas… Quizás el recuerdo. Medito junto a la torre firme y redonda. Si tocas la piedra calentada al sol, casi quema. El alma es lo único que perdura. Pero ¿quién se afana por construir el castillo de un alma? Si las almas fueran castillos, ¿serían tan fuertes, tan hermosas como estas torres? Pienso en voz alta. Leonor Sagre, que me oye, no me entiende. ¿Qué decís, señora? Toda también está a mi lado, pero ella sí lo entiende. Quizá las almas no sean castillos, me responde.

Yo sonrío. ¿Y qué son, entonces, Toda? Ella duda y mira hacia el llano, hacia ese azul donde se adivina el mar. Después murmura: El alma tal vez sea un jardín.

En otoño, antes de que lleguen los fríos, cuando los días ya se acortan, bajo a Valencia. Me acompaña un gran séquito. A pesar del buen tiempo y el camino llano que sigue el valle del Palancia, me canso mucho y vuelvo a perder fuerzas. Me es imposible montar a caballo o ir en un carruaje abierto, sentada y saludando a la gente. El traqueteo de las mulas me descoyunta los huesos y hasta los cojines me resultan duros como piedras. Al final, Toda me coge en brazos, como a una niña pequeña. —¡Qué poco pesáis, señora!—, y me hace de cama, de silla, de cojín. Sólo así puedo descansar y así llego a Valencia, donde los jurados y una multitud —gente honesta, gente que no tiene delitos que esconder ni justicia de la que huirme esperan para recibirme. ¡Qué triste imagen de reina se presenta ante ellos! Desde el carruaje, arropada por Toda, me incorporo, levanto la mano y les dedico una sonrisa. Soy almíbar, deshecha pero dulce. Soy un despojo, pero voy ataviada como una reina. Toda y Leonor han querido ponerme la corona que conseguí rescatar después de

haber pagado todas las deudas y recuperado algunas joyas de mi ajuar.

Me suben sobre las angarillas. ¡Cómo agradezco las espaldas firmes e incansables de mis buenos esclavos! También ellos dicen que no peso. Los dos Juanes, sin dejar de sonreír, me ayudan a subir y a bajar, alzándome como si fuera una muñeca. Y así entro en Valencia. Cuando los esclavos posan las andas en tierra y los jurados se acercan a saludarme, les hablo en su lengua y les agradezco la bienvenida.

Después me acompañan, seguidos de un gentío a pie, hasta el convento de la Trinidad. ¡Las obras avanzan! Hace tres años que me fui, y desde entonces se han levantado ya dos alas del claustro y una primera hilera de arcos se perfila sobre el jardín. Las monjas me reciben con alegría. Cantan un salmo de alabanza y me hacen pasar al locutorio. Mis aposentos aún no están terminados, pero ellas me ofrecen que me aloje allí donde quiera, pues podrían habilitar las celdas o el refectorio. Les respondo que no sufran, volveré al palacio. Pero antes quiero pasar una hora con ellas, conversando y rezando.

Me invitan a entrar en la sala capitular y me siento en una silla de brazos junto a la abadesa. No tienen cojines, pero Violant trae un par de mi carroza y me acomoda. Toda, Violant y yo somos las únicas que hemos entrado en la clausura.

Con la mirada busco a Isabel bajo la docena de tocas de lino, todas iguales. La reconozco y la requiero con los ojos. Pero Isabel, obediente, inclina el rostro y espera una señal de la abadesa. No se moverá si no se lo ordena. Entonces soy yo quien la llamo. La abadesa hace un gesto y la joven se acerca. Se arrodilla ante mí y, tomándome las manos, las besa. Yo la atraigo hacia mí y la abrazo, como una madre lo haría con su hija.

Isabel ha crecido. También se ha hecho mujer en estos tres años. Ya no es una doncella inocente. El rostro se le ha afilado, sus rasgos son más austeros, pero su piel blanca luce como el pétalo de una flor de lis. El fuego sigue ardiendo en sus ojos, más brillantes que nunca. Le pregunto, a media voz: ¿Eres feliz sirviendo a Nuestro Señor? Ella contesta: Sí, señora. Soy más que una sierva; soy una esposa amada. Las lágrimas llenan mis ojos al escuchar sus palabras. Bendita tú, que te has entregado al amor que no falla.

Del convento de la Trinidad voy al palacio real. Vuelvo a mi palacio árabe, a los jardines, a la capilla de Santa Catalina. Aymerich Centelles y Berenguer Mercader se encuentran con Bernat Calva, mi mayordomo, y lo ponen al día de los asuntos de palacio y de la ciudad. Todo está a punto para recibirme. ¡Por fin estoy en casa…! Ahora podré descansar.

Descansar y esperar.

Por Navidad pido que me lleven a la catedral. Quiero volver a escuchar misa allí, bajo las bóvedas donde Alfonso y yo nos casamos. La misa es solemne y alegre, la sede está iluminada con cirios y cientos de ciudadanos llenan las naves. Todos quieren ver a la reina. Pobre reina, que se acerca en parihuelas, como una pequeña inválida en brazos de su doncella. Pero al llegar ante el altar desciendo y me pongo en pie. Me apoyo en el bastón de ébano y doy unos pasos. Hace frío, me pesan el vestido y el manto y la rodilla me hierve como si tuviera los huesos en llamas. Levanto los ojos y me fijo en la cruz. Nuestro Señor padeció mucho más todavía. Le ofrezco mis sufrimientos. Si es así como quieres probarme, así sea.

Cierro los ojos. La última cosa que veo antes de empezar mi oración es la luz llameante y trémula de los cirios. Quizá no volveré a pisar esta catedral… Quizás.

En primavera renazco tímidamente, como las flores. El maestro Antoni Bou, enviado del Papa desde Roma, trae un lote de reliquias para la catedral de Valencia y un decreto de indulgencia plenaria para todos aquellos que, en los días próximos, en la Asunción de la Virgen María, visiten, se confiesen, comulguen y hagan una donación a la sede. Valencia está de fiesta durante de la visita del maestro Bou y yo me desplazo al palacio episcopal para recibirlo. También asisto a la misa solemne que se oficia en la catedral. El gentío llena las naves y hace largas colas para venerar las reliquias, que los prelados sostienen en alto, custodiados por dos monaguillos que frenan a los más osados. ¡Cuántos querrían tocarlas, cogerlas, incluso llevárselas! Una saeta con sangre de San Sebastián, huesos

de los santos Cosme y Damián, un trozo de falda de Santa Catalina… Pero la pieza más valiosa, por la que todo el mundo suspira, esperando algún milagro, es un retal del manto de la Virgen María. Antes de exponerlo ante el fervoroso público, el sacristán nos ha llamado aparte, a la sacristía, y nos lo ha mostrado a mí y a mis doncellas, a Isabel Maza y a un pequeño grupo de damas devota de la ciudad. Protegido por un marco de plata labrada con un cristal, es un simple girón menudo y deshilachado, de un color azul oscuro y descolorido como el mar en días de tormenta. Lo beso y elevo una plegaria a los cielos para mis adentros. Muy breve. Muy sencilla. Son dos palabras que hace años resuenan en mis oraciones. Que vuelva. Detrás de mí, las damas murmuran jaculatorias y se persignan, para luego besar, con respeto y temor reverente, esta reliquia extraordinaria.

Tras revisar las cuentas con Oliver, lo he enviado a Barcelona para que consiga los certificados de las ventas del trigo de Sicilia durante los últimos años. Me lo pide Luis de Vic, el maestro racional de la corona. Con los consejeros de la ciudad condal continúo intercambiando cartas. Me informan de todo: de las elecciones, de los sucesos y también de los contratiempos. No están contentos. La devaluación de la moneda ha favorecido a los hombres de la Busca, pero perjudica a los de la Biga. Galzeran de Requesens sigue firme como una roca.

Llega el mes de junio y vuelves a escribirme, querido. Continúas con tus guerras. Ahora parece que el papa Borja se ha enemistado contigo. ¿Por qué? Me llegan rumores de los mercaderes, pues han estado en contacto con el embajador de los consejeros de Barcelona, Pere Boquet. Dicen que el Papa no cree que Ferrante sea hijo tuyo y quiere nombrar heredero del reino de Nápoles a su sobrino Luis. El Papa sigue muy ocupado con sus asuntos también. Ha santificado a un hombre, Vicente Ferrer, y después a una mujer, Juana de Arco, la doncella guerrera de Orleans que hace años fue quemada en la hoguera. Ha convocado una cruzada contra el turco y ahora se enfrenta a su gran aliado. ¿Por qué? Porque nuestro Papa valenciano también alimenta sus ambiciones. Está colocando a sus parientes y amigos en toda clase de cargos importantes. Quiere ser

un césar de la Iglesia, y dos Césares en una misma tierra son demasiados. Ay, Alfonso. No te enemistes con la Iglesia. Siempre la has defendido. La corona y la cruz deben ir juntas… Ten cuidado con el Santo Padre y procura llegar a un acuerdo con él. Es ambicioso, como tú, pero más astuto. Tú has conquistado el poder con la espada; él, con la inteligencia y la palabra. Y la palabra, bien lo sabes, tú que amas las letras, es arma de doble filo, y la más peligrosa.

Me escribes, amado mío, y vuelves a decirme que estás enfermo. Le quitas importancia, son las fiebres de siempre. Pronto sanarás, si Dios quiere. Me pides que no me angustie y que no crea noticias que no vengan de ti. ¿Por qué me dices esto, Alfonso? ¿Qué clase de rumores corren? Me recorre un escalofrío. ¿Qué te pasa, querido? ¿Por qué ya no me hablas de venir a visitarme?

Recibo nueva noticia y debes saber que estoy indignada. Lucrecia, tu enamorada, ha ido a ver al Papa. Se presentó en Roma el verano pasado con una comitiva lujosa, digna de una reina, y le pidió que declarase nulo nuestro matrimonio. ¡Después de tantos años! ¡Qué vergüenza! ¿Cómo se atreve? Y tú, esposo mío, ¿por qué no la detuviste? Dicen que no la animaste, pero que tampoco se lo impediste. El Papa no se ha dejado comprar ni seducir. Ni el oro ni la belleza le han hecho olvidar lo más sagrado. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. Le ha parado los pies a Lucrecia. Me dicen, ¡los rumores corren!, que replicó que no quería acompañarla al infierno, ni a ella ni a su rey adúltero. También me dicen que el Papa te ha escrito recordándote que le debes más a tu esposa que a tu propia madre, que te ha parido.

¡Santa palabra del Santo Padre! Por fin alguien te dice la verdad a la cara. ¿Dónde está tu amada Lucrecia? Ahora que ya no puede casarse contigo, ahora que no te puede arrancar más favores, más riqueza, más posesiones; ahora que estás viejo y enfermo, te abandona. ¿Qué creías que podría darte una amante? Las llaman amantes…, pero no lo son, no lo son, son mujeres que te calientan la cama y te vacían las arcas. Sí, hay fiestas, y vestidos, bailes y falsa alegría, falso esplendor, falso afecto. Todo es falso, como las monedas falsas y la plata de mala ley. El amor es el gran ausente en estos amores tan pregonados… ¡Cuánta mentira! A ti, amado mío, yo quisiera verte salvado y bien salvado, ¡que Dios se apiade de tu

alma! Pero a ella…, a ella no me importaría que se la llevaran los demonios, ojalá las palabras del Papa fueran proféticas.

Me indigna y me entristece. Esta noticia me ha insuflado una extraña energía y una especie de alegría malsana. ¡Cómo somos los humanos! El odio y la alegría por el enemigo caído pueden darnos tanta fuerza como el mismo amor. Ah, miserables pecadores. Necesito confesarme.

Pasa un mes. Un mes de verano y de calma, de extraño silencio que me inquieta con frecuencia, no sé por qué. De noche me despierto y miro las estrellas que parpadean en lo alto del cielo. Una noche de insomnio Toda me acompaña, bastón en mano, a tomar el fresco a las terrazas. Necesito aire, necesito luz. Una luna inmensa reposa en el cielo transparente, encendiendo el mar con una hoguera de plata. Hay calma, cantan los grillos y del jardín sube la fragancia de la madreselva, de las rosas y el azahar. Esta noche el mar está lleno de luz, sereno, y es bello. ¡El cielo hecho agua!

Al día siguiente por la tarde, después de la siesta, recibo una visita en palacio. Es una comisión de los jurados de la ciudad, me anuncia el mayordomo. Ha entrado con fray Pere Queralt, mi confesor. Sentada en el sillón, me quedó mirándolos. Los noto extrañamente solemnes. Serios, preocupados. Les ruego que hagan pasar a los visitantes. ¿Qué sucede?, pregunto. Están alarmados porque hace tiempo que no reciben noticias del rey; tal vez padezca de la salud… Una oleada de frío me invade por dentro.

Entonces entran Jaume Romeu, el vicegobernador, el bayle general, Berenguer Mercader, y Luis de Vic, el maestro racional. Y también Isabel Maza y Violant de Montpalau. Me saludan y se sientan a mi alrededor. De nuevo, ¿qué sucede?

Señora, hemos recibido una triste noticia. Una embajada de Nápoles…

Ya no los escucho. No me siento el cuerpo, la cabeza se me va y sólo veo una blancura inmensa, como la luna sobre el mar, y un vacío estremecedor. Después, un golpe de dolor en el pecho.

Nuestro señor el rey ha muerto.

Me pongo de pie. Me tambaleo y luego caigo de rodillas. No siento el dolor ni la dureza del suelo. Bernat Calva me cubre con un

manto de duelo e Isabel Maza me pone un velo negro en la cabeza. La sombra oscura cae sobre el vacío blanco. El rey ha muerto. Nadie se atreve a añadir palabra. Siento una mano… ¿Es Isabel o Violant? Me coge del brazo con suavidad y me ayuda a levantarme. No puedo.

De camino a mi alcoba caigo dos veces. El cuerpo no me sostiene. Y el alma… ¿Adónde vas, alma mía? ¿A dónde vas, que ya no hay lugar para ti en este mundo?

¡Alfonso, Alfonso! ¡Tan lleno de fuerza, corazón grande y sangre ardorosa, cazador intrépido y guerrero que no conoce el temor! Ya sólo soñaba con verte, sólo con eso, y con poder darte el poco calor que me quedaba para acompañarte en tu vejez. Ya sólo tenía esa esperanza. Eso me ha mantenido viva, eso me ha empujado a luchar, eso me ha fortalecido el alma, prisionera de un cuerpo roto y sediento de ti. Tú me hacías fiel, tú me hacías justa, tú me hacías reina.

Ahora tú ya no estás, y mi vida es yerma y vacía como una tumba abierta. ¿Qué es una reina sin rey? Un pozo sin agua, ¡un hogar sin fuego!

Lloro acordándome de nuestras cinco noches, ¡cinco noches!, de amor. O de intentos desesperados de amor. Cinco noches que han sostenido toda una vida.

Lloro y araño las sábanas que me envuelven, sin quitarme el frío de dentro, y quisiera retener todos los recuerdos que me atan a ti. Conversaciones, fiestas, viajes, bailes y torneos, consejos de paz y de guerra, discusiones. Te lo daré todo. Miradas, silencios, cartas. Confío en ti. Cada recuerdo me duele como una llaga en carne viva, pero he vivido casi medio siglo bebiendo de la sangre de estas heridas.

Ahora sólo me queda tu memoria, tu memoria y el deseo, que no se acaba y que nunca podrá saciarse en esta tierra. Amor, amor, ¿por qué has muerto antes que yo, tú que estabas rebosante de vida?

Ahora sólo me queda sentarme, levantar la mirada hacia este cielo más inmenso que el mar, eternidad hecha agua. Sentarme, rezar sin palabras, llorar hasta agotar las lágrimas. Ya no me queda

nada que esperar. Sólo el deseo.

Ya no me queda nada que desear, salvo la muerte.

Epílogo

Habla Toda Centelles

Las ventanas de palacio están cerradas. Cada hora, las campanas de una iglesia tocan a muerto. Toda la ciudad está de duelo. El alcalde ha decretado que todos los comercios, forjas, hornos y talleres cierren durante una semana.

Ha caído un velo negro sobre Valencia. El silencio pesa entre campanada y campanada. Pesa como el calor, que cae inclemente. Pesa como el aire que se respira aquí, en palacio. Nadie osa levantar la voz. Todo son murmullos, movimientos sigilosos y una especie de apresuramiento extraño.

La reina está de luto. Hace días que no se levanta de la cama. Leonor, Isabel Colom y yo nos turnamos para acompañarla. Los médicos la visitan, uno tras otro. Le toman el pulso, hablan un poco, intentan animarla y todos salen de la alcoba con la misma expresión, meneando la cabeza. No hay remedio.

¡Pobre reina María! ¡Ella que aún vivía con la esperanza de que el rey volviera antes de morir! Pues él ha muerto antes; él, que era un hombre sano y lleno de vigor. Ella sólo aguantaba por él, como si un hilo invisible los uniera, cruzando el mar, y la mantuviera viva. Ahora ese hilo se ha roto y ella está cayendo, como los muros de una casa vieja que se derrumba.

En los momentos en que la noto más animada le propongo leer. Escojo alguna de sus lecturas preferidas y leo con voz suave. Ángela de Foligno, el *Libro de las mujeres*, los diálogos de Séneca… No sé si me escucha. Una tarde me toma de la mano y con una fuerza inesperada me dice: Toda, te dejaré en herencia estos libros. Oh, señora, protesto, ¡todavía no vais a morir! Ella me silencia con un

gesto. Me estoy muriendo, Toda, y debo hacer testamento de nuevo.

Al día siguiente aparecen todos: el tesorero Galzeran Oliver, su secretario y el notario Bartomeu Serena; el noble Berenguer de Montpalau, gobernador de la cámara de Sicilia, y el maestro racional, Luis de Vic. Traen papeles y tinta, instalan el escritorio en la alcoba y hablan entre sí. Yo acompaño a la reina y la acomodo en una silla, sobre un montón de cojines, y la tapo con una manta. Pese al calor, ella siempre tiene frío. Con voz muy débil pregunta qué propiedades y bienes le ha dejado en herencia el rey Alfonso, para poder decidir a quién los destina. En su primer testamento ella había designado al rey como único heredero; ahora debe cambiarlo todo.

El maestro y Oliver se miran, inquietos, antes de responder. La reina espera. El silencio se espesa. Finalmente, Luis de Vic carraspea. Señora, el testamento del rey no contempla ninguna disposición hacia su señoría la reina.

La reina calla. Se encoge y se lleva una mano al pecho. Me fijo en la expresión de sus ojos y siento un escalofrío. Me entran ganas de llorar. Ella no llora. Con un hilo de voz repite: Ninguna disposición… Nada.

Puedo sentir su dolor y su rabia interior. La reina María ahoga su fuego y eso la mata lentamente. Después de tantos años de fidelidad, de gobierno firme, de esforzarse y de remover cielo y tierra para sufragar las campañas bélicas de su esposo, ahora resulta que el rey ni siquiera la menciona en su testamento. Ni una sola palabra para la esposa que lo ha amado hasta su último suspiro. ¡Hombres ingratos! Un rey a quien todos llaman magnánimo… ¿Cómo es posible?

La reina pide leer la copia del testamento del rey. Ha dejado como heredero de Nápoles a su hijo Ferrante, y a su hermano Juan de Navarra de los reinos de Aragón, Valencia, las islas y el principado de Cataluña. Quiere ser enterrado en Poblet, ante la iglesia del monasterio, en la tierra desnuda, sin sepulcro alguno. Pobre y despojado de todo, como un fraile. Después de tantos años de ausencia, ahora que está muerto desea regresar a sus reinos y abrazar la tierra que ha tenido tanto tiempo olvidada…

Desde que la noticia llegó a Valencia hasta que los jurados decidieron comunicárselo a la reina han pasado casi siete días. No sabían cómo decírselo… Primero lo supieron en Barcelona, por cartas del príncipe Carlos de Viana y el secretario del rey. Cuando las campanas comenzaron a tocar en Valencia, hacía más de diez días que en Barcelona habían celebrado su funeral.

Siete días han pasado. Estamos a 28 de julio. Tras una semana de duelo, se celebra el funeral por el rey en Valencia. Todo el mundo sale a la calle. Las mujeres van de luto, con mantos negros. Los jurados llevan gramalla negra. Toda Valencia está cubierta de negrura. El sol, en cambio, resplandece en medio de un cielo de intenso azul. Resplandece como los miles de cirios que llenan la catedral. Jamás, ni por Navidad, ni siquiera el día de las reliquias y la indulgencia, jamás la había visto tan iluminada. Ante el altar han puesto un sepulcro cubierto con terciopelo negro y, encima, la bandera del señor rey. Violant de Montpalau y yo hemos acompañado a la reina, llevándola una de cada brazo hasta el féretro vacío. Ella se ha arrodillado. Bajo el manto negro podemos palparle los huesos. Toda ella tiembla. Y llora. Llora en silencio mientras unas lágrimas muy gruesas resbalan por sus mejillas, surcando su piel arrugada y blanca. La reina llora y todos los que estamos cerca, incluso el obispo, nos conmovemos. Violant y yo apenas podemos contenernos. La reina alarga una mano. Toca con los dedos el fleco dorado del estandarte real. Lo acaricia. Después cae, y corremos a sostenerla. Pero no quiere marcharse. No se quiere ir. Resiste, sostenida en nuestros brazos, toda la misa.

Valencia está de luto. Cuando salimos a la plaza, atestada con el pueblo que espera en silencio, pienso que Valencia, más que llorar por el rey muerto, llora con la reina viva.

Habla Isabel de Villena

Es miércoles, 2 de agosto. En la ciudad de Asís hoy celebran la Virgen de los Ángeles. Nosotras también lo celebraríamos…, pero este año estamos de duelo. Ha muerto el señor rey y la reina ha querido celebrar otro funeral en este monasterio. Aquí, donde rezamos cada día por su alma y por la de su esposo. ¡Que Dios lo acoja en su gloria!

Para nosotras nadie está muerto. Dios es un Dios de vivos, no de muertos, pero entendemos el duelo de quienes permanecen en esta tierra cuando alguien pasa de esta vida a la otra, pues cuán largos se hacen los años de ausencia… No comprendemos que la vida es un suspiro, mientras que la eternidad es inmensa. Nos aferramos a la carne como si fuera lo único que existe. ¡Qué pequeñas son nuestras almas!

Pero la reina María tiene un alma grande. Tan grande que un trozo ya le vuela fuera del cuerpo. Desde que el rey ha muerto ella ya no está del todo en este mundo. Lo atisbo en su rostro, todo ojos, enrojecidos de tanto llorar, lavados por las lágrimas, más azules y profundos que nunca. La gente se espanta de verla tan flaca, tan demacrada. Yo veo la belleza en esa mirada que es toda alma, todo deseo. Yo veo el fuego. El fuego del alma enamorada es inextinguible.

Hemos barrido y limpiado el convento de arriba abajo. Hemos adornado la iglesia con flores y más de mil setecientos cirios. Junto al altar hemos plantado el estandarte real. A ambos lados, en dos hileras de postes a lo largo de la nave, están clavados los escudos de los principales nobles y caballeros de Valencia, rindiendo homenaje. Ante el altar hemos colocado un lecho vestido de negro y un ataúd vacío, cubierto con un lienzo de terciopelo carmesí y un tapiz con las armas del rey bordadas. El dragón flamante, la corona y el casco cerniéndose sobre las cuatro barras de sangre sobre el campo de oro. Alrededor se yerguen las cruces de todas las parroquias de la ciudad. Así lo ha querido la reina. Desde el día anterior hemos estado preparándolo con todo el esmero, en silencio y rezando, con la calma laboriosa propia de los monasterios. A medianoche, en un momento en que me quedé sola, recé ante el ataúd vacío. ¿Dónde estará el alma del señor rey? Tal vez muy lejos…, o más cerca de lo que imaginamos. Alzo la mirada hacia el Cristo clavado en la cruz. Acogedlo, Señor, tened piedad de sus pecados. Perdonadlo, por amor a su esposa.

Desde la madrugada, aún noche oscura, los sacerdotes y fieles de las parroquias han comenzado a desfilar por la iglesia. A la hora del funeral, a mediodía, el templo está tan abarrotado que no cabe ni una aguja. Nosotras miramos a la muchedumbre desde la reja de la clausura temiendo que alguien caiga desmayado o muera de asfixia,

por el calor de tanto ser humano reunido y tanto cirio. El obispo Cascante ha oficiado la misa, concelebrada con cincuenta sacerdotes, ante la nobleza, los jurados, los caballeros y las damas de la ciudad. Los ciudadanos y la gente sencilla se apiñan en las naves laterales y la multitud desborda la iglesia, pues hasta el jardín y el claustro están llenos. Con tanto gentío el silencio es imposible, pero cuando el maestro Pere Claramunt, confesor de la reina, pronuncia el sermón, todo el mundo calla. Su voz potente resuena bajo las bóvedas. Hace un elogio del rey, de su valentía y de sus gestas, que arranca el llanto a más de una dama. Y habla de su esposa, la reina fiel, lugarteniente firme y justa, mujer cristiana que siempre ha servido a su señor y lo ha esperado sin desfallecer. Finalmente, nos habla de la vida eterna.

Y pienso, contemplando el palio adornado con tantos escudos, el brillo de las cruces de plata, los lienzos satinados y las insignias bordadas, que todo es vanidad. Sí, todo es bello. Bello pero efímero, como la vida. Un funeral es un intento desesperado por detener la muerte unos instantes, disfrazando la ausencia bajo los paños, las flores y los cirios. Una ausencia que, sin embargo, todo lo impregna y todo lo penetra. De pronto me siento cansada, muy cansada. La voz del predicador se me antoja muy distante y el zumbido de la multitud me aturde. ¡Todo resulta tan vacuo!

La reina no está aquí. Está enferma, en su lecho. Deseo que el funeral termine pronto, que la iglesia se vacíe, que vuelva el silencio al patio y al claustro. Entre el vacío y en el silencio, sólo entonces, todo volverá a llenarse de la presencia que todo lo invade. La presencia que nos sostiene y que nos une con lazos invisibles, los que estamos con los que ya no vemos. Porque, ante ella, todos seguimos vivos.

Cuatro días después la abadesa nos hace llamar. El santo padre Calixto ha fallecido en Roma. La hermana portera corre a tocar las campanas. Y por toda Valencia vuelven a oírse las proclamas de duelo. El Papa ha muerto.

Habla Violant de Montpalau

La reina se muere. Las doncellas estamos a la puerta de su alcoba, junto con algunas damas de la ciudad, esperando a que el médico o

el confesor nos den alguna noticia. La tarde declina suavemente y la luz del atardecer entra por las ventanas. Estamos a principios de septiembre y el verano se ha vuelto tibio. Desde el jardín nos llega el aroma del jazmín, el trino de los ruiseñores y el canto de un papagayo que no deja de chillar. A la reina le divertían estas aves exóticas. En medio del silencio que nos rodea, el garreo del papagayo suena como una despedida a su señora.

Al fin sale fray Rafael de Ribes, que nos hace una seña para que entremos en la alcoba. La reina reposa en la cama; los médicos Gabriel García, Jaume Roig y Jaume Radio la rodean. Parece dormida. Yo me acerco y le tomo una mano. Toda Centelles se sitúa al otro lado de la cabecera.

De pronto, la reina suspira. Se le eleva el pecho, gime y abre los ojos. Esos ojos que se le han hecho tan grandes, tan claros en estos últimos días. Le aprieto la mano. Ella murmura algo y dirige su mirada hacia la puerta. Nos volvemos para mirar. ¿Quién entra? La puerta está entreabierta, pero no hay nadie.

Entonces ella toma aire con fuerza. Luego se relaja y cierra los ojos. Noto que su mano se vuelve blanda dentro de la mía. Está caliente, muy caliente, cuando siempre la suele tener fría. Toda ahoga un sollozo. Una sonrisa muy leve se dibuja en los labios descoloridos de la reina y una lágrima le resbala por el pómulo hasta la barbilla.

He visto morir a mi madre. He visto morir a mi esposo. He visto morir a unos cuantos parientes y amigos. Conozco esa lágrima, conozco esa última mirada que ve lo que nadie más puede ver. Conozco la mano que se afloja y la sonrisa inesperada de los que mueren en paz.

Pasa un tiempo de silencio largo. El sol poniente desaparece y una penumbra rosada llena la habitación. Fray Rafael se acerca al lecho y hace la señal de la cruz sobre la frente de la reina. Isabel y Beatriz, las doncellas, rompen a llorar. Los médicos nos indican, con gestos, que nos apartemos.

Aparecen Bartomeu Serena, el secretario de la reina, con Galcerán Oliver, el mayordomo y el bayle general, Berenguer Mercader. Después entra fray Pere Queralt, el provincial de los predicadores. Las doncellas y las damas nos hemos agrupado a un lado; los caballeros y los clérigos, al otro. Los médicos toman una

vela encendida y un vaso de agua.

Oliver y Calva levantan la voz. Decid, señores: esta señora que yace en este lecho, ¿es la reina María, esposa y viuda del muy alto señor don Alfonso, rey de Aragón y de las dos Sicilias, de caro recuerdo, y la reconocéis como tal? Todos lo confirmamos.

Entonces García, el médico, sostiene la vela ante el rostro de la reina. La llama tiembla unos instantes y permanece inmóvil. Después, coloca sobre el pecho de la reina un vaso lleno de agua. Una veintena de ojos miramos fijamente el cristal sobre el pecho plano, cubierto con la camisa de lino. Las blondas del camisón, que forman una flor de lis, se ven como a través de una lente en el agua quieta. No se mueve. No respira. La reina ha muerto.

Bartomeu Serena lee las últimas voluntades de María de Aragón y nombra a los albaceas del testamento. Nosotras, las damas y las doncellas, ya no lo estamos escuchando. Lloramos, aunque hace días que sabíamos que de un momento a otro tenía que pasar. Lloramos con sentimiento, porque perdemos más que una reina. Perdemos a una madre, a una compañera, a una amiga. Isabel Maza y yo nos abrazamos. Adiós a tantas conversaciones sobre todo lo divino y lo humano, a los comentarios sobre los libros que leíamos y las bromas sobre nuestras enfermedades y flaquezas. Adiós a aquella voz, un poco quebrada pero serena, de la reina, que siempre tenía una palabra amable en los labios, un consuelo, un aviso o un consejo sabio para todo el mundo. Adiós a una mujer fuerte. Sí, fuerte, aunque no lo parecía. Nosotras, las damas que éramos sus amigas, lo sabíamos mejor que nadie. Las mujeres vemos más allá del cuerpo y escuchamos más allá de las palabras. María era una mujer fuerte que nunca se dejó abatir. Si podía caminar, caminaba. Si no podía, se hacía llevar. Nunca se dejó vencer por la pereza ni por el miedo. Si se había dejado morir no fue por rendición, sino para acompañar al hombre que amaba. La muerte ha sido, verdaderamente, su último viaje.

Lloran incluso los pajes y los esclavos que la han llevado tantas veces a hombros, con la litera. Lloran los camareros del guardarropa, los acemileros, el cocinero y las criadas moras. El palacio está en duelo. En el jardín las aves han dejado de trinar y el papagayo ha enmudecido.

La reina me ha dejado en herencia las reliquias y parte de sus libros, los que están escritos en romance. ¡Ha sido generosa, como siempre! Todo lo que poseía lo ha repartido entre doncellas, amigas y servidores. El dinero de sus rentas ha ido a parar a monasterios, cárceles y hospitales. Y, en un último gesto de obediencia a su esposo, ha designado heredero universal al rey Juan de Navarra, su cuñado, aquel que tanto la hizo sufrir.

Bernat Calva me envía a casa los libros en unos cofres. Los traen Juan el moro y Juan el negro, dos de los esclavos. Me cuentan que la reina ha dispuesto que queden en libertad y que incluso les ha dejado un dinero. Están agradecidos, pero tristes. Mucho me temo que ser libres sin la reina será más duro que trabajar en su corte como esclavos. Nuestra soberana era una buena ama.

He preparado un lugar en el salón. Las reliquias convertirán mi casa en un pequeño santuario. Acaricio los marcos de plata que enmarcan aquellos pedacitos de huesos santos mientras los voy poniendo sobre la consola. Cuelgo la vara de acacia, dicen que es la vara de Aaron, en unos ganchos que he mandado clavar en la pared. Después empiezo a colocar los libros, uno tras otro, amorosamente, en la estantería que he encargado al ebanista, con puertas de cristal. Para la reina los libros eran su mayor tesoro. Ahora lo serán para mí.

Desdoblo el lienzo encerado que protege el *Libro de las Horas de Santa María* y abro el cierre de plata. Era uno de los preferidos de la reina. Lo tenía siempre cerca y solía rezar con él. Lo abro por una página y leo:

DE LA FORTALEZA

Santo Espíritu, da fuerza
a todo aquel que se esfuerza
por clamar, en la necesidad,
a la reina de piedad;
que refuerza el pensamiento,
que lo hace humilde y prudente
contra fallos y pecados.
Y lo hace tan esforzado,
si es paciente por su amor,

que todo demonio mayor
no lo puede arrebatar
pues su hijo lo guardará.

A la reina le gustaba meditar en las virtudes y los dones del Espíritu Santo. Yo también creo que, en verdad, existe una fuerza que no proviene de nosotros, sino de los cielos. Una fuerza que sólo se gana con las armas de la humildad y la piedad. María supo conquistarla con paciencia, y fue paciente por amor. Cuando lea y medite estos versos, me acordaré de ti. ¡Que Dios te bendiga, mi reina!

Habla Isabel de Villena

El rey muere. El Papa muere. Y la reina muere. Muere el día 4 de septiembre, al anochecer, rodeada de mis antiguas compañeras, las damas que la quieren y la lloran, los médicos, el confesor y los hombres de su consejo. Nos llega la noticia al convento y el paje que la trae no puede contener las lágrimas.

Ha sobrevivido a su esposo apenas dos meses. El tiempo justo para mantener el duelo, velarlo y celebrar los funerales más fastuosos que se recuerdan en Valencia. El tiempo justo para cambiar su testamento y preparar su alma para el último viaje. No ha necesitado mucho, ya la tenía bien dispuesta.

La reina ha querido ser enterrada aquí, en el monasterio de la Trinidad. Vestida con nuestro hábito franciscano, lienzo de color ceniza con cordón. El rey Alfonso quiso descansar en la tierra desnuda, como nuestro padre San Francisco; la reina quiere ser sepultada como una de nosotras, las damas pobres. Tanto poder como tuvieron en vida, tantas riquezas como pasaron por sus manos y, a la hora de la muerte, prefieren entrar pobres en la otra vida. Así venimos todos ante Dios: mendicantes, desnudos, despojados de todas las vanidades del mundo. Cuando llega la muerte todos somos iguales, y así lo han entendido los reyes. ¡Que Dios los acoja en su seno!

No está bien visto que las monjas hagamos gran duelo y llanto por un difunto, nosotras, que cada día tocamos la eternidad en la

belleza de la liturgia, en los cánticos y en el recogimiento de la oración. Pero en el secreto de mi celda he liberado mi corazón y he derramado muchas lágrimas. He llorado por la mujer que me hizo de madre, de maestra, de consejera. Gracias a ella existe este convento, este refugio del mundo abierto al cielo donde la vida transcurre serena, como las aguas de un manantial caudaloso. Un refugio de paz en medio de un mundo herido por las guerras.

María fue una mujer de paz. Gracias a ella estoy aquí, floreciendo en este jardín amurallado. Con ella aprendí que hay una sola cosa que puede vencer el tiempo, tanto en el cielo como en la tierra. Con ella, antes de abrir mi corazón al Amor de los amores, aprendí qué era amar.

Sobre el origen de esta novela

Esta novela es deudora de una tesis doctoral escrita por mi madre, la profesora e historiadora Montserrat Toldrá. Durante más de cinco años pasó largas horas investigando tanto en el Archivo de la Corona de Aragón como en más de veinte archivos de Cataluña, Valencia y otros lugares. Viajó por diferentes ciudades, visitó bibliotecas y monasterios, leyó la numerosísima correspondencia que se conserva de la reina María, crónicas de la época, documentos notariales y las actas del Dietario de la Generalitat. En esa tarea contó con una ayuda incondicional: la de mi padre, catedrático de lenguas clásicas, que la ayudó con las traducciones de todos los documentos en latín. Horas de lectura, estudio, síntesis y compilación dieron como fruto un monumental trabajo que recoge la vida de esta mujer extraordinaria, eclipsada por la brillante figura de su marido y a menudo ignorada por los manuales de Historia.

Cuando leí la tesis, quedé fascinada por el personaje. Me sumergí en la epopeya de la reina y su mundo: las cortes, los consejeros, los orgullosos nobles, los diplomáticos, los obispos… y las mujeres, que luchaban por su lugar en una sociedad que vivía los dolores de parto entre el otoño de la Edad Media y la alborada del Renacimiento. Por sus páginas desfilan abadesas, condesas, viudas, beguinas y doncellas; frailes y piratas, moros y judíos, artesanos y mercaderes, poetas y músicos, médicos y curanderas. Y, por encima de todo, una presencia que impregna toda la vida de María, que la vertebra y le da fuego y sentido: la del rey conquistador de Nápoles, Alfonso V de Aragón, *el Magnánimo*.

La reina María merece un lugar propio en la Historia. Fue una mujer frágil de cuerpo, pero fuerte de espíritu, que supo gobernar

con firmeza y diplomacia. Encarna el ideal de una reina justa y al mismo tiempo clemente. Pero, por encima de todo, María fue una mujer enamorada. El amor no correspondido por su esposo dominó y sostuvo toda su vida. Su fidelidad al monarca era férrea, y él lo sabía. Por eso no dudó en nombrarla, repetidas veces, lugarteniente general de sus reinos, dándole poderes absolutos equiparables a los del mismo rey.

Los documentos de la tesis traslucen el carácter de María y su conciencia de estar cumpliendo un deber que aceptó y asumió con todas sus fuerzas. Tras su rigor como gobernante late una gran pasión; la misma pasión que la enfermó pero, que al mismo tiempo, la mantuvo viva hasta la muerte de su esposo.

En la novela he intentado recoger la voz de la reina. María recuerda su vida y abre su corazón. Nos habla de los hechos que recogen las crónicas y también de la historia íntima de su alma. Más allá de los datos históricos, transmite una experiencia, un deseo y una misión.

A la hora de escribir, he tenido que seleccionar entre muchos acontecimientos, datos y anécdotas de las recogidas en la tesis. Espero haberlo hecho con el suficiente acierto como para transmitir la voz y el carácter del personaje principal y, al mismo tiempo, dibujar un panorama consistente de una época histórica fascinante: la primera mitad del siglo XV. Mientras los reinos hispanos se debatían entre las intrigas nobiliarias y las ambiciones de los infantes de Aragón, Europa presenciaba la resolución de un largo cisma papal y los últimos coletazos de la guerra de los Cien Años; el Mediterráneo era un campo de batalla entre piratas, mercaderes y traficantes de esclavos, en Oriente el turco amenazaba Constantinopla y en Italia sus poderosas ciudades asistían a la eclosión artística y cultural del Renacimiento.

Una novela histórica tampoco es una crónica. Por eso los hechos y los datos están pasados por el filtro del personaje y presentados a partir de su vivencia, de su corazón, de su sentir. Pero, al mismo tiempo, he procurado ser rigurosa a la hora de dar nombres y detalles, tratando de mantenerme fiel a una cronología exacta, de modo que el lector pueda encontrar en este libro lo que los clásicos decían que debía tener toda obra literaria: instrucción y placer, enseñanza y deleite. Sí, se puede aprender un poco de historia

leyendo esta novela, pero sobre todo he intentado forjar un retrato de su protagonista, la reina María, con el deseo de ir un poco más allá que los cronistas y expresar lo que posiblemente pensó, sintió y deseó.

María fue una mujer de su tiempo, apasionada, emprendedora, inquieta intelectualmente y valiente en los momentos más decisivos. En su cargo como lugarteniente de su esposo, el rey Alfonso V *el Magnánimo*, demostró ser una gobernante íntegra y firme, hábil negociadora y defensora del derecho y la justicia. Protectora de las mujeres, de los niños y los pobres, también de los moros y los judíos; justiciera implacable con los criminales, y al mismo tiempo compasiva y maternal con los que dependían de ella. Pese a su escasa salud, fue una mujer fuerte; pese a no ser amada, fue una esposa fiel; pese a no tener hijos, fue una gran madre.

En la tesis de Montserrat Toldrá se puede vislumbrar un personaje cautivador, inmerso en un momento histórico tempestuoso y de grandes cambios. María de Castilla, reina de Aragón y condesa de Barcelona, supo afrontar los retos del tiempo que le tocó vivir, y lo hizo sin dejar de ser fiel a sí misma y al gran amor que se convirtió en el eje y la razón de ser de toda su existencia.

Para más información y para profundizar en el personaje y su época, la tesis sobre la reina María está accesible en la web de la Universidad de Barcelona, con el título *María, reina de Aragón y condesa de Barcelona*.

NOTA HISTÓRICA

Todos los personajes que aparecen en la novela existieron y están documentados históricamente. Asimismo, prácticamente todos los hechos narrados, incluso los más anecdóticos, tanto en el ámbito cortesano como privado de la reina María, sucedieron y están recogidos en las crónicas, ya sea en la correspondencia de la reina, en el Dietario de la Corona de Aragón o en otros documentos y crónicas. He usado, claro está, la imaginación para reconstruir diálogos y escenas privadas, pero, en otros casos, me he basado en las fuentes históricas consultadas para la tesis; por ejemplo, la discusión entre la reina María y los consejeros de su hermano Juan, cuando pactaron la tregua entre Aragón y Castilla.

Las frases con tipografía diferente son citas literales (algunas traducidas del catalán medieval, otras adaptadas).



MONTSE DE PAZ TOLDRÁ nació en Lérida en 1970. Licenciada en Filología Inglesa, trabaja y colabora con organizaciones humanitarias desde hace más de veinte años. Su afición literaria arranca de la infancia y se ha nutrido con las experiencias adquiridas en su labor social y profesional. Redactora y directora de dos revistas, ha elaborado guiones para programas de radio sobre valores humanos, e imparte charlas sobre solidaridad y voluntariado. También colabora con algunas publicaciones escribiendo artículos de opinión y forma parte de la redacción de la revista literaria virtual *Prosofagia*.

Tras pasar gran parte de su vida en Badalona, en la actualidad reside en Barcelona donde es co-directora de la Fundación ARSIS. Ha escrito varios libros de ficción, poesía, una colección de relatos cortos y dos ensayos.

En marzo de 2006 obtuvo el segundo Premio Literario de la Federación Andaluza de Comunidades (Premios FAC), por su escrito en prosa poética *Leyendas en un patio andaluz*. También ha publicado *Estirpe Salvaje, Mujeres de Dios* y *Cómo curar los sentimientos negativos*. Es la ganadora del Premio Minotauro 2011 con su novela *Ciudad sin estrellas*.

Puedes encontrar más información en sus blogs literarios:

Andanzas de una escritora:

Estirpe salvaje: